

CONN IGGULDEN

LA  
GUERRA  
DE LAS DOS  
ROSAS

TRINIDAD



se

Lectulandia

1454. Mientras los traidores avanzan, la reina debe resistir. ¿Quién ganará la batalla por el trono? ¿Qué sacrificarán las casas de los York y de los Lancaster en nombre de Inglaterra? Cada uno debe decidir dónde yace su lealtad y dónde su renuncia.

**Lectulandia**

Conn Iggulden

# **Trinidad**

**La guerra de las dos rosas - 2**

ePub r1.0

Titivillus 01.10.2017

Título original: *War of the Roses. Trinity*  
Conn Iggulden, 2014  
Traducción: Gemma Deza & Miguel Alpuente

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

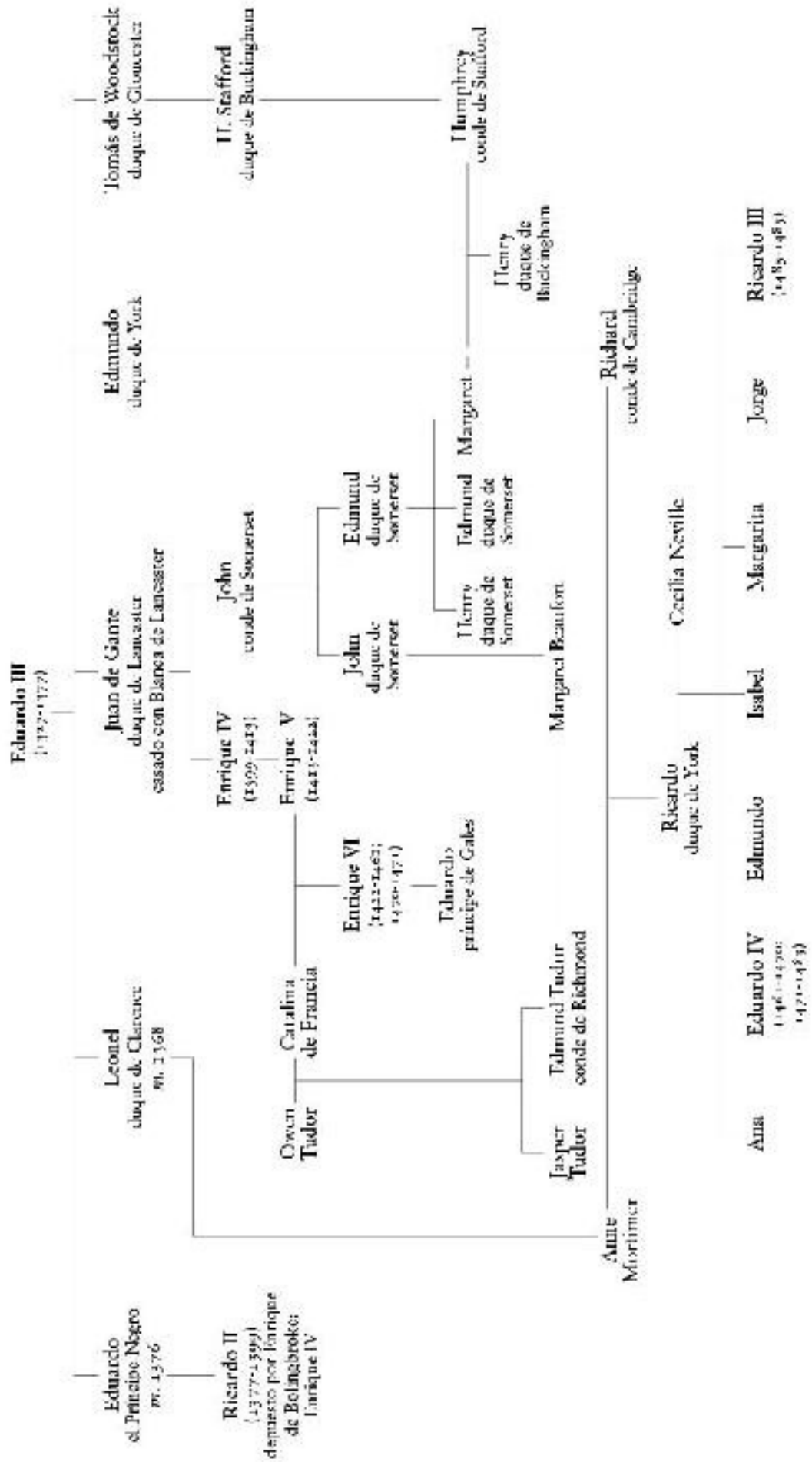
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

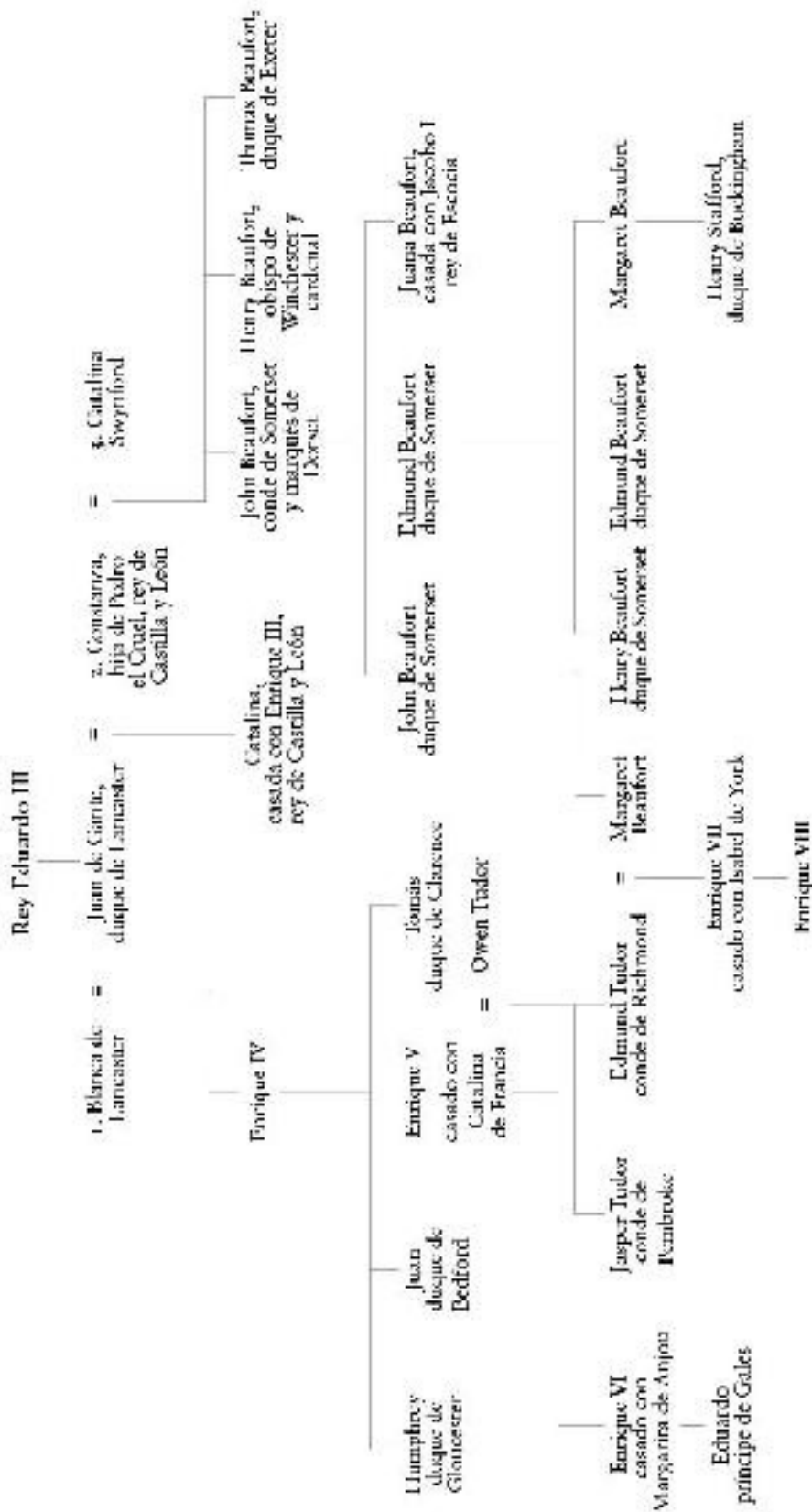
A Victoria Hobbs, que se enfrenta a molinos  
de viento y lograr derribarlos



## Líneas reales de Inglaterra

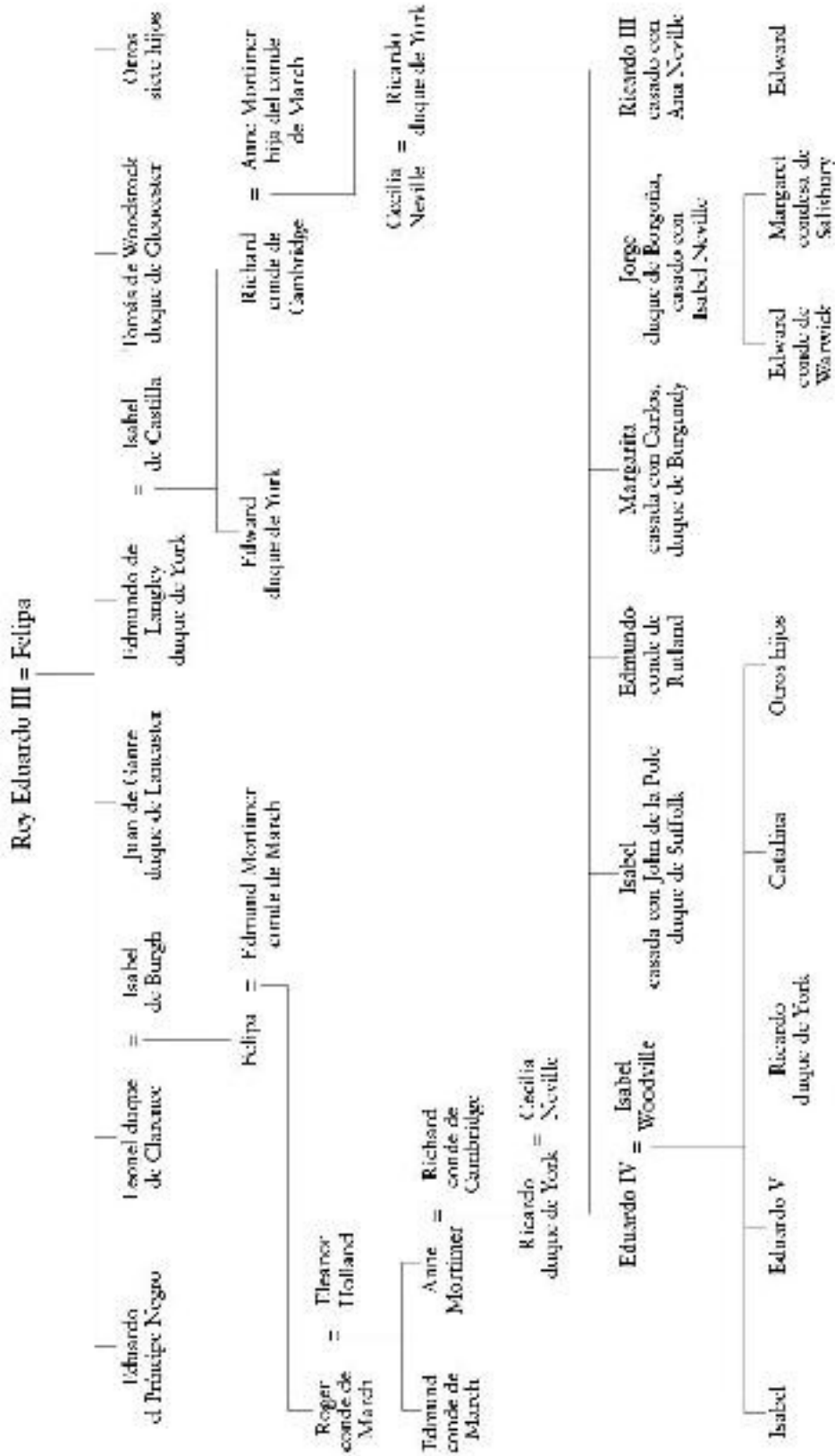


## Casa de Lancaster

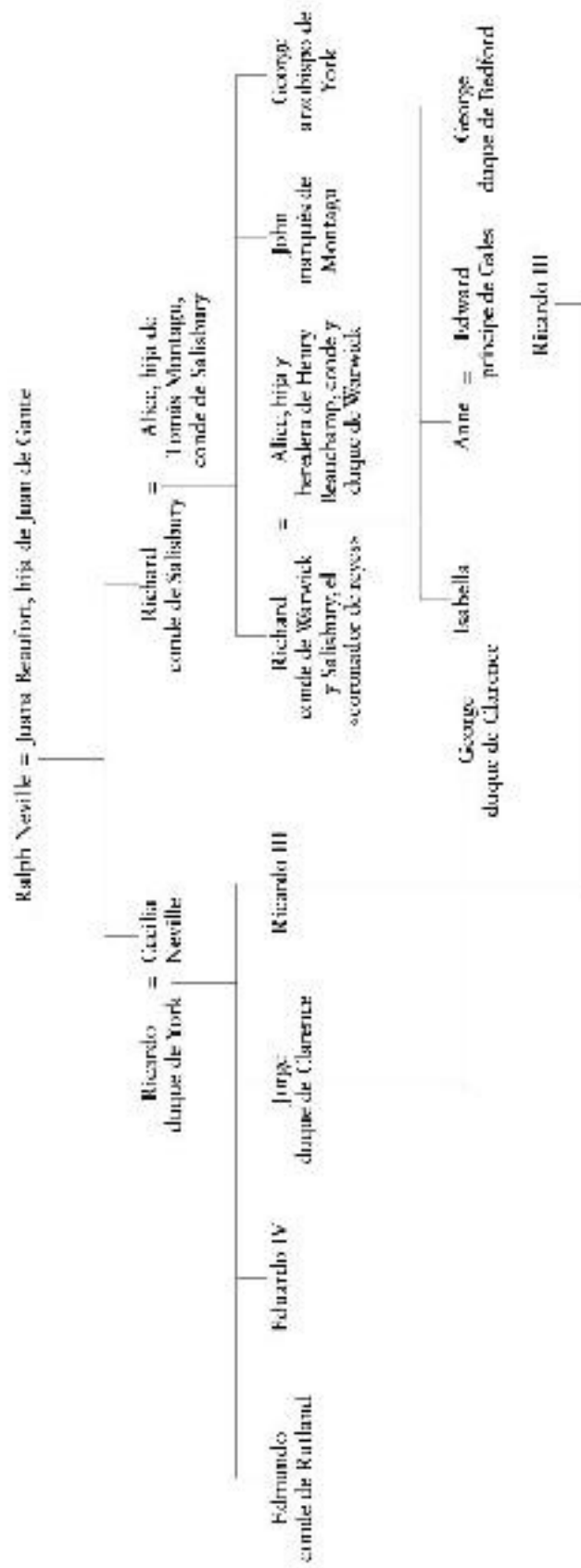




## Casa de York

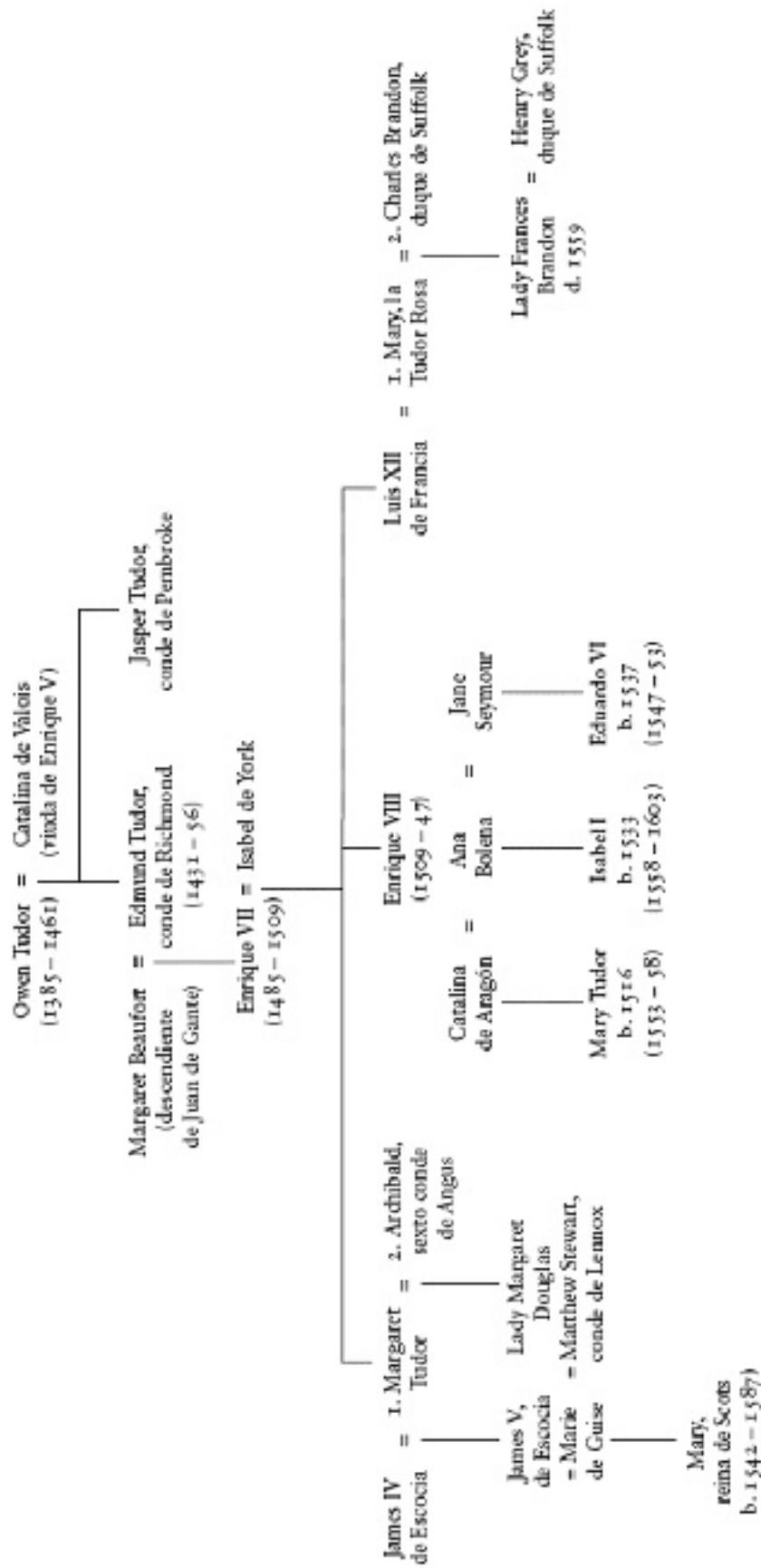


## Casa de Neville





## Casa de Tudor



## Lista de personajes

|   |   |
|---|---|
| Maese Allworthy                           | Médico del rey Enrique VI   |
| Alphonse                                  | Mayordomo mudo del vizconde Michel Gascault                               |
| Margarita de Anjou /<br>Reina Margarita   | Hija de Renato de Anjou y esposa de Enrique VI                            |
| James Tuchet, barón<br>Audley             | Soldado veterano y comandante de las tropas de la reina                   |
| Saul Bertleman (Bertle)                   | Mentor de Derihew Brewer  |
| Derihew (Derry) Brewer                    | Jefe de los espías de Enrique VI  |
| Humphrey Stafford,<br>duque de Buckingham | Partidario de Enrique VI  |
| Carter                                    | Jinete del séquito de Richard Neville, conde de Salisbury                 |
| Carlos VII                                | Rey de Francia y tío de Enrique VI  |
| John Clifford, barón<br>Clifford          | Hijo de Thomas de Clifford  |
| Thomas de Clifford,<br>barón Clifford     | Partidario de Enrique VI  |
| William Crichton, lord<br>Crichton        | Noble escocés que acordó el matrimonio de Jacobo II con María de Güelders |
| Ralph Cromwell, barón<br>Cromwell         | Chambelán de la Casa de Enrique VI  |
| Maud Cromwell (de<br>soltera, Stanhope)   | Sobrina y heredera del barón Cromwell                                     |
| Sir Robert Dalton                         | Espadachín y adversario en el adiestramiento de Eduardo, conde de March   |
| Andrew Douglas                            | Terrateniente escocés y aliado de Enrique VI                              |
| Thomas Percy, barón<br>Egremont           | Hijo de Henry Percy, conde de Northumberland                              |
| Henry Holland, duque de<br>Exeter         | Yerno de Ricardo, duque de York   |
| John Fauceby                              | Médico del rey Enrique VI   |
| William Neville, lord                     | Hermano del conde de Salisbury  |

|  |  |
|--|--|
| Sir John Fortescue                         | Juez supremo del Tribunal del Rey                                    |
| Fowler                                     | Soldado en la batalla de San Albano                                  |
| Vizconde Michel Gascault                   | Embajador francés en la Corte inglesa                                |
| Sir Howard Gaverick                        | Caballero vasallo al servicio del conde de Warwick                   |
| Godwin, el silencioso                      | Fraile franciscano   |
| Edmund Grey, barón Grey de Ruthin          | Partidario de Enrique VI   |
| María de Güelders                          | Esposa de Jacobo II de Escocia                                       |
| William Hatclyf                            | Médico del rey Enrique VI  |
| Enrique VI                                 | Rey de Inglaterra, hijo de Enrique V                                 |
| Hobbs                                      | Sargento del ejército, Windsor                                       |
| Escudero James                             | Explorador del ejército de Enrique VI en la batalla de San Albano    |
| Jameson                                    | Herrero y adversario en el adiestramiento de Eduardo, conde de March |
| Eduardo Plantagenet, conde March           | Hijo de Ricardo, duque de York                                       |
| John Neville                               | Hijo del conde de Salisbury y hermano de Warwick                     |
| John de Mowbray, duque de Norfolk          | Partidario de Enrique VI   |
| Henry Percy, conde de Northumberland       | Cabecilla de la familia Percy y defensor de la frontera con Escocia  |
| Eleanor Neville, condesa de Northumberland | Esposa de Henry Percy y hermana del conde de Salisbury               |
| William Oldhall                            | Canciller y partidario de Ricardo, duque de York                     |
| Jasper Tudor, conde de Pembroke            | Hermanastro de Enrique VI  |
| Hermano Peter                              | Fraile franciscano   |
| Rankin                                     | Mayordomo de Richard Neville, conde de Salisbury                     |
| Edmund Tudor, conde de Richmond            | Hermanastro de Enrique VI  |
| Edmundo Plantagenet, conde de Rutland      | Hijo de Ricardo, duque de York                                       |
| Richard Neville, conde de Salisbury        | Cabecilla de la familia Neville, nieto de Juan de Gante              |
| Alice Montacute, condesa de Salisbury      | Esposa de Richard Neville, conde de Salisbury                        |
| Thomas de Scales, barón Scales             | Comandante de la guarnición real en la Torre de Londres              |
| Michael Scruton                            | Cirujano del rey Enrique VI  |

|                                      |  |
|--------------------------------------|--|
| Edmund Beaufort, duque de Somerset   | Partidario de Enrique VI   |
| Henry Beaufort, duque de Somerset    | Hijo de Edmund Beaufort, partidario de Enrique VI  |
| William de la Pole, duque de Suffolk | Soldado y cortesano que arregló el matrimonio de Enrique VI con Margarita de Anjou         |
| Wilfred Tanner                       | Contrabandista y amigo de Derry Brewer   |
| Sir William Tresham                  | Presidente de la Cámara de los Comunes   |
| Andrew Trollope                      | Capitán de la guarnición de Calais del conde de Warwick                                    |
| Trunning                             | Maestro de armas de Henry Percy, conde de Northumberland                                   |
| Owen Tudor                           | Segundo esposo de Catalina de Valois (esposa de Enrique V)                                 |
| Richard Neville, conde de Warwick    | Hijo del conde de Salisbury, posteriormente conocido como «el Hacedor de Reyes»            |
| Eduardo de Westminster               | Príncipe de Gales, hijo de Enrique VI nacido del matrimonio de éste con Margarita de Anjou |
| Ricardo Plantagenet, duque de York   | Cabecilla de la Casa de York, biznieto de Eduardo III                                      |
| Cecilia Neville, duquesa de York     | Esposa de Ricardo, duque de York y nieta de Juan de Gante                                  |

## PRÓLOGO



El vizconde Michel Gascault no era ningún espía. Habría despreciado a cualquiera que lo calificara así. Por supuesto, se daba por hecho que, a su regreso, el embajador francés en la corte inglesa informaría a su monarca de cualquier noticia relevante. Y qué duda cabía de que el vizconde Gascault acumulaba una experiencia considerable tanto en los palacios de la realeza de Europa como en el campo de batalla. Sabía qué información podía interesar al rey Carlos de Francia y, teniéndolo presente, tomaba buena nota de todo cuanto acontecía a su alrededor, por nimio que fuera. Los espías eran miserables de clase baja dados a ocultarse en portales y bisbisearse contraseñas secretas. El vizconde Gascault, por su lado, u *on the other hand*, como decían los ingleses, era un gentilhombre de Francia, tan por encima de tales cosas como el Sol de la Tierra.

Aquellos y otros pensamientos similares eran todo cuanto tenía para entretenerse en sus horas ociosas. No pasaría por alto mencionarle al rey Carlos que lo habían ignorado durante tres días con sus tres noches, que lo habían abandonado en impaciente espera en un suntuoso aposento del palacio de Westminster. Los criados que habían enviado a atenderle ni siquiera iban bien aseados, según había podido constatar, si bien acudían con premura. Uno de ellos hedía tanto a caballo y a orines que se diría que su empleo habitual estaba en los establos reales.

Pese a ello, lo cierto era que las necesidades corporales de Gascault habían sido satisfechas, a diferencia de sus requerimientos como embajador. Al comienzo de cada día, sus propios criados lo vestían con los atuendos y las capas más espléndidos que poseía, escogidos entre las prendas embutidas en los enormes arcones que había cargado desde Francia. Hasta entonces ni siquiera se había visto obligado a repetir una combinación de colores y había prestado oídos sordos al comentario que había escuchado de pasada de boca de uno de los pinches ingleses, quien había aludido a él como «el pavo real francés». Los colores vivos le mejoraban el humor y no tenía muchas más cosas en las que matar el tiempo. Prefería no pensar en la comida que le preparaban. Era evidente que habían contratado a un cocinero francés, tanto como que aquel hombre no sentía simpatía alguna por sus compatriotas. Gascault se estremeció al recordar algunas de las cosas flácidas que habían aparecido sobre su mesa.

Las horas transcurrían con lentitud funeraria y hacía ya largo tiempo que había terminado de leerse hasta el último retazo de sus documentos oficiales. A la luz de una lámpara de mesa, finalmente se había sumido en un libro de color pardo que tenía en su haber, señalado por doquier con sus apuntes y comentarios. *De Sacra Coena* de Berengario de Tours se había convertido en una de sus obras predilectas. Por supuesto, la Iglesia había prohibido aquel tratado sobre la Última Cena. Cualquier argumento que explorara los misterios del cuerpo y la sangre de Cristo atraía la atención de los sabuesos papales.



Hacía tiempo que Gascault cultivaba la costumbre de buscar libros destinados a la hoguera, para incendiar con ellos su pensamiento. Se frotaba las manos ante su envoltorio. Lógicamente, la cubierta original había sido arrancada y hecha pasto del fuego, y las cenizas se habían desmenuzado con esmero para que ninguna mirada inquisidora pudiera adivinar nunca a qué habían pertenecido. La áspera piel manchada era una triste necesidad en una época en la que los hombres se deleitaban denunciándose mutuamente ante sus señores.

Cuando finalmente lo convocaron, hubo de interrumpir su lectura. Gascault estaba acostumbrado a la estridente campana que daba las medias horas y las horas completas, que lo despertaba con sobresalto mientras dormía y que arruinaba su digestión al menos tanto como las pobres tórtolas que yacían sin gracia en la bandeja de su cena. No llevaba la cuenta, pero aun así supo que era tarde cuando aquel mozo de cuadra, como él lo consideraba en su fuero interno, acudió apresurado a sus aposentos.

—Vizconde Gascart, os aguardan —anunció el muchacho.

Gascault no dio señas de irritación por la inexactitud con la que el joven pronunció su honorable apellido. El muchacho tenía pinta de simplón y el buen Dios instaba a ser misericordioso con las pobres almas que vivían entre seres superiores para enseñarles compasión, o eso había dicho siempre la madre de Gascault. Con cuidado, depositó el libro en el brazo de la silla y se puso en pie. Su mayordomo, Alphonse, se hallaba sólo un paso por detrás del joven. Gascault dejó que sus ojos se posaran de nuevo en el libro, consciente de que aquella leve señal bastaría para que su criado evitara que cayera en manos ajenas en su ausencia. Alphonse asintió raudo con la cabeza e hizo una reverencia mientras el mozo de cuadra observaba confuso la pantomima entre ambos hombres.

El vizconde Gascault se ajustó la correa de la espada y permitió que Alphonse le echara la capa amarilla alrededor de los hombros. Cuando su mirada volvió a posarse en la silla, el libro se había desvanecido como por arte de magia. Ciertamente, su sirviente era el espíritu de la discreción, y no sólo porque careciera de lengua. Gascault inclinó la cabeza en ademán de agradecimiento y abandonó la estancia con elegancia tras el muchacho, atravesó las salas exteriores y fue a desembocar en el gélido pasillo que se extendía tras éstas.

Una comitiva de cinco hombres lo aguardaba allí. Cuatro de ellos, cubiertos con un tabardo real sobre una cota de malla, eran a todas luces soldados. El último vestía capa, túnica y calzas, todas ellas tan gruesas y bien confeccionadas como las del propio Gascault.

—¿Vizconde Michel Gascault? —preguntó el hombre.

Gascault apreció la pronunciación impecable y sonrió.

—El mismo que viste y calza. A vuestro servicio. ¿Y vos sois...?

—Richard Neville, conde de Salisbury y lord canciller. Disculpadme por la hora, milord, pero os aguardan en los salones reales.

Gascault caminó al lado del conde, a su ritmo, sin prestar atención a los soldados cuyos pasos repiqueteaban en su estela. A lo largo de su carrera profesional había visto cosas más extrañas que una reunión a medianoche.

—¿Para ver al rey? —preguntó con malicia, mientras observaba con atención al conde.

Salisbury no era ningún joven, pero a ojos del francés se antojó un hombre delgado pero fuerte y sano. Mejor sería no revelar cuánto sabía la corte de Francia acerca de la frágil salud del rey Enrique.

—Lamento informaros de que Su Alteza Real, el rey Enrique, padece una enfermedad temporal e intermitente. Espero que no os ofendáis, pero esta noche os conduzco ante el duque de York.

—Lamento muchísimo escuchar tal cosa, milord Salisbury —respondió Gascault, dejando que sus palabras permanecieran en el aire.

Vio los ojos de Salisbury tensarse apenas una fracción de segundo y tuvo que reprimir una sonrisa. Ambos sabían que había familias en la corte inglesa que mantenían estrechos lazos con Francia, fueran éstos de sangre o de título. La idea de que el monarca francés no conociera todos los detalles del síncope del rey Enrique era un juego al que ambos jugarían, nada más. El rey de Inglaterra llevaba inconsciente varios meses y había caído en un estupor tan profundo que era imposible reanimarlo. No en vano sus lores habían designado a uno de ellos «protector y defensor del reino». Ricardo, el duque de York, era el rey a todos los efectos, salvo por el título, y, a decir verdad, el vizconde Gascault no sentía interés alguno en reunirse con un monarca perdido en sus ensoñaciones. Lo habían enviado a calibrar la fuerza de la corte inglesa y su determinación de defender sus intereses. Gascault permitió que el placer centelleara en sus ojos por un instante efímero antes de sofocar la emoción. Si informaba de que los ingleses estaban debilitados y perdidos sin el rey Enrique, la palabra de Gascault por sí sola haría zarpar un centenar de barcos desde Francia para saquear y reducir a cenizas hasta el último puerto inglés. Eso era justamente lo que los ingleses venían haciendo en Francia desde hacía largo tiempo, se recordó. Quizá hubiera llegado el momento de que bebieran de su propia medicina.

Salisbury condujo a la reducida comitiva por un trecho infinito de pasillos y finalmente ascendió dos tramos de escaleras que conducían a los aposentos reales, ubicados en las plantas superiores. Incluso a aquellas horas de la noche, el palacio de Westminster refulgía con la luz de lámparas situadas a escasos pasos de distancia, si bien ello no impidió que Gascault detectara un tufo a humedad en el ambiente, el hedor del moho antiguo provocado por la cercanía del río. Cuando finalmente llegaron a la puerta, protegida por la guardia, tuvo que reprimir su deseo de alisarse la capa y el cuello por última vez. Alphonse no le habría permitido abandonar sus dependencias sin estar impecable.

Los soldados fueron excusados y los guardias del interior de la estancia abrieron la puerta. Salisbury extendió la mano invitando al embajador a entrar en primer lugar.

—Después de vos, vizconde —dijo.

Tenía una mirada sagaz, según pudo apreciar Gascault mientras hacía una reverencia y entraba. A aquel hombre no se le escapaba nada. Se recordó andarse con cuidado con él. Los ingleses podían ser muchas cosas: sobornables, irritables, codiciosos y todo el espectro de pecados, pero nadie, desde que el mundo era mundo, los había llamado nunca obtusos. ¡Dios quisiera que las cosas fueran de otro modo! El rey Carlos podría así hacerse con sus poblaciones y castillos en sólo una generación.

Salisbury cerró la puerta con suavidad a su espalda y el vizconde Gascault se descubrió en una estancia más pequeña de lo que había imaginado. Quizá fuera oportuno que el protector y defensor no se regodeara en los lujos de una corte real, pero la quietud de aquella sala hizo que Gascault sintiera un escalofrío descenderle por la espalda. Las ventanas estaban teñidas de la negra oscuridad de la noche y el hombre que se alzó para recibirlo iba vestido del mismo color, hecho que hacía que, al acercarse a él, costase distinguirlo entre las sombras de las lámparas que llameaban tenuemente.

Ricardo, el duque de York, extendió la mano e hizo un gesto a Gascault invitándolo a internarse más en la estancia. El francés notó cómo se le erizaban los pelos del cogote a causa del miedo y la superstición, si bien no dio muestras de su incomodidad. Mientras avanzaba, volvió la vista atrás, pero no vio nada extraño, salvo a Salisbury, que no le quitaba ojo de encima.

—Vizconde Gascault, soy York. Es un placer daos la bienvenida y una causa de gran aflicción tener que enviaros de regreso a casa tan pronto.

—¿Cómo decís, milord? —preguntó Gascault, confuso.

Tomó asiento donde le indicó York y recompuso su postura mientras el duque se sentaba al otro lado de la ancha mesa. El inglés iba bien afeitado. De mandíbula cuadrada, lucía delgado en su vestimenta negra. Bajo la atenta mirada de Gascault, York se apartó un mechón de pelo de la frente con una mano, inclinando la cabeza al hacerlo, sin por ello apartar nunca los ojos de Gascault.

—Me temo que no os entiendo, milord York. Excusadme, desconozco qué título debo emplear para dirigirme al protector y defensor del reino.

Gascault miró a su alrededor en busca de algún indicio de vino o comida, pero no había nada a la vista, sólo el macizo roble dorado de la mesa, que se extendía desierta ante sus ojos.

York lo observó sin pestañear y frunció el entrecejo.

—Fui el lugarteniente del rey en Francia, vizconde Gascault. Estoy seguro de que estáis al corriente de ello. He luchado en suelo francés y he perdido heredades y títulos a manos de vuestro monarca. Pero todo eso ya lo sabéis. Sólo lo menciono para recordaros que yo también conozco Francia. Conozco a vuestro rey y, Gascault, también os conozco a vos.

—Milord, doy por supuesto que...

York continuó hablando como si no lo hubiera oído.

—El rey de Inglaterra duerme, vizconde Gascault. ¿Se despertará en algún momento o morirá postrado en cama? Por aquí no se habla de otra cosa. Y no dudo que suceda lo mismo en París. ¿Es ésta la ocasión que había planeado y esperado largamente vuestro rey? Vuestro país, que no es lo bastante fuerte para arrebatarnos Calais, ¿se atreve a soñar con tomar Inglaterra?

Gascault sacudió la cabeza y abrió la boca para negar tal afirmación. York alzó la mano.

—¡Adelante, Gascault! Arrojad los dados. Aprovechad vuestra oportunidad mientras el rey Enrique dormita. Yo caminaría de nuevo por tierras que antaño fueron mías. Marcharía con un ejército sobre suelo francés una vez más, si se me presentara la ocasión. Os ruego que sopeséis mi invitación. El canal de la Mancha no es más que un hilillo de agua. Y el rey no es más que un hombre. Bueno, aunque sea un soldado inglés, sigue siendo un hombre, ¿no es cierto? Puede fracasar. Puede caer. Abalanzaos sobre nosotros mientras nuestro rey dormita, vizconde Gascault. Escalad nuestros muros. Desembarcad en nuestros puertos. Os doy la bienvenida tal como nuestro pueblo dará la bienvenida al vuestro. Tal vez sea una bienvenida tosca. Somos un pueblo tosco. Pero tenemos deudas que saldar y somos generosos con nuestros enemigos. Por cada golpe que nos asestan, devolvemos tres y no tenemos en cuenta el sacrificio. ¿Me entendéis, vizconde Gascault, hijo de Julien y Clémence, hermano de André, Arnaud y François, esposo de Elodie, padre de dos hijos y de una hija? ¿Es preciso que mencione también sus nombres, Gascault? ¿Debería describir el hogar de vuestra familia, con los ciruelos rojos que flanquean la verja de la entrada?

—Basta, *monsieur* —respondió Gascault quedamente—. Vuestro argumento ha quedado perfectamente claro.

—Eso espero —replicó York—. ¿O debería enviar una orden que partiera de inmediato, más veloz de lo que vos sois capaz de cabalgar, más rauda de lo que sois capaz de navegar, para que comprendáis el significado de mis palabras, en la medida y la rotundidad con que las pronuncio, cuando regreséis a vuestro hogar? Estoy dispuesto a hacerlo, Gascault.

—Os ruego que no lo hagáis, milord —contestó Gascault.

—¿Que me rogáis? —repitió York. En su hosco rostro, oscurecido por la tenue luz de las lámparas, las sombras parecían treparle por la mandíbula—. Lo decidiré después de que hayáis partido. Hay un barco esperándoos, Gascault, y hombres que os escoltarán hasta la costa. Sean cuales sean las noticias que llevéis a vuestro monarca, os deseo toda la fortuna que merecéis. Buenas noches, vizconde Gascault. Id con Dios.

Gascault se puso en pie con las piernas temblorosas y se dirigió hacia la puerta. Salisbury mantuvo la cabeza gacha mientras la abría para cederle paso y el francés respiró hondo, atemorizado al ver a los soldados congregados tras ella. En la penumbra, presentaban un aspecto amenazador y Gascault estuvo a punto de lanzar

un chillido cuando abrieron filas para franquearle el paso y acto seguido recuperaron posiciones para escoltarlo lejos de allí.

Salisbury cerró la puerta con cuidado.

—No creo que vengan..., al menos, no este año —aventuró.

York resopló.

—Os juro que tengo un dilema. Tenemos los barcos y los hombres, si me siguieran. Y, sin embargo, esperan como sabuesos a ver si Enrique despierta.

Salisbury se guardó de responder enseguida. York percibió sus dudas y sonrió con cansancio.

—Todavía no es demasiado tarde, creo. Enviad en busca del español. Le soltaré mi sermón también a él.

## PRIMERA PARTE



### Postrimerías del verano de 1454

«La única esperanza de las personas aplastadas por las leyes está en el poder. Si las leyes son sus enemigas, serán enemigas de las leyes».

EDMUND BURKE

**B**ajo la luz aún fría y gris, el castillo cobraba vida. Se sacaba a los caballos de sus caballerizas y se los cepillaba; los perros ladraban y se peleaban, apartados a puntapiés por quienes los encontraban en su camino. Centenares de hombres andaban ajetreos apilando aperos y armas, y trajinaban por el patio principal portando pertrechos en los brazos.

En la gran torre, Henry Percy, conde de Northumberland, contemplaba por la ventana la animada pradera que rodeaba su fortaleza. Las piedras del castillo estaban calientes por el calor de agosto, pero el anciano vestía capa y llevaba un manto de pieles echado a los hombros, bien sujeto por el pecho. Seguía siendo alto y ancho de espaldas, pese a que la edad lo había encorvado. Su sexta década le había traído achaques y unas articulaciones chirriantes que hacían que casi cualquier movimiento le resultara un suplicio y perdiera los nervios enseguida.

El conde miraba ceñudo a través del vidrio plomado. La población se despertaba. El mundo se levantaba con el sol y él estaba listo para pasar a la acción, tras aguardar largamente su momento. Observó cómo se congregaban los caballeros con armadura, mientras sus criados les repartían escudos pintados de negro o recubiertos de arpillerá atada con cordel. Los colores azul y amarillo de los Percy no se apreciaban por ninguna parte, ocultos a la vista para que los soldados que aguardaban sus órdenes lucieran un aspecto más sombrío. Durante un tiempo, serían hombres grises, caballeros errantes sin hogar ni familia. Hombres sin honor, cuando el honor era una cadena que los aherrojaba.

El anciano inhaló y se frotó la nariz con vigor. La estratagema no engañaría a nadie, pero, cuando la matanza hubiera concluido, podría alegar que ningún caballero o arquero de los Percy había tomado parte en ella. Y lo más importante de todo, quienes habían clamado contra él yacerían inertes en el suelo.

Mientras permanecía allí de pie, sumido en sus pensamientos, escuchó a su hijo aproximarse; las espuelas del joven chasqueaban y repiqueteaban en el suelo de madera. El conde volvió la vista, notando cómo su viejo corazón se le desbocaba por la expectación.

—Buenos días os dé Dios, padre —saludó Thomas Percy con una reverencia.

Proyectó la mirada al otro lado de la ventana, hacia el bullicio de los terrenos situados a los pies del castillo. Thomas arqueó una ceja en mohín de pregunta tácita y su padre gruñó, irritado por los pasos de los criados que los rodeaban.

—Acompáñame.

Sin aguardar respuesta, el conde avanzó a toda prisa por el pasillo y con la fuerza de su autoridad remolcó tras de sí a Thomas. Llegó ante la puerta que conducía a sus aposentos privados y prácticamente arrastró a su hijo al interior, cerró de un portazo tras ellos. Mientras Thomas permanecía en pie observándolo, el viejo recorrió nerviosamente a zancadas las estancias, golpeando las puertas con violencia al entrar

y salir de ellas. Sus recelos se apreciaban en el tono morado intenso que había adquirido su semblante, cuya tez oscurecía una mancha de venas rotas que se extendía a todo lo ancho de sus mejillas y nariz. El rostro del conde no volvería a conocer la palidez, no con aquella mancha marmolada recubriéndolo. Posiblemente se la hubieran provocado los potentes licores procedentes del otro lado de la frontera escocesa, pero lo cierto es que iba que ni pintada con su humor. La edad no había suavizado al anciano; al contrario, lo había ajado y endurecido.

Convencido de encontrarse a solas, el conde regresó junto a su hijo, que seguía aguardando con paciencia con la espalda apoyada en la puerta. Thomas Percy, el barón Egremont, no era más alto que su padre en el pasado, pero, al no estar encorvado por la edad, alcanzaba a ver por encima de la cabeza del viejo. A sus treinta y dos años, Thomas estaba en la flor de la virilidad, con su cabello moreno y sus antebrazos llenos de nervios y músculos conseguidos tras más de seis mil días de adiestramiento. Allí en pie, casi parecía resplandecer de salud y vigor, con su piel rubicunda sin cicatrices ni marca de enfermedad alguna. A pesar de los años que los separaban, ambos compartían la típica nariz de los Percy, una gran nariz aguileña que podía encontrarse en docenas de aldeas y granjas pequeñas de los alrededores de Alnwick.

—Aquí podremos hablar en privado —dijo el conde al fin—. Tu madre tiene oídos por todas partes. Ni siquiera puedo hablar con mi hijo sin que su gente le informe de hasta la última palabra.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que sucede? —preguntó su hijo—. He visto a los hombres acopiando espadas y arcos. ¿Es la frontera?

—Hoy no. Esos malditos escoceses están tranquilos, aunque no dudo de que Douglas ande husmeando por mis tierras, como siempre. Acudirán en invierno, cuando el hambre los apremie, a intentar robarme las vacas. Y, cuando lo hagan, los enviaremos de vuelta como alma que lleva el diablo.

Su hijo ocultó su impaciencia, sabedor de que su padre podía pasarse una hora despotricando contra el «artero de Douglas» si se le presentaba la oportunidad.

—Me refería a los hombres, padre. Han tapado los colores. ¿Quién nos amenaza que debe ser sorprendido por caballeros sin blasón?

Su padre, que se hallaba de pie cerca de él, alargó el brazo, lo agarró por encima del filo de la coraza de cuero con su huesuda mano como si fuera un gancho y lo atrajo hacia sí.

—Los Neville de tu madre, muchacho, como siempre. Siempre los Neville. Allá donde mire afligido están ellos, ¡interponiéndose en mi camino! —El conde Percy alzó su otra mano mientras hablaba y la sostuvo en alto con los dedos juntos formando un pico. Picoteó con ella el aire, cerca del rostro de su hijo—. Y se alzan en tal número que no sería posible contarlos. ¡Unidos por matrimonio con todos los linajes de la nobleza! ¡Con todas las casas nobiliarias! Tengo a los malditos escoceses afilándose las garras en uno de mis flancos, saqueando Inglaterra, incendiando



pueblos en mis propias tierras. Si no me enfrentara a ellos, si dejara pasar una sola estación sin matar a los jóvenes que envían para ponerme a prueba, afluirían sobre el sur como las aguas de un dique roto. ¿Y qué haría entonces Inglaterra, sin las armas de los Percy para defenderla? Pero a los Neville todo eso les trae sin cuidado. No, ellos prestan su nombre y su riqueza a York, ese principiante. Y él asciende, aupado por las manos de los Neville, mientras a nosotros nos roban títulos y heredades.

—Guardián de la frontera oeste —murmuró su hijo, hastiado.

Había escuchado los lamentos de su padre un sinfín de veces antes. La cólera en los ojos del conde Percy se intensificó.

—Uno de tantos. Un título que debería haber pertenecido a tu hermano, dotado con mil quinientas libras al año, hasta que se le otorgó a ese Neville, Salisbury. Eso he tenido que tragármelo, muchacho. Y también que hayan designado a Neville canciller mientras mi rey dormita y sueña y hemos perdido Francia. He tenido que tragarme tantas cosas provocadas por ellos que tengo la sensación de estar a punto de reventar.

El anciano había acercado a su hijo tanto a él que sus rostros casi se rozaban. Besó a Thomas brevemente en la mejilla y lo soltó. Por costumbre, volvió a comprobar la estancia a su alrededor una vez más, pese a que estaban solos.

—Por tus venas corre la buena sangre de los Percy, Thomas. Con el tiempo acabaré expulsando a la de tu madre, tal como yo expulsaré a los Neville de estas tierras. Me han sido puestos en bandeja, Thomas, ¿lo entiendes? Dios misericordioso me ha brindado la oportunidad de recuperar todo lo que me han robado. Si tuviera veinte años menos, montaría a Azote del Viento y los expulsaría hacia el sur y yo mismo, pero... esos días han quedado atrás. —El anciano alzó la vista hacia su hijo con ojos casi febriles—. Debes ser mi mano derecha en esto, Thomas. Debes ser mi espada y mi mayal.

—Me honráis —murmuró Thomas con la voz quebrada.

Al ser sólo el hijo segundo, había alcanzado la plenitud de su vida con poco afecto por parte del viejo. Su hermano mayor, Henry, se hallaba junto con mil hombres al otro lado de la frontera de Escocia, con la misión de saquear, incendiar y debilitar los clanes bárbaros. Thomas pensó en él; era consciente de que la ausencia de Henry era el auténtico motivo por el cual su padre lo había llamado aparte. No había nadie más a quien enviar. Y pese a que tal pensamiento lo ofendía, no pudo resistirse a la oportunidad de demostrar su valía al único hombre a quien le permitía juzgarlo.

—Enrique tiene a nuestros mejores gallos de pelea —prosiguió su padre, haciéndose eco de sus pensamientos—. Y yo debo conservar algunas manos fuertes en Alnwick, en caso de que el artero de Douglas esquive a tu hermano y descienda al sur dispuesto a violar y robar. Ese hombrecillo no conoce mayor placer que tomar lo que me pertenece. Juro que...

—Padre, no os fallaré —le aseguró Thomas—. ¿Cuántos hombres enviaréis

conmigo?

Su padre hizo una pausa, irritado por la interrupción, que le reprochó con la mirada. Finalmente asintió con la cabeza, sin que la sangre llegara al río.

—En torno a setecientos. Doscientos son soldados, mientras que el resto son ladrilleros, herreros y hombres corrientes con arcos. No obstante, contarás con Trunning y, si eres inteligente, dejarás que te asesore y lo escucharás con atención. Conoce bien las tierras de los York y conoce a los hombres. Quizá si no hubieras invertido tanto tiempo de tu juventud en bebida y fulanas, no dudaría de ti. ¡Chitón! No te lo tomes a la tremenda, muchacho. Alguno de mis hijos tiene que participar en esta empresa para infundir valor a los hombres. Pero son mis hombres, no los tuyos. Sigue las instrucciones de Trunning. Él sabrá conducirte.

Thomas se ruborizó a causa de una cólera cada vez más visible. Imaginar a los dos viejos urdiendo algún plan imprimió una tensión a su rostro que no pasó desapercibida a su padre.

—¿Entendido? —preguntó el conde Percy tajante—. Haz caso a Trunning. Te lo ordeno.

—Entendido —replicó Thomas, esforzándose sobremanera por ocultar su decepción.

Por un momento, había creído que su padre le confiaría el mando de la operación, en lugar de colocar a su hermano o a algún otro hombre por encima de él. Sintió la pérdida de algo que nunca había tenido.

—¿Me indicaréis vos adónde debo cabalgar o debo preguntárselo también a Trunning? —inquirió Thomas.

Su voz transmitía tensión y su padre hizo una mueca de regodeo y desdén con la boca.

—Te he dicho que no te lo tomes a la tremenda, muchacho. Tienes un buen brazo derecho y eres mi hijo, pero no has liderado ninguna batalla, a lo sumo unas cuantas escaramuzas. Los hombres no te respetan tanto como a Trunning. ¿Cómo iban a hacerlo? Él ha luchado durante veinte años, tanto en Francia como en Inglaterra. Te hará regresar con vida.

El conde aguardó a ver alguna señal que indicara que su hijo había acatado la situación, pero Thomas lo fulminó con la mirada, herido y enojado. El conde Percy sacudió la cabeza y prosiguió:

—Mañana los Neville celebran una boda en Tattershall, Thomas. La estirpe de tu madre ha conseguido extender sus redes y atrapar a otro clan en sus garras. Ese gallito engreído, Salisbury, asistirá a los festejos para ver desposarse a su hijo. Estarán en paz, satisfechos de conducir a la nueva novia hacia el palacete de *Sheriff Hutton*. Mi hombre me lo ha explicado todo, arriesgando su vida para informarme a tiempo. Aunque le he entregado una buena recompensa por ello, no creas. Y ahora escúchame con atención. Habrá hombres a caballo y a pie, una comitiva festiva regresando del banquete nupcial un bonito día de verano. Y tú también estarás allí,

Thomas. Les tenderás una emboscada y no dejarás ni a uno solo de ellos con vida. Eso es lo que te ordeno. ¿Lo has entendido?

Thomas tragó saliva con dificultad bajo la atenta mirada de su padre. El duque de Salisbury era el hermano de su madre y sus hijos eran sus primos hermanos. Thomas había creído que se encargaría de desterrar a alguna rama más débil del árbol genealógico de los Neville, no a las mismísimas raíces y al cabecilla del clan. Si hacía lo que su padre le encomendaba, se ganaría más enemigos de sangre en un día de los que se había hecho en toda su vida hasta aquel momento. Aun así, asintió con la cabeza, incapaz de confiar en su voz. Su padre hizo una mueca agria con la boca, al comprobar una vez más la debilidad y la indecisión de su hijo.

—El hijo de Salisbury contrae nupcias con Maud Cromwell. Sabes que el padre de esa muchacha retiene alodios de los Percy y se niega a aceptar mi reclamación sobre ellos. Al parecer cree que puede regalar «mis» heredades como dote a los Neville, que ahora son tan poderosos que me obligarán a abandonar los pleitos que tengo interpuestos contra ellos. Te envío para mostrarles justicia, para demostrarles la autoridad que Cromwell desdeña mientras busca una sombra más alargada bajo la cual cobijarse. Y ahora escúchame bien. Llévate a setecientos de mis hombres y mátalos a todos, Thomas. Y cerciórate de que la sobrina de Cromwell se cuente entre los muertos, para que pueda invocar su nombre la próxima vez que me encuentre a su tío llorando en la corte. ¿Lo has entendido?

—¡Por supuesto que lo entiendo! —replicó Thomas, con la voz endurecida.

Notó cómo le temblaban las manos mientras lanzaba una mirada asesina a su padre, pero no estaba dispuesto a sufrir el menosprecio del viejo negándose a acatar sus órdenes. Apretó la mandíbula. La decisión estaba tomada.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta, a espaldas de Thomas, y ambos se sobresaltaron como un par de conspiradores culpables. Thomas se apartó para permitir que la puerta se abriera y palideció al ver a su madre allí de pie.

Su padre se preparó sacando pecho.

—Ahora ve, Thomas. Trae el honor a tu familia y a tu apellido.

—Quédate, Thomas —le indicó su madre enseguida, con una expresión fría en el rostro.

Thomas dudó, luego agachó la cabeza, pasó junto a ella sin mirarla y se escabulló de allí a grandes pasos. A solas, la condesa Eleanor Percy se volvió con brusquedad hacia su esposo.

—Veo a vuestros guardias y soldados armándose, cubriendo los colores de los Percy. Ahora mi hijo se aleja de mí como un perro callejero apaleado. ¿Me obligaréis a preguntaros qué sucede? ¿Qué plan nauseabundo habéis estado susurrándole a los oídos en esta ocasión, Henry? ¿Qué habéis hecho?

El conde Percy respiró hondo, sin preocuparse por disimular su triunfalismo.

—¿No escuchabais entonces a hurtadillas tras la puerta como una doncella? Me sorprende —dijo—. Lo que yo haya hecho no es asunto vuestro.

Mientras hablaba, el conde Percy echó a andar en dirección al pasillo. Al pasar junto a ella, Eleanor lo detuvo poniéndole una mano en el pecho. En respuesta, el conde le agarró la mano con crueldad y le aplastó los dedos hasta hacerla gritar, le retorció el brazo y la controló sujetándola del codo con una mano.

—Por favor, Henry. Mi brazo... —imploró ella, con la respiración entrecortada.

Le retorció el brazo con más fuerza y Eleanor chilló de dolor. En el pasillo, el conde advirtió a un criado aproximándose aprisa y cerró la puerta de un portazo propinándole un puntapié furioso. Mientras su esposa gimoteaba, el anciano la inclinó hacia delante hasta prácticamente doblarla por la cintura, mientras la sujetaba con fuerza por la mano y el brazo.

—No he hecho nada que vuestros Neville no hicieran por mí, si alguna vez me tuvieran a su merced —le susurró al oído—. ¿Acaso creáis que permitiría a vuestro hermano pisotear el nombre de los Percy? Convertido en el canciller del duque de York, amenaza todo cuanto soy, todo cuanto debo proteger. ¿Lo entendéis? Os desposé para que me dierais hijos, una novia Neville fértil. Y lo habéis hecho, es cierto. Pero no os consiento que os entrometáis en los asuntos de mi casa.

—Me hacéis daño —replicó ella, con el rostro contraído por la ira y el dolor—. Veis enemigos donde no los hay. Y si buscáis a mi hermano, él hará que os maten, Henry. Richard os matará.

Con un gruñido de indignación, su esposo la arrastró por la habitación y la arrojó despatarrada sobre la cama. Se abalanzó sobre ella antes de darle tiempo a ponerse en pie, le desgarró el vestido y, desgañitándose y con el rostro rojo de ira, estiró con violencia de la tela y la desnudó. Ella sollozó y se resistió, pero, con una fuerza infernal avivada por la furia, Henry hizo caso omiso de las uñas clavadas y de los arañazos encarnados que su esposa le hizo en rostro y brazos. La sujetó con una mano, con la pálida y larga línea de la espalda de ella a la vista, mientras se desabrochaba el cinturón de los pantalones, lo doblaba y formaba con él un látigo corto.

—No volveréis a hablarme de ese modo en mi propia casa.

Le asestó azote tras azote, unos latigazos tan estridentes como los gritos desesperados de ella. No acudió nadie, pese a que Henry continuó y continuó hasta que Eleanor se quedó quieta y dejó de luchar. De los largos verdugones rojos le manaba sangre que manchó el delicado tejido. Henry jadeaba y resollaba. Gruesas gotas de sudor resbalaron por su nariz y cejas, y fueron a caer sobre la piel de ella. Con funesta satisfacción, el conde volvió a colocarse el cinturón y dejó a su esposa sollozando sobre el cubrecama.

Unos sirvientes abrieron el portalón que daba al patio donde habían formado los hombres, y Thomas Percy, barón de Egremont, salió por él. El ruido de centenares de hombres lo recibió como un estruendo bajo el cielo azul e hizo que el corazón se le

acelerara aún más. Con mirada de irritación, vio a miembros de su propio personal allí, sobornados por su padre, aguardándolo pacientemente. Portaban armadura y sus armas, mientras que otros hombres preparaban a Balion, el gran corcel negro que había adquirido por una cantidad ruinosa el año anterior. Al parecer, su padre no había albergado dudas acerca del resultado de su conversación. Thomas frunció el ceño mientras avanzaba hacia aquel grupo en medio de la masa arremolinada de hombres y asimilaba la enorme complejidad de la escena. Por encima de todos ellos escuchó a su madre gritar como una cerda en plena matanza, sin duda a causa de una nueva arremetida del viejo. A Thomas le irritó que su madre se colara de aquel modo en sus pensamientos. Prefirió agachar la mirada a sufrir la complicidad no deseada de los ojos de otros hombres. Con cada nuevo gemido, éstos o bien sonreían, o bien hacían una mueca de dolor, mientras que el enojo de Thomas con su madre iba en aumento. El auge de la familia Neville carcomía a su padre y había conseguido plagar al viejo con sospechas y una cólera que le estaban arruinando la vida, cuando el conde debería haber disfrutado de unos años de sosiego y haber delegado la gestión de sus señoríos en sus hijos. Cuando al fin los gritos se acallaron, Thomas alzó la vista hacia la ventana de los aposentos privados de su padre. Era típico del viejo echar a rodar sus planes durante días o semanas sin preocuparse siquiera de comunicarle a su hijo lo que pretendía.

Con movimientos rápidos y precisos, Thomas se quitó la coraza de cuero y la capa, hasta quedar en el patio vestido sólo con las calzas y la almilla, que ya mostraba manchas oscuras de sudor. Allí no existía el pudor y multitud de jóvenes bromeaban y se gritaban entre sí mientras saltaban a la pata coja con un solo escarpe puesto o pedían a gritos una pieza de su armadura que había ido a parar al montón de un compañero. Thomas se sentó en una banqueta alta y aguardó pacientemente mientras sus ayudantes le apretaban el gambesón, un jubón acolchado, y le ajustaban las correas de cada placa de su armadura hecha a medida. Le sentaba bien y, aunque las marcas y zurcidos procedían más del patio de adiestramiento que del campo de batalla, seguía siendo un buen equipo, desgastado por el uso. Al alzar los brazos para que le ataran las correas de la pechera, miró con furia unas marcas en el metal, que había quedado deslustrado, como si alguna criada de la cocina lo hubiera limpiado con un estropajo, como si de una olla se tratara. Comprobó que la cimera azul y amarilla había sido borrada y alargó el pescuezo para echar un vistazo a su espada, que se encontraba en el suelo, lista para serle entregada. Al ver que el delicado emblema de esmalte de la guarda había sido eliminado a cincel, Thomas maldijo para sus adentros. Eran órdenes de su padre, por supuesto, pero él había utilizado aquella espada desde su duodécimo cumpleaños y le dolía verla deteriorada.

Pieza a pieza, fueron encajándole la armadura, hasta que finalmente se puso en pie y le invadió la maravillosa sensación de imponente e invulnerabilidad que le aportaba. Lord Egremont alargó la mano para agarrar el yelmo que su lacayo le tendía con reverencia. Mientras se cubría con él la cabeza, Thomas escuchó la voz del

maestro de armas de su padre atronar en el otro lado del patio de armas.

—Cuando se abra la puerta, saldremos por ella —gritó Trunning a los congregados—. Preparaos, porque no habrá vuelta atrás como doncellas de la señora en busca de un guante caído, ni criados personales, sino sólo hombres con monturas capaces de manejar una espada o un arco y mantener el ritmo. Cecina y hojuelas de avena a secas, algo de cerveza y vino, ¡nada más! Hay provisiones para seis días, pero cabalgad con presteza o quedaréis rezagados.

Trunning hizo una pausa y repasó con la mirada a los caballeros y hombres de a pie mientras se preparaba para dar otra media docena de instrucciones. Entonces detectó al hijo de Percy y enseguida se apresuró a colocarse a su lado. Thomas sintió una cierta satisfacción al mirar por encima del hombro a Trunning, de menor altura que él.

—¿Qué sucede, Trunning? —preguntó con un deje de frialdad deliberado en la voz.

Trunning no contestó de inmediato; se limitó a mantenerse en pie, observándolo y mascando su largo mostacho cano. El maestro de armas de su padre había adiestrado a los dos hijos de Percy en el arte de las armas y la estrategia, adiestramiento que habían iniciado a una edad tan temprana que Thomas no recordaba un momento de su vida en el cual Trunning no hubiera estado presente, con sus gritos enfurecidos ante un golpe mal asestado o sus exigencias de saber quién le había enseñado a sostener el escudo «como una doncella escocesa». Sin forzar la memoria, Thomas era capaz de recordar cinco huesos que aquel hombrecillo de rostro enrojado le había fracturado a lo largo de los años: dos en la mano derecha, dos antebrazos partidos y un huesecillo del pie que Trunning le había roto de un pisotón durante un forcejeo. Cada uno de ellos había conllevado semanas de dolor con la extremidad entablillada y un desprecio devastador por cada quejido proferido mientras se los entablillaban. No obstante, Thomas no odiaba al hombre de confianza de su padre. Ni siquiera lo temía. Sabía que Trunning era profundamente leal a la casa de Percy y Northumberland, como un sabueso viejo particularmente salvaje. Ahora bien, al margen de las diferencias en sus respectivos estatus sociales, a Thomas, lord Egremont, le costaba imaginar que aquel hombre lo aceptara alguna vez de igual a igual, por no mentar ya como su superior. El hecho mismo de que su padre hubiera colocado a Trunning al mando de aquella incursión era prueba de ello. El par de viejos miserables estaban cortados por el mismo patrón, sin una gota de amabilidad o misericordia que les corriera por las venas. No era extraño que congeniaran tan bien.

—¿Ha hablado vuestro padre con vos? ¿Os ha explicado cómo proceder? —preguntó Trunning finalmente—. ¿Os ha indicado que acatéis mis órdenes en todo momento, para devolveros a casa sano y salvo con un par de arañazos nuevos en esa armadura vuestra tan elegante?

Thomas reprimió un estremecimiento al escuchar la voz del hombre. Quizá a resultas de tantos años gritando a través de campos y calles a sus alumnos, Trunning

padecía una ronquera permanente y sus palabras se entremezclaban con respiraciones profundas y sonoras.

—Me ha indicado que estaréis al mando, Trunning, en efecto..., hasta cierto punto.

Trunning pestañeó con pereza, mientras le tomaba la medida a Thomas.

—¿Y qué punto es ése, mi noble lord Egremont?

Para su consternación, Thomas notó el corazón palparle con fuerza en el pecho y cómo se le tensaba la respiración. Esperó que el maestro de armas no percibiera su tensión, a sabiendas de que era una esperanza vana, tras tantos años de conocerlo. Pese a ello, habló con voz firme, decidido a no dejar que la mano derecha de su padre lo gobernara.

—El punto es el que vos y yo discrepemos, Trunning. Soy yo quien debe salvaguardar y proteger el honor de esta casa. Vos podéis dar orden de marchar, atacar o lo que deseéis, pero seré yo quien decida la política y los objetivos de nuestro ataque.

Trunning lo miró fijamente, humilló la cabeza y se rascó por encima de la ceja derecha.

—Si comunico a vuestro padre que me estáis fastidiando, el único cometido que os asignará será el de servirnos el vino, y eso con suerte —replicó, con una sonrisa desagradable.

Le sorprendió que el joven se volviera para mirarlo de frente e inclinándose hacia él le dijera:

—Aunque vayáis al viejo con cuentos, yo seguiré aquí. Comprobad cuán lejos de esas puertas sois capaces de llegar sin un hijo de la familia Percy al frente. Y entonces, Trunning, os habréis convertido en un enemigo de Egremont. Ya conocéis mis condiciones. Ahora proceded como creáis oportuno.

Thomas regresó entonces deliberadamente junto a sus ayudantes, a quienes hizo un gesto para que le ajustaran la visera y le echaran una gota de aceite. Notaba la mirada de Trunning clavada en él y su corazón continuaba desbocado, pero tenía seguridad en sí mismo, al menos en aquel aspecto. No volvió la vista atrás cuando el maestro de armas se alejó de allí con andares airados, ni siquiera para comprobar si Trunning entraba en el castillo y acudía a ver a su padre con sus quejas. Lord Egremont se cerró la visera para ocultar su semblante. Su padre y Trunning eran ambos viejos y, pese a su voluntad y rencor, los viejos al final acababan desapareciendo. Thomas conduciría a los arqueros y a los espaderos a la boda de su tío, con Trunning o sin él, eso era lo de menos. Volvió a contemplar el reducido ejército que su padre había congregado al servicio de los Percy. Centenares de aquellos hombres no eran más que aldeanos convocados por su señor feudal. Aunque trabajaran como herreros, carniceros o curtidores, todos ellos habían recibido adiestramiento con el hacha o el arco desde su más tierna infancia y habían desarrollado habilidades que los harían útiles para un hombre como el conde Percy de

Alnwick. Thomas se sonrió y se alzó la visera de nuevo.

—¡Formad en la puerta! —bramó.

Por el raballo del ojo vio la esbelta figura de Trunning volverse con brusquedad, pero Thomas hizo caso omiso. Los ancianos acaban desapareciendo, se repitió con complacencia. Los jóvenes estaban llamados a gobernar.



**D**erry Brewer estaba de un humor de perros. Llovía a mares y el agua repiqueteaba en la bóveda calva de su cabeza. Hasta entonces no había sido consciente de lo útil que resulta una buena cabellera para empapar el agua de la lluvia. Con la coronilla cruelmente expuesta, aquel desagradable tamborileo hacía que le doliera el cráneo y que le picaran las orejas. Para mayor incomodidad, vestía un hábito marrón empapado que le azotaba las piernas desnudas y le estaba provocando rozaduras en la piel. Una mano bastante experta le había afeitado la cabeza justo aquella mañana, de manera que aún no se había acostumbrado a la sensación y la notaba dolorida y espantosamente vulnerable a los elementos. Todos los frailes que caminaban fatigosamente junto a él habían recibido tonsura y sus blancos círculos de calvicie resplandecían mojados bajo el tiempo plomizo. Por lo que Derry sabía, ninguno de ellos había probado bocado desde el amanecer, pese a llevar todo el día caminando y salmodiando.

Las grandes murallas del castillo real se alzaban al final de Peascod Street mientras ellos hacían sonar su campanilla pidiendo limosna y oraban en voz alta, los únicos lo bastante insensatos como para permanecer bajo la lluvia pese a tener donde cobijarse. Windsor era una ciudad acaudalada; el castillo a cuyo servicio debía su existencia se hallaba sólo a treinta kilómetros de Londres, como otra media docena que circundaban la capital, cada uno de ellos a un día a pie de distancia de ésta. La presencia de la Casa Real había hecho llegar desde la capital a algunos de los mejores orfebres, joyeros, vinateros y merceros, todos ellos ávidos de vender sus mercancías. Con el propio rey alojado en el castillo, los más de ochocientos hombres y mujeres a su servicio acrecentaban las multitudes y hacían incrementar los precios de todo, desde el pan y el vino hasta un brazalete de oro.

Con el humor agriado, Derry asumió que los frailes franciscanos también se verían atraídos por la lluvia de monedas. Aún no había determinado si sus mugrientos compañeros no eran sino mendigos perspicaces. Era cierto que el hermano Peter reprendía a las multitudes por su iniquidad y su codicia, pero el resto de los frailes portaban cuchillos para vender, además de cuencos para pedir limosna. Entre ellos, un desafortunado de anchas espaldas parecía resignado a su papel de portador de una gran piedra de amolar. El silencioso Godwin caminaba cargándola a la espalda, atada con cuerda, y tan encorvado que apenas podía alzar la vista para mirar dónde pisaba. Los otros aseguraban que soportaba aquella carga en penitencia por un pecado pretérito, y Derry no se había atrevido a preguntar de qué pecado se trataba.

En los intervalos de los servicios de la abadía a lo largo del día, el grupo hacía una pausa y rezaba. Aceptaban las ofrendas de agua o cerveza casera que les hacían mientras ensamblaban un pedal y hacían girar la muela, afilaban cuchillos y bendecían a quienes les daban una moneda, por escaso que fuera su valor. Derry sintió una punzada de culpabilidad al pensar en la fruncida faltriquera de cuero que

llevaba ajustada cerca de la ingle. En ella tenía plata suficiente para alimentarlos a todos hasta reventar, pero, si la sacaba, sospechaba que el hermano Peter se la entregaría a algún canalla que no la mereciera y dejaría que los monjes se murieran de hambre. Derry hinchó los mofletes y resopló mientras se enjugaba la lluvia de los ojos. El agua le resbalaba por el rostro en un torrente continuo y lo obligaba a pestañear para despejarse la borrosa vista.

Cuatro noches atrás le había parecido buena idea unirse a los frailes. A causa de su humilde negocio, los catorce monjes del grupo iban armados. Estaban acostumbrados a pernoctar a la intemperie, en los caminos, donde los ladrones podían intentar robar incluso a los desposeídos. Derry había estado acechando en los establos de una taberna barata cuando escuchó al hermano Peter hablar de Windsor, donde acudiría a rezar por la recuperación del rey. No les había sorprendido que otro viajero quisiera hacer lo propio, en un momento en que el alma del monarca se hallaba en peligro y el país entero era asaltado por hombres violentos.

Derry suspiró y se frotó con fuerza el rostro. Estornudó con estrépito y se sorprendió abriendo la boca para blasfemar. El hermano Peter había golpeado con un garrote a un molinero aquella misma mañana por maldecir en plena calle. Derry se había deleitado contemplando al manso cabecilla del grupo desplegar una ira que lo habría convertido a él en un nombre de pacotilla en los tablados de pelea de Londres. Habían abandonado al molinero en el camino, sangrando por las orejas a causa de los golpes recibidos, con la carreta volcada y todos los sacos de harina rajados. Derry se sonrió al recordarlo y miró al hermano Peter, que caminaba haciendo sonar la campanilla cada trece pasos para que reverberara en las murallas de piedra en la cumbre de la colina.

El castillo se alzaba amenazador bajo la lluvia, no había otro modo de describirlo. Los imponentes muros interiores y las murallas circulares exteriores no habían sido traspasados ni una sola vez en siglos, desde que se habían puesto las primeras piedras. La fortaleza del rey Enrique se erigía sobre Windsor, prácticamente otra ciudad dentro de la ciudad, con centenares de habitantes. Derry alzó la mirada, con los pies doloridos sobre los adoquines.

Se avecinaba el momento de abandonar a la reducida congregación de monjes y Derry se preguntaba cuál era la mejor manera de abordar el tema. El hermano Peter se había mostrado asombrado ante su petición de ser tonsurado como el resto de los frailes. Pese a que ellos aceptaban la tonsura como una crítica a la vanidad, no existía necesidad alguna de que Derry adoptara aquel peinado. Derry había tenido que desplegar toda su capacidad de persuasión para que el viejo accediera a hacer lo que le placiera con su cabeza.

El joven fraile que había afeitado el grueso cabello de Derry se las había apañado para hacerle un par de cortes en el cuero cabelludo y para arrancarle un trozo de piel del tamaño de un penique justo en la coronilla. Derry lo había soportado todo sin apenas una queja y finalmente el hermano Peter le había dado una palmadita de

satisfacción en la espalda.

Bajo el aguacero, Derry se preguntó si había valido la pena. Era de por sí un hombre delgado y desgastado. Con una sotana vieja, podría haber pasado sin afeitarse la cabeza, pero las apuestas eran muy altas y los hombres que le iban a la zaga ya habían dado muestras de su determinación y crueldad, y en más de una ocasión. Suspiró y se repitió una vez más que era un precio que merecía la pena pagar, si bien no recordaba haberse sentido más afligido en toda su vida.

Ser el enemigo declarado de Ricardo Plantagenet, duque de York, no era algo que hubiera escogido. Al revisar sus negociaciones, Derry supuso que podría haber sido más conciliador. Su maestro habría agitado un dedo en gesto de reprobación por haberse mostrado tan orgulloso. El viejo Bertle lo habría sermoneado durante horas, reiterándole que un hombre nunca debe exhibir su fortaleza ante sus enemigos, nunca. A Derry le parecía escuchar la voz exasperada del viejo mientras ascendía penosamente aquel cerro. «Si creen que eres débil, no envían a hombres fuertes y asesinos desde Londres a darte caza ni recompensan con plata a quien les venga con un rumor acerca de tu paradero. ¡Ni le ponen precio a tu cabeza, Derry!».

Hacerse pasar por franciscano durante un tiempo podía haberle salvado el pescuezo, o bien podía haberle hecho desperdiciar unos cuantos días, nunca lo sabría. Era indudable que había pasado junto a grupos de hombres de aspecto hostil mientras caminaba con los monjes, hombres que se habían reído, habían hecho mofa de ellos y les habían vuelto la espalda cuando el hermano Peter les había pedido una moneda. Cualquiera de ellos, o quizá una docena, podría haber estado a sueldo de York. Derry no tenía modo de saberlo. Había clavado la vista en el suelo, mientras caminaba fatigosamente junto a los otros.

La lluvia dio una pequeña tregua, pero los truenos resonaban a escasa distancia y unos nubarrones negros recorrían el cielo a toda velocidad. El hermano Peter escogió aquel momento de tranquilidad para agarrar el badajo de su campanilla con una mano y alzar la otra para indicar al grupo de monjes ateridos que se detuvieran.

—Hermanos, está anocheciendo y el suelo está demasiado húmedo para pernoctar al raso esta noche. Conozco a una familia al otro lado de la ciudad, a poco menos de un kilómetro y medio, en la ladera opuesta de la colina del castillo. Nos permitirán utilizar su establo para dormir y comer, a cambio de que bendigamos su hogar y de unirse a nuestras plegarias.

Los monjes se alegraron visiblemente al escuchar tales palabras. Derry cayó en la cuenta de que había desarrollado al menos un ápice de respeto por la curiosa vida que llevaban. Con la salvedad del aspecto de toro que tenía Godwin, el fraile silencioso, ninguno de ellos parecía fuerte. Sospechaba que uno o dos de ellos consideraban la vida mendicante como una alternativa mejor al trabajo, pero se tomaban la pobreza en serio, en una época en la que los demás hombres se esforzaban por salir de la precariedad. Derry carraspeó, sofocando una tos que había contraído en algún momento bajo el frío y la lluvia.

—Hermano Peter, ¿podría hablar con vos un instante? —preguntó.

El guía del reducido grupo se volvió hacia él con expresión apacible.

—Por supuesto, Derry —contestó.

El anciano tenía los labios azulados. Derry volvió a pensar en la faltriquera repleta de monedas que llevaba escondida en la entrepierna.

—Yo..., esto..., no os acompañaré —anunció Derry, clavando la vista en sus pies para evitar ver la expresión de decepción que velaría el rostro del monje—. Hay un hombre en el castillo con quien debo reunirme. Me detendré allí durante un tiempo.

—Vaya —replicó el hermano Peter—. Bueno, Derry, id con Dios entonces. Al menos permitid que os bendiga en nombre de Dios.

Para sorpresa de Derry, el viejo alargó la mano, se la colocó sobre la piel irritada de la coronilla y ejerció una suave presión para obligarle a humillar la cabeza. Derry consintió, extrañamente conmovido por la fe del anciano mientras el hermano Peter invocaba a san Cristóbal y san Francisco para que lo guiaran en sus viajes y juicios por venir.

—Gracias, hermano Peter. Ha sido un honor.

El viejo le sonrió y dejó caer la mano.

—Sólo espero que el sol deslumbre a aquellos a quienes pretendéis esquivar, Derry. Rezaré para que queden cegados como Saúl de Tarso cuando paséis junto a ellos.

Derry parpadeó, sorprendido, y el hermano Peter no pudo evitar reír entre dientes.

—No muchos de quienes se unen a nosotros insisten en que los tonsuren tras uno o dos días de camino, Derry. Aun así, me atrevo a afirmar que no os hizo ningún daño, pese a la tosquedad del hermano John con la cuchilla.

Derry lo miró de hito en hito, divertido pese a sus molestias.

—En efecto, hermano, me preguntaba cómo es que algunos lleváis rapado un círculo de menos de tres dedos de anchura en la coronilla, mientras que a mí parecen haberme afeitado hasta las orejas.

Los oscuros ojos del hermano Peter centellearon.

—Fue decisión mía, Derry. Creí que, si un hombre se mostraba tan ávido de someterse a la tonsura, quizá deberíamos concederle tal deseo en grado sumo. Perdonadme, hijo mío, si podéis.

—Por supuesto, hermano Peter. Me habéis traído hasta aquí sano y salvo.

Sin pensarlo, Derry se arremangó el hábito y buscó entre sus pliegues, de donde sacó la pequeña faltriquera. La depositó en las manos del hermano Peter, cerrándole los dedos sobre el húmedo cuero.

—Esto es para vos. Hay suficiente ahí para manteneros durante todo un mes, incluso más.

El hermano Peter sopesó el portamonedas, pensativo, y luego extendió la mano.

—Dios provee, Derry, siempre. Tened. No obstante, vuestra amabilidad me conmueve.

Derry denegó con la cabeza al tiempo que retrocedía con las manos en alto.

—Aceptadlo, hermano Peter, por favor.

—De acuerdo, de acuerdo —consintió el viejo, mientras se lo guardaba—. Estoy seguro de que le encontraremos un uso, o a alguien en mayor necesidad que nosotros. Id con Dios, Derry. ¿Quién sabe? Quizá en algún otro momento decidáis caminar con nosotros durante algo más de un par de días. Rezaré porque así sea. Vamos, hermanos, empieza a llover de nuevo.

Todos los miembros del grupo se acercaron a despedirse de Derry con un apretón de manos, incluso Godwin, el silencioso, que le aplastó la mano con su manaza y le dio unas palmaditas en el hombro, aún encorvado por el peso de la piedra de amolar que cargaba en la espalda.

Derry permaneció solo de pie en la calle en la cima de la colina, junto al castillo, mientras contemplaba cómo los frailes descendían lentamente por la ladera opuesta. Era cierto que había empezado a llover de nuevo. Avanzó tiritando hacia la garita de la fortaleza real. Tenía casi la certeza de que lo vigilaban y, a paso rápido, con el fin de resguardarse tras las murallas, se acercó a la sombría figura del centinela que estaba de servicio. Derry escudriñó la oscuridad a medida que se acercaba. El centinela estaba calado hasta los huesos, al igual que él, montando guardia bajo el inclemente tiempo con su alabarda y una esquila para dar la alarma.

—Buenas noches, hijo mío —saludó Derry, al tiempo que alzaba la mano para hacer la señal de la cruz en el aire.

El centinela lo observó.

—No podéis mendigar aquí, padre —le dijo con brusquedad, y, tras pensárselo dos veces, añadió—: Lo lamento.

Derry sonrió, y el blanco de sus dientes relució en contraste con su rostro atezado.

—Mandad llamar a vuestro capitán. Él acudirá a verme.

—No bajo la lluvia, padre. Creedme: sé lo que me digo —respondió el hombre con incomodidad.

Derry miró a uno y otro lado del camino. No había nadie alrededor y él estaba cansado y hambriento.

—Decidle «viñedo» y lo hará.

El centinela lo observó con desconfianza unos instantes, mientras Derry aguardaba, intentando mostrar tanta seguridad en sí mismo como fue capaz de reunir. Al cabo de un rato, el centinela cedió, se encogió de hombros y lanzó un potente silbido. Se abrió una puerta a su espalda, y Derry escuchó entrar por ella a alguien que maldecía la lluvia y el frío.

El hombre que apareció lucía un bigote bien recortado, que no obstante empezaba a languidecer bajo la lluvia. Se encontraba secándose las manos con un paño, ajeno a los restos de huevo fresco que manchaban sus labios. Ignoró al fraile que permanecía de pie bajo la lluvia y se dirigió al centinela.

—¿Qué sucede?

—Se trata de este monje, señor. Me ha pedido que os mandase a buscar.

Derry notó que se le crispaba el ánimo al constatar que el capitán seguía haciendo caso omiso de su presencia. Habló con celeridad, si bien el castañeteo de sus dientes hizo que resultara difícil entender sus palabras.

—Tengo frío y estoy empapado y hambriento, Hobbs. La contraseña es «viñedo» y la reina querrá verme. Dejadme entrar.

El capitán Hobbs había abierto la boca para reprender al eclesiástico por el tono que había empleado para dirigirse a él cuando cayó en la cuenta de que había mencionado su apellido, así como la contraseña que le habían enseñado varias semanas atrás. Quedó paralizado y sus modales cambiaron de súbito. Se asomó para mirar más de cerca al mugriento fraile que se alzaba ante él.

—¿Maese Brewer? ¡Dios mío! ¡Señor! ¿Qué le ha pasado a vuestra cabeza?

—Voy disfrazado, Hobbs, si queréis saberlo. Y ahora, ¿me permitiréis pasar? Me duelen los pies y tengo tanto frío que podría caerme muerto aquí mismo.

—Claro, señor, por descontado. Os conduciré ante la reina. Hace sólo unos días Su Alteza preguntaba por vos.

La lluvia arreciaba y continuó tamborileando sobre el pobre centinela cuando lo dejaron atrás para ir en busca de cobijo y calor.

Pese a lo cansado que estaba y a su aspecto embarrado, a Derry no le pasó por alto el silencio ensordecedor que aumentaba a medida que se acercaban a los aposentos del rey. Los criados caminaban sin la cháchara habitual, hablando entre murmullos, y eso cuando se dignaban a hablar. Para cuando Hobbs lo hubo conducido ante la puerta indicada y pronunció otra contraseña a los dos guardas que la protegían, Derry estaba ya seguro de que la salud del monarca no había mejorado. Habían transcurrido cerca de catorce meses desde que el rey Enrique había caído en un estupor tan profundo que era imposible despertarlo. El año 1454 había conocido el final del verano sin un rey en el trono en Londres, con sólo el duque de York para gobernar en su nombre, convertido en el protector y defensor del reino. Inglaterra tenía una larga tradición de regentes que habían gobernado durante la minoría de edad de los príncipes. El propio Enrique había necesitado hombres de bien que administraran en su nombre tras heredar el trono siendo sólo un niño. Sin embargo, no existían precedentes por demencia, heredada sin duda de la madre de Enrique y la impureza del linaje real francés.

Derry fue sometido a un registro meticuloso. Cuando los guardias comprobaron que no portaba ninguna arma encima, o al menos no que ellos pudieran encontrar, lo anunciaron y abrieron la puerta que conducía a las cámaras interiores.

Entró raudo y asimiló la imagen de la reina cenando con su esposo. A simple vista, el rey Enrique parecía estar sentado normalmente, con la cabeza gacha sobre una escudilla de sopa. Derry divisó las cuerdas que lo ataban a la silla para que no se

desplomara hacia delante, así como al criado que alzó la mirada cuando él entró y el cual sostenía una cuchara de sopa para alimentar a su señor. Al acercarse, Derry vio que Enrique llevaba puesto un babero donde había caído tanta sopa como la que había entrado en su estómago. Un caldo succulento resbalaba por los labios flácidos del rey y, al arrodillarse y humillar la cabeza ante él, Derry lo escuchó emitir leves sonidos de atragantamiento.

El capitán Hobbs no había cruzado el umbral. La puerta se cerró a espaldas de Derry y éste vio a la joven reina levantarse de su asiento, con una expresión de horror en el rostro.

—¡Dios Santo! ¡Vuestra cabeza, Derry! ¿Qué os habéis hecho?

—Su Alteza, preferí venir hasta vos sin que mis movimientos fueran detectados y sin que se informara de cada uno de mis pasos. Por favor, no es nada. Volverá a crecerme el cabello, o eso me han asegurado.

Percibió, exasperado, que la reina parecía esforzarse por contener una carcajada.

—¡Pero si parece un huevo, Derry! Apenas os han dejado pelo.

—Así es, Su Alteza. El franciscano que blandía la cuchilla fue extraordinariamente meticuloso.

Mientras se ponía en pie, Derry notó que se tambaleaba levemente: la combinación de la calidez de la estancia y el hambre hicieron que le sobreviniera un achaque de debilidad. La reina percibió su fragilidad y su sonrisa se desvaneció al instante.

—¡Humphrey! Ayuda a maese Brewer a sentarse antes de que se caiga. Aprisa, está a punto de desmayarse.

Derry miró a su alrededor aturdido, en busca del hombre a quien se dirigía la reina, y notó que lo agarraban por debajo de los brazos y lo soltaban en una ancha silla de madera. Pestañeó, intentando traer de vuelta la conciencia repentinamente extraviada. Tal debilidad le resultaba bochornosa, sobre todo sabiendo que el hermano Peter seguía bajo la lluvia, rumbo a un establo y un lugar donde dormir.

—Me repondré enseguida, Su Alteza —dijo Derry—. Llevo muchos días en los caminos.

No explicó que lo perseguían y que había tenido que desplegar todo el ingenio del que era capaz y recurrir a todos sus contactos sólo para aventajar a los hombres que le iban a la zaga. Lo habían detectado y apresado tres veces en el mes previo, dos de ellas la semana anterior a unirse a los monjes. Sabía que llegaría el momento en que le fallarían las piernas o no sería capaz de llegar a un lugar seguro donde ocultarse. Los hombres del duque de York estaban estrechando el cerco a su alrededor. Prácticamente notaba la áspera soga en el cuello.

Derry alzó la vista para dar las gracias al hombre que lo había ayudado y abrió los ojos como platos al reconocer al duque de Buckingham. Humphrey Stafford era un hombre corpulento y rubicundo con un apetito insaciable. Había manejado a Derry con la facilidad con la que habría levantado a un niño, y el jefe del espionaje se

preguntó cuánto peso habría perdido durante el tiempo que había estado ausente.

El duque se inclinó para observarlo de cerca, con su narizota hinchada arrugada en gesto de repugnancia.

—Está prácticamente muerto en vida —observó Buckingham. Para incomodidad de Derry, el hombre se acercó aún más y lo olfateó—. El aliento le huele dulce, Su Alteza, a podredumbre. Sea lo que sea que tenga que decir, yo lo haría hablar sin demora, antes de que se ponga en pie y caiga muerto.

Derry escudriñó el rostro que se cernía sobre él.

—Sobreviviré, milord. Tengo por costumbre hacerlo.

En ningún momento ninguno de los tres había mirado directamente al rey Enrique, que permanecía sentado ante la mesa, ajeno e insensible. Derry se arriesgó a observarlo por debajo de sus cejas caídas y deseó no haberlo hecho. El rey estaba delgado y pálido, pero eso no era tan raro. Tenía los ojos abiertos, completamente ausentes. Derry habría creído que se trataba de un cadáver si no hubiera respirado; la cabeza le rebotaba ligeramente con cada inhalación.

—¡Caldo caliente para el maese Brewer! —Derry escuchó decir eso a la reina Margarita—. Y pan, mantequilla y algo de esa carne de res con ajo, lo que encontréis.

Derry cerró los ojos en señal de agradecimiento y dejó que sus dolores y males se perdieran en la distancia mientras el calor de la estancia se aposentaba en sus huesos. Hacía mucho tiempo que no se encontraba cerca de un buen fuego. El alivio y el agotamiento se abatieron sobre él, y estaba casi dormido cuando le colocaron las bandejas bajo la nariz. El aroma lo despertó y sintió una punzada repentina de apetito que devolvió una chispa de regocijo a los ojos de Margarita. Derry notó cómo aquella sopa caliente le devolvía la vida, como si su sustancia le llegara hasta las extremidades y se filtrara al tuétano de sus huesos. Chasqueó los labios y arrancó un pedazo de pan tan fresco que ni siquiera tuvo que mojarlo en la sopa para ablandarlo.

—Creo que sobrevivirá —comentó con ironía Buckingham desde el lado opuesto de la mesa—. Si yo fuera vos, Su Alteza, vigilaría ese mantel. A juzgar por cómo está engullendo la comida, podría devorarlo.

Derry lo miró con frialdad y prefirió morderse la lengua a hacerse un nuevo enemigo. Tener a un duque a la zaga seguramente fuera suficiente, al menos por el momento.

Se acomodó de nuevo en su silla, consciente de que la reina sentía debilidad por él. Y le estaba agradecido por ello. Derry se enjugó las comisuras de los labios con el mantel y, mientras lo hacía, sonrió con complicidad a Buckingham.

—Su Alteza, os agradezco la paciencia. Me hallo ya lo suficientemente restablecido para informaros de las noticias que traigo.

—¡Os habéis ausentado durante dos meses, Derry! ¿Qué os ha mantenido alejado del rey durante todo este tiempo?

Derry se enderezó en su silla y apartó el plato, que un criado se apresuró a retirar de la mesa.



—Su Alteza, he estado reforzando las filas de quienes me informan. Tengo a hombres y mujeres leales al rey Enrique infiltrados en todas las casas nobiliarias. Algunos de ellos han sido descubiertos y apresados, y otros se han visto obligados a huir. Los hay que han ascendido a puestos de mayor autoridad, lo cual, según parecen creer, comporta que debo incrementar sus estipendios. Me ha llevado cierto tiempo explicarles que la lealtad al rey no se calcula en plata, pero algunos de ellos solicitan hasta treinta monedas por cada información.

La reina Margarita era una joven bella, aún en la veintena, con la tez pálida y un cuello esbelto. Entrecerró los ojos mientras Derry hablaba, lanzando alguna mirada a su esposo, como si fuera a responderle tras todos aquellos meses de silencio. Derry la compadecía por ser la esposa de un hombre que no la conocía en absoluto.

—¿Qué hay de York, Derry? Habladme de él.

Derry alzó la vista hacia el ornamentado techo durante toda una respiración, mientras calibraba la mejor manera de describir el protectorado sin echar por tierra las esperanzas de la reina. La cruda realidad era que York no había gobernado el país de manera chapucera. De todas las acusaciones que Derry podía verter contra Ricardo Plantagenet, la incompetencia no figuraba entre ellas. En su fuero interno, sabía que el duque estaba administrando el vasto y complejo asunto del Estado con bastante más destreza y entendimiento de lo que el rey Enrique había hecho nunca. Pero no era el tipo de observación que pudiera comunicar a la joven esposa del monarca, ávida de buenas noticias.

—No oculta su adhesión a los Neville, Su Alteza. Entre York y el conde de Salisbury se están apoderando de heredades y señoríos en todo el país. He tenido noticia de una docena de pleitos llevados ante los tribunales a causa de la toma de tierras por parte de los Neville.

La reina frunció el ceño y agitó la mano en ademán de impaciencia.

—¡Habladme del descontento, Derry! ¡De los fracasos de York! Decidme que el pueblo de Inglaterra está retirando su apoyo a ese hombre.

Derry dudó un instante, antes de proseguir.

—La guarnición en Calais ha desobedecido sus órdenes, Su Alteza. Ésa es una espina en el flanco de York a la que deberá sobreponerse. Componen el ejército más numeroso de que dispone la Corona y afirman no haber recibido paga alguna desde la caída de Maine y Anjou. Lo último que llegó a mis oídos es que se habían apoderado de la lana de la temporada y amenazaban con venderla para engrosar sus propias arcas.

—Mejor, Derry, mucho mejor. York podría enviar al conde de Somerset a tratar con ellos de no haber perdido el respaldo de ese buen hombre por sus ataques a mi marido. A Somerset lo escucharían, estoy convencida. ¿Sabéis que York ha hecho recortes en la mismísima Casa del Rey? Sus hombres acudieron portando sus órdenes y sellos, despidieron personal leal sin asignarle siquiera una pensión y se llevaron caballos de los establos para repartirlos entre los simpatizantes de su señor. Linajes

que no volverán a reunirse nunca más bajo un mismo techo. ¡Todo ello en el nombre de sus miserables peniques de plata, Derry!

—He tenido noticia de ello, Su Alteza —respondió Derry con incomodidad.

Se preguntó cuándo dormía York, para haber acometido tantas acciones en un solo año. Los problemas con la guarnición de Calais eran uno de la escasa media docena de puntos negros sin trascendencia esgrimidos contra el protectorado de York. El país vivía un progreso considerable y, pese a que existían voces contrarias a los recortes efectuados a la Casa del Rey, York se había mostrado implacable en su recaudación de fondos estatales y luego había invertido sabiamente los ingresos para recabar nuevos apoyos. Derry presagiaba que, si la situación no cambiaba, se avecinaban tiempos en los que el país preferiría que el rey Enrique no volviera a despertarse. Él y Margarita necesitaban que York afrontara un desastre... o que el rey recuperara la razón. Y, sobre todo, necesitaban que ello ocurriera antes de que fuera demasiado tarde. Derry volvió a mirar al monarca de rostro inexpresivo, cabeceando en su silla, y notó un escalofrío recorrerle el cuerpo y la piel de los brazos erizada. Para cualquier hombre vivo, quedar reducido a tal estado era una crueldad.

—¿No se ha producido ninguna mejora en la salud del rey? —inquirió.

Margarita se enderezó un tanto en su silla, armándose de fuerzas para responder.

—Dos nuevos doctores lo atienden, ahora que ese insensato de Allworthy se ha ido. He soportado la presencia de toda índole de hombres piadosos, quienes han acudido a toquetear, azuzar, sangrar y rezar por mi esposo. Y el rey ha sufrido mucho más a causa de ellos y de unas prácticas tan nauseabundas que prefiero no describíroslas. Sin embargo, nadie ha logrado devolver el alma a su cuerpo. Buckingham me ha sido de gran consuelo, pero incluso él se desespera a veces, ¿no es cierto, Humphrey?

El duque emitió un sonido evasivo y prefirió dar un sorbito a la escudilla de caldo que tenía ante él.

—¿Y vuestro hijo, Su Alteza? —preguntó Derry con toda la delicadeza de que fue capaz—. Cuando se lo mostrasteis al rey Enrique, ¿no hubo reacción alguna?

La boca de Margarita se tensó.

—Sonáis como el abad Whethamstede, con sus preguntas inquisitivas. Enrique levantó la vista cuando le mostré al bebé. Lo miró un instante y estoy segura de que sabía lo que le estaba diciendo. —Con los ojos resplandecientes por las lágrimas, lo retó a contradecirla.

Derry carraspeó y deseó no haber acudido a visitarla.

—La Cámara Alta se reunirá el mes que viene, Su Alteza, para nombrar a vuestro hijo Eduardo heredero real y príncipe de Gales. Si York interfiere en eso, su ambición al trono quedará expuesta. Aunque sería un golpe cruel, entendedme si os digo que casi anhelo que así sea, para que los demás conozcan el verdadero rostro de su protectorado y sus intenciones. Los bravucones nobles que aún rehúsan ver la verdad no podrán negarla entonces.

Margarita miró a su esposo, con el semblante claramente teñido de angustia.

—Yo espero que no sea así, Derry. Mi hijo es el heredero. Por el pequeño Eduardo, he sufrido la humillación de que York y Salisbury estuvieran presentes en su nacimiento, arrastrándose alrededor de mi lecho y asomándose bajo las sábanas para asegurarse de que el bebé era mío. Lord Somerset estuvo a punto de llegar a los puños para proteger mi honor, Derry. En ocasiones desearía que hubiera atravesado con la espada al Plantagenet en aquel lugar y en aquel momento, por su impudicia y sus afrentas. No, maese Brewer. ¡No! Ni siquiera quiero imaginar que esos cobardes nieguen a mi hijo su derecho de nacimiento.

Derry se ruborizó al oír lo que la reina había soportado, por más que hubiera escuchado aquella historia con anterioridad, y en más de una ocasión. Una parte de él admiraba la mente retorcida de York por pensar siquiera que el embarazo pudiera ser fingido y se pretendiera introducir a un usurpador. Al menos, esa idea se había desterrado, si bien seguía corriendo el rumor de que el hijo era de otro padre. Se murmuraba el nombre de Somerset, tal como había llegado debidamente a los oídos avizores de Derry. Conociendo el quisquilloso honor de Somerset, Derry dudaba que se tratara de algo más que una falacia injuriosa, aunque inteligente.

Mientras permanecía sentado, pensativo, Derry se descubrió asintiendo con la cabeza casi a la par que el rey, de nuevo abatido por la extenuación. Bendijo a Margarita cuando ésta lo vio flaquear y lo envió a que lo atendieran y descansara. Se arrodilló ante ella y saludó al duque de Buckingham con una reverencia antes de excusarse, y volvió la vista para contemplar una vez más al rey en su estupor, ciego y sordo a todo cuanto acontecía a su alrededor. Derry anduvo dando traspiés tras un criado hasta que lo condujeron a una habitación que olía a polvo y a humedad. Sin preocuparse siquiera por quitarse el manto, se dejó caer cuan largo era en la cama y durmió.

**L**a comitiva nupcial se despertó en medio de un ambiente desenfadado. Aquellos con dolor de cabeza por la víspera formaban cola pacientemente para recibir un cuenco de carne estofada con bolas de patata, alimentos succulentos y grasientos que empapara la fuerte cerveza y asentaran sus revueltos estómagos. Puesto que no era ni miércoles, ni viernes ni sábado, no existía motivo para no comer carne, aunque pocos de ellos se habrían llenado la panza normalmente a una hora tan temprana de la mañana. Pero una boda era una ocasión de excesos, y tanto los invitados como los criados podrían alardear de haberse dado un banquete hasta que se les nublaron los sentidos y les estalló el cinturón.

Como caudillo de la familia Neville, Richard, el conde de Salisbury, se hallaba de un humor expansivo mientras vaciaba su vejiga en un arbusto y contemplaba el vaho que se elevaba con algo que se asemejaba a la alegría. La boda había ido bien. Su hijo John había lucido una figura elegante y se había desenvuelto con dignidad. Salisbury sonrió mientras se cerraba la bragueta y se anudaba el cordón, y abrió tanto la boca al bostezar que le crujió la mandíbula. Sin duda había bebido más de lo recomendable para un hombre de su edad, de ahí que estuviera sudando incluso en el frío amanecer. Pero, si un padre no podía celebrar la boda de su hijo como Dios mandaba, era que el mundo no funcionaba como debía. En su ánimo también influía en no poca medida que Maud fuese una belleza rara, de caderas anchas y recia, con unas marcas circulares y arrugadas en la mejilla derecha que indicaban que había sobrevivido a la viruela y no traería aquella plaga a su familia. El conde había disfrutado montando la tienda del matrimonio sobre el suelo musgoso, riendo a carcajadas y dando instrucciones a voz en grito a los demás mientras los recién desposados se ponían como la grana, y al poco la tienda temblaba por la refriega amorosa y el ataque de risitas nerviosas de la novia. Su propia esposa, Alice, había acabado por llevárselo de allí a rastras y ahuyentar a los hombres para que concedieran a la pareja un poco de intimidad.

Los sirvientes de los Neville habían continuado bebiendo después de aquello, vaciando botas de cerveza y odres de jerez blanco que habían transportado en carretas para el viaje campo a través. Sólo algunos de ellos estaban despiertos para estallar en vítores al día siguiente cuando el joven John colgó un trapo manchado con sangre virginal. El propio muchacho había salido de la tienda algo después y había caminado orgulloso entre la multitud, que lo palmeaba en la espalda a su paso. Su madre había arruinado un tanto el momento al detenerlo para limpiarle unas manchas de la cara delante de todo el mundo.

Había hecho buen día y el tiempo parecía aguantar. Una comitiva más reducida podría haber pernoctado en una taberna junto al camino, pero Salisbury llevaba consigo a más de doscientos soldados y arqueros para viajar hacia el norte. En el transcurso del año previo habían asesinado a demasiados hombres en todo el país

como para arriesgarse a que a su esposa e hijos les ocurriera algo sin tener a sus mejores guardias a mano.

Su valet había dispuesto sobre la hierba una pequeña banqueta de madera y una mesa de afeitar sobre la cual había un paño blanco, una cuchilla, una botella de aceite y una palangana de humeante agua caliente. Salisbury se frotó la barba de las mejillas perezosamente, frunciendo el ceño al pensar en todo el trabajo que quedaba por delante. Era una bendición tomarse unos días al margen de la gestión de sus heredades y títulos, entre los cuales no era menor el de lord canciller del protector del reino. Durante un breve lapso podía ser simplemente un padre orgulloso que acompañaba a una joven pareja hasta su hogar sana y salva. Los días en el camino serían la única interrupción en sus deberes aquel año, estaba convencido de ello. *Sheriff* Hutton era una de sus haciendas predilectas, donde él y su esposa habían pasado parte de su propia luna de miel. Sabía que a Alice le encantaría volver a ver aquel viejo lugar, aunque no pudieran permanecer allí durante largo tiempo. Su hijo y Maud se quedarían allí aproximadamente otra semana más, mientras se ocupaban de organizar la administración de los señoríos que la joven había aportado con su dote a la familia de los Neville.

Salisbury sonrió complacido al pensar en ello, se acomodó en la banqueta y se dejó colocar el paño alrededor de los hombros, mientras su sirviente le embadurnaba el rostro con aceite templado y afilaba la hoja de afeitar. En los confines de Escocia, un lugar que siempre imaginaba helado o azotado por una lluvia punzante, Salisbury sabía que su antiguo cofrade, el conde Percy, estaría maldiciéndolo encolerizado. Aquel pensamiento fue como un nuevo bálsamo para una mañana estival de por sí perfecta.

Su valet alzó la cuchilla y Salisbury lo detuvo levantando la mano.

—Hagámoslo interesante, ¿te parece, Rankin? Una marca en tu espalda por cada araño y medio noble de oro si me afeitas sin hacerme ni un rasguño. ¿Seduces eso a tu negro corazón de jugador?

—Desde luego, milord —respondió Rankin.

Era un viejo juego entre ambos. Si bien era cierto que el valet había sido azotado media docena de veces en el decurso de los años, también lo era que había acumulado riqueza suficiente para entregar una buena dote a sus tres hijas, cosa que, estaba seguro, el conde sabía bien. Rankin mantuvo el pulso firme mientras afeitaba la barba del cuello de Salisbury. Alrededor del señor y el valet, los hombres de armas de los Neville bromeaban, se daban empellones, sonreían y hacían sus propias apuestas tácitas mientras recogían el campamento y se preparaban para poner rumbo al norte.

Alice, la condesa de Salisbury, salió de la tienda sin sus zapatos para notar la hierba bajo los pies descalzos y respiró hondamente el aire matutino. Vio que estaban afeitando a su esposo y prefirió no llamarlo. Sabía que Rankin atesoraba las monedas que ganaba de aquel modo más que su salario habitual. Durante un largo instante, Alice permaneció en pie y contempló a su marido con un afecto visible, complacida

de que siguiera siendo tan fuerte y sano pese a su edad. Al cabo de apenas unos meses cumpliría cincuenta y cinco años, se recordó, pensando ya en qué regalo encargaría hacer para él.

Unos pasos apresurados hicieron a algunos hombres desviar la atención de la escena, mientras Rankin continuaba alisando y raspando, concentrado en su tarea y en su recompensa. Salisbury alzó la vista despacio, con cuidado, y vio a uno de los muchachos que había acompañado a la comitiva nupcial. Recordaba vagamente al chico de la noche anterior. Lo había visto bebiendo con ansia de una bota de vino antes de vomitar violentamente, para diversión de los hombres.

—¡Milord! —gritó el joven mientras se acercaba corriendo y derrapaba para frenar.

Se le salieron los ojos de las órbitas ante la visión de un hombre a quien estaban afeitando en un campo.

—¿Qué sucede? —preguntó Salisbury tranquilamente, sacando la barbilla para ofrecer a Rankin una línea nítida por donde pasar la cuchilla.

—Se acercan hombres, milord. Soldados y arqueros, vienen corriendo hacia aquí.

Salisbury se sacudió en la banqueta y soltó una maldición al notar la hoja de la cuchilla rasgarle la mejilla. Se puso en pie abruptamente y agarró el paño que envolvía su cuello para limpiarse el aceite y la mancha de sangre del rostro.

—¡Montad! —bramó Salisbury a los desconcertados hombres que lo rodeaban, quienes salieron disparados en busca de sus armas y caballos—. ¡Traed mi caballo! Rankin, torpe canalla, me has cortado. ¡Mi caballo! ¡Alice! ¡Por los clavos de Cristo, calzaos!

La serena escena se hizo añicos cuando los hombres salieron corriendo en todas direcciones, tropezando y llamando a gritos a los capitanes que los comandaban. Para cuando Salisbury hubo montado, había ya filas de caballeros entre él y quienquiera que se aproximase. Quienes tenían una visión más aguzada gritaron «¡arqueros!» una y otra vez, para que se lanzaran los escudos a los caballeros montados y los arqueros de los Neville pudieran avanzar corriendo, tensando sus arcos mientras lo hacían.

—¡Milord, vuestra armadura! —exclamó Rankin.

El hombre había agarrado un puñado de metales y uno de sus brazos sobresalía por un gorjal circular, que colgaba entreabierto de su gozne. Corrió junto al estribo mientras el conde hacía avanzar su caballo al trote. Los mayordomos que habrían tenido que vestir a su señor no aparecieron por ninguna parte. Rankin le entregó una larga espada y estuvo a punto de desaparecer bajo los cascos del caballo tras dar un traspíe.

—No hay tiempo, Rankin. Pero sí me llevaré ese gorjal. Y consígueme un escudo, ¿quieres? Hay uno ahí colgado, en ese árbol, ¿lo ves?

El conde alargó la mano para agarrar la pieza que Rankin le tendía, se la arrebató al vuelo, se la colocó alrededor del cuello y se la cerró. Ante él, unos ciento cincuenta soldados de infantería y sesenta arqueros aguardaban pacientemente a que se reuniera

con ellos. Salisbury volvió la vista atrás para comprobar si su esposa e hijo habían encontrado caballos. La nueva desposada también estaba allí, retorciéndose las blancas manos ante la cara. Una expresión de preocupación veló el rostro del conde ante la visión de aquel grupo reducido y vulnerable. Se encaminó hacia ellos. Su hijo alzó la vista al oír las pisadas del caballo.

—¿Qué ocurre, señor? ¿Quién viene?

—Todavía no lo sé —respondió Salisbury—. Tendré que mantener a un par de ellos con vida para preguntárselo, ¿no es cierto? Tu misión es conducir a tu madre y a Maud a un lugar seguro. Esto no es asunto tuyo, John, hoy no.

No pronunció en voz alta que, si la joven pareja era asesinada, existía la posibilidad de que los valiosos señoríos de la dote revirtieran en lord Cromwell o incluso cayeran de nuevo en manos de Percy, exactamente la clase de disputa que mantenía a los jueces del Tribunal Supremo del rey ocupados durante meses o años. No era propio comentar algo así delante de la nueva desposada, por más que a Salisbury lo complació ver a Maud saltar en una montura, tan ágil como cualquier granjera de buena cepa. Se le había quedado la larga falda remangada a la altura de los muslos y, al estar en presencia de su esposa, Salisbury apartó la mirada. Su hijo se ruborizó y desmontó para estirarle las capas de tela.

—Déjalo, John. He visto las piernas de una muchacha antes. ¿Alice? Haced caso a vuestro hijo. Os quiero a salvo. Manteneos alejados de cualquier refriega a menos que no quede otro remedio. Y galopad hacia el sur, de regreso a Tattershall.

—*Sheriff* Hutton está más cerca... y es nuestro —replicó su esposa, sin malgastar palabras, sabedora de que a su esposo le hervía la sangre por marcharse de allí.

—No sabemos qué nos aguarda por delante, Alice, y sí lo que hemos dejado atrás. Seguid a John. El sur está despejado y sin duda Cromwell os mantendrá a salvo hasta que alguien de la familia acuda a clamar venganza. Eso si caigo. Éstos son mis mejores hombres, Alice. Apostaré mi última moneda a ellos.

—¿Queréis que cabalguemos ahora? —preguntó su esposa.

La amó entonces, por su mirada seria y por su completa ausencia de miedo. Salisbury vio a la joven Maud observar a aquella mujer mayor y aprender algo de lo que significaba ser una Neville aquel día.

—No hasta que escuchéis que he caído o que el día está perdido. Estaréis más seguros aquí, con mis hombres a mano, que huyendo a caballo. —Se detuvo al caer en la cuenta de que el enemigo perfectamente podía haberlos rodeado durante la noche y estar listo para apresar a cualquiera que intentara escapar hacia el sur—. ¡Carter! Venid aquí, ¿queréis? —gritó a un fornido jinete que pasaba junto a ellos.

El hombre dio una sacudida en la montura y alargó el cuello para comprobar quién lo había llamado por su nombre, antes de hacer girar su caballo con gran destreza.

—Carter, hombre de bien —dijo el conde mientras éste se acercaba—, necesito que algunos hombres hagan un reconocimiento del sur y comprueben la línea de

retirada. Llevaos a cuatro de ellos y regresad a informar a la condesa.

—Sí, milord —respondió el hombre, abriéndose la visera y silbando con fuerza para llamar la atención de un grupo de jinetes que cabalgaban con premura.

—Con eso bastará por el momento —atajó Salisbury. Sonrió a su mujer y a su hijo y añadió—: Me necesitan. Que Dios os bendiga a todos. Damas, John, buena suerte.

Salisbury se bajó la visera e hincó los talones en el caballo, echando de menos sus botas con espuelas, que habrían hecho que su caballo avanzara al margen de qué o quién los aguardara delante. No obstante, empuñaba un arma en la mano derecha y llevaba un escudo en la izquierda y buen hierro protegiéndole el cuello. Tendría que bastar.

Se dirigió a galope tendido a las filas de los soldados Neville montados y las atravesó a medida que éstos se apartaban para franquearle el paso hasta la línea de frente. Salisbury divisó a un gran número de soldados cabalgando y marchando sin prisa hacia su posición. Entrecerró los ojos para otear en la distancia y anheló tener la vista aguzada del muchacho que los había divisado. Fueran quienes fuesen, no portaban colores que los distinguieran ni estandartes que los anunciaran. Se le secó la garganta y tuvo que tragar saliva al comprobar su número, más del triple de hombres que su propio ejército.

—Mi esposa me dijo que no necesitaba a tantos de vosotros para un cortejo nupcial —comentó al soldado que había junto a él, y éste sonrió—. Si alguno de nosotros sobrevive a esto, tened la amabilidad de decirle que estaba equivocada, ¿queréis? Agradecerá saberlo, estoy convencido.

Quienes lo rodeaban se rieron por lo bajo y a Salisbury lo complació comprobar su seguridad en sí mismos. Todos los allí presentes habían luchado contra hordas de bárbaros escoceses en la frontera septentrional cuando él había ejercido como guardián del rey. Conocían su oficio e iban bien protegidos con cotas de malla de discos de acero o coraza, y los respaldaban sesenta magníficos arqueros capaces de derribar un ave en pleno vuelo si el premio era una jarra de cerveza.

—¡Hostigadores! ¡Salid en su busca! —bramó Salisbury, y sus arqueros echaron a andar a zancadas por las altas hierbas que se extendían ante ellos.

Vio al enemigo avanzar desangrándose por la línea de frente, al igual que ellos mismos, con regueros oscuros de arqueros que se alejaban corriendo del contingente principal para sembrar el caos y la destrucción. Se encontrarían en los prados agostados por el sol, ensartando flechas en los pescuezos de quienes tenían frente a sí. Los números en este caso serían decisivos. Forzó la vista para calcular cuántos venían contra él. Su caballo befó, irritado por la embocadura y el retraso, y Salisbury se agachó para darle unas palmaditas en el cuello.

—Tranquilo, muchacho. Deja que los arqueros despejen el camino.

Ambos bandos se habían detenido para entonces, mientras los arqueros avanzaban a grandes pasos como dardos entre los árboles y los matorrales que los separaban,



levantando en su estela una nube de polvo y mariposas. Lucía una mañana dorada y, aunque lo superaban en número, Salisbury agarró su espada y escuchó el cuero de la silla de montar crujir al inclinarse hacia delante. Tenía una docena de enemigos, más incluso, pero sólo uno dispuesto a arriesgar un ejército como aquél y con fondos y hombres suficientes para enviarlo contra él.

—Percy —farfulló Salisbury para sí mismo.

Deseó que el viejo estuviera entre los presentes para poder contemplar con sus propios ojos cómo ponían fin a su vida. Era demasiado tarde para lamentarse por no haber anticipado el ataque. Salisbury había llevado una tropa más numerosa a la boda de su hijo de lo que nadie habría considerado necesario, pero, aun así, lo que cabalgaba hacia ellos era un auténtico ejército. Se dijo que debería haber adivinado que lord Percy no se limitaría a permanecer sentado en Alnwick mientras perdía sus heredades. Salisbury conocía hasta el último detalle de los alodios incluidos en la dote de Cromwell. Era uno de los motivos por los cuales le había alegrado tanto recibirlos, para fastidiar al viejo amargado que gobernaba el norte.

Sacudió la cabeza para despejar cualquier resto de arrepentimiento o duda. Sus hombres estaban bien adiestrados y le eran leales hasta el fanatismo. Le bastarían.

Thomas, lord Egremont, observó las filas definidas de arqueros alejarse corriendo. Durante el largo verano, el sol había agostado las hierbas hasta dejarlas blanquecinas, pero habían crecido tanto que bastaba con hincar una rodilla en el suelo para desaparecer entre ellas. Le había costado un infierno localizar a la comitiva de los Neville en unas tierras que no conocía bien. Trunning había enviado exploradores a reconocer el terreno en todas direcciones la noche previa, extendiendo el cerco cada vez más, hasta que uno de ellos había regresado corriendo, con el rostro enrojecido y anunciando las noticias a todo pulmón. El maestro de armas de los Percy había despertado y preparado a los hombres para la marcha mientras Thomas aún andaba bostezando y mirando a su alrededor.

Trunning y él apenas habían intercambiado palabra desde que habían trazado las líneas en el patio de armas de Alnwick. Thomas había intentado convencerse de que no necesitaba a aquel personajillo amargado y nervioso, pero lo cierto era que Trunning sabía salir a campaña. Los soldados y aldeanos de más edad acudían a él en busca de órdenes porque Trunning siempre estaba ahí para dárselas. No era que tuviera una habilidad del otro mundo, por lo que Thomas acertaba a ver. Lo único que se requería era tener un ojo avizor para los detalles insignificantes y un carácter feroz. Thomas se preguntó si el desdén que detectaba en los ojos del viejo cada vez que sus miradas tropezaban sería sólo imaginación suya. En cualquier caso, no tenía mayor trascendencia. Habían localizado la comitiva nupcial de los Neville y, aunque contaban con muchos más soldados de lo que ninguno de ellos había previsto, su ejército era lo bastante numeroso como para masacrarlos a todos.

Thomas se detuvo en el centro de una fila de caballeros, que formaba el ala derecha de quinientos hacheros y espaderos, hombres con el rostro ya brillante por el sudor exudado durante la ardua marcha campo a través antes del amanecer. Mientras los arqueros abrían camino, esos hombres tuvieron una oportunidad de recuperar el aliento. Al menos, el caluroso día no era aún más que una amenaza. Más tarde resultaría insufrible, un sufrimiento agravado por el peso de la armadura y las armas y por el debilitamiento y el agotamiento de utilizarlas. Lord Egremont sonrió al pensar en ello, si bien la expresión se le desvaneció ligeramente al divisar a Trunning acercarse a lomos de su caballo e insertar al animal en la fila de espera. Aquel hombre no descansaba ni un instante. Thomas escuchó su ronca voz gritando amenazadora a algún desafortunado que se había desplazado de su posición.

Por delante de ellos, seis arqueros con buena puntería desaparecieron entre la maleza, dispersándose de uno en uno, mientras avanzaban y buscaban dianas. Thomas desconocía si los Neville llevaban arqueros consigo. En caso de no llevarlos, sus ciento veinte hombres comenzarían la carnicería con sus flechas y los harían picadillo sin que él registrara ni una sola baja en su reducido ejército.

Thomas alargó el cuello al oír a alguien gritar, una figura en la distancia salía dando tumbos del mismo lugar donde él había estado escondido. Siguieron más gritos y, al otro lado de la milla de campo abierto, Thomas divisó hombres a la carrera que se detenían, parecían retorcerse y proseguían, lanzando flechas por delante de ellos. Se estremeció al imaginar a los jadeantes arqueros intentando mirar en todas direcciones, a la espera siempre de la repentina agonía al ser detectados y atravesados por una saeta. Era una labor desagradable, y para entonces había quedado claro que los Neville llevaban consigo a sus propios arqueros para recibirlos.

Thomas respiró hondo y prefirió mirar impasible hacia delante, en lugar de buscar la aprobación de Trunning.

—¡Cerraos sobre ellos! ¡Conmigo! ¡En orden! —gritó a lo largo de la fila.

Los hombres de armas empuñaron con más fuerza sus espadas y hachas, y los caballeros montados chasquearon la lengua, instando a sus caballos a avanzar al paso. Los arqueros no tardarían en llegar a las filas de los Neville, y entonces el enemigo quedaría a su merced para derribarlo.

Delante de él, Thomas vio a dos hombres corpulentos ponerse en pie de repente, apareciendo de la nada entre las matas de aulaga. Los vio tensar sus arcos largos y, en un movimiento rápido, levantó el escudo; un instante después se tambaleó hacia atrás, cuando una flecha lo atravesó con un sonoro crujido. La otra flecha desapareció tras él e hizo gritar de dolor o conmoción a alguien a su espalda. Trunning bramaba una orden, pero la columna ya se movía. Los arqueros tenían que recargar y la fila de caballeros se adelantó a los soldados de infantería, con los escudos en alto, las viseras bajadas y las espadas listas para atacar. Thomas sintió la emoción crecer en su interior al clavarle las espuelas a su inmenso corcel negro para lanzarlo a medio galope.

Los dos arqueros intentaron eludirlos y se arrojaron al suelo al ver a los primeros

jinetes acortar distancias. Thomas los vio envueltos en una polvareda, revolviéndose desesperadamente para esquivar las pezuñas de los caballos y el fendiente de un caballero que pasó sobre ellos al galope. Los dejaron atrás, a merced de los hacheros, que los harían pedazos cuando intentaran escapar apresuradamente.

Para entonces él avanzaba ya al galope y la fila de caballeros con armadura se desdibujaba a medida que los soldados iban topando con los obstáculos naturales del terreno. Thomas sintió cómo su cabalgadura se encorvaba y la guió para salvar de un brinco un espino, que rozó con las pezuñas y dejó temblando en su estela. Se encajó el escudo y se recostó un poco, aminorando la velocidad para no tomar tanta delantera. Los Neville estaban allí, a unos setecientos metros de distancia aproximadamente, y, a lo lejos, se antojaban pequeños y débiles frente a la columna de caballos que iba a su embate.

—¡Lord Egremont! ¡Aminorad la marcha, insensato...!

Thomas miró a su alrededor presa de la furia mientras el caballo de Trunning le cortaba el paso. El hombre tuvo la impertinencia de asir sus riendas y tirar de ellas.

—¡Apartad las manos! —le gruñó Thomas.

Miró a su alrededor y vio que había dejado muy atrás al grueso de su hueste.

Trunning soltó las riendas, se levantó la visera y dominó su enojo con cierta dificultad.

—Milord, haréis que los arrasen a todos mientras intentan seguiros con la vista. Media milla de distancia es demasiado para cabalgar con malla. ¿Es que habéis perdido el juicio?! ¿Acaso los arqueros os han insuflado coraje? ¡Shhh! Pues pensad que ya no quedan tantos.

Thomas sintió unas ganas casi incontenibles de derribar a Trunning de su montura. De haber creído que podía tomar por sorpresa al hombre de confianza de su padre, tal vez se habría arriesgado a hacerlo, pero Trunning era un veterano, siempre alerta para apartarse de un salto o atacar. Incluso el rocín del maestro de armas, un viejo saco de huesos tan acostumbrado al entrechocar de armas como su dueño, parecía escabullirse dando pasitos de un lado a otro. Thomas era consciente de que Trunning había hecho bien en detenerlo, pero sus palabras seguían clavándosele y la cólera no le permitía ver con claridad.

—Regresad junto a los hombres, Trunning. Gritadles y ordenadles cuanto os plazca, pero haré que ensarten vuestra cabeza en una pica si os atrevéis a tocar mis riendas de nuevo.

Para su disgusto, Trunning se limitó a sonreír y señaló hacia el ejército de los Neville.

—El enemigo se encuentra allí, lord Egremont, por si lo habéis olvidado. No aquí.

—A veces me lo pregunto, pomposo hijo de furcia —respondió Thomas secamente.

Al fin se había anotado un tanto con el hombre de confianza de su padre. El rostro de Trunning se ensombreció, y abrió la boca para responder, pero se agachó

repentinamente, por puro instinto, mientras las flechas pasaban volando alrededor de ellos, procedentes de ambos bandos. Thomas maldijo al divisar a dos arqueros con jubón plateado y rojo caer atravesados por saetas en el pecho. Alzó una mano en ademán de agradecimiento al par de sus hombres que los habían derribado. Éstos le saludaron llevándose la mano a la frente y continuaron corriendo a grandes pasos.

—¡Cerraos! —gritó Trunning—. ¡Cerraos sobre Egremont! ¡Aquí!

Las líneas se reconfiguraron alrededor de Thomas mientras éste permanecía en su silla de montar, echando humo. Escuchó la áspera respiración de los hombres de armas al darle alcance. Jadeaban bajo el espeso calor de la mañana y le irritó saber que Trunning tenía razón, como siempre.

—Quedaos aquí y descansad —les indicó Thomas, tras lo cual comprobó cómo el alivio inundaba sus rostros—. Bebed agua y aguardad. Los triplicamos en número, ¿lo veis?

Cuando se hubieron acomodado, los acompañó en su avance. Su montura pisó con cautela los cadáveres de los arqueros muertos a su paso; cada uno de ellos yacía solo con flechas en punta, como los pelos del cogote de Thomas. Thomas aún oía el estrépito de los arcos al otro lado de la franja menguante que separaba a ambos ejércitos, pero pensó que había más muertos con los colores de los Neville que entre sus propios hombres de gris.

Durante todo el tiempo que había cabalgado por aquella pradera con los caballeros y Trunning, los Neville habían permanecido quietos, esperándolos. Cuando sus hombres se acomodaron en una marcha lenta, vio la línea de los Neville dar un salto repentino hacia delante y echar a correr. Thomas parpadeó. Los Neville eran tan inferiores en número que era un suicidio salir adonde él pudiera rodearlos y destruirlos. Había supuesto que Salisbury se atrincheraría y defendería su campamento el tiempo que pudiera, quizá mientras enviaba jinetes en busca de refuerzos. Carecía de sentido que ellos se lanzaran al ataque.

—¡Arqueros! ¡Apuntad a las primeras filas! —oyó gritar a Trunning.

A Thomas se le enardeció el espíritu al ver a una docena de hombres escondidos salir de entre las altas hierbas y abandonar el salvaje juego con los arqueros de los Neville para acatar la orden de Trunning. En cuanto sus arqueros quedaron al descubierto, los arqueros de los Neville se auparon a su vez y se produjo una lluvia de flechas, saetas de trayectoria corta y cortante que los abatieron. Las pérdidas fueron atroces en ambos bandos, pero Thomas alcanzó a ver que entre seis y ocho de sus arqueros sobrevivieron para atacar la columna de los Neville. Era demasiado tarde para salir huyendo y lanzaron descarga tras descarga hasta quedar sepultados.

Con gran estrépito, los caballeros de Salisbury cabalgaron sobre quienes los aguijoneaban; hombres y caballos colisionaban y caían derribados. Menos de doscientos metros separaban a las tropas a aquellas alturas. Thomas notó la boca reseca y cómo se le hinchaba la vejiga. Los jinetes de los Neville sabían lo que se hacían. Thomas tragó saliva nerviosamente, al comprender al fin que se enfrentaba a

la guardia personal de Salisbury. Un vistazo rápido a izquierda y derecha lo serenó. Contaba con un frente más ancho. Y con superioridad numérica. Thomas Percy, barón de Egremont, alzó su brazo por un momento glorioso... y justo entonces Trunning dio la orden de cargar, antes de que él tuviera tiempo de hacerlo, maldito bastardo.

**R**icardo de York estaba de un humor excelente, expansivo. Era un día cálido y un penetrante olor a yeso y polvo de piedra impregnaba el aire. El Salón Pintado del palacio de Westminster contaba varios siglos de antigüedad, y su techo de color granate estaba agrietado en toda su longitud y tenía humedades permanentes. Por una vez se había secado y el olor resultaba bastante agradable.

York se recostó en su silla mientras alrededor de la mesa un pergamino tan largo como su brazo pasaba de mano en mano. Cada uno de los hombres allí sentados efectuaba una pausa reverente al recibirlo y releer las palabras que convertirían a Eduardo de Westminster en el príncipe de Gales y en el heredero al trono de Inglaterra. Más de uno de los lores allí reunidos miró de reojo con el ceño fruncido a York, intentando discernir qué baza guardaba oculta. Edmund Beaufort, conde de Somerset, los hizo aguardar a todos mientras leía aquella declaración formal de cabo a rabo una vez más, con el fin de detectar si se le había escapado algo.

El silencio se tensó mientras aguardaban a que Somerset asiera la pluma y estampara su firma. No lejos de allí, la campana de Westminster tocaba el mediodía y sus notas atronaron por los pasillos. York carraspeó y Somerset alzó la mirada molesto.

—Vos estabais presente cuando se redactó ese documento, milord —dijo York—. ¿Estáis insatisfecho con su cometido? ¿Con su efecto, acaso?

Somerset se pasó la lengua entre el labio superior y los dientes y, al hacerlo, se le torció el gesto. Hasta donde él alcanzaba a ver, no había ninguna cláusula sutil, ninguna redacción ingeniosa que negara al hijo del rey Enrique su derecho de sangre y su legado. Y, sin embargo, no conseguía desembarazarse de la sospecha de que algo se le pasaba por alto. Ciertamente, York no ganaba nada permitiendo que el linaje de los Lancaster se prolongara otra generación. Si alguna vez se le había presentado la oportunidad de reclamar el trono, sin duda era aquélla, y Somerset lo sabía. El rey Enrique seguía inconsciente, estólido, perdido en una nebulosa. York había gobernado en su nombre durante más de un año sin haber padecido ningún desastre ni la invasión de Francia, más allá de los saqueos habituales a barcos y poblaciones litorales. Somerset era plenamente consciente de que la popularidad de York iba en aumento. Y sin embargo, allí estaba, en documentos que el Parlamento había supervisado y transferido a la Cámara de los Lores y, por descontado, al propio York, para que los rubricaran, sellaran y convirtieran en ley. Los hombres presentes en aquella estancia confirmarían a un bebé como el futuro rey de Inglaterra. Somerset sacudió la cabeza irritado cuando otros dos barones carraspearon, deseosos de proseguir con el almuerzo y la tarde.

—Se ha tardado cuatro meses en redactar esto —alegó Somerset sin levantar la vista—. Aguardad un instante mientras lo releo con detenimiento.

York suspiró de manera audible, se acomodó en su silla y alzó la mirada hacia el

alto techo. Divisó en los travesaños el nido de barro de una golondrina, un pajarillo lo bastante valiente, o quizá insensato, que había escogido aquel lugar para criar a su descendencia. A York le pareció vislumbrar un destello de movimiento en el agujero de la entrada y clavó la vista en él, dispuesto a esperar.

—El niño Eduardo será investido en Windsor —pronunció Somerset en voz alta—. Pero aquí no se indica quiénes serán los regentes hasta su mayoría de edad.

York sonrió.

—Su padre sigue siendo el rey, Edmund. Designar a un regente sería un doble error. He accedido a proteger y defender el reino mientras dure la enfermedad del rey Enrique. ¿Queréis que nombre a un tercer hombre, o a un cuarto? Quizá para cuando hayáis terminado, todos nosotros estaremos gobernando Inglaterra.

Risitas ahogadas se hicieron eco de sus palabras alrededor de la mesa, mientras Somerset lo fulminaba con la mirada.

—El rey Enrique despertará de lo que sea que lo tiene hundido —respondió—. ¿Qué será de vosotros entonces, milord York?

—Rezo para que así sea —respondió York, cuyos ojos sólo reflejaban regocijo—. He ordenado que se oficien servicios a diario para poder zafarme de la terrible carga de mi autoridad. Soy descendiente del rey Eduardo por vía paterna, pero los hijos de Juan de Gante me anteceden en la línea de sucesión. No aspiro al trono, Edmund. Lo único que he hecho ha sido mantener Inglaterra salva y entera, una nimiedad, mientras su rey dormita. Yo no soy el padre de ese niño, sólo soy su protector.

Puso un sutil énfasis en sus últimas palabras y, aunque Somerset sabía que York pretendía provocarlo, no logró contener su ira y apretó el puño derecho sobre la mesa. Le habían llegado rumores salidos de las Cámaras de los Lores y los Comunes. Eran rumores despreciables, cuya perversa pretensión era hacer caer en desgracia a la reina Margarita y negar a su hijo su legítimo lugar. Farfullando una maldición, Somerset asió una pluma y rubricó su nombre con una floritura, tras lo cual permitió a los escribas presentes que tomaran el pergamino y secaran la tinta antes de entregárselo finalmente a York.

Quizá para enfurecer a Somerset, que lo superaba en edad, York dejó que su mirada recorriera también lentamente aquellas palabras. No era momento de apremios. Se rascó el cuello mientras leía, consciente del regodeo que provocaba en los otros hombres y del enojo creciente que causaba en el duque, sentado frente a él. A decir verdad, York se había planteado aplazar aún más el debate parlamentario para aprobar aquel documento. Si el rey Enrique abandonaba el mundo antes de que se hubiera firmado y sellado, en aquel momento York sería el heredero legítimo al trono. Así se había establecido por decreto cuatro años atrás, cuando había parecido que la reina era estéril o el rey incapaz de cumplir con sus deberes.

Un pensamiento seguía punzándole la mente incluso entonces: sólo su propia firma lo separaba de la corona. Pero Salisbury lo había convencido. El cabecilla de la familia Neville sabía mejor que nadie cómo manejar el poder y asegurarlo para los de

su propia estirpe. Le resultaba sumamente gratificante ver todo aquel intelecto e ingenio de los Neville desplegado a su favor, pensó York mientras leía. Cuando había desposado a Cecilia Neville, la casa de York había obtenido la fortaleza de un clan y un linaje tan extenso y variado que sin duda llegaría a gobernar, al margen de los nombres de los cónyuges o del escudo de armas concreto. Y se sentía agradecido porque hubieran decidido convertir a York en su adalid. Un hombre que se alzara junto con los Neville podía llegar lejos, o eso parecía. Frente a ellos, los pobres diablos como Somerset no tenían posibilidades de prosperar.

York asintió al fin, satisfecho. Asió su propia pluma, la bañó en la tinta, añadió su nombre al final de la lista y lo remató con varias volutas decorativas, recreándose.

Era demasiado pronto para reclamar el trono, Salisbury lo había persuadido de ello. Demasiados de los nobles del rey se alzarían en armas sin pensárselo dos veces en cuanto un usurpador se diera a conocer. Paso a paso, el camino se abría ante él, si escogía recorrerlo. La vida de un recién nacido era algo delicado. York había perdido a cinco de sus propios hijos en las garras de catarros y enfermedades diversas.

Sonrió al escriba que colocaba los plomos en las esquinas del pergamino. En tanto que protector del reino, le correspondía a él estampar el gran sello del trono de Inglaterra, el último paso. Cuatro hombres corrientes habían asistido a todo el debate, aguardando en pie, con la cabeza gacha, a cumplir con su papel. Cuando York les hizo un gesto con la cabeza, se acercaron a la mesa, presentaron las dos mitades del sello de plata y recogieron un cuenco donde la cera se había estado caldeando sobre un diminuto brasero para que permaneciera líquida. Todos los presentes sintieron que el sello real emitía un sonido metálico al encajar, y la imagen del rey Enrique en su trono quedó cubierta de cera azul. Uno de los hombres, el calentador del lacre, empleó un pequeño cuchillo para recortar el disco a medida que fue formándose y empezó a enfriarse, mientras el otro extendía tiras de cinta en el documento. Se trataba de una labor de artesanía y los presentes observaron con interés cómo se daba la vuelta al sello caldeado y se estampaba sobre el pergamino, manchando la página de aceite. Se retiraron entonces ambas mitades del sello y una delgada medalla de cera de diez centímetros quedó impresa sobre las cintas, de tal modo que no pudiera retirarse sin rasgar el papel o romper el propio sello.

Estaba hecho. Los portadores del sello se apresuraron a recoger los avíos de su oficio, guardaron de nuevo las mitades de plata en bolsas de seda y cerraron un cofre del mismo material pulido. Tras hacer una reverencia al protector, salieron en fila en silencio, pues su función había concluido ya.

York se puso en pie y dio una palmada.

—Ya hay un niño convertido en príncipe de Gales, heredero al trono. Milores, hoy me siento orgulloso de Inglaterra, tan orgulloso como un padre de su propio hijo.

Miró a Somerset, con los ojos centelleantes. Incluso entonces, Somerset podría haberlo ignorado, pero uno de los asistentes soltó una carcajada estentórea. Herido, el conde descendió su mano hasta la empuñadura de su espada, frente a York, que se



alzaba en el extremo opuesto de la mesa.

—Explicad qué insinuáis, Ricardo. Si tenéis el valor de acusar a un hombre de deshonor y traición, hacedlo sin rodeos, sin juegucitos franceses.

York sonrió de oreja a oreja, sacudiendo la cabeza.

—¡Estáis errado conmigo, Edmund! ¡Apaciguad esa cólera! Hoy es un día de júbilo. La dinastía del rey Enrique está asegurada.

—No —replicó Somerset con una voz más grave y ronca. Tenía cuarenta y ocho años, pero no se había debilitado ni se había encorvado a medida que el cabello se le encanecía. Se levantó despacio de su silla, con los hombros bien rectos y espoleado por la ira—. Os exijo una satisfacción, Ricardo. Si difundís rumores falaces, también debéis defenderlos. Dios y mi brazo derecho decidirán el resultado. Ahora disculpaos y rogad mi perdón u os veré mañana al alba, en el patio de afuera.

De no haber sido por la mesa que los separaba, Somerset habría desenvainado y golpeado a York allí mismo. Algunos de los presentes se llevaron también la mano a la empuñadura con nerviosismo, listos para reaccionar. York mantuvo las manos alejadas de su espada, consciente de exponerse a una arremetida súbita y de que Somerset era endiabladamente rápido. Poco a poco, él también se puso en pie.

—Amenazáis al protector y defensor del reino —replicó York. Su voz se había vuelto más baja por la alarma, pero seguía sonriendo, incapaz de ocultar su deleite ante el curso de los acontecimientos—. Apartad la mano de la espada.

—He dicho que exijo una satisfacción —respondió Somerset crispado, con el rostro sonrojado.

York soltó una risita, pero la tensión en la estancia hizo que sonara falsa.

—Os equivocáis, pero vuestra amenaza es un delito que no puedo perdonar. ¡Guardias! —Pronunció la última palabra alzando la voz y desconcertó con ello a quienes lo rodeaban. Dos hombres fornidos entraron al instante y desenvainaron al ver la tensa escena que se desarrollaba ante ellos. York se dirigió a los soldados del Parlamento sin apartar la vista de Somerset en ningún momento—. ¡Arrestad a lord Somerset! Ha amenazado a la persona del protector. Estoy seguro de que la investigación revelará una conspiración oculta contra el trono y quienes están a su servicio.

Somerset se movió al fin, desenvainó su espada con un movimiento fluido y arremetió con ella a lo ancho de la mesa. Su alcance era extraordinario, y York retrocedió de un salto y fue a chocar con la pared que había tras él, cosa que hizo que una lluvia de yeso seco cayera del techo dibujando volutas. Asombrado, York se llevó una mano al rostro y se observó los dedos, esperando, en cierto modo, ver sangre. Pero los guardias habían avanzado dando bandazos hacia Somerset al ver que se movía y el forcejeo con él había hecho que errara el golpe. Mientras bregaba, le habían ganado la espalda y le habían doblado el brazo tras ella con tal fuerza que había emitido un gruñido del dolor.

—Sois un insensato, Edmund —dijo York notando su propia ira inflamarse—.

Seréis conducido por el Támesis hasta la Torre de Londres. No creo que volvamos a vernos mientras se preparan los cargos contra vos. Enviaré noticia de vuestro arresto a la reina, a Windsor. No dudo que se mostrará consternada de perder a uno de sus tan amados nobles.

Somerset fue sacado de la estancia a rastras, mientras seguía gruñendo y batallando. York se enjugó el sudor de la frente. Señaló con una mano el pergamino que descansaba sobre la mesa.

—Llevad eso a Windsor para que lo lean y entreguen al rey Enrique. Dios sabe que no escuchará las palabras, pero aun así hay que hacerlo.

York recobró la compostura y, con la cabeza alta, salió a zancadas al cálido ambiente del palacio de Westminster. Los demás lores desfilaron penosamente tras él, sin pronunciar ni una sola palabra.

El barón Egremont cabalgó con premura contra el corazón de los Neville. Era plenamente consciente de haberse comprometido a destruir aquella comitiva nupcial. Incluso con las armas de los Percy borradas o cubiertas, sus arqueros habían sido los primeros en derramar sangre y habían dado muerte a media docena de los caballeros y hombres de armas de Neville. Después de aquello no tenía cabida una retirada silenciosa; no había segundas oportunidades. Vio la furia del conde de Salisbury escrita en su rostro cuando penetró sus filas a medio galope. El conde Neville estaba rodeado por sus mejores guerreros, blandiendo su espada a izquierda y derecha mientras apuntaba con ella y gritaba que modificaran la formación. Thomas encaminó su caballo hacia el viejo, notando el escudo y la espada livianos en las manos. Lo habían adiestrado para aquello. Había conducido a setecientos hombres contra una tropa de menos de un tercio. Acabaría con ellos antes de que el sol alcanzara el mediodía.

A lo largo de toda la línea, los caballeros de Percy y Neville cargaron unos contra otros y avanzaron repartiendo espadazos contundentes que dejaron a uno o dos de ellos tambaleándose confusos. Fue un momento aterrador para los caballeros de Percy, que arremetieron y continuaron avanzando llevados por la inercia, hasta quedar apartados de quienes cabalgaban con ellos, desperdigados entre el enemigo. Los caballos redujeron la marcha frente a la masa sólida de los hombres de Neville y, de súbito, los guerreros de Percy se hallaron detenidos, asestando hachazos y bloqueando el paso, mientras sus monturas piafaban y pateaban a todo aquel que anduviera entre sus patas.

Thomas atacó con ferocidad al primer caballero de los Neville a quien se enfrentó, si bien éste lo esquivó tan velozmente que su espada rebotó en una chapa y melló el resplandeciente metal, del cual salió desprendida una viruta. Thomas aulló cuando su pierna izquierda fue alcanzada con un sonido metálico y le quedó inmediatamente entumecida mientras dejaba atrás al hombre a quien intentaba dar

muerte. Escuchó al caballero refunfuñar una maldición, pero ninguno de ellos podía dar media vuelta. Otros dos caballeros hicieron frente a Thomas y, tras ellos, vio a Richard Neville, el conde de Salisbury.

—¡Balion, al ataque! —gritó Thomas, y noto que su inmenso corcel se encorvaba bajo él en reacción a sus palabras.

Había invertido casi un año en adiestrar al animal para que no se encabritara en toda su altura, tal como habría hecho al hallarse frente a otro semental. En su lugar, Balion corcoveó y embistió casi simultáneamente, sin apenas dejar el suelo antes de cocear con sus cascos delanteros a los caballos que tenía enfrente.

Dios sabía que Balion habría podido encabezar cualquier manada en la naturaleza. El colosal caballo de batalla no necesitaba que lo espolearan y el único peligro era perder el control cuando empezaba a corcovear y cocear. Thomas detectó movimiento a su espalda y gritó: «¡Contraataca!», al tiempo que detenía un fendiente con su escudo. Escuchó un breve alarido cuando Balion propinó una coz con las patas traseras a algún asaltante inadvertido. Thomas se sorprendió riendo bajo el yelmo, exultante al comprobar el dolor que podía provocar con sólo una palabra.

—¡Ahora firme! —le gritó al garañón excitado, si bien Balion continuó cabriolando y se escabulló, resoplando y deseando encabritarse de nuevo.

Mientras el inmenso animal se apaciguaba, Thomas recibió un potente impacto en el espaldar. Se alzó en sus estribos para ganar altura mientras giraba con todo su poderío para devolver el golpe. Gritó triunfal cuando su contundente espada causó un gran tajo en el costado al caballero e hizo que la sangre manara a borbotones por encima de los bordes de metal rajado. No era una herida mortal, pero el soldado de Neville cayó de lado y perdió las riendas de su cabalgadura. Bocabajo, agitaba una pierna y pateaba con ella, mientras que la otra se le quedó enganchada, retorcida, en un estribo. Lord Egremont contempló deleitado cómo un hombre que se había enfrentado a él era sacado a rastras del campo de batalla por su caballo a la fuga.

Entonces algo impactó contra su yelmo. Thomas gruñó de dolor y devolvió el golpe automáticamente, con la visión borrosa. Escuchaba el tumulto a lo largo de la columna y, con una punzada de culpabilidad, deseó que Trunning estuviera allí, con la cabeza fría. Era imposible supervisar la batalla, no desde el meollo de ésta. Quienes lo rodeaban empujaban con un vigor salvaje, abollándole y mellándole la armadura, apuntando a romper las juntas metálicas o a estocar y rajar a Balion para que el animal lo derribara en su caída.

Durante un breve lapso, tuvo la sensación de ser intocable. Su armadura era buena, más gruesa y resistente que las piezas de hierro forjado que portaban los caballeros más pobres. El golpe le había dolido, pero Thomas estaba recubierto, protegido, mientras que otros caían bajo su espada oscilante. Salisbury parecía haberse desvanecido en medio de la multitud, pero Thomas lo divisó de nuevo y clavó sus espuelas de cuchilla en las rajaduras de las flanqueras de Balion, haciendo que manara sangre fresca. El semental se lanzó al galope, aplastando a su paso a dos

hacheros que habían avanzado de rodillas a través de las filas de jinetes, quienes apenas tuvieron tiempo de alzar sus armas antes de ser derribados de una coza y pisoteados. Con una expresión feroz bajo la visera, Thomas sólo tenía ojos para su tío. Le seguía retumbando la cabeza por el golpe recibido y notó el sabor de la sangre en la boca, pero su padre tendría noticia de ello si Thomas derribaba al cabecilla del clan de los Neville con sus propias manos. Tal vez la familia Percy no pudiera alardear de una victoria traída por caballeros sin blasón, pero su padre sabría que había enviado al hijo indicado a la batalla.

—¡Salisbury! —gritó Thomas, y vio cómo el hombre mayor que él se volvía en su montura para comprobar quién lo llamaba por su nombre.

El Neville no llevaba peto ni armadura alguna, más allá de un gorjal de hierro. Su escudo aún no presentaba mellas, pues nadie había conseguido atravesar su guardia para llegar hasta él. Quizá por el hecho de que su señor fuera tan pobremente equipado, sus hombres se apiñaban en torno a él y habían perdido a media docena en la refriega sólo para proteger al conde a quien servían. Tanto mejor. Thomas comprobó que los números empezaban a ser decisivos. Escuchó la terrible voz ronca de Trunning en algún lugar a su derecha, exhortando a los hombres a atacar por los flancos. No transcurriría demasiado tiempo, se dijo Thomas, antes de que se proclamara señor de aquel campo de batalla y se anotara la victoria para su casa.

—¡Percy! —espetó Salisbury volviéndose en su dirección. Thomas estuvo a punto de tirar de las riendas por la sorpresa, una duda momentánea que hizo que Richard Neville mostrara sus dientes—. ¡Por supuesto, un hijo de Percy! ¿Quién, si no, cabalgaría sin blasón y atacaría una boda? ¿Cuál de los cachorros sin honor sois? ¿Henry? ¿Thomas? Alzaos la visera, muchacho, para que pueda clavar mi espada a través de ese espantoso pico de los Percy.

Con un grito salvaje, Thomas volvió a espolear su caballo, y Balion arremetió. Escuchó a lord Neville reír cuando le bloquearon el paso. Por primera vez, Thomas se descubrió frente a hombres tan dotados como él mismo. Más aún, se sorprendió superado por sus espadas. No lograba abrirse paso entre ellos y, durante todo el tiempo, el maldito viejo estuvo carcajeándose, un eco del escarnio de su padre que hizo que los ojos se le enrojecieran de la cólera y la sangre le subiera a las orejas con tal fuerza que la notaba como olas del mar al romper. Thomas parpadeó para aclararse la mirada de la sangre que manaba de algún tajo en su cabeza. El yelmo estaba bien acolchado, pero un mamporro con una pesada maza había abollado hacia dentro un borde afilado que le trituraba el cráneo como si lo estuvieran trepanando. Notaba su penosa respiración caliente contra los agujeros de ventilación, mas ello no obstó para que cogiera impulso y espoleara de nuevo a Balion a atacar, por más que el animal arrojaba espuma por la boca y perdía fuerza a causa de la sangre que perdía por el costillar.

Entre las patas de los corceles de los caballeros, hacheros de gris habían llegado hasta el lugar del combate. Las heridas que provocaron fueron atroces. Atacaban las

patas de los caballos que, en su huida, enviaban a sus jinetes al suelo dando tumbos. Una vez en tierra, los caballeros con armadura quedaban confusos y vulnerables hasta ser capaces de volverse a poner en pie. La refriega se había convertido en una barahúnda salvaje en la que ningún bando estaba dispuesto a rendirse. Los soldados de Percy seguían moviéndose en manada en grandes números, pero Thomas vio a demasiados de ellos caer a manos de los hombres de Salisbury. Los guardias personales de Neville eran fornidos y rápidos, habían jurado proteger a su señor y vestían una armadura tan buena como la del propio Thomas. Cuando arremetían contra herreros y carniceros armados con hachas, se abrían paso entre ellos con certeros golpes cortantes.

La refriega se fusionó en torno al embravecido centro integrado por hombres criados y adiestrados para el combate, hombres que habían dedicado su aliento y músculo a la lucha a diario. La armadura era esencial para resistir los devastadores golpes procedentes de todas partes mientras los soldados golpeaban, cortaban tendones y retorcían extremidades y articulaciones con frenesí para aplastar al enemigo. Quienes carecían de protección caían como el trigo bajo la guadaña, y la blanquecina hierba iba quedando aplastada por los hombres abatidos. Durante todo aquel tiempo, el sol continuó refulgiendo sobre ellos, emitiendo un calor que obligaba a los caballeros a resollar cual pajaritos, con la boca abierta bajo el yelmo y la dentadura machacada y rota por el impacto del hierro cuando eran alcanzados.

Transcurrida menos de una hora, la lucha perdió su ritmo frenético y brusco y sólo la resistencia personal comenzó a determinar quién viviría o moriría cuando dos o tres hombres se encontraban, luchaban y proseguían tambaleándose. Para entonces, la mayoría de los aldeanos de los Percy habían perecido o presentaban heridas tan descarnadas que lo único que podían hacer era retroceder renqueantes, sujetándose sus sangrientos brazos y tripas. La guardia de Neville había quedado reducida a no más de ochenta hombres, rodeados por prácticamente el doble de soldados con buena armadura.

Thomas a duras penas podía mantener la cabeza en alto mientras permanecía a lomos de Balion, algo retirado, evaluando el progreso de la situación y refunfuñando por la energía aparentemente inagotable de Trunning. Divisó al maestro de armas cabalgando de un lado al otro de la columna de los Percy, exhortando a los hombres debilitados a esforzarse más. Thomas intentó apretar el puño derecho en un guantelete que goteaba sangre procedente de una herida oculta. El primer dolor agudo del cuero cabelludo arrancado se había reducido a una pulsación amortiguada. Incluso Balion agachaba su magnífica cabeza protegida por la testera hacia las altas hierbas y, hasta donde Thomas alcanzaba a ver, Salisbury continuaba con vida. Frustrado, Thomas apretó la mandíbula. No había visto al hijo del conde, el novio, por ninguna parte. Los muertos yacían desperdigados por todo el campo, pero quienes habían caído eran todos súbditos de las casas, sin un solo apellido destacado entre ellos.

Thomas intentó hacer acopio de energía para volver a lanzarse al combate; le bastó imaginar el desdén de su padre para sacar fuerzas de su estupor adormilado. Por el rabillo del ojo vio a Trunning haciéndole señas y la mera idea de vacilar ante el temor fue lo que finalmente le infundió el ánimo de arremeter de nuevo. ¡Cómo se atrevía a llamarlo a gritos, como si fuera un escolar indisciplinado! Thomas anheló que alguno de los Neville arrancara a Trunning aquella nauseabunda cabeza de los hombros. Había un apellido a quien le encantaría dejar en aquel campo, aunque fuera el único.

Mientras de nuevo se encaminaba al trote a la refriega, Thomas notó a Balion tropezar y recuperarse tan lentamente que estuvo a punto de caer. Tomó una decisión rápida al comprobar el escaso número de hombres de Neville que seguían a lomos de sus corceles. Alzándose la visera, silbó a un par de hombres heridos que contemplaban aquella batalla asesina, tras comprobar primero que no portaban insignias. Los hombres asieron sus riendas y lo ayudaron a desmontar. Notó las piernas extrañamente débiles al tocar el suelo y fue consciente de cuán magulladas las tenía. Se balanceó levemente, pero, más allá de unos moretones y un poco de sangre, seguía siendo fuerte y lo bastante rápido, estaba convencido de ello. Le dio unas palmaditas en el cuello a Balion, complacido por la idea de que el valiente caballo de batalla no tuviera que ser sacrificado por agotamiento.

—Dadle agua de beber, si podéis. Espero que esté cepillado y sus arañazos cubiertos de grasa de ganso cuando regrese a buscarlo.

Los hombres se alegraron de alejarse de aquella pradera sangrienta. Se tocaron la frente e hicieron una reverencia a lord Egremont mientras se llevaban de allí a su caballo de batalla.

Thomas dio media vuelta y alzó la cabeza hacia la brisa. Le alivió notar el aire acariciándole el rostro tanto tiempo confinado. Avanzó con sigilo, dejando tras de sí un cúmulo de flores amarillas que destacaban entre la blanca hierba. Su armadura crujía y chirriaba, una vez desaparecido el aceite con el que se habían untado sus juntas. Hizo oscilar la espada, aflojando con ello las placas de las hombreras y el peto, así como la musculatura que protegían.

—¡Egremont! —gritó Thomas al acercarse al combate para hacer saber a sus hombres quién era y dónde estaba.

Momentos después, soltó una maldición y se bajó la visera, sorprendido al ver a Salisbury retroceder a través de sus hombres. Los guardias de Neville se replegaban con su señor y, de repente, Thomas deseó haberse quedado con Balion. Quienes continuaban a caballo seguían hostigando la línea de los Neville, pero no había duda de que el enemigo se batía en retirada.

—¡No! —chilló Thomas—. ¡Permaneced y enfrentaos a nosotros!

Vio la desmayada forma negra de Balion menguar a su espalda y echó a correr hacia delante, sin saber qué otra cosa hacer.

Un caballero de Neville agitaba los brazos por encima de la cabeza, quizá con la

esperanza vana de hacer retroceder a los suyos. Con una fuerza desmedida, Thomas le cortó el cuello a su paso y el soldado se desmoronó en el suelo. Thomas continuó corriendo, resoplando de tal manera que tuvo que levantarse la visera de nuevo. Trunning se le acercó cabalgando. El rostro del maestro de armas se le antojó levemente más enrojecido de lo habitual mientras mascaba su largo mostacho y descendía la vista hacia Thomas Percy.

—¡Trunning! —resolló Thomas, aliviado—. Dadme vuestro caballo. Tenemos que darles alcance. Balion está acabado, agotado. ¡Rápido, desmontad!

—Eso sería una orden de batalla, milord Egremont. No atañe ni a la política ni al objetivo de la casa de vuestro padre, sino que es un simple asunto de quién de nosotros cabalga y quién camina. Y me temo que yo elijo cabalgar, milord.

—Maldito traidor... —le espetó Thomas casi sin resuello. Intentó asir las riendas, pero el viejo rocín de Trunning se escabulló de sus manos—. Haré que os cuelguen por desobedecerme.

—¿Eso creéis, milord? Tengo la sensación de que a vuestro padre le preocupará más conocer cuántos hombres habéis perdido hoy, sin una sola cabeza de los Neville que llevarle a cambio. ¿O habéis encontrado alguna, barón Egremont? ¿Habéis encontrado una buena cabeza Neville que atar a vuestra montura por el cabello? No he visto ninguna.

Thomas permaneció en silencio, rehusando replicar a la observación mordaz del viejo con otra palabra más. Ni él ni su padre podían haber sabido que Salisbury llevaría consigo a tantos de sus mejores espadachines. Thomas resopló. La gente de su madre había luchado bien. Lo único que los Neville habían necesitado hacer era sobrevivir a su ataque, y lo habían logrado. Thomas sabía que él y sus hombres habían masacrado a más de cien de los mejores soldados de Salisbury, pero, mientras observaba, el núcleo con armadura que formaban se alejaba cada vez más, replegándose en orden. Una docena de arqueros podía haberlos atacado entonces, si hubiera conservado una reserva. A Thomas no le quedó más remedio que contemplar con tristeza cómo su tío escapaba de la emboscada que le había tendido. Lo maldijo, jadeante. Le habría gustado quitarse el yelmo, pero la sangre se lo habría adherido al cabello y al cuero cabelludo, formando una masa empapada, y sólo de pensarlo se le paralizó la mano. Trunning seguía allí, observándolo y mascando sonoramente su mostacho como si fuera un banquete para un muerto de hambre.

—Podéis decirle a vuestro padre que habéis luchado bien, milord. Eso no lo desmentiré. Habéis estado cerca de dar alcance a ese viejo diablo. Os he visto.

Thomas alzó la vista sorprendido, preguntándose si tales palabras no serían una mofa sutil. Pero no detectó burla en la expresión de Trunning, y se encogió de hombros.

—No lo suficiente, ¿no es cierto?

—No hoy —respondió Trunning—. Los hombres tropiezan y caen de bruces, es ley de vida. Pero no importa. Lo importante es quién se mantiene en pie al final.

Thomas frunció el ceño mientras permanecía allí de pie, asombrado por el hecho de que Trunning no pareciera culparlo de la falta de victoria. Sacudió la cabeza e hizo reír al viejo.

—Os traeré el caballo, milord —dijo Trunning—. Os dije cuando lo comprasteis que era demasiado grande, pero es innegable que tiene bravura. Extenuado o no, os llevará de regreso a casa.

La brisa arreció mientras Trunning se alejaba al trote. Thomas notó una docena de dolores agudos por todo el cuerpo, a medida que su carne entendía que no seguiría luchando y podía empezar a provocar dolor y sanar. Para su sorpresa, no estaba avergonzado. Alzó la mano a cualquiera que pudiera verlo, dibujando un arco en el aire que señalaba hacia el punto por el que habían llegado aquella mañana, hacía una eternidad.



**T**homas vislumbró el castillo de Alnwick, que iba cobrando volumen en la distancia, una inmensa fortaleza de color amarillo pálido que dominaba el paisaje. No fue una visión que le alegrara el espíritu. Tras tres días de camino, estaba dolorido y sucio y apestaba a sudor rancio y a sangre seca. Finalmente había podido sacarse el yelmo con aceite y agua caliente, pero tenía un palpitante tajo cosido de un dedo de longitud en la coronilla y se quedó pasmado al ver la melladura que se lo había provocado. Thomas notó cómo se le hundía el ánimo a cada nuevo paso de Balion. Guardaba un millar de recuerdos de su infancia tras aquellas pálidas murallas doradas, pero, sobre todo, Alnwick era sinónimo del viejo. Significaba reunirse con su padre.

Al alejarse del campo de batalla, el humor entre sus hombres casi había sido alegre en un primer momento. Era cierto que Salisbury había huido de ellos, pero eso era asunto del hijo de Percy. El resto, por voluntad de Dios, eran supervivientes, y eso les bastaba. Habían superado el terror de la batalla y cada uno de ellos atesoraba una docena de anécdotas de su combate personal o de un espadazo devastador que había esquivado de milagro. La primera noche en el camino había habido un gran alboroto, con corpulentos soldados barbudos riendo y recreando un golpe que habían disfrutado o esquivado. Uno de ellos tenía un instrumento de caña al que él mismo había tallado los agujeros. Era capaz de sacarle una melodía animada, y algunos de los hombres brincaban y bailaban como si estuvieran ebrios. Thomas se había planteado ordenar silencio cuando se puso el sol. Hasta donde ellos sabían, los Neville debían estar dándoles caza. Le parecía una insensatez andar gritando e indicar su posición bajo el manto de la noche.

Tal vez Trunning hubiera adivinado sus pensamientos por su sombría expresión. El hombrecillo se le había acercado pavoneándose y había llevado a Thomas aparte para hablar a solas.

—Se tranquilizarán, milord —le había asegurado Trunning en voz baja, mientras contemplaba la puesta de sol. Su ronca voz había sonado casi como un ronroneo y había hecho que a Thomas se le erizara la piel—. He enviado a exploradores a detectar si alguien se nos acerca a hurtadillas. No nos tomarán por sorpresa, os lo prometo. Los muchachos sencillamente... están felices de seguir con vida, milord, y enteros. Dejadlos cantar un poco, os lo ruego. El brillo de la sangre vuelve a apagarse, y no tarda demasiado en hacerlo. Se despertarán un poco más serios y quizá un poco gruñones, pero estarán frescos como el rocío en la mañana.

Thomas se lo había quedado mirando fijamente. Había habido un rastro de ternura en el rostro enrojecido y manchado de Trunning. La sorpresa de Thomas fue máxima. Si el sol hubiera vuelto a aparecer en el horizonte, es posible que hubiera tenido la misma sensación de que algo en el mundo no encajaba. Y, sin embargo, allí estaba, un destello de afecto por los soldados rubicundos que se desgañitaban cantando una

tonada sensiblera, hombres que le romperían la espalda a cualquiera que se atreviera a decir que había en ellos otra cosa que huesos, sangre, la piedra de Alnwick y sus juramentos. Thomas había asentido con brusquedad a Trunning, y el maestro de armas de su padre se había marchado. Trunning no lo había mirado a los ojos ni una sola vez. Había pronunciado todo su discurso al aire, como si se hallaran uno junto a otro en el mismo meadero.

Los heridos permanecían lejos de la luz de la hoguera. Al alejarse del campo de batalla, Trunning había «encontrado» unas cuantas carretas en la primera aldea que habían hallado en su camino, si bien no eran ni de lejos suficientes para los en torno a sesenta hombres que las necesitaban. El maestro de armas de los Percy les había ordenado alinearse para inspección, había examinado cada herida con sus toscas manos y había ido anunciando «carreta» o «caminante» antes de avanzar al siguiente hombre. Uno o dos de aquellos soldados estaban casi moribundos mientras formaban fila, cada vez más exangües y encogidos a causa de sus heridas. Trunning se había detenido ante cada uno de ellos y los había observado con sus oscuros ojos mientras denegaba con la cabeza. Lo sabían, al igual que él. Aun así, les había permitido ir a las carretas a morir en paz.

Aquella primera noche podría haber derivado fácilmente en un festín, de haber tenido los hombres en sus faltriqueras algo más que tiras de carne desecada para llevarse a la boca. Al salir la luna, Trunning había decidido que había llegado el momento de poner fin a la cháchara, había surgido de entre la penumbra y había espetado a los hombres que reían a carcajadas que durmieran un poco y reservaran algo de energía para el día siguiente. Thomas se había preguntado si la luz del día les permitiría ver a los rastreadores de Neville acercándose a rastras. En la negrura, sus peores temores se antojaban factibles. Existía la posibilidad de que Salisbury se armara para la guerra tan pronto como llegara a un bastión. Sólo el tiempo revelaría cuántos soldados tenía el conde a su disposición. La verdad pura y dura era que Thomas le había arrojado una lanza a un viejo jabalí salvaje y había errado el tiro.

No había aparecido ningún soldado de los Neville siguiéndoles la pista a la mañana siguiente, ni la posterior a ésta. Trunning apostó centinelas y supervisó cada turno de guardia; parecía no necesitar más que breves sueñecitos para volver a estar activo y recorrer los confines de sus reducidos campamentos. Una semana antes eran setecientos. Ahora, doscientos cuarenta hombres regresaban a pie o a caballo a Alnwick, heridos incluidos.

Era una sensación extraña acercarse a la fortaleza al tercer día, sin tambores en el regimiento ni estandartes sostenidos en alto, con orgullo, que los anunciaran. Los lugareños los escucharon pasar, como no podía ser de otra manera, y salieron de sus hogares a contemplarlos. Las mujeres se remangaron las faldas para acudir corriendo a la carretera principal, escudriñando la puesta de sol para comprobar si sus hombres habían regresado. Thomas tensó los labios y apretó la mandíbula mientras cabalgaba frente a ellas. No podía cerrar los oídos a los gritos de las que preguntaban

desesperadas por sus maridos ni a los llantos de los niños por la pérdida de sus padres. La visión de los hombres en las carretas provocó un gran lamento entre los aldeanos. Para entonces, los heridos ofrecían una imagen deplorable; algunos de ellos sufrían fiebres altas y otros llevaban muertos dos días y estaban hinchados por el viento y la podredumbre.

Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, Thomas penetró en la fortaleza a lomos de Balion, estremeciéndose ligeramente al pasar bajo los arqueros, apostados a escasos metros por encima de su cabeza. Había albañiles trabajando aquella noche, encaramados precariamente mientras untaban las murallas con abundante mortero y colocaban en su sitio piedras nuevas.

Thomas vio el flacucho caballo de Trunning aventajándolo y añadió una ligera presión a sus talones, lanzando a Balion al trote. No volvió la vista atrás cuando Trunning refunfuñó algo entre dientes. Él era el hijo de Percy y era Egremont. Bajo ningún concepto permitiría que nadie entrara en Alnwick antes que él. No le cabía duda de que su padre los observaba desde las altas ventanas. Thomas mantuvo la barbilla bien alta, notando la herida hinchada palparle en la cabeza mientras escuchaba el llanto de la muchedumbre a su espalda y entraba en la fortaleza principal.

Los sirvientes se apresuraron a asir las riendas de su caballo de batalla mientras transformaban el patio silencioso con su estrépito. Los hombres regresados eran sombríos en sus reacciones y negaban con la cabeza una y otra vez en respuesta a las preguntas. Thomas notó el corazón latirle con fuerza cuando alzó la vista hacia la torre y vio al viejo cuervo envuelto en pieles, mirando hacia abajo.

—Ocupaos de los hombres, Trunning —gritó Thomas—. Yo llevaré las noticias a mi padre.

Salisbury cabalgó aferrado a las riendas con tal fuerza que un dolor sordo le ascendió por los brazos y se sumó al de sus magulladuras. Verse forzado a huir de un enemigo Percy era una humillación que lo corroía con tal intensidad que le costaba incluso concebirlo. Una semana antes, el barón Cromwell había reunido a los ciudadanos de Tattershall para despedir entre vítores a su sobrina Maud, que partía junto a su flamante esposo y doscientos soldados. Seis días más tarde, regresaban renqueando, reducidos a menos de la mitad de quienes habían partido, y con demasiadas heridas vendadas en paño áspero. Salisbury tenía el deber de explicar qué había sucedido y de garantizar al barón que su sobrina estaba ilesa. Al imaginar la reacción de Cromwell, Salisbury gruñó entre dientes, sacudiendo la cabeza como si tuviera una serie de tirones, cada uno de ellos el producto amargo del bochorno que se expandía por su ser.

Notaba los ojos de su esposa y su hijo clavados en la espalda mientras dirigía a los soldados magullados hacia el sur, en dirección al castillo de Tattershall. Unos

muchachos lugareños se les adelantaron corriendo para portar la noticia de su retorno. No pudo hacer nada para impedirlo, más allá de crisparse y avanzar con la cabeza gacha y la respiración áspera. Salisbury sabía que le amargaba que los acontecimientos se volvieran en su contra. Su padre había sido un hombre que descartaba el peor revés con un mero encogimiento de hombros y continuaba adelante, y al día siguiente se despertaba fresco como una rosa y era capaz de reírse incluso de su mal humor. Richard, el conde Salisbury, había sido cortado por un patrón más taciturno. Había conocido grandes alegrías en la vida, pero, incluso en sus momentos triunfales, siempre había hilos profundos moviéndose bajo la superficie, retorciendo sus músculos y pensamientos y sumiéndolo en la oscuridad.

La ciudad quedaba al norte del castillo de ladrillo, el cual se alzaba como una lanza roja sobre una colina que se había nivelado para sostenerlo. Salisbury hizo caso omiso de los rostros conmocionados de los mercaderes y aldeanos, quienes, tras salir a contemplar a la comitiva, se santiguaban, susurraban y negaban con la cabeza. Había trabajo por hacer, un trabajo que se confesó que no le agradaba, pero que era vital en cualquier caso. No había sido capaz de recoger a los muertos de los Neville en el campo de batalla. Para salvarse y salvar a los hombres que le quedaban, Salisbury había ordenado una retirada. Algunos de los heridos los habían llamado a gritos, incrédulos, al verlos partir. Habían agitado los brazos por encima de la cabeza, como si el hecho de verlos fuera a hacerlos regresar, como si sólo necesitaran hacer una seña a Salisbury para que volvieran a por ellos. Todo ello le corroía como un ácido que se hinchaba y se le atragantaba en el gástrico con tal fuerza que creyó que iba a manarle a borbotones por la boca y agujerear el gambesón sangriento que vestía.

Ira. Hacía años que no sentía el placer de la auténtica ira, esa quemazón nítida e intensa que fortalecía el brazo y llevaba la seguridad de un hombre hasta un nivel peligroso. Mientras cabalgaba, buscó la calma que necesitaría para urdir un plan y prepararse, pero no la encontró. La cólera lo llenaba como el agua llena una jarra. Reuniría a sus hombres. Congregaría un ejército y reduciría a cenizas los baluartes de Percy. Salisbury así se lo juró mientras Tattershall aumentaba de tamaño ante sus ojos.

No le sorprendió ver jinetes salir por la puerta principal antes de que él alcanzara la colina, descendiendo a medio galope por la pronunciada ladera que separaba los terrenos del castillo de la población. Cromwell había confiado la salvaguarda de su sobrina al caudillo de los Neville. El hombre aguardaría las peores noticias posibles.

Salisbury alzó la mano para ordenar un alto a su séquito cuando los tres primeros jinetes se le aproximaron y se detuvieron ante él. Ralph Cromwell no gozaba de buena salud; tenía el rostro abotargado alrededor del cuello y un color rojo demasiado oscuro, por más que Salisbury sabía que los cirujanos lo sangraban de manera regular. A sus sesenta años de edad, tenía un cabello blanco como el hueso y ralo como el de un bebé, que la brisa azotaba hacia delante y detrás de su calva coronilla. Había salido a cabalgar sin estandartes, portando aún una túnica manchada por los jugos de

lo que fuera que había estado comiendo.

—Milord Salisbury —gritó Cromwell, mientras su mirada se deslizaba por encima de Richard Neville y rebuscaba entre la comitiva.

Cuando los lacrimosos ojos del anciano se posaron en su sobrina, Salisbury lo vio hundirse en su montura, con el alivio reflejado en todo su ser. Supo entonces que Cromwell no había participado en la conspiración. El barón no tenía descendencia, pero era bien sabido que consentía a la hija de su hermana como si fuera la suya propia. Salisbury estaba casi seguro de que aquel hombre no la pondría en peligro. Sin embargo, por aquel «casi» había estado cerca de dar muerte a Cromwell. Pocas personas tenían noticia de que Richard Neville había estado presente en Tattershall. A Salisbury le costó esfuerzo soltar la mano de la empuñadura de su espada, tal era la fuerza con la que la había estado aferrando.

Entonces Cromwell volvió la vista súbitamente hacia él, quizá percibiendo alguna amenaza en las expresiones adustas del maltrecho grupo. Salisbury lo saludó amargamente con una inclinación de cabeza.

—Maud sigue con vida, lord Cromwell. Y también mi esposa y mi hijo. Y yo mismo. Los bandoleros de Percy fracasaron pese a traer tres hombres por cada uno de los míos. —Observó a Cromwell asimilar el significado de sus palabras y tensarse ligeramente mientras su pelo ondeaba mecido por el viento como una bandera blanca.

—¿Percy? —Salisbury observó cómo se le tensaba la boca—. Entonces fue por los señoríos de la dote. Milord, conocía sus rencores, pero no sus intenciones. Lo juro por el honor de mi casa y de mi nombre.

—Sé que sois inocente, milord. En caso contrario, no habría regresado a Tattershall.

El rostro del barón se destensó ligeramente. Richard Neville no era un hombre a quien hacer enojar, teniendo en cuenta su proximidad al protector del reino. Cromwell se secó la frente, que había empezado a relucirle por el sudor.

—No obstante, por el momento debo solicitaros que toméis a mis hombres a vuestro cuidado, mientras doy aviso —añadió Salisbury.

—¿Dar aviso, milord? —preguntó Cromwell con aquellos ojos como ostras, en apariencia siempre húmedos, enrojecidos y brillantes, mirando de un lado para otro a quienes lo observaban.

—A Ricardo de York, barón. El protector del reino. Y a mi hijo, el conde Warwick. —A pesar de esforzarse por mantener la calma, Salisbury notó que su voz se tornaba cada vez más fuerte y áspera—. A todos los hombres de armas al servicio de los Neville en Inglaterra y a toda casa unida a nosotros, sea por sangre o por matrimonio. Los reclamaré a todos, barón. Cortaré a la familia Percy de raíces a ramas y la arrojaré al fuego.

Habría sido una cortesía permitir que Cromwell los condujera de regreso a su castillo, pero Salisbury seguía siendo su superior en rango y, en aquel momento, no estaba para finuras. Hincó los talones para que su caballo echara al trote y dejó atrás

al desconcertado barón. Lo siguieron ochenta hombres adustos y con cicatrices. Su hijo John también lo acompañó, sin apartarse de su lado en ningún momento. Sólo Maud y la esposa de Salisbury, Alice, permanecieron rezagadas, gracias a que la última frenó a Maud con la mano para impedir que cabalgara tras su marido, como era su deber.

—Barón Cromwell —dijo entonces Alice—, Richard me ha solicitado que os agradezcamos que nos permitáis alojarnos de nuevo en Tattershall. —No podía disculparse por la rudeza de su esposo, de manera que buscó palabras que suavizaran la irritación de aquel hombre mayor—. Podéis estar seguro de que vuestro nombre se pronunciará en Londres como el de un hombre en quien confiamos y a quien honoramos.

Cromwell humilló la cabeza, todavía resentido y mirando con furia la retaguardia de los hombres que cabalgaban hacia su hogar.

—Estoy convencida de que Maud apreciará vuestros consejos, barón —prosiguió Alice—. La dejaré con vos, a vuestro cuidado, donde siempre ha estado tan bien atendida...

—Ya es suficiente, Alice —contestó Cromwell con cordialidad, pese a su destemplanza—. Vuestro marido penetra en mi castillo sin aguardar mi permiso, pero ¿quién podría culparlo después de lo que ha visto? Si fuera más joven, yo mismo haría sonar los cuernos después de lo que ha soportado. Está olvidado. Con todo, os agradezco vuestra amabilidad.

Alice asintió y sonrió a aquel hombre a quien tenía en gran estima. Era una pena que la esposa de Cromwell hubiera fallecido antes de darle descendencia y lo hubiera dejado rondando por Tattershall en soledad. Espoleó su caballo y cabalgó tras su esposo, dejando a tío y sobrina a solas.

—Tu suegra es una buena mujer —apuntó Cromwell, siguiéndola con la mirada—. Doy gracias a Dios de que sigas con vida, Maud. De haberlo sabido, de haberme llegado apenas una sombra de amenaza contra ti...

—Lo sé, tío, no me habríais dejado marchar ni siquiera con doscientos guardias de Neville. Estad tranquilo, apenas he visto nada de la matanza. John y la condesa Alice me alejaron de allí antes de que la batalla estallara de verdad. —Mientras hablaba, la joven se estremeció y la piel de los brazos se le erizó, contradiciendo sus palabras.

—Te entregué para que fueras una Neville, Maud —respondió Cromwell, mientras vigilaba a los soldados que entraban a caballo en su hogar—. Cuando Salisbury ha hablado de casas aliadas, no alardeaba. Su sangre corre por todos los linajes, por todas las casas de importancia, al menos ahora que la mía se ha unido a ellos. —Se sonrió por su propia soberbia y como recompensa vio el par de hoyuelos de los carrillos de Maud antes de ponerse serio de nuevo—. Si va a haber una guerra, Maud, hemos escogido nuestro bando mediante tu matrimonio. No envidio a quienes se oponen a ese hombre, que cuenta con Ricardo Plantagenet en una mano y con el

conde Warwick en la otra. Los tres juntos podrían dividir el país en dos, si se propusieran hacerlo.

—Quizá no llegue a tanto, tío. En una ocasión me dijisteis que el oro empieza y acaba guerras. Quizá el conde Percy compense las heridas que ha causado.

Su tío negó con la cabeza.

—No creo que haya oro suficiente en el mundo para evitar una contienda ahora. Rezaré para que se imponga la paz, Maud, pero en ocasiones es preciso perforar el furúnculo para expulsar la materia nauseabunda y poder limpiar la herida. Y ésta, querida mía, podría ser una de esas ocasiones.

Thomas Percy recorrió a grandes pasos los pasillos del castillo de Alnwick completamente a solas. Quizá los sirvientes evitaran al viejo cuando había malas noticias en el aire, lo desconocía. Por el motivo que fuera, el castillo parecía vacío mientras caminaba por él, con sus espuelas ensangrentadas tintineando. Había relajado la vejiga durante la batalla, no a causa del miedo, sino por la mera imposibilidad de encontrar un lugar tranquilo para quitarse la armadura mientras los ejércitos se enfrentaban. Desde entonces, había permitido que en cuatro ocasiones la orina caliente le chorreara por las piernas y saliera por las puntas abiertas de sus botas mientras cabalgaba. El acolchado interior de su armadura estaba empapado de orines y le había escocido la piel de los muslos hasta dejárselos en carne viva. Notaba el pestilente hedor que desprendía, pero agradeció a Dios que sus tripas parecieran haberse obturado. Había habido batallas en las que tropas enteras de caballeros montados habían regresado con manchas marrones descendiendo por las flanqueras de sus caballos, un mal necesario, que, no obstante, no impedía a los hombres retorcer su ingenio para proferir comentarios agudos ante tal visión. Al menos eso se lo ahorraría al reunirse con su padre.

Desde el patio de armas, había divisado al conde Percy de pie junto a la ventana de la biblioteca del torreón. Thomas subió las escaleras que conducían hasta allí sin toparse con un alma. La ausencia de su madre era lo más extraño de todo, y se preguntó si su padre la habría enviado a alguna otra posesión de los Percy para evitar que fuera testigo de su retorno o exigiera conocer lo sucedido.

Alcanzó la puerta y la encontró entreabierta. La abrió de un empujón con su guantelete de malla. Su padre se encontraba en el interior, aún de pie junto a la ventana, mirando por ella. Thomas se aclaró la garganta y notó una ráfaga repentina de despecho por tener que presentarse ante el viejo de aquella manera, como si fuera un niño a quien enviaran a ser reprendido por robar. Había recibido muchas azotainas en su infancia, cuando el hombre junto a la ventana era más joven. Thomas notó que se le desbocaba el corazón e imaginó el placer que sentiría empujando a su padre a través de aquel vidrio plomado y viéndolo estrellarse contra el suelo. Pensar en la expresión de Trunning ante tal imagen casi le hizo sonreír justo cuando su padre se

volvía para mirarlo.

—Te envié con setecientos hombres —dijo el conde Percy. El viejo tenía el rostro sutilmente hinchado y la telaraña de venas que le recorría las mejillas y la nariz se antojaba casi negra sobre su tez de color rojo ladrillo. Le dedicó una mirada penetrante mientras se arrebujaba las pieles alrededor de los hombros—. Me sorprende que te hayas atrevido a regresar a casa con tan pocos de ellos tras de ti. Veo por tu mirada asustada que no me has traído la victoria. En el patio, los hombres humillan la cabeza, como debe ser, si setecientos de ellos no han sido capaces de masacrar a un joven novio y sus criados. ¿Y bien? Explícame lo acontecido, muchacho. Estoy cansado de esperar.

—Salisbury llevaba consigo a su guardia personal, unos doscientos de sus mejores hombres y sesenta arqueros entre ellos. Los redujimos a un tercio o más, pero Neville escapó, con su hijo y la novia Cromwell.

El viejo atravesó la estancia con pasos erráticos y se detuvo para mirar a su hijo con desprecio.

—¿Regresas a Alnwick con las manos vacías? Si hubiera enviado a tu hermano Henry, ¿crees que estaría ahí plantado con esa expresión mohína relatándome su fracaso?

—Lo desconozco —respondió Thomas, cortante, con la voz ronca por el enojo creciente—. Salisbury iba acompañado de sus mejores hombres. Lucharon con denuedo y, aun así, matamos a más de la mitad de ellos antes de que pudieran huir. ¡Dudo que Henry hubiera podido hacer nada más!

Había subido el tono de la voz al responder; el viejo alargó la mano de súbito y lo abofeteó con fuerza. Por un instante, Thomas se encogió, sobrecogido por el instinto y los recuerdos de su infancia. Un momento después, sintió rabia y vergüenza por su propia reacción. Posó la mano sobre su espada, decidido a desenvainar y cortar a su padre en dos.

El conde Percy le agarró la mano, una garra que lo mantuvo inmóvil.

—¡Gobiérnate, por Dios! —espetó Percy—. Controla tu cólera, ¡muchacho insolente! Has fracasado cuando podías haber ganado. Conocía el riesgo que corría cuando te envié. Neville es astuto y no creí que muriera fácilmente. Sin embargo, valía la pena apostar las vidas que has perdido intentándolo, ¿comprendes? Merecía la pena arriesgar a mis hombres y mi hijo a cambio de las ganancias que podrías haber obtenido.

Thomas tensó el brazo una vez más, dispuesto a desenvainar. Notó la fuerza de su padre flaquear y supo entonces que era más fuerte que él, que podía sacar la espada y rajarlo si era lo que quería, y que su padre no podría evitarlo. Le sorprendió tanto averiguarlo que dejó caer la mano.

Su padre gruñó, satisfecho.

—Domina ese genio, Thomas, antes de que él te domine a ti. No deja de ser un fracaso de un Percy, pero podemos asimilarlo bastante bien.



Thomas detectó un destello metálico entre las capas de su padre. Se le abrieron los ojos como platos al pensar que llevaba una daga, pero el viejo la había ocultado tan rápidamente que Thomas nunca podría estar seguro de haberla visto. Retrocedió y el conde Percy ladeó la cabeza, observándolo con regocijo.

—No puedo dar marcha atrás, Thomas. Ni un solo paso. Has fracasado porque Neville es suspicaz y precavido, ¡y bien que hace! No importa. También había planeado esto. Tu madre está en un convento, ligada a una santa orden. Solicité a la abadesa que le impusiera un voto de silencio, pero la vieja zorra me respondió que ésa no era su manera de proceder. ¡Se arrepentirá de ello! ¡Ya lo creo! —Para sorpresa de Thomas, el viejo soltó una carcajada y sacudió la cabeza—. Con todo, lo más sensato era alejarla de mí antes de que la mate o de que me clave una daga mientras duermo. Fuego y aceite, muchacho, eso somos tu madre y yo, cada uno hacemos peor al otro. —Vio la confusión en su hijo y le dio una palmadita en el hombro—. Ahora abre bien las orejas. Golpeaste el corazón del clan Neville, pero erraste en el golpe. Vendrán a por nosotros, sea este año, sea la primavera siguiente. Todo lo que he hecho, todo cuanto he reunido bajo el nombre de Percy está en peligro ahora. Sin embargo, prefiero irme a la tumba sabiendo que lancé los dados y perdí que creyendo que no me atreví a arrojarlos, ¿entiendes? Iremos a la guerra con los Neville, y con York si es preciso, esa serpiente de Plantagenet enroscada alrededor del rey y su hijo. Ningún Percy calibra las posibilidades ni cuenta los números cuando alza los estandartes. Le doy la bienvenida, Thomas. Doy la bienvenida a la oportunidad de salir al campo de batalla por última vez. ¿De qué me sirven estas viejas articulaciones si no soy capaz de cabalgar contra mis enemigos? Cuando acudan, los recibiremos en nombre del rey Enrique. Nos alzaremos con una docena de condes y duques más leales al rey Enrique que a su maldito protector, ese York, desposado con una Neville. ¿Lo entiendes? Jugué a zanjar este asunto en un día, pero una mala jugada no supone el fin, Thomas. ¡Marca el principio!

**D**ías fríos se abatían contundentes sobre el país aquel año. Diciembre había dado comienzo con unas heladas penetrantes que habían congelado los agitados estanques de la ciudad y el monasterio, cubriendo a las gordas carpas, que quedaron sumidas en la oscuridad, sin apenas mover sus aletas.

La ciudad de Windsor era más afortunada que la mayoría de las poblaciones, pues casi todos sus hogares podían permitirse comprar carbón o una madera lo bastante buena para forrar una pared y mantener a las familias calientes. El trabajo proseguía incluso en los meses más fríos, si bien, a medida que la escarcha fue haciéndose más gruesa, no tardaron en aparecer hombres hambrientos pidiendo limosna para Navidad en prácticamente cada calle. Una vez recolectadas y almacenadas las cosechas otoñales, seguía habiendo empleos esporádicos para reparar postigos y tejas de madera para quienes conocían el oficio. Varios centenares de personas se amontonaban para acudir a los festines reales que conmemorarían el nacimiento de Cristo, mil cuatrocientos cincuenta y cuatro años atrás. En el castillo se preparaban banquetes de dos docenas de platos, teniendo en cuenta que parte del festín se repartiría entre los pobres. Era tradición hacerlo entre las residencias de la realeza, y los mejores lugares en las calles de las proximidades de las cocinas reales ya estaban ocupados, si bien una noche adversa podía revelar uno o dos cadáveres congelados en las alcantarillas a la mañana siguiente.

Los vaciadores de las fosas sépticas, o limpiadores de cloacas, habían contratado a unos cuantos labriegos desempleados, pues preferían excavar los pozos de las casas más pudientes mientras el contenido estaba congelado. Si más no, aquellos hombres disfrutaban de calor mientras descendían a las entrañas de la tierra tapándose la nariz con paños atados a la nuca. Siempre había alguno que se desmayaba a causa de los gases y tenía que ser extraído con ayuda de una cuerda. Era un trabajo duro, pero un buen pocero podía ganarse el salario semanal de un labriego en un solo día.

A medida que se aproximaban las Navidades, las carreteras de los alrededores del castillo fueron llenándose de las personas a quienes la familia real había invitado a pasar doce días de paz y celebración. La reina Margarita parecía resuelta a no permitir que la enfermedad de su esposo arruinara las festividades. Malabaristas, magos y cantantes competían por las propinas en las tabernas y hasta la última habitación en la población se había reservado con mucha antelación, e incluso los establos estaban llenos de familias que pernoctaban en ellos. Las compañías teatrales se anunciaban con escandalosas fanfarrias a cargo de sus sirvientes al entrar en la ciudad protagonizando vistosos desfiles, todas ellas con la esperanza de actuar para la reina. La Navidad, que eclipsaba incluso la Semana Santa y Pentecostés, era el festival más importante del año y la época más ajetreada en Windsor.

Con el rey Enrique aún perdido en sus ensoñaciones, no se había previsto ninguna sanación pública para aquellas Navidades y no se permitiría a los enfermos acceder a

tocarle la mano. Ello no impidió a los más desesperados acudir de todos modos, pues no tenían ningún otro lugar adónde ir. Los leprosos y tullidos hacían sonar campanillas en las calles, reunidos para protegerse, ya que, si los encontraban solos o en parejas, los lugareños podían abalanzarse sobre ellos y apalearlos.

Las personas de sangre noble cabalgaban dejando atrás los comercios y a los mimos que actuaban a cambio de unas monedas y se dirigían a las comodidades disponibles en el interior del castillo. El duque de York podía gobernar el país desde Londres, pero no tenía poder de convocatoria para congregar a los condes, duques y barones del rey en una celebración navideña. La elección de los invitados a Windsor era terreno exclusivo de la reina Margarita y no era casualidad que en las invitaciones a cuarenta y cuatro casas nobiliarias se hubiera omitido a York, Salisbury y la media docena de nobles relacionados con la familia Neville. Margarita había sopesado la posibilidad de invitar al conde de Warwick, el Richard Neville más joven. Lo había conocido durante el asedio de Londres, cuando Jack Cade penetró en la ciudad con un ejército. Warwick la había impresionado a la sazón, pero su padre era el lord canciller de York y, con gran pesar, había decidido que las lealtades del conde quedaban fuera de su esfera de influencia.

Uno o dos invitados habían enviado sus excusas, pretextando que eran demasiado viejos o estaban demasiado enfermos para efectuar el viaje. Pese a ello, en el transcurso de tres días, treinta y ocho lores y sus séquitos habían llegado a Windsor, una muestra de respeto inquebrantable hacia el monarca que había proporcionado a Margarita una enorme satisfacción. La reina insistió en salir a recibir a aquellos cuyo respaldo más necesitaba, honrándolos así en público. No era ninguna nimiedad que no los hiciera acudir hasta ella, tal como revelaban las mejillas ruborizadas y las sonrisas de orgullo de sus esposas.

Derry Brewer demostró tener un valor incalculable con la llegada de cada nueva casa. Vestido con una sencilla túnica oscura y calzas, aguardaba en pie, sin destacar, entre el personal real. Sonreía vagamente ante todo lo que veía, pero nada escapaba a su mirada perspicaz.

A partir del alba, sirvientes con los colores de todas las grandes casas llegaron corriendo por la carretera, anunciando a sus señores y señoras mucho antes de que éstos estuvieran a la vista. Algunos enviaron a sus mayordomos a preparar algo más el terreno. Para cuando los representantes de las casas nobiliarias finalmente atravesaron las grandes verjas, Derry había susurrado un caudal de información al oído de la reina. No portaba libro mayor y se limitaba a darse unos golpecitos en la cabeza cuando Margarita manifestaba sorpresa o incluso se ruborizaba al constatar todo lo que el maestro sabía.

El barón Grey sería uno de los hombres a quienes no olvidaría. No había enviado a nadie a anunciarlo, sino que se había limitado a ascender desde la población con su delgada mujer a lomos de un caballo a su lado y dos muchachos de rostro fresco ataviados con túnicas idénticas que se esforzaban por seguirles el paso mientras

cargaban con un pesado arcón. Margarita se mostró afectuosa con el hombre de manera instintiva, pero se le congeló la expresión cuando Derry le susurró:

—Sodomita y pederasta, como los griegos. Ama a su esposa, pero me cuentan que se ceba con muchachos pobres. Bastante discreto. Orgullosa como el diablo y casi tan cruel como éste.

Margarita miró al jefe de los espías mientras el barón Grey se les aproximaba. Derry había descrito multitud de peculiaridades acerca de sus nobles invitados, desde sospechas de un robo de antaño hasta una promesa de matrimonio incumplida y una muchacha arruinada cuyo silencio se había comprado. La reina había percibido un deje de humor en su voz en más de una ocasión, pero ni rastro de juicio: se había limitado a recitar secamente debilidades y pecados pretéritos. En cambio, los ojos de Derry reflejaban algo desagradable mientras lord Grey se acercaba. Margarita se percató de ello antes de que Derry tuviera tiempo de ocultarlo; era algo apagado y plano, y asesino.

El barón Grey la saludó con una gran reverencia. Sus grises ojos hacían honor a su apellido, pequeños y duros en un rostro carnoso y rosado. Su esposa la saludó con igual reverencia, su cabeza entera oculta por un enrevesado sombrero. A Margarita le fallaron las palabras y se limitó a mirarlos con fijeza y a extender su mano hacia el hombre. Antes de aquel día, no habría podido afirmar sinceramente que sabía lo que era un pederasta. La breve descripción de Derry le había llenado la mente de imágenes desagradables que hicieron que le resultara muy difícil no estremecerse cuando Grey le rozó el dorso de la mano con sus húmedos labios. El momento pasó y el barón prosiguió su camino; su esposa volvió la vista atrás con un gesto tenso de orgullo en los labios, mientras los escoltaban lejos de allí. Margarita se obligó a respirar, intentando concentrarse en las explicaciones de Derry acerca de unas minas de estaño y en un anciano barón que se inclinaba ante ella como un maestro de danza, pese a doblarle la edad.

Al anoecer, Margarita se retiró por fin, con los pies doloridos por las horas pasadas en pie. Había descansado durante breves lapsos a lo largo del día, pero había sido requerida mientras comía o disfrutaba de un agradecido reposo en una butaca para acudir a saludar a otro huésped. Había comprobado el placer que provocaba en sus invitados que saliera a recibirlos y, pese a estar agotada, no lamentaba el tiempo invertido. Durante las doce noches siguientes tendría ocasión de conocer a todos los hombres y las mujeres del castillo.

Con ayuda de Derry, había sido capaz de situar a los enemigos de antaño distanciados entre sí. Incluso había velado porque la quisquillosa sensibilidad de una anciana condesa no se viera inflamada por la visión de una joven y bella prima al despertar cada mañana. Por sugerencia de Derry, Margarita había hecho grandes aspavientos al dar la bienvenida al barón Audley, un viejo soldado de barba cana que se había sonrojado encantado al recibir tales atenciones. En cambio, cuando el barón Clifford había llegado, su jefe de espionaje había ido poniéndose rígido a medida que

se aproximaba y había acabado de cara a Margarita, dando la espalda al hombre que venía a su encuentro.

—Ceded una milésima ante él y lo interpretará como una debilidad, milady —le advirtió Derry entre dientes—. Lord Clifford sólo ve lobos o ciervos, nada de medias tintas. Y huelga decir que no respeta a los ciervos.

Margarita había alzado la cabeza al escuchar tal comentario, decidida a no languidecer. Se había mostrado gélida al dar la bienvenida al barón Clifford, quien la había saludado con idéntica frialdad antes de seguir a los sirvientes hasta unas estancias bastante alejadas de los salones principales.

La ausencia de un nombre provocaba en la reina una amargura incesante. Margarita consideraba a Somerset un amigo y detestaba imaginarlo preso. El rango del conde le permitía disfrutar de unas ciertas libertades en la Torre de Londres, incluso mientras se lo retenía para ser enjuiciado. No obstante, York había rehusado concederle la libertad condicional para la temporada y había respondido a la petición de Margarita con una misiva pomposa acerca de la comisión de delitos de altura contra funcionarios estatales. York había enviado su enmarañada carta lacrada con el sello de su propio marido, el rey. Margarita sabía que no debía obcecarse en la idea del placer que York habría experimentado al hacerlo. Si permitía a York ocupar sus pensamientos durante largo tiempo o con excesiva frecuencia, descubriría que había estado enroscándose bucles del cabello en los dedos hasta dejárselos púrpura. Ya había llorado por Somerset, cuya pérdida era otra rama espinosa en el fuego que la consumía por dentro, una quemazón constante que pugnaba por mantener oculta.

En el castillo de Windsor se vivía un trajín desconocido durante el resto del año. Complejas cacerías por amplísimos cotos mantenían a los invitados entretenidos, junto con obras teatrales, espectáculos de magia y veladas con música. Reinaba un ambiente relajado, pese a la presencia de tantos criados y siervos armados, un síntoma de la época. Incluso en medio del jolgorio del castillo real se respiraba miedo.

Cuando amanecía la mañana de la Navidad, Margarita se retiró a sus aposentos privados, justo a tiempo para contemplar a su hijo alimentarse de su nodriza, mamando afanosamente del rosado pezón antes de que lo hicieran eructar y lo pusieran a dormir un rato. El pequeño Eduardo tenía un año y ya gateaba, lo cual hacía inviable dejarlo a solas con la esperanza de que permaneciera en el mismo sitio, ni siquiera ya en la misma estancia. La nodriza le limpió una pequeña regurgitación lechosa y colocó un paño sobre el hombro de Margarita antes de entregarle al niño. Margarita notó la calidez de su cuerpecito mientras gorjeaba y se movía, arrugando su diminuto rostro irritado por algo. La reina sonrió al ama de leche, que reaccionó a su gesto espontáneo, le hizo una gran reverencia y abandonó la estancia.

Durante un breve lapso, Margarita estuvo a solas. Se sorprendió bostezando y sacudió la cabeza divertida, pensando en todos los quehaceres aún pendientes antes del gran banquete de aquel día. Se oficiaría un servicio en la capilla y, mientras todos

ellos rezaban por la salud del rey, el ajetreo en las cocinas sería equiparable al de un campo de batalla. El personal estaría ya decorando y ensartando piezas de carne, especiendo e hirviendo platos para impresionar a los nobles de su esposo, todos ellos hombres y mujeres que daban empleo a sus propios cocineros. Margarita había insistido en aportar un toque francés a todos los platos, consciente de que, en su inmensa mayoría, sus invitados no conocerían las recetas de Anjou. Se serviría ganso, por supuesto, asado por docenas, pero también habría becadas, perdices y palomas, delicadas tartas dulces y pastelitos, gelatinas saladas cocinadas en inmensos moldes de cobre y sopas, ciruelas rellenas, pasteles y anguilas en escabeche, un centenar de platos distintos para el convite del día de Navidad.

Empezó a canturrearle al niño que sujetaba contra su hombro, a quien notó revolverse y mirar de un lado para otro antes de posar la cabecita finalmente. Durante un tiempo después de dar a luz, Margarita había sentido un dolor espantoso en los pechos, pero la había alegrado dar continuidad a la costumbre entre los ingleses de utilizar a una nodriza.

Un repiqueteo de botas aproximándose le hizo apartar la vista del niño, que lloraba. Alguien solicitaba verla, inquiría con voz estentórea dónde podía encontrársela. Chasqueó la lengua con fastidio y miró al príncipe de Gales, que se chupaba el dedo y abrió los ojos un instante. Tenía unos ojos de un color azul intenso. Lo que quiera que viera lo satisfizo y volvió a cerrarlos, pero el vocerío no cesó. Margarita frunció el ceño. Atesoraba los escasísimos momentos que pasaba a solas con su hijo. Rogó porque nadie hubiera resultado herido en el extenso coto de caza. Uno de los criados del duque de Buckingham se había roto el tobillo el día anterior y no quería que los nobles recordaran una avalancha de mala suerte durante aquella temporada.

La nodriza regresó, inexplicablemente azorada. De manera instintiva, la joven alargó las manos para tomar al pequeño dormido y Margarita se lo entregó, sintiendo una punzada intensa en el útero al notar su peso alejarse de su hombro.

—Milady... —balbuceó la nodriza, tan nerviosa que le costaba incluso hablar.

Acomodó al príncipe Eduardo de nuevo en su antebrazo con movimientos precipitados. Como no podía ser de otro modo, el pequeño escogió aquel momento para empezar a berrear, agitando sus puñitos al mundo en paroxismos de rabia.

—¿Qué sucede, Katie? ¿No te he dicho que me dieras una hora? Una sola hora al día, ¿es eso demasiado pedir?

—Mi... milady, Su Alteza...

Las voces y el repiqueteo de los pasos se acercaban cada vez más. Margarita sintió un arrebato súbito de miedo, imaginando a asesinos o un asesinato.

—¡Suéltalo ya! ¿Qué te tiene tan agitada, Katie?

—Vuestro esposo, el rey, milady. Dicen que ha despertado.

Margarita retrocedió un paso, tal fue la contundencia con la que la sorprendieron aquellas palabras. Abrió los ojos como platos, se remangó la falda y se dirigió

corriendo hacia la puerta. Para cuando llegó, los ayudas de cámara del rey ya entraban por ella, resollando por la carrera.

—¡El rey, Su Alteza! —exclamó uno de ellos.

La presencia de aquel criado en su camino permitió a Margarita revisarse en cuerpo y mente y le proporcionó un momento de quietud.

—Aguardad —replicó Margarita.

Alzó la mano como si fuera a apartar al hombre de un empujón, y éste retrocedió raudo para quitarse del medio. Ante la atónita mirada del criado, Margarita le cerró la puerta en las narices. Regresó junto a la nodriza y su hijo, que la observaban atentamente.

Margarita había cultivado un porte digno desde que había llegado a la corte inglesa a los quince años de edad. Por el honor de Enrique había intentado desarrollar los modales de una reina, convertirse en un dulce cisne en su forma de proceder y en tanto que símbolo de su casa. Había aprendido todo cuanto había podido, pero ser la reina consorte significaba mucho más que saber los nombres de las casas nobiliarias y los señoríos. No bastaba con conocer las leyes de Inglaterra y las peculiares tradiciones insignificantes que parecían tan enmarañadas en ellas. Por encima de todo, ser reina de un rey desamparado obligaba a Margarita a reflexionar antes de adoptar una decisión precipitada. Significaba que tenía que catar antes de comer y sorber antes de beber.

Enrique había estado débil y en peligro durante más de un año. Se moría de ganas de acudir junto a él, corriendo con las faldas remangadas a la altura de los muslos, avanzando a toda prisa por los pasillos como un pillo en un mercado. Pero, en lugar de ello, reflexionó y reflexionó, antes de finalmente asentir con convicción y abrir la puerta. Y entonces salió por ella.

Era la noticia que había estado esperando, la noticia que había anhelado recibir un millar de veces, pero la realidad entrañaba sus propios temores. Muchas personas se alegrarían del despertar de Enrique, pero también había quien enfurecería, se revolvería y maldeciría. Margarita no dudaba de que algunos de los lores del monarca habían esperado que falleciera, e incluso habían planificado que así fuera. Se detuvo en seco ante la entrada a los aposentos de Enrique. Abrió la puerta de un empujón, golpeando las manos de quienes intentaban abrirla torpemente.

El sol se elevaba en el cielo tras su esposo. Margarita se llevó una mano al corazón, incapaz de articular palabra al ver a Enrique de pie, ¡de pie, Dios santo!, mirándola. El rey Enrique estaba flaco, era todo pellejo y huesos. Llevaba puesta una camisa de dormir larga hasta los pies y se apoyaba con una mano en un pilar de la cama. Dos hombres armaban revuelo a su alrededor mientras él la contemplaba, tocaban las muñecas del monarca con los dedos y se inclinaban obstaculizándole la visión. John Fauceby y William Hatclyf eran los médicos reales, y estaban junto con tres guardias reales auxiliares y Michael Scruton, el cirujano en jefe para la persona del rey. Palanganas de orines y sangre humeaban en unas mesas junto a la cama. Dos

de los hombres las observaban y recitaban en voz alta sus observaciones en cuanto a la claridad y el sedimento para que el escribano tomara nota de ello. Mientras Margarita observaba la escena, Hatclyf sumergió sus dedos y probó la orina, tras lo cual indicó al escribiente que era demasiado dulce y recomendó que se añadieran plantas verdes amargantes a las comidas del rey. Su colega olfateó la sangre del monarca, tocó asimismo el líquido de la palangana y se frotó los dientes para comprobar cuánta grasa tenía antes de sacar su rosada lengua. Las voces se solapaban y exigían atención; ambos hombres luchaban por hacerse oír y conseguir que sus observaciones se anotaran en primer lugar.

Era una escena ajetreada, pero en su centro el rey permanecía despierto, muy quieto y muy pálido. Tenía la mirada clara y Margarita notó que se le inundaban los ojos de lágrimas al acercarse a él. Para su desconcierto, Enrique alzó una mano para indicarle que se detuviera.

—¿Margarita? Estoy rodeado de desconocidos. Estos hombres me informan de que tengo un hijo. ¿Es eso cierto? Por los clavos de Cristo, ¿cuánto tiempo he pasado yacente?

Margarita abrió la boca, asombrada de escuchar blasfemar a su marido por primera vez, que ella recordara. Lo había conocido siendo un hombre desmoronado, sumido en fiebres intermitentes y ensoñaciones antes de caer inconsciente. El hombre que la miraba no parpadeaba ni apartaba la mirada. Tragó saliva, nerviosa.

—En efecto, tenéis un hijo. Eduardo tiene poco más de un año. Os lo mostré cuando la enfermedad hizo presa en vos. ¿No os acordáis de él?

—Ni de eso ni de nada más, no... Momentos, destellos, nada que... ¡Un hijo, Margarita! —De repente, entrecerró los ojos, con expresión de oscura sospecha—. ¿Cuándo nació ese príncipe de Lancaster?

Margarita se ruborizó, pero luego alzó la cabeza, súbitamente enojada.

—El decimotercer día de octubre del año de Nuestro Señor de 1453. Seis meses después de que cayerais enfermo.

Enrique permaneció en pie un instante, frotándose los dedos de la mano derecha mientras cavilaba. A Margarita no le quedó más remedio que esperar. Se sintió abrumada al verlo asentir con la cabeza, aparentemente satisfecho.

—Pero ¡¿qué hacéis ahí parada?! Traédmelo, Margarita. Quiero ver a mi heredero. No, por Dios, enviad a otra persona en su busca. Necesito oír todo lo ocurrido. Me cuesta creer que haya perdido tanto tiempo. Se diría que me han robado un año, que me lo han arrebatado de la vida.

Margarita gesticuló en dirección a una de las camareras, indicándole que acudiera corriendo a recoger al príncipe de Gales.

—Más tiempo, Enrique. Habéis estado... ausente, no, enfermo, durante más de dieciocho meses. He rezado y he ordenado oficiar misas a diario. Yo... No imagináis cuánto significa para mí veros consciente.

Le tembló el labio repentinamente y empezaron a resbalarle lágrimas por las



mejillas, que se enjugó enseguida. Vio a su marido retraerse en sus pensamientos y fruncir el ceño.

—¿Cómo le va a mi Inglaterra, Margarita? Lo último que recuerdo... Pero no, no importa. Hace demasiado de todo lo que recuerdo. Habladme presto. ¡Me he perdido demasiado!

—Ricardo de York fue designado protector, Enrique, un regente para gobernar el país mientras vos erais... incapaz de hacerlo.

Observó asombrada a su marido apretar los puños casi de manera espasmódica. Aquel hombre que había orado durante horas cada día durante todo el tiempo que ella lo había conocido no le había agradecido a Dios su recuperación en ningún momento.

—¿York? Debió de sentirse muy complacido al recibir mi corona en su regazo. — El rey hizo girar un anillo en su dedo casi con saña, como si quisiera quitárselo—. ¿Quiénes de entre mis lores olvidaron su honor en tal grado? Dudo que Percy lo hiciera, ¿no es cierto? ¿O Buckingham?

—No, Enrique. Ellos se mantuvieron al margen de la votación junto con muchos otros. También Somerset, aunque fue encerrado en la Torre de Londres por su reticencia a aceptar la autoridad de York.

El rostro del rey Enrique se ensombreció y la sangre que cubrió sus mejillas resaltó como un estandarte recortada contra su blanca tez.

—Eso puedo revertirlo hoy mismo. ¿Dónde está mi sello para poder firmar la orden de que sea puesto en libertad?

El mayordomo del rey escogió aquel momento para hablar, también con los ojos humedecidos al ser testigo del despertar del monarca.

—Vuestra Gracia, el duque de York tiene el sello real, en Londres.

Enrique se tambaleó ligeramente y alargó la mano para aferrarse al poste de la cama. Su brazo, demasiado débil para sostener su peso, cedió y el rey se sentó bruscamente en la cama. Los médicos reaccionaron con una agitación febril, sin dejar de murmurar en ningún momento acerca de su color y su disposición, como un zumbido de abejas alrededor del rey. El doctor Fauceby alargó la mano de nuevo para tocar el cuello del monarca y comprobar la fuerza de los latidos de su corazón, pero Enrique se la apartó de un manotazo.

—Por Dios, estoy débil como un niño —espetó Enrique, enrojeciendo de vergüenza y enojo—. Está decidido. Veré a mi hijo y mis ayudas de cámara me vestirán. Luego cabalgaré hasta Londres para expulsar a York de mi lugar. Uno de vosotros, ayudadme a ponerme en pie. Quiero estar de pie cuando vea a mi hijo por primera vez.

—Su Alteza, vuestra situación es crítica —afirmó Hatclyf tan tajante como pudo—. Debo recomendaros reposo.

Margarita notó que el médico temblaba. Durante más de un año, Enrique había sido poco más que un cuerpo pálido que lavar y vestir, atar con cuerdas y medir como un ternero ciego. Quienes se hallaban alrededor del rey Enrique estaban íntimamente

familiarizados con su carne, pero no conocían en absoluto al hombre. Se preguntó si ella misma lo conocía.

Margarita observó a Fauceby intercambiar una mirada con Hatclyf. Ambos médicos tenían un aire monacal, con sus delgados dedos y mejillas rehundidas. Sin embargo, Fauceby era el más experimentado y, cuando habló, lo hizo con voz firme y queda.

—Su Alteza, mi colega tiene razón. Habéis estado muy enfermo durante un largo tiempo. Estáis sudando, señal de que vuestro hígado y vuestras tripas siguen estando débiles. Si os excitáis, corréis el riesgo de desmayaros y volver a caer enfermo. Deberíais descansar ahora, Majestad, dormir con normalidad. Hatclyf y yo os prepararemos un caldo de col lombarda, ciclamen y ajeno para cuando volváis a despertar, con vuestro permiso. Purgará y restaurará vuestros humores de tal manera que vuestra recuperación sea más duradera.

Enrique caviló un instante, apartando la vista mientras evaluaba su propia fortaleza. Lo consternaba la debilidad que lo asaltaba, pero, si había calculado correctamente el tiempo que había perdido, tenía treinta y tres años. Constatar que tenía la misma edad que Cristo al ser crucificado endureció su voluntad. Se había despertado el día de Navidad, a la edad de Cristo en el momento de su muerte. Era una señal, estaba convencido de ello. No languidecería ni pasaría un momento más en su lecho de enfermo, costara lo que le costase.

—No —replicó—. Vosotros dos, ayudadme a ponerme en pie.

Los dos guardias auxiliares reaccionaron con premura. Agarraron a Enrique por debajo de sus extendidos brazos, lo ayudaron a ponerse en pie de nuevo y retrocedieron arrastrando los pies y con la cabeza gacha cuando el rey encontró el equilibrio sobre sus temblorosas piernas. Todos escucharon unos pasos acercándose. Justo entonces, la nodriza entró en la habitación y se esforzó en hacer una reverencia al tiempo que sostenía en alto al príncipe para mostrárselo. No posó los ojos en el rey Enrique ni una sola vez mientras éste permaneció erguido con la camisa de dormir puesta.

—Tráelo aquí —le indicó el rey con una sonrisa franca.

Agarró al niño y lo sostuvo en alto, a pesar de que los brazos le temblaban por el esfuerzo.

Margarita se llevó una mano a la boca, intentando no sollozar de alivio y júbilo.

—Tú —dijo Enrique al niño que lo miraba—. Dios santo, te veo, mi propio hijo. ¡Mi hijo!



El rey Enrique se notó temblar al alcanzar el amplio meandro del río Támesis. Pese a avistar ya el palacio de Westminster, se hallaba aún a casi un kilómetro al oeste de la ciudad de Londres. Se decía que la distancia entre ambas partes se acortaba cada año que transcurría, a medida que los mercaderes edificaban talleres y almacenes en los terrenos baratos aledaños a los mercados de Londres y la ciudad se extendía ya allende sus murallas romanas.

La oscuridad no hacía sino agravar el espantoso frío cortante. El viento trajo una ráfaga de granizo al ponerse el sol, pero la causa de la debilidad que el rey sentía no era externa. A Enrique lo consternaba su fragilidad; tenía las extremidades tan debilitadas que apenas treinta kilómetros cabalgando lo habían reducido a una masa jadeante y dolorida que chorreaba sudor por debajo de su armadura. Pensó en los momentos en los que aquel hierro había evitado que cayera.

No había pretendido cabalgar hasta el palacio de Westminster con un cortejo, pero cerca de cuarenta lores leales se encontraban a la sazón en Windsor y, a medida que se había ido difundiendo la noticia de que el rey se había levantado de su lecho y tenía intención de cabalgar hacia Londres, habían empezado a jalear y patalear, provocando un estruendo que fue cobrando volumen en el interior del castillo hasta traspasar sus paredes y alcanzar la población que se extendía a sus pies, donde se había visto doblado y redoblado en mil gargantas hasta transformarse en un inmenso bramido comparable a los vendavales de invierno.

Antes de partir, el rey Enrique había sobrellevado la misa de Navidades en la capilla de San Jorge, donde había permanecido sentado pálido y quieto mientras todos los presentes daban gracias a Dios por su restablecimiento. El gran banquete que los aguardaba había sido saqueado por los hombres que pasaban por allí y que, animados, solicitaban sus corceles y llamaban a sus sirvientes para unirse al rey en su periplo. Para cuando Enrique salió a la carretera acompañado de más de cien hombres, todos ellos armados y protegidos con armaduras, con los estandartes del león real ondeando por efecto del gélido viento, el sol de invierno se encontraba ya a baja altura en el cielo, estaba encarnado.

El palacio de Westminster se hallaba en la ciudad, río arriba, alejado de los fétidos miasmas que traían enfermedades cada verano. Enrique tomó la carretera que bordeaba las riberas del Támesis, con Buckingham a un lado, el conde Percy al otro y Derry Brewer siguiéndolo con determinación con el resto de los nobles en filas cerradas. Para entonces, el rey avanzaba al paso en su caballo para racionar sus fuerzas. Habían tardado al menos cinco horas en recorrer las millas que separaban aquel lugar de Windsor y a Enrique le preocupaba que su voluntad lo hubiera llevado a sobrepasar las fuerzas de su cuerpo. Sabía que, si se desmayaba y caía, sería un golpe a su posición del que quizá nunca se recuperaría. No obstante, Somerset seguía encarcelado por orden de York. Enrique sabía que, si se demoraba demasiado, el

conde podía desaparecer. Además, al margen de tal preocupación, quería recuperar el sello real de manos de York. No le quedaba más alternativa que continuar adelante y hacer caso omiso de la agitación de su corazón en el pecho, así como del dolor que notaba en todas las articulaciones y músculos. No recordaba haber sentido nunca un agotamiento físico parecido, pero se repitió para sus adentros que Cristo había caído en tres ocasiones de camino al Calvario. Él no caería, se dijo, y, si lo hacía, se pondría en pie, montaría y continuaría adelante.

Con Westminster a la vista, Enrique notaba la expectativa de quienes cabalgaban a su espalda, el peso de la fe de todos aquellos que habían quedado apartados por los favoritos de York en el transcurso del año anterior. Sus quejas contra los Neville habían sido desatendidas y los pleitos interpuestos en su contra, desestimados por jueces a sueldo del protector. Pero ahora el rey había despertado y estaban jubilosos, casi ebrios de alegría. Ayudaba que las poblaciones de los alrededores de Londres hubieran afluido en masa a la carretera para ver pasar a Enrique. Los ciudadanos abandonaron sus comidas y las misas navideñas para aguardarlo de pie y vitorearlo, al reconocer los estandartes y entender que el monarca había regresado por fin al mundo de los vivos. Cientos de ciudadanos corrieron en paralelo al séquito cuanto fue posible, intentando no perder al rey de vista. Enrique, por su parte, sólo quería descansar. Le temblaban las piernas dentro de la armadura y en más de una ocasión se llevó la mano a la cara para secarse el sudor que le caía en los ojos, si bien sólo había conseguido raspar sonoramente el hierro con el guantelete.

Al principio había previsto penetrar en la ciudad y cruzarla hasta la Torre para liberar a Somerset de su encarcelamiento. Sin embargo, el dolor y los estremecimientos le hicieron cambiar de opinión, convencido de que el palacio de Westminster era el único lugar donde podría llegar aquella noche. Mientras avanzaba, rogó a Dios poder recuperarse allí, al menos durante un tiempo.

\* \* \*

Enrique entró en la ciudad cabalgando, entre el palacio real y la abadía de Westminster, y describió un círculo cerrado con su caballo antes de desmontar. Buckingham percibió que su rey estaba al borde del colapso y saltó de su montura para colocarse junto a él y protegerlo de las miradas curiosas tanto cuanto fuera posible. Enrique se inclinó hacia delante y consiguió descender al suelo a duras penas, si bien hubo de sujetarse unos instantes con los guanteletes en la perilla de la silla de montar, hasta estar seguro de que las piernas no le flaquearían. Los heraldos reales tocaron largas notas al otro lado del patio, pero para entonces ya había mensajeros que portaban prestos la noticia de la llegada del monarca, vociferándola en su carrera.

Enrique se sostuvo en pie, sintiéndose con fuerzas para ello. Alargó el brazo y posó su mano en el hombro de Buckingham un solo instante.

—Gracias, Humphrey. Si me conducís al interior, exigiré que me entreguen mi sello en mano.

Buckingham hinchó el pecho, cosa que hizo chirriar su armadura. Por impulso, se arrodilló. El conde Percy, que se hallaba en proceso de desmontar, entregó las riendas a uno de los hombres que había llevado consigo; pese al penetrante viento y a sus quejumbrosas rodillas, también él descendió lentamente sobre el empedrado, sujetándose las pieles alrededor de los hombros. En torno a ellos, los nobles y caballeros procedieron del mismo modo hasta que sólo Enrique permaneció en pie. Respiró hondo y miró por encima de sus cabezas en dirección a la magnífica puerta del palacio de Westminster.

Había transcurrido demasiado tiempo.

—Alzaos, caballeros. Hace demasiado frío para permanecer aquí en la oscuridad. Conducidme al interior, Buckingham. Llevadme dentro.

Buckingham se puso en pie con la dicha escrita en el rostro y comenzó a avanzar a zancadas. El resto siguió a Enrique como un regimiento en su estela, dispuestos a afrontar cualquier situación.

Enrique bendijo su armadura mientras recorría el largo pasillo central del palacio de Westminster. Ciertamente, su peso le minaba fuerzas, pero también le confería volumen y hacía que se pareciera al hombre que había sido. El personal del palacio, con los ojos enrojecidos de llorar la recuperación de su rey, caminaba por delante para guiar a la comitiva real hasta los aposentos del monarca, donde residía York. Afortunadamente, el protector no se hallaba en una de sus expediciones en el norte, pese a que ello habría facilitado algunos aspectos del día. El sello no era más que dos piezas de plata guardadas en una bolsa dentro de un cofre, pero no podía efectuarse ninguna proclamación real ni aprobarse ninguna nueva legislación sin él. Pese a ser un mero símbolo, quienquiera que lo tuviera en su haber ostentaba cierta apariencia de poder sobre el territorio.

A resguardo del viento hacía algo más de calor, por más que el palacio de Westminster era un lugar frío y húmedo la mayoría del tiempo. Enrique seguía sudando a causa de la cabalgada; recorrió con la cabeza descubierta y entre el ruido metálico de su armadura el trayecto que conducía hasta sus aposentos con vistas al río. En su avance, se esforzó por hallar las palabras correctas que pronunciar ante el protector y defensor de su reino. A aquellas alturas, sabía ya que Ricardo Plantagenet no había arruinado el país y tampoco lo había empobrecido con una guerra. A tenor de los comentarios de sus lores, parecía que York no había sufrido rebeliones ni sublevaciones, al menos ninguna relevante, mientras Enrique permanecía sumido en sus ensoñaciones en Windsor. Le resultaba difícil explicar por qué tales noticias lo habían enojado, pero el enojo también tenía sus usos, al margen de cuál fuera la causa. No se permitiría flaquear hasta haber despedido al hombre que gobernaba en su nombre.

Tras ascender un largo tramo de escaleras, Enrique, jadeante, se vio obligado a

efectuar una pausa y aguardar a que su temblorosa musculatura se recuperara. En parte para ocultar su necesidad de descansar, ordenó a Buckingham que tuviera a jinetes rápidos preparados para llevar a la Torre de Londres la orden de liberar a Somerset en cuanto el sello se hallara en sus manos. Se transmitió entre el séquito del monarca la instrucción de requerir la presencia de los veladores del sello, que se encontraban en sus dependencias.

Enrique tenía la boca reseca. Se tocó la garganta, tosió y aceptó una petaca que el cabecilla de los espías, Derry Brewer, le tendió sin mediar palabra. El rey enrojeció y se atragantó al descubrir que se trataba de whisky. Derryladeó la cabeza divertido, con una sonrisa sarcástica en el rostro.

—Es mejor que el agua. Os dará fortaleza, Su Alteza —dijo.

El rey Enrique estuvo a punto de responderle con aspereza, pero entonces notó que el licor surtía efecto y dio otro sorbo antes de devolvérselo. El «agua de la vida», lo llamaban en algunos lugares. Notó su calidez propagarse por su cuerpo.

Otro largo tramo de escaleras lo condujo hasta la planta donde se encontraban sus dependencias. Enrique aceleró el ritmo cuando los criados abrieron las puertas ante él. Recordaba el juicio del pobre Suffolk en aquel lugar, William de la Pole, condenado al destierro y posteriormente asesinado en el mar, al abandonar Inglaterra. Tales eventos se le aparecían entre una neblina en el pensamiento, casi cual recuerdos de otro hombre, un hombre que ya entonces se había estado ahogando. Al cruzar aquel umbral, Enrique constató que tenía la mente clara, como si el velo que lo asfixiaba hubiera sido arrancado y hecho jirones. La idea de volverse a perder lo horrorizaba y paralizaba al mismo tiempo, como un marinero que hubiera sido expulsado por el mar volvería la vista para contemplar el oscuro oleaje que aún lo arrastraba de los pies.

—Dios me dé voluntad —farfulló Enrique mientras entraba en aquella estancia, con la mirada posada en los dos hombres que se alzaban ante él para darle la bienvenida.

Ricardo de York había engordado un poco desde la última vez que el rey Enrique lo había visto, a resultas de lo cual habían desaparecido en él los últimos vestigios del joven flexible que había sido otrora. Recién afeitado y con el cabello negro, su fuerza se apreciaba aún en sus anchos hombros y su cintura musculada. Richard, el conde de Salisbury, era una generación mayor que York, pero seguía siendo esbelto, un hombre de la región escocesa de los Borders, con unas mejillas sonrosadas que revelaban su buena salud. Enrique vio la expresión de Salisbury ensombrecerse al divisar al conde Percy, pero tanto él como York hincaron una rodilla en el suelo e inclinaron la cabeza.

—Su Alteza, me rebosa la alegría al veros recuperado —lo saludó York mientras Enrique les indicaba con un gesto que se pusieran en pie—. He rezado por la llegada de este día y daré las gracias en todas las iglesias de mis territorios.

El rey lo fulminó con la mirada al tiempo que caía en la cuenta de que parte de su enojo se debía a que aquel hombre se hubiera mostrado demasiado eficiente en la

posición que se había granjeado. Seguramente no estaba a su altura hallar errores en York o su canciller, pero entonces Enrique recordó a Somerset, retenido a la espera de juicio y ejecución por orden del protector. Su voluntad se reafirmó. Pese a no ser una persona proclive a sentir rencores, se deleitó en la ventaja que le confería su posición.

—Ricardo, duque de York, he ordenado que traigan el sello real a esta sala — anunció Enrique—. Me lo entregaréis en mano. Cuando lo hayáis hecho, quedaréis destituido como protector y defensor del reino. Vuestro canciller, Richard, conde de Salisbury, quedará asimismo relevado de tal cargo. Por orden mía, aquellos a quienes habéis encarcelado serán liberados. ¡Y aquellos a quienes habéis liberado serán apresados!

York empalideció al notar el azote de la ira del rey.

—Su Alteza, he actuado únicamente en el interés del país mientras vos... — Escogió sus palabras con cautela, para retirar de ellas cualquier insulto—, mientras vos estabais enfermo. Majestad, mi fe y mi lealtad a vos son absolutas.

York observó al rey por debajo de sus ceñudas cejas, intentando apreciar las diferencias en el hombre que miraba a su alrededor con tal indiferencia. El Enrique a quien había conocido era un hombre débil de cuerpo y mente, un hombre sin designios propios más allá de su fervor por la plegaria y el silencio. En cambio, el rey que se erguía ante él parecía tener una voluntad férrea a pesar de estar blanco como la cera.

Ajenos a la respuesta de Enrique, los hombres de la estancia volvieron las cabezas hacia la puerta cuando los cuatro veladores del sello entraron por ella a espaldas del monarca, portando el cofre plateado que tenían a su cargo. Todos ellos jadeaban, tras haber recorrido el palacio real a toda prisa cargando con él, y al encargado de calentar la cera le temblaron las manos mientras lo depositaba sobre la mesa.

—Abridlo, Ricardo —ordenó Enrique—. Entregadme mi propia imagen, mi sello.

York respiró hondo y procedió a hacer lo que se le ordenaba, por más que le costaba creer que aquél fuera el mismo hombre, capaz de proferir órdenes con tanta vehemencia. ¿Dónde había estado aquel muchacho imberbe para regresar tan endurecido y furioso? York abrió el cofre y extrajo la bolsa de seda, en cuyo interior tintinearón las dos mitades de plata. Tiró del cordel que la ceñía y extrajo las piezas metálicas, que depositó en la mano del rey.

—Os doy las gracias, Ricardo Plantagenet, duque de York. Ahora podéis excusaros de mi presencia hasta que os vuelva a requerir. Ambos. Dejadme descansar. Y si queréis rezar, hacedlo porque lord Somerset siga estando sano y salvo en la Torre de Londres.

York y Salisbury le hicieron una gran reverencia, uno junto al otro, y abandonaron la estancia con toda la dignidad que fueron capaces de reunir en medio de la tensa situación. El conde Percy los observó marcharse con una enorme satisfacción escrita en el rostro.

—Siempre recordaré este día, Su Alteza —dijo Percy—. El día en que vinisteis a

reinar y expulsasteis a serpientes y villanos.



**M**argarita escuchó la campana de Westminster tocar siete veces mientras se aproximaba al palacio real. El sol del amanecer permanecía oculto en algún lugar tras un gran banco de nubarrones al otro lado de la ciudad, reducido a poco más que un tenue resplandor. Había permanecido toda la noche sentada en Windsor, en un castillo súbitamente despojado de toda vida y del bullicio navideño. La medianoche había llegado y pasado mientras ella aguardaba noticias y entonces había resuelto que no esperaría más. Su esposo había viajado a Londres acompañado de sus lores más leales, pero resultaba demasiado fácil imaginar que Enrique estaba siendo excesivamente exigente consigo mismo y podía desmayarse y perderse en sus ensoñaciones de nuevo, mientras ella permanecía sentada al calor de un cálido fuego, esperando a que la noche se deslizara entre sus dedos. Sabía que carecía de sentido pensarlo, pero se le antojaba casi una traición que Derry Brewer se hubiera marchado con su esposo. El lugar del jefe de los espías estaba junto a Enrique, y Margarita lo sabía, pero se había acostumbrado a su compañía. Sin su presencia, daba vueltas sobre sí misma en círculos cada vez más estrechos.

Había levantado a los sirvientes de sus camas para asistirle, no sólo a los que permanecían despiertos toda la noche o montaban guardia recorriendo las murallas del castillo. Los doce días de la Navidad eran, por tradición, una época de tregua. No se arrepentía de dejar el castillo aún más desamparado al llevarse consigo a dos docenas de guardias para que la protegieran de los bandoleros que pudiera encontrar en los caminos. Los tres hombres que habían supervisado los cuidados prodigados a Enrique durante su enfermedad no tardaron en solicitarle acompañarla. Sin rey a quien atender, sus médicos no tenían nada en que ocupar su tiempo, y Margarita apreció que Hatclyf, Fauceby y Scruton se mostraran encantados ante la posibilidad de observar la recuperación de Enrique más de cerca.

Su hijo, Eduardo, estaría seguro junto a la nodriza en la calidez del palacio, se repitió una vez más. No se habían separado ni una sola noche desde su nacimiento y le dolía imaginarlo husmeando y buscando con la mirada a su madre, y estallar en llanto al comprobar que no estaba allí. Apretó los labios para hacer frente al frío penetrante y a su decisión, y se arrebujó en una inmensa capa con capucha cuyos pliegues eran lo bastante largos para cubrir la grupa de su caballo.

La carretera estaba demasiado oscura para cabalgar por ella con premura, pero incluso a un ritmo de paseo había devorado los kilómetros. A Margarita se le había quedado el rostro adormecido y le brillaban las cejas a causa de los cristalitos de nieve o escarcha que se le habían formado en ellas. Había cabalgado hacia el alba y, sin embargo, no se sentía en absoluto cansada, alentada por la perspectiva de volver a ver a Enrique. Su alegría no había empalidecido. La llenaba con cada nueva respiración, una calidez interior que derrotaba al frío invernal.

También estaba resentida, por mucho que intentara negarlo. Durante todo el

tiempo que su esposo había permanecido indefenso, ella se había esforzado por mantener su autoridad viva y, sin embargo, en cuanto había despertado, Enrique había partido con hombres como Buckingham y Percy y la había dejado atrás. Era una magulladura en su mente, un punto punzante que reexaminaba una y otra vez sin hallar consuelo.

Al penetrar en ella, la gran sala del palacio de Westminster le había recordado a unas barracas, con caballos reposando y resoplando en su interior, mientras que durante el día sólo deambulaban por allí abogados y parlamentarios. Se habían alumbrado las lámparas, cosa que le permitió ver el resplandor desde el exterior. Margarita desmontó y siguió a sus guardias, que conducían su corcel hacia el interior del edificio abovedado, bajo los gorriones que descendían en picado en medio de la penumbra. Tenía la sensación de que su rostro era un tablero que podía agrietarse si sonreía. A resguardo del viento, se tomó un momento para frotarse las mejillas con las manos enguantadas y devolver algo de color y vida a la carne congelada. En el vestíbulo reinaba el silencio, pese a que, además de los caballos sueltos y atados, docenas de hombres dormían donde habían encontrado un hueco, indistintamente de su rango. Uno de los ayudas de cámara del rey Enrique la vio entrar, se apresuró a acercarse a ella e hincó torpemente una rodilla en la paja.

—¿Dónde está mi esposo? —susurró Margarita.

—Duerme, Su Alteza, en las estancias reales. Por favor, seguidme.

Sin mediar palabra, los dos médicos reales y el cirujano formaron fila tras ella, portando sus maletines de piel negra. Margarita se sentía como un fantasma mientras caminaba esquivando a los hombres dormidos con el máximo sigilo posible, sonriéndose al oírlos gruñir y verlos retorcerse bajo el manto del sueño. Aquellos hombres habían acudido a aquel lugar por el rey Enrique, y sentía afecto por todos ellos.

Conocía a la perfección el camino, pero el ayuda de cámara de su esposo parecía complacido al guiar a la reducida comitiva a través de los pasillos y los dos tramos de escaleras que conducían a los aposentos del rey. Allí, todo el mundo estaba más alerta, incluidos los dos guardias que flanqueaban las puertas, quienes recibieron con las espadas desenvainadas los pasos que se acercaban, hasta que reconocieron a la joven reina.

Margarita oyó una conversación en voz baja al entrar en la antesala, conversación que se interrumpió al abrirse la puerta. Buckingham y el conde Percy se pusieron en pie en silencio y, acto seguido, le hicieron una gran reverencia. Margarita observó que el rostro de Henry Percy estaba cubierto de venitas rotas y lo notó irritado por la interrupción, pues se abstuvo de decir nada, mientras que Buckingham se acercó a recibirla.

—Su Alteza, no esperaba veros hoy. Debéis de haber cabalgado toda la noche, ¡y con este tiempo! El conde Percy y yo pensábamos tomar una taza de aguamiel para sacarnos el frío de los huesos. ¿Queréis uniros a nosotros?

Buckingham ignoró a los médicos que aguardaban tras ella, quienes permanecieron en pie con la cabeza gacha.

Margarita negó con la cabeza. Tenía la sensación de ser una intrusa en aquella estancia y le molestó la hosca expresión con la que la observaba el conde Percy.

—¿Dónde está mi marido, Humphrey? —preguntó, tocando al duque en el brazo.

—Dormido tras esa puerta, pero durmiendo con normalidad, Su Alteza. Sólo la fuerza de voluntad lo mantuvo sobre la montura y estaba extenuado. —Aflojó el tono ligeramente y con una nota más amable en la voz añadió—: Si así lo deseáis, haré que lo despierten, pero, Margarita, opino que el rey necesita descansar. ¿Acaso no pueden aguardar estos hombres para pincharlo y sangrarlo?

Margarita se volvió hacia los médicos, que permanecían de pie con los maletines agarrados delante de ellos y las cabezas humilladas cual niños castigados.

—Esperad fuera, caballeros. Os mandaré llamar cuando el rey despierte.

Los médicos salieron en tropa y cerraron la puerta tras de sí sin hacer ruido. Margarita quedó a solas con aquellos dos hombres que la aventajaban en edad. Con dignidad estudiada, la reina tomó asiento en una poltrona acolchada y acomodó sus faldas sin dar muestras de dolor en las piernas, aún resentidas por la cabalgada.

—Sentaos, por favor, ambos. Si Enrique está dormido, no hay urgencia. ¿Maese Brewer también duerme?

—Estaba exhausto, milady —respondió Buckingham—. Ha sido como un perro con dos colas desde que vuestro marido destituyó a York y Salisbury. No andará lejos de aquí, si disponéis que vaya en su busca y requiera su presencia ante vos.

Margarita abrió la boca para consentir en ello, pero cambió de opinión, decidida a no dar ningún indicio de debilidad a aquellos dos nobles.

—No, no será necesario. Dejadlo dormir. Podéis relatarme vos los acontecimientos y luego quizá podamos sopesar cuáles son nuestras opciones.

Buckingham sonrió para sí mientras tomaba asiento en un ornamentado banco de roble que recorría el lateral de la estancia. El conde Percy permaneció en pie, con sus gruesas cejas y aquel voluminoso sable que tenía por nariz y que parecía ensombrecer su expresión de manera permanente. Bajo la mirada perpleja de Buckingham, el conde emitió un sonido gutural y se sentó en una butaca que había frente a ellos dos, formando el tercer vértice de un triángulo, con el fuego crepitando a espaldas de Margarita.

Buckingham relató las acciones del rey desde su llegada a Westminster la víspera, una breve lista de órdenes dadas. Margarita le hizo repetir todos los detalles acerca de la destitución de York y Salisbury. El conde Percy se removió en su asiento mientras Buckingham hablaba, sin lograr ocultar su impaciencia. Ante tal provocación, Margarita estuvo tentada de solicitar a Humphrey que le narrara todos los detalles una vez más, más que nada por el deleite de escuchar la firmeza con la que su marido había dado las órdenes. Sin embargo, optó por permitir que el duque guardara silencio. Buckingham se arrodilló y posó afablemente la mirada en el fuego mientras

ella asimilaba sus palabras.

—He aguardado tanto tiempo a escuchar algo así —dijo Margarita con voz queda —; a saber que York y Salisbury habían sido obligados a marcharse a lamerse sus heridas, lejos de aquí; a saber que mi esposo había recuperado su espíritu. Rezo porque el conde de Somerset pueda ser liberado sano y salvo de la Torre de Londres, porque su confinamiento no haya hecho mella en él. Su lealtad ha sido una piedra de toque mientras la de otros flaqueaba. Confío en él, Humphrey. No me cabe duda de que Somerset desempeñará un papel relevante en lo que está por venir.

—¿En lo que está por venir, Su Alteza? —preguntó Buckingham con voz baja.

—¡No basta con que Enrique cambie de estancias! Aparte de quienes lo vieron cabalgar hasta aquí, ¿qué sabe el país de la salud recobrada de mi marido? ¡Ahora debe dejarse ver! En Londres, por supuesto, pero también a todo lo ancho y largo del país. El pueblo debe ver al rey y a sus nobles, saber que York ya no ostenta el poder y que el verdadero protector y defensor del reino vuelve a ser el rey Enrique de Lancaster.

Buckingham habría respondido, pero se le adelantó el conde Percy, con la voz convertida en el resuello de un anciano, un sonido que hizo que a Margarita se le erizara la piel.

—El rey Enrique cuenta con los caudillos de las familias nobiliarias para asesorarlo cuando despierte, Alteza. Será mejor aplazar la conversación sobre la manera y los detalles de su retorno a la vida pública hasta entonces. No debéis temer por vuestro esposo. Su Alteza está rodeado de ingleses leales que no sienten ninguna devoción por York, o el Neville, Salisbury. Caminaremos por la senda que haya que caminar. Segaremos la mala hierba, si tal ha de ser el proceder.

Margarita notó un rubor en las mejillas. Durante un año y medio había permanecido aislada, olvidada en Windsor junto a su marido perdido en sus ensoñaciones. El conde Percy no la había visitado ni una sola vez en todo aquel tiempo. El significado de sus palabras era prístino, pero, a la luz del fuego, notó un inmenso resentimiento hacia aquel cuervo con su joroba de pieles dispuesto a alzar el vuelo y regresar al lado de su marido ahora que volvía a tener carne en los huesos. Se calló su primera respuesta y luego habló despacio, sopesando sus palabras.

—He sido la voz de mi esposo cuando él carecía de una, milord. Esa lealtad que mencionáis es algo que los hombres atesoran, ¿no es cierto? Los he escuchado pronunciar esa palabra en numerosas ocasiones desde que Enrique cayó enfermo. Pero quizá la prefieran más en el ideal que en la realidad, cuando exige trabajo duro y dolor.

El conde Percy se rascó un lado de la nariz mientras volvía la vista hacia ella.

—Veo que os he ofendido, Su Alteza. No era mi intención. El rey Enrique...

—Debe dejarse ver, conde Percy —lo interrumpió Margarita. La recompensó un profundo sonrojo bajo la trama morada de venas que se extendía por las mejillas y la nariz del noble—. Por fortuna, algunos de nosotros hemos planeado lo que convenía

hacer cuando Enrique se recuperara. Yo no dudaba de que lo haría, conde Percy. Tenía fe y mis plegarias han hallado respuesta, todas y cada una de ellas.

—Como vos digáis, Su Alteza —respondió el conde Percy, frunciendo los labios. Margarita asintió enérgicamente con la cabeza.

—Cuando el rey despierte, comenzaré las disposiciones para crear un tribunal itinerante. He atravesado la sala de Westminster hace una hora, milord. He visto la mitad de los escritorios de los abogados cubiertos con telas polvorientas, en desuso durante demasiado tiempo. Ha transcurrido más de un año desde que los jueces del Tribunal del Rey recorrieron el país escuchando pleitos y dictando sentencia. ¿Qué mejor manera de dejarse ver que dispensando justicia al pueblo de Inglaterra, escuchando sus quejas y permitiéndole ver cómo se imparte justicia y se castiga a los delincuentes? ¡Un gran tribunal regio con dos docenas de jueces, los alguaciles de condado, mil hombres de armas, todas las casas nobiliarias y la presencia del mismísimo rey! Desde el ciudadano de mayor alcurnia hasta el de extracción más baja sabrán que Lancaster ha regresado para gobernar. Una dinastía con un heredero y el apoyo de los lores más poderosos. Ése es el camino que debe recorrer mi esposo, y no otro.

El conde Percy volvió la cabeza para contemplar la luz del amanecer, que resplandecía al otro lado de las ventanas. Buckingham lo observó de reojo, con regocijo evidente. En los meses que había pasado en Windsor, Buckingham se había acostumbrado al acento francés de Margarita, un deleite para los oídos que contrastaba si cabe más con la contundencia de sus palabras. El conde Percy estaba descubriendo la determinación de la joven reina de golpe, un plato quizá demasiado finamente especiado para que él pudiera saborearlo.

—Su Alteza busca imponer la paz por decreto real —dijo el conde Percy al fin. Pese al calor del fuego, tenía los nudillos blancos por la fuerza con la que apretaba los puños bajo sus pieles—. ¿Acaso cree Su Alteza que un hombre como York entrará mansamente en el redil? ¿O un hombre como Salisbury? ¿Los requerirá Su Alteza para que sigan al rey a paso moderado? —El viejo titubeó al venirle un pensamiento a la cabeza y, mirando más de cerca a la joven de cabello oscuro tan pulcramente sentada en su silla, que inclinaba la cabeza para escucharlo, añadió—: ¿O acaso Su Alteza no cree que respondan a tal requerimiento, incumplan así su juramento y puedan ser apresados por traición? Porque ése... sí sería un camino que yo recorrería, milady.

Margarita le devolvió la mirada, y notó nuevamente un desagrado instintivo hacia el viejo que tenía ante ella. El conde Percy tenía una mirada cruel, pensó, pero estaba del bando de su marido, al margen de cuáles fueran sus motivos. Eso era lo más importante.

—Si mi esposo requiriera a esos lores y no acudieran, estallaría una guerra que despedazaría Inglaterra. No, no creo que tales heridas puedan cerrarse y olvidarse. Si damos un paso en falso, se pudrirán y se gangrenará toda la carne sana. —Hablab

con templanza y certeza, pronunciando un discurso que mantuvo inmóviles a ambos hombres—. Milores, no tengo intención de invitar a York, Salisbury o Warwick a acompañar a mi esposo. Dejemos que se muerdan las uñas y se inquieten mientras el rey de Inglaterra congrega a sus partidarios más ardientes. Dejemos que York vea la fortaleza que se desplegaría contra él si osara alzar un solo estandarte. —Margarita se inclinó hacia delante y, sin pestañear, continuó—: No dudo que York sigue siendo una amenaza, milord. Quienes han catado el poder anhelan recuperarlo. Lo comprobé con mi propio padre y todas las coronas que reclamó y no logró obtener. No obstante, hace sólo un día que mi esposo ha despertado. Debe mostrar su vigor y cabalgar bajo los tres leones. Debe dejarse ver, en buena forma y con vitalidad, antes de ocuparnos de la amenaza que suponen York y Salisbury. Warwick quizá podría excusarse, lo desconozco. ¿Lo entendéis? ¿Me seguís, milord?

Al viejo no se le escapó el doble significado de sus últimas palabras. Movié la boca como si intentara sacarse un resto atrapado entre las muelas. En medio del silencio, humilló la cabeza, alzando la mirada por debajo de las cejas.

—Por supuesto, Su Alteza. Creo que compartimos nuestros anhelos: un rey fuerte y la aniquilación de la mácula del Neville en todos aquellos que alimentan la traición en su seno. El rey Enrique cuenta con mi apoyo, por mi honor y por el honor de mi casa.

Margarita se reclinó en la silla. Aquel hombre bien podía haberla despachado. Seguiría a Enrique, no los designios de su reina francesa. Inclinó la cabeza como si aceptara sus palabras, pese a sentirse furiosa por dentro.

Buckingham bostezó, un bostezo largo y profundo que obligó a Margarita a sofocar el suyo.

—Intuyo que el rey despertará tarde hoy —aventuró Buckingham, poniéndose en pie—. Voy a echarme un sueñecito para reponer las fuerzas antes de desfallecer.

El conde Percy también se puso en pie. Ambos hombres le hicieron una reverencia y se excusaron por retirarse de la presencia de Margarita. La reina los observó marcharse, sospechando que retomarían su conversación en algún otro lugar del palacio donde ella no pudiera oírlos ni interferir. Apretó los puños con firmeza mientras contemplaba el fuego. Necesitaba al conde Somerset. Necesitaba a Derry Brewer. Pero, ante todo, necesitaba que tanto su esposo como los lores de éste la escucharan. Era evidente que pretendían negociar y maniobrar sin darle voz. Era exasperante, pero no estaba dispuesta a desistir. Enrique era su esposo. Ella era su mujer. La encontrarían en su camino, cualquiera que fuera el camino que tomaran.

Una vez a solas, Margarita se puso en pie y atravesó las puertas interiores que conducían al dormitorio de su esposo. Lo encontró allí, roncando bajo las gruesas mantas presa de un dulce sueño, con su larga melena negra suelta y enmarañada sobre el almohadón. Parecía estar en paz y tenía buen color en las mejillas. Margarita notó el cansancio de la larga noche cernirse sobre ella, se desabrochó la capa, yació a su lado, se tapó con una única colcha y volvió hacia él su cuerpo para dejarse abrazar

por su calor. Enrique murmuró algo al notarla, pero no se despertó y al poco ella dormía ya a su lado.

**Y**ork apoyó las manos en el barandal de madera, observando con visible orgullo al muchacho ocupar su posición. Su primogénito, Eduardo, el conde de March, tenía trece años, pero era ya más alto y más fuerte que los lugareños tres o más años mayores que él. Alzó su espada hacia su padre antes de utilizar la empuñadura para cerrarse de un golpe la visera del yelmo.

—Observadlo bien —dijo York en voz baja.

Salisbury sonrió, al tiempo que apoyaba un hombro en un pilar de piedra. Él y York habían pasado gran parte del mes en el castillo de Ludlow, urdiendo planes y ajustándose al repentino revés de sus fortunas. Desde aquella imponente fortificación de piedra, ambos habían enviado a sus jinetes a sus posesiones para reclamar la presencia de todos sus capitanes y mejores hombres, de ahí que, a aquellas alturas, la población y los terrenos circundantes presentaran el aspecto de un campamento militar. Había pocas posibilidades de sufrir ataques procedentes de Gales aquel año, una vez que había corrido el rumor al otro lado de la frontera, hacia el oeste. Ludlow se había convertido en sede del mayor ejército congregado de todo el país, y continuaban llegando soldados. Salisbury halló cierta complacencia en abandonar temporalmente la compleja tarea de aprovisionar con comida, cerveza y pertrechos a tantos hombres para acudir a presenciar el combate de un muchacho privilegiado.

Dos hombres se enfrentaban a Eduardo en el patio de adiestramiento, dominado en todos sus flancos por claustros de piedra gris. Protegidos por una elegante armadura, también ellos alzaron sus espadas hacia York y lo saludaron agachando la cabeza. Jameson, herrero de profesión, era una figura imponente. Sobre pasaba en una cabeza al muchacho y tenía un pectoral casi el doble de ancho y profundo que éste. En contraste deliberado, sir Robert Dalton era delgado y se movía con elegancia y un equilibrio intachable, con los pies siempre firmes en el suelo.

York sostuvo la mano en alto y un tamborilero situado en un rincón del patio empezó a tocar una marcha marcial que aceleró el latido del corazón de todos cuantos habían escuchado alguna vez aquel sonido en el campo de batalla.

Los tres portaban escudos amarrados al brazo izquierdo y agarrados por la embrazadura. El muchacho se movía con ligereza portando el suyo, por más que Salisbury apreció que era un poco demasiado grande para él. El conde Eduardo dio unos pasos lentos a su derecha, manteniendo el escudo en alto y desbaratando la oportunidad de ambos hombres de atacarlo simultáneamente. Sostenía la espada extendida cual lengua de víbora, en guardia.

El primero en moverse fue el instructor más corpulento. Jameson profirió un gran rugido que resonó en las paredes con el fin de desconcertar y atemorizar a su joven rival. La espada del herrero osciló rápidamente por la izquierda de Eduardo e impactó contra el escudo que el joven sostenía alejado del cuerpo para absorber el golpe. Hombre y muchacho desencadenaron una tormenta de fendientes, arremetiéndose



mutuamente y contraatacando ante el menor hueco en la defensa del contrincante. El combate no duró más de una docena de latidos y los escudos pintados de ambos estaban ya abollados y arañados cuando el robusto herrero se retiró.

—¡Más, Jameson! —lo escarneció el muchacho bajo el yelmo—. ¿Ya os habéis quedado sin aliento?

Antes de que el hombretón tuviera tiempo de responder, su compañero se internó en la refriega con rápidos pasos como flechas. Sir Robert confiaba en la velocidad y en su destreza mucho más que el herrero. Fintaba y giraba, buscando con los pies siempre el mejor lugar desde el cual estocar; esquivaba y apartaba de un golpe la espada con la suya cuando el rival se le aproximaba demasiado. Más que un asalto, parecía una coreografía, pero ello no fue óbice para que los lores que la contemplaban pusieran gesto de dolor cuando la empuñadura alcanzó al conde Eduardo en la barriga y lo hizo tambalearse. Sir Robert lo persiguió sin darle tregua, presionando a Eduardo y obligándolo a retroceder, golpeando más y más rápido hasta que el brazo que sostenía el escudo debió de quedarle entumecido hasta el hombro. Bajo la impasible mirada del padre de Eduardo, sir Robert golpeaba al muchacho con intención de derribarlo al suelo, con la vista clavada en el escudo y la pierna derecha estirada ante él. Casi acuclillado, el muchacho arremetió contra la pierna del instructor, golpeándola justo por encima del tobillo. Sir Robert aulló de dolor. Y, aunque fue lo bastante rápido para recobrase antes de caer, se retiró cojeando.

Eduardo de March se puso en pie cuan alto era, medio cegado por el escozor del sudor en los ojos, pero rabioso como sólo puede estarlo un crío de trece años. Con un grito, fue su turno de dar un salto adelante y forzar al esbelto caballero a volver a hacer uso de su escudo. Eduardo levantó la espada y asestó un mandoble contra el escudo, antes de desplazarse como una flecha hacia un lado y arremeter contra el robusto herrero, que describía círculos a su alrededor. El movimiento tomó a sus contrincantes por sorpresa y la espada de Eduardo impactó en la juntura de la gola de la armadura de Jameson y lo aturdió. De haber sido Eduardo un hombre adulto, habría sido un golpe mortal.

En ese momento de conmoción, sir Robert Dalton, que seguía renqueando, dio un paso al frente y apoyó su espada en el cuello del muchacho.

—Muerto —pronunció en voz alta y clara.

Los tres se llevaron la mano al yelmo para alzarse la visera, pero la del joven conde había resultado doblada en el primer asalto y estaba encallada. El herrero rotó el cuello con molestia al tiempo que daba un paso al frente, asía la visera del joven por el borde y tiraba de ella hasta lograr abrirla con un crujido.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Jameson, con voz profunda y ronca—. ¿Por qué atacarme al cuello cuando teníais un hombre justo delante?

El joven conde se encogió de hombros, visiblemente satisfecho de sí mismo.

—Erais hombre muerto y lo sabéis, Jameson. Y cuando salga al campo de batalla tendré soldados conmigo velando mi retaguardia. Vos, quizá, si no sois demasiado

viejo para entonces. Le habríais partido la cabeza a sir Robert si le hubiera dado una abertura como ésa... mientras yo derribaba a otro rival.

El herrero rió y la sonrisa llenó de arrugas su ancho y cuadrado rostro.

—Es cierto. He pasado el tiempo suficiente adiestrándoos. No permitiré que nadie más me tome el pelo, después de todas las palizas que he tenido que soportar.

Estaba claro que, aunque no dejaba de mover su amoratado cuello adelante y atrás, Jameson no había resultado herido en aquella exhibición.

—¡Bien hecho! —gritó York desde el flanco del patio—. Haz caso a tus maestros, Eduardo. Cada vez que te veo eres más fuerte y más rápido.

Ambos espadachines hicieron una gran reverencia al escuchar hablar a York, mientras que Eduardo, ruborizado de emoción por la aprobación de su padre, sostenía la espada en alto con orgullo.

—Piensa con frialdad —comentó Salisbury, con el ánimo insuflado al contemplar a su amigo deleitado como un niño—. Tiene buen equilibrio y empieza a dar indicios de rapidez. Lo han adiestrado bien.

York intentó restarle importancia con un encogimiento de hombros, pero la alegría que desprendía tras contemplar a su primogénito luchar con tal excelencia era como una vaharada de calor.

—Eduardo tiene coraje, y Jameson y sir Robert saben cómo sacárselo. No se enfrentará a demasiados hombres tan fuertes como el herrero y, por su parte, sir Robert fue adiestrado primero en Francia y luego en Inglaterra. He visto pocos espadachines mejores que él. En cuestión de pocos años intuyo que el muchacho será digno de contemplar.

Ambos hombres se volvieron al escuchar unos pasos aproximarse desde el fondo del claustro. Salisbury vio que se trataba de su hermana, la duquesa Cecilia, esposa de York y madre del entusiasmado jovencito que ahora se enfrentaba a una hueste de rivales imaginarios en el patio de adiestramiento. Salisbury se sintió viejo al contemplar aquella juventud, con sus batallas auténticas aún distantes en el horizonte.

—Hemos estado observando a Eduardo practicar, Cecilia —explicó Salisbury a su hermana mientras ésta se acercaba—. Da muestras de ser una gran promesa, aunque, con la sangre que corre por sus venas, ¿cómo iba a ser de otra manera? Me pregunto si su tocayo, el rey Eduardo, era tan alto a su edad. El muchacho crece como el trigo, dos centímetros y medio cada vez que miro hacia otro lado. Será más alto que vuestro esposo, no me cabe duda.

Salisbury vio que su hermana llevaba contra el pecho a su hijo más pequeño, arropado en un canguro de tela bordada que se había anudado por encima del hombro. El pequeño lloraba a un volumen asombroso, un sonido agudo y rabioso que se clavaba en los oídos incluso desde unos metros de distancia. Salisbury notó que a York se le agriaba el humor con la proximidad de su hermana.

—¿Y cómo está mi sobrino? —preguntó Salisbury, con alegría forzada en la voz.

—Sigue sufriendo. He encontrado al médico intentando estirarlo, pero gritaba de

tal manera que no le he permitido continuar. ¿Lo ha hecho por orden vuestra? —Clavó sus penetrantes ojos en su esposo con tal enojo que York prefirió desviar la mirada en lugar de enfrentarse a ella.

—Le he sugerido que lo intentara, Cecilia, eso es todo. El hombre parece creer que colocarle algún artilugio de madera podría estimular su crecimiento, al menos durante unos cuantos años. Cuento con artesanos que podrían diseñar el aparato, si vos estáis de acuerdo. —Mientras el llanto ascendía a nuevas cotas, York hizo una mueca de dolor y se tapó el oído con un dedo—. ¡Por Dios santo, escúchalo! ¡Este niño no duerme nunca! ¡No deja de berrear! Creí que, si le enderezaban la espalda, quizá se tranquilizaría.

—¡O se la partirían y moriría! —espetó Cecilia—. No pienso seguir hablando sobre artilugios. A partir de ahora, del cuidado de Ricardo me encargaré yo. No permitiré que lo torturen unos dementes que lo retorcerían como a un paño.

Incómodo por ser testigo de la discusión entre marido y mujer, Salisbury se apartó para observar la instrucción en el patio, rodeando deliberadamente una columna para concederles algo similar a la privacidad. Se mordisqueó el labio por dentro cuando York habló de nuevo, mortificado por el hecho de estar oyendo sin querer a una pareja casada demasiado enojada como para que les importara que los escucharan.

—Cecilia —dijo York en voz alta, para hacerse oír por encima de los berridos del pequeño—, si le hubierais mostrado algo de misericordia, lo habríais dejado al raso una noche invernal y habríais permitido que el frío se lo llevara. ¡Tiene dos años y sigue berreando día y noche! Los espartanos sabían lo que se hacían. Mi médico dice que la columna se le está encorvando y que sólo empeorará. No conocerá la vida sin dolor y no os agradecerá que se la perdonarais si se convierte en un tullido. ¿Avergonzaréis mi estirpe con un hijo deforme? ¿Enloquecerá a causa de ello, abandonado en alguna casa solitaria al cuidado de criados que lo tratarán como a un perro trastornado o un simplón? No es ningún pecado permitir que se vaya, simplemente dejarlo a la intemperie. El padre Samuel me lo ha asegurado.

Cuando Cecilia respondió, lo hizo con una voz que era apenas un susurro, cosa que hizo que su hermano se estremeciera por su amigo.

—No le tocaréis ni un pelo, Ricardo Plantagenet. ¿Me oís? He perdido a cinco hijos por vuestra casa y vuestro nombre. He alumbrado a seis con vida y estoy embarazada de nuevo. Creo que ya he dado suficiente a York. De manera que, si elijo mantener a éste con vida, aunque nunca llegue siquiera a andar, no es de vuestra incumbencia. Ya he hecho suficiente, ya he soportado suficiente. Este niño me necesita más que los otros juntos y, si es preciso, lo cuidaré yo sola. Decidme que no susurraréis a oídos de los médicos, Ricardo. Prometedme que no debo estar atenta para que no le suministren una dosis letal.

—Por supuesto que no —gruñó York—. Juro que este niño os ha desquiciado, Cecilia. Los niños mueren, es ley de vida. Algunos sobreviven y se convierten en hombres sanos y fuertes..., y algunas pobres almas sufren, como éste, atrapadas entre

la vida y la muerte. Ahora desearía no haberle dado mi propio nombre. De haber sabido que iba a ser esta masa chillona...

—¡Callad! —le ordenó Cecilia, con los ojos anegados de lágrimas.

Su marido respiró lentamente.

—Cuando lleváis un niño en vuestro seno os convertís en una mujer distinta, Cecilia. No os comprendo en absoluto. Haced lo que os plazca con él. Tengo otros hijos.

York giró sobre sus talones y clavó la mirada en el patio de adiestramiento, donde su primogénito andaba atacando un poste de madera envuelto en tela y cuero, arremetiendo contra aquella cosa con magníficos espadaos. York notó los ojos iracundos de su esposa posados en él durante lo que se le antojó una eternidad. Se negó a volverse para mirarla y, al cabo de un rato, ella se marchó de allí con aire arrogante.

Salisbury se situó de nuevo junto a York y dejó que su amigo recobrar la calma; ambos observaron cómo, en el patio, el joven Eduardo cortaba aquel poste en dos y gritaba triunfal al derribarlo. El contraste entre ambos hijos no podía ser más extremo en aquel momento.

—Será el terror del campo de batalla —aventuró Salisbury, con la esperanza de ver a su amigo recobrar un ápice de aquel orgullo y complacencia.

En lugar de ello, York miró con el ceño fruncido hacia el otro lado del patio, con el pensamiento mucho más lejos.

—Quizá no sea preciso —respondió con crudeza—. Si aún puedo hacer las paces con Enrique. Vos lo visteis, Richard, en pie al fin como el hombre que se suponía que debía ser. Por primera vez me recordó a su padre. Me atrevería a decir que fue el momento más extraño de mi vida. El rey me expulsó de su presencia como un perro apaleado y, sin embargo, en respuesta, ¡mi corazón se hinchó al comprobar su vigor! —York sacudió la cabeza maravillado al recordarlo—. Si soy capaz de hacer entender a Enrique que no represento una amenaza para él, mi hijo podría no tener que luchar en toda su vida. Mi estirpe y mi nombre son mi única preocupación, ninguna otra; mi deber reside en conservar mis títulos y tierras a salvo para que Eduardo los herede.

—Veros reconciliados me complacería —replicó Salisbury, ocultando su consternación—. No obstante, vos mismo dijisteis que el rey tiene demasiados hombres que desaprobarían que York le susurrara al oído, aparte de su reina francesa, con quien no tenéis amistad. Entiendo que aún no os ha requerido para su gran consejo, ese tribunal itinerante, ¿me equivoco?

—¿Acaso os han requerido a vos? —inquirió York—. Yo no he tenido noticia. Duques, condes y humildes barones cabalgarán con el rey, pero ni vos ni yo lo haremos. Hombres a quienes conozco desde hace años han dejado de responder a mis misivas. ¿Qué hay de vuestro hijo Warwick?

Salisbury negó con la cabeza.

—Al parecer, él también ha caído en desgracia. Mi hermano William ha sido

convocado en Londres. El conde Percy está casado con una Neville, mas también camina junto al monarca. ¿Qué significa eso, a vuestro parecer?

La airada discusión con Cecilia influyó en el tono que York empleó en su respuesta.

—Significa que los oídos del rey Enrique están envenenados, eso es lo que significa. Toda esa palabrería acerca de «asegurar el reino frente a quienes amenazan la paz»... ¿a quién podría referirse, salvo a York y Salisbury? Sí, y también a Warwick, si nos apoya. Se me antoja una pretensión impropia de mancillar mi nombre, después de todo lo que he hecho por el trono de Lancaster. Vos y yo proclamamos a su hijo príncipe de Gales, ¡por Dios santo! Mientras el rey dormía, protegimos Inglaterra de aquellos que tenían el ojo puesto en ella. Quizá debería haber permitido que los franceses tomaran el control del canal de la Mancha o atacaran nuestras costas, o haber hecho caso omiso de los sobornos y la corrupción de los lores venales cuando se me designó para enderezar su conducta. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Tengo enemigos! ¡Demasiados para contarlos! Uno a uno, todos a quienes consideraba mis amigos han ido cayendo, buscando amparo bajo el ala de la reina Margarita. Escribí a Exeter, Richard. A pesar de nuestras discrepancias, desposó a mi hija mayor. Creí que, ante la disyuntiva, él y yo..., bueno, no importa. No he recibido respuesta suya. El hogar de mi propia hija me ha dado la espalda.

—No podíais esperar lo contrario. Lo obligaron a abstenerse en Pontefract por orden vuestra, Ricardo. Exeter no os perdonará eso fácilmente. No, Exeter está con los Percy... y los Percy están en las cloacas. No obstante, sí tenéis aliados —respondió Salisbury—. Yo os he prometido mi respaldo. Mi nombre está vinculado al vuestro en todos los sentidos, de manera que nos alzaremos o caeremos juntos. Mi hijo Warwick viene de camino a Ludlow con más de mil hombres de armas de sus señoríos. —Pese a hallarse en el corazón pétreo de la fortaleza, Salisbury bajó la voz y, en un murmullo, añadió—: Tendremos suficiente para tomar las armas contra ellos, si nos declaran traidores.

—¡Por Dios, no, ésa no es mi voluntad! —exclamó York—. El día de mi boda con Cecilia me dijisteis que los Neville estaban conmigo, ¿recordáis? Habéis mantenido vuestra palabra cuando ha sido preciso y os estoy agradecido por ello. —Sus manos se tensaron en la barandilla, tanto que los nudillos se le quedaron blancos—. Mi padre fue ejecutado por traición, Richard. ¿Entendéis que no pretendo caminar por su misma senda a la ligera? Si el trono recae en mí, no lo rehusaré, por descontado. Sin embargo, he vivido toda mi infancia como un pupilo, con esa mácula en el honor de mi casa. ¿Queréis que el nombre de York quede mancillado para la eternidad? —Se inclinó hacia Salisbury, acercándose, y con una voz que era un áspero murmullo, añadió—: Oídmeme bien, no tomaré las armas contra él. No puedo hacerlo, no en la coyuntura actual. Cuando Enrique estaba enfermo y se rumoreaba que moriría, era distinto. Pero ahora ha despertado, y no es el hombre que era. ¡Estabais allí, vos mismo fuisteis testigo! Quizá se le llenó el alma mientras dormía,

lo desconozco. Quizá Dios le devolvió el ingenio en su misericordia infinita. Pero todo ha cambiado ahora que el cordero ha despertado de su ensueño, ahora que ha regresado convertido en un hombre. Ahora todo es nuevo.

En el patio, Eduardo de March recogía sus avíos para marcharse. Se había quitado el yelmo y había dejado a la vista su cabello moreno empapado de sudor. Salisbury divisó al muchacho mirar hacia los claustros en busca de la aprobación de su padre, pero York no lo vio.

—Si pudiera disponer de una sola hora con el rey —continuó York apresuradamente, retorciendo con las manos la barandilla como si quisiera partirla en dos—. Si pudiera estar seguro de que ha leído mis misivas o pudiera alejar de él a esos ruines consejeros, aún estaría a tiempo de reventar este furúnculo. ¡Somerset! ¿Habéis oído que lo han proclamado duque? ¿Y capitán de Calais? ¡Me han despojado de mi título! El hombre a quien encarcelé, declarado «súbdito auténtico y leal» en todas las esquinas de Londres, y convirtiéndome con ello de rebote en objeto de escarnio. Somerset, Percy, Exeter, Buckingham y Derry Brewer. Mientras esos hombres sigan con vida y proliferen como la mala hierba, la oportunidad de que mi rey viva le será arrebatada. Escuchad bien lo que os digo: volverá a ahogarse si esos hombres continúan rodeándolo.

Salisbury únicamente sentía irritación al escuchar las palabras de York. Hasta entonces, aquel hombre había sido una roca a la cual anclar las ambiciones de los Neville. Un encuentro con el rey despierto y la piedra de York parecía haberse resquebrajado hasta el corazón. Con todo, Salisbury se abstuvo de mostrar su decepción al responder:

—Al margen de lo que se alegue en nuestra contra, ningún rey puede gobernar sin sus tres lores más fuertes. Enrique lo entenderá con el tiempo, no me cabe duda. Ahora bien, amigo mío, sabéis que no podemos presentarnos ante él sin hombres armados o seremos apresados, atrapados cual peces en una trampa de mimbre. Con vuestros soldados y los míos para garantizar nuestra seguridad, el rey Enrique tendrá que escuchar nuestras justas reivindicaciones. ¡No permaneceré sentado mientras hombres como el conde Percy me declaran enemigo de la Corona! Y vos tampoco deberíais hacerlo. Debemos actuar con resolución y contundencia para defender nuestra postura. En verano, todo esto habrá quedado atrás y la paz se habrá restaurado. ¿Por qué no? No se ha hecho nada que no pueda deshacerse. Aún estamos a tiempo. —Salisbury percibió que sus palabras rebotaban contra un muro. En pie frente a él, duro y frío, York no lo escuchaba, pues seguía enojado con su esposa—. Lamento saber que vuestro hijo... está contrahecho —dijo Salisbury.

York se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—He enterrado a niños antes. Y volveré a hacerlo. Poco importa lo que le ocurra a un crío enfermizo, pero temo por la salud de su madre. —Miró a los ojos a su amigo, con el dolor hondamente escrito en su mirada—. Cecilia se ha obsesionado con él. En ocasiones desearía que esa cosita... No importa. Venid, debéis estar

hambriento. Ordenaré que mi cocinera prepare algo de vuestro agrado. Esa mujer es capaz de obrar maravillas con un poco de pescado escalfado.

York dio una palmadita en el hombro a su amigo y ambos partieron hacia el salón de banquetes, ligeramente aliviados por la perspectiva de una comida reparadora.

**T**ras las primeras heladas atroces, aquel año el invierno había sido por lo general suave. Las dependencias reales en la Torre de Londres seguían caldeándose con fuegos en cada chimenea, en ocasiones a ambos lados de una misma estancia, todo ello con la voluntad de calentar la antigua fortaleza para hacer frente al frío y la humedad del río que discurría a escasa distancia de sus muros.

Derry Brewer había repuesto parte de las carnes que había perdido. Le había crecido el cabello y el barbero del propio monarca se había encargado de cortárselo. Además, su piel había perdido el aspecto ceroso y cetrino provocado por la escasez de alimentos y el exceso de preocupaciones. Por orden de los doctores Hatclyf y Fauceby, se había llenado la barriga hasta reventar a base de escudillas de caldo de vacuno y col lombarda cada mañana, seguidas de tres pintas de cerveza, prácticamente la misma dieta a la cual se había sometido el monarca para recobrar la salud. Derry había llegado a aborrecer la col, una hortaliza que parecía perseguirlo como un fantasma, por más que se aclarase la boca con el coñac que portaba en una petaca. Le complacía notar que estaba recuperando las fuerzas, como Sansón cuando le creció el cabello.

El rey también había recobrado algo de color en las mejillas, según pudo apreciar Derry. Enrique permanecía sentado taciturno, pero tenía los ojos alerta y su rostro ya no era una máscara flácida. Ese simple interés se antojaba asombroso a quienes lo habían conocido antes del colapso. Sentado a apenas unos pasos frente al rey, Derry tenía que esforzarse para no mirarlo de hito en hito. El hombre a quien había conocido no era más que una sombra del que había regresado, no había otro modo de describirlo. Sabía que Margarita lo seguía considerando frágil, como si Enrique fuera un jarrón que pudiera hacerse añicos al menor golpe. Pero el prolongado sueño en cierta manera había restaurado al rey y había sanado su endeble voluntad, sellando cualquier grieta que hubiera permanecido oculta bajo la superficie.

Enrique notó el escrutinio tácito de Derry y alzó la vista interrogante, justo cuando el cabecilla de los espías clavó la mirada en sus botas. Derry había visto la demencia en el pasado, en múltiples formas, provocada por la rabia o el dolor, o por la bebida, o simplemente surgida de la nada con una brisa estival. Sabía que la mente era un mundo propio y que todas las estrellas y planetas no eran más complicados que los pensamientos de un hombre. Cualquiera que fuera el mal o la enfermedad que había arrebatado la voluntad al rey y lo había convertido en un niño se había desvanecido de su ser. Y el hombre que vivía bajo ella por fin hablaba con voz propia.

Derry espiró, notando, para su sorpresa, que los ojos se le anegaban de lágrimas. Con la cabeza gacha, se las enjugó antes de que alguien se percatara y se concentró en su trabajo, con sus fastidiosas insignificancias. Se había visto obligado ya a aplastar los rumores de que el alma del rey había sido corrompida en algún otro lugar.



Los londinenses tenían un don para cotillear, pensaba Derry en algunas ocasiones. A la menor ocasión se tapaban la boca con la mano y cuchicheaban acerca de diablos, bastardos o judíos camuflados entre los altos cargos. Él mismo había echado a rodar algunas de aquellas calumnias y había comprobado que resultaba mucho más difícil detenerlas. En ocasiones, pensó Derry ociosamente, las personas necesitaban un buen pastor... o un buen puntapié en las posaderas.

Mientras Derry permanecía sentado con la cabeza gacha, Somerset caminaba a grandes pasos de un lado para otro de la estancia, con un nerviosismo y una energía consecuencia de su cautividad. Edmund Beaufort había pasado largos meses preso en la Torre de Londres, por más que, debido a su rango, había estado confinado en dos grandes habitaciones, equipadas con una cama blanda, un escritorio y sirvientes para atenderlo. Derry alzó la vista para observar, con cierto interés, la tensión y la crispación de aquel hombre y comprobar cómo el sosiego que había caracterizado a Somerset se había desvanecido pese a todas las comodidades de su encarcelamiento. Al menos, la animosidad del conde hacia York era incuestionable. Derry sintió cierto deleite al escuchar cómo el apellido del antiguo protector se mancillaba y maldecía sin temor a las represalias. Somerset había recibido un ducado por su apoyo y lealtad, una señal del respaldo del rey que no pasaría inadvertida a los partidarios de York y Salisbury. Derry se sonrió al pensarlo.

—Alteza —dijo entonces Somerset—. Tengo a jueces y a sus empleados repartidos por los alojamientos de todas las tabernas de la ciudad. La propia Torre de Londres rebosa de hombres de armas, los mejores miembros de la guardia real para acompañar a Su Majestad al norte. Ya sólo nos queda aguardar a un puñado de hombres, de entre los cuales el más prominente es Henry Holland, duque de Exeter.

—El primo Exeter contaba con cuatrocientos soldados... antes —dijo el rey Enrique con voz queda. «Antes» había pasado a designar el tiempo anterior a su estado de ensoñación—. Si no recuerdo mal, el joven Holland era un alborotador. ¿Ha recibido a mi emisario?

—Con toda certidumbre, Su Alteza —replicó Somerset—. El pergamino se le entregó en mano. Creo que quedó muy debilitado por su encarcelamiento en Gales, pero juró acudir. No siente estima alguna por York.

—No obstante, su esposa es hija de York —apuntó Margarita, que permanecía sentada junto a su marido, apuntalándolo con su proximidad. Derry alzó la vista mientras la reina hablaba—. Y esa alianza podría apartarlo del rey.

—No —respondió Enrique—. York lo castigó por ponerse del bando de los Percy. La lealtad de Exeter es incuestionable. Todo lo que tiene me lo debe a mí. No dudaré de él por estar casado con una Plantagenet, del mismo modo que no dudo del conde Percy por haber desposado a una Neville. No obstante, no lo esperaré. ¿Qué más?

Somerset se volvió para seguir otra línea por la alfombra, que lo condujo hasta la chimenea. Aprovechando la oportunidad, Derry optó por responder a la pregunta del rey.

—Su Alteza, sigue inquietándome que no hayamos hecho ninguna aproximación a York ni a Salisbury. Somerset y yo podemos tener nuestras reticencias hacia ellos, pero, si no se los convoca en Londres para prestar juramento de vasallaje, temo a sus ejércitos. Junto con el joven Warwick, tienen más tierras y más soldados que ninguna otra facción al margen de la propia Casa Real. York, por sí mismo, es el lord más acaudalado de Inglaterra, Su Alteza. ¿Cómo puede pasarse por alto a un hombre así?

En los años previos, Derry sabía que el rey habría asentido a la conclusión de sus palabras y las habría validado con un: «Como dispongáis, Derry» prácticamente antes de que terminara de hablar. Le resultaba extrañamente irritante ver al monarca sopesar su aportación, en lugar de darle su aprobación sin pensar. Con todo, fue Margarita quien tomó la palabra, adelantándose a su esposo.

—Ésta es una reunión privada, maese Brewer, ¿no es cierto?

—Por supuesto, Su Alteza. Los hombres de mi máxima confianza rodean la estancia. Nadie puede escuchar a hurtadillas ni una sola palabra.

—Entonces pronunciaré en voz alta lo que desde hace tiempo ocupa mi pensamiento. No habrá paz mientras York viva. York codicia el trono de mi esposo y lo tomará, si le brindamos la oportunidad de hacerlo. Hemos bautizado esta gran congregación con el nombre de Tribunal Itinerante y eso es lo que es, pero también es una exhibición de fuerza. Los lores que viajen al norte con su rey verán cuántos otros se suman en apoyo a la casa de los Lancaster. Comprobarán cómo el rey es restaurado en el poder, resarcido de los agravios por la gracia de Dios. Si York y Salisbury nos desafían entonces, toparán con nuestros ejércitos, que se alzarán por millares en su camino. Y entonces este asunto quedará zanjado para siempre.

Derry frunció el ceño al escuchar tales palabras.

—Milady, si York y Salisbury cometen perfidia, si alzan sus estandartes contra el rey de Inglaterra, no creo que el desenlace sea previsible; hay demasiado en juego para dar un paso en falso. York y Salisbury tienen enemigos, por descontado, pero también hay muchos otros que susurran que su lealtad se ha visto pobremente recompensada. No tengo modo de conocer el corazón secreto de todos los lores, Su Alteza, pero sí sé que algunos siguen sintiendo simpatía por esos dos hombres. Y también sé que algunos de ellos preferirían que se los tratara con condescendencia y volvieran a gozar de vuestro favor, e incluso que se los recompensara por los buenos servicios prestados. —Derry agachó la cabeza de nuevo al ver la mirada de Margarita endurecerse y desvió los ojos hacia el fuego—. Milady, me daría por satisfecho con oír que nuestra intención es atacar Ludlow, asediarlo y hacer que York muera de hambre o ceda sus murallas. El otro asunto, ese tribunal regio con rumbo al norte, es una mera distracción y su resultado favorable no está garantizado. York es un hombre sutil, Su Alteza, un hombre sutil y vengativo con riqueza y soldados a su disposición. Preferiría verlo derrotado que ignorado.

—Lo conozco mejor que vos, maese Brewer —dijo el rey Enrique saliendo de sus cavilaciones—. Y si bien no conozco su «corazón secreto», no es posible restaurar el

favor a Ricardo de York con presentes y promesas, pues, tal como decís, es prácticamente imposible ascenderlo más, habida cuenta de los títulos y riqueza que acumula. Si requiriera su presencia aquí, equivaldría a llevarme una víbora al pecho, mientras le suplico en voz baja que no me hinque sus afilados colmillos. No, mi esposa está en lo cierto, maese Brewer. Un ejército leal llena Londres y cabalgaré con él rumbo al norte, hacia Leicester. Si York puede mancillar su alma sin redención, si es capaz de incurrir en perfidia y aceptar una condena segura, le responderé... —El rey se perdió en sus divagaciones y se quedó mirando el vacío mientras los demás aguardaban, con nerviosismo creciente. Finalmente, Enrique sacudió la cabeza y, con aire confuso, mientras un rubor intenso teñía su rostro, preguntó—: ¿Qué estaba diciendo?

—York, Su Alteza —respondió Somerset con incomodidad.

El duque había palidecido y adoptado una expresión que reflejaba la de la propia reina y la de Derry Brewer, pues todos ellos temían por la abrumada alma de Enrique. Derry reprimió un estremecimiento al pensar en que la fragilidad del rey pudiera regresar, aún enroscada como una sombría vid en el joven a quien debía lealtad.

—York... sí —continuó Enrique—. Si alza a sus partidarios contra mí, el país entero se sublevará contra su traición. Todos y cada uno de los condes que me acompañan, cada duque, barón, caballero y hombre de armas alzarán su espada, su arco y su lanza contra él. ¡Todas las aldeas, todos los pueblos y todas las ciudades! El rey es intocable, Somerset. El rey es inviolable, está ungido por Dios. Cualquier hombre que se rebele contra mí arderá en el infierno. Tal es la respuesta a hombres como York y Salisbury. Viajaré al norte en paz, pero le responderé con guerra si pone un pie fuera de su fortaleza. —El rey Enrique hizo una pausa, cerró los ojos y se masajó las sienes con los nudillos para aliviarse el dolor—. Margarita, ¿tendría la bondad de mandar llamar a Hatclyf? Prepara una cerveza excelente para el dolor y tengo la cabeza a punto de estallarme.

—Por supuesto —contestó Margarita, poniéndose en pie.

Derry hizo lo propio y la reina apuró a los hombres de la estancia a atender a su marido, tras reclamar la presencia del médico a través de la puerta abierta. Un sirviente se apresuró a ir en su búsqueda.

Cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda, Derry se halló en un pasillo mucho más frío, lanzó una mirada furtiva a Somerset y vio su propia preocupación reflejada en el rostro de aquel hombre. Ninguno de ellos mencionaría el lapso repentino del rey, no le cabía duda de ello. La idea de que Enrique contara sólo con un breve espacio de tiempo antes de recaer en su demente ensoñación resultaba demasiado espantosa para contemplarla siquiera, un pensamiento horripilante que hizo que Derry se estremeciera y se sintiera enfermar. Expresar en palabras aquel temor equivalía a convertirlo en una realidad. Mediante el silencio compartido, ambos se comunicaron que lo habían imaginado.

—¿Es posible evitar una guerra, Brewer? —preguntó Somerset de súbito.

—Por supuesto, milord. La pregunta es si deberíamos evitarla. En parte, estoy convencido de que nuestra joven y crispada reina tiene razón. Quizá deberíamos despojar ese tribunal itinerante de sus falsos ropajes y mandar marchar a los ejércitos reales contra York. Parte de cualquier victoria radica en elegir el momento idóneo para atacar. Y no me gustaría perder la mejor oportunidad que tal vez se nos presente nunca.

Somerset lo observaba con atención mientras Derry hablaba.

—Pero... —apuntó.

Derry torció el gesto.

—Pero ¿qué? Hay un centenar de «peros», milord. «Pero» la reina Margarita tiene razón en que el rey debe dejarse ver tras haber permanecido ausente durante tanto tiempo. «Pero» York todavía no es un traidor, por mucho que la reina lo deteste. Dios sabe que no se cuenta entre mis amistades, pero proclamó al hijo de Margarita príncipe de Gales y gobernó con diplomacia y pericia mientras tuvo el derecho de hacerlo. En cambio, no confiaría en tener a Salisbury a menos de ciento cincuenta kilómetros del conde Percy. Se odian. En cambio, a York no lo veo capaz de reclamar el trono. Por más que deteste a ese hombre, es innegable que conserva su quisquilloso honor intacto. Y si llegara el momento de las espadas, los arcos y las hachas, podríamos perder, milord, y no habría una segunda oportunidad de regresar a este día y escoger una senda mejor.

—La reina Margarita ve en York una amenaza a su esposo y su hijo —apuntó Somerset—. No creo que se diera por satisfecha con ninguna solución que no pase por ensartar la cabeza de ese hombre en una pica.

—Y el rey la escucha —añadió Derry, desviando la mirada, perdido en sus pensamientos—. Los hombres como yo, los hombres como vos o como el conde Percy, podemos gritar y discutir desde el alba hasta el crepúsculo, pero ella seguirá estando ahí por la noche para murmurarle al oído. —Derry suspiró sonoramente—. Si pudiéramos abrir una brecha entre York y Salisbury, o entre Salisbury y su hijo, tal vez podríamos perder sólo a uno de ellos y conservar a dos y restaurarles la gracia del rey. Sé que la reina Margarita admira al joven Warwick y no le gustaría verlo caer con su padre. Podría escribirle, milord, si fuera capaz de hallar las palabras idóneas. Y las palabras idóneas siempre están ahí, si uno es lo bastante sagaz para encontrarlas.

—El conde Percy apuntó que no convenía olvidar al hijo de York, Eduardo de March —señaló Somerset en un murmullo—. Se preguntaba en voz alta si la muerte de York a causa de una enfermedad o desventura pondría fin a todas estas amenazas.

Derry miró a Somerset a los ojos y vio su tensión.

—¿Y qué le respondisteis, milord?

—Bueno, lo mandé al infierno, Brewer. Y espero que vos hicierais lo mismo si os mencionara una necesidad como ésa.

Derry notó que parte de él se destensaba, aliviado. Tenía en estima a Somerset, un hombre que no veía tonalidades de gris en sus juicios. Incluyó la cabeza.

Justo entonces, el doctor Hatclyf apareció corriendo por el pasillo, sonrojado y sudoroso tras haber cruzado a toda prisa los terrenos de la Torre de Londres de uno a otro extremo.

—Excusadme, milord, maese Brewer —se disculpó—. El rey ha requerido mi presencia.

Ambos hombres se apartaron y el médico entró sin demora y cerró la puerta con firmeza tras de sí.

Una vez que hubo desaparecido Hatclyf, Derry se volvió de nuevo hacia Somerset.

—York escribe cartas, milord. He visto algunas de ellas, que han duplicado para mí quienes desconfían de él.

—¿Perfidia? —preguntó el duque, con ojos centelleantes.

—En absoluto. Honra al rey en cada palabra, pero se lamenta amargamente de vos, de Percy y de los demás lores que lo rodean. No conoce a este Enrique. Creo que, en parte, sigue viendo al rey como solía ser: un corderito, un muchacho imberbe. Dios sabe que deseo ver caer a York, milord. No hay nada que anhele más que pisotear su frío cadáver sobre el frío suelo. Mientras viva, supondrá una amenaza para mi rey, por su mera fuerza y por contar con el apoyo de los Neville, tanto si se atreve a reclamar el trono como si no. —Frustrado y agotado, Derry raspó con el pie una pequeña piedra del suelo y la envió rebotando a otra parte—. Creo que antes he expuesto la verdad. Si se desenvainan las espadas, no estoy seguro de quién clamará victoria. Tiene que haber otra manera, una solución al problema de York. Entre ambos la encontraremos. Hasta que suenen las trompetas, milord, hasta ese preciso momento, sigue existiendo una posibilidad de hacer entrar en vereda a York. Si llegan a sonar, habremos fracasado en nuestro intento de encontrarla.

—¿Y qué sucederá entonces? —preguntó Somerset, aunque ambos conocían la respuesta.

—Entonces vos y yo nos esforzaremos por destruir a York y a cualquiera que esté de su bando. Llegado el caso, entregaremos nuestras vidas por acabar con la suya. Si la diplomacia fracasa, milord Somerset, estallará la guerra... y, en tal supuesto, yo no viviré para ver el triunfo de York. —Entonces sonrió con amargura—. Al fin y al cabo, York tampoco permitiría que ni vos ni yo permaneciéramos con vida demasiado tiempo.

Somerset asintió pensativo.

—¿Sabéis, Derry? Cuando era niño, un verano, me escabullí para visitar una feria en el campo, perseguir a las aldeanas y dejar que me leyeran el futuro. Mi padre no supo nunca que me había escapado de mi habitación. Seguramente vos debisteis hacer algo por el estilo.

Derry sonrió de oreja a oreja y negó con la cabeza.

—Sospecho que mi infancia fue un poco menos... noble, milord, pero continuad, os lo ruego.

—Bebí demasiada aguamiel y cerveza, por supuesto, y recuerdo toquetear a una muchacha que insistía en que le pagara antes de dejarme tumbarla. Mi recuerdo de gran parte de aquella noche es nebuloso, pero sí me acuerdo de una gitana en un entoldado estampado. Me leyó la palma de la mano en la penumbra, mientras su tienda se mecía a mi alrededor y yo sólo podía concentrarme en no vomitar.

El recuerdo le vidrió los ojos, y Derry cruzó los brazos.

—¿Y os robaron? ¿O acaso esa gitana era la muchacha entre las altas hierbas? —preguntó de repente.

—¡No, por Dios! ¡No estaba tan borracho...! No, aquella pitonisa me dijo que Somerset moriría en el castillo, no en el campo de batalla, y que la vida no se la arrebataría ni un resfriado ni una enfermedad. No le había dicho el nombre de mi padre, Derry, pero lo sabía de todas maneras.

Derry miró el anillo de sello que el duque lucía en la mano, adornado con la cimera familiar.

—Su oficio consiste en buscar señales, milord. Estoy seguro de que aceptó vuestras monedas a cambio de sus vaticinios y le dijo lo mismo al siguiente que se sentó ante ella.

—¿No creéis acaso en tales cosas? He luchado en una docena de campañas desde aquel día y nunca he resultado siquiera herido, Derry. Ni un rasguño. Ni siquiera he estado nunca enfermo, pese a que conozco a una docena de hombres que perecieron antes de que fuera su hora, mejor dicho: a dos docenas que perdieron la vida entre sudores por el flagelo de las carnes. ¿Lo comprendéis? He vivido una vida afortunada mientras otros fallecían a mi alrededor. ¿Y sabéis por qué? —Somerset se le acercó mucho, con los ojos brillantes mientras confiaba su secreto a Derry—. Porque nunca he viajado a Windsor, ni una sola vez en treinta años. Es la residencia del rey, la más extensa del país. ¿Qué otro castillo podría ser «el castillo»? ¿Entendéis?

Derry soltó una carcajada tan estentórea que el duque se sobresaltó por la sorpresa.

—Lo lamento, milord —se disculpó Derry, con un sonido sibilante de regocijo—. Sois un hombre a quien respeto y habéis decidido compartir esta anécdota privada conmigo. No debería... —Y estalló en risotadas otra vez, incapaz de controlar su regodeo.

Somerset parecía ofendido y su expresión herida hizo que a Derry le faltara el resuello y tuviera que apoyarse en la pared para no caerse.

—Iba a deciros que York no será mi final, por mucho que me desagrade —continuó Somerset envarado—. Temí durante un tiempo que lo fuera, mientras estuve preso en la Torre de Londres. Los vaticinios pueden ser algo vago y creí que aquél podía ser el lugar donde conociera mi final, pero luego fui liberado y enviado de nuevo a servir a mi rey. Ya nada volverá a atemorizarme, ni York ni Salisbury ni... nada.

—Lo lamento, milord. No debería haberme reído —se disculpó Derry,

enjugándose los ojos y dominándose—. Ojalá tuviera yo también un talismán mágico o la promesa de una pordiosera que me ayudara a desoír mi sentido común, creedme. Desearía poder estar seguro de si la amenaza es York, Salisbury o cualquier otro diablo que aún no he detectado y que acecha oculto en un lugar oscuro.

Lejos de apaciguarse, Somerset apretaba la mandíbula con tal fuerza que se le marcaba la musculatura.

—Hay personas con poderes, Derry, ya procedan éstos de diablos o ángeles, tanto si queréis creerlo como si no. Pretendía infundiros una cierta tranquilidad, no convertirme en vuestro hazmerreír. Que paséis buena noche.

El duque inclinó la cabeza y se marchó. Derry se lo quedó mirando, divertido, mientras se alejaba.

**R**ichard de Warwick llegó al castillo de Ludlow a finales de abril, acompañado de su hermano John y poco más de mil doscientos hombres que sumar al ejército desplegado en torno a la plaza fuerte. Seiscientos de sus soldados eran arqueros de primera que conocían su valía y transitaban por las calles pavoneándose, seguros de sí mismos. Al cabo de poco habían instalado dianas alrededor de los terrenos del castillo y practicaban puntería de sol a sol. El resto eran hacheros y maceros, reclutados y armados gracias a los beneficios generados por las heredades de Warwick en el centro y el norte del país, convocados a prestarle servicio como su señor feudal. Para guasa de York y su padre, Warwick había vestido a todos los hombres con vistosas capas rojas por encima de la cota de malla, teñidas del color de la sangre con raíz de granza. En el papel de su comandante, el propio Warwick vestía aquel color, taraceado con una raya blanca.

A York le había mejorado el humor al ver a tantos hombres añadidos a su ejército en Ludlow. Durante las semanas de inacción se había inquietado, había redactado cartas y enviado emisarios, intentando congregarse a sus partidarios mientras el rey recobraba fuerzas y se preparaba para el Gran Tribunal Itinerante que partiría de Londres. York insistió en celebrar la llegada de los hijos de Salisbury con un festín aquella primera noche y vació las añejas barricas francesas de las bodegas de la fortaleza para asegurarse de que hasta el último hombre tuviera una copa llena para brindar por sus adalides.

La mañana siguiente, York permaneció roncando en sus aposentos. Warwick y su hermano estaban menos perjudicados; ambos jóvenes se levantaron al alba para salir de caza con su padre. Cabalgaron a través de un inmenso despliegue de tiendas y soldados que desayunaban en torno a pequeñas hogueras. Los hombres se ponían en pie, respetuosos, ante la presencia de nobles, antes de volver a acomodarse en el suelo para comer o para pulir, arreglar y afilar sus armas. Pese a la resaca matutina, la llegada de Warwick había incrementado la tensión en el campamento. No se congregaban a ejércitos en tal número para permanecer sentados bajo el sol primaveral.

—Vuestros hombres de rojo componen una vistosa compañía —gritó Salisbury a su hijo mientras cabalgaban por una pista agrícola—. Creo que en el campo nuestros enemigos caerán sobre sus posaderas deslumbrados por su gloria.

Warwick puso los ojos en blanco y arrancó una sonrisa a su hermano John. Los dos hijos de Salisbury estaban disfrutando de aquella excursión matinal. El sol resplandecía en el cielo, gozaban de buena salud y tenían un ejército a su entera disposición.

—Quiero que sientan que pertenecen a una misma facción, un batallón de soldados, padre. Las capas les permitirán detectarse en el campo y distinguir al amigo del enemigo a simple vista. Vos mismo lo comprobaréis, llegado el momento.



Salisbury resolló burlonamente, si bien ambos eran conscientes del orgullo que sentía por su hijo.

—Supongo que un arquero también agradecerá contar con unas dianas tan vistosas —aventuró Salisbury.

—Mis arqueros visten el mismo rojo —replicó Warwick—. Responderán a las burlas con sus saetas. Me he gastado una fortuna en tintes y tela de paño, pero, padre, os juro que caminan más erguidos vestidos todos del mismo color.

Los tres Neville cabalgaron allende los centinelas y exploradores apostados a los alrededores del castillo de York, aunque no tan lejos como para no poder regresar al galope si eran avistados o algún enemigo les daba el alto. Aquel año, los ladrones y bandoleros habían abandonado los caminos de los alrededores de Ludlow para trasladarse a poblaciones a cuyas puertas no hubiera una hueste de soldados armados acampados. No obstante, siempre existían amenazas. Londres estaba a más de ciento cincuenta kilómetros, prácticamente otro país, a tenor de su distancia de Ludlow. Sin embargo, dos de los Neville habían presenciado el ataque de Percy el día de las nupcias de John, y sólo un loco habría cabalgado sin cautela y precaución.

Salisbury refrenó su caballo en un pequeño puente de madera que salvaba un riachuelo e hizo una seña a Richard y John para que se le acercaran y poderles hablar en voz baja. Con el calor del día, las libélulas rojas y verdes sobrevolaban como dardos el agua, cazando insectos en pleno vuelo.

—Aquí estamos solos —dijo Salisbury, echando un vistazo a su alrededor— y podría no producirse otro momento en que pudiéramos hablar en familia. —Sus dos hijos intercambiaron una mirada, complacidos de verse incluidos en los planes de su padre—. Nuestro amigo York ha perdido el ansia. Creo que podemos conducirlo cerca del rey Enrique con sus hombres, pero sigue albergando la esperanza de alcanzar una resolución sin que se derrame ni una gota de sangre.

—¿Y qué hay de vos, padre? —quiso saber John.

Con veinticuatro años, John era el más bajo de ellos, tenía el cabello moreno, la cintura esbelta y anchos hombros. En casa, su esposa, Maud, estaba a punto de dar a luz a su primogénito. John había acudido a Ludlow por un motivo concreto y su tono impasible dejaba claro que le agradaba oír hablar de un relajamiento de las intenciones.

—Estate tranquilo, John. Me conoces lo suficiente como para no dudar de mí. ¿Acaso no estaba yo presente? Sé la deuda que tenemos con la familia Percy. El viejo estará al lado del rey y al menos uno de sus hijos lo acompañará. Espero que haya dejado a su primogénito en Alnwick. Egremont seguramente cabalgará con su padre, y es su cabeza la que más ansiamos, aunque no dudo que fue el conde Percy quien dio la orden.

—¿Y qué ocurrirá si York se pronuncia a favor de la paz? —quiso saber John—. He recorrido un largo trecho desde casa, padre. He dejado a mi familia y mis heredades por esto y he jurado ver a esos perros de los Percy descuartizados. No

aguardaré sentado mientras York y Lancaster se reconcilian, pronuncian nuevos juramentos y brindan por su salud hasta caer borrachos.

—¡Ten cuidado, John! —le advirtió Warwick con voz queda.

John era un mero caballero y no había llevado más de seis sirvientes consigo. Los ejércitos de su hermano mayor y de su padre le conferían más autoridad de la que podía reclamar en nombre propio y, no obstante, exigía más que ellos. Quizá ésa fuera la explicación de la mirada de enojo que John Neville lanzó a su hermano antes de que su padre retomara la palabra.

—Contamos con dos mil soldados de Neville, frente a los mil de York. Mi intención es aplicar un castigo ejemplar a los enemigos de nuestra casa y nadie me hará desistir de ello. ¿Te queda suficientemente claro, John? Dejemos que York se preocupe por que el duque de Somerset susurre a oídos del rey. Nuestra preocupación son los lores Percy. Si cabalgan al norte con el rey, no sobrevivirán a nuestro encuentro. Os doy mi palabra.

Salisbury extendió la mano y sus dos hijos se la estrecharon por turnos, sellando así el pacto entre ellos.

—Los tres somos hombres Neville —dijo Salisbury orgulloso—. Aún hay quien tiene que aprender qué significa mancillar nuestro apellido, pero lo descubrirán, os lo prometo. Lo aprenderán aunque el mismísimo rey Enrique se interponga en nuestro camino.

Primero dio una palmada en el hombro a Richard y luego a John, extendiendo la mano hacia ellos mientras sus caballos piafaban y se mordisqueaban entre sí.

—Ahora batid los arbustos y buscad algo de caza para que vuestro viejo padre pueda clavarle la jabalina. Deberíamos llevar algo de regreso a Ludlow. Será una buena práctica para los dos. Si hemos de purgar a los Percy, tendremos que emprender la marcha pronto para aguardar al rey en su trayecto hacia el norte.

Margarita se alzaba ante su esposo, limpiándole con un paño aceitado las hombreras para que resplandecieran bajo la luz del sol primaveral. Estaban a solas, mientras hombres armados y caballos rodeaban el palacio de Westminster, reunidos por centenas en grupos reducidos. El hermanastro del rey Enrique, Jasper Tudor, había llegado la semana previa portando la noticia de haber visto un ejército acampado en el noroeste, alrededor del castillo de Ludlow. La noticia había impreso una urgencia al proceso desconocida hasta entonces. Muchos de los hombres más curtidos aún se negaban a creer que York o Salisbury pudieran alzar los estandartes contra el rey, pero el cortejo había empezado a parecerse a un ejército listo para avanzar, y un número creciente de lores escogía a sus mejores hombres para sumarse a él.

—Mantendréis a nuestro hijo a salvo en Windsor, Margarita —dijo Enrique, descendiendo la mirada hacia ella—, al margen de lo que nos depare el porvenir.

—Preferiría que aguardaseis otro mes, o dos. Os hacéis más fuerte cada día que

transcurre y seguimos contando con la guarnición de Calais. Si los convocarais a regresar, sin duda soltarían la correa del Plantagenet, indistintamente de cuáles sean sus planes.

Enrique se rió entre dientes, negando con la cabeza.

—¿Y dejar las puertas de Calais abiertas? Ya he perdido suficiente terreno en Francia sin despojarme de mi última fortaleza allí. Cuento con dos mil hombres, Margarita, y soy el rey de Inglaterra, protegido por Dios y por la ley. Por favor, lo hemos hablado hasta la saciedad. Tomaré la gran ruta del norte hasta Leicester. Cabalgaré y me dejaré ver, y los lores que aún titubean se avergonzarán. El duque de Norfolk no ha respondido. Exeter sigue pretextando estar enfermo. ¡Por los clavos de Cristo, Margarita! Tengo que dejarme ver, tal como vos misma habéis reiterado tantas veces. Cuando haya revelado las resplandecientes filas de quienes me respaldan, acusaré de perfidia a York y Salisbury. Pondré la marca de Caín en sus cabezas y comprobaré con mis propios ojos cómo cualquier apoyo que aún retengan desaparece como la escarcha en verano.

Margarita le llevó el paño a la ceja para limpiarle una mancha.

—No me gusta oírlos blasfemar, Enrique. Antes no lo hacíais, lo recuerdo bien.

—Antes era un hombre distinto —replicó Enrique con una voz repentinamente ronca. Margarita lo miró a los ojos y vio miedo en ellos, casi oculto—. He estado hundido, Margarita, reducido a grasa y agua, e incapaz de protestar. No le deseo tal destino a ningún hombre, al margen de los pecados que haya cometido.

—Ahora sois más fuerte —replicó Margarita—. No debéis hablar de ello.

—Me asusta hacerlo —murmuró él—. Noto esa debilidad en mi interior, como si se me hubiera permitido despertar bajo el sol sólo durante un tiempo limitado, a sabiendas de que debo regresar. Es como luchar contra el mar, Margarita, contra un mar demasiado inabarcable, frío y verde. Erijo... muros y, sin embargo, sigue penetrando con fuerza, aferrándose a mí. —Le corría el sudor por la frente y Margarita le secó la piel. Su marido se estremeció, abrió los ojos nuevamente y forzó una sonrisa—. Pero no le permitiré atravesarlos, os lo prometo. Construiré una fortaleza para contenerla. Y ahora, si habéis acabado de pulirme como si fuera una trompeta, debería marcharme y montar. Me aguarda un largo camino antes de poder descansar esta noche. —Se agachó hacia ella de improviso y la besó; los labios de Margarita recibieron su beso con indiferencia—. Eso me mantendrá caliente —dijo Enrique sonriendo—. Velad por la seguridad del pequeño Eduardo, Margarita. Cuando yo me haya ido, será él quien gobierne Inglaterra. Pero, por ahora, Inglaterra es mía.

York encabezaba la columna procedente de Ludlow, cabalgando junto a su hijo Eduardo a la vanguardia de un desfile de soldados de infantería que avanzaron entre risas por senderos secundarios antes de desembocar en la gran vía romana de Ermine

Street, aún pavimentada con losas planas en su trazado de norte a sur, casi a todo lo largo del país. Sobre tal superficie podían equiparar el ritmo de las legiones ancestrales y recorrer con facilidad treinta kilómetros al día. Tres mil hombres comían más de lo que podían abastecer las posadas del camino, que quedaban reducidas a poco más que las paredes cuando el contingente hacía un alto en ellas. York había invertido una fortuna de su riqueza personal en el convoy de víveres que avanzaba tras la infantería y los caballos, con el fin de que, dondequiera que se detuvieran, un batallón de criados encendiera hogueras y pusiera a borbotear al fuego calderos con guisos y carnes saladas para saciar el apetito de los extenuados soldados.

La primera población a la cual llegaron fue Royston y, un día más tarde, a Ware, donde York detuvo la columna para descansar. Salisbury y sus hijos cabalgaron hasta el pueblo en busca de aposentos, mientras que York se demoró para supervisar el campamento, elogiar a sus capitanes y observar su humor.

Los tres Neville formaron un grupo unido cuando entregaron sus caballos a un mozo de cuadra y se dirigieron al interior de la única taberna del lugar.

—¿Cuánto falta para que demos alcance al Tribunal Itinerante? —preguntó John Neville a su padre—. ¿Conocemos siquiera la ruta que tomarán?

—No estamos cazando faisanes —respondió Salisbury—. Cuando parta de Londres, el rey ascenderá por la Gran Ruta del Norte, acompañado de todos sus lores y jueces. No será difícil dar con él. La única pregunta es qué hará York cuando no le quede más remedio que alzarse en armas contra él.

—¿Tenéis la certeza de que así será? —preguntó Warwick. El bar de la taberna estaba vacío, pero aun así habló en voz baja.

—No creo que quienes rodean al rey permitan que ni York ni yo regresemos nunca al redil. Lo temen a él y nos temen a nosotros. Los Percy no permitirán que se imponga la paz, muchacho. El viejo andará husmeando el viento en este mismo momento, a la espera de su última oportunidad para despedazar a los Neville. Y yo le doy la bienvenida. La paz no es nada comparado con eso.

—No creo que milord York esté listo para la batalla —apuntó Warwick—. A mí me parece sincero cuando habla acerca de curar heridas.

Salisbury sacudió la cabeza, dio un trago a su jarra de cerveza y chasqueó los labios en señal de apreciación.

—Así y todo —dijo con voz queda.

La verde campiña y las granjas de Kilburn se extendían a todo alrededor del campamento real. Allende la ciudad de Londres, el rey Enrique había ordenado detenerse y establecer tribunales durante las tres horas del mediodía. Sus dos docenas de magistrados habían escuchado multitud de pleitos en ese espacio de tiempo, habían liberado a seis hombres que habían languidecido en prisión durante seis meses, multado a más de treinta y ordenado la ejecución de otros once. Es posible

que la justicia hubiera tardado una eternidad en llegar a la ciudad de Kilburn, pero, una vez que lo hizo, fue eficaz y contundente. El rey Enrique autorizó que se erigieran cadalsos a su espalda, mientras multitudes jubilosas acudían a vislumbrar a la comitiva real dispensando justicia.

El ambiente entre los dos mil presentes era de celebración, con gestas de armas y caballería representadas para deleite del monarca por parte de quienes anhelaban su reconocimiento. Thomas, lord Egremont, se proclamó vencedor en dos torneos de exhibición y asestó tales golpes a sus rivales que hubo que atarlos a sus caballos para que pudieran proseguir la marcha sin caer de ellos. Mientras tenían lugar los juicios, las poblaciones proporcionaban cerveza, pan y carne, que se abonaban con monedas de plata.

El primer día del Tribunal Itinerante había sido fructífero y el rey Enrique se había mostrado optimista al ordenar a sus heraldos que abandonaran la carretera y buscaran alojamiento para pernoctar en los alrededores de la ciudad de Watford. Cuando el sol se puso, el rey estaba ya instalado en una casa señorial del lugar, donde disfrutaba de la compañía de su hermanastro, Jasper Tudor, del conde Percy y de Egremont. Enrique descubrió que se había excedido un tanto bebiendo la excelente aguamiel local y, pese a que sus médicos no se alejaban de él, se sentía fuerte y complacido ante la perspectiva de otra docena de días como aquel primero antes de llegar a Leicester.

Se retiró tarde, consciente de que ello le pasaría factura a la mañana siguiente, cuando el Tribunal Itinerante avanzara hasta San Albano. Allí haría un alto y rezaría en la abadía, que albergaba el altar cristiano más antiguo del país. Le habían explicado que el abad Whethamstede había sido uno de quienes había acudido a Windsor a punzarlo con la esperanza de reanimarlo mientras estaba inconsciente. Enrique sentía cierta satisfacción al pensar en saludar en pie a un abad que lo había conocido tumbado. Antes de dormirse se imaginó agarrando la mano del clérigo con fuerza y viéndolo postrarse ante el rey de Inglaterra y sus lores más leales.

Después de que el rey y la mayoría de sus invitados se hubieran retirado a sus aposentos, el conde Percy permanecía sentado a la mesa, junto con su hijo Thomas y el Tudor más joven. Resultaba inquietantemente difícil encontrar un lugar privado para mantener una conversación tranquila, y el conde esperaba que el hermanastro galés del monarca se marchara. Jasper Tudor, conde de Pembroke, estaba nublado por la bebida, pero en ese estado de embriaguez en el que puede transcurrir una hora sin que uno se dé cuenta. El conde Percy reprimía bostezos cada escasos momentos, plenamente consciente de que a sus sesenta y tres años no se despertaría reparado tras unas pocas horas de sueño. Toqueteó su copa de vino sobre la larga mesa, mientras contemplaba al conde lanzar uvas al aire y atraparlas con la boca. El joven galés inclinaba tanto la cabeza hacia atrás que corría el riesgo de caerse de espaldas de la

silla.

—Conocí a vuestra madre, Pembroke —comentó el conde Percy sin venir a cuento—. Fue una gran dama y una buena esposa del viejo rey Enrique. Ejercí como su representante en su coronación, ¿lo sabíais?

Jasper Tudor enderezó su silla con una cautela aparatosa antes de responder.

—Estaba al corriente, milord. No obstante, yo sólo era un niño cuando mi madre falleció. No puedo decir que la conociera, aunque me habría gustado hacerlo.

El conde Percy refunfuñó.

—En cambio, a vuestro padre no lo conozco. Lo único que he escuchado decir de Owen Tudor es que era un soldado galés que, no obstante, ¡desposó a una reina y tiene a dos condes por hijos! Eso sí que es hincharse como el pan en una sola generación.

Jasper Tudor era un hombre de baja estatura con una melena larga y morena de gruesos rizos. Se enderezó en la silla cuando el conde Percy se dirigió a él y, al percibir una cierta hostilidad en las palabras del viejo, agarró su cuchillo y comenzó a hacer muescas en la madera.

—Aún vive. Es un buen hombre —respondió, guiñando un ojo para escudriñar la mesa.

—Y afortunado, para ser un galés —replicó el conde Percy, vaciando su copa de un trago—. Y aquí estáis vos, su hijo, en presencia del rey de Inglaterra y su corte.

—Mi hermano me mandó llamar y acudí a representar a mi rama de la familia —respondió Jasper con recelo—. He traído conmigo a un centenar de esos arqueros galeses que se han forjado una reputación en Inglaterra en el pasado decenio. —Hizo un ademán con la mano para evitar ser interrumpido—. Por favor, milord, no me deis las gracias por ello, no es necesario. Con todo, debo añadir que no veo suficientes arqueros en este gran cortejo. Sé que mis hombres dejarán su impronta en caso de que se requiera su intervención.

—Sólo espero que los tengáis bien atados —comentó el conde Percy como si tal cosa, mientras alzaba la vista hacia las vigas—. He conocido a unos cuantos galeses que son poco menos que montaraces. Escocia es un país sombrío y hay algunos escoceses desvergonzados que los tienen por ladrones, si bien yo no me cuento entre ellos.

—Me alegra escucharlo, milord —respondió Jasper. Quienes lo conocieran habrían detectado que había bajado peligrosamente el volumen de su voz hasta reducirla a un murmullo antes de la tormenta—. Nosotros decimos lo mismo acerca de los ingleses en el norte.

—¡Por supuesto! ¿Cómo iba a ser de otra manera? —comentó el conde Percy—. Con todo, me alegro de que mantengáis tan buena relación con el rey. ¿Quién sabe qué fruslerías podría dejaros caer aún en las manos? Este rey Enrique no conoce la maldad. Desciende de un linaje generoso.

Jasper Tudor se puso en pie de súbito, balanceándose mientras miraba con ojos

borrosos hacia el extremo opuesto de la mesa.

—Creo que ya he tenido suficiente por esta velada. Me retiro a descansar. Buenas noches, milord Northumberland, barón Egremont —se despidió, y salió dando trapiés de la habitación en dirección a las escaleras, donde aún se lo escuchó subir dando tumbos durante un rato.

El conde Percy sonrió para sus adentros y miró en dirección a su hijo, casi tan aturdido por la bebida como el joven galés.

—Espero que los sirvientes cuenten las cucharas mañana —dijo—. Los galeses son como las urracas, ¿sabes? No hay ni uno que se salve.

Thomas sonrió al oír tal comentario con los ojos entrecerrados y cabeceando.

—Tú también deberías irte a dormir, Thomas. Todo este cortejo se parece demasiado a una romería de primavera. Con los Neville armados para la guerra, los jóvenes deberíais estar listos, ¿me entiendes? ¡Caramba, muchacho! ¿Cuánto has bebido esta noche?

—Entiendo —se quejó Thomas sin abrir los ojos.

—A veces albergo mis dudas. No confío en un Neville cuando lo tengo delante, por no mentar ya cuando está fuera de mi vista, haciendo Dios sabe qué. Venga, vete a dormir la mona y despiértate fresco para proteger a tu rey... y a tu padre. Buenas noches. Trunning se levantará al alba, eso te lo garantizo. Haré que te despierte con un cubo de agua si aún sigues dormido. Y ahora vete. Que Dios sea contigo.

Refunfuñando, Thomas se puso en pie y tuvo que aferrarse a la mesa para no perder el equilibrio.

—Buenas noches —dijo, y se marchó tambaleándose tras dejar atrás el apoyo que le brindaba la mesa.

A solas, el conde Percy utilizó su cuchillo para cortar unas tajadas de queso de una bandeja de madera cuadrada. Cuando no quedó nadie que lo observara, recuperó su expresión ceñuda. El Gran Tribunal Itinerante había empezado con buen pie, pero él no disfrutaría del restablecimiento de la salud de Enrique mientras Salisbury y sus hijos anduvieran sueltos con York. La recuperación del monarca había sido la respuesta a las plegarias de la familia Percy. Se habían socavado los cimientos de la fortuna de los Neville, pero el conde Percy sabía bien que eso sólo los hacía más peligrosos. Con un mohín, se forzó a beber otra copa de vino, que le turbó los sentidos. Sin ella, no habría sido capaz de conciliar el sueño.

**N**o eran pocas las cabezas doloridas y los rostros pálidos en la columna del rey la mañana siguiente. El día amaneció despejado y frío y el humor seguía siendo liviano en el extenso campamento. La mitad de los presentes habían montado ya en sus cabalgaduras, y los caballos relinchaban y resoplaban en inmensas recuas y cabeceaban al menor contacto con las bridas de cascabeles y las riendas. Los magistrados decanos que no habían encontrado aposentos para dormir en la población salieron agarrotados de sus tiendas, bostezando y rascándose el cuerpo bajo las vestimentas mientras sus criados los asistían.

Cada uno de los lores que acompañaban al rey Enrique había escogido su propia ubicación alrededor de la ciudad de Watford y había clavado los estandartes de su casa, de tal modo que centenares de pendones de vivos colores ondeaban mecidos por la brisa matutina. Aquella congregación en apariencia caótica en realidad estaba ordenada por apellidos, estatus y lealtades, en clanes familiares. Los fuegos para cocinar emitían una neblina que cubría los campos como un banco de nubes descendiendo sobre el cielo. En torno a las ocho de la mañana habían recogido el convoy de los equipajes y ensillado las monturas. Las filas de los Percy eran las más cercanas a la línea de marcha, con más de seiscientos caballeros y hacheros, de lejos el destacamento más abultado. Nadie había puesto en entredicho el derecho del conde a encabezar el desfile. Tanto Somerset como Buckingham lo superaban en rango, pero apenas contaban con doscientos soldados veteranos entre ambos, una fuerza y una inversión ingente que no obstante quedaba diluida entre la hueste del rey. Otros nobles intentaban hacerse con una posición a empellones, si bien las posiciones más próximas al rey solían jugarse a los dados o comprarse. La columna cobró forma y los exploradores se avanzaron para proceder al barrido del terreno, supervisando las tierras vecinas en busca de alguna amenaza cuyos movimientos desenmascararan los grajos y los cuervos espantados en árboles lejanos.

El rey Enrique se había encajado una armadura integral en la casa señorial, tras despertarse antes de la alborada y acudir a orar a una capilla local. Resplandeciente, recorrió al galope, sostenido a lomos de su caballo de batalla, el flanco de la columna en toda su longitud. El frontal del yelmo estaba decorado con un círculo dorado con púas, tan incrustado en el acero como la realeza en la sangre de quien lo llevaba. Rodeado de caballeros y heraldos que portaban los estandartes con los tres leones, encaminó su caballo hacia las grandes losas de piedra que pavimentaban la carretera hacia el norte.

Enrique se sentía alerta y vital, animado por la visión de tantos hombres que alargaban el cuello para verlo pasar. Jaleaban la imagen del rey, espoleados por un ataque repentino de orgullo y complacencia al divisarlo. Eran vítores improvisados y, por ende, discordantes, pero no por ello deleitaban menos los oídos de Enrique. El rey alcanzó la cabecera de la columna y ocupó su puesto tras las tres primeras filas,



donde cabalgaban los lores Percy y Buckingham.

—Que Dios os bendiga —los saludó Enrique.

Ambos hombres sonrieron y se inclinaron tanto como pudieron sobre su montura, percibiendo el buen humor del rey y cómo éste se contagiaba a cuantos los rodeaban.

Enrique se acomodó, mientras tocaba varios puntos de su armadura y sus alforjas para tomar nota de sus pertrechos. En verdad, era un mero espectáculo que realizaba con el pensamiento sutilmente absorto mientras daba unas palmaditas al magnífico cuello de su corcel y le rascaba las orejas. Aún no estaba convencido de su recuperación y había adoptado la costumbre de tomarse unos momentos en privado para respirar larga y profundamente y comprobar sus articulaciones y su mente en busca de partes dañadas. Sentía dolores innegables en los huesos y la musculatura, aún muy debilitados tras permanecer tan largo tiempo postrado. Sin embargo, su mente estaba despejada cuando asió con fuerza las riendas. Se sentía satisfecho. Volvió la vista atrás hacia la columna y notó los ojos de los expectantes soldados posarse sobre él mientras los repasaba con la mirada. Muchos de ellos relatarían aquel momento a sus hijos, el momento en que el rey de Inglaterra los había mirado a los ojos y les había sonreído. Enrique los saludó inclinando la cabeza y volvió la vista al frente. El sol refulgía en el cielo. Estaba listo. Deseó secretamente que Margarita estuviera allí para verlo convertido en un hombre hecho y derecho.

—Milores, caballeros —pronunció en voz alta—. ¡Adelante!

Las filas de caballeros y hacheros partieron simultáneamente, pero, siendo demasiado anchas para la vía romana, la desbordaron y cubrieron parte de los campos aledaños por ambos flancos. Fue un pensamiento vago, pero a Enrique se le ocurrió que su padre debió de cabalgar con un número semejante de hombres cuando derrotó a los franceses en Agincourt. Se le hinchó el corazón al imaginar a un hombre a quien nunca había conocido y, en aquel momento, lo sintió más cercano que nunca. Cerró los ojos, intentando imbuirse del espíritu de su padre. El rey guerrero seguramente estaría contemplando a su hijo, si podía. Es posible que aquél fuera un mero tribunal itinerante, integrado por jueces, escribanos y abogados de rostro contraído, pero también era un ejército sobre el terreno, y Enrique se dejó invadir por el júbilo y la justeza de toda aquella empresa.

Sin la presión de avanzar por territorio hostil, los hombres de las filas se llamaban a gritos y conversaban mientras marchaban o cabalgaban, manteniendo conversaciones tan variadas como cualquier grupo de lavanderas. Salvaron los primeros diez kilómetros bajo el sol creciente, que aportaba una calidez primaveral a un día de cielos despejados.

El muro formado por los caballeros de Percy impidió al rey Enrique divisar de inmediato al explorador que regresaba al galope hacia la columna, agitando su brazo libre mientras espoleaba su cabalgadura sobre el suelo irregular, poniendo en riesgo los pescuezos de ambos. Pertenece a la casa del propio Enrique, de manera que ignoró las preguntas que le formularon otros hombres, avanzando enojado a

empellones entre ellos mientras lo agarraban del jubón y el capote. El conde Percy intercambió una mirada con su hijo y ambos refrenaron sus monturas y dejaron que las filas de infantería los sobrepasaran, mientras ellos regresaban junto al rey.

—¡Escudero James! Acercaos —gritó Enrique tan pronto como reconoció al joven.

Le hizo una seña para que se aproximara y el explorador lo saludó con una reverencia sin descender de la montura, mientras recobraba el aliento antes de poder hablar.

—Su Alteza, hay un ejército en San Albano. He visto la rosa blanca de York, el águila de Salisbury y el oso y el báculo blancos sobre rojo de Warwick. Están acampados al este de la ciudad y no he detectado rastro de ellos por las calles de ésta.

El viejo conde Percy había acercado su caballo lo suficiente como para escuchar hasta la última palabra y pareció henchirse de indignación en nombre de su rey.

—¿Me permitís interrogarlo, Su Alteza? —preguntó Percy, humillando la cabeza.

Henry convino en dejar que hablasen mientras él meditaba.

—¿Cuántos son? —le ladró el conde Percy al explorador—. ¿Qué números barajáis? Habéis demostrado tener muy buena vista.

—Están muy arrimados, milord, en pie muy juntos, como juncos. Diría que superan en número al contingente congregado aquí, pero no estoy seguro, puesto que la columna se contrae y expande al avanzar y ellos permanecían quietos en pie.

—¿En qué formación? —le preguntó Percy con aspereza.

El joven empezó a balbucear, consciente de que sus palabras podían implicar que cabalgaran a la batalla. Apenas tenía dieciséis años y carecía de experiencia para responder correctamente a aquella pregunta.

—Yo... no, milord... Yo...

—¡Desembucha de una vez, muchacho! ¿Han venido a luchar o no? ¿Has visto picas preparadas para el combate o están aún amontonadas bajo el cielo, dispuestas para ser empuñadas? ¿Estaban ensillados los caballos? ¿Y las hogueras, estaban encendidas o sofocadas?

Cuando el joven explorador estaba a punto de abrir la boca, Thomas, lord Egremont, añadió sus propias preguntas.

—¿Dónde estaba el equipaje? ¿Lo habían enviado a la retaguardia? ¿Qué estandartes nobles ondeaban más cerca de la ciudad?

—Yo... diría que tenían las picas en mano, milores. No recuerdo haber visto hogueras ni si todos los caballos estaban ensillados. Aguardad, sí, vi algunos caballeros en la vanguardia con armadura y con los pies en los estribos. Aunque no todos, milores.

—Ya es suficiente, milord Percy, Thomas —dijo el rey Enrique a padre e hijo—. Dejad en paz al muchacho. Nosotros mismos lo comprobaremos en breve. ¿Cuánto falta para la ciudad, unos tres o cuatro kilómetros? Lo averiguaremos en el plazo de una hora, aproximadamente.

El conde Percy frunció el entrecejo al oír la respuesta del rey y tuvo que pasarse la mano por el rostro para destensárselo antes de contestar.

—Alteza, deberíamos detenernos y considerar nuestra propia formación. Si vamos a la batalla, yo colocaría a los hombres formando una columna más ancha, protegida por caballos por ambos flancos. Dispondría a los arqueros galeses de Tudor en el frente y...

—He dicho que ya es suficiente —lo interrumpió Enrique. Hablaba con voz firme y clara, y el conde enmudeció como si hubiera sido alcanzado por un rayo. Enrique notó crispase las orejas de todos cuantos lo rodeaban mientras tamborileaba con los dedos en la perilla de su montura—. Si la rosa, el águila y el oso están en el campo para librar una guerra, milord Percy, tened por seguro que no los decepcionaré. Habrá tiempo suficiente para desplegarse para la batalla cuando sepamos qué nos espera. No permitiré que nuestros caballos se agoten en el barro cuando tenemos delante una carretera pavimentada que conduce a la ciudad. —Enrique posó la mirada en el explorador, que lo observaba y escuchaba boquiabierto cual tonto del pueblo—. Corred la voz entre la columna, escudero James. Informad a los hombres acerca de qué nos aguarda y a qué podemos hacer frente esta mañana. Y localizad a Derry Brewer, dondequiera que ande merodeando. Quiero conocer su opinión. Traedlo ante mí y luego volved a salir a explorar con vuestra afilada vista. Tenéis mi gratitud y mi bendición por vuestro servicio.

El explorador se puso como la grana a causa de una mezcla de orgullo y bochorno, y estuvo a punto de caer de la montura al despedirse del rey con una reverencia. Sin confiar en poder articular palabra, sacó a su caballo de la columna, hincó espuelas y partió al galope hacia la retaguardia.

Ricardo de York bordeó a lomos de su corcel un campo arado, evitando los profundos caballones mientras inspeccionaba la ciudad dominada por el campanario de la abadía. A su derecha, tres mil hombres llenaban el campo de Keyfield de extremo a extremo, a la espera de recibir órdenes. Proyectó la vista por encima de sus cabezas mientras avanzaba a medio galope bordeando el confín oriental de la población, ocultando sus preocupaciones lo mejor que podía. Todavía no sabía qué les depararía el día, si sus fortunas serían restauradas o quedarían desbaratadas para siempre. Salisbury y Warwick habían quedado rezagados cuando él se había lanzado al galope, pero su hijo Eduardo permanecía a su lado, observándolo con alegría y desenfado, feliz por el mero hecho de estar presente. Los cuatro cabalgaron recorriendo los muros traseros de las casas con estructura de madera, vislumbrando a su paso rostros curiosos en las ventanas abiertas.

A York lo mortificaba que ni Salisbury ni Warwick parecieran compartir sus inquietudes. El rey avanzaba hacia el norte con una gran hueste de hombres. York sabía que no existía una provocación más arriesgada que congregarse un ejército en el

camino de Enrique. Y, sin embargo, se había visto forzado a aceptar el consejo que Salisbury le había reiterado hasta la saciedad durante los meses precedentes. No podían aproximarse al rey sin un contingente armado. York contaba con sus propios espías en Westminster y todos sin excepción lo informaban de la existencia de una creciente hostilidad hacia su nombre y su causa. Los informadores de Salisbury advertían de una animadversión más profunda y de que el duque de Somerset y la reina, entre otros, abogaban sin dobleces por su destrucción. York sacudió la cabeza como si le hubiera dado un tirón. Si él y los Neville se aproximaban a la expedición del rey solos, podían ser apresados y juzgados allí mismo. El rey llevaba consigo magistrados y el sello real, así como a otros nobles del reino. No precisaba nada más.

York se inquietó al dar el alto a su caballo e inspeccionar los accesos desde el este a la ciudad. Tres caminos se extendían ante ellos, tan despejados como las tres entradas a San Albano. Sin embargo, desde el momento en que había decidido no permanecer en Ludlow con la cabeza gacha, la decisión estaba tomada. York había sido el lugarteniente del rey en Francia e Irlanda y no podía permanecer sentado de brazos cruzados a la espera de que otros decidieran su destino. Sabía que, de haberse inclinado por esa opción cobarde, el monarca habría llegado a Leicester en paz e inmediatamente los habría declarado traidores tanto a él como a Salisbury. En particular, los espías de Salisbury se habían mostrado convencidos de ello. En cualquier caso, York no podía permitir que se produjese tal declaración.

York se quitó el guantelete y lo depositó sobre la perilla de la silla mientras se secaba el sudor de la cara y oteaba el sur, en dirección a la carretera enlosada que se extendía por los cerros. Disponía de fuerzas para atacar, una elección cuyo desenlace era incierto y que lo convertiría en efecto en un traidor a la Corona. Sería acusado de perjurio y condenado delante de su primogénito, un pensamiento que lo torturaba. Un acto tal desencadenaría en el país una furia justificada contra un asesino de reyes. No volvería a conocer la paz y no dormiría por temor a que enviaran a hombres a matarlo en plena noche. York se estremeció al tiempo que rotaba los hombros dentro de la armadura. Existían hombres de esa índole, lo sabía muy bien. Dos siglos antes, el rey Eduardo I había sido rajado por un perturbado de tez oscura y se había visto obligado a defenderse con una silla en sus propios aposentos. Y ése no era un destino que uno eligiera por voluntad propia.

No podía escapar y no se atrevía a luchar. La elección que había tomado era la más frágil de todas, aunque quizá un ápice menos probable de concluir en un desastre sin paliativos. York dio la vuelta sobre su caballo para mirar de frente a Salisbury y Warwick y, al hacerlo, tropezó con los ojos del mayor de ellos, posados en él, vigilándolo y juzgando hasta el más mínimo cambio de expresión.

—Cuando el rey llegue —dijo York— no habrá ningún movimiento repentino entre nuestros hombres, ¿queda claro? Mis órdenes son defender la posición y esperar. Las filas reales acudirán con el lomo erizado al ver tantos soldados desplegados contra ellas. Un solo insensato entre nosotros, uno solo que profiera un

insulto en el momento indebido, y todo cuanto hemos planeado y por lo que hemos rezado se vendrá abajo.

Aunque eran cuatro los presentes, la conversación tenía lugar entre los dos progenitores del grupo. York y Salisbury se hallaban frente a frente sobre la oscura tierra, mientras sus hijos los observaban con atención, en silencio.

—Ya he convenido en todo ello, Ricardo —respondió Salisbury—. Queréis tener una oportunidad de romper una lanza a favor de la paz. Lo entiendo. Mis hombres me obedecerán, os doy mi palabra. Enviad a vuestro heraldo al rey con las reivindicaciones que hemos discutido. Creo que las palabras no llegarán a oídos de Enrique o que, de hacerlo, no las escuchará, pero ya he planteado mis objeciones con anterioridad. Es a vos a quien corresponde tocar esta melodía, Ricardo. Mis hombres no lucharán a menos que sean atacados. En tal caso, no respondo por la paz.

York torció el gesto y alargó la mano para rascarse la áspera piel. Era consciente de que su hijo escuchaba atento todas y cada una de las palabras y por primera vez deseó no haberlo sacado de Ludlow. La altura y anchura de Eduardo lo hacían parecer un joven caballero, sobre todo con la celada cerrada. Pero sólo tenía trece años. El niño seguía creyendo que su padre no podía equivocarse, mientras que York sólo veía callejones sin salida ante él. Irritado consigo mismo, el duque tragó saliva y volvió a enfundarse el guantelete, tiró de él hasta que sus dedos rozaron las puntas y cerró el puño hasta que le tembló.

—El rey Enrique me escuchará —aseveró, con toda la seguridad que logró reunir—. Si autoriza una junta o una tregua, caminaré hasta su presencia antes del mediodía hoy mismo. Me arrodillaré y pronunciaré ante él cualquier juramento de vasallaje que me ofrezca como mi rey legítimo. Así es como zanjaré este asunto, milord Salisbury. En paz y con nuestros cargos restituidos, con vos como canciller de nuevo y vuestro hijo como capitán de Calais.

—¿Y vos, milord? —inquirió Salisbury—. ¿Qué título reclamaréis al rey?

York se encogió de hombros con indiferencia.

—Consejero jefe, quizá, o condestable de Inglaterra, el nombre que quiera darse a convertirme de nuevo en su mano derecha. Es lo mínimo que se me debe por los servicios prestados.

York miró hacia el sur, oteando el horizonte a la espera de avistar el primer indicio del ejército del rey. El viento arreciaba y restaba calidez al aire. No vio a Salisbury y Warwick intercambiar una mirada antes de desviarla rápidamente hacia otro lado.

—Me escuchará —repitió York.

Derry Brewer corrió a lo largo de toda la columna, urgido por el joven explorador que no entendía por qué se había negado a tomar un caballo. En lugar de perder el tiempo en explicarle que no tenía ni idea de cómo mantenerse a lomos de uno, si es que era

capaz de montarlo, Derry había decidido acudir corriendo junto al rey. No había contado con el hecho de que la columna continuara avanzando, convirtiendo con ello el kilómetro y medio que lo separaba de la retaguardia en al menos el doble de dicha distancia. Para cuando alcanzó las filas delanteras, respiraba con dificultad, estaba empapado en sudor y apenas podía hablar.

Edmund, el duque de Somerset, miró con expresión divertida al jefe de los espías, que estaba rojo como la grana. Incluso el hosco conde Percy desfrunció el ceño ante su visión.

Derry respiraba con tanta dificultad que tuvo que alargar la mano y apoyarla en el estribo del rey para mantenerse a su ritmo y no quedar rezagado.

—Su Alteza, aquí estoy —resolló.

—Más vivo que muerto y más tarde que temprano —musitó Buckingham a su derecha, palabras que le merecieron una mirada asesina.

—Quería vuestro consejo hace un rato, maese Brewer —anunció el rey Enrique con rigidez—. Aprended a cabalgar, os lo ordeno. Tomad prestada una montura de repuesto y solicitud a uno de los exploradores que os enseñe a montar.

—Sí, Su Alteza. Lo lamento. —Derry respondió entre respiraciones sibilantes.

Estaba furioso consigo mismo, pues antaño habría sido capaz de recorrer tres veces aquel trecho y aun así llegar presto para luchar o salir a la carrera de nuevo.

—York y Salisbury nos aguardan, maese Brewer, junto con Warwick. Mi explorador informa de la presencia de un ejército al menos equiparable a esta columna. Debo conocer sus intenciones, Brewer, antes de hacer que los hombres marchen hacia la ciudad.

Derry había escuchado la noticia comunicada a gritos una docena de veces mientras corría a lo largo de la columna. Había tenido tiempo para meditar, si bien nunca sería suficiente con tan escasa información a su alcance.

—Su Alteza, es imposible saber qué pasa por la mente de York en estos momentos. Yo no creí que fuera a abandonar Ludlow, pero, puesto que en efecto lo ha hecho, tal amenaza no puede ser ignorada. Se ha lamentado de la influencia de Somerset y Percy en vuestra persona. Es posible que exija tener una oportunidad de defender su posición, si le garantizáis la seguridad de una tregua para hacerlo. Pero yo no confiaría en él, Su Alteza. Es más, enviaría al conde Percy a la retaguardia.

—¿¡Qué?! —espetó Percy al instante—. Vos no me enviaréis a ningún sitio, ¡insolente hijo de mala madre! ¿Cómo os atrevéis a asesorar al rey de tal modo? Mandaré desnudaros y azotaros, mal nacido...

—¡He sido yo quien ha solicitado el consejo de maese Brewer! —lo interrumpió el rey Enrique, con una voz lo bastante estentórea como para acallar al enojado Percy—. Os agradeceré que guardéis silencio mientras habla. Y seré yo quien juzgue el valor de sus palabras.

El conde Percy se serenó a regañadientes, mientras con los ojos prometía un castigo temible al desafortunado jefe de los espías, a quien no dejaba de fulminar con

la mirada.

La respiración de Derry empezó a quietarse.

—La enemistad entre los Percy y los Neville no es ningún secreto, Su Alteza. Indistintamente de cuáles sean las intenciones de York, no deberíamos permitir que los hombres de armas comandados por ambos se acercaran unos a otros. Los perros pelean, Su Alteza. La lealtad a sus señores podría desencadenar un derramamiento de sangre aunque sus señores sólo pretendan la paz.

—¿Creéis entonces que York ha traído un ejército con el único propósito de que lo escuche? —preguntó el rey, mirando hacia la carretera que se extendía ante él.

Las primeras casas de la población empezaban a quedar a la vista, a menos de un kilómetro de distancia, lo cual lo obligaba a adoptar una decisión.

—Creo que nos habría aguantado en campo abierto si su intención fuera luchar —replicó Derry—. Las batallas no se libran en ciudades, Su Alteza..., al menos, no debidamente. Yo estuve en Londres cuando Jack Cade penetró en la ciudad y recuerdo el tumulto de aquella noche. El joven Warwick también estaba presente y sus recuerdos no son más dulces que los míos. No hubo tácticas ni maniobras en el campo, sólo carreras, pánico y asesinatos sangrientos en callejones. Si York pretende atacar, no permitirá que esta columna entre en San Albano.

—Gracias, maese Brewer —respondió el rey Enrique. Un recuerdo le vino al pensamiento y sonrió ligeramente mientras añadía—: Aunque no tengáis cerveza, tenéis mi confianza<sup>[1]</sup>.

Derry parpadeó al escuchar el eco de aquel otro tiempo, convertido en una sombra relegada al olvido. El rey que ahora tenía delante no dejaba entrever a aquel hombre hundido en su nítida mirada.

—Gracias a vos, Majestad —respondió—. Me honráis.

Derry alzó la vista hacia el conde Percy, que seguía mirándolo encolerizado, con la esperanza de que el viejo hubiera cobrado conciencia de la posición que ocupaba junto al rey. Ya tenía suficientes enemigos.

—La ciudad está allí mismo y no hay señal de que las filas de York marchen a nuestro encuentro —observó Enrique. Apretó el puño derecho en las riendas y Derry vio la ira inflamarse y motear el rostro del rey—. Sin embargo, hay un ejército a mi paso, una piedra en mi camino. Y no cargaremos con ella, milores. Al menos, yo no lo haré. No saldremos de San Albano hasta que halle satisfacción y, si hay traidores y condenados, adornaré el camino de regreso a Londres con sus cabezas, con la cabeza de cada hijo de mala madre que nos aguarda. ¡Hasta el último de ellos!

—¿Debo retirarme a la retaguardia, Su Alteza? —preguntó el conde Percy al rey, con la vista aún posada con malevolencia en Derry Brewer.

—No —respondió Enrique sin titubear—. Liderad el camino hasta la ciudad, conde Percy. Haced que suenen las trompetas y portad bien altos los estandartes. Que quienes nos aguardan sepan que estoy aquí y no me desconcierta su presencia. Hacedles temer su perdición y muerte si ponen una mano sobre una hoja alzada

contra su rey legítimo.



Las campanas de la abadía de San Albano sonaron diez veces cuando la columna del rey entró en la ciudad. Se decía que el reloj de la torre era una maravilla de su época, capaz de predecir eclipses así como de dar las horas, y que los monjes sólo se encargaban de elevar sus contrapesos cuando caían lentamente y de dar cuerda al mecanismo.

La reverberación de las campanadas resonó en las calles desiertas, donde rostros nerviosos se agolpaban en todas las ventanas. Ningún habitante de los confines de la ciudad había abandonado su hogar aquel día ni para acudir a trabajar ni para comprar comida. Los puestos y comercios o bien estaban vacíos, o bien aún desmontados en montones de lona y madera, con sus propietarios fugados.

Marchando por la carretera abierta, los soldados del rey Enrique guardaban silencio fila a fila a medida que se internaban en la ciudad, intimidados por las casas que flanqueaban la vía de acceso. A su derecha, más allá de las hileras de altas viviendas, sabían que se alzaba un inmenso ejército en Keyfield, expectante. Todos sentían miedo, pero también determinación. Cabalgaron o caminaron colina arriba junto con el rey, que encabezaba la columna, con sus estandartes dorados, rojos y blancos. Cuando el monarca estaba presente en una batalla, nacían nuevas fortunas y otras perecían. Todos los hombres de rango inferior consideraron, al menos durante un momento de reflexión íntima, que aquel día podían ser bendecidos, quizá armados caballeros por algún acto valeroso o incluso recibir un título nobiliario de manos del rey. Para algunos, tal expectativa era su única oportunidad de obtener tanto riqueza como poder para su apellido.

En el centro de la ciudad se encontraba la plaza del mercado, un largo triángulo al raso rodeado en todas sus caras por viviendas de mercaderes acaudalados y con la iglesia de San Pedro en un vértice. Las filas delanteras del cortejo accedieron a ella antes de que el reloj de la abadía tocara de nuevo y el rey tiró de las riendas para refrenar su caballo. Un número creciente de sus lores y soldados fue llenando el espacio hasta obligar al resto de los hombres a detenerse más atrás. Tan pronto desmontaron y pusieron el pie en la calle adoquinada, Somerset y Percy enviaron exploradores a comprobar las posiciones del enemigo. Los principales capitanes acudieron a patear las puertas de las tabernas que había a lo largo del camino para advertir que no sirvieran cerveza a aquellos de sus hombres que pudieran preferir desvanecerse en las bodegas durante el día. Otros forzaron las puertas de viviendas privadas, entre los gritos de horror de los propietarios, y muchos sencillamente escogieron un rincón limpio en la calle, a la intemperie, mandaron traer los carros de avituallamiento y pidieron prestado combustible y calderos para preparar la comida del mediodía. Sin la presencia del ejército de York a las puertas de la ciudad, habría sido una mañana alegre, pero la amenaza de violencia ensombrecía el ánimo de los hombres mientras se ocupaban de sus quehaceres.

En torno a la posición del rey en la colina se levantaron los adoquines haciendo palanca y se clavaron estacas a martillazos en el suelo con el fin de anclar un gran entoldado donde Enrique pudiera descansar y disfrutar de privacidad. El rey desmontó y esperó pacientemente a que trajeran bancos y una mesa de los carros aparcados cerro abajo, transportados cual tortugas a través del caudal de ajetreados soldados. Al cabo de poco, Enrique y sus principales lores contaban con un lugar donde sentarse y una tienda que los protegía del viento y de las miradas indiscretas.

Mientras se llevaban su caballo para cepillar y alimentarlo, Enrique mandó llamar a Percy, Somerset, Buckingham y Derry Brewer. Se quitó los guanteletes e hizo un asentimiento con la cabeza a los sirvientes, quienes se apresuraron a servirle una copa, una jarra de vino y una bandeja de fiambres. Los cuatro hombres a quienes había convocado entraron en la tienda y permanecieron en pie en silencio, a la espera de sus órdenes.

El rey Enrique dio un trago generoso de vino y chasqueó los labios. Entonces vio a sus médicos, sin destacar tras la primera fila de guardias, y frunció el ceño, al tiempo que se sometía a un examen interno una vez más. Se tranquilizó al comprobar que se encontraba bien. Experimentaba momentos de distracción en los que perdía el hilo de sus pensamientos, pero eran efímeros. No necesitaba reclamar la presencia de esas viajes arañas y soportar sus toqueteos ni ingerir sus dulzones brebajes.

—Milores, maese Brewer, no creo que hoy asistamos a litigios. Esa chusma de traidores congregada a las afueras de la ciudad es nuestra única preocupación. ¿Qué noticias tenéis? ¿Cuáles son vuestras sugerencias?

Somerset fue el primero en hablar. Había enviado a sus exploradores a inspeccionar a caballo toda la población antes de que el rey llegara a sus confines. Por su expresión, lo que había averiguado no lo complacía.

—Su Alteza, hay tres entradas desde el este. Dos de ellas son carreteras angostas, poco más que callejones. Hemos pasado unos arbustos de espino a las afueras de la ciudad y, con poco esfuerzo, podrían usarse para bloquear los accesos frente al ataque más audaz. La tercera es más ancha y más difícil de contener. Necesitaré sacar mesas de las casas, quizá incluso vigas, o un abrevadero de caballos.

Omitió decir que ya había dado orden de hacerlo y que cuarenta hombres trabajaban duro por bloquear ese flanco de la ciudad. Algunos asuntos eran demasiado urgentes para posponerse, y Somerset esperaba que el rey se limitara a dar su consentimiento.

—¿Pretendéis esconderme tras espinos? —preguntó Enrique en voz baja—. Yo..., no me complace esa idea, milord Somerset. A menos de cincuenta kilómetros de Londres, el rey de Inglaterra... —se interrumpió, y dejó de tamborilear los dedos en la mesa de madera.

Tras un breve silencio incómodo, Derry tragó saliva con nerviosismo. Sospechaba que el rey estaba experimentando uno de sus momentos en blanco y decidió hablar para taparlo, tanto si Enrique lo escuchaba como si no.

—Su Alteza, sin voluntad de desairar vuestro honor, hay tres lobos sueltos en el campo. Nadie deja la puerta de su casa abierta con unos ojos tan hambrientos posados en ella. —Hizo una pausa, mientras el rey Enrique pestañeaba, sacudía la cabeza, como si tuviera un espasmo, ponía los ojos en blanco y sufría un nuevo vahído—. Hasta que sepamos qué pretenden York, Salisbury y Warwick, Su Alteza, cerrarles la puerta es mero sentido común.

—Sí, sí, por supuesto, Derry —contestó Enrique—. Como digáis. Confío en vuestro juicio.

Los ojos del rey se iluminaron y, al levantar la cabeza, encontró al conde Percy mirándolo fijamente, con extrañeza.

—¿Y bien, conde Percy? ¿Pensáis quedaros ahí de pie como una estaca? —inquirió Enrique, fulminándolo con la mirada—. ¿Cuántos hombres hay en Keyfield? Podéis contestar vuestras propias preguntas, ahora para mí, las mismas que antes formulasteis al escudero James.

El conde Percy frunció la boca, que le quedó reducida a una fina línea. Dios había colocado a su enemigo más peligroso en oposición al rey, pero su seguridad se agitaba como una vela en la brisa ante la extravagancia de aquel hombre más joven que él.

—Mis hombres aseguran que tienen tres mil soldados, Su Alteza. Informan de la presencia de al menos cuatrocientos arqueros entre los hombres de Warwick, todos ellos vestidos de rojo. Y habrá en torno a dos mil hombres con picas y hachas, mientras que el resto lo integra la caballería. No es un ejército pequeño, Su Alteza, y son traidores, como bien decís. Salisbury ha acudido con su hijo, dos hombres astutos que no han demostrado más que desprecio hacia vuestra autoridad real. A mi parecer está claro que su caída en desgracia los ha herido y sigue enojándolos. No puede haber otro motivo para que se subleven y amenacen al rey.

Enrique dio otro trago al vino y el criado que permanecía en pie junto a su hombro le rellenó la copa de inmediato.

—¿Tres mil? —repitió—. ¡Válgame Dios! ¡Entonces es cierto! Las fortunas de hombres como York y Salisbury han aumentado desmedidamente si pueden permitirse armar y alimentar a una hueste de tales dimensiones. —El rey lanzó una mirada sagaz a su jefe de espionaje—. Brewer, descontando a mi servicio personal, a los jueces, los abogados, los cocineros, los heraldos y similares, ¿cuántos hombres armados se alzan conmigo hoy?

Era una cuestión que Derry había evaluado con Somerset, tras elaborar un cálculo aproximado al acercarse a la ciudad.

—No más de mil quinientos, Su Alteza, aunque podríamos armar a un centenar de los muchachos del servicio si fuera preciso.

—Quienes nos acompañan son soldados de la mejor calidad —añadió Percy—. La guardia personal de vuestros lores, Su Alteza. Cada uno de ellos vale por dos o más de los hombres de armas de los Neville, quienes sin duda estarán temblando ante

la idea de asediar a su rey.

—Os olvidáis de York, lord Percy —intervino Somerset con irritación—. Parecéis pensar sólo en los Neville, padre e hijo, pero es York quien comanda el ejército. York, el que fue protector y defensor del reino. Nuestra preocupación es la lealtad de esos soldados a York, no vuestras rencillas sin trascendencia. —Antes de que el conde Percy tuviera tiempo de soltar una respuesta airada, Somerset volvió a dirigirse al rey —: Su Alteza, ¿me concedéis permiso para bloquear el acceso a la población por las tres vías? No podemos salir a enfrentarnos a tantos hombres, pero sí podemos dejar que se hagan trizas en los espinos si nos atacan.

—Sí, dad la orden —respondió Enrique, todavía considerando cabizbajo el numeroso ejército al cual se enfrentaba.

Somerset hizo la pantomima de convocar a uno de sus hombres y darle las instrucciones pertinentes. El hombre sabía perfectamente que las barricadas ya se estaban erigiendo y Somerset lo apartó de su camino de un empujón antes de que su confusión suscitara preguntas.

Para cuando Somerset regresó ante la presencia del rey, Enrique se había levantado de su silla. Tenía las mejillas algo sonrojadas a causa del vino, pero parecía resuelto y consciente.

—Apostad un centinela en el campanario de la plaza del mercado, listo para tañer la campana y dar aviso de un ataque procedente de cualquier dirección. No me dejaré flanquear, ahora que he llegado a este lugar. Rezad, caballeros, porque aquellos que me esperan no hayan calibrado aún el verdadero alcance y las consecuencias de sus actos. No saldré de este lugar hasta que tal amenaza se haya despedazado o dispersado. Dejadlos venir, si deben hacerlo. Convertiremos esta ciudad en una plaza fuerte contra la que estrellarán sus cabezas. Andad a ocuparos de vuestros asuntos. Sean cuales sean las intenciones de York y Salisbury...

El rey Enrique se interrumpió al escuchar un tumulto fuera de su pabellón. Un heraldo vestido de negro con una rosa blanca en el hombro intentaba avanzar entre la multitud de soldados, entre zarandeos y empujones. Le corría por el rostro un reguero de sangre ocasionado por algún tajo en el cuero cabelludo y, con los ojos como platos, parecía aterrorizado cuando solicitó personarse ante el rey.

—¡Abridle paso! —exclamó Enrique con brusquedad, con una voz tan estentórea que los soldados retrocedieron al instante—. ¡Apartaos de él!

Se abrió un espacio en las filas palpitantes. Jadeante y pálido, el heraldo se arrodilló en las piedras y desplegó un pergamino sellado con lacre blanco y marcado con la rosa de York. Se llevó la mano que le quedaba libre a la herida de la cabeza y observó consternado la mancha roja que teñía sus dedos.

Si bien el heraldo no parecía una amenaza, Somerset le arrebató el pergamino y rompió el sello, para evitar que cualquier enemigo potencial pudiera acercarse lo bastante al rey como para atacarlo. Confuso, el heraldo fue conducido donde no pudiera oírlos mientras el duque leía el comunicado rápidamente, y al hacerlo su

expresión se endurecía.

—¿Y bien? —preguntó Enrique, impaciente.

—York requiere mi presencia, Su Alteza —explicó Somerset con amargura—. Exige que me conduzcan ante él, junto con el conde Percy. Sostiene que somos una influencia nociva en Su Majestad y que hemos difundido calumnias acerca de su deber, su fe y su fidelidad. Solicita vuestra misericordia y vuestro perdón por la presencia de sus hombres de armas, pero... —continuó, ahora leyendo— ruega que se tenga en cuenta que no exige nada para sí más que el juicio justo de los «viles consejeros» de vuestra corte.

—¿Se me menciona a mí? —quiso saber Derry Brewer.

—No —respondió Somerset sin alzar la vista.

—¡Ah! ¡Que se vaya al diablo! —exclamó Derry—. He sido una espina en el costado de ese hombre durante años ¿y ni siquiera incluye mi nombre en su lista? ¡Creedme, milord, es peor ser ignorado!

La indignación del cabecilla de los espías provocó una sonrisa tensa en Somerset mientras continuaba leyendo. Derry, por su parte, observó al rey, con la esperanza de que tuviera un estallido de cólera. Enrique se había quedado muy quieto mientras Somerset leía y la sangre parecía haberle abandonado el rostro.

—No permitiré que uno de mis lores me formule tales demandas —contestó Enrique, casi en un susurro—. Respondedle, Somerset. Decid a vuestro heraldo que proclame a oídos de todos que York, Salisbury y Warwick serán considerados traidores, condenados y acusados de perfidia si no parten de inmediato de este lugar a la espera de mi juicio y suplican clemencia. Decidle eso y nada más. Entonces veremos.

El conde Percy estaba radiante, según pudo apreciar Derry. Aquel tempestuoso día primaveral no podría haberse vuelto más en su favor, ahora que la ira del rey azotaba a los enemigos acérrimos personales de Percy. Somerset hizo una reverencia y abandonó la estancia. Derry hizo una breve pausa para solicitar el permiso del rey y excusarse antes de seguirlo, y se llevó consigo al heraldo de York, que seguía sangrando, agarrado fuertemente por el brazo mientras descendían hacia las barricadas formando un reducido grupo.

Los hombres de Somerset habían estado ocupados desde el mismo momento en que habían llegado a la ciudad, según pudo comprobar Derry. Además de arrancar arbustos espinosos de raíz, habían atado con cuerdas docenas de pesadas mesas y sillas bloqueando en toda su anchura las tres vías de acceso por el este de la ciudad. No era una barrera inexpugnable, pues cualquier cosa que el hombre hubiera hecho podía ser derribada por otro hombre, pero Jasper Tudor había conducido a sus arqueros galeses a aquellos puntos por iniciativa propia: hombres bajitos vestidos de oscuro y armados con largos arcos de tejo para defender las barricadas e incluso

tregar a ellas para disfrutar del campo visual más aventajado. Derry se estremeció ante la idea de asaltar una posición como aquélla. No envidiaba a las tropas de York, si acudían en contra del rey.

Somerset ayudó al heraldo de York a trepar por encima de la masa de madera y zarzas, haciendo caso omiso de sus protestas cuando las ropas se le enganchaban y desgarraban. En su camino de retorno, Derry se percató de que el emisario asimilaba hasta el último detalle de los arqueros. Y no parecía complacido con lo que veía.

En aquel momento llegó volando una piedra desde el exterior, que describió un arco en el aire e hizo que un arquero maldijera en galés al verse obligado a recular para no ser alcanzado por ella. Derry tensó la boca enojado.

—¡Milord Tudor! —gritó en voz alta—. ¿Saben vuestros hombres que el rey Enrique ha dado órdenes de defender la posición aquí y no lanzar ningún ataque?

No era estrictamente cierto, pero su grito iba dirigido a quienes podían dejar que la irritación o un dolor repentino domeñara su pensamiento. El arquero que había esquivado la piedra le lanzó una mirada asesina desde su posición en lo alto de la barricada, pero el conde Jasper Tudor asintió con la cabeza y, hablando en galés, increpó al arquero agitando el dedo hasta obligarlo a humillar la cabeza y clavar la vista en el exterior. Otro gran pedrusco impactó en la madera y Derry maldijo entre dientes. Somerset andaba ocupado instruyendo a su propio heraldo, pero el problema era que no podía confiarse en unos hombres armados cuando se sentían amenazados. Escuchó a uno de los galeses insultar a gritos a alguien que había al otro lado, fuera de la vista. Los compañeros del arquero se carcajearon, mientras que a Derry se le hundía el ánimo. La barricada estaba construida, en gran parte, con madera seca. Vio que había cubos de agua preparados por si le prendían fuego, pero había distintos tipos de chispas.

El heraldo de Somerset acabó de asentir con la cabeza tras recibir sus instrucciones y trepó la barricada con ayuda de los galeses, tras lo cual partió pisándole los talones al emisario de York. Lo hizo con el rostro desencajado, pues la perspectiva de tener que atravesar filas de soldados burlones al otro lado de la barricada no le entusiasmaba en absoluto.

Somerset se acercó caminando a Derry, que andaba asomándose al exterior entre los huecos de los espinos, con expresión desconsolada.

—Si York conserva algo de sentido común, retirará a sus hombres antes de que alguien le ensarte el cuello con una saeta o profiera un insulto equivocado —observó Somerset.

—Son los hombres de Salisbury, milord. Y parece que buscan brega. Milord, si escucháis que el conde Percy tiene intenciones de descender aquí, convendría que lo disuadierais de hacerlo. Percy y Neville tienen multitud de asuntos que solventar, y no me gustaría que lo hicieran hoy. Espero que entendáis a qué me refiero.

Mientras Derry hablaba, cayó sobre ellos otra lluvia de piedras, una de las cuales impactó en la espalda de un arquero, que, chillando, se precipitó sobre los espinos

antes de resbalar entre dos grandes mesas de roble. Los hombres que estaban cerca de él gritaron encolerizados y Derry vio a uno de ellos, con el rostro ensangrentado, tensar el arco mientras mostraba los dientes. Jasper Tudor gritó una orden, pero el arquero soltó la flecha e instantes después aulló triunfal. Otra media docena tomaron aquel gesto como señal de atacar y las órdenes de Tudor se perdieron en un fragor procedente de ambos bandos.

Derry oyó un grito de dolor por encima del estruendo y estuvo a punto de perder pie cuando toda la barricada se tambaleó adelante y atrás. Notó hachas cortar la madera y desenvainó el machete que llevaba atado a la cadera.

—¡Por todos los demonios! —farfulló—. ¡Milord Somerset, necesitamos refuerzos aquí!

En respuesta a sus oraciones, una tropa de soldados acudía ya corriendo hacia la carretera bloqueada, con las espadas desenvainadas y listas para el ataque. Somerset los ordenó en filas y Derry retrocedió para observar las defensas. La barricada constituía un obstáculo brutal, tanto si quienes había al otro lado eran sólo un reducido destacamento de hombres alborotados o las primeras filas de un asalto en toda regla por parte de las tropas de Salisbury. Resistiría durante un tiempo, protegida por las descargas de los arqueros de Tudor, que se gritaban el número de dianas unos a otros cuando acertaban un objetivo a corto alcance. Para asombro de Derry, uno de ellos declamaba en verso, llamada y respuesta, y el resto de los arqueros galeses recitaban con él.

Somerset notó a Derry prácticamente bailar de indecisión.

—Yo me ocupo de esto, Brewer —le dijo—. ¡Id!

Derry corrió, atajando alrededor de la vivienda de madera de algún mercader rico y a lo largo de la segunda y la tercera barricadas. Eran incluso más densas que la primera, callejones más estrechos bloqueados hasta la altura de dos hombres y abarrotados de soldados encaramados a los travesaños de las casas a ambos flancos para divisar bien al enemigo.

—¡Mantened la posición! —gritó Derry al llegar a su altura, sin cuidado de si le correspondía a él o no dar órdenes—. ¡Que no pasen!

Las barricadas eran bastante robustas, según pudo comprobar mientras regresaba corriendo colina arriba hasta la plaza del mercado, donde el rey y el grueso de la columna real seguían hacinados. A cada paso que daba, Derry pasaba junto a hombres que abandonaban de un brinco sus platos y lugares de reposo para descender como un torrente en dirección al fragor de la batalla. Reinaba el caos, sin una figura clara a cargo de nada. Derry maldijo entre dientes a York y a Salisbury mientras ascendía por aquella colina tan rápido como podía hasta notar el aliento como una llama en los pulmones.

York apretó los puños con fuerza tras la espalda mientras se hallaba frente al heraldo

de Somerset. El hombre había hincado ambas rodillas en el suelo en presencia del duque y del conde Salisbury, pero el hecho de lucir los colores de Somerset en lugar de los del rey implicaba que York sabía lo que había venido a anunciar antes de que abriera la boca. La expresión de York se ensombreció más todavía cuando el emisario, nervioso, repitió tartamudeando el mensaje que portaba. Las palabras que el rey Enrique había pronunciado mientras estaba rodeado de sus lores leales sonaron mucho más duras en la carpa de York.

—Debéis pa... partir de este lugar a la espera del juicio del rey... —El heraldo carraspeó y se frotó la coronilla bajo la gélida mirada de York antes de proseguir—: ... y suplicar su clemencia. —Cerró la boca y humilló la cabeza, rezando por su propia vida, porque no lo apalearan o asesinaran por portar tal mensaje.

En la lejanía, cerca de la ciudad, empezaba a formarse un bullicio; llegaban gritos de enojo. Todo parecía distante en aquel momento y el heraldo tragó saliva, incómodo.

—¿Acusado de perfidia y condenado? —repitió York sin salir de su asombro, sacudiendo la cabeza—. ¿Lo único que me ofrece el rey Enrique es su condenación?

—Me ordenaron repetir exclusivamente las palabras del rey, milord. Yo... no estoy autorizado a añadir nada más.

Los gritos se habían transformado en un bramido y York apartó la vista del desventurado objeto de su ira.

—¿Salisbury? Enviad a alguien a comprobar... No, dejadlo, iré yo mismo.

A grandes zancadas, dejó atrás al heraldo sin molestarse siquiera en excusarlo. Salisbury salió en pos de York, pisándole los talones, y, al verse a solas en la carpa de mando, el emisario se enjugó el sudor de la frente.

York maldijo cuando, al proyectar la vista hacia el otro lado de aquel campo, vio la barricada que bloqueaba la carretera nueva meciéndose adelante y atrás y escuchó gritos y alaridos resonando en el terreno. Divisó arqueros revolviéndose alrededor de la construcción improvisada, lanzando descargas de saetas mientras se esforzaban por mantener su posición.

—Ordenad a vuestros hombres que retrocedan hasta quedar fuera de su alcance —espetó York—. Y luego convocad a los capitanes.

Salisbury asintió con la cabeza sin mediar palabra, esforzándose por no dar muestras de su propia satisfacción. La oportunidad para la paz se había presentado y desvanecido con las exiguas y temerarias palabras del rey. Salisbury sintió deseos de bendecir a Enrique en aquel momento.

El sol proseguía su ascenso cuando treinta y dos hombres se congregaron alrededor de York. Todos eran veteranos, iban bien armados y acumulaban experiencia suficiente como para que sus nobles patrones los hubieran colocado al mando de sus tropas. Consciente de la adusta determinación de aquellos comandantes, York escogió las palabras adecuadas.

—He recibido al heraldo del rey Enrique —empezó a decir, con una voz que



traslucía en gran medida cuán encolerizado y traicionado se sentía.

Centenares de soldados comenzaron a acercarse corriendo al reducido grupo de capitanes al caer en la cuenta de que su destino estaba sellado. Las barricadas se abandonaron entre los abucheos de los arqueros galeses a los soldados que se replegaban. Una docena de cadáveres yacían a los pies de los espinos y la madera apilada, ya enfriándose.

—Si bien yo estaba decidido a resolver este asunto sin necesidad de recurrir a las armas —continuó York con dureza—, tal posibilidad me ha sido negada. El rey Enrique está rodeado de facinerosos que sólo piensan en pisotear los nombres de York y Salisbury. Y también el de Warwick. —Era tal la cólera que sentía que su voz se convirtió en un bramido—. ¡No os equivoquéis! ¡Mi disputa no es con el rey! No soy ningún traidor, pese a que hay unos cuantos insensatos que así me califican y que declararían traidores a todos los aquí presentes. No creo que mi súplica para que se haga justicia haya llegado siquiera a oídos del rey, sino que, en su lugar, debe haber caído en manos de mentirosos y truhanes que la han retenido. Si el rey hubiera escuchado mis demandas, me habría concedido una audiencia bajo una tregua.

Hizo una pausa para mirar con furia a los allí congregados y comprobó que sus palabras estaban llegando a un extenso público. Su pecho se henchía, mientras Salisbury permanecía en pie en silencio, contemplando cómo la ira de su amigo se contagiaba a los soldados, al margen de adónde condujera.

—¡En lugar de ello, se me ha despreciado! ¡El rey me ha retirado su favor espoleado por hombres inferiores! Quienes se alzan en Keyfield serán apresados y colgados acusados de traición a menos que hoy zanjemos este asunto. Es la única opción que se me ha dado. ¿Debo escoger escabullirme? ¿Debo dejar a mi rey en las garras de traidores que susurran a sus oídos, a la espera de un juicio que significará el final de York?

Enardecidos por tales palabras, los hombres que lo escuchaban tras sus capitanes proclamaron su apoyo a gritos, emitiendo un rugido de palabras indescifrables. Muchos de ellos eran oriundos del condado de Yorkshire y leales a la casa de York por encima de todas sus demás reivindicaciones. Incluso entre los soldados de capa roja de Warwick hubo puños en alto y voces que clamaban por deponer a los consejeros del rey.

—¡Ya han derramado la sangre de hombres buenos que no deseaban más que la paz! —les gritó York, señalando hacia las barricadas y los cadáveres tirados en el suelo—. Ahora conocerán mi respuesta. Derribaremos sus barricadas de espinos y liberaremos al rey de sus garras.

Cada vez eran más quienes lo vitoreaban con la respiración acelerada al escuchar su arenga, en pie sobre la tierra batida.

—La seguridad del rey Enrique corre de vuestro cargo y el mío —advirtió York—. ¡Que el rey no sufra ni un rasguño, por el alma y el honor de cada uno de vosotros! ¡No soy ningún traidor! ¡Y no veo a ningún traidor aquí!

El ruido había ido en aumento a cada momento, hasta tal punto que York tuvo que gritar con todas sus fuerzas sólo para hacerse oír.

—¡Capitanes! Regresad junto a vuestros hombres. Penetraremos en la ciudad y rescataremos al rey Enrique de quienes lo retienen. ¡Id, caballeros! ¡Demostradles vuestra furia! York por la izquierda, Salisbury por el centro y Warwick por la derecha. Y ahora, formad filas. ¡Tomad esa ciudad en mi nombre! Salvad al rey. ¡Dios salve al rey!

Mientras sus últimas palabras hallaban un gran y ronco eco a sus pies, los capitanes regresaron corriendo a sus posiciones, seguidos por centenares de sus hombres, de tal modo que la multitud pareció estallar desde el epicentro en el que York se alzaba. En cuestión de momentos, tres grupos de batalla de un millar de hombres asieron sus armas, se encajaron las armaduras y ocuparon prestos sus posiciones frente a la plaza fuerte.

Salisbury, Warwick y el hijo de York, Eduardo, aguardaban en silencio cuando York se volvió hacia ellos con la cara enrojecida de tanto gritar. Salisbury sacudió la cabeza impresionado.

—¡Por el buen Dios, Ricardo! Os he visto transformado en vuestro bisabuelo. ¡Que me aspen si su sangre no corre por vuestras venas!

—¡Recordad que yo quise la paz ante todo! —replicó York, posando la vista en su hijo. Mantuvo los ojos fijos en Eduardo para hacérselo entender—. Liberaré al rey Enrique de quienes los tienen rehén, nada más que eso. Ésa es mi orden. Tal vez me llamen traidor. Pero yo no lo seré.

Eduardo tragó saliva y asintió con la cabeza, claramente henchido de orgullo.

—Mantente junto a mí, muchacho —le ordenó York, con tono más suave, antes de levantar la cabeza para dar la orden formal—. Conde Salisbury, si me hacéis el honor, vuestra posición es el campo central. Conde Warwick, la vuestra es el ala derecha. Hay tres vías de acceso a la ciudad, caballeros. Todas ellas están protegidas y bloqueadas. Apuesto a que yo ascenderé por esa colina antes que vosotros.

Sonrieron, tal como él había pretendido que hicieran, y entonces su semblante adoptó una expresión seria.

—Proteged al rey, caballeros. Por encima de todo y con vuestras vidas, si es preciso. Nuestra contienda es con Somerset, Buckingham y Percy, no con Enrique de Lancaster. Dadme vuestra palabra.

Los tres juraron por su honor y York asintió, satisfecho.

—La mañana está ya madura —dijo—. Aprovechemos la luz.

**J**asper Tudor había distribuido a sus arqueros galeses entre las tres barricadas; había enviado treinta arqueros y un capitán experimentado a cada una de ellas. Había intuido que serían hombres valiosos para sumar al tribunal itinerante del rey, pero no había anticipado que serían absolutamente fundamentales para su defensa. Las casas cuya pared posterior daba a Keyfield tenían una o dos ventanas altas incrustadas en las murallas, ideales para apostarse, de tal modo que los galeses pudieran rociar una lluvia continua de saetas sobre las fuerzas atacantes. Tudor sintió una mezcla de satisfacción y pasmo al ver las barricadas balancearse y estremecerse. No se trataba de una mera incursión o una escaramuza, de eso estaba seguro. Afuera, sobre la tosca tierra, se habían formado tres ejércitos que luego habían atacado con un rugido y gran estrépito.

La barricada gimió, empujada adelante y atrás. Tudor escuchó algo crujir en la parte central, un crujido distinto al ruido seco de los arcos procedente de todas partes. Los soldados yorkistas empleaban largas picas para desgarrar las cuerdas y retrocedían para tomar impulso. Otros hombres los protegían con escudos, y habrían hecho añicos la barricada en un abrir y cerrar de ojos de no haber sido por sus arqueros. A una distancia de apenas tres metros y medio, sus muchachos lanzaban flechas que ensartaban a los esforzados guerreros, reían y anunciaban en voz alta el recuento de aquellos a quienes habían arrebatado la vida. Uno de sus capitanes recitaba los versos de *Y Gododdin*, el poema marcial, dando con ello los ánimos de quienes conocían el idioma e irritando al resto.

Tudor avistó al hijo de Percy, lord Egremont, descendiendo al galope la colina con apenas una veintena de hacheros pisándole los talones. Egremont analizó la situación de un vistazo y sonrió a Tudor, un gesto de apreciación por sus esfuerzos, mientras organizaba a sus propios hombres para repeler cualquier avance repentino. Sin los arqueros, la barricada habría caído antes de que le hubiera dado tiempo a llegar, y lo cierto es que los arqueros seguían causando estragos, vaciando sus aljabas hasta que los hombros les temblaban por la tensión acumulada.

Tudor retrocedió cuando unos cascotes de ladrillo de barro cayeron a su alrededor. Algunos de sus muchachos habían entrado en la casa que dominaba la calle y habían abierto a puntapiés un boquete en la pared de la planta superior. Uno de ellos se asomó por ella para buscar el mejor punto de observación, mientras un compañero lo sujetaba del brazo desde el interior. Tudor alzaba la vista hacia él cuando una saeta procedente del otro lado atravesó el peto del arquero, que perdió el agarre de su amigo y se precipitó a la calle, donde impactó de cabeza. Tudor escuchó a Egremont soltar una maldición, impresionado por tal visión, pero ambos sabían que York llevaba también arqueros. Se los había desplegado al otro lado de la barricada y la labor de defender la calle devino mucho más ardua, un juego de miradas rápidas y lanzamientos aún más rápidos. Habiendo otros arqueros a la espera de que asomaran

la cabeza, los arqueros de Tudor no se atrevían a apuntar durante más de un latido de corazón. A resultas de ello, su precisión mermó y los destacamentos con picas de York debilitaron fragmentos de las barricadas, jaleando cada pequeña reducción en la masa de zarzas, cuerda y madera que obstaculizaba su camino. En el lado de la calle, Tudor vio a los hombres de Egremont apilar más mesas y arrastrar arbustos espinosos arrancados de raíz desde un gran montón para rematarlas. La barricada crecía y se hacía más densa, prácticamente a la misma velocidad a la que se desgarraba.

Jasper Tudor giró sobre sus talones al notar a Egremont aproximarse. Tudor era un conde ante un mero barón, de modo que Egremont lo saludó con una gran reverencia, para deleite interno del galés. Egremont era más alto y corpulento que él, con un pectoral inmenso y los hombros de un espadachín entrenado desde su más tierna infancia. Pero Jasper Tudor era el hermanastro del rey. Sonrió a modo de saludo.

—He enviado a un mensajero junto a mi padre —informó Egremont—. Creo que podemos retenerlos aquí. Necesitaremos más hombres, y disponerlos para mantener las barricadas.

Egremont hablaba con el ceño fruncido, gesto que Jasper Tudor entendió al instante. Los hombres como Egremont estaban adiestrados para maniobrar en el campo de batalla, no para defender mesas y espinos en un callejón. Si los soldados de York se abrían paso, la lucha sería encarnizada, pero, hasta entonces, era un empate fastidioso y agotador.

—¿Tenéis noticia de algún otro plan aparte de bloquear los accesos? —quiso saber Tudor.

Egremont le dedicó una mirada hosca, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Todavía no. Dios sabe que no podemos retener al rey en una ciudad hasta la eternidad. Creo haber visto emisarios cabalgando hacia el sur, aunque, si lo que solicitan son refuerzos, podríamos estar aquí una semana esperando a que acudan.

—Y más hombres podrían venir también a reforzar las tropas de York —apuntó Tudor, mientras se frotaba la cara con una mano.

—Mi padre dice que los galeses sois todos astutos, como los escoceses —dijo Egremont con una media sonrisa—. ¿No podéis utilizar esa astucia para idear un modo de vencerlos? Tengo un deseo imperioso de ver la cabeza de Salisbury ensartada en una pica hoy, junto con la de sus hijos. Su familia quedará reducida a nada tras esta traición. Al menos eso me reconforta.

—A vuestro padre no le gustan mis compatriotas, ya me he percatado de ello —comentó Tudor con cautela.

—No. Os denomina troles —replicó Egremont a la ligera—, aunque debo deciros que sí le gustan vuestros arcos. Yo aún tengo que forjarme mi propia opinión.

—¿De los arcos o de los hombres?

—De los hombres. Daría una heredad de buen tamaño por contar con más arqueros vuestros en estos momentos. De eso estoy seguro. Es posible que roben las

cucharas, pero sabe Dios que tienen buena puntería.

El conde Tudor observó con atención al joven barón, con las cejas enarcadas por la sorpresa. Al cabo de un momento cayó en la cuenta de que Egremont lo estaba provocando por diversión y soltó una carcajada.

—Justamente se me han quejado de que no podían echar mano a las cucharas. Cada vez que entran en una casa, una de vuestras vírgenes inglesas los encierra en un armario. Creo que necesitaréis esas cucharas para alimentar a unos cuantos bastardos galeses el año que viene.

—Ésa es otra de las cosas que os llama mi padre —replicó Egremont.

Le dio una palmadita en el hombro a Tudor y ambos soltaron una risotada que sirvió para aliviar la tensión. Thomas le tendió la mano y Jasper Tudor se la estrechó brevemente; ambos apretaron con la fuerza suficiente para machacar al otro.

Entre tanto, trescientos hombres de armas descendieron al trote por la colina, vestidos con las sobrevestes azules y amarillas de los Percy y portando estandartes. Egremont alzó la vista, complacido de divisar a los hombres de su padre.

—Resistiremos aquí... todo el día o toda la semana, si es preciso. Por más que me irrite no ser capaz de contraatacar, sí podemos ocasionarles un gran número de bajas desde las barricadas. En cualquier caso, al menos el rey está seguro. Mención aparte de su maldita arrogancia, York y los Neville se han equivocado de ciudad para atacar... y han escogido el modo erróneo de hacerlo.

Durante toda una hora, Warwick observó impasible cómo un muro de escudos y piqueros asaltaban una barricada tan alta como su propio corcel. Había ocultado su furia toda la mañana. Tanto su padre como York tenían sus propios motivos para estar allí, pero entre ambos habían desjarretado a los capitanes a quienes comandaban. York había perseguido una reunión con el rey bajo una tregua, mientras que su padre lo único que ansiaba era ponerse a tiro de los lores Percy. A resultas de ello, habían malgastado cualquier oportunidad de utilizar el gran ejército que habían congregado en San Albano. Si Warwick hubiera podido hacer que el día amaneciera de nuevo, sabía que habría interceptado al rey en la carretera, en campo abierto. Ello habría obligado a Enrique a rendirse; de otro modo, habrían masacrado su columna, abrumándola con su gran número de arqueros y hombres de armas. En lugar de ello, su padre y York habían logrado colocarse en una posición que obligaba a tres mil hombres a pasar por el embudo de callejones angostos para penetrar en la ciudad. La colosal ventaja que les daba contar con un ejército más numeroso era poco menos que inútil, y lo único que le quedaba a Warwick era agradecer a Dios que sus arqueros estuvieran allí para contrarrestar el ataque de los galeses desde el otro lado. Sin sus capas rojas, aquello habría sido una masacre y, aun así, las barricadas resistían, con ambos bandos trabajando en ellas.

Warwick apretó la mandíbula, frustrado. Había rehusado la idea de provocar

incendios tan pronto como había visto las casas con vigas de madera a ambos lados. La ciudad al completo se habría convertido en un horno y en una tumba para el rey. York había dejado rotundamente claro que no aprobaría una acción de esa índole, lo cual obligaba a sus soldados a empujar, luchar y morir, sin lograr abrirse paso.

Warwick hincó las espuelas y cabalgó en su montura en dirección a las afueras, siguiendo la línea de muros traseros de las edificaciones. Atisbó la torre de la iglesia de San Pedro encaramada a la ciudad y tuvo la sensación de ser observado. La tensión repentina de sus ojos fue el único indicio de su interés, invisible a quienquiera que lo estuviera observando. San Albano era una población antigua, que se había extendido más allá de las vías principales en todas direcciones. Algunas de las casas tenían jardines en la parte posterior y había visto un breve tramo de vallas de madera bordeando una magnífica vivienda blanca. Parecía que tras ella había un espacio al aire libre, como si el hueco recorriera el lateral de la casa en toda su longitud.

Los soldados reales habían bloqueado las carreteras, lo cual había conducido a su padre y a York a asaltar aquellas barricadas a ciegas. Cuanto más observaba Warwick, más se preguntaba si no habían considerado que podían existir otros accesos. Él había luchado en Londres cuando la guarnición de Kent de Jack Cade había atacado la ciudad. Quizá fuera aquella agresión insensata por callejones secundarios, con el agravante de la oscuridad de la noche, lo que le había impulsado a buscar una ruta para salvar los obstáculos en su camino.

Uno de sus caballeros vasallos pasó cerca de él, trotando en su caballo seguido por una docena de hacheros con cota malla que corrían en su estela. Warwick lo llamó.

—¡Gaverick! ¡Sir Howard! —gritó Warwick, sintiendo un escalofrío de emoción.

Cuando el caballero se alzó la visera y miró a su alrededor, Warwick le hizo un gesto para que se aproximara. El grupo se detuvo, relajándose al instante a la menor oportunidad de descansar.

—Necesito... trescientos hombres frescos. Un centenar de mis arqueros de capa roja y el resto con hachas y escudos. Hombres rápidos, sir Howard, hombres capaces de correr y de causar una devastación si conseguimos abrirnos camino. Que no suenen los cuernos. Hay ojos vigilantes en todas las ventanas de la ciudad, listos para portar las noticias con premura a los partidarios del rey. Reunid a los hombres y preparaos para seguirme.

El caballero miró brevemente hacia el lugar desde donde York y Salisbury contemplaban el asalto a las barricadas. Warwick negó con la cabeza antes de que sir Howard tuviera oportunidad de formular su pregunta.

—No. Yo no importunaría a York con esto, no hasta que sepa adónde conduce.

Warwick tenía veintiséis años y había heredado el servicio de hombres como sir Howard apenas seis años antes. Habló con toda la seguridad que fue capaz de reunir, consciente de la lealtad del hombre a sus colores y rango.

—De acuerdo, milord —convino sir Howard de forma envarada, encorvándose

desde la cintura—. Muchachos, permaneced aquí con lord Warwick. No causéis problemas.

Lo dijo a la par que señalaba a un individuo con aspecto de bruto que ya se había acomodado en la oscura tierra y rebuscaba en su morral un bocado que echarse al estómago. El hombre lo fulminó con la mirada, al tiempo que arrancaba un trozo de fiambre con los dientes. Warwick vio a sir Howard abrir la boca para hacer un comentario, pero se lo pensó dos veces, dio la vuelta a su montura y galopó hacia el contingente principal.

Warwick lo observó alejarse, escudriñándolo con los ojos mientras reflexionaba. Dio media vuelta mientras el resto de los hombres se sentaban donde se encontraban, alentados por el ejemplo del primero. Warwick dudó y luego se enfadó tanto consigo mismo como con ellos.

—Levantaos. Venga, en pie, todos vosotros. Os quiero listos para marchar y luchar.

Ninguno de ellos respondió, si bien algunos se pusieron en pie de un brinco. Los otros se levantaron más despacio, dando muestras de irritación. Warwick les devolvió sus miradas fulminantes hasta comprobar que sólo el primer hombre permanecía sentado y lo miraba con una media sonrisa en el rostro.

—¿Quién sois vos —preguntó Warwick— para desoír una orden en el campo de batalla?

El hombre se puso en pie súbitamente al escuchar tales palabras, revelando su enorme altura y corpulencia y su rostro semioculto por una barba negra.

—Fowler, milord. No he escuchado la orden, milord. Os seguiré, no debéis preocuparos por mí, milord.

Hablaba con estudiada insolencia, mientras quienes lo rodeaban daban muestras de incomodidad. Warwick cayó en la cuenta de que no era alguien que despertara simpatías; más bien parecía una de esas personas que enoja a quienquiera que se cruce en su camino. Pese a ello, necesitaba hombres enfadados para lo que tenía *in mente*.

—Habéis sido lento levantándoos, Fowler. Seréis el primero en entrar en la ciudad, conmigo. Quedad rezagado y seréis colgado, pero luchad bien y ascenderéis. —Warwick se encogió de hombros de manera deliberada, como si su elección le trajera sin cuidado—. Tomad ahora vuestra decisión y yo os observaré y decidiré.

Durante lo que se le antojó una eternidad, Fowler le sostuvo la mirada, revelando en sus oscuros ojos un profundo resentimiento apenas disimulado.

—Lucharé bien, milord. No perdería una oportunidad de clavar buen acero en las entrañas de los queridos nobles del rey ni por un año con dos Navidades. Si vos nos guiáis, eso sí, milord.

—Observadme —replicó Warwick, irritado con él.

Lo salvó de continuar con aquella conversación el retorno de sir Howard acompañado de centenares de hombres, que rodearon al joven conde en su caballo de

batalla.

—Con tantas miradas puestas sobre nosotros, no señalaré el camino —les gritó Warwick mientras se ubicaban, a la espera de órdenes—. Mi objetivo es atravesar por los jardines de las casas y abrirnos paso ladera arriba hasta la posición del rey. Los maceros marcharan en el frente. Derribad todo cuanto encontréis en nuestro camino. No nos veo trepando vallas como críos tras robar unas manzanas. —Hizo una pausa mientras los soldados congregados reían—. Si hay una manera de entrar, no nos detendremos. Si han erigido otras barricadas más adelante, nos desviaremos y abalanzaremos sobre quienes las defiendan en primera línea. Ésas son mis órdenes. El grito es «Warwick», pero no hasta que estemos dentro. ¿Está claro?

Trescientas voces mascullaron «Sí, milord» mientras Warwick desmontaba.

Vio a Fowler arquear las cejas, pero la ruta que esperaba poder tomar sólo sería transitable a pie. Sin embargo, no se desharía de su armadura, por mucha velocidad que le restara. Una vez más, Warwick recordó su experiencia en los sombríos callejones durante la rebelión de Cade y reprimió un estremecimiento. Desenvainó su espada y bajó su escudo, agarrándolo por las correas.

—¡Seguidme! ¡Martillos y hachas al frente!

No era posible correr con una armadura metálica integral. Warwick caminaba todo lo rápido que podía, con sigilo, mientras trescientos hombres corrían tras él. Al principio, parecía que su intención era reforzar el muro de escudos frente a las barricadas, pero luego Warwick se desvió a la derecha y bordeó las paredes traseras de las casas. El ruido que provocaban distaba mucho de ser un tintineo agradable: eran los pasos contundentes y el campanileo de hombres armados, dispuestos a masacrar lo que quiera que encontraran en su camino.

Warwick alcanzó la casa que había divisado con anterioridad y alzó la mano para indicar a sus hombres que se detuvieran. Fowler había sido fiel a su palabra; había permanecido tan cerca de la espalda de Warwick que el joven conde se preguntaba si, de hecho, no sería una amenaza. Fowler se hallaba listo para el ataque, con una de sus cejas enarcada de manera imperturbable.

—Agarradme de la bota y levantadme, Fowler —le ordenó Warwick—. Necesito mirar.

El hombretón gruñó y dejó su hacha junto a la cerca, agarró con fuerza al conde y lo impulsó con tal ímpetu que lo elevó hasta lo alto de la valla, desde donde se veía el jardín.

Warwick respiró aliviado al aferrarse al borde de la cerca. Más allá, un angosto callejón de apenas la anchura de la espalda de un hombre se extendía a todo lo largo de la casa. Divisó una puerta que bloqueaba la vista de la calle, pero parecía prometedora.

—Descendedme, Fowler —indicó Warwick.



El hombre parecía dispuesto a sostenerlo allí en alto durante todo el día, pero entonces lo soltó de golpe y Warwick aterrizó con un estruendo metálico. Alzó la vista enojado, pero a tan corta distancia cayó en la cuenta de que su cabeza sólo llegaba al punto más bajo de la barba del soldado. Fowler pareció percatarse de su diferencia de estatura en aquel preciso instante y sonrió de oreja a oreja.

—Os doy las gracias —le agradeció Warwick, palabras que fueron recibidas con un encogimiento de hombros mientras él se volvía hacia el resto de los hombres—. Debemos derribar esta cerca. Después de eso, ascenderemos atravesando la ciudad. Si conseguimos llegar a la calle principal, nuestra misión será gritar «Warwick» y helar la sangre a los soldados del rey. La mayoría de ellos han descendido a defender Keyfield, pero el rey estará protegido. Sabré más cuando llegemos a la cumbre. Espero que tengáis los pulmones y el corazón necesarios para esta carrera.

—Si vos los tenéis, milord —masculló Fowler.

—¡Silencio, Fowler! —lo cortó Warwick, tajante.

El hombretón pareció cernirse sobre él durante el momento que siguió, pero uno de los hacheros le dio un empujón por un costado, a modo de advertimiento tosco.

—Eso, cállate, bravucón —dijo otro soldado—. ¿O quieres que regresemos allá atrás a intentar derribar esas barricadas a empujones? Porque yo prefiero estar aquí.

Warwick comprobó que quien hablaba era uno de sus arqueros de capa roja y se sonrió para sus adentros, al ver que la tela de paño estaba limpia y cepillada, una prenda lucida con orgullo.

Fowler resopló y agachó la cabeza con obstinación, si bien pudo comprobar que tenía a la concurrencia en su contra. Warwick no aguardó más.

—¡Derribad la cerca! —ordenó—. ¡Hacheros y martilleros!

Apenas había espacio para que unos pocos hombres se sostuvieran en pie y golpearan la madera con el pesado hierro. La cerca era una construcción antigua cuyos travesaños principales estaban fabricados con roble resistente. Aun así, quedó reducida a astillas en cuestión de momentos y entre los primeros hombres en atravesarla figuraron Warwick y Fowler, convertido en la sombra del conde.

El peso de la cota de malla y las armas por sí solo podría haber bastado para reventar la desvencijada verja situada en el extremo opuesto del angosto callejón. Quienes iban en la fila delantera la atacaron con los martillos y se hizo añicos sobre la carretera. A su izquierda escucharon el tumulto de la barricada más cercana, el rugido y los gritos furiosos de los soldados que participaban en la refriega. Ante ellos se extendía una estrecha vereda entre hileras de casas que ascendía colina arriba.

—¡Continuad avanzando! ¡Que nadie se detenga! —gritó Warwick por encima de su hombro.

Atisbó a dos soldados con los colores de Percy detenerse sobresaltados. Ambos fueron derribados a hachazos despiadados por los hacheros antes de que pudieran dar la alerta, y luego apuñalados y pisoteados por quienes venían detrás.

El sol se hallaba casi sobre sus cabezas y el día se volvía más caluroso a medida

que los trescientos hombres de Warwick corrían retándose colina arriba. Ninguno de ellos conocía bien la ciudad, pero el rey seguramente se habría instalado en el punto más elevado. Mientras continuaran subiendo, lo encontrarían.

En algún lugar más abajo, Warwick escuchó el sonido de los cuernos de alerta emitir una nota distinta, mientras los hombres de ambos bandos se notificaban a gritos su incursión. Sonrió al imaginar a su padre y a York recibir la noticia de que ya había penetrado en la ciudad. Quienes se hallaban en las barricadas abandonarían sus puestos para frenar su avance. Y entonces la ventaja numérica de York sería decisiva.

Para su consternación, Warwick se descubrió respirando con suma dificultad, con el corazón martilleándole y con un fuerte escozor en los ojos a causa de la sal del sudor. Había avanzado con la visera levantada, pero subir una colina con la armadura puesta requería un esfuerzo descomunal y se preguntaba si, al llegar a la cima, el corazón no le reventaría por el esfuerzo.

Las mujeres proferían gritos de terror y alarma desde las altas ventanas al verlos pasar, pero sus trescientos hombres continuaron ascendiendo por la población como una puñalada, sin cruzarse apenas con ningún soldado armado. En su camino, Warwick vio una calle principal que recorría la cresta en toda su longitud y marcaba el punto más elevado. Le costaba creer que hubiera tenido tanta suerte hasta entonces, aunque, al detenerse justo antes de la confluencia de dos calles, estuvo a punto de desmayarse del agotamiento y tuvo que apoyarse en una pared y quitarse como pudo el yelmo para recuperar el aliento. Sir Howard lo observó durante un instante y luego seleccionó al hombre que había al lado de Warwick.

—¡Fowler! —gritó—. Asomad la cabeza y decidme que veis.

Fowler frunció el labio, pero no le hizo falta mirar a quienes lo fulminaban con la mirada para saber que no podía discutir. Con movimientos furtivos, llegó hasta la esquina y se asomó por ella rápidamente para mirar al otro lado; luego se detuvo para aguzar la vista.

—¿Y bien? —le gritó Warwick a su espalda.

—No hay nadie en cien metros a la redonda —dijo Fowler, volviéndose para mirarlo. Tenía los ojos desorbitados y sacudía la cabeza incrédulo—. He visto al rey más allá.

—¿Sus estandartes? —inquirió sir Howard, mientras imitaba la acción furtiva del soldado y asomaba la cabeza para mirar al otro lado de la esquina.

—No, al rey en persona. Estoy tan seguro como de hallarme aquí en pie. Rodeado por cientos de hombres y una especie de entoldado del tamaño de una casa, bien extendido.

Warwick todavía estaba recuperando el aliento cuando sir Howard regresó junto a él para solicitarle órdenes. Todos los hombres allí y calle abajo esperaban sus palabras, fueran cuales fuesen. Warwick se quitó un guantelete para frotarse el sudor del rostro. No se merecía la suerte que le había tocado, pero pensaba aprovecharla de todos modos. Habían abierto una brecha justo en pleno corazón y era demasiado tarde

para desear haber acudido acompañado de mil hombres, en lugar de sólo trescientos.

—¿Esperaréis, milord? —preguntó sir Howard, como si le hubiera leído el pensamiento—. Puedo enviar a un mensajero a solicitar refuerzos.

—No. Ese jardín trasero puede bloquearse con la misma facilidad que los otros —replicó Warwick—. Nos han visto y diez hombres podrían contener ese camino hasta el día del Juicio Final. No, sir Howard, nos haremos oír aquí arriba. Atacaremos. Quienes se encuentran en las barricadas acudirán raudos a esta colina a proteger al rey. No les quedará otra alternativa. Y entonces esos valladares serán allanados y los tendremos acorralados por ambos lados.

La perspectiva de alzarse en armas en contra de la propia Casa Real y los nobles del rey era algo muy serio para la mayoría de ellos. Arqueros y hacheros intercambiaron miradas incómodas y muchos se santiguaron, temerosos del juicio divino por sus actos. Sin embargo, ninguno retrocedió y Fowler sonreía como si lo hubieran proclamado alcalde por un día.

—¡Arqueros a lo ancho de esta vía! —ordenó Warwick, notando cómo se le tensaba la voz en la garganta—. Formad la fila más ancha posible. No os quiero disparando a mi espalda. Tendréis una sola oportunidad de invitarlos a la lucha y luego entraremos nosotros. Retened esta posición por si nos enfrentamos a una hueste demasiado numerosa y debemos replegarnos aquí.

—Milord, ¿me permite unas palabras? —preguntó sir Howard, aclarándose la garganta.

Warwick frunció el ceño, pero dejó que el hombre lo llevara aparte para hablar en privado.

—¿Qué sucede? —preguntó Warwick—. No desperdiciaré esta oportunidad por una discusión, sir Howard. ¡Adelante, hablad!

—Si hacéis que vuestros arqueros disparen desde la calle, el rey podría morir, milord. ¿Lo habéis considerado? Una flecha no distingue la sangre real de la plebeya.

Warwick lo miró fijamente. Tras el deceso del padre y el hermano de su esposa, había heredado una docena de castillos y más de cien alodios en unas tierras que se extendían desde Escocia hasta Devon. Junto con tales riquezas extraordinarias había recibido más de mil soldados a su servicio, legados a él como el nuevo conde de Warwick. Sir Howard era su vasallo y Warwick sabía que podía exigir su obediencia absoluta. Notó que el hombre temblaba ligeramente mientras permanecía allí en pie, consciente de estar poniendo en riesgo su juramento y su honor por el simple hecho de cuestionar sus órdenes. Sir Howard Gaverick no era ningún insensato, pero Warwick sabía que el tiempo apremiaba y que la ventaja que les había caído en las manos era demasiado frágil para enzarzarse en discusiones. En el campanario, una campana empezó a tocar dando la alarma e interrumpió aquel momento de silencio.

—Podéis retiraros, sir Howard, si no estáis dispuesto a darme vuestro respaldo. Se me ha brindado esta oportunidad y asumiré toda responsabilidad por su desenlace, sea cual sea. Os absuelvo de toda culpa en este asunto. El resultado recaerá sobre mi

cabeza. Si decidís abandonar, no os perjudicaré ni a vos ni a los vuestros una vez ganada esta batalla. Tenéis mi palabra. Ahora decidid si queréis alzaros conmigo o marchaos, aprisa.

Warwick dejó allí plantado a aquel hombre mayor que él, con la boca entreabierta y los ojos como platos. Cuando el joven conde volvió la vista atrás, vio a sir Howard descender solo por la colina a través de las filas de soldados a la espera de órdenes.

—¡Arqueros! —gritó Warwick—. Este asunto debe zanjarse hoy. Todos habéis oído a milord York. Si fracasamos aquí, seremos perseguidos como traidores. Ni el rango ni la riqueza ofrecen protección, no aquí, en esta ciudad. Os ordeno que enviéis vuestras saetas a lo largo de esta calle. ¡Ahora! Gritad mi nombre y hacedles saber que estamos aquí.

Trescientas voces bramaron «¡Warwick!» a todo pulmón, ahogando el ruido de un centenar de arqueros que se formaban en filas con los carcajes colgados a baja altura en las caderas.

Un instante después, la calle de San Pedro se llenó de flechas voladoras. Al cabo de otro instante, llegó la repuesta: gritos, alaridos y pánico en la plaza del mercado donde se hallaba el rey.

**E**n la carpa real, a todos los hombres se les heló la sangre al escuchar bramar el nombre de «Warwick». El siniestro retumbo sonaba lo bastante cerca como para aterrorizar y suprimir toda conversación. El rey acababa de regresar al interior del entoldado y se volvió de repente hacia aquel estruendo. Buckingham tomó aire para gritar una orden, pero ésta pasó desapercibida cuando las flechas desgarraron el grupo, perforaron la carpa e hicieron caer de rodillas al mayordomo del rey, con el pecho atravesado por una saeta.

Derry Brewer se arrojó al suelo. Buckingham vio algo pasar a su lado como un destello y levantó la mano, pero no lo bastante rápido para protegerse. Una flecha alcanzó la hombrera de un caballero con armadura y se desvió de trayectoria, yendo a impactar en el rostro de Buckingham, quien emitió un lamento grave, la agarró con la mano y descubrió que se le había clavado en el hueso, justo por encima de la dentadura. Le manaba tanta sangre por la boca que se veía obligado a escupir sin cesar. Incapaz de hablar, Buckingham acudió dando bandazos junto al rey Enrique, consciente de continuar con vida sólo porque la flecha había perdido gran parte de su potencia en el primer impacto.

El joven monarca se hallaba en pie, paralizado, con el rostro tan pálido como antaño. A través de los ojos empañados por las lágrimas, Buckingham vio que Enrique también había sido alcanzado. Una flecha había atravesado la juntura metálica de su armadura entre el cuello y el hombro. La flecha continuaba allí, con la punta ensangrentada asomando por el otro lado. Buckingham jadeó conmovido, mientras con el rostro hinchado escupía otro coágulo de sangre en el suelo y lograba avanzar tambaleándose hasta situarse entre el rey y las flechas que rajaban el entoldado como una lluvia de lamentos. Buckingham levantó la cabeza, apenas capaz de ver mientras esperaba.

El conde Percy sostenía su escudo azul y amarillo alzado en la dirección del ataque, mientras también se lanzaba a proteger al rey Enrique. Frunció los labios al ver la sangre de Buckingham derramándose en el suelo y luego gritó al ver que Enrique se bamboleaba y caía súbitamente. Derry Brewer avanzó como pudo hasta él, manteniéndose agazapado todo el camino, y protegió el cuerpo del rey con el suyo.

—¡Médicos! —gritó Percy.

El cirujano del rey, Scruton, entró corriendo, desafiando las flechas que seguían perforando la gruesa lona. Se alzaron más escudos por encima del rey, formando un caparazón en torno a su persona.

—Dejadme ver —gruñó Scruton a Derry Brewer, quien asintió con la cabeza y se hizo a un lado.

A resguardo de los escudos, el jefe de los espías se agazapó, jadeante, y clavó sus ojos desorbitados en Scruton mientras examinaba la herida.

Buckingham contemplaba la escena horripilado. Tenía la sensación de que le

hervía la boca y cada movimiento le astillaba más el hueso. Notaba el rostro hinchársele alrededor de la herida y los labios ya gruesos, llenos de sangre por dentro. Era lo único que podía hacer para evitar ceder al pánico y extirparse aquella cosa que tenía incrustada. Con un retorcimiento salvaje, se arrancó un diente delantero que se le había aflojado y empezó a liberar la flecha en medio de un silencio lúgubre, ignorando la sangre que resbalaba viscosa por la pechera de su jubón, hasta que le sobrevino un mareo. Lentamente, Buckingham se dejó caer sobre una rodilla y luego se tumbó boca arriba.

Mientras Scruton examinaba al rey, el doctor Hatclyf apareció al lado del duque sin mediar palabra y abrió el maletín de cuero donde guardaba su instrumental. Hatclyf le apartó las manos, sujetó con fuerza el asta de la flecha con unas tenazas y colocó una mano en la frente del duque para inmovilizarlo mientras cortaba limpiamente la flecha con una cuchilla y unas tenazas de hierro. El médico completó la tarea con un tirón rápido que arrancó otro diente debilitado y le rasgó el paladar superior a Buckingham hasta la garganta. Buckingham empezó a atragantarse, se ahogaba. Se incorporó dando bandazos y vomitó en el suelo. Tenía demasiada sangre para escupirla toda y lo único que Hatclyf podía hacer era presionar una compresa de paño contra los labios desgarrados del duque mientras éste caía inconsciente.

Sólo un hombre en la tienda había caído fulminado, un golpe de suerte extraordinario contra todo pronóstico. El resto alzó la vista presa del pánico al escuchar pasos acercarse corriendo. Fuera del entoldado, había muchos más heridos y hombres que yacían inertes. Los caballeros acudían renqueantes a proteger al rey con saetas aún clavadas en la armadura, o yacían desmoronados, exhalando su último hálito. Las flechas se habían detenido, reemplazadas por el grito de «Warwick», que sonaba de nuevo, cada vez más alto.

—¡A mí los Percy! ¡Proteged a vuestro rey! —bramó el conde Percy con todas sus fuerzas.

Portaestandartes y caballeros acudieron velozmente procedentes de todas direcciones, en una especie de marea que pareció ascender desde las tropas desplegadas en la colina. El empate en las barricadas había saltado por los aires en el preciso instante en que Enrique había sido alcanzado, pues nadie sabía si su herida era o no mortal.

—¡Milord Percy, alguien debe enviar órdenes para contener la parte baja de la ciudad! —gritó Derry Brewer de repente—. Con el rey herido, todos nuestros hombres acudirán aquí. York y Salisbury los seguirán. ¡Por favor, milord! Dad la orden.

El conde Percy lo ignoró, haciendo oídos sordos a sus palabras. Blasfemando y gruñendo, Derry se alejó corriendo en busca de Somerset. Al salir de allí, el entoldado hecho jirones cayó con gran estrépito al ceder o romperse uno de los postes principales. Una gran cobertura de lona envolvió al rey y a su cirujano, mientras éste intentaba arrancar la punta a la flecha y extraérsela sin rasgarle las delicadas venas,

tan próximas a la garganta. El cirujano tenía las manos tan manchadas de sangre real que se le resbalaban al intentar agarrar el asta cortada. Enrique no dejaba de llevarse las manos a la herida y Scruton agarró por el cuello a uno de los chambelanes del rey y le ordenó que se las sujetara. El hombre quedó pasmado al ver a su señor caído y el cirujano tuvo que sacudirlo para sacarlo de su conmoción, indicarle que sujetara al rey y poder así concluir su trabajo. A su alrededor, los caballeros se afanaban en cortar o amontonar a un lado la pesada lona desgarrada para dejar al rey al aire libre.

Los soldados de Warwick descendieron corriendo por la calle de San Pedro con las espadas y escudos en alto, aullando con un júbilo salvaje por la barahúnda causada. La guardia personal del rey salió a su encuentro, formando una línea de escudos para contener el primer embate. Cada vez más hombres regresaban como un reguero a aquel lugar, y los dos ejércitos se enfrentaron.

Derry Brewer se halló abriéndose paso entre un torrente de hombres mientras corría colina abajo, gritándoles que retuvieran la posición. Ciertamente, la vida del rey estaba en peligro, pero si todos ellos abandonaban las barricadas, habrían perdido la batalla. Al alejarse de la plaza del mercado, Derry divisó una hueste de soldados empujando y corriendo cerro arriba. A los pies de la ciudad se oyó un gran estruendo cuando York y Salisbury hallaron las barricadas desamparadas. Las fuerzas del rey se replegaban ante ellos y dejaban que las barricadas cayeran.

Derry Brewer se detuvo conmocionado en medio de la calle, soportando los empujones de los hombres que intentaban avanzar, hasta que por fin pudo apoyarse en un edificio y lo dejaron en paz. Nadie pensaba con claridad cuando el monarca se encontraba en peligro. Los soldados leales prácticamente actuaban con necedad a causa de la rabia, decididos a repeler a quienquiera que osara amenazar a la persona del rey. Derry tragó saliva; tenía la boca seca. Ya sabía que sería de escasa ayuda en aquel cortejo hacia el norte. El jefe de los espías de un rey trabajaba en secreto, descubriendo a los traidores o degollándolos en la oscuridad. En una mañana luminosa, en calles abiertas, no era más que otro cuerpo, sin ni siquiera una armadura que lo protegiera.

Derry miró pasmado la columna de hombres de York que, a los pies de la colina, atravesaba la barricada, apartando los espinos y las mesas presas del frenesí. Algunos de quienes se alejaban de los valladares como alma que llevaba el diablo volvían la vista atrás, conscientes de la amenaza. Escogieron continuar ascendiendo hacia la cumbre, quizá con la esperanza de congregarse allí para contraatacar a través de la ciudad. Derry sacudió la cabeza, asqueado. York contaba con un ejército mucho más numeroso, con el doble de hombres de armas que el rey Enrique. Sólo podía haber un desenlace, sobre todo ahora que el rey había caído herido. Dios debía de haber desviado la mirada cuando aquel arquero había lanzado su saeta, para permitir que provocara un daño de tal calibre.

Derry se esforzó por llenar de aire sus pulmones, mientras notaba el corazón palparle con fuerza y las manos temblorosas. Podía escapar, de eso estaba casi

seguro. Había previsto una vía de huida en cuanto había llegado a la ciudad, tal como era su costumbre. La abadía dominaba San Albano y Derry sabía que podía correr hasta ella. No le costaría encontrar el sayo de un monje para echárselo por encima y camuflarse entre los hermanos en sus aposentos, o bien tomar un camino que salía de la ciudad por el oeste antes de que York y Salisbury alcanzaran la plaza del mercado. Si procedía de tal modo, Derry sabía que viviría para portarle las noticias a la reina. Se dijo que alguien tenía que escapar. Alguien tenía que sobrevivir al desastre que seguía desarrollándose, y ese alguien bien podía ser él. Vio una calle lateral perpendicular a la carretera principal que descendía colina abajo. Podía atravesarla en dirección contraria a la marea de hombres y simplemente desaparecer. Ya lo había hecho en el pasado. York no le permitiría seguir con vida; estaba tan seguro de ello como de que el sol se pondría. Derry vio las filas de soldados yorkistas abriéndose paso a la fuerza cerro arriba, hacia el punto donde él se encontraba. La carretera había quedado despejada entre ambos ejércitos, ahora que la plaza del mercado estaba abarrotada de hombres del rey. York y Salisbury acudían con los ojos inyectados en sangre, y Derry se alzaba solo entre ellos.

—Corre —masculló para sí mismo—. Corre más, maldito bastardo.

A aquellas alturas, el rey Enrique ya podía estar muerto. Derry escuchaba el fragor de la batalla en la plaza del mercado, el ruido seco de pisadas que marchaban sobre la piedra cada vez más cerca, hasta que toda la ciudad pareció retumbar. Los Neville y los Percy estaban desaforados y se masacraban mutuamente a plena luz del día, y Derry sabía que él no tenía alternativa. Era un hombre del rey. Todo se reducía a eso y nada más. Arrastrando los pies, se descubrió desandando el camino por el que había llegado.

York había observado el delgado reguero de soldados con capa roja en su ascenso por la colina hacia la calle de San Pedro. Desde Keyfield no divisaba la plaza del mercado, pero creía haber escuchado gritar el nombre de Warwick antes de que se lo llevara el viento. El sol se hallaba ya en mediodía cuando sus hombres en la barricada prorrumpieron en vítores y comenzaron a despejarla, cada vez con más celeridad, a medida que las tropas reales la abandonaban. York no comprendía el motivo de aquel repentino cese de la defensa, pero lo aprovechó plenamente y arrojó a todos los soldados que tenía a su disposición contra los restos del obstáculo, que fueron apartados en grandes bloques. Sus hombres avanzaron penosamente por encima de revoltijo de maderas rotas y espinos, sin encontrar resistencia alguna que los contuviera.

Los soldados de York allanaron la barricada con más celeridad que los de Salisbury, lo cual permitió al duque llegar primero a las calles de la ciudad, donde echó las riendas para contemplar la masa de hombres que corrían colina arriba, alejándose de él. Una vez más, York escuchó el nombre de «Warwick» como un



rugido junto a la plaza del mercado y le bastó señalar en aquella dirección para que sus capitanes dieran a las filas la orden de avanzar y dar caza al enemigo. Dios había bendecido el momento y York estaba decidido a no desperdiciar aquella oportunidad. Vio a su hijo atravesar el hueco en su caballo y lo llamó a su lado.

A su derecha, los hombres de Salisbury aparecieron abriéndose paso a golpes, y los soldados de York los recibieron entre silbidos y befas por llegar demasiado tarde para el combate. York no atinó a ver a Salisbury, pero el conde sabría llegar hasta el rey. Cabalgó en su montura cerro arriba, hacia el lugar de la contienda, rotando su hombro derecho y asiendo con fuerza su escudo mientras se bajaba la visera y observaba el mundo a través de una estrecha ranura. Sus portaestandartes cabalgaban flanqueándolo por ambos lados y sus hombres gritaban «¡York!» mientras ascendían, dispuestos a descargar toda la frustración acumulada en las barricadas sobre los miserables que las habían abandonado.

A medida que se aproximaban a la calle de San Pedro, lo único que York veía era caos. Había refriegas en uno de los confines de la plaza del mercado, tal como revelaban los ruidos que de allí procedían. Delante de su posición, los soldados reales parecían ansiosos por retroceder cada vez más, sin nadie que los comandara. Condujo su caballo hasta el frente de sus soldados y avanzó a la par que ellos. En más de una ocasión vio soldados reales dispersos detenerse y observarlos con mirada siniestra, antes de darles la espalda y apresurarse a huir. Le vino la inspiración cuando tres de ellos le cerraron el paso, portando hachas con la intención de utilizarlas.

—¡Por Dios, apartaos de mi camino y proteged al rey! —les bramó York.

Sorprendido, esbozó una media sonrisa cuando éstos también giraron sobre sus talones y corrieron hacia el tumulto que había más arriba. York sacudió la cabeza al observar la barahúnda a su alrededor. Sus capitanes ordenaban a sus hombres y los iban enviando por las calles laterales con el fin de, transcurrido un cierto tiempo, tener la plaza del mercado triangular completamente cercada. En su despliegue, se encontraron con los hombres de Salisbury procediendo de igual modo; ambos ejércitos berreaban el nombre de sus patronos para no atacarse mutuamente por error.

En el confín del mercado propiamente dicho, York se encontró por fin el paso obstaculizado por filas de soldados decididos. Preocupado por su hijo, agradeció a Dios que no pareciera haber arqueros entre ellos, uno de los múltiples golpes de suerte de aquel día milagroso. Observó con cautela el muro de escudos, pero sus hombres avanzaron a zancadas sin titubeos y echaron a correr, con cada uno de sus capitanes controlando la muchedumbre lo mejor que podía. York los escuchó gritar para abrirle paso, y él y Eduardo avanzaron lentamente sobre sus cabalgaduras, ignorando la batalla y a los hombres moribundos de ambos bandos mientras abrían una brecha en el muro de escudos y avanzaban por un angosto paso con apremio. Justo entonces, York vio flechas llover sobre la multitud. Desmontó rápidamente para evitar convertirse en una diana demasiado evidente. Eduardo de March y sus portaestandartes también descabalaron, a su lado, y dejaron que sus caballos fueran

engullidos por los soldados combatientes. El hijo de York miraba a su alrededor sin salir de su asombro, sosteniendo su espada en alto ante él.

Era como caminar en un sueño. Una y otra vez, los soldados que intentaron acceder al reducido grupo de York fueron apartados por otros que portaban sus colores, derribados entre maldiciones por grupos más numerosos. En el espacio abierto de la carretera adoquinada, caminaron intactos hasta que, para su asombro, llegaron a un montículo de tela hecha jirones y hasta el mismísimo rey, que yacía en el suelo.

York miró a su alrededor, entendiendo al fin la confusión y el pánico absoluto que dominaba a los partidarios del monarca. Divisó a Salisbury a su derecha, aún a lomos de su caballo, librando una lucha sin cuartel contra las fuerzas de Percy. Él también se abría paso poco a poco hasta aquel lugar lo mejor que podía.

Llegó un nuevo zumbido de flechas y York vio una de ellas impactar en el suelo de piedra y hacerse añicos no lejos de donde estaban atendiendo al rey. Volvió la vista hacia Eduardo justo a tiempo para verlo retroceder y agazaparse. York no podía sino admirar el coraje del médico que enrollaba con frialdad los vendajes a la garganta del rey mientras Enrique le daba débiles zarpazos.

Enrique miró hacia arriba cuando la sombra de York se cernió sobre su rostro. Abrió los ojos como platos y sacudió la cabeza, alejándose de las manos del cirujano. Scruton maldijo entre dientes al ver que los vendajes volvían a teñirse de rojo, ajeno al duque y a todo lo demás, mientras se esforzaba por salvarle la vida al rey. Enrique cabeceó y sus ojos quedaron en blanco al caer inconsciente. Durante un momento, York sólo fue capaz de mirarlo de hito en hito, allí de pie, con su espada desenvainada y sostenida en alto inútilmente. A su alrededor, notó intensificarse la refriega entre los soldados con los colores de Percy y los hombres de Salisbury, con algunas de las capas rojas de Warwick involucradas en la contienda. York tomó una decisión y se volvió hacia sus portaestandartes. Fuera cual fuese el resultado que hubiera previsto para aquel día, no era aquél.

—Llevad el rey a la abadía para darle amparo sagrado. Protegedlo en suelo santificado a riesgo de vuestras vidas y vuestros buenos nombres. ¿Eduardo? Tú irás con ellos.

Fue el propio York quien alargó la mano para tocar al cirujano Scruton en el hombro e interrumpir su labor.

—Apartaos del rey, señor. Podéis acompañarlo a la abadía, pero hay que sacarlo de aquí.

Scruton levantó la mirada por primera vez y quedó paralizado por el terror al encontrar a York con su armadura integral allí de pie, delante de él. El cirujano sabía que el día no había sonreído a las fuerzas reales, pero ver al responsable de todo aquello erguido y con la espada desenvainada a su lado lo conmocionó de tal modo que sólo atinó a balbucear:

—El rey no debe, no puede... Milord, no puede trasladárselo.

—Es preciso hacerlo. Apartaos y dejad que mis hombres lo trasladen a un lugar seguro. No aceptaré un no por respuesta, señor. No veré a mi rey pisoteado por soldados que corren frenéticos por estas calles.

Scruton se puso en pie y se limpió las ensangrentadas manos en el delantal, mientras recogía su instrumental y lo guardaba en su maletín, junto con unas vendas de lino. Uno de los caballeros de York agarró a Enrique por debajo de los brazos y otro lo hizo por los pies, y cargaron con él fuera del núcleo de aquel avispero, gritando a todos cuantos los rodeaban. El rey gemía, casi inconsciente y demasiado débil para reaccionar. York encargó a otros dos de sus capitanes y a una docena de fornidos soldados que acompañaran al cortejo del rey, dando órdenes de matar a cualquiera que se interpusiera en su camino, al margen de sus colores o lealtades. Dejó meridianamente claro que sus órdenes debían prevalecer por encima de cualquier otra. Y lo más importante, su hijo permanecería seguro. El cirujano del rey reunió el coraje suficiente para seguir al reducido grupo que alejaba a Enrique de la batalla en dirección a la abadía. York siguió a su hijo con la mirada hasta que la comitiva se perdió tras la palpitante masa de soldados.

Salisbury había desmontado, o bien su caballo había muerto con él auestas. El conde había logrado abrirse camino hasta el mismo punto de empedrado ensangrentado y lona hecha jirones y respiraba con dificultad, empapado en sudor y con el rostro enrojecido. En pie, sir John Neville protegía la espalda de su padre, ahuyentando a cualquiera que pretendiera sorprender a Salisbury desprevenido.

—¿Dónde está el rey? —preguntó Salisbury.

York se volvió hacia él y se alzó la visera antes de responderle.

—He ordenado que lo trasladen a la abadía. Está gravemente herido, pero lo tengo, y con vida. —De repente fue consciente de su victoria y se le hinchó el pecho de satisfacción—. Ordenaré soplar los cuernos para que cese la batalla. Ya no hay nada por lo que luchar.

—¡No! —lo atajó Salisbury con dureza—. No lo haréis. Aún tengo asuntos que resolver antes de dar esta batalla por concluida. Prometédmelo por nuestra amistad. No haréis sonar los cuernos, Ricardo. Percy y Egremont continúan con vida. Mi batalla aún no ha concluido.

York entrecerró los ojos al percibir la agresividad de padre e hijo.

—La batalla ha terminado —replicó York con firmeza—. ¿Acaso no me habéis oído decir que tenemos al rey? —Al ver que el caudillo de los Neville no respondía, York lo apuntó al pecho con el dedo—. Me habéis jurado lealtad, Salisbury.

Vio un espasmo de tensión velar el rostro del mayor de los Neville. Su hijo John empezó a hablar, pero York lo miró con frialdad.

—Cierra la boca, muchacho.

Furioso, sir John Neville apartó la mirada.

—Mi juramento sigue en pie —respondió Salisbury con agarrotamiento, irritado por la humillación de su hijo tanto como por el recordatorio de su juramento—.

Concededme sólo una hora. Es todo cuanto os pido. Si no tengo a esos perros lamiendo de mi mano en ese plazo, yo mismo haré sonar los cuernos. Os doy mi palabra.

—Una hora entonces. Se lo comunicaré a mis heraldos —dijo York, optando por no forzar más el asunto.

Salisbury volvió la vista para observar la batalla que tenía lugar en la plaza del mercado y York permaneció inmóvil, viéndolo todo con más claridad de lo que había hecho hasta entonces. A Salisbury nunca le había importado el destino de la casa de York, ni siquiera el destino del rey. York evaluó a aquellos de sus hombres que aguardaban sus órdenes a su alrededor.

—Abrid una vía hasta la abadía —les dijo—. Si Dios ha permitido que Enrique siga con vida, hablaré con mi rey.

**C**uando York abandonó la plaza del mercado, Salisbury asumió el mando y dio la orden de atacar a los soldados de Percy. Tanto el conde Percy como lord Egremont se habían visto obligados a descender apresuradamente por la calle de San Pedro para alejarse de la posición fallida en la plaza del mercado. Salisbury vio el estandarte de Somerset cerca de aquel grupo, antes de que su portador fuera asesinado y desapareciera bajo los pies de otros hombres. Soldados con capas rojas los presionaban con crueldad, y en un rincón de su lúcida mente Salisbury apreció la utilidad de que vistieran aquel color cuando todos los estandartes estaban ya despedazados o eran pisoteados.

Con una exhalación cansada, dio una palmadita en el hombro a su hijo John.

—No te alejes de mí —le dijo.

En formación, los soldados Neville avanzaban tras ellos. Salisbury notaba la edad en cada paso, pero la oportunidad de zanzar de una vez por todas aquella vieja rencilla mitigaba la fragilidad de su carne. York y el rey ya no se encontraban en el centro de la acción. La batalla ahora era entre los Neville y los Percy, una batalla en la que el ejército de los Neville duplicaba o triplicaba a su rival.

Salisbury y su hijo descendieron por la calle de San Pedro tras ellos justo a tiempo para ver a Somerset y sus guardias entrar a la fuerza en una taberna. Unos cien metros más adelante, Warwick presionaba a una facción de los Percy, sin darle espacio para respirar ni para planificar una estrategia. Pero Somerset se había tendido una trampa a sí mismo y Salisbury atisbó la oportunidad de saldar la deuda de York. Hizo un alto en su arremetida, reunió a unos cuantos hombres alrededor de la puerta forzada de la taberna y envió a otros tantos a la parte posterior del edificio con el objetivo de bloquear cualquier escapatoria. En el interior reinaban la oscuridad y el silencio, y nadie sentía prisa por lanzarse a las espadas y las hachas de quienes los aguardaban.

—Una bolsa de oro para los caballeros y un título de caballero para los hombres corrientes —prometió Salisbury a las filas de soldados que lo rodeaban—. Quien derribe a Somerset escogerá su propia recompensa.

Con eso bastó para convencer a los indecisos, que se abalanzaron hacia la puerta, hasta que cuatro de ellos lograron forzarla y entrar. Salisbury esperó mientras en el interior se oían gruñidos e impactos de metal sobre armaduras. Entraron entonces más de sus hombres y los golpes secos y gritos de dolor se intensificaron; Salisbury, entre tanto, se mordía el labio, irritado. Quería avanzar, ver a los hombres de Percy despedazados.

—¡Rápido! ¡Más de vosotros! —ordenó tajante.

Mientras hablaba, una figura salió por la puerta y el silencio se apoderó de la calle. La armadura de Somerset estaba roja por la sangre, que manaba a chorros por las superficies aceitadas, de tal modo que el duque goteaba mientras permanecía en el

umbral. Respiraba con dificultad, pero, cuando vio a Salisbury, levantó una pesada hacha con ambas manos y se le iluminaron los ojos. No había ni rastro de quienes habían entrado a por él ni tampoco de sus guardias personales.

Somerset estaba solo.

—¡Neville! —gritó Somerset, dando un paso al frente para emerger a la luz. Parecía traerle sin cuidado que hubiera hombres armados por todas partes—. ¡Neville, traidor! —bramó.

Uno de los caballeros de Salisbury se acercó a toda prisa y Somerset giró sobre sus talones para recibirlo; lo hizo asestándole un hachazo en el cuello con una fuerza descomunal antes de darle tiempo a golpearlo.

—¡Venid a mí, Neville! —gritó Somerset con voz ronca—. ¡A mí, traidor!

Había algo estremecedor en aquel duque ensangrentado que permanecía allí de pie, invitándolos a todos a atacarlo. La muchedumbre de soldados estaba sobrecogida por un pavor supersticioso y se limitaba a mirarlo de hito en hito. Salisbury se preparó para ser atacado cuando Somerset se internó más en la calle. Otro fornido terrateniente dio dos pasos rápidos y asestó un mandoble a Somerset en el costado que dejó una gran hendidura en el metal de su armadura e hizo que el conde se quedara sin aliento. En el golpe de vuelta, Somerset hundió el hacha en las costillas del hombre con el filo hacia arriba y le rajó la cota de malla, haciendo que una docena de discos metálicos cayeran sobre el empedrado con el repiqueteo de monedas. El terrateniente cayó de bruces y Somerset levantó el hacha haciendo un esfuerzo colosal. Al dejarla caer sobre la espalda del hombre, golpeó ligeramente el rótulo oscilante de la taberna. Salisbury vio a Somerset alzar la vista mientras bregaba por extraer la cuchilla del hacha de los huesos.

La taberna se llamaba El Castillo y en el letrero había pintada una imagen rústica del torreón de una fortaleza en gris sobre negro. Somerset empalideció súbitamente al verlo y cerró los ojos un instante, notando toda su fortaleza y cólera desvanecerse por completo.

Salisbury hizo un gesto inequívoco y dos caballeros se abalanzaron sobre él, descargando con sus espadas sendos golpes en las rodilleras de la armadura de Somerset. Somerset emitió un grito mientras caía, un largo alarido que se cortó en seco cuando un tercer hombre le asestó un hachazo en el cuello que atravesó el metal y la carne.

Por un instante, nadie se movió y la mitad de los presentes esperaban que Somerset volviera a ponerse en pie. Habían visto asesinar a un duque del rey y la conmoción consiguiente los sobrecogió como una ola. Bastantes de ellos se santiguaron, mientras observaban a Salisbury para comprobar cuál era su reacción.

—Ése por York —dijo Salisbury—. Ahora id a por Percy. Y habremos acabado.

Dejando el cadáver atrás, Salisbury y su hijo John descendieron por la calle de San Pedro para reunirse con Warwick. Los hombres de Salisbury los siguieron en silencio; todos ellos bajaban la vista hacia el consejero del rey al pasar junto a su

cadáver ensangrentado.

El ejército menguante de Warwick había acosado al enemigo a cada paso desde la plaza del mercado, luchando contra los soldados más decididos del conde Percy mientras éstos alejaban a su noble señor. Ninguno de los bandos daba tregua ni respiro, pero las tropas de Warwick eran inferiores en número y sólo la angostura de la calle impedía que fueran rodeadas y superadas. Para cuando su padre le dio alcance, Warwick tenía al conde Percy y al barón Egremont acorralados contra otra taberna llamada Cross Keys. Justo tras ella se abría una calle secundaria y los hombres de Warwick se esforzaban por dar alcance a Percy antes de que la lucha pudiera ensancharse y le ofreciera una oportunidad de escapar.

Warwick volvió la vista atemorizado al escuchar pasos de soldados, pero respiró aliviado al ver las águilas, las cruces y los diamantes rojos en los escudos de los caballeros de su padre. Divisó a su hermano John, quien lo saludó con la cabeza, un momento de intimidación en medio de aquel día caótico. Se enfrentaban a los hombres que habían atacado la boda de John, y Warwick agachó la cabeza, aceptando el derecho de su hermano a clamar venganza.

Salisbury había conducido a doscientos o trescientos de sus mejores hombres a aquella calle, tras delegar en las facciones de soldados restantes la labor de asegurarse la población. Los cuernos sonaron en la distancia, pero Salisbury los ignoró y gritó nuevas órdenes en cuanto se unieron a las capas rojas de Warwick y se abrieron camino entre ellas para dar alcance al enemigo.

Enrique Percy, conde de Northumberland, se sentía exhausto para hacer frente a aquella nueva avalancha de soldados. Se había visto obligado a retirarse por la calle principal, sometido a ataques reiterados. El yelmo le había sido arrancado de la cabeza de un golpe y el blanco cabello le colgaba cual colas de rata, empapado de sudor. Con la tez gris, apenas parecía capaz de levantar la espada que sostenía con ambas manos. Él y su hijo Thomas se alzaban en la segunda fila de su contingente, visibles en su atavío azul y amarillo. El cabecilla de la casa de Percy habría caído mucho antes de no haber sido por un hombre bajito y enjuto protegido con cota de malla que portaba una daga afilada como una aguja. Trunning no permitía que nadie se aproximara a su señor sin lanzar rápidamente aquel puñal y atravesar con él la ranura de los ojos o una articulación con una precisión abominable. Era el responsable de media docena de los cadáveres que yacían en la calle, y Warwick habría dado sus muelas del juicio por sólo uno de los arqueros que había dejado atrás en su arremetida contra la plaza del mercado.

Al replegarse de nuevo, las tropas de Percy desembocaron en la abertura de la calle lateral por su flanco izquierdo. Warwick escuchó al conde Percy gritar que se enfrentaban a los asesinos del rey. Palideció al oírlo. Las palabras del viejo insuflaron nuevas fuerzas a quienes lo rodeaban, que los hicieron retroceder y recuperaron unos cuantos metros de terreno. Sangre fresca manaba de caballeros con armadura y salpicaba la fría calle.

Warwick se limitó a observar cómo los hombres de su padre introducían las picas entre los escudos, las clavaban profundamente hasta que las hojas salían rojas y luego las retiraban y hundían de nuevo. Vio al conde Percy discutir con Egremont, y al viejo empujar a su hijo y señalarle con el dedo el camino despejado. Egremont, rojo como la grana, se mostraba reacio a marcharse después de que su padre lo abrazara y lo empujara bruscamente para que se alejara.

Entonces apareció Salisbury, que se apoyó en el hombro de su hijo, resollando.

—El rey Enrique sólo está herido, aunque podría morir —dijo—. Has hecho lo debido. Ha sido tu incursión en la ciudad lo que ha permitido este final en este día. La victoria es sólo tuya.

—¿Dónde está York? —quiso saber Warwick, sin apartar ni un instante la vista de Percy y Egremont.

Ambos hombres parecían ajenos a la batalla que se desarrollaba a su alrededor mientras Percy volvía a señalar hacia la calle despejada. Algunos de los guardias del conde asintieron con la cabeza al recibir la orden de acompañar al hijo de Percy. El más osado de ellos agarró a Thomas, lord Egremont, por los brazos y lo obligó a caminar de espaldas, pese a que éste se resistía y llamaba a gritos a su padre. El viejo dio la espalda a su hijo y, una vez más, se enfrentó a las tropas de los Neville. Warwick maldijo entre dientes. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero el conde Percy parecía haberse cruzado la mirada con él y había alzado la cabeza al hacerlo, con expresión de orgullo resentido.

—York ha ido a la abadía, sin duda a llorar y rezar por el rey —respondió Salisbury—. Poco importa eso. Nuestros asuntos están aquí. —Respiró profundamente para llenarse los pulmones y bramó sus órdenes—: ¡Acabad con ellos! ¡Al grito de «Salisbury»! ¡Al grito de «Warwick»! ¡Y al grito de «Neville»! Matadlos a todos.

La lucha se intensificó, ayudada por la pérdida de los soldados de Percy que se habían marchado con Egremont. Warwick vio al hombrecillo con la afilada daga colarse como una flecha entre dos caballeros enfrentados y hallar un hueco como si fuera capaz de prever sus movimientos. El maestro de armas de Percy se deslizó entre los dos soldados como una sombra, amagando a la izquierda y atravesando una segunda fila cuando uno de ellos se inclinó hacia el lado equivocado. En un abrir y cerrar de ojos, había cruzado las filas y se hallaba frente a ellos. Trunning arremetió contra Salisbury, pero tanto Warwick como John Neville habían detectado la amenaza. Detuvieron su estocada con sus espadas desenvainadas y lo atravesaron con ellas. Incluso entonces, Trunning les sonrió con la dentadura ensangrentada, mientras alargaba la mano y clavaba su estrecha daga en la articulación del hombro de John Neville. John gritó de agonía mientras su atacante retorció el puñal y reía con escarnio al ver un caño de sangre resbalar por el metal pulido. Warwick extrajo su espada con una sacudida y se la insertó en el cuello a Trunning, que cayó al suelo.

Salisbury aulló triunfal al ver al conde Percy derrumbarse con estrépito en su



armadura. Uno de los guardias del viejo se mantuvo en pie sobre su forma desplomada, utilizando la espada y el escudo con suma pericia para contener a los soldados de Neville. El caballero anónimo se movía bien, con una fuerza en apariencia inagotable. No obstante, no podía alejarse de su señor. Allá donde se giraba para dar muerte encontraba a un nuevo hombre que lo atacaba, hasta que un hachero le asestó un mamporro en la rodilla y él también cayó y encontró su fin bajo los pies de los soldados.

Las tropas de Percy fueron apartadas del viejo, y Warwick y Salisbury pudieron por fin llegar hasta él. El conde Percy seguía con vida, pese a tener ya los labios azulados. Con un gruñido, logró impulsarse y sentarse, apoyado en los codos.

—¡John! ¡Aquí! —ordenó Salisbury.

A su hijo le colgaba el brazo por un tajo en el músculo del hombro. John se había arrancado la daga de Trunning con la mano izquierda y estaba pálido a causa del dolor, pero mantenía una mirada feroz mientras se erguía ante su enemigo.

—Mi muerte no hará que se os considere menos traidor —dijo el conde Percy, resollando sonoramente.

Las palabras y la mirada fija del viejo iban dirigidas a Salisbury. John Neville se limitó a sacudir la cabeza. Con la daga aún embadurnada de su propia sangre, alargó la mano y arponeó al viejo bajo la barbilla. El conde Percy se puso rígido y emitió un grito sibilante de agonía, como un gruñido. John lo obligó a levantar la cabeza, tirando hacia arriba de la daga, que le rasgó la boca. Sangre aguada manó a borbotones cuando John extrajo al fin la daga y lo degolló con ella. Los tres Neville contemplaron al conde caer de costado, con los ojos apagándose mientras su boca aún intentaba hablar, sin emitir sonido.

—¿Dónde está Egremont? —preguntó Salisbury a sus hijos.

Warwick señaló en dirección a la carretera despejada, donde divisaron a un destacamento de caballeros alejándose aprisa. Los cuernos volvieron a sonar en la distancia y a Salisbury se le tensaron los labios y la mandíbula al escucharlos. Había dado su palabra a York y, en la estela de la violencia, lo único que notaba era cómo la extenuación se apoderaba de él. Se volvió hacia su hijo John y apoyó la mano en el hombro del joven.

—Ésta es nuestra victoria, John. Egremont no logrará escapar donde no podamos dar con él. Se acabó. Hemos terminado por hoy.

—Permitidme ir tras él, me llevaré a cien hombres —replicó John Neville.

Por un instante pensó que su padre lo autorizaría, pero la cabeza del conde caía a causa del agotamiento, no de falta de voluntad.

—No. Obedéceme. Tendrás una nueva oportunidad.

El conde se llenó los pulmones de aire, con la mirada clavada en el cadáver de su enemigo más acérrimo.

—¡Ya es suficiente! —gritó Salisbury. A su izquierda, algunos hombres seguían combatiendo y escuchó los cuernos de York sonar una tercera vez en la lejanía. Su

hora había concluido y había obtenido su venganza—. Soplad los cuernos, quienquiera que los porte. Ya es suficiente, he dicho. Bajad las espadas. Nadie más debe conocer la muerte hoy, a partir de este momento. Si queréis vivir, presentad vuestras espadas.

Sin resuello, los ensangrentados soldados lo escucharon y se rindieron a la esperanza desesperada de que todo aquello terminara, de sobrevivir a aquel día. Hasta donde alcanzó la voz de Salisbury, los soldados abandonaron el combate, y lo mismo sucedió luego más allá, cuando los capitanes de Neville reiteraron sus órdenes y sonaron más cuernos por la ciudad, hasta que el fragor y los gritos de paz se escucharon en cada calle y en cada hogar.

\* \* \*

Ricardo de York caminó por las anchas losas que conducían hasta las gigantescas puertas exteriores de la abadía. Seguía escuchando el tumulto a su espalda, las cargas y los gritos de miles de soldados que combatían tan hacinados en las calles que apenas tenían espacio para balancear sus espadas. Volvió la vista atrás al escuchar un gran fragor, pero no acertó a adivinar la causa. Las palabras de Salisbury lo atribulaban y proyectaban una luz distinta sobre los meses previos. El objetivo de York siempre había sido alejar a los encantadores del lado del rey Enrique antes de que lograran destruir su casa. Ahora entendía que la intención de Salisbury siempre había sido acabar con Percy, por encima de cualquier otra consideración. Había parecido que ambos perseguían el mismo propósito y que éste los había conducido a San Albano. York sacudió la cabeza, intentando alejar sus preocupaciones y su indecisión. Estaba cansado y hambriento, pero el rey Enrique yacía en el interior de la abadía que se alzaba imponente ante él. Ni siquiera sabía si seguía con vida.

Los hombres a quienes había encomendado trasladar al rey Enrique a un lugar seguro habían permanecido junto a las puertas de la abadía, prefiriendo aquel lugar tranquilo a la idea de volverse a internar en el peligro. Eduardo de March parecía incómodo entre ellos, incapaz de superar la barrera que le imponían su rango y juventud. Los soldados de York se pusieron firmes cuando su señor caminó fatigosamente hacia ellos, soldados magullados y maltrechos que ya habían luchado aquel día, pero que no obstante se sentían abochornados por haber hallado un modo de eludir el combate. York apenas sí se percató de su presencia, pues no podía apartar el pensamiento de lo que encontraría en el interior de aquellos impresionantes muros pétreos. El abad brillaba por su ausencia, pero su abadía era terreno sagrado, un santuario. York se estremeció dentro de su armadura cuando sus hombres abrieron los grandes portales de un empujón y atravesó el umbral. Su hijo dio un paso hacia él con expresión esperanzada, pero York negó con la cabeza. No sabía qué encontraría en la abadía, ni tampoco qué haría.

—No, Eduardo. Quédate aquí.

York atravesó la entrada y aguardó a que las puertas se cerraran a su espalda. Miró hacia el techo.

Lo recibió un deslumbrante resplandor de color que atrajo su atención hacia cada columna y pared pintadas. Una inmensa imagen de Cristo en la cruz cautivó su mirada, una imagen con unos rojos, azules y dorados tan resplandecientes que diríase que se habían pintado apenas días antes. Otras escenas de la Biblia se combinaban para crear una vasta panoplia de vivas tonalidades que se extendía hasta perderse de vista. La sensación era sobrecogedora. York fue entonces consciente de dónde se hallaba, ante la larga nave que avanzaba hasta la mampara de piedra del crucifijo, recubierto con su mugrienta armadura. Ante él había un altar, donde el rey yacía como un muñeco roto. Sólo había dos personas junto a Enrique, figuras distantes que volvieron sus pálidos semblantes hacia el hombre que se acercaba como un lobo en un redil de ovejas.

York se detuvo justo después del umbral y apoyó su escudo en una columna de piedra que ascendía hacia un techo de una altura inabarcable. Con las manos doloridas, se desabrochó la espada y la funda, dejó el arma junto al escudo y se enderezó. El caudillo de la casa de Lancaster yacía indefenso ante él, un primo que descendía del mismo rey guerrero de Inglaterra y que había ascendido al trono por la distancia de un hijo varón. York caminó con la cabeza erguida, negándose a dejarse intimidar por las escenas de los condenados que ardían en las llamas del infierno. Su armadura chirriaba y sus pasos sonaban estrepitosos mientras recorría la iglesia en toda su longitud, siguiendo la línea larga de la cruz latina.

Dio un centenar de pasos hasta llegar junto al rey de Inglaterra. Enrique estaba vivo, con la espalda apoyada en el altar y sentado en el frío suelo de piedra con una pierna doblada. York vio al rey observarlo aproximarse, con el rostro tan pálido y consumido que su carne parecía fino lino. Le habían quitado la gola y las hombreras de manera que los vendajes quedaban a la vista, bien tensados alrededor del cuello y bajo una axila. El cirujano, Scruton, se apartó cuando York se acercó, humilló la cabeza y unió las manos en gesto de oración.

En el lado corto del altar descansaba el duque de Buckingham, lo bastante cerca de Enrique como para alcanzarlo con la mano. El duque resollaba, respirando entrecortadamente y con dificultad, presa de un dolor atroz que no le quedaba más remedio que soportar. York lo vio volver los ojos hacia él y se estremeció al contemplar su boca destrozada, por la que manaba sangre a chorros. Los enrojecidos ojos de Buckingham seguían derramando lágrimas, pero York desconocía si la causa de ello era su herida o la batalla perdida.

York se detuvo y posó la mirada en los dos hombres que tenía ante sí. Había dejado atrás su espada, pero portaba en la cadera izquierda una daga que tenía muy presente. Supo que, de haber decidido atacar, ninguno de los tres presentes habría podido detenerlo.

Miró hacia arriba un instante, atraído por un revoloteo. Vio unos pajarillos

atravesar volando el inmenso espacio que se abría sobre ellos, la representación más próxima de la bóveda celestial en la Tierra. Se santiguó y se recordó nuevamente que pisaba suelo sagrado. Notaba la presencia de Dios en la fría eternidad que lo envolvía, una presión sutil que lo hizo humillar la cabeza una vez más.

York hincó una rodilla ante el rey.

—Majestad, me aflige veros herido —dijo—. Os imploro perdón por los acontecimientos de hoy, os suplico clemencia.

Enrique hizo acopio de sus fuerzas para sentarse más recto, apoyando las manos desnudas en la piedra con tanta fuerza que se le quedaron blancas. Sus ojos parecieron enfocarse y desenfocarse cuando volvió la cabeza un instante para observar al hombre que había traído tanta destrucción.

—¿Y si no os concedo lo que solicitáis? —susurró.

York cerró los ojos momentáneamente. Cuando los volvió a abrir, tenía una expresión dura y adusta.

—Entonces deberé exigiroslo. Exigiros vuestro indulto por todo lo acontecido hoy aquí. Para mí y para todos los hombres que me acompañan. Se me ha tildado de traidor, Vuestra Gracia. No permitiré que se me vuelva a llamar así.

Enrique se desmoronó; el espaldar de su armadura arañó la piedra al resbalar de nuevo al lugar donde había estado recostado anteriormente. Sabía que su vida pendía del hilo de la paciencia de un hombre y le flaqueaba la voluntad, como una roca engullida por un mar agitado.

—Como digáis entonces, Ricardo. No os consideraré culpable por vuestras acciones. Tenéis razón, por supuesto. Como dispongáis.

El rey pestañeó rápidamente varias veces antes de cerrar los ojos y York notó al cirujano dar un paso para acercarse a él. Alzó una mano para indicarle que se detuviera, mientras alargaba la otra y colocaba su guantelete contra la mejilla del monarca.

Enrique abrió los ojos por el contacto del frío metal.

—¿Quién sois? —preguntó—. ¿Todavía Ricardo? ¿Qué queréis de mí?

—Sois mi rey —dijo York en voz baja—. Sólo pido alzarme a vuestro lado. Necesitáis un buen consejero, primo. Me necesitáis a mí.

—Como digáis —replicó Enrique, con la voz convertida en poco más que un hálito conforme la terrible fatiga lo privaba de voluntad.

York asintió, satisfecho. Se puso en pie, todavía incapaz de apartar la mirada del monarca.

Buckingham intentó hablar entonces, profiriendo un galimatías que provocó que le manara nueva sangre de la boca:

—El rey es un buen hombre. Demasiado bueno, Ricardo. Yo os llamaré traidor, si él no lo hace.

A York le costó entender su discurso. Podría haber hecho caso omiso del duque herido, pero negó con la cabeza.

—Vuestras palabras se las lleva el viento, Buckingham. Seréis arrestado. Sospecho que la fianza que pagaréis por vuestra libertad cubrirá mis costes.

Buckingham enrojeció alrededor de su herida y su carne inflamada, mientras se esforzaba por hablar con claridad.

—¿De qué delito podéis acusarme, a mí, que no he hecho más que servir a mi rey?

—Os rebelasteis en contra de sus lores leales, Buckingham. Os levantasteis en contra de York y Salisbury, mientras intentábamos salvar al rey de sus ruines consejeros. Dudo que volváis a hablar nunca con claridad, aunque una lengua partida sigue cumpliendo su función. Ahora bien, habládme con excesiva crudeza y ése no será el único de vuestros padecimientos hoy.

Buckingham intentó maldecirlo, pero le brotó nueva sangre del paladar rajado y sus palabras resultaron ininteligibles.

—El rey vive y vivirá —pronunció York en voz alta—. Soy leal a la casa de Lancaster.

Dedicó al balbuceante duque de Buckingham una sonrisa irritada y luego giró sobre sus talones para desandar la nave, al tiempo que llamaba a sus hombres.

Apoyado en un pilar del transepto, Derry Brewer observó la escena con pesadumbre. Había entrado en la abadía por una puerta secundaria, se había colado en una habitación donde los hábitos de los monjes colgaban de perchas y sin pensárselo dos veces se había echado uno por encima de su ropa. Tras su experiencia con los franciscanos, un sayo benedictino no albergaba misterios para él.

Justo cuando se cubría la cabeza con la capucha para ocultar su rostro y marcharse, había escuchado la voz de York, una voz que conocía tan bien como cualquier otra. Derry había contemplado el encuentro desde su escondite, agarrando con los dedos su machete, que colgaba de su cintura bajo la sotana. Durante un rato había creído que sería testigo del asesinato de Enrique. En cambio, York había corroborado su condición de súbdito y Derry había presenciado la humillación del rey con gran pesar.

Cuando York desanduvo a zancadas aquella nave, Derry supo al fin que todo estaba perdido. Había visto caer a Somerset, derribado de manera sangrienta y violenta. Derry había intentado resistir junto al rey. Había luchado por llegar a él desafiando la marea de hombres. Pero al ver a Somerset masacrado lo había entendido todo. El día estaba perdido. La causa estaba perdida. El rey estaba perdido. Cegado por las lágrimas y enmudecido por el dolor, Derry había corrido entonces en dirección a la abadía, considerando que era la única escapatoria viable.

Se echó la capucha y agachó la cabeza. York, Salisbury y Warwick habían triunfado. Habían conseguido todo cuanto anhelaban.

Derry notó un nuevo escozor en los ojos y se los frotó con la manga del sayo,

enojado consigo mismo por su debilidad. Enlazó las manos por delante y adoptó los andares deslizantes propios de su disfraz mientras se alejaba de su rey caído.

**L**ondres parecía el corazón del mundo. Quienes habían fallecido se hallaban sepultados bajo tierra y las heridas habían cicatrizado en quienes vivían. Los temores y recuerdos sombríos empezaban a desvanecerse, barridos por el fragor de las gargantas que vitoreaban.

Una muchedumbre formidable se había congregado mucho antes del alba para disfrutar de su única oportunidad en la vida de ver al rey y a la reina de Inglaterra. Ninguna de aquellas personas había luchado en la colina de San Albano. Pese a que la población se hallaba a menos de treinta kilómetros de la capital, los carniceros, curtidores y concejales de Londres no habían estado allí para ver a Enrique caer ni para ser testigos de cómo se franqueaban las barricadas. Sólo sabían que la contienda entre las casas había concluido, que la paz se había restaurado y que el rey Enrique había perdonado a sus lores rebeldes.

La ciudad al completo parecía haberse desplegado a lo largo de la ruta del cortejo real por la amplia calle de Cheapside en dirección a la catedral de San Pablo. El populacho se abalanzaba contra las líneas de soldados, quienes, vestidos de vivos colores, tenían el rostro tenso por el deber y la irritación. Se produjo algún altercado aislado, como el hurto de un portamonedas o cuando unos pilluelos atravesaron chillando la multitud, pero, en general, el ambiente era relajado.

El día anterior había llovido y la lluvia había dejado la ciudad mucho más limpia de lo habitual. Aquella mañana de julio había amanecido despejada y cálida, con centenares de carretas traqueteando a la salida del sol para preparar el desfile del rey. De inmensos fardos transportados en ellas, las mujeres habían extraído juncos limpios y secos que habían esparcido y sobre los cuales Enrique y Margarita caminarían más adelante. El fango húmedo que había debajo acabaría por filtrarse de nuevo, pero, por un tiempo, la carretera lució como nueva.

La traición y el derramamiento de sangre de San Albano se habían olvidado de manera deliberada mientras la capital se preparaba para que el rey y la reina desfilaran ante sus súbditos. Después de aquel día no volvería a hablarse de traidores ni de guerra civil. Lo único que las multitudes vieron fue el desfile triunfal a través del corazón de la ciudad, encabezado por elegantes caballos de batalla cepillados y resplandecientes formando en filas perfectas. Los estandartes de una docena de casas nobiliarias afines al rey ondeaban al viento, sobrepasados por los de la casa de Lancaster y York, que avanzaban juntos en señal de paz.

Tras seis docenas de filas de caballeros marchaban centenares de criados reales que, ataviados con sus atuendos más vistosos, arrojaban al gentío flores e incluso monedas que portaban en cestos. Manos implorantes se alargaban hacia ellos y las mujeres lanzaban besos a los hombres apuestos. Su desfile suscitó la mayor algarabía, mientras que, justo a continuación, cada sección de la multitud pareció contener el aliento y vivir un dilatado instante de sobrecogimiento entre susurros, antes de

romper en aplausos y vítores una vez más, tan atronadores como para hacer temblar las casas que flanqueaban la calle.

El rey Enrique caminaba solo sobre los juncos blancos. Iba vestido con capa, túnica y unas calzas de un azul negruzco, y en el pecho llevaba bordados los tres leones de oro *passant guardant*, recostados pero alertas. Un broche de plata sujetaba su capa.

El rey no miró ni a derecha ni a izquierda al recorrer la misma senda que centenares antes que él, ni se preocupó por sortear las humeantes bostas dejadas por los caballos de guerra que lo habían antecedido. Quienes lograron verlo entre las lágrimas de felicidad divisaron a un monarca muy pálido, pero que no obstante caminaba con la espalda enderezada y con la cabeza en alto. Las noticias de la batalla de San Albano habían corrido por todo el país. Habían seguido rumores acerca de la herida de Enrique, e incluso de su muerte, que habían sido engrandecidos y adornados con leyendas fantásticas. Era preciso que Enrique se dejara ver con vida y vigor, por orden de York. El rey había abierto ya el Parlamento aquella mañana, donde había permanecido sentado mientras se le realizaban nuevos juramentos de lealtad, liderados por Ricardo de York como su partidario más ardiente. Loes espirituales y temporales habían acudido a arrodillarse, tomar la mano de Enrique y jurar por sus vidas y honor su fidelidad al rey. Enrique miraba a su alrededor con ojos inexpresivos, desfilando tras quienes caminaban ante él.

Detrás de Enrique, la reina Margarita caminaba junto al duque de York, quien, con el pecho henchido de orgullo, le agarraba la mano con fuerza, para evitar que se zafara de él. En su fuero interno, York deseaba que Enrique saludara a la muchedumbre. Había algo incómodo en el caminar rígido de aquel rey macilento que se limitaba a seguir el camino trazado, como si ninguna chispa mortal le insuflara vida. York y Margarita andaban tres pasos por detrás de él, demasiado lejos para intercambiar siquiera una palabra. York saludaba con la mano izquierda en alto a las filas de rostros que iba dejando atrás, hacinados en las calles y en las ventanas altas. Vio flores pisoteadas entre los juncos a medida que la multitud empujaba a las filas de soldados. Algunos de sus hombres cruzaron sus varas a la altura de la cintura, creando con ello una barrera a medida que los londinenses se agitaban cada vez más, ansiosos por ver y guardar un recuerdo que pudieran atesorar el resto de sus vidas.

—Contemplad cuánto aman al rey —dijo York, volviéndose hacia Margarita. Ella no respondió nada y York se le acercó tanto que le rozó con los labios la oreja—: ¡Aman a vuestro esposo! —le gritó por encima del rugido del gentío.

Entonces Margarita lo miró con unos ojos tan gélidos que York apartó la mirada al instante y volvió a contemplar a la alegre muchedumbre. El magnífico desfile a través de Londres había sido idea de Salisbury, quien ahora caminaba algo por detrás de York, junto a sus dos hijos. Quizá la sugerencia había sido una suerte de recompensa por las airadas palabras que habían intercambiado en la plaza del mercado de San Albano, York lo desconocía. El pueblo de Londres vería la casa de



York restaurada en el mismísimo corazón del favor real. No habría más rumores acerca de su nombre o estirpe. York notó la mano de la reina moverse, ambas palmas resbaladizas por el sudor tras el largo rato que llevaban unidas. La sujetó con más firmeza, temiendo que se soltara. No la vio hacer una mueca de dolor ni tampoco vio el modo cómo ella se esforzó por volver a exhibir un rostro inexpresivo una vez más.

Era el día de York, a Margarita no le cabía duda. Su esposo desfilaba como un condenado por delante de sus ejecutores y ella ansiaba adelantarse y caminar junto a él. No le quedaba más opción que andar tras él, con la vista clavada en la espalda de Enrique, como si así pudiera darle alcance y reconfortarlo sólo con su amor y sus pensamientos.

La catedral de San Pablo se alzaba delante de ellos; allí se había congregado una multitud aún más numerosa desde mucho antes del amanecer para contemplar la coronación del rey a manos de York. No existía mayor símbolo de poder, y York notó insuflársele aún más el espíritu cuando la imponente construcción quedó a la vista. Dios y la buena suerte habían estado de su lado y del de su linaje. Si la herida de Enrique hubiera estado sólo un poco más cerca de la garganta, el príncipe Eduardo habría sido proclamado rey. En la coyuntura presente, el rey Enrique vivía, pero quien gobernaría sería York. Dio gracias a Dios por ello, recordándose que había ordenado pronunciar oficios día y noche en gratitud por su buena fortuna.

Warwick había recibido la capitanía de Calais, un puerto floreciente, a cambio de su actuación por salvar al rey en San Albano. Salisbury volvió a ser proclamado lord canciller del rey, si bien su verdadera recompensa era la muerte del conde Percy y su victoria en las desavenencias entre su familia y Northumberland. York había solicitado y recibido el título de condestable de Inglaterra, con poderes para comandar en nombre del rey. Pero quizá lo más importante de todo fuera que Enrique había firmado mansamente el indulto para todos cuantos habían participado en la batalla, absolviéndolos de toda culpa o mácula en su honor. Las casas de York y Lancaster habían renacido juntas un día estival de cielo azul.

Margarita miró al hombre por quien sentía un odio tan profundo como podría imaginarse. Cuando aquella farsa hubiera concluido, con sus juegucitos de coronaciones por manos indignas, comprobaría quién seguía estando de su lado y del de Enrique. Cuando la muchedumbre hubiera regresado a sus hogares y volviera a reinar el silencio, Margarita reflexionaría. Había aprendido mucho desde su llegada a Inglaterra cuando aún era una niña. No actuaría con prisas ni de manera irreflexiva. Pero, cuando llegara el momento, actuaría, sin lugar a dudas.

York notó sus ojos posados en él. Al mirar a la reina que caminaba a su lado, le alivió comprobar que Margarita sonreía.

## SEGUNDA PARTE



**1459**

«El reino de Inglaterra cayó presa del desgobierno [...] pues su rey era un simple [...] no sostenía su casa, ni emprendía guerras».

ANÓNIMO (cronista inglés del siglo XV)

**D**erry Brewer, de pie bajo la espesa cortina de lluvia, observó la columna de soldados armados que avanzaba a caballo hacia el castillo de Kenilworth. El campo abierto no ofrecía protección contra el aguacero que, en ráfagas sibilantes, caía sobre ellos. Montaban con la cabeza agachada, hombres en filas de a siete, completamente revestidos de sus armaduras y con los estandartes tan empapados que se habían enrollado en las astas. Aun así, se mantenían alerta, listos para el ataque. Pese a los cuatro años de paz, el país entero hervía y resonaba con entrecrocar de metales, como la tapadera de una olla que bulle en el fuego.

Derry avanzó hasta situarse en la trayectoria de los hombres, justo en medio del camino. Había elegido a seis robustos muchachos para acompañarle, suficientes para conformar un grupo de apariencia digna. Dos caballos de tiro se habían colocado algo más adelante para bloquear la ruta, animales enormes que doblaban en músculo y peso a los caballos de batalla. En aquellas circunstancias, Derry dudaba de que cualquiera de los visitantes fuera a detenerse por un solo hombre. Aquel tiempo infernal no ayudaba precisamente, ni tampoco el hecho de que el castillo estuviera a la vista, con su promesa de calidez y seguridad. Levantó la mano con la palma extendida hacia fuera, bien erguido y exhibiendo toda la seguridad de que fue capaz, mientras la lluvia le agujoneaba la piel. A su lado, su amigo Wilfred Tanner alzó el estandarte real, una mancha roja y dorada visible desde lejos. El pequeño y huesudo contrabandista temblaba, estremecido de orgullo por el honor de portar los colores del rey.

Apenas había pasado una hora desde mediodía, pero las nubes hacían que el ancho camino pareciera de un color gris oscuro. Derry, que no apartaba la vista de los jinetes, advirtió el momento en que avistaban su persona y enviaban aviso al duque al que protegían. No podía ver más allá de las dos primeras filas, pero en algún lugar de aquella masa de soldados estaba el hombre que buscaba.

—¡En nombre del rey, deteneos! —bramó Derry para hacerse oír por encima del viento. Ante la falta de respuesta, maldijo entre dientes.

El tintineo de las cabalgaduras no se detuvo, y la columna continuó acercándose al trote, sin mostrar ninguna intención de detenerse. Si el hombre que la mandaba no daba la orden de parar, Derry sabía que atravesarían su exiguo grupo y les obligarían a dispersarse. Dios sabía que aquel año ya existían sospechas más que suficientes en Inglaterra. Cualquier barón de rango menor, cualquier caballero y sus vecinos parecían estar ocupados congregando hombres y comprando armas. Si se continuaba alimentando el fuego de aquella manera, la caldera terminaría por derramarse.

Con la primera fila a tan sólo unos pasos, Derry oyó que alguien gritaba una orden. La voz recorrió la columna, si bien los hombres ya parecían esperarla y se habían detenido justo antes de pasarle a Derry por encima. Pararon tan cerca que podría haber tocado los húmedos hocicos de las monturas con sólo extender el brazo,

aunque decidió no hacerlo. A ningún jinete le gustaba que otro hombre le sujetara las riendas.

El aguacero arreció, sin truenos, únicamente los cielos rasgados y descargando la lluvia de un mes en un solo día. Surcaban la tierra innumerables regueros de agua, y alrededor de los hombres se extendían enormes y relucientes charcos. La lluvia repiqueteaba en las armaduras, un fragor metálico que subía o bajaba de intensidad con cada ráfaga de viento.

—¿Quién sois vos para cortarnos el paso? —gritó un jinete desde la segunda fila—. Estáis en el camino del duque de Somerset. Apartaos.

Derry percibió la predisposición a la violencia en los caballeros que le observaban. Venían armados para la guerra y la inquietud y los nervios eran patentes. Nadie se había levantado la visera, por lo que resultaba difícil saber quién de ellos había hablado. Podrían haber pasado por estatuas de plata, medio ocultas en pesados capotes azules, tan empapados que parecían negros.

—Deseo hablar con Henry Beaufort, duque de Somerset —contestó Derry con voz alta y clara—, a cuyo padre conocí bien y una vez llamé amigo. Hablo en nombre del rey Enrique y la reina Margarita. Como veis, no me acompañan hombres que puedan amenazaros, pero obedezco órdenes del rey y debo hablar a Somerset antes de que entréis en el castillo.

Los hombres de la primera línea le observaron a través de la ranura de la visera. Los de detrás volvieron la cabeza, y Derry, estirando el cuello, distinguió a un jinete con los colores de Somerset debajo de la capa, por donde asomaba un empapado tabardo con bandas azules y blancas y, cuartelados, la dorada flor de lis y los leones de Inglaterra. Derry se fijó en aquella figura delgada y sintió una punzada al recordar al padre de aquel hombre. Uno de los caballeros se inclinó hacia su señor y murmuró algo que Derry no alcanzó a oír. Para su tranquilidad, vio cómo el joven duque negaba con la cabeza y picaba espuelas para conducir el caballo al frente de la línea. Al igual que su dueño, el enorme animal lucía corazas de acero alrededor del pecho y la cabeza, piezas que se movían cuando el caballo avanzaba y que podían resistir casi cualquier acometida. Para un hombre desarmado, aquellas protecciones constituían por sí solas un peligro, y Derry tragó saliva, consciente de que un solo paso en la dirección equivocada podría causarle un tajo.

Ante la mirada de Derry, el nuevo duque de Somerset se levantó la visera y reveló unos ojos que, de inmediato, se entrecerraron al contacto con la lluvia.

—Excelencia, me llamo Derry Brewer. Conocí a vuestro padre.

—Me habló de vos —replicó Henry Beaufort sin demasiado entusiasmo—. Me dijo que erais un hombre en quien se podía confiar, aunque eso lo juzgaré por mí mismo. ¿Qué deseáis de mí?

—Unas palabras en privado, milord, por el honor de mi nombre, mi juramento de lealtad y mi posición al servicio del rey.

Derry esperó bajo la fría mirada del joven, pero fue otro caballero el que habló

antes de que Somerset pudiera responder.

—Milord, esto me huele mal. ¿Ser detenidos en el camino y con un chaparrón de mil demonios? Avancemos hasta el castillo de la reina. Allí escucharemos lo que hayan de decirnos.

—Se trata de algo muy urgente, milord —replicó Derry, aguardando—. Estoy desarmado.

La mera sugerencia de que Somerset pudiera rehuir lo que fuera por miedo o precaución bastó para desatar en él una punzada de ira. Desmontó y caminó a grandes zancadas hasta situarse deliberadamente casi encima de Derry, amenazadoramente cerca. Como respuesta, Derry se giró y se llevó a Somerset a unos doce pasos de sus hombres. Éstos se iban encrespando con cada paso que alejaba a su señor, listos para espolear las monturas y derramar sangre al primer movimiento en falso.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó con fiereza Somerset, al tiempo que pegaba la cabeza a la de Derry—. Se me convoca aquí con tan sólo un sello real que demanda mi presencia. ¿Qué tenéis que decirme para retenerme bajo esta lluvia?

Derry respiró, aliviado.

—Hay un hombre entre los vuestros, milord, un hombre que entregó ciertos documentos al conde de Salisbury no hace ni un mes. Mi gente le vio hacerlo y luego siguieron a la persona con quien se encontró.

—¿Un traidor? —preguntó Somerset, sorprendido—. ¿Por qué, entonces, no me informasteis antes?

Derry sintió que se le enrojecían las mejillas, pese a la lluvia helada.

—En ocasiones, milord, resulta útil saber qué hombres actúan con falsedad sin interceptarlos. De ese modo, se les puede utilizar para que orienten a su amo en la dirección equivocada. No sé si me seguís.

—Sin embargo, ahora me detenéis —replicó Somerset fulminando con la mirada al empapado jefe de espías que le observaba.

—En Kenilworth os transmitirán algunos planes que no deben llegar a oídos del traidor, milord. Pensé que sería más fácil y tranquilo solventar el problema en el camino, en lugar de en presencia de la reina.

—Entiendo. ¿Y cómo se llama ese hombre que ha de ser condenado sólo por vuestra palabra?

Derry se crispó ante el tono suspicaz del joven lord.

—Sir Hugh Sarrow, señor. Y no existen dudas al respecto. Ninguna. Mandadlo de vuelta, si lo deseáis, aunque entonces se enterará y desaparecerá entre vuestros enemigos.

Somerset se giró hacia sus hombres, que observaban irritados la situación.

—¿Sir Hugh? ¡Fue uno de los hombres de confianza de mi padre! ¡Le conozco desde que era un niño!

—Aun así, milord. No puede entrar en el castillo y oír lo que sólo es para vuestros oídos. Vuestro padre confiaba en mí, señor. El rey Enrique y la reina Margarita

todavía confían en mí. Es mi trabajo, descubrir a los traidores y utilizarlos, o destruirlos.

—Puede que mi padre os conociera, maese Brewer, pero yo no. ¿Y si me niego?

—Lamento decir que no se os permitirá cruzar la puerta del castillo. —Derry tenía que esforzarse para respirar con normalidad, consciente de que los hombres como Henry Beaufort estaban acostumbrados a la obediencia absoluta ante el más leve de sus caprichos—. No podréis entrar con ese hombre en libertad, milord. A una orden vuestra, será atado y confinado en una celda mientras habláis con la reina. Yo no despreciaría la oportunidad de interrogarle, pero es vuestro hombre y la decisión os corresponde a vos.

Derry se sobresaltó cuando Somerset se volvió y rugió a sus hombres:

—¡Sir Hugh Sarrow! ¡Venid inmediatamente!

Hubo agitación entre las filas, mientras un hombre avanzaba al frente, desmontaba y se acercaba caminando con rigidez hacia su señor y Derry Brewer.

—Quitaos el casco, sir Hugh —ordenó Somerset.

El caballero descubrió un rostro estrecho, preocupado y en parte oscurecido por un mostacho, mientras los ojos se le iban alternativamente de un hombre al otro.

Somerset se inclinó hasta acercarse tanto a Derry que éste pudo percibir la calidez de su aliento.

—Soy leal al rey, maese Brewer. La muerte de mi padre todavía clama venganza y ésta no ha de serme negada. Si se trata de una prueba de fidelidad, aquí tenéis mi respuesta. —Sin previo aviso, desenvainó la espada y, girando el cuerpo, la descargó con toda su fuerza contra el cuello desnudo del caballero.

La hoja rozó el borde del gorjal antes de cortar la carne e hizo saltar una chispa que la sangre y la lluvia se encargaron de extinguir. Sir Hugh se tambaleó por la fuerza del golpe. Su cara adquirió una palidez mortal y, con los ojos desorbitados, se llevó una mano a la garganta antes de caer con estrépito en el barro.

Derry miró al joven que tenía delante y descubrió en él una furia hasta entonces oculta.

—Esto concluye el asunto —dijo Somerset—. ¿Deseáis algo más de mí, maese Brewer? Estoy mojado y tengo frío, y aún debo oír lo que me aguarda en Kenilworth.

—Gracias por vuestra confianza, milord —respondió Derry, alterado. Hizo un gesto a sus compañeros y éstos se abrieron para dejar paso libre a la columna, por más que, llegado el caso, hubieran constituido un lastimoso obstáculo. Somerset caminó airadamente hacia su caballo y montó de nuevo. La columna avanzó y, a medida que cruzaban ante Derry, docenas de cascos se volvían y le lanzaban una mirada de sospecha y desagrado. Él tuvo buen cuidado de no interponerse en su camino. El trabajo ya estaba hecho.

Una vez que hubieron pasado, Derry hizo una seña a sus compañeros. Obedeciendo la orden, los hombres ataron el cadáver con armadura a los caballos de tiro y lo arrastraron por el barro en dirección al castillo.

Margarita observó con gran interés cómo Derry Brewer y otro hombre entraban y le hacían una reverencia. El pelo del jefe de espías aún estaba empapado por la lluvia, aunque se había cambiado las ropas antes de presentarse ante ella. Fuera lo que fuera lo que Derry había advertido a su acompañante, éste se hallaba por completo aterrorizado ante el escrutinio de una reina de Inglaterra. El hombre que flanqueaba a Derry estaba flaco como un palo, y lucía una desaliñada pelambre de color castaño que parecía haberse peinado con saliva y la palma de la mano. Temblaba mientras intentaba copiar el ademán de Derry, avanzando una pierna e inclinándose sobre ella. Ante el disimulado regocijo de la reina, Derry hubo de sujetar con fuerza al hombre para evitar que éste cayera.

Pese a la tormenta que aquel día azotaba los muros del castillo, el largo verano de 1459 había calentado Kenilworth hasta provocar grietas en el yeso de las paredes y convertir los verdes pastos en una campiña parda que se perdía en el horizonte. Margarita amaba aquel lugar.

Tres años antes, se habían izado veintiséis grandes serpentines a los muros y torres del castillo, cañones suficientes para inundar de hierro una distancia de casi medio kilómetro, y también de carne y acero despedazados, si cualquier enemigo osaba acercarse. Margarita no había avisado de sus intenciones a York ni a Salisbury, ni dado muestra de no hallarse del todo satisfecha con su suerte. Sólo le había hablado de ello a Derry, el único hombre en quien confiaba. Juntos habían planeado sacar a Enrique de sus aposentos en el palacio de Westminster, pretextando ante los médicos que el rey necesitaba el aire fresco del campo. Tan pronto estuvieron fuera de Londres, Margarita se había apresurado a llevarlo al norte antes de que nadie descubriera sus planes. Durante los tres años siguientes, había recibido innumerables misivas y heraldos indignados, ¿pero qué podía hacer York? No era posible convocar un nuevo Parlamento sin el rey. La ley y el orden empezaban a desmoronarse en todo el país, pero Kenilworth seguía siendo una fortaleza. Ni siquiera York se atrevería a congregarse un ejército para apartar al rey Enrique de su esposa.

—Acercaos, maese Brewer —dijo Margarita—. Y traed a vuestro... compañero con vos, para que pueda juzgar la valía de los hombres que empleáis al servicio de mi esposo.

Derry se irguió al percibir una chispa maliciosa en los ojos de la reina y no pudo evitar sonreír.

—Este asombroso ejemplar es Wilfred Tanner, Su Alteza. Me ha sido útil durante este último año. En tiempos fue contrabandista, aunque no demasiado diestro...

—¡Derry! —dijo Tanner entre dientes, horrorizado al ver que se revelaba en público su anterior profesión.

—... pero ahora presta sus servicios a la Corona —prosiguió Derry sin inmutarse— y viaja conmigo por el país, ocupándose de vuestros contratos. —Levantó una bolsa de cuero llena de pergaminos—. Aquí hay otra cincuenta, Su Alteza.

Declaraciones firmadas de hombres que por su honor juran unirse a nuestros bravos soldados.

—Tengo en vos a un buen servidor, maese Brewer. Mi esposo ha hablado a menudo de vuestra lealtad. Si estuviera presente, estoy segura de que expresaría su gratitud por todo lo que habéis hecho durante los pasados años.

Derry percibió que, al nombrar al rey Enrique, una arruga se formaba entre los ojos de la reina. Margarita aún no había cumplido treinta años y, en el tiempo transcurrido desde su matrimonio, se había convertido en una mujer extraordinariamente hermosa. Tenía el pelo oscuro, recogido en una trenza que le llegaba casi hasta la cintura. Mientras la miraba, Derry no pudo evitar preguntarse si la reina era consciente del efecto que causaba en los hombres. Sospechaba que sí, que lo era de principio a fin. Estaba sentada en una silla de madera tallada, con un vestido de seda azul oscuro que realzaba sutilmente su figura. En los seis años pasados desde el nacimiento del príncipe Eduardo, no había llegado un segundo hijo que añadiera tirantez a aquellas costuras. Derry ladeó la cabeza un instante, sin experimentar el aguijón del deseo, sino sólo el placer, casi el temor reverencial, que emana de un hombre cuando observa a una mujer hermosa. La luz de uno de los grandes ventanales iluminaba a la reina, y aquella claridad hacía que le brillaran los ojos y que su figura apareciera rodeada de motas doradas que flotaban en el aire.

—Estos hombres que habéis ganado para nuestra causa —preguntó Margarita—, ¿son para el ejército de la reina? ¿O para el de mi esposo?

—Estos cuarenta y seis os han jurado fidelidad a vos, milady. Wilfred les presentó vuestro emblema del cisne y puedo confirmar que le prestaron juramento con orgullo. Creo que necesitaré unas cuantas docenas más cuando parta de nuevo. En algunos lugares son ahora la nueva moda, y muchos hombres obsequian con ellos a sus esposas, a modo de regalo.

—Pero cuando sean llamados, maese Brewer, deberán lucir mi símbolo o el antílope de mi esposo. ¿De acuerdo? Sea cual sea la moda, nuestros soldados deben reconocerse entre sí por sus emblemas.

Derry hizo un gesto con la mano, como restando importancia.

—Sean la guardia del rey o de la reina, sirven a la Corona, Su Alteza. Para mí ha supuesto una satisfacción constatar tal fervor en pueblos y ciudades. Yo mismo soy recibido como un noble visitante, en cuanto me ven aparecer sobre Retribución.

—¿Os ven aparecer sobre...? Ah, ¿no es un nombre algo extravagante para un caballo?

—Lo cierto es que se trata de una bestia muy vengativa, milady. El nombre resulta de lo más apropiado para él, tanto como lo es este trabajo para mí. También Wilfred, aquí donde lo veis, se ha ganado unas cuantas enamoradas sólo por llevar mi bolsa de papeles y emblemas.

Margarita rió y Wilfred Tanner enrojeció hasta las orejas mientras intentaba darle con el codo a Derry, aunque éste quedaba fuera de su alcance.



Uno de los mayordomos de la reina entró en la sala de audiencias por detrás de los dos hombres, tras cruzar las grandes puertas caminando muy silenciosamente con sus zapatos de fieltro. Al dirigir la palabra a su señora, Derry y Wilfred Tanner dieron un respingo de sorpresa. Margarita sabía que las armas estaban prohibidas en su presencia, así que observó con cierto interés cómo las manos de los hombres buscaban precipitadamente en diferentes partes de las mangas y la túnica. Ambos se rehicieron con rapidez y cruzaron una mirada contrita.

—Su Alteza, Henry Beaufort, duque de Somerset, y sir John Fortescue, juez supremo del Tribunal del Rey —anunció el ayudante, antes de retirarse para dejar paso a los anunciados.

Como respuesta, Derry volvió a hacer una reverencia.

—¿Permitís que me quede, milady? En mi calidad de consejero, me gustaría oír lo que hayan de decir estos hombres.

Margarita asintió con la cabeza y permitió que Derry condujera a Tanner a un lado. Ambos adoptaron una actitud mansa, si bien Derry Brewer observaba con las cejas fruncidas. Por el extremo de la estancia, entraron dos hombres de aspecto muy diferente.

Henry Beaufort, duque de Somerset, tenía sólo veintitrés años. Derry había conocido bien a su padre, pero apenas encontraba nada del viejo duque en la cara del hijo, aunque ahora sabía que detrás de aquella expresión anodina se escondía una ira terrible que, pese a los cuatro años transcurridos desde la muerte del viejo Somerset, todavía ardía intensamente. Beaufort era quizá algo más alto de lo que había sido su padre, Edmund, y el joven mostraba un paso ágil mientras caminaba hacia la reina. Pasados cuatro años desde la batalla de San Albano, la moda volvía a favorecer las barbas y, por lo que se veía, Somerset se dejaba crecer con modesta fortuna la suya, una trama de color pardo oscuro y tonos rojizos, acompañada por un bigote cuyas puntas se curvaban ligeramente hacia arriba.

—Su Alteza —habló Somerset, inclinándose en una reverencia mucho más elegante que la de Derry. En el momento de erguirse de nuevo, el duque miró apenas una fracción de segundo a Derry, lo suficiente como para hacerle saber que había notado su presencia.

—Milord Somerset, os doy la bienvenida —dijo Margarita—. Aguardad un instante mientras saludo a vuestro compañero.

Derry notó cómo el rubor subía a las mejillas del joven, y levantó las cejas interesado, al tiempo que Somerset se hacía a un lado. El duque no había tomado esposa, y Derry se preguntaba si debía aconsejarle que se cuidara de lanzar ciertas miradas a la reina delante de otras personas. Recordó la repentina violencia de la que había sido testigo fuera del castillo y decidió no hacerlo. El jefe de espías consideró que el joven era bastante apuesto, aunque quizá de una forma poco estimulante. Derry se sorprendió a sí mismo alisándose los rizos y de inmediato sacudió la cabeza, divertido por la estupidez general de los hombres.

Detrás del joven caballero había entrado sir John Fortescue, vestido por completo de negro, desde la voluminosa toga que se recogía en el pecho hasta los escasos centímetros visibles de unas calzas de lana, además de las botas de cuero que calzaba. A los sesenta y dos años, mostraba una cara sin apenas arrugas y bien henchida de carne. A Derry le recordaba a los miembros de algunas órdenes monásticas, los cuales adoptan durante tanto tiempo de su vida la expresión laxa del orante que no envejecen como los demás hombres. Fortescue no llevaba barba, pero sí lucía un fino bigote, oscuro en el centro y blanco a medida que se acercaba a los bordes de la amplia boca. En cierta medida, el bigote disimulaba la falta de algunos dientes superiores e inferiores en un lateral de las mandíbulas, lo que le daba un aire burlón incluso cuando dormía. Los dientes que conservaba eran fuertes y amarillos, pero tenía la mitad de la boca reducida a encías. Derry advirtió la mirada parpadeante de Fortescue sobre su persona. El juez supremo del rey era famoso por su capacidad de observación y, en ese breve instante, Derry sintió que había sido evaluado y desechado, junto con el aún atemorizado Tanner, que seguía a su lado. Sin duda, Fortescue también observaría las señales de enamoramiento de Somerset con idénticos ojos fríos y la misma torcida sonrisa.

—¿Puedo aproximarme, Su Alteza? —preguntó Fortescue. Su voz era fuerte y firme, como corresponde a un hombre acostumbrado a dirigirse al tribunal, en su calidad de juez supremo. Derry notó el leve siseo con el que el juez pronunciaba las consonantes sibilantes cuando su lengua encontraba un hueco allí donde antes había dientes.

—Desde luego, sir John —respondió Margarita. Se dio cuenta de que Fortescue miraba al resto de los presentes y habló antes que él—: Si no podéis confiar en las personas que están aquí, no podéis confiar en nadie. Por poco familiarizados que estéis entre vosotros, os tengo a todos por hombres leales.

Los cuatro visitantes quedaron en silencio por un instante, cada uno calibrando al resto. Tanto el duque como el juez Fortescue frunció el ceño al mirar a Wilfred Tanner, quien se rascó la mandíbula y pareció querer hallarse en cualquier lugar excepto en aquella habitación. Tanner ya había conocido a algún que otro juez en su vida.

Margarita perdió la paciencia ante aquella tensión entre los presentes.

—Milord Somerset, caballeros, amigos. Cada uno de vosotros desempeña en nombre del rey un papel dentro de un proyecto de mayor envergadura. Maese Brewer ha pasado dos años en los caminos a mi servicio, reuniendo hombres que sienten como agravio el maltrato dado al rey por parte de sus más poderosos caballeros. York, Salisbury y Warwick se han burlado del trono, de Inglaterra y de la Corona. Ya me he pronunciado al respecto. Tomaron las armas para asesinar sanguinariamente a los nobles consejeros del rey y, sin embargo, no cayeron fulminados por la ira divina. Ahora continúan prosperando, presumiendo como pavos reales mientras hombres mejores yacen bajo tierra.

Margarita advirtió que estaba apretando un puño. Relajó la mano y observó cómo los dedos blancos se abrían como una flor.

—Desde entonces, no ha pasado una noche en que no pensara en algún tipo de castigo para esos hombres. Sir John me explicó lo que dice la ley, pero ¿qué es la ley, incluso la ley de Inglaterra, si no puede hacerse cumplir? ¿Cuántos hombres habéis reclutado para el ejército de la reina, maese Brewer? ¿Cuántos lo componen ahora mismo?

Derry parpadeó. En aquella mujer que, inmóvil sobre la silla, los aleccionaba no quedaba ni rastro de ligereza. Vio de nuevo a la joven reina que había recibido las noticias de la herida de su esposo y el ascenso de York por encima de todos ellos. No había en ella aflicción, sino una furia gélida. Por más que el golpe la hubiera roto en pedazos, éstos eran lo suficientemente afilados como para cortar.

—Nueve mil hombres portarán el emblema del cisne, Su Alteza. Yo... no puedo responder de la capacidad de la mayoría. Aunque ochocientos caballeros os hayan jurado lealtad, el resto son granjeros, herreros y escuderos. Ciertamente, necesitan buenos hombres que los guíen. Aun así, han jurado por su honor defender vuestra causa y no dudéis de que lo harán.

—¿Y el segundo de nuestros grandes proyectos, maese Brewer? Decid a sir John cuántos hombres portarán el antílope de mi marido cuando el rey sea amenazado por sus enemigos.

—Ocho mil, Su Alteza. Desde Dorset a Northumberland, se han adiestrado para marchar y luchar. Tan sólo esperan la orden del rey.

—Gracias, maese Brewer —dijo Margarita—. Bien, sir John. ¿Lo halláis satisfactorio? ¿Os complacen esos números?

Sir John Fortescue había escuchado fascinado. Hizo de nuevo una reverencia, al tiempo que le asomaba una sonrisa en los labios.

—Su Alteza, estoy abrumado. Me parece que son suficientes. No, estoy seguro de ello.

El juez podría haber continuado, pero Henry Beaufort se aclaró la garganta. Quizá sólo hubiera sido duque durante cuatro años; pero, por lo que Derry podía ver, Somerset ya mostraba algo de la arrogancia de su linaje. El joven levantó un solo dedo y, como respuesta, el juez decano del rey cerró la boca con un chasquido.

—Su Alteza, tales noticias son bienvenidas —comenzó Somerset—. Es un honor para mí que se me incluya en este círculo. —Miró entonces a Wilfred Tanner y dejó entrever una expresión de duda—. Aceptaría cualquier posición de autoridad en un... ¿cómo lo llamasteis, milady? En un «proyecto de tal envergadura». Podéis confiar en mi lealtad hasta que los cuernos de batalla suenen por última vez.

—No dudéis de que lo hago, milord Somerset —repuso Margarita con frialdad—. El asunto no admite término medio. El plan ha tardado demasiado en fraguarse. Esta misma mañana he visto a los lores Buckingham, Clifford, Grey y Audley. Los nobles de mi marido estarán con él o contra él. Y os lo aseguro: el rey no permitirá que nadie

muestre clemencia por aquellos que no elijan correctamente.

Ante el secreto alborozo de Derry, Henry Beaufort volvió a levantar el dedo para pedir que se le concediera de nuevo la palabra. Margarita endureció el gesto de la boca, pero asintió con la cabeza.

—Su Alteza, si estos ejércitos han de marchar únicamente cuando el rey sea amenazado, debo preguntar, ¿dónde está tal amenaza? Incluso sin Parlamento, York parece satisfecho con todo lo que ha ganado. Warwick está en Calais y Salisbury celebra sus fiestas y cacerías, pero no puede decirse que ninguno de ellos amenace a Su Majestad directamente.

La expresión de Margarita fue oscureciéndose a medida que Somerset hablaba, hasta perder todo resto de su calidez anterior.

—Sí. Consideran que han ganado todas sus batallas. No os falta razón y se trata de algo vejatorio para mí. Creí que nunca lograría sobreponerme a ello, hasta que sir John me explicó la «muerte civil». Ésa es la chispa que los hará saltar, milord. Será la piedra que usaremos para romperles la cabeza.

Somerset asintió y se llevó un dedo a los labios. A Derry le parecía bastante evidente que el joven duque no conocía el término. Todos los presentes se volvieron entonces hacia Fortescue, en tanto el hombre preparaba aquella boca medio vacía, complacido por la atención que le prestaban.

—Se trata de una ley para traidores —explicó Fortescue— con larga tradición en los anales, pero usada muy rara vez, quizá por el poder que otorga. Con el sello real en una petición de muerte civil, el noble se convierte en un hombre corriente. Sus títulos quedan sin efecto y su sucesión es denegada. Todas sus propiedades se transfieren al rey. En resumen, supone la muerte: cualquier casa noble queda reducida a cenizas.

—York nunca permitirá que se promulgue —apuntó Derry de inmediato, tal como había convenido con la reina en un encuentro privado. Ante su exasperación, sir John agitó el dedo hacia él, sonriendo.

—La muerte civil se creó para los casos de amenaza extrema contra la Casa Real, maese Brewer. Quienes la redactaron en la ley inglesa entendieron que podrían darse ocasiones en las que el tiempo apremiara y los traidores se hallaran peligrosamente cerca de triunfar. Se precisan muy pocas pruebas. Por más que deba pasar por el Parlamento en algún momento, puede promulgarse como ley y comenzar a aplicarse con sólo un quórum de lores y el consentimiento del rey.

Para satisfacer a Somerset, Derry se frotó la frente como si reflexionara, fingiendo que era la primera vez que escuchaba aquello.

—Sir John ha redactado el documento —dijo Margarita—. Mi marido ha convenido en poner su sello. Lord Percy y lord Egremont han perdido tanto como cualquier otro con la muerte de sus padres. Junto con vos, milord Somerset, comandarán el ejército de mi marido. —Su tono no admitía réplica, y Somerset no pudo sino inclinar la cabeza—. Caballeros, una vez puesta en marcha, la muerte civil

no puede anularse. Significa una llamada a las armas. La casa de York caerá o luchará... para caer de todos modos.

Le temblaba la voz al hablar, y había buenas razones para ello, pensó Derry. York saltaría como un perro rabioso al enterarse de la noticia, eso era seguro. La reina iba a desencadenar una guerra con sólo un pedazo de pergamino.

Margarita prosiguió con los ojos centelleantes por haber alcanzado al fin aquel punto, tras meses y años de preparación.

—Mi marido convocará un consejo de lores leales en Coventry, ante el cual se leerá la petición. Se acabó Londres, caballeros. Coventry sólo está a ocho kilómetros de aquí. Será nuestro centro de operaciones. Maese Brewer, llamaréis a los hombres que han jurado servir y entregar sus vidas a la Corona. Utilizad las palabras que gustéis, pero traed hasta el último de ellos y preocupaos de que reciban adiestramiento. He elegido para comandar mis tropas a James Tuchet, barón Audley. Mi propio esposo tomará el mando de sus hombres.

—Conozco a lord Audley —replicó Derry—. Es un veterano curtido en el servicio, Su Alteza. No tengo nada que objetar a vuestra decisión. Sin embargo, me pregunto si el rey está lo suficientemente recuperado para lo que nos espera.

Mientras hablaba, Derry miraba turbado al suelo. Margarita y él habían convenido que haría la pregunta, aunque no le gustaba desempeñar aquel papel ni las mentiras con las que, seguramente, la reina iba a responder. La ausencia del rey resultaba más patente en aquellos momentos en que tan graves asuntos se decidían. Derry casi podía sentir cómo se afilaba la mirada de Margarita.

—Mi esposo aguarda impaciente la ocasión, maese Brewer. Su salud ha sido inestable, pero cada día aumentan sus fuerzas. No habéis de temer al respecto. —Hizo un ademán con la mano, como si desechara cualquier duda—. He adquirido para mis hombres otro lote de picas y mazas de plomo que ahora llenan la armería de Kenilworth. Deseo que las inspeccionéis y dispongáis lo necesario para distribuirlas cuando llegue la ocasión. Dentro de un mes, divulgad la noticia de la muerte civil de York para que el propio York y Salisbury la reciban. Entonces vendrán aquí. Y serán recibidos.

—Su Alteza —contestó Derry en señal de acatamiento. En aquel lugar no podía sino recordar el último gran plan de la Casa Real: asegurarse una tregua y una esposa por parte de Francia a cambio de los territorios de Maine y Anjou. Derry había sido uno de los artífices del proyecto, y la reina allí presente era parte del resultado. Con todo, habían matado a lord Suffolk, Londres había sido invadido y se había perdido casi todo el territorio inglés en Francia. No podía evitar un estremecimiento de temor al pensar que nuevamente se trazaban planes para mover naciones y casas nobiliarias como las piezas de un tablero. La onda expansiva de aquella catástrofe los había conducido al punto en que ahora se hallaban, y aún seguía extendiéndose.

Desechando por el momento esos recelos, Derry hincó en tierra una rodilla, gesto que de inmediato copió Wilfred Tanner, mientras Somerset y John Fortescue

observaban. Margarita abandonó la fría expresión de autoridad y se iluminó de nuevo.

—He ordenado preparar comida para todos. Me complacería que me acompañarais. Sin duda, todavía tenéis preguntas que esperan respuesta. Por favor, seguid a mi mayordomo y me uniré a vosotros en la mesa.

Aquella noche, después de que las campanas tocaran a completas en la capilla del castillo, Margarita despidió al último de los hombres que había ido a visitarla aquel día. Había recibido a dos docenas de soldados y lores, además de a los mercaderes encargados de proveer de armas y demás suministros a los dos ejércitos. Aquellas caras flotaban delante de ella mientras, a la luz de una lámpara, caminaba por los pasillos hacia los aposentos de su marido, situados en lo alto de la torre del castillo.

Saludó con un murmullo a los guardias apostados a la puerta de Enrique, entró y cruzó las estancias exteriores. Tan sólo se oía el roce del vestido y el suave golpeteo de los zapatos de piel sobre la piedra.

—¿Quién anda ahí? —dijo Enrique desde dentro.

Margarita sonrió desmayadamente al oír su voz. Si estaba despierto y alerta, significaba que había tenido un buen día. El rey Enrique dormía durante lapsos de tiempo extraordinariamente largos y no era raro que permaneciera todo el día inconsciente. Sus escasas horas de vigilia las pasaba frecuentemente en la capilla, con las manos entrelazadas con fuerza en el pecho. Aparte de eso, podían transcurrir semanas o meses sin que apenas se manifestara en él una chispa de vida, y hasta la comida y la bebida eran ingeridas sin conciencia de ello y con los ojos en blanco. Sus mejores ratos llegaban lentamente, como un hombre que despertara de un sueño profundo. La reina ya no sabía cuántas veces Enrique había recobrado energías y le había hecho albergar unas esperanzas que, poco más tarde, se disipaban de nuevo. En ocasiones podía encontrárselo vestido y lleno de vitalidad, hablando animadamente de sus planes. Tales episodios podían durar sólo un día, una semana o incluso todo un mes, antes de que el estupor volviera a apoderarse de él y quedara hundido, perdido. Margarita nunca sabía lo que se encontraría cada noche.

Todavía lamentaba profundamente haber perdido su amor por él. No se había desvanecido de la noche a la mañana y, en ocasiones, todavía sentía rescoldos de afecto en medio de aquella fría tristeza. Durante tanto tiempo como era capaz de recordar, había sido para él más una madre que una esposa. Quizá ésa fuera la clave de todo. Como tantas otras cosas, su amor por Enrique había ido extinguiéndose por sí solo con el paso de los años, las fibras que lo conformaban deshilándose puntada a puntada, hasta no quedar nada dentro de ella. Lo extraño era que no importaba. Fuera para él madre o esposa, Margarita sabía que no iba a descansar hasta ver a sus enemigos fríos bajo tierra. York no le había dejado nada más, y ella le consideraba el culpable de sumergir de nuevo la cabeza de Enrique bajo las aguas. Cuando

recordaba cómo había sido Enrique antes de San Albano, aquel resplandor y aquella promesa en sus ojos, se le rompía otra vez el corazón. Se le había dado otra oportunidad de vivir, de estar vivo, y York se la había arrebatado y lo había sumido en la aflicción hasta hacerle perder toda lucidez.

—Soy yo, Enrique —contestó—, Margarita.

Para su sorpresa, estaba sentado en la cama con libros y papeles esparcidos desordenadamente a su alrededor.

—Antes oí voces de hombre. Quería levantarme y salir a recibirlos, pero... —Negó con la cabeza, incapaz de explicar aquella letargia que le hurtaba la voluntad y hacía que la tarea más simple se alargara hasta el infinito.

Margarita se recogió las faldas del vestido para sentarse a su lado y miró todos aquellos papeles que rodeaban a Enrique, extendidos por la colcha. Él notó su interés e hizo un ademán sobre ellos.

—Petición de muerte civil, querida. Y ahí, en mi pie, la Carta Magna. Me han traído estos documentos, aunque no recuerdo haberlos pedido.

Margarita, para disimular su irritación, comenzó a reunir los papeles. Se prometió castigar al sirviente que se los hubiera llevado a su esposo. De modo absolutamente secreto, había solicitado que le enviaran una enorme cantidad de documentos de los archivos de Londres, y después había ocultado aquellos que le interesaban entre los cientos que conformaban el resto. Pero, al final, los últimos y vitales legajos habían caído en las manos de Enrique en lugar de en las suyas.

—Los pedí yo, Enrique. No quería preocuparos por unos simples papeles cuando todavía no os habéis recuperado.

—¡No, no! ¡Han captado mi interés! —dijo con entusiasmo—. He pasado el día leyéndolos. Estos documentos de muerte civil relatan horribles historias, querida. Todavía tiemblo al pensar en lo que provocaron. ¿Habéis leído las crónicas de la ejecución de los Despenser? Al padre lo despedazaron y lo arrojaron a los perros; el hijo...

—No deseo oírlo, Enrique —replicó Margarita—. Si se alzaron contra su legítimo rey, estoy segura de que merecían lo que el destino les deparó, fuese lo que fuese.

—Creo que permanecieron a su lado, Margarita. Los Despenser apoyaron al segundo rey Eduardo, pero, al decretarse la muerte civil contra ellos, el hijo fue arrastrado por caballos; luego, en la carne le grabaron a cuchillo versículos contra el pecado y después...

—¡Por favor, Enrique! Basta. Ese tipo de cosas me produce escalofríos. Deberíais descansar, no inflamar vuestra mente con tan terribles imágenes. ¿Cómo vais a dormir ahora, con semejantes brutalidades todavía frescas en la cabeza?

El rey pareció abatido.

—Como gustéis, Margarita. Lo siento. No pretendía disgustaros. Guardaré estos papeles.

Margarita empezó a juntar los documentos en un gran fajo y se los colocó bajo el

brazo. Uno de los legajos estaba sujeto con un cierre de hierro viejo que le arañó el dedo, lo que le arrancó una exclamación de dolor. Manaron algunas gotas de sangre de la punta del dedo y oyó cómo Enrique resoplaba antes de apartar la vista, perturbado. Se chupó la herida, enfadada consigo misma al ver una aislada mancha de sangre en la colcha. Después de San Albano, su marido sentía terror ante la sangre. Aún no había visto la mancha, pero cuando lo hiciera ya no volvería a dormirse.

Sin soltar los papeles, Margarita revolvió en el baúl colocado a los pies de la cama y sacó de él mantas y una colcha mullida y gruesa, buena para combatir el frío.

—Tumbaos, querido —dijo moviéndose con rápida eficiencia. Al retirar las mantas de la cama y sustituirlas pudo ver sus piernas desnudas asomando bajo la camisa de dormir. Enrique se acomodó y se le distendieron las líneas del rostro. Bostezó mientras Margarita volvía a sentarse para acariciarle la frente.

—¿Lo veis? Os habéis fatigado —dijo.

—¿No os llevaréis la luz, verdad, Margarita? No me gusta despertarme en la oscuridad.

—La dejaré aquí, junto a vuestro lecho. Y los sirvientes os oirán si llamáis.

Siguió acariciándole la frente hasta que cerró los ojos.

—Os amo, Margarita —murmuró.

—Lo sé —respondió ella. Sin razón aparente, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Cuando la respiración de Enrique se estabilizó y la reina estuvo segura de que dormía, se llevó los papeles a otra habitación, acercó una lámpara a la mesa y se sentó para enterarse del destino de la familia Despenser y el resultado de la muerte civil emitida contra ellos. Cuando leyó que quien había ordenado el documento era una reina francesa llegada a Inglaterra para desposarse con Eduardo II, Margarita se enderezó en la silla. La historia tenía lecciones que enseñarnos y casi le parecía oír la voz de su compatriota del siglo anterior. Margarita, completamente embebida y fascinada, no se movió de aquel lugar hasta la salida del sol.





Salisbury se pasó por la cara recién afeitada un paño frío y húmedo que le cerraba los poros y suavizaba el escozor de la navaja de Rankin. Aquella mañana no había hecho apuestas con su sirviente, sino que se había sometido al rasurado en absoluto silencio, hasta levantarse y despedir al criado. A sus sesenta años, Richard Neville empezaba a acusar la edad. Cada mañana terminaba empapado en sudor tras ejercitarse durante una hora a fin de mantener fuerte el brazo con que manejaba la espada y no perder la flexibilidad de las articulaciones. Nunca había sido un hombre de excesivo peso, y, por más que los carrillos mostraran una piel floja y surcada de profundas arrugas, no había en ellos grasa que pudiera darles un aspecto rollizo. Con todo, se debilitaba inexorablemente con la edad, pese al vigor con que se ejercitaba para detener su avance. En otro tiempo, las decisiones le parecían evidentes y veía claramente el porvenir. Entonces sabía exactamente lo que quería y la mejor manera de conseguirlo. Ahora sólo podía gesticular con la cabeza al recordar aquella claridad de la juventud. La vida le había resultado más simple en aquel tiempo, cuando su tarea consistía en mantener la fortaleza de la familia y extender el linaje de los Neville entre las casas nobles de Inglaterra.

Su mujer, Alice, entró bulliciosamente en la habitación al tiempo que Rankin salía, y, mientras dejaba un cuenco de manzanas frescas en un tocador, calibró el humor de su esposo. El castillo de Middleham disponía de unos huertos magníficos, y la sidra que allí se producía era tan buena como para venderla. Era muy típico de su marido negarse a hacerlo y, en su lugar, permitir que los sirvientes la envejecieran en las barricas de los sótanos del castillo para su propio disfrute.

Alice observó a Salisbury mientras éste acababa de refrescarse la cara y el cuello. Se dio cuenta de que estaba preocupado y que buscaba distraídamente algún lugar donde dejar el paño, hasta que por fin ella se acercó y se lo cogió.

—Parecéis inquieto —dijo tocándole en el brazo. Llevaban casados casi cuarenta años y habían envejecido juntos en lo que él llamaba su «arnés de seda». Era aquélla una expresión que había usado numerosas veces para divertirla, una de las muchas que la formulaba sólo para verla sonreír. Tal vez el humor se hubiera desgastado con los años, pero su recuerdo y el cariño subsistían.

—¿Resulta acaso extraño que lo esté, cuando tales cosas están ocurriendo? —murmuró Salisbury. Desde la ventana, veía las doradas tierras de cultivo que rodeaban Middleham hasta el horizonte, salpicadas por pequeñas figuras de hombres, mujeres y caballos que cosechaban y agavillaban el áureo trigo de los campos del conde. Cualquiera otro día habría sido una vista placentera, una imagen del mundo trabajando como correspondía, los hombres extrayendo las bondades de la tierra en espera de una jarra de cerveza a la caída del sol. Mientras los primeros matices otoñales teñían los árboles, el conde contemplaba todo aquello y mucho más allá.

Alice no necesitaba preguntarse la razón de aquella inquietud. Desde la llegada

del mensajero dos días antes, el castillo había vivido en continua agitación, y una docena de hombres había salido en rápidos caballos para congregaer caballeros y hombres de armas dondequiera que se hallaran.

—He jurado fidelidad a Ricardo de York —dijo Salisbury. Hablaba casi consigo mismo, aunque volviera la cabeza y tocara la mejilla de su esposa—. Yo le hice subir hasta casi tocar el trono. Y al final no quiso tomarlo. Si lo hubiera hecho, ahora no se cerniría esta amenaza sobre nosotros ni se hablaría de esa muerte civil que puede destruirnos. ¡Maldigo su indecisión, Alice! ¿Cuántas veces se le ha de dar la corona a un hombre antes de que cierre la mano sobre ella? York podría haber salido como rey de San Albano y ahí habría acabado todo. Fue demasiado blando, o se acobardó al verse entre los muros de la abadía. ¿Y qué pasa ahora? Que hemos vivido cuatro años de paz y lo único que hemos ganado es permitir que el rey se haga fuerte de nuevo... o, más bien, hemos dejado que la reina consolide su poder. ¡Y ahora esto! La casa de York sacudida en sus cimientos con el respaldo del mismo sello real. ¡Y no tengo elección, Alice! ¡Ninguna! Debo salir de nuevo al campo de batalla, tomar las armas y arriesgar todo lo que he conseguido, cuando todo debería haberse solucionado hace tiempo.

—No fracasaréis, Richard —dijo Alice con firmeza—. Nunca lo habéis hecho. En todo aquello que habéis emprendido, los Neville siempre han prosperado por vuestra mano y vuestro ingenio. Habéis sido un gran pastor para todos ellos... y también para otros que no llevan nuestro nombre. Vos mismo dijisteis que habíais congregado más soldados de los que ninguna otra casa podría tener. ¡Y no habéis estado ocioso en los años de paz! ¡Eso debe infundiros aliento, saber que con vuestra visión habéis sido capaz de convocar a tantos bajo vuestros estandartes, mientras otros dormían!

Salisbury gruñó con satisfacción, complacido de que su esposa hablara así de él. Nunca había sido un hombre jactancioso, pero le agradaba que ella apreciara su valía, aunque tales cosas se dijeran únicamente en privado.

—Mi padre me enseñó que nunca debe librarse dos veces la misma batalla, Alice. Me advirtió que si ganaba debía asegurarme de aplastar a mis enemigos de modo que no pudieran volver a levantarse jamás.

—¿Y si perdíais? —preguntó ella.

Salisbury sonrió al recordar.

—Yo le pregunté lo mismo. Me contestó que si perdía estaba poniendo mi destino en manos ajenas. La respuesta era siempre no perder. Nunca. —Suspiró, negando con la cabeza—. Y, sin embargo, miradme ahora: obligado a apoyar a York en una batalla en la que un solo golpe o una sola flecha pueden acabar con todo. Soy demasiado viejo para esto, Alice. Lo noto en la rigidez de las articulaciones, en la lentitud de los pensamientos. Éste es un camino que han de recorrer los jóvenes. Preferiría quedarme aquí tranquilo y observar cómo cosechan el trigo.

Alice conocía lo suficientemente bien a su marido como para elegir con cuidado las palabras de manera que éstas espolearan su vanidad y le sacaran de aquel humor

sombrío.

—Entonces, quizá deberíais permitir que nuestro hijo comande a los hombres. ¿Tenéis noticias de cuándo puede regresar de Calais? Si estuviera aquí, querido, sabéis que no rehusaría. Portaría los estandartes de los Neville junto con los de Warwick.

Alice vio cómo la mandíbula de su marido se tensaba y los ojos adoptaban una mirada penetrante.

—Es un excelente comandante —dijo—. Mi corazón se llena de orgullo cuando pienso en cómo dirigió a sus hombres en San Albano.

—Y a los vuestros, querido. Le siguieron cuando hizo sonar los cuernos. Ya me habéis contado el magnífico aspecto que tenía vestido de rojo.

Salisbury se mordió el labio inferior al recordarlo y, al levantar la cabeza, proyectó un poco la barbilla hacia afuera.

—Aun así, todavía es joven, y tal vez, por su juventud, no lo suficientemente astuto —dijo.

Alice disimuló una sonrisa al tiempo que asentía.

—Y ha pasado tres años en Francia, mientras yo he estado atento a todos los rumores de la corte de Lancaster. No, soy yo quien debe estar al mando, Alice. A Warwick le llegará su momento, y no está demasiado lejos. No fue él quien vino a mí con la noticia de que había un ejército de la reina preparándose para la lucha. O que las tropas del rey marchaban hacia el norte, reuniendo a su paso arcos, picas y mazas de hierro. ¿Dónde estaríamos sin los hombres a los que pago para que me informen de estas cosas? Perdidos, Alice. Dios sabe si el rey abandonará alguna vez su lecho. No tengo a nadie en Kenilworth que me diga cuál es su estado, desde hace ya un año. ¿Dos jóvenes fuertes muertos ambos en accidentes? ¿El joven John Donnell encontrado ahorcado por su propia mano, cuando era de ánimo siempre alegre y no se le conocían desánimos ni tristezas? ¿Y qué me decís de sir Hugh Sarrow, al que encontraron muerto en una casa de mala reputación? Resulta un poco extraño que un hombre se haga un tajo semejante en su cama, Alice. Sé desde hace dos años que debía reunir caballeros y hombres de armas, sin pensar en el coste ruinoso que ello supusiera. Trataron de arrancarme los ojos. Pero yo sabía igualmente. Si me querían ciego era porque había algo que no deseaban que viera. Ah, no, es la reina, esa mujer con alma de fiera, la que está detrás de esta amenaza, y no Enrique. Ese pobre hombre está deshecho y a su merced..., y a merced de sus cortesanos y consejeros. Estoy seguro de que los hijos de Percy aún se revuelven por la pérdida de su padre. Urdieron planes para que esto ocurriera... y yo ahora debo responderles o contemplar cómo el trabajo de toda mi vida arde y se convierte en cenizas.

—Muy bien, Richard —dijo Alice—. Me complace que lo digáis. Espero también que mantengáis a nuestro hijo a salvo.

—Tanto como me sea posible —respondió—. Si es la voluntad de Dios, pondremos fin a esta cuestión. —Bajó un poco la cabeza, de tal modo que algunas

sombras le cayeron sobre los ojos—. Os aseguro, Alice, que si Enrique ha de caer, no me voy a echar atrás como hizo York. No mientras mi casa y mis títulos estén en peligro. Me encargaré personalmente de acabar con esta guerra de murmuraciones y secretos. Porque, si York cae, el próximo en hacerlo será Salisbury... y después Warwick. A una orden de muerte civil seguirán otras y por fin nos arrojarán fuera de Inglaterra. Pero estoy dispuesto a morir antes de permitirlo.

—Viejo zorro —dijo ella pegándose a él, de modo que el conde la enlazó con los brazos y apoyó la barbilla sobre su cabeza—. Volved a mí sano y salvo cuando todo haya acabado. No pido más.

—Lo haré —contestó respirando profundamente y con los labios apretados contra el pelo de ella. El conde podía notar cómo Alice temblaba—. ¡Shhh! No tengáis miedo por mí, amor mío. Tengo tres mil hombres, y York, dos mil más. Nuestro hijo traerá dos millares de sus capas rojas, casi la mitad de la guarnición de Calais. ¡Siete mil, Alice! Y no campesinos, más acostumbrados a la guadaña y el azadón, sino buenos soldados vestidos con cota de malla. Un cuchillo de hierro, querida, que herirá o detendrá a las fuerzas de la reina. ¿Acaso no hemos sido convocados a un gran consejo en Coventry? El mismo rey lo ha ordenado. Tengo su aquiescencia para marchar con mi ejército por el país. Son tan estúpidos como para haberlo permitido. No nos moveremos de noche, sino durante el día, un ejército congregado siguiendo las órdenes del rey. Te aseguro que antes de las primeras heladas habré destruido a nuestros enemigos. Los habré aplastado y dispersado como lo que son: la débil semilla de un linaje débil. Por mi honor que lo haré, Alice.

El mar quedaba treinta kilómetros más atrás, aunque Warwick aún podía olerlo en sus ropas, esa mezcla de humedad rancia y limpia sal que siempre conseguía levantarle el ánimo. Durante la travesía desde Francia, el agua le había salpicado la piel, y Warwick notaba el sabor acre en el antebrazo desnudo. Ahora, sentado en el círculo de antorchas, alzó la jarra de peltre y brindó con los hombres, mientras Eduardo de March derribaba a otro caballero que, entre gemidos, caía con estrépito sobre la espalda. Aquella primera noche en suelo inglés en casi cuatro años había sido muy larga para los seiscientos hombres de Calais. Algunos habían llorado o bailado al poner el pie en la tierra de sus padres, se habían agachado para tocarla con las palmas de las manos o coger un puñado que luego guardaban en una bolsa. Cuatro años antes, habían sufrido la pérdida de Francia, y habían pasado estaciones enteras sin recibir paga, mientras toda Inglaterra parecía a punto de arder en llamas. No eran jóvenes, ninguno de ellos, sino veteranos de cabello entrecano a los que se había negado durante tanto tiempo la calidez de un hogar que ya no recordaban las comodidades. Su capitán, Andrew Trollope, había tenido que enjugarse las lágrimas cuando Warwick le había comunicado que, por fin, viajaría a casa.

Warwick observó con placer cómo el hijo de York esquivaba un salvaje golpe de

garrote y con la mano libre agarraba por la pierna a un adversario, lo levantaba en el aire y lo lanzaba bamboleándose contra otros dos. Siempre existía peligro en una aglomeración de hombres, aunque se peleara con garrotes de madera en lugar de mazas de púas o espadas. Con todo, a pocos meses de cumplir los dieciocho años, el conde de March conseguía que caballeros más experimentados que él parecieran niños, algo que hacía disfrutar a los hombres que miraban, como demostraba el entusiasmo con que celebraban cada golpe. Eduardo se reía dentro del yelmo con una voz sorprendentemente fuerte y grave en un hombre tan joven. No era la primera vez que Warwick ansiaba ver la cara de York cuando viera el gigante en que se había convertido su hijo. Con más de uno noventa de estatura y un cuerpo robusto, Eduardo sobrepasaba incluso la legendaria altura de su tocayo, el rey conocido como «Piernas Largas». Warwick se había visto obligado a emplear a los mejores armeros de Francia para encajar en hierro al conde a medida que éste crecía. Si otros muchachos se hubieran debilitado con un crecimiento tan explosivo, March, en cambio, se había hecho hombre al lado de los veteranos de Calais, se había adiestrado con ellos cada día y aprendido cada truco rastroero que éstos podían enseñarle para el campo de batalla.

Warwick veía ahora cómo los dos compañeros más leales del conde se divertían con el resto de los hombres y observaban con ojos expertos cada movimiento. El herrero, Jameson, era uno de los hombres más enormes que Warwick había visto jamás, pero incluso él debía mirar hacia arriba cuando se encontraba con March. Sir Robert Dalton, por su parte, se había hecho cargo de los ejercicios de esgrima de toda la guarnición de Calais, y clamaba que nunca había visto tanta depravación e indolencia en su vida. Su lealtad al hijo de York resultaba manifiesta, una lealtad que se mezclaba con orgullo mientras le veían pelear. El conde causaría pavor en la batalla; Warwick estaba seguro de ello. Le sacaba la cabeza y los hombros a la mayoría de los hombres hechos y derechos, y descargaba mandobles tan fuertes que con un solo golpe solía ser suficiente.

Junto a Warwick, el capitán Trollope sonreía alegremente, ya borracho por la cerveza y el aguamiel que aquella mañana habían encontrado en la primera taberna de la costa. Los hombres de Calais habían acudido entonces con toda presteza para hacer rodar los barriles por la calle mientras dejaban el mar a su espalda.

—Ya nadie apuesta contra él —dijo Trollope, levantando la jarra y chocándola con la de Warwick—. A vuestra salud, milord. Al principio gané un buen dinero, pero ahora... Ni siquiera cuando se enfrenta a tres o cuatro.

El último de los esforzados caballeros vio la oportunidad de agarrar la pierna del joven conde. Se lanzó a por ella sólo para encontrarse levantado enteramente por los aires y arrojado al suelo entre un estrépito de metal que le dejó aturdido. Movía débilmente las manos, como un escarabajo boca arriba. El público de soldados manifestó a gritos su reconocimiento, y Warwick no pudo sino sonreír al ver a March acercarse tambaleante y dejarse caer estruendosamente en la hierba, a su lado. El

conde, jadeante, despedía oleadas de calor, como si se hubieran sentado demasiado cerca de un horno. Warwick vio a sir Robert y a Jameson dejar su sitio en el círculo de antorchas para unirse a su joven protegido. Hizo una seña pidiendo más jarras de cerveza para los tres.

El hijo de York trató de quitarse el yelmo y, con voz amortiguada, se quejó de que éste se había atascado. Fue aplicando cada vez más fuerza hasta que el metal chirrió y algo emitió un chasquido. Entonces quedaron a la vista una cara encendida y una enmarañada melena negra.

—¡Dios santo! ¡Creí que nunca iba a salir! Tendrá que echarle un vistazo un armero antes de que vuelva a usarlo. ¿Habéis visto, Richard? ¿Capitán Trollope? ¡Ah, sir Robert! Venid, si os place, y sentaos a mi lado. ¿Habéis visto al último? Podría haberlo lanzado por encima de un granero. Aunque casi me atrapa la pierna, si hubiera tenido fuerza suficiente para levantarla.

Warwick olía la cerveza, dulce y fuerte, en el aliento del conde mientras éste jadeaba. Pasó una jarra a aquellas manos acorazadas, divertido al ver cómo Eduardo la vaciaba hasta el fondo y después plegaba los labios para atrapar la espuma. Resultaba extraño tener que mirar hacia arriba a un hombre cuando ambos estaban sentados. Desde su último estirón, Eduardo había comenzado a desarrollar de tal modo la musculatura que incluso guerreros experimentados sentían ganas de humillar la cabeza en su presencia. Esta circunstancia, combinada con su juventud, podría haberle convertido en un ser aterrador de no ser por su bondad natural. Más de una vez, Trollope le había comparado con uno de los mastines de la guarnición de Calais, unos perrazos formidables traídos para su crianza desde Inglaterra hacía aproximadamente un siglo. Aquellas bestias no tenían ni pizca de malicia, tal vez porque ningún otro perro los asustaba.

Mientras Warwick se inquietaba con las cartas en las que su padre le pedía que volviera, el hijo mayor de York parecía pensar que se trataba de una gran aventura, sentimiento propiciado por el deseo de volver a ver a su padre y a su madre. Warwick parpadeó al oír cómo March profería un gran eructo, y se preguntó si no debería recordarle que los modales de una guarnición podían no resultar del todo apropiados en los círculos cortesianos. Warwick movió la cabeza sonriendo burlonamente. Tenía treinta años y no era el padre de Eduardo, ni el padre de ningún otro joven, aunque quizá había deseado serlo. Ya tenía dos hijas de las que cuidaba su esposa, pero cuando miraba a aquella bestia de carga que era el hijo de York le resultaba difícil no sentir una dolorosa punzada. Apartó de sí la tristeza. Todavía había tiempo para criar una camada de muchachos. A decir verdad, Eduardo era más bien como un hermano pequeño que buscaba la mirada aprobatoria de Warwick en todo aquello que hacía.

Warwick y el capitán Trollope se miraron divertidos cuando el duque vació otras dos jarras tan grandes como la primera, mientras un reguero de cerveza le chorreaba por la barbilla y el pecho.

—Pronto levantaremos el campo y nos pondremos en marcha, Eduardo —advirtió

Warwick, muy a su pesar—. Cuando montéis, os será difícil manteneros sobre la silla con tanta cerveza en el estómago.

—Tengo una sed desacostumbrada, eso es todo —replicó el joven, haciendo señas para que le trajeran una cuarta jarra—. Levantar hombres por el aire da mucha sed.

Warwick rió, desistiendo. Por experiencia, sabía que al día siguiente el duque se quejaría y preguntaría por qué no lo habían frenado, aunque lo cierto es que no era fácil de detener en nada de lo que hacía. Pese a toda aquella jovialidad, Eduardo albergaba un fuerte temperamento que de ordinario permanecía sujeto y controlado. Los hombres así lo percibían y se apartaban de su camino. Al igual que con los mastines de Calais, nadie en su sano juicio quería presenciar cómo ese temperamento se desataba.

Para sorpresa de Warwick, Eduardo volcó su cuarta jarra en la hierba y despidió con un ademán al sirviente que iba a rellenarla de nuevo.

—Muy bien. Basta. Se me nublan los sentidos y no quiero ser yo quien retrase la marcha mañana. ¿Cuántos días quedan hasta Ludlow y para ver a mi padre?

—Ocho o diez, depende del terreno —contestó Warwick—. Los caminos son buenos y podemos recorrer más de treinta kilómetros cada día si atajamos por el oeste de Londres.

—Serán ocho, entonces —dijo el joven cerrando los ojos durante un momento, mareado por la cerveza—. Mi padre necesita a estos hombres y yo estaré a su lado. Mañana marcaré el paso, Warwick. Sólo habéis de marchar con igual presteza.

Warwick aceptó la jactancia sin comentarios, pues sabía que March era más que capaz de cumplirla. Los archiveros de Calais le habían explicado lo que significaba la muerte civil. La amenaza a la casa de York podía afectar al conde de March tanto como a su padre. Las tierras y rentas que ahora poseía Eduardo podían serle arrebatadas, pero además podían infligirle un agravio peor: el de negarle el nombre de York y el ducado que esperaba heredar.

El capitán Trollope se movió para desentumecer las piernas, rígidas después de tanto rato sentado. Tenía cincuenta años y, en comparación con Warwick y el hijo de York, se sentía viejo y tan enmohecido como un antiguo caserón. Pese a ello, los dos jóvenes le habían llevado con ellos a Inglaterra, y él les estaba inmensamente agradecido.

—Ruego, milores, que esa muerte civil pueda anularse sin haber de recurrir a las armas. Incluso a Francia nos llegó noticia de San Albano, de cómo York salvó al rey de sus viles consejeros, lo sacó de entre sus garras y lo llevó a la abadía para darle asilo sagrado. Fue una noble acción. El padre del rey habría estimado al hombre que salvó a su hijo, no me cabe duda.

—¿Conocisteis al anterior rey Enrique? —preguntó Warwick arqueando las cejas. El capitán negó con la cabeza.

—No era más que un muchacho cuando murió, milord, pero desearía haberlo conocido. No hubo hombre mejor que el viejo rey Enrique, que ganó Francia para

nosotros.

—Tan cierto como que después llegaron hombres como Somerset y Suffolk para perderla —replicó Warwick—. Todo es como os he dicho. El actual rey Enrique es como un niño, aunque tenga cuerpo de hombre. Está rodeado de cortesanos y lores que actúan en su nombre, cada uno a su vez erigiéndose en rey a su antojo. Mi padre, Salisbury, entendió lo que ocurría y destruyó a Percy y Somerset. Ahora, de nuevo se han vuelto osados, como gallos presumidos a los que una reina francesa incita y luego despluma.

El capitán Trollope enrojeció y, en lugar de contestar, desvió la mirada. En tiempos más normales, la reina Margarita habría estado más allá de toda crítica o censura. Se la habría considerado por encima de los sórdidos manejos de los lores y cortesanos de Inglaterra. Incluso una mera insinuación de crítica incomodaba al capitán. Antes de que Warwick pudiera suavizar su herida susceptibilidad, intervino Eduardo. Después de tanta cerveza, su tono era demasiado fuerte, y ni siquiera se molestó en abrir los ojos.

—Si la orden de muerte civil se lleva a efecto, debería dirigirse contra Percy, Egremont y Somerset. Nuestros padres cortaron la cabeza de las serpientes, pero ahora sus hijos los han sustituido. Mejor habría sido quemar esas ramas del árbol de Inglaterra para que nunca volvieran a brotar. Cuando llegue el momento, yo no cometeré ese error. —Abrió entonces unos ojos cercados de rojo y miró con furia a los otros—. Mi padre salvó al rey y lo hará de nuevo, pero se mostró clemente con casas que deberían haber sido deshonoradas y destruidas. Yo no actuaré igual.

Se hizo el silencio y Warwick mantuvo la boca bien cerrada, aunque el discurso arrogante del joven le había irritado en grado sumo. Para su sorpresa, fue el capitán Trollope quien respondió.

—Los ingleses de Calais estarán a vuestro lado, milores. Así lo hemos jurado. No contra el rey, por supuesto, pues supondría traición, sino contra aquellos que utilizan su nombre.

Warwick percibió la inquietud del viejo, sobrepasado por toda aquella charla de política y nobles linajes. Aquello no era tan sencillo como un enemigo bien visible, que podía ser combatido y aplastado.

—El rey Enrique no entrará en batalla —afirmó Warwick con seguridad—. Es como un niño, o un monje, entregado a la oración y al sueño desde el alba hasta el anochecer. No debéis temer por vuestros juramentos y lealtades mientras el rey duerma a salvo en Kenilworth. Nuestra tarea será enfrentarnos y derrotar a los que gobiernan en su nombre, como habéis dicho. Marcharemos a Ludlow y ellos vendrán a nosotros. Será una empresa difícil y bañada en sangre, pero cuando acabe seguiremos en pie.

—Los destruiremos —añadió Eduardo mientras se tumbaba en el suelo y bostezaba—. Y York seguirá adelante. Entonces me acordaré de mis amigos... y de mis enemigos.



El mensajero llegó a Kenilworth en plena noche, lo que provocó que el castillo se llenara de agitación y la reina Margarita hubiera de abandonar el lecho. Todavía vestida con sus ropas de cama, recibió al joven en la sala de audiencias, con el cabello recogido y el rostro marcado con los surcos rosados del sueño.

—Su Alteza, traigo un mensaje del barón Audley. Se me ordenó comunicaros la palabra «Retribución».

A pesar de la tensión, Margarita rió. Sabía que sólo a Derry Brewer se le ocurriría dar el nombre de su querido rocín como contraseña para un asunto de tal gravedad. El mensajero la miró con rostro inexpresivo.

—Hablad, pues —ordenó la reina—. Damos por válida esa contraseña.

El jinete era hombre experimentado. Cerró los ojos y recitó las palabras que le habían ordenado memorizar, para evitar el riesgo de que pudieran ser interceptadas en una misiva escrita. Sin él saberlo, otro emisario llegaría una hora más tarde portando el mismo mensaje, una precaución que Derry había adoptado por si alguno de ellos no llegaba a su destino.

—Su Alteza, Salisbury se mueve. Ha emprendido la marcha en dirección sur, hacia Ludlow. El ejército de la reina se interpondrá en su camino para evitar que unan sus hombres a los de York. Todavía no se conoce el paradero de Warwick y March. Lord Audley demanda respetuosamente que se informe a Buckingham, Percy, Egremont y Somerset, y que las tropas del rey se preparen para entablar batalla. Por lo demás, que Dios os bendiga y buena suerte.

El mensajero abrió los ojos, sudoroso y aliviado por haber cumplido su encargo.

—¿Debéis retornar junto a lord Audley? —preguntó Margarita.

El hombre asintió, bien erguido pese a la fatiga.

—Decidle que los Percy y los Somerset se hallan con el ejército del rey en Coventry, armados y listos para la marcha. Buckingham y mi esposo se les unirán en el campo de batalla. Desead la bendición de Dios a Audley y buena fortuna a todos. Eso es todo. Ahora, quisiera daros comida y descanso, pero el tiempo apremia. Mi mayordomo os proporcionará algo de comer para el camino de vuelta.

—Sois muy gentil, Su Alteza —contestó con voz cansada el mensajero, antes de cerrar de nuevo los ojos y murmurar el mensaje para sí mismo, a fin de retenerlo en la memoria. Abandonó la estancia medio corriendo, y Margarita quedó mordiéndose el labio y pensando qué habría de decir y hacer para inducir a su marido a la acción. Enrique era la clave de todo, pero no se había puesto una armadura desde San Albano.



l ejército de la reina constituía un grupo muy variado, pensaba para sus adentros el barón Audley. Muchos procedían del condado de Cheshire, así como de Shropshire y los condados vecinos, después de habérseles alistado en cada pueblo por parejas, tríos o docenas. Algunos eran caballeros errantes sin librea ni blasón aparte del cisne plateado de la reina que portaban enganchado en el pecho. Estos últimos, al menos, sí estaban adiestrados para la batalla, por más que dispusieran de armas muy precarias. El resto eran granjeros y herreros, albañiles, carniceros y escuderos. Provenían de todos los ámbitos de la vida y sólo tenían en común la lealtad al rey y el odio a York.

Derry Brewer era el nexo de unión entre todos ellos, meditaba Audley mientras observaba al jefe de espías acercándose por el campo, al trote en su huesudo rocín. Brewer se había encargado de ir por los pueblos y establecer un puesto de alistamiento en cada uno de ellos, y desde allí había exhortado a los hombres leales a defender al rey y a la reina. Acompañado de Wilfred Tanner, Brewer había cabalgado hasta las granjas aisladas y admitido la firma de hijos, hermanos y padres, cualquiera dispuesto a poner su marca en el contrato y aceptar a cambio un emblema plateado. El trabajo de Audley durante los meses previos había consistido en convertir a aquellos jóvenes y criados en soldados. Algunos habían permanecido a su cargo durante medio año o más, pero los recién llegados aún no estaban seguros de por qué lado debían agarrar una pica. Los ejercicios solían terminar en un verdadero caos y, a medida que se habían ido congregando durante las semanas previas, Audley había encontrado en Brewer a un ayudante bastante bueno. Era una lástima que los recuerdos que este último conservaba de las grandes batallas fueran todos personales, sin apenas comprensión de la variedad de tácticas que se pueden desarrollar sobre el terreno. Brewer había sido de joven soldado de infantería y su visión de la batalla se había reducido a las filas que tenía delante y detrás mientras marchaba. Tal vez por ello, había rechazado cualquier puesto oficial dentro de las tropas, con el argumento de que ya desempeñaba suficientes cometidos y no podía con ninguno más. El barón sonrió al recordar la desfachatez de aquel hombre que ahora frenaba el caballo a su lado.

—Veo que están mejorando, milord —dijo Derry mientras desmontaba—. No había visto a tantos desde la época de Francia. Me dijeron que habían llegado las armas y cotas de malla de la reina. ¿Estáis satisfecho?

—No. No estaré satisfecho hasta que vea la cabeza de Salisbury caída en tierra —repuso Audley. Sabía que muchos hombres alcanzarían a escuchar la conversación, por lo que levantó la voz para hacerse oír—. Pero nuestros nuevos soldados pelearán bien. Triplicamos en número a las tropas que marchan con Salisbury y él no sospecha lo que le aguarda. Apostaría mi vida por estos hombres.

Los que oyeron tal afirmación sonrieron al veterano comandante de barba y

bigote blanco, y repitieron lo dicho a los que tenían a su alrededor.

—A decir verdad, preferiría lanzar a estos hombres contra Ludlow... y contra el mismo York —prosiguió Audley en voz mucho más baja. Levantó una mano para atajar la objeción de Derry antes de que éste pudiera abrir la boca—. Sí, ya entiendo que resulta útil a la causa destruir a Salisbury antes de que se una a York y Warwick. Simple sentido común. Pero, aun así, no me gusta. La verdadera amenaza contra mi rey es York. Él es el hombre que todos quisieran ver en el trono, en lugar de su legítimo ocupante. York es el corazón de los rebeldes y quisiera presenciar cómo es castigado y destruido. He esperado años para verlo.

Ante cualquier otro comandante, Derry habría respondido palmeándole en la espalda, pero Audley era un viejo muy rígido y nada proclive a las efusiones de intimidad. Así pues, Derry se limitó a inclinar la cabeza.

—Lo veréis, milord. No dudo de ello. Tan pronto como hayamos acabado con Salisbury, podemos marchar hacia el sur y unirnos a las tropas del rey. Antes de que el año termine, nos habremos arrancado esa espina.

—Una afirmación temeraria, maese Brewer —dijo Audley, negando con la cabeza a modo de reproche—. No se trata de un paseo ni de una alegre salida campestre. Los hombres de Salisbury han sido largamente adiestrados y disponen de buenas armas. Si no los sobrepasáramos en tan gran número, no confiaría en nuestras posibilidades.

—Pero los sobrepasamos. Y confiáis —contestó Derry con ojos centelleantes.

El viejo rezongó.

—Sí, quizá. Ya se verá. Salisbury no puede llegar hasta Ludlow sin cruzar nuestra posición. Pero es astuto, Brewer. Vi lo que hizo en el norte y no es ningún estúpido. Tengo por norma no contar nunca los estandartes cobrados hasta que no haya terminado la batalla. Es todo lo que tengo que deciros.

Mientras los dos hombres hablaban, el numeroso ejército de la reina había formado en sus tres grandes secciones, y los capitanes y sargentos gritaban para ordenar correctamente las filas. Para Audley, el resultado era aún un trabajo muy tosco, con demasiados hombres fuera de posición. Pero, al menos, aquel gran ejército que formaba en Blore Heath tenía confianza y estaba bien alimentado: nueve mil jóvenes fuertes juramentados ante la propia reina. En un principio, su fervor había sorprendido a Derry. El emblema del cisne plateado había sido un mero pretexto para separar los dos ejércitos, una manera de nombrarlos separadamente. Resultaba demasiado difícil dividir las tropas muy voluminosas en medio de una campaña, y la guerra iba a demandar movimientos y respuestas rápidas. En cualquier caso, los emblemas del cisne se habían aceptado con entusiasmo y orgullo. A los jóvenes de los pueblos y ciudades inglesas los había seducido la idea de luchar por una reina asediada y habían hecho suya la causa de Margarita. Derry se había visto obligado a negar el emblema a centenares de hombres deseosos de llevarlo y, en su lugar, les había dado el del rey.

Mil doscientos de aquellos hombres portaban buenos arcos de madera de tejo, cada uno de ellos acorde a la altura del arquero y con un valor en plata de medio año de paga o más. Derry habría deseado contar con arqueros como Thomas Woodchurch, pero no era posible. Sin embargo, podían encontrarse otros algo menos diestros en cada aldea inglesa, donde cada domingo se acribillaban las dianas hasta dejarlas destrozadas. Cuando llegara el momento, los arqueros de la reina podrían inundar con sus dardos el cielo, una y otra vez, en sólo un suspiro. Otros siete mil hombres vestían cotas de malla y llevaban hachas o mazas de hierro: garrotes capaces de aplastar yelmos y espadas para luego rematar a los hombres, una vez que cayeran al suelo. En la retaguardia, ochocientos caballeros avanzarían con trote majestuoso sobre sus monturas. Derry habría preferido disponer de tres o cuatro veces aquel número, pero los caballos de batalla valían una fortuna y sólo los hombres ricos montaban en el combate. El rey y la reina habían invertido sumas enormes en adquirir caballos para los caballeros errantes, hombres bien adiestrados pero que no podían permitirse las guarniciones y demás avíos necesarios para la guerra. Hacía un año que Derry había echado un último vistazo a los recibos y no había querido volver a verlos, mientras grandes cantidades de plata seguían escapándose del tesoro real. Las cotas de malla y los yelmos, por sí solos, ya resultaban ruinosos. El jefe de espías empezaba a sudar con sólo pensar en los costes, pero las cosas no podían hacerse a medias. La fortuna de York era legendaria y el duque no iba a escatimar en los suministros para sus hombres.

Audley hizo una seña a sus sirvientes y éstos trajeron el montador y el caballo, un castrado castaño oscuro que no dejaba de piafar y resoplar. Derry se sintió aliviado al ver que el animal era considerablemente más joven que su dueño, mientras él montaba su jamelgo, encantado de hallarse de nuevo sobre la silla de Retribución.

—He escogido este lugar con sumo cuidado, maese Brewer —dijo Audley—. Blore Heath está en la ruta que Salisbury tomará para ir a Ludlow. ¿Veis allí delante? A algo menos de un kilómetro, aquella colina con la franja de robles y tojos. Esperaremos amparados en el seto grande y, cuando salgamos, rodearemos a los tres mil hombres de Salisbury y los haremos pedazos.

—Parece un poco temerario, milord —replicó Derry.

Audley alzó la vista hacia el pálido cielo de otoño.

—Aunque lo sea. He esperado esto durante mucho tiempo. Los traidores han mancillado el honor del rey, le han obligado a retirarse a Kenilworth, cuando toda Inglaterra le pertenece. Para mí será un placer convertirme en su maza, maese Brewer, en su instrumento. Si es la voluntad de Dios, aquí los detendremos. —El barón picó espuelas y decidió cabalgar junto con los soldados que marchaban, para dejarse ver.

En el castillo de Ludlow, York observó por encima de las almenas en dirección norte,

por donde esperaba avistar el ejército de Salisbury acercándose para unirse a sus fuerzas. Por el oeste, podía oír la corriente del río Teme, que describía un arco en torno al castillo y dejaba en la margen sur el pueblo y el puente de Ludford. Dio una vuelta completa sobre sí mismo y respiró a pleno pulmón el aire húmedo para tratar de calmarse. En el castillo había reinado la más intensa agitación desde que llegaran las cartas de Salisbury. York, al pensar en la traición hecha a su casa y a su nombre, se aferró a la piedra con tanta fuerza que le dolieron las manos. El rey Enrique no había tenido parte en ello, de eso estaba seguro. Aquello era cosa de la reina francesa, que tiraba de sus hilos de seda y los hacía bailar a todos. Se dio cuenta de que era su enemiga cuando, a escondidas, se llevó al rey al castillo de Kenilworth. Aquello nacía de una rabia largo tiempo acumulada, una acción tan audaz que él jamás llegó a preverla. Sólo la influencia de aquella mujer podía dar a hombres débiles la osadía suficiente para actuar en su contra. ¡Muerte civil! El propio término era ya un veneno, una amenaza que debía combatir implacablemente, sin importar quién hubiera prendido aquella mecha. La brisa fresca de la noche atemperó un tanto su ánimo, pero esta vez no estaba dispuesto a retroceder como hiciera en San Albano. Si el rey volvía a caer en sus manos, se dijo a sí mismo, dejaría que su espada hablara por él, y con un solo golpe respondería a todos aquellos que osaran amenazar su nombre y su casa. York todavía recordaba el horror que le había atenazado cuando los escribanos, tras rebuscar en sus registros, le habían descrito todo el alcance de aquel documento sellado por el rey. El fin de una línea real, el fin del bisnieto de un rey; no importaba qué títulos poseyera: York nunca podría legarlos a su descendencia.

Al pensar en ello, le vino a la mente aquel hijo extraordinario suyo, retornado junto con Warwick hacía dos noches. York casi se había sentido estallar de orgullo al ver al hombre descomunal en que se había convertido Eduardo. Ninguno de sus otros hijos había alcanzado tal estatura y corpulencia. El más joven seguía con el cuerpo cruelmente retorcido, si bien a los siete años, el joven Ricardo por fin había aprendido a cerrar con fuerza la boca para ahogar sus berridos. El contraste entre sus hijos nunca había resultado más evidente, y York, que había elogiado a Eduardo en un banquete, al notar fugazmente que Ricardo los observaba a ambos, había rechazado a aquel niño quejoso con un gesto de la mano, con el pretexto de que había asuntos de gran importancia que tratar. Nunca la casa de York había sido más fuerte ni tenido un guerrero tal por heredero, justo ahora, cuando el peligro era mayor.

York cogió una jarra de vino de Malmsey que había posado cuidadosamente sobre las pétreas almenas. Estaba borracho y se daba cuenta de ello, pero por una sola noche era agradable limar el afilado contorno de sus preocupaciones, dejar que éstas se alejaran mientras permanecía a la intemperie y vaciaba copa tras copa. Aparentemente, la guarnición de Calais había traído con ella muchas cosas buenas. El mismo Warwick parecía haberse endurecido durante el tiempo pasado fuera de casa. El hijo de Salisbury había aprovechado bien aquel periodo y atacado barcos extranjeros en el canal, naves de España y Lübeck, o de cualquier nación con

capitanes tan temerarios como para navegar por aquellas costas. York tenía la impresión de que Warwick había regresado convertido en un auténtico adalid, y ya no era simplemente alguien que había heredado un título por matrimonio. Nadie que le viera ahora pondría en duda su derecho a comandar de nuevo las tropas.

—Y contra nosotros, sólo cisnes y antílopes murmuró —York. Mientras se acercaban a las tierras de Ludlow, los dos mil hombres de Warwick habían visto columnas enemigas marchando. No habían recibido ninguna provocación, quizá porque eran muchos, pero lo cierto es que el país se había levantado en armas y York no tenía idea de a cuántos hombres se enfrentaría. Dio gracias a Dios de que Salisbury y él hubieran reunido y adiestrado a tantos durante los años de paz. Cuando Salisbury llegara, dispondrían de siete mil soldados, suficientes para hacer frente a una cuantiosa hueste enemiga, estúpidos embaucados con ideales románticos y promesas de ganarse la estimación de la reina.

A medida que su ebriedad se tornaba amarga, York empezó a preguntarse si Margarita ataría a su marido a un caballo y lo haría desfilar mientras las tropas lo jaleaban. Se irritaba cuando pensaba que Kenilworth era una fortaleza infranqueable para espías y mensajeros. Por lo que York sabía, el rey se había recuperado de su enfermedad hasta el punto de poder cabalgar junto a sus estandartes. Aquel pensamiento era como la fría hoja de un cuchillo que se hundiera entre las costillas, y York volvió a beber hasta vaciar la jarra y notar que sus sentidos se aletargaban. Podía confiar en Salisbury y Warwick. También en su hijo y en los hombres de Calais que habían llegado con él a Ludlow. Pero el resto del país sólo vería que el rey volvía a estar bajo amenaza. Allá donde fuera, oiría de nuevo murmuraciones que le tildaran de traidor, a menos que diera cumplimento a las más sombrías de entre ellas y él mismo se hiciera con el trono.

Asintió con la cabeza y dirigió la vista hacia el norte, iluminado tan sólo por la luz de las vacilantes estrellas.

—Ven, viejo amigo —musitó arrastrando las palabras al tiempo que levantaba la copa en honor a Salisbury—. Ven y permite que haga lo que debería haber hecho antes. Esta vez no me haré a un lado.

El rey lloraba. Las lágrimas le cegaban mientras Margarita y dos sirvientes se afanaban por encajarle la armadura. Margarita estaba ya sofocada y también avergonzada por la reacción de su marido, por más que aquellos hombres hubieran asistido a Enrique durante años, en Windsor y Kenilworth. Ella era más dura que los criados. Tiraba de los miembros de Enrique adelante y atrás, e iba cerrando las junturas una tras otra.

—Dejadnos ahora —ordenó mientras, crispada, se apartaba de la cara un rizo rebelde.

Los dos sirvientes se escabulleron sin osar mirar hacia atrás y dejaron solos al rey

y la reina. La armadura de Enrique chirrió cuando el rey se sentó en la cama. Margarita se arrodilló delante de él y levantó la mano para tocarle la cara, mientras el rey pestañeaba y se sofocaba con los sollozos como si fuera un niño.

—No habrá sangre, Enrique. Ya os lo he dicho —dijo ella. En su frustración, debía reprimir las ganas de abofetearlo—. Debéis cabalgar con nuestros hombres y mostraros con la armadura y los estandartes al viento. Somerset y Buckingham comandarán las tropas, junto con el conde Percy y el barón Egremont. Y yo estaré a vuestro lado todo el tiempo.

—No puedo —balbuceó Enrique negando con la cabeza—. No sabéis lo que me pedís.

—¡Os pido solamente que os comportéis como el rey de Inglaterra! —repuso cortante Margarita.

Las palabras hirieron a su marido, que ahora ya se hundía sin remisión; la cara le caía floja y los ojos iban perdiendo cualquier chispa de conciencia para adquirir una expresión vacía. Entonces Margarita perdió por completo la paciencia. Sacudió con tanta fuerza a su marido que hizo que la cabeza de Enrique cediera y le quedara colgando.

—¡Sed fuerte, Enrique! He movilizado a todo el país para traeros a este lugar. He hecho que Inglaterra gire en torno a Kenilworth como la cuenta ensartada en un hilo. He sobornado y hecho promesas y amenazado a hombres peligrosos, pero ahora sois vos quien debéis mostrar determinación o lo perderéis todo. Y si eso ocurre, ¿qué valdrá la vida de vuestro hijo? Lo mismo que una vela en un huracán, Enrique. Ni siquiera eso. Apoyadme ahora. Poneos en pie, bien derecho en vuestra armadura. ¡Tomad la espada!

Enrique no se movió de donde se sentaba, desplomado y con la mirada perdida. Margarita se levantó y lo miró llena de ira y desesperación. Ocho mil hombres habían jurado defender al rey. Entre ellos, seis mil eran soldados al servicio de diferentes lores. Habían acudido todos, desde Somerset y Northumberland hasta una docena de lores de menor rango, como sir Clifford, a quien se había nombrado barón tras la muerte de su padre en San Albano. Pero un cuarto del ejército del rey lo componían novatos alistados en los pueblos y las ciudades, sin más experiencia que los propios hombres de la reina. Margarita sabía que la mera presencia de Enrique les infundiría una fortaleza de hierro, los haría permanecer firmes mientras los cañones dispararan y las flechas volaran y las entrañas se les descompusieran de terror. La reina se había aferrado a la esperanza de que Enrique reviviera al ponerle la armadura, sin importar en qué punto se hallara la enfermedad que le atenazaba. Los doctores del rey habían mencionado pociones reanimadoras que, disimuladas en algún licor, estimularían la sangre y le traerían de vuelta de allí donde estuviese. Margarita esperaba que no fuera necesario usarlas, pero quizá no hubiese alternativa.

—Bien, quedaos ahí entonces. Dejad que las lágrimas os pudran la armadura —dijo la reina, toda la cólera perceptible en su tono resentido—. Estaré fuera durante

tres días, cuatro como máximo. Cuando regrese, los médicos os inyectarán fuego en las venas. ¡Os obligarán a poneros de pie! ¿Me habéis oído, Enrique? Aunque paséis el resto de vuestra vida en ese adormecimiento enfermizo, este mes cabalgaréis contra York. Ya que no lo hacéis por vos mismo, lo haréis por mí y por vuestro hijo.

Su esposo levantó la vista hacia ella, con ojos muy abiertos e inocentes.

—Lo haré, si es eso lo que queréis de mí, Margarita. Como decís, si debo hacerlo, puedo hacerlo.

La reina sintió que su furia crecía hasta sentir la certeza de que iba a abofetearlo. Sin decir más, abandonó a toda prisa la estancia. Los ayudas de cámara del rey esperaban en un grupo en el pasillo, y Margarita caminó hacia ellos.

—Voy a ausentarme durante unos días. Nadie excepto vosotros debe hablar con el rey mientras permanezca fuera. Ni un alma, hasta que yo regrese. Decid al doctor Hatclyf que tenga listos los purgativos y medicinas para mi esposo el próximo martes por la mañana. Después el rey se levantará para unirse a los lores y a su ejército. ¿Habéis comprendido?

Los hombres hicieron una reverencia y, asustados al percibir la ira de la reina, balbucearon unas palabras de asentimiento. Margarita los dejó atrás y se dirigió a los establos, donde tres caballos esperaban ya ensillados. Sus propios hombres iban a luchar bien pronto, el primer ejército que le había jurado fidelidad únicamente a ella. Todo lo demás podía esperar mientras presenciaba la batalla y la primera victoria de la casa de Lancaster, por fin lista para renacer de sus cenizas. Ahora era viernes por la noche y ella correría para asistir a la destrucción de Salisbury en Blore Heath. Cabalgaría acompañada tan sólo por dos espadachines para protegerla de los bandoleros del camino, y ni siquiera Derry Brewer sabría que estaba allí.



**B**lore Heath era un vasto terreno abierto, con kilómetros de matorrales y hierbas de color parduzco. Los tres mil hombres de Salisbury habían avanzado a buen paso en los seis días previos, atajando campo a través y tomando las vías principales únicamente cuando éstas apuntaban en línea recta hacia el suroeste, hacia el castillo de Ludlow. Si sólo hubiera contado con soldados de infantería y a caballo, habría realizado el trayecto en cuatro días de marcha forzada, pero los carros los habían hecho avanzar a paso de tortuga en los tramos cenagosos. Ya desde el principio había sospechado que no se trataría de una mera incursión o un único enfrentamiento armado. Por lo que Salisbury sabía, no habría paz ni volvería a casa durante un año o quizá más, por lo que avanzaba al ritmo de los carros más lentos, que iban cargados de víveres y pertrechos, herramientas, arreos de repuesto y pequeñas fraguas, todo lo necesario para una campaña. La alternativa era entrar en batalla sin estar preparado, o depender de York para obtener ayuda y material. Cada mañana, Salisbury se inquietaba por el tiempo perdido, pero después se reafirmaba en su decisión y de nuevo emprendía la marcha con los carros en la retaguardia. Habían perdido la mitad de la jornada previa tratando que los pesados carruajes cruzaran al otro lado de un río, aunque cientos de hombres habían ayudado a que la tarea resultara más fácil.

Al menos el páramo era terreno seco, con unas colinas pardas y redondeadas que se extendían hacia el sur. Salisbury disponía de buenos mapas. Había escogido el camino más corto a Ludlow y forzaba la marcha tanto como era posible. Cuando uno de sus exploradores de vanguardia se acercó al galope, las filas de hombres ya se hallaban a la mitad del páramo, dispersando a las ovejas a su paso y en dirección a un riachuelo que, según el mapa, no tenía puentes. Salisbury estaba meditando cómo cruzar aquel obstáculo, por lo que frunció el ceño cuando el jinete frenó a su lado. Otros dos se aproximaban a toda velocidad, y Salisbury sintió que se le aceleraba el pulso.

—Hombres armados algo más adelante, milord. He visto picas y banderas al otro lado de una hondonada.

—¿Cuántos? —preguntó Salisbury con la vista al frente, como si pudiera atravesar con ella las ondulaciones y colinas del páramo.

—No he podido verlo bien, milord, pero un gran número. Después de avistarlos he corrido para traer la noticia.

Ambos se volvieron al primero de los otros dos jinetes en llegar. Jadeaba mientras saludaba con la mano en la frente.

—¿Cuántos? —volvió a preguntar Salisbury impacientemente. El tercer jinete se acercaba a galope tendido al tiempo que la noticia se extendía entre las filas de soldados.

—Dos o tres veces nuestro número, milord.

El segundo jinete señaló con el dedo mientras hablaba.

—Están detrás de esa colina y la línea de tojos y árboles que se ven allí delante.

Salisbury mandó de inmediato detener la marcha, y la orden fue pasando de capitán a capitán hasta que toda aquella masa de hombres quedó inmóvil sobre la hierba del páramo, todos ellos conscientes de que el terreno no permitía ponerse a cubierto. El tercer jinete confirmó el número y Salisbury maldijo para sus adentros. Esperaba que se hubiesen equivocado, que aquellos que se levantaban contra él no hubieran podido reunir una hueste tan numerosa.

—Muy bien. Id de nuevo y reconoced el terreno que media entre nosotros. Encontrad un vado para cruzar ese río. —Luego se dirigió a los otros exploradores—: Vosotros dos, acercaos todo lo posible, pero si os persiguen manteneos fuera de su alcance. Necesito vuestros ojos para tenerlos vigilados. ¡Deprisa!

Los tres jinetes partieron de nuevo al galope y Salisbury se quedó solo con sus preocupaciones. Sin los exploradores, habría ido derecho a una emboscada que quizá le habría costado la vida. Deseaba batirse en retirada ante un ejército tan numeroso, pero la sola idea le hizo apretar los dientes, pues sabía que no podía hacerlo. A menos que llegara hasta York y lo respaldara, los ejércitos del rey sitiarían y destruirían a su aliado más cercano. Entonces no tardarían demasiado en llegar a Middleham con el mandato de muerte civil. Salisbury se cogió la nariz por el punto más alto, entre los ojos, y torció el gesto. Su hijo, Warwick, ya debía haber llegado a Ludlow, por lo que las posibilidades de Salisbury se esfumaban como el humo. Pero las probabilidades no debían importarle; tenía que luchar por fuerza. Formuló en voz baja una plegaria que casi era más una blasfemia, y llamó a sus capitanes junto a él.

Sesenta hombres cabalgaron hacia la posición del conde, en la vanguardia, con rostro macilento y grave. La noticia se había extendido, y Salisbury vio que algunos de los soldados de a pie se agachaban para tocar la tierra. Frunció el ceño ante la superstición de quienes avisaban a la tierra para que se aprestara a recibir su sangre.

—Situad los carros en el flanco derecho —ordenó en tono deliberadamente confiado—. Hemos descubierto a tiempo la trampa.

Mientras hablaba, recordó la boda de su hijo y el ejército de Percy que entonces había intentado destruirlos. Aquel día, su victoria había estado en la retirada, en hacer fracasar al enemigo evitando que lo atraparan. Parte de la tensión se aligeró. No era necesario aplastar al ejército que tenía delante. Bastaba con sobrevivir al combate y pasar al otro lado rodeando al enemigo. Podían abandonar los carros, y estaba seguro de que eran capaces de batirse en retirada hasta Ludlow, que no distaba más de dos días hacia el sur. Si enviaba los exploradores de avanzadilla, York quizá pudiera mandar refuerzos a su encuentro. Debía existir un modo de pasar, si era capaz de encontrar el momento justo para retirarse y continuar camino.

Los carros seguían dando tumbos en la retaguardia, cuarenta y dos pesados carretones hasta los topes de armas y armaduras, comida y herraduras, todo lo que había pensado que podrían necesitar. Ahora su mayor utilidad sería colocarlos como

barrera para proteger el flanco, pero Salisbury sabía que no podía atrincherarse. Debía llegar a Ludlow. Tenía que seguir adelante. Pese a ello, vio que sus hombres se animaban al ver cómo la sólida barrera de carros iba tomando forma. Entonces asintió para sí con un brusco gesto de la cabeza. Durante años, él había forzado a los escoceses hasta la extenuación en las marchas por el norte. Había participado en docenas de acciones de guerra durante su vida, suficientes para saber que la superioridad numérica no era la única clave de la victoria. La disciplina y la táctica poseían igual importancia. Tal vez había llegado el momento de comprobar qué clase de hombres defendían al rey.

—¡Arqueros al frente! —aulló a sus hombres—. Avance lento hasta llegar a tiro. Demostremos a esos labriegos cómo pelea un verdadero ejército.

Los hombres jalearon la orden con diligencia, aunque al reemprender trabajosamente la marcha Salisbury vio de nuevo que, entre las filas, algunos se agachaban para tocar la hierba seca y santiguarse, mientras murmuraban una plegaria. Los grupos de carros avanzaban junto a ellos, a golpe de látigo, protegiendo el flanco derecho con madera, ruedas y hierro. Los arqueros encordaron los arcos y se dispusieron la aljaba en la cadera; con una mano acariciaban las blancas plumas de ganso, mientras balanceaban el brazo libre para relajar los músculos. Salisbury desató el escudo sujeto entre las ancas de su montura y se lo encajó en el antebrazo de metal, complacido al sentir su peso. No estaba obligado a ganar, se recordó a sí mismo. Sólo debía pasar al otro lado. Después, aquellos mal nacidos ya podían perseguirlo hasta Ludlow, si ése era su gusto. El riachuelo crecía a medida que se aproximaba a él, hasta que se vio obligado a dar la orden de detenerse. Salisbury maldijo en voz baja. El río había ido socavando el terreno, sólo Dios sabía durante cuánto tiempo. El resultado era un talud de más de un metro hasta las rápidas aguas y, al otro lado, otro empinado terraplén que también habría que salvar. Ya habría sido un obstáculo difícil aunque hubiesen estado solos en el páramo. En ese momento, el conde miró hacia arriba: desde detrás de los árboles y la colina que tenían enfrente, una nube de flechas se acercaban volando como gorriones.

Audley estaba satisfecho. Se enfrentaba a un número de tropas que apenas llegaban a un tercio de las suyas. Lo que es más, había escogido el mejor lugar para defenderse en kilómetros a la redonda. Para alcanzar su posición, Salisbury debía cruzar el río y remontar una empinada colina, y hacerlo mientras una lluvia de flechas caía sobre sus hombres. Audley observó las saetas que volaban en ambas direcciones. Al principio parecían flotar, pero después se aceleraban al caer en picado, antes de clavarse. La mayoría se quedaban cortas, y las que llegaban hasta su posición, en la cresta de la colina, se perdían entre los matorrales sin provocar un solo grito de dolor entre sus hombres. Audley elevó las comisuras de los labios, sopesando la situación con gesto adusto. Quedaba una última carta y él había encontrado el lugar perfecto para jugarla.

—¡Artilleros, abrid fuego! —gritó Audley por encima del hombro.

De inmediato se dio la vuelta para mirar y, muy a su pesar, hubo de encogerse ante el estruendo de las explosiones que sonaban a derecha e izquierda. Vio dos manchas oscuras e idénticas que viajaban a toda velocidad hacia las fuerzas de Salisbury y luego se perdían entre las filas de hombres acorazados, al otro lado del río. Una de ellas pareció no causar el más mínimo efecto, mientras que la otra debía de haber rebotado e iba derribando hombres, su trayectoria discernible por la repentina caída de los cuerpos. Audley emitió un tenue silbido. Habría deseado disponer de una docena de aquellas pesadas armas en lugar de sólo dos.

—¡Otra vez! ¡Fuego! —rugió—. ¡Apuntad al centro! —Los artilleros se afanaban como hormigas sobre un animal muerto, mientras Audley los fulminaba con la mirada al ver que pasaban los minutos y aún no estaban listos.

Mientras tanto, Salisbury no había permanecido de brazos cruzados tras observar cuán expuestos estaban a aquellas andanadas. Toda la sección central de sus fuerzas retrocedía, y atrás quedaban los muertos, aislados o en parejas, de modo que resultaba bien visible dónde habían caído los proyectiles o las flechas.

Audley dejó ver los dientes cuando los cañones abrieron fuego de nuevo, con un estruendo que rasgó la quietud del aire. Aquella segunda descarga tuvo menos fortuna: una de las bolas desapareció en la tierra, y la otra mató a un solo hombre cuando éste se daba la vuelta para emprender la huida. Pese a ello, las tropas de Salisbury se retiraban a mayor velocidad y el pánico empezaba a cundir entre los hombres. Audley se volvió bruscamente para mirar atrás al oír cómo los hombres de la reina aullaban salvajemente, súbitamente enfebrecidos al ver que los enemigos huían de ellos.

—¡Mantened la posición! —vociferó Audley—. ¡Capitanes! ¡Ordenad que retrocedan! —Pero, para su exasperación, los capitanes no eran capaces de retenerlos. Algunos hombres ya corrían más allá de la cresta de la colina y se lanzaban cuesta abajo por el otro lado, hacia el riachuelo. Audley maldijo, la voz cada vez más ronca mientras se desgañitaba para que el resto mantuviera su posición.

Miles de hombres cruzaban ante él con las caras desencajadas por la excitación y el frenesí de la batalla.

—¡Maldita sea! —gritó Audley—. ¡Traed mi caballo! ¡Rápido! —Fue zarandeado por aquel populacho en que se había convertido su ejército. Estaban perdiendo la ventaja de su posición en su afán por matar al enemigo que huía. Audley casi echaba fuego de pura cólera al ver la estupidez e incompetencia de aquellos hombres, pero resultaba del todo imposible detenerlos. Disponía de nueve mil soldados, por los tres mil del enemigo, y no podía permitir que se convirtieran en una chusma vociferante y arremetieran contra soldados bien adiestrados. Mientras montaba, vio cómo el primero de ellos saltaba desde el terraplén al río y se hundía en la fuerte corriente, entre grandes crestas de espuma.

En la otra orilla y por encima del talud del río, las tropas de Salisbury se

detuvieron y empezaron a reorganizarse ordenadamente. Audley sintió que el corazón se le desbocaba, espantado al ver que ahora el enemigo marchaba decidido hacia sus hombres, mientras éstos aún pugnaban contra las aguas y el talud.

En una sola e irracional acometida, sus tropas habían desperdiciado todas sus ventajas, excepto una. Ciertamente, todavía sobrepasaban en número al enemigo, pero los soldados de Salisbury marchaban colina abajo hacia unos hombres ahora demasiado fatigados.

Audley espoleó el caballo pendiente abajo, alcanzó el río y se arrojó al agua a una velocidad temeraria. En su galope iba gritando a los soldados que se detuvieran y resistieran en aquella posición, pero el río era más ancho y profundo que en los días previos y los hombres se debatían en él, cada vez más agotados a medida que crecían en número. Cientos de ellos, temblando, gritaban a los de delante que avanzaran, mientras ellos, a su vez, esperaban para salir de allí.

Enfrente, la primera línea de Salisbury atacó, un muro humano armado con espadas y hachas y protegido por escudos. En los flancos, Audley podía ver a los jinetes en formación, esperando para contrarrestar a sus propios caballeros y sargentos a caballo. Los más experimentados parecían inmunes al ansia de atacar y habían alcanzado el río en lenta sucesión. Audley no podía permitir que su caballería quedase tan alejada. Maldecía su suerte y la escasa disciplina de aquellos jóvenes insensatos que comandaba. Agarró un cuerno que colgaba junto a su rodilla e hizo sonar dos notas ligadas que ordenaban iniciar la carga. Aquello también sirvió para traer cierta calma a los soldados de a pie, que se giraron y vieron que el barón Audley estaba allí para dirigirlos.

Las fuerzas de Salisbury seguían abriéndose camino paso a paso. Dominaban la colina en aquel lado del río y mataban a cualquiera que hubiera conseguido cruzar y llegar a ellos. En los momentos que siguieron, se produjo una matanza espeluznante, y un escalofrío de terror recorrió las filas de los soldados del rey, que sólo vislumbraban la muerte ante ellos. Millares de soldados aún permanecían secos, pues ni siquiera habían logrado alcanzar el río, ante aquella aglomeración de hombres que gritaban exasperados. Audley, abriéndose camino con su montura, había conseguido avanzar entre la masa y reunir a una docena de sus capitanes, junto con cuatrocientos o quinientos hombres que habían demostrado el suficiente sentido común como para mantener la posición, mientras el resto intentaba salir del río. Salisbury se dio cuenta del peligro, y sus cuernos resonaron por el páramo, al tiempo que sus hombres cargaban sin piedad contra el enemigo y sus arqueros disparaban desde los flancos hasta que el río se tiñó de rojo con la sangre de los caídos.

Una sólida línea de soldados en sus cotas de malla, matando con terrorífica eficiencia, diezmaba a los hombres que rodeaban a Audley. Un retumbar de pezuñas alertó al barón de que la caballería de Salisbury cargaba contra la suya, antes de que ambas se acometieran con ímpetu tal que hizo temblar la tierra. Un grupo de jinetes perforó entonces la línea formada por sus caballeros errantes y embistió uno de los

flancos de la infantería, a la que barrieron hasta llegar donde se hallaba el propio Audley. Éste apenas si tuvo tiempo de levantar el escudo y la espada antes de que un hacha le golpeará en el pecho y causara una gran abolladura en la coraza. La sangre empezó a manar y Audley se sintió desfallecer, si bien aún pudo levantar la espada desde atrás y descargar un fuerte golpe que hirió a su oponente entre el cuello y el hombro. El caballero quedó tambaleante, pero dos más se abrieron paso a golpes y Audley vio elevarse una maza. No pudo levantar la espada a tiempo y el pesado garrote de hierro se hundió en el casco. El golpe le rompió el cráneo y Audley cayó a tierra.

El ejército de la reina era atacado por todos lados y las flechas seguían acribillándolos. Los que aún no habían cruzado el río ya no deseaban avanzar hacia un enemigo tan terrible, por lo que comenzaron a retroceder. Dos mil hombres seguían resistiendo en torno al cadáver de Audley, y algunos gritaban con desesperación a los de atrás, al verlos retirarse en masa. Se habían dado cuenta de que si retrocedían hasta el río serían masacrados, y continuaban peleando y cayendo, heridos por las flechas o por soldados mejor armados que ellos. En un arranque de furia, consiguieron abrir algunas brechas en las líneas de Salisbury, pero nunca bastaba, y aquellas brechas se cerraban con escudos una y otra vez, hasta que los últimos que resistían fueron cruelmente aniquilados.

Las frías aguas del río corrieron con la sangre de todos los cadáveres que en él se amontonaban, a veces en pilas tan altas que un hombre podría haber cruzado caminando sobre los cuerpos despedazados. Los hombres de Salisbury nunca llegaron a cruzar el río; se contentaron con masacrar a todos aquellos que habían alcanzado su orilla, sin preocuparse del resto.

Cuando la lucha cesó, Salisbury se aproximó hasta el agua. El sol empezaba a ponerse cuando miró al otro lado del río, hacia la elevación de la colina, y se preguntó inconscientemente si los cañones seguirían todavía en la cresta. No parecía que allí quedara ningún soldado enemigo. Todos habían huido.

Movió la cabeza para aliviar la rigidez del cuello, aunque no había descargado un solo golpe durante el combate. Quizá un millar de sus hombres había caído, una pérdida que no podía permitirse, por importante que fuera la victoria obtenida. El triple de soldados, o tal vez más, yacía alrededor del río o dentro de él. Sus hombres empezaban ya a acumular a montones los emblemas del cisne plateado. Sonreían, alegres por el botín, y gritaban a sus compañeros para que acudieran a por más.

Salisbury ordenó a sus capitanes que cesaran en aquella búsqueda y les dedicó una severa mirada, mientras decidía ignorar los abultados bolsillos de los hombres.

—Haced que los carros crucen ese maldito río antes del anochecer. Inspeccionaremos el campamento enemigo, pero debemos seguir adelante. —Era consciente de que esperaban algunas palabras de felicitación, pero había perdido un tercio de su ejército, hombres que tanto él como York necesitaban desesperadamente. No sentía ninguna alegría.

—Milord, ¿nos daréis tiempo para ocuparnos de los heridos? —preguntó uno de los capitanes. Salisbury lo miró, irritado por la decisión que se veía obligado a tomar.

—No veo aquí a ningún Percy ni a ningún Somerset. Hay otro ejército en armas y debo llegar a Ludlow. Si pueden caminar, que nos sigan a un paso más lento. Dejadles un cuchillo a los que no pasarán de esta noche. Hemos perdido medio día aquí, caballeros. No podemos perder más. Preparaos para la marcha.

Los capitanes asintieron y borraron toda sonrisa del rostro para de nuevo asumir las responsabilidades de su cargo. Uno tras otro se alejaron, con la mirada puesta en aquel matadero en que habían convertido el páramo y el río, un río cuyas aguas bajarían rojas durante días.

Margarita, después de tanto rato agachada y completamente inmóvil, se levantó por fin. Hacía horas que se había apostado allí, en una colina al este del páramo. Desde aquel oteadero disponía de una buena panorámica de las fuerzas de Audley y, después, del ejército de Salisbury, cuando éste atravesó el terreno. Estaba pálida de terror por lo que había presenciado, una visión de crueldad y violencia cuyas imágenes se le aparecían como fognazos en la luz del crepúsculo, de tal modo que deseaba espantarlas como a moscas que se le hubieran posado en la piel. Aquella mañana había imaginado perfectas formaciones de combate que luchaban una frente a otra, y no aquel caos, aquella barahúnda enloquecida de hombres aplastados y ahogados en el río, o perseguidos a hachazos y acribillados a poca distancia por enemigos que los escarnecían entre risas. Sacudió la cabeza, tratando en vano de ahuyentar los recuerdos. Eran hombres que le habían jurado lealtad y habían portado su emblema del cisne. Habían llegado allí confiados, imbuidos de espíritu marcial y dispuestos a luchar por el rey y la reina contra unos traidores infames. Si se obligaba a mirar de nuevo, todavía podía ver la oscura mancha de las aguas mientras el río drenaba la sangre de los cuerpos. Margarita se estremeció. Se sentía pequeña y, ahora que caía la noche, tenía frío. No sabía qué ocurriría tras el combate, si Salisbury se detendría a enterrar los cuerpos o si continuaría la marcha hasta Ludlow. Todavía había docenas de soldados merodeando por aquellas laderas y, de repente, Margarita tuvo miedo de que la descubrieran y le dieran caza.

Al pensar en ello, se le secó la garganta y le temblaron las manos. Dos hombres la esperaban al pie de la colina. No les había permitido subir y observar junto a ella, pues sabía que arriesgarse a ser descubiertos suponía una invitación a la catástrofe. Por la mañana, le habían parecido temibles guerreros, pero cuando descendió su aspecto se le antojó tan frágil como el de los hombres que habían muerto ese día.

Margarita montó sin decir una palabra, insegura de su propia voz. A su espalda, se oyó de nuevo el sonido de un cuerno, y la reina se encogió sobre la silla: en la creciente oscuridad, sintió como si ya hubiese empezado el acoso de los cazadores. Partieron a caballo y el páramo quedó atrás, si bien Margarita no dejó de volver la

cabeza hasta que hubieron cabalgado más de un kilómetro.

En el primer pueblo que cruzaron, la reina vio iluminarse la fragua de un herrero, aún trabajando a aquella hora tardía. No hacía más que pensar en la amenaza de una posible persecución y en el placer que sentiría Salisbury si la atrapaba, por lo que estuvo a punto de pasar de largo antes de frenar bruscamente el caballo, tras oír el martilleo de los clavos del herraje.

—Traed al herrero —dijo, aliviada al oír que la voz áspera era más firme de lo que había esperado.

El hombre que salió se estaba limpiando las manos con un paño grasiento. Advirtió la elegante capa de aquella hermosa mujer y optó por hacer una gran reverencia.

—¿Necesitáis herraduras, señora? —preguntó. Extendió la mano para acariciar el cuello del caballo y se detuvo helado al oír que uno de los guardias desenvainaba la espada, un sonido que conocía perfectamente.

—Necesito que las saquéis... y las clavéis al revés —dijo Margarita.

Cuando era una niña, en Saumur, su madre se había quejado de que algunos cazadores furtivos herraban sus caballos de aquella manera. Si alguien los perseguía, encontraba huellas que apuntaban en dirección contraria y tomaba otro camino. Era un truco muy simple, aunque el herrero la miró sorprendido antes de echar un vistazo al camino por el que habían venido. Margarita vio la confusión y un ligero temor escritos en aquella cara ennegrecida, y se dio cuenta de que el hombre adivinaba que venían de la batalla librada aquel día.

—Pagad a este hombre medio noble de oro por su trabajo —dijo Margarita.

El herrero abrió ojos como platos mientras atrapaba en el aire la moneda dorada que volaba hacia él y se la guardaba con sumo cuidado. La reina desmontó y el hombre, sin decir palabra, levantó cada una de las pezuñas, extrajo los clavos con hábil presteza, se guardó los que necesitaban ser enderezados en una faltriquera y los sustituyó por una docena más, que clavó sólidamente. No se entretuvo lo más mínimo, nervioso por las miradas que los otros lanzaban al camino. En poco tiempo, los caballos quedaron con las herraduras al revés y todos montaron de nuevo. Margarita dudó un instante, incapaz de resistirse a decir algo antes de dejar atrás para siempre a aquel hombre.

—Herrero, habéis servido bien a la Corona —dijo—. En nombre del rey, os pido que nadie más sepa lo que habéis hecho esta noche.

El herrero seguía alerta ante los hombres armados que lo observaban. Retrocedió sin dejar de asentir y con las manos en alto, hasta refugiarse en la seguridad de la herrería, al calor de la fragua.

Margarita picó espuelas. La noche había caído mientras esperaba, pero había luna, el camino era bueno y el cielo estaba despejado. Espoleó el caballo y se lanzó al galope hacia Kenilworth, hacia su refugio y su casa.



Los hombres de Salisbury entraron arrastrándose en Ludlow, con los pies deshechos y exhaustos hasta más allá de lo imaginable. El conde al que seguían los había hecho avanzar a marchas forzadas durante ochenta kilómetros, completamente dominado por el temor de que el castillo de York pudiera estar sufriendo un ataque. Al llegar, apenas si eran capaces de tenerse en pie, y mucho menos de luchar, pero allí no había ningún signo de asedio armado. Salisbury manifestó su agradecimiento a los capitanes, y dejó que acamparan junto a los cuatro mil hombres ya congregados en el lugar.

Los soldados de York observaban mientras aquellos hombres famélicos se amontonaban alrededor de los calderos puestos al fuego o, simplemente, se tumbaban a dormir al raso, sobre la hierba. Los recién llegados no traían carros a causa de la premura de la marcha. Con la luna baja ya en el horizonte, centenares de los sargentos de York se acercaron a los grupos de hombres extenuados y les dieron mantas de repuesto y agua, cerveza y carne, cualquier cosa que tuvieran, a cambio de noticias de la batalla.

La llegada del ejército de Salisbury supuso un aumento de la tensión en el gran campamento que rodeaba Ludlow. Se colocaron más líneas de estacas de madera y muchos hombres agradecieron que el río circundara el castillo por el oeste y el sur, lo que obligaría al enemigo a aproximarse por el este.

Los carros de Salisbury aparecieron al día siguiente, lo cual permitió que sus hombres montaran las tiendas y devolvieran parte de lo que les habían prestado. Los heridos que podían caminar todavía llegaron una jornada más tarde, tambaleándose; dejaban caer con alivio cuando veían los kilómetros de tiendas que rodeaban la fortaleza de York. Al pasar lista, faltaron un total de ochocientos hombres, y muchos otros sólo servían para agotar a sus cuidadores y los suministros de medicinas.

En la noche del tercer día, los exploradores de York anunciaron lo que todos esperaban. Se había avistado el ejército del rey a unos veinte kilómetros. Cada hombre allí presente tomó una buena comida, reparó cualquier pieza dañada y afiló sus armas. Los que tenían caballos se ocuparon de ellos, mientras que los arqueros tomaron posiciones en los flancos del castillo. Los carros de Salisbury formaron de nuevo una barricada para bloquear el acceso sur, desde Ludford, situado al otro lado del puente.

Al caer la noche, los soldados de York se sumieron en un sueño inquieto, sobresaltados por algún grito aislado o por pesadillas, antes de cerrar otra vez los ojos y tratar de pasar las horas de oscuridad. Ludlow era una fortaleza, pero el río les protegía las espaldas tanto como los muros que tenían tras ellos. Cada hombre sabía que, llegado el caso, podrían correr a su interior para protegerse, pero si eso ocurría significaría que la batalla se había perdido y que el castillo habría de caer. El escudo y la espada eran ellos, no las almenas de Ludlow. A medianoche, se hizo el cambio de

guardia y, para entonces, una ligera helada hacía centellear el terreno. Los centinelas pateaban y se soplaban las manos mientras esperaban que llegara el alba.

La luz de la luna fue diluyéndose rápidamente a medida que el astro se perdía por el sur. Mientras en el cielo la oscuridad y el brillo de las estrellas daban paso a los primeros tonos grises, Salisbury y Warwick subieron las escaleras en dirección al punto más alto para otear hacia el este. York y Eduardo de March ya estaban allí, hablando en voz baja, cuando el padre y el hijo de los Neville subieron el último escalón.

—Acercaos y los veréis —dijo York, invitándolos con el gesto.

Salisbury entornó los ojos en la penumbra y, a lo lejos, llegó a distinguir diminutos puntos de luz que se movían o corrían adelante y atrás.

—¿Cuántos? —preguntó Salisbury, una cuestión dirigida tanto a los jóvenes de vista más aguda como a York.

—Tantos como dejasteis vivos en el páramo... sumados a las fuerzas del rey —contestó York.

La primera noche había gritado y maldecido al enterarse de que Salisbury había dejado escapar a muchos. Su amigo había aguantado la invectiva, consciente de que ésta nacía del miedo. Ciertamente, Salisbury habría podido perseguir y masacrar a los soldados de la reina que huían en desbandada. Pero, igualmente, podría haberse visto sobrepasado si éstos se hubiesen reagrupado para hacerle frente. Por ello, había preferido continuar con el plan original y reforzar Ludlow. Ahora de nada servía lamentarse por lo que se podría haber hecho.

En la distancia, la línea de antorchas no dejaba de crecer y ya empezaba a cubrir todo el horizonte, de tal modo que los hombres no podían sino observar en ominoso silencio. York conocía el terreno del este mejor que nadie y se mostraba muy alterado, sin dejar de rascarse el cogote y de sacudir la cabeza.

—Podría tratarse de un truco —dijo—. Quizá hayan colocado a los hombres con antorchas más separados de lo habitual para que parezca una hueste mayor de lo que realmente es.

No creía que fuera así y ninguno de los otros le replicó. El sol revelaría la verdadera magnitud del ejército que se acercaba a Ludlow.

—Nunca nadie ha conseguido tomar Ludlow —dijo York después de un momento—. Estos muros seguirán en pie mucho tiempo después de nuestra muerte, no importa cuántos curtidores y escuderos hayan reunido este año para atacarlos.

Detrás del ejército, una pálida claridad comenzaba a iluminar levemente el cielo. York se puso rígido al discernir el oscuro perfil de unos cañones, en laborioso avance junto con los hombres. Una vez aprendió a distinguirlos, empezó a observar con mayor detenimiento, volcándose sobre las almenas de tal modo que Salisbury pensó que tendría que agarrarle el brazo para evitar que cayera. Habían arrastrado hasta Ludlow una docena de pesados serpentines, cada uno capaz de arrojar una bola de hierro a una distancia de casi dos kilómetros. Si disparaban contra los muros de un

castillo, incluso los de Ludlow, causarían enormes destrozos.

—Han venido a destruirnos —murmuró Salisbury.

Sintió que sus palabras desataban la ira de York, pero, ahora, la claridad del alba resultaba ya lo suficientemente intensa como para que todos pudieran ver la magnitud del ejército del rey. Apenas si distinguían los estandartes de los nobles en la penumbra, aunque el número de hombres era sin duda estremecedor, al menos el doble de los que ellos habían reunido para defender el nombre de York.

—Veo los colores de Percy —dijo Eduardo señalando con el dedo—. Allí está lord Grey. Y Exeter. Y Buckingham. Somerset a la izquierda. ¿Lo veis? ¿Es aquél el estandarte de los Clifford?

—Lo es —contestó York—. Una buena manada de perros sarnosos e hijos de mala madre, según parece. Debí acabar con Buckingham en San Albano, cuando yacía en tierra con la cara partida en dos. Buscad los pendones con los leones del rey. O el cisne de la reina. Esa zorra debe de estar entre ellos. Estoy seguro.

A una distancia de menos de un kilómetro, el ejército real se detuvo e hizo sonar los cuernos con fuerza suficiente como para despertar a los muertos, o, al menos, a cualquier soldado yorkista que aún fuera capaz de dormir con el fragor de su avance. Las filas de antorchas se habían apagado al hacerse del todo de día, y York y Salisbury tan sólo podían observar consternados cómo docenas de caballeros con armadura cabalgaban hacia un lado y otro de la primera línea, ondeando al viento los estandartes de las casas a las que representaban, comandadas por los tres leones dorados sobre fondo rojo. Se trataba de un despliegue de intención intimidatoria, y lo cierto es que obraba su efecto.

Al frente, los grupos de artilleros levantaron los inmensos tubos de hierro negro y colocaron debajo bloques de madera. York apretó el puño derecho al ver que se encendían braseros y algunos hombres se afanaban con sacos de pólvora negra. Justo por detrás de aquel ejército, finas columnas de humo se elevaron en el aire limpio de la mañana. En las almenas oyeron la orden, una única voz que fue contestada con un trueno ensordecedor y una humareda tal que la mitad de las fuerzas reales quedaron ocultas tras ella.

No hubo bolas de hierro que surcaran el aire que los separaba. La llama y el humo eran tan sólo un aviso y una demostración de poder. Nadie que hubiera visto aquello tendría dudas de que la próxima descarga haría pedazos a los hombres y martillearía los muros del castillo. Sin embargo, la descarga no llegó. En su lugar, un heraldo se adelantó a caballo, acompañado por seis hombres. Dos de ellos hicieron sonar cuernos, mientras el resto portaba los estandartes reales, con los leones ondeando al viento. Cuando alcanzaron el límite de las tropas yorkistas, el heraldo gritó con todas sus fuerzas unas palabras. Éstas apenas llegaron a discernirse en las almenas, por más que los cuatro hombres que allí estaban se inclinaron hacia delante. York observaba con acritud mientras el heraldo terminaba su discurso y desaparecía en dirección al castillo. La entrada le sería permitida para que comunicara su mensaje al señor de

Ludlow.

York se volvió hacia los condes que le acompañaban y, por fin, posó los ojos en su hijo, acorazado en su armadura y más alto que cualquiera de ellos. Al igual que el resto, York estaba pálido y con la confianza hecha trizas. Sabía que el heraldo sería llevado a su presencia y habló con rapidez, pues no tardarían en tener compañía.

—No había imaginado que el mismo Enrique pudiera venir contra mí —dijo—. Sea cual sea el modo en que lo hayan conseguido, no sé si los hombres pelearán, no en estas circunstancias. —La angustia que sentía aquel pequeño grupo de las almenas se transmitiría, sin duda, a cada uno de los soldados que se hallaban abajo. Una cosa era levantarse en armas contra otro lord, especialmente aquellos a los que York acusaba de traidores y manipuladores del rey y la reina, y otra completamente distinta era enfrentarse al mismo rey de Inglaterra en el campo de batalla. Todos podían ver el pabellón con las banderas y estandartes que ondeaban en el centro de la línea enemiga.

—La mitad son hijos de campesinos —dijo Eduardo en medio del silencio—. Si en Blore Heath salieron corriendo, aquí podemos aplastarlos. Permitid que Warwick y yo atacemos el flanco con nuestros dos mil hombres. Los mantendremos ocupados mientras el resto se lanza por el centro. Nuestros soldados son veteranos, señor. Cada uno de ellos vale por dos enemigos, o por más. —Incluso mientras hablaba, el conde de March percibía la desesperación de Salisbury y de su padre. Miró a Warwick en busca de apoyo, pero también él negó con la cabeza.

Salisbury echó un vistazo a la escalera para calcular si podía hablar sin ser oído.

—Mi padre sufrió muchas incursiones en sus tierras —dijo súbitamente—, todas a cargo del mismo jefe escocés. Ralph Neville era un hombre precavido, pero en una ocasión se vio sobrepasado en número, en campo abierto. Sabía que si peleaba, lo perdería todo.

Los otros tres escuchaban mientras Salisbury volvía a mirar las escaleras.

—Mandó adelantarse a sus servidores, tres corpulentos muchachos que portaban dos cofres llenos de plata, y los dejó solos en un prado mientras los escoceses acechaban como lobos, pues eso es justamente lo que son. Quizá aquel golpe de fortuna era tan inesperado que recelaban, o tal vez ya sabían que el conde era un enemigo muy astuto. Esperaban una trampa, y para cuando se dieron cuenta de que no había ninguna, mi padre ya se había refugiado en una fortaleza y estaba fuera de su alcance.

—¿Qué pasó con la plata y los hombres? —preguntó el joven Eduardo.

Salisbury se encogió de hombros.

—Los cogieron. Mataron a los hombres y se llevaron la plata a la casa comunal. Celebraron el botín emborrachándose hasta caer inconscientes, y todavía estaban dormidos cuando los hombres de mi padre cayeron sobre ellos en la oscuridad. Eran más que suficientes para ocuparse de ellos. Cargados con los pesados cofres de plata, los escoceses habían dejado un rastro muy claro, y los hombres lo siguieron por

campos y bosques. Mataron al jefe en su propia casa y masacraron a sus vasallos antes de que pudieran levantarse y defenderse. Por la mañana, recuperaron los cofres y regresaron por la frontera. En sus últimos años, a mi padre le gustaba recordar lo ocurrido. Decía que cuando sentía frío le confortaba recordar sus caras de sorpresa.

El ruido de pasos hizo que Salisbury levantara la mano para advertir a los demás y, fuese lo que fuese lo que iba a añadir, calló bruscamente. El heraldo del rey vestía de rosa y azul, un arrendajo entre los cuervos presentes en aquellas almenas. Jadeaba mientras hacía una aparatosa reverencia en deferencia a cada uno de los tres condes y, por último, también ante York.

—Milores, hablo en nombre de Su Real Majestad, el rey Enrique de Inglaterra, Irlanda y Francia, protector y defensor del reino, duque de Lancaster y Cornualles, que Dios bendiga su nombre. —El heraldo hizo una pausa y tragó saliva, incómodo al sentir la fría mirada de los hombres a los que se dirigía—. Milores, he de comunicar que el rey perdonará a aquellos que se han levantado en armas contra él. Se mostrará clemente con cualquier hombre que acepte su perdón sin demora. —Hubo de hacer acopio de valor para continuar y un brillo de sudor le apareció en la frente—. Con la sola excepción del duque de York, el conde de Salisbury y el conde de Warwick. A estos hombres se les declara traidores y deberán ser entregados a las fuerzas y autoridades del propio rey.

—¿Y el conde de March? —preguntó Eduardo, ofendido en su honor por no haber sido mencionado.

El heraldo miró nervioso a aquel hombre enorme y negó con la cabeza.

—No se me ha ordenado que mencione ese nombre, milord, yo... no puedo...

—Retiraos —dijo York súbitamente—. Mi propio heraldo llevará la respuesta a mediodía. ¿Regresáis junto al mismo rey?

—Sí, milord. Su Alteza espera la respuesta que hayáis de darle.

—Entonces, ¿el rey Enrique se halla con las tropas? ¿Está presente en el campo?

—Lo he visto con mis propios ojos, milord. Lo juro. Esperaré vuestra respuesta, si lo deseáis.

—No —replicó York, antes de despedirlo con gesto abrupto—. Regresad con vuestro señor.

El heraldo saludó con una inclinación y desapareció escoltado por los hombres de York.

Salisbury vio que el duque, iracundo, estaba a punto de gritar nuevas órdenes y, en cuanto el heraldo salió, habló de inmediato.

—La historia de mi padre es la llave de esta cerradura. Hoy no podemos combatir. No tenemos hombres ni muros suficientes para resistir a semejante ejército.

—¿Estáis diciendo que debo correr como un cobarde? —contestó York, revolviéndose contra su más viejo amigo.

—¿Acaso no ha ofrecido el rey su perdón? —replicó Salisbury al instante. El heraldo, sin saberlo, le había ayudado; pero el conde aún debía encontrar las palabras

adecuadas para aplacar el susceptible sentido del honor de York—. Decid a vuestros capitanes que esperen vuestro regreso. Decidles que el rey no es más que un títere en manos de los Percy, o un peón de la reina francesa. —Levantó la mano y alzó la voz cuando York intentaba rebatirle—. Decidles que volveréis en la primavera y que un verdadero caudillo elige el lugar para combatir... ¡y no deja que sean sus enemigos quienes lo hagan! Dios sabe que el rey no es muy popular. Apenas ha salido de Kenilworth... ¿desde hace ya cuánto tiempo? No se ha convocado el Parlamento desde hace tres años ni hay orden en el país. El pueblo no siente demasiado amor por él... Siente más por vos. ¡Permitid que vuestros hombres y los míos sean perdonados, Ricardo! ¡Dejad que vuelvan a sus hogares, sabiendo que sólo nos vamos para recobrar el aliento entre un golpe y otro antes de hacer pedazos a esa chusma del rey, a cada lord y cada hombre, hasta no dejar ninguno!

York miraba absorto, con la boca ligeramente abierta. Parecía debatirse con el sentimiento de traición, y el hijo de Salisbury sumó su voz a la de su padre.

—Aquí no podemos ganar —dijo Warwick con voz serena—. Sabéis que es la verdad. Aquí moriríamos, con toda seguridad. Yo preferiría concederles este pequeño triunfo... y regresar más adelante para caer sobre ellos cuando duerman la borrachera de la victoria. Lo que importa es la victoria final, milord York, no lo que sucede antes.

York rezumaba ira. Dejó caer floja la cabeza y apoyó la espalda en la piedra de las almenas. Sin hacer caso a Warwick, imploró con la mirada a Salisbury:

—¿Pensáis que podemos regresar después de semejante derrota? —dijo con la voz ronca de dolor.

—Nos han cogido por sorpresa. Después nos tocará a nosotros sorprenderlos. No hay deshonor en ello, Ricardo. Si lo hubiera, haría sonar los cuernos junto a vos y, de un modo u otro, todo acabaría hoy. ¿Queréis que entregue mi vida inútilmente en este lugar? —Salisbury levantó la barbilla—. Si dais la orden, lucharemos, hasta el último hombre. Golpearemos con fuerza a las tropas del r...

Un estrépito de hombres en cota de malla le interrumpió, y los cuatro miraron desde las almenas los ejércitos congregados abajo. Warwick lanzó una exclamación al ver los colores de los soldados que marchaban.

—Pero ¿qué están haciendo? —dijo muy alterado—. ¡El capitán Trollope se lleva a mis hombres! ¿Qué está...?

Calló al ver que una formación de seiscientos veteranos de Calais ondeaba una bandera blanca y se aproximaba a las tropas del rey. Fueron recibidos con un hostil encrespamiento de picas, al tiempo que varios lores y caballeros cabalgaban a su encuentro. Warwick observó asqueado cómo las filas se abrían para dejar pasar a la columna.

—¡Santo Dios, esto es el final! —dijo Salisbury—. Necesitábamos a esos hombres. —Se volvió hacia York—. No es poca cosa alzarse contra el rey, amigo mío. Si decidís abandonar este lugar, prepararemos a los capitanes para nuestro

regreso. Os puedo jurar que no permaneceré ocioso. Enviaré a cada uno de ellos una carta proclamando mi lealtad al rey y pidiéndoles que defiendan a Enrique contra sus ruines consejeros.

—¡No puedo huir! —gritó York haciéndolo callar—. ¿No lo entendéis? Huir esta noche significaría el deshonor de la muerte civil. ¡Para cada uno de nosotros! ¡Adiós para siempre a York y Salisbury! ¡Adiós a Warwick! ¡Y a March! ¡La labor de toda mi vida, mi casa, mi nombre, manchados con sus acusaciones, destruidos, aniquilados! Malditos seáis. Maldito sea el rey Enrique y su zorra francesa. Preferiría morir aquí, con estos muros a mi espalda.

—Yo preferiría vivir —dijo Warwick con voz firme frente a la aflicción mostrada por York—. Preferiría vivir para anular cualquier ley que promulguen. Vivir para poner al Parlamento en mi mano y obligarle a romper su mandato de muerte civil. Y vivir para vengarme de mis enemigos, junto con hombres que sepan ver que también los York son una línea de la realeza. Eso es lo que yo haría, milord. Aun así, lo que mi padre ha dicho es cierto. Si es vuestra voluntad, permaneceré a vuestro lado mientras los soldados caen como aves de rapiña sobre vuestra casa y sobre aquellos a quien amáis. Permaneceré junto a vos mientras violan y torturan, mientras queman y destrozan lo que os es máspreciado. Éste es mi juramento y la palabra que por mi honor os doy. Mi destino está unido al vuestro.

York miró a su alrededor, a los tres hombres que esperaban su decisión. Se sentía atrapado entre dos caminos, ambos tan espantosos que sólo era capaz de mirar y temblar. Después de un largo rato, asintió.

—Aún tengo amigos en Irlanda. Hombres a los que nada importa esa orden de muerte civil y que me protegerán en mis tierras. ¿Vendréis conmigo?

—Yo no —respondió Salisbury—. En Calais no me alcanzarán las garras de los oficiales del rey. Y está cerca de Kent, lo suficiente como para poder cruzar al otro lado en alguna noche oscura, el próximo año.

—¿Warwick? —preguntó York.

—Calais —contestó Warwick con seguridad.

—¿Eduardo? —dijo York, volviéndose y mirando a su hijo que, allí de pie, parecía un árbol que se elevara por encima de todos. El joven se retorció por dentro, atrapado entre dos lealtades enfrentadas.

—Si lo permitís, padre, me gustaría volver a Francia. No hay lugar mejor para reunir un ejército y regresar con él.

Si la decisión de su hijo le había supuesto un nuevo golpe, York no dejó traslucir emoción alguna. Asintió y le dio a Eduardo una palmada en el hombro.

—Hay un camino y un puente hacia unos prados, al oeste de Ludlow. Es una vía tranquila y nos permitirá alejarnos. Debo hablar a mi esposa antes de partir, y también a mis capitanes. Deben saber a qué atenerse. ¿Os parece abril, dentro de seis meses, un plazo adecuado para regresar?

—Dadme nueve meses, milord —repuso Warwick—. En nueve meses habré

reunido hombres suficientes para recobrar todo lo que hemos perdido.

York asintió. Fingía confianza, pero la más helada desolación le entumecía los miembros.

—Bien, entonces. Espero recibir noticia de vuestro desembarco el primero de julio, por vuestro honor. Todos vosotros. Juradme ahora que pisaréis tierra inglesa en julio del próximo año, o que el mundo os tenga por traidores que no hacen honor a su palabra. Con la bendición de Dios, les haremos pagar con creces esta deshonra.

Los tres condes, tomando el brazo de Ricardo y arrodillándose entre las almenas, hicieron voto privado de cumplir la promesa. Después, con ánimo sombrío, abandonaron aquellas alturas para preparar la huida.

Al caer la noche, se encendieron antorchas en el castillo de Ludlow y en el pueblo de Ludford, en la parte sur. Los portales de la fortaleza se abrieron y comenzaron a entrar las primeras filas de caballeros con armadura, ondeando los estandartes de las casas nobles a las que representaban. La duquesa Cecilia de York esperaba para recibirlos en el patio abierto, al otro lado de las puertas, rígida e inmóvil ante los jinetes armados que pasaban junto a ella buscando con la mirada a su marido, o bien los primeros signos de una trampa. Empezaron a registrar con estrépito todo el castillo. Abrían las puertas a patadas y llenaban de terror a los sirvientes, que temblaban y humillaban la cabeza, esperando que una hoja descendiera sobre ellos en cualquier momento.

Pasaron dos horas antes de que la reina Margarita entrara en Ludlow al frente de un centenar de sus soldados. Montaba a mujeriegas, y fue Thomas, lord Egremont, quien la ayudó a desmontar. Se acercó a la esposa de York con una gélida expresión de desprecio y, al detenerse ante ella, la miró con fría fascinación.

—Parece que vuestro intrépido marido ha huido —dijo Margarita—. Al final, ha resultado ser un cobarde.

—Y el vuestro no aparece por ningún lado. ¿Está durmiendo, o quizá rezando? —replicó Cecilia con voz dulce. Margarita entornó los ojos mientras Cecilia proseguía—. Esta noche habéis ganado, querida. Pero sabed que mi marido reclamará lo que es suyo. No os quepa duda.

—Nunca poseerá este lugar —dijo Margarita, abarcando los muros con un gesto mientras sonreía a aquella mujer mayor que ella, la misma que una vez la intimidara—. Ludlow será vendido ahora que York forma parte del vulgo, junto con cada piedra y trozo de tierra que alguna vez haya poseído. ¿Dónde descansaréis la cabeza entonces, Cecilia? ¿Sin servidores que os atiendan ni más título que el de esposa de un traidor? He visto el mandato con el sello de mi esposo orgullosamente estampado en él. Cuando acabe este mes, ya no hallaréis refugio con Salisbury ni tampoco con Warwick. La muerte civil los afecta a ambos. La infame trinidad queda rota.

Cecilia de York se estremeció como si cada palabra fuera una estocada. No muy lejos se oían los gritos que provocaba el saqueo de los soldados en Ludford. Tenían órdenes de encontrar a York y actuaban completamente desbocados.



—Yo me casé con un hombre, querida —dijo Cecilia—, y no con un niño. Tal vez si hubieseis hecho lo mismo entenderíais por qué no tengo miedo.

—Yo me casé con un rey —replicó cortante Margarita, enfurecida por la tranquila superioridad de la otra.

—Sí, lo hicisteis. Y él perdió Francia a cambio. No me parece que fuera un buen trato, querida. ¿No creéis?

Margarita, llena de ira, se vio tentada de golpear a Cecilia de York. Y lo habría hecho de no ser porque los hijos menores de la mujer se habían agrupado en torno a ella. El mayor, Edmundo, rodeaba con el brazo a sus dos hermanas pequeñas. Tenía dieciséis años y su aspecto era casi el de un hombre, aunque vestía una túnica ceñida con cinto y calzas, y no llevaba armas. En la cadera portaba al más pequeño, Ricardo. Su presencia resultaba algo embarazosa. Se aferraba a su hermano como un gato asustado y lo observaba todo con ojos desmesuradamente abiertos.

Cecilia se volvió a ellos y extendió los brazos hacia el muchacho.

—Ven conmigo, Ricardo —dijo sonriente. De inmediato, el niño dejó a Edmundo y casi saltó hasta los brazos de Cecilia, con tanto impulso que la hizo tambalearse.

El pequeño se doblaba de dolor mientras trepaba para acomodarse, y no dejaba de emitir un leve gruñido animalesco que sólo cesó cuando Cecilia lo besó en la frente. Ésta se volvió hacia Margarita, con las cejas arqueadas en gesto de mudo interrogante.

—Ahora debo llevarme a mis hijos, a menos que tengáis algo más que decirme.

Una de las pequeñas comenzó a gemir y sollozar al ver a tantos soldados desconocidos en su casa. Cecilia la hizo callar con dulzura, y esperó a que la reina le permitiera retirarse. Margarita se mordió el labio. No sintió ningún placer al despedir a la mujer de York. Permaneció observándolos mientras cruzaban las puertas, confusa al advertir que sentía envidia y tristeza.

**M**argarita aspiró profundamente, cautivada por aquellos aromas que inundaban el palacio de Westminster. Sólo habían pasado tres días desde Navidad, y aunque el veintiocho de diciembre era el día de Herodes, cuando el antiguo tirano había ordenado matar a los niños, también era el día en que las cocinas reales usaban los restos de venado para hacer pasteles que luego repartían. Estaban hechos con los despojos: el hígado y el corazón, los sesos, las patas y las orejas, todo cocido en una sabrosa salsa antes de rellenar con ello la masa. Después el servicio de las cocinas reales los llevaba al exterior del palacio, donde eran recibidos entre gritos de triunfo por la multitud que allí esperaba. Los pasteles de carne se cortaban en gruesos trozos y, todavía humeantes, se distribuían para que los disfrutaran las familias. Margarita había probado un trozo y le había parecido que aquel espeso jugo costaba un poco de pasar.

Miró a la muchedumbre desde una de las ventanas altas, contenta de presenciar el momento en que salía la fila de cocineros, cada uno con una gran bandeja de pastel y un cuchillo en la cadera para cortar las raciones. Se dio cuenta de que no había niños entre la gente. El día de Herodes a menudo se los golpeaba en recuerdo de la crueldad del rey, y los niños y las niñas de Londres preferían hacerse notar lo menos posible, mantener la cabeza baja y dedicarse a su trabajo en silencio, en lugar de recordar a sus amos la tradición. Hombres y mujeres sí estaban allí, sonrientes y felices, mientras se arremolinaban alrededor de la fila de cocineros. Muchos habían traído sus propios paños y cestos para llevarse su correspondiente pedazo.

Margarita se pasó una mano por el estómago. Se sentía pesada a causa de todo lo que había comido en los días previos. Había asistido al servicio de Navidad en la abadía de Westminster acompañada de su marido, que cabecaba sentado junto a ella. Los cantantes de villancicos se habían congregado en el exterior para danzar y cantar en conmemoración del nacimiento de Cristo, ya que la entrada no les estaba permitida porque perturbaban a los fieles. Habían empezado una riña en la calle, recordaba la reina, hasta que los guardias reales habían salido con sus porras y los habían dispersado sin miramientos, a base de golpes y patadas.

Derry Brewer se aclaró la garganta tras ella y Margarita se volvió. No pudo evitar sonreír al ver que lucía sus mejores prendas, perfectamente cepilladas. Resultaba difícil conciliar la imagen del hombre que acababa de entrar con la del monje escuálido y tembloroso llegado a Windsor cinco años antes. En ese tiempo, Brewer había engordado, y en la cintura y los hombros se iba notando un exceso de carne. Con todo, su aspecto era todavía el de un hombre fuerte, como un jabalí que no hubiera perdido su olfato con los años. Al pensar en ello, la reina se tocó suavemente el vientre. Sólo la aflicción y las preocupaciones habían impedido que ella siguiera el mismo camino, quizá porque su matriz no se había vuelto a llenar después de tener a Eduardo. Aquel pensamiento le producía una punzada de dolor, y hubo de forzar una

sonrisa para saludar al jefe de espías.

—¿Qué novedades hay, Derry? Mi mayordomo me ha dicho que esta tarde pegarían a los niños en Londres. Pensaba que me gastaba una broma, sabiendo que yo pasé mi niñez en Francia. Decidme, ¿es cierto?

—Alguna vez ha ocurrido, señora, si los aprendices han sido demasiado revoltosos y sus amos han perdido la paciencia. Durante este día, se han producido algunos desórdenes en el pasado. Pero no cada año. Si deseáis presenciar tales hechos, puedo disponer lo necesario para que lo hagáis.

Margarita rió y negó con la cabeza.

—Ojalá todos mis deseos se cumplieran con igual facilidad, Derry. Así imaginaba que sería ser reina, cuando era una jovencita que cruzaba por primera vez el canal. — Aquello la hizo recordar al hombre que la trajo a Inglaterra, William de la Pole, duque de Suffolk. Al recordarlo, la tristeza le asomó en los ojos—. ¿Cómo va vuestro trabajo, Derry? ¿Está lista la flota?

—Tengo a cada constructor de naves de la costa sur trabajando día y noche. La flota, con barcos nuevos o los antiguos reparados, estará lista para la primavera, milady. Disponemos de navíos para transportar un ejército como Francia no ha visto desde 1446. Bastará para expulsar de Calais a Salisbury, Warwick y March, de eso estoy seguro. Si se internan más en Francia, lo harán solos. El rey francés nunca permitiría que soldados ingleses marchen o acampen en sus tierras. Aseguraremos Calais para la Corona, milady, no lo dudéis. Impediremos que los enemigos del rey lo utilicen de trampolín para saltar a Inglaterra, cualesquiera que sean sus intenciones.

—Y después, York, en Irlanda —dijo Margarita.

Sonó casi como una pregunta, y Derry respondió lo mismo que ya había contestado una docena de veces antes.

—Milady, ya os he dicho que Irlanda es un lugar salvaje, y que York es muy estimado allí desde su época como lugarteniente del rey. —Se aclaró la voz, incómodo—. Tiene amigos en Irlanda que opinan que la casa de York..., bueno, que debería ser la línea de la Corona. Pelearán, y sus hombres con ellos. Milady, cruzar con la flota los treinta kilómetros de mar hasta Calais no costará demasiado. Podemos bloquear aquel puerto y desembarcar un ejército, cañones, lo que sea necesario, aunque confío en que se rindan antes de tener que derribar los muros. ¡No desearía que el rey de Francia viera otra oportunidad en nuestras desavenencias! Irlanda... es un poco diferente, milady. Desembarcar un ejército en aquellas costas abruptas del este supondría una auténtica campaña, y un año o más alejados de Inglaterra, cuando esos hombres nos serían de más utilidad aquí. Los irlandeses son un pueblo arisco. Sus lores se molestarán con el desafío a su autoridad y una sola chispa podría desatar una rebelión. Ya he dicho que no recomiendo esa vía, al menos este año. Os lo ruego, permitid que me ocupe de York una vez que tengamos Calais en nuestro poder. Dios ama a quienes hacen planes a largo plazo, milady. Le gusta mostrarles el coste de sus ambiciones.

Margarita frunció los labios con un mohín de frustración.

—No puedo permitir que el pájaro descanse —dijo—. Ya escapó cuando lo teníamos acorralado y puso en ridículo a mi ejército. ¿No lo entendéis, Derry? Vi cómo Salisbury masacraba hombres buenos que venían a luchar por mi emblema, por amor a mí. ¿Dónde está el castigo por aquella jornada atroz? ¿Dónde la justicia, si Salisbury y su hijo se hallan a salvo en Francia y York en Irlanda? ¡Quiero que me los traigan encadenados, Derry! Por todo lo que me han costado, por todas sus amenazas.

—Su Alteza, lo sé. Sería como una nueva Navidad, si pudiera ver a York y Salisbury ante un tribunal. Estuve en San Albano, milady. Conozco bien las deudas que han acumulado... y que todavía no han pagado. Pero esas deudas serán satisfechas, os lo juro. Con sesenta barcos hasta los topes de hombres y cañones los haremos salir de su cubil como zorros. Sólo os pido paciencia.

Margarita asintió con tirantez y despidió a Derry con un gesto de la mano. Éste hizo una reverencia que le provocó una punzada en la espalda. ¡Dios! ¡Se estaba haciendo viejo! Pensó en todo lo que tenía que hacer aquel día y en si podría encontrar una hora para practicar esgrima con uno de los guardias del rey. Después de todo, ya había aprendido a montar como un caballero. Así que había decidido aprender a luchar también como uno de ellos, por más que su orgullo se sintiera herido cuando le vapuleaban como a un muchacho revoltoso. Resolvió que tendría su práctica, costara lo que costara.

Margarita se había acercado a la ventana al salir Derry, y ahora volvía a sonreír mientras miraba a la multitud londinense. Faltaban pocos días para el nuevo año y tenía grandes esperanzas puestas en él, más que en cualquiera de los años anteriores. Primero Calais, luego York, dondequiera que se hubiese escondido. Los enemigos de su marido serían perseguidos y Enrique podría vivir en paz los años que le quedasen. El sufrimiento haría a Inglaterra más fuerte, Margarita estaba segura, del mismo modo que ella se había forjado a golpe de martillo. Todavía recordaba cuán inocente había sido, una jovencita insignificante que chapurreaba un inglés entrecortado, apenas una insinuación de la mujer en que se había convertido.

El mar estaba en calma, pese a la negra noche de enero. Y así debía ser para lo que Warwick tenía *in mente*. Tanto él como sus hombres habían pasado tres noches de gran inquietud por el terrible temporal que azotaba el canal, y su único consuelo era que la flota real no podría salir de puerto con una mar tan recia.

El año 1460 no había hecho más que empezar, pues sólo tres meses habían pasado desde la huida de Ludlow. York había escapado por mar hasta Irlanda, mientras que Salisbury, Warwick y Eduardo de March habían cruzado a Francia en un pesquero arenquero. Ése había sido el peor momento para todos ellos, si bien los tres condes habían comenzado a planear su regreso apenas pusieron pie en la fortaleza de Calais. El hermano de Salisbury, William, lord Fauconberg, los había visitado algo después,

junto con un centenar de hombres y dos sólidas carabelas que permanecerían fondeadas al abrigo de los muelles. Fauconberg, por haberse contado entre los defensores del rey Enrique, traía noticias de la flota de Lancaster congregada en Kent, un número de barcos suficientes para desembarcar a diez mil hombres o más en la primavera. Si habían tenido alguna duda de lo que el futuro traería, aquellas palabras la habían disipado. Se había emitido la orden de muerte civil y no los iban a dejar tranquilos en su exilio.

El puerto de Sandwich estaba tranquilo y silencioso en la madrugada de un gélido día de invierno. Warwick y Salisbury caminaban uno junto al otro por el muelle desierto, y Eduardo de March los seguía sólo un paso por detrás. Tras ellos iban unos cuarenta hombres, en grupos de seis o de doce y caminando con paso vacilante. En total, doscientos veteranos habían cruzado a Inglaterra aquella noche, ataviados con una rústica vestimenta de lana y cuero. Las armaduras o las cotas de malla no habrían supuesto más que un estorbo para la silenciosa acción que planeaban. En la oscuridad, los hombres quizá pudieran pasar por tripulaciones del rey o pescadores de Kent. Pero debía tenerse en cuenta que Sandwich ya había sufrido numerosas incursiones de los franceses a lo largo de los siglos. Los barcos enemigos habían cruzado antes aquel canal, por lo que Warwick incluso estaba sorprendido de que las campanas no hubiesen comenzado a sonar para dar la alarma en toda la ciudad.

La suerte les duraba mucho. Habían amarrado cuatro naves pequeñas entre las sombras que conformaban la flota real, unas cuarenta embarcaciones fondeadas sin más iluminación que unas pocas lámparas que colgaban entre ellas. La misma ciudad era una masa negra recortada contra el cielo de la noche. Muchos de sus habitantes, ya acostumbrados a levantarse antes del alba, no necesitaban de más luz. Warwick y su padre habían calculado la travesía para llegar cuando las tripulaciones pesqueras aún no se hubieran levantado, y los marineros del rey también dormirían por los efectos de la cerveza.

Warwick se giró bruscamente al oír un grito ahogado en una de las cocas mercantes que crujían en los amarraderos. No podía adivinar su procedencia. Los barcos estaban amarrados tan juntos que sus hombres habían podido trepar a uno de ellos y, de éste, saltar al siguiente. Para los que estaban fondeados algo más lejos, se habían servido de pequeños botes para acercarse y subir por las escalerillas situadas en los costados de madera. Entonces habían subido por ellas en el mayor silencio posible. En aquel momento los hombres de Warwick corrían descalzos por las oscuras cubiertas y, con todo el sigilo de que eran capaces, apaleaban o acuchillaban a las pobres almas que hacían la guardia. Las tripulaciones del rey se hallaban en tierra firme, y en cada nave tan sólo quedaban un puñado de jóvenes cuyo cometido era ocuparse de las lámparas y permanecer alerta ante una posible llegada de los franceses.

Warwick estaba mirando hacia el mar y se sobresaltó cuando su padre le cogió el brazo. Una luz se acercaba por una calle lateral en dirección al muelle. Tal vez por la

numerosa presencia de soldados del rey en la ciudad, los vigilantes locales estaban menos alerta de lo habitual. Mientras Warwick y March corrían, les llegaban algunas risas o retazos de conversación, algún suceso de las recientes Navidades. Warwick percibía junto al hombro derecho la enorme sombra de Eduardo de March. Vestir al joven gigante con ropas de pescador había sido tarea inútil. No habría nadie que le viera que no pensara que era un soldado.

Seis hombres componían el pequeño grupo que dobló la esquina y se detuvo alarmado. Warwick advirtió que uno de ellos llevaba una esquila grande para alertar a la ciudad. Tragó saliva. Los dos grupos permanecían petrificados, mirándose unos a otros.

—¡Los franceses! —exclamó uno de los vigilantes al tiempo que levantaba la campana.

—¡Callad la boca, imbécil! —dijo Warwick con sequedad—. ¿Es que parecemos franceses?

El hombre dudó. Estaba de puntillas, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento. El que abría la marcha retiró los paneles de su linterna y la luz reveló algunas sombras que trotaban detrás de Warwick. El vigilante se aclaró la voz con cautela, sabedor de que una palabra equivocada podía suponer su muerte.

—No queremos problemas, quienesquiera que seáis —dijo tratando de darle autoridad a una voz forzada y temblona. Miró fugazmente a Eduardo y percibió la violencia latente en él.

—Los condes de Warwick, Salisbury y March —respondió Warwick. No le importaba quién pudiera oír que habían estado allí. Todo lo que deseaba era apoderarse de los barcos y largarse antes de que saliera el sol. No parecía probable que las tripulaciones del rey pudiesen perseguirlos en barcos de pesca.

El vigilante se inclinó para ver de más cerca. Para sorpresa de Warwick, sonrió. Sin darse la vuelta y en voz baja, ordenó a los otros que no huyeran.

—Entonces tendréis que atarnos —dijo—, o los hombres del rey nos colgarán cuando amanezca.

—De eso nada, Jim —protestó el que llevaba la esquila—. Nos azotarán de todas formas.

—Sobrevivirás —contestó con aspereza el vigilante—. Si tocas esa campana, Pete, yo mismo te muelo a palos.

Warwick fruncía el ceño, atento a aquel intercambio. Había esperado una refriega brutal y expeditiva con los vigilantes para después quizá salir corriendo y subir a uno de los últimos barcos del muelle, mientras la ciudad despertaba para repeler a los invasores. Los hombres seguían discutiendo en susurros, y Warwick miró a Salisbury y March. El hijo de York se encogió de hombros.

Impacientado, de pronto el de la linterna avanzó resuelto hasta su compañero, agarró la esquila por el badajo y se la arrebató con un sordo tañido.

—Ya está, milord. No causaremos problemas.

—¿Os conozco? —preguntó Warwick.

—Jim Wainwright, milord. No nos conocemos, aunque recuerdo que me perseguisteis por un callejón hace algunos años. —Wainwright sonrió de forma extraña y dejó entrever una dentadura mellada—. Entonces yo estaba con Jack Cade.

—Ah —repuso Warwick con suspicacia, entendiendo por fin. Miles de hombres de Kent habían vuelto a casa con su botín aquella noche terrible. Se preguntaba cuántos de ellos seguían recordando con agrado la rebelión de Cade.

—No estuvo bien lo que les hicieron a Cade y sus compañeros —dijo Wainwright levantando la barbilla—. Estos muchachos no saben cómo fue, pero yo sí. La reina nos perdonó, milord, todo en regla y bien sellado. Pero después enviaron al *sheriff* Iden a por nosotros. Perdí buenos amigos por culpa de aquel mal nacido. Hombres a los que habían perdonado, como a mí. —Hizo una pausa para mirar con fiereza a sus compañeros y asegurarse de que no se escabullían—. Todos hemos oído a los hombres del rey hablando de los rebeldes de Calais. Supongo que una vez estuvisteis en el bando equivocado, pero quizá ahora lo habéis pensado mejor, ¿eh?

—Quizá —contestó Warwick débilmente, lo que hizo reír al hombre.

—Eso me había parecido, milord. —Wainwright miró a su izquierda: la sombra de un barco se alejaba lentamente del muelle, mientras unas figuras silenciosas izaban la verga.

—¿Son los barcos, eh? ¿Queréis los barcos del rey?

Warwick asintió, sorprendido al oír que Wainwright reía ruidosamente.

—Los hombres del rey echarán chispas por la mañana. Podéis apostar a que sí. Pero me parece que esta vez no voy a estar de su parte. Ahora tengo oportunidad de cobrarles lo que le hicieron a Cade. —Wainwright se rascó la barbilla, pensativo—. Y si necesitáis hombres, milord, no será Kent el peor sitio para buscarlos. No os digo más. Hay algunos más aparte de mí que todavía están escocidos por aquella noche. Y otros a los que no les gustó lo que pasó en Ludlow.

—¿Qué tenéis que decir de Ludlow? —dijo Warwick con voz tenue—. Partimos cuando ya no había esperanza, no antes. —Vio que el vigilante parecía violentarse.

—Pues veréis, milord, se dice que los bravos muchachos del rey andaban sueltos por el pueblo —dijo Wainwright—. Y que eran peores que saqueadores franceses. No se hablaba de otra cosa esta Navidad. Mujeres forzadas, inocentes asesinados. Cosas terribles. Y el rey los dejó hacer, ni siquiera intentó detenerlos. Eso es lo que dicen. Os lo aseguro, milord. Sólo habéis de gritar «Kent» cuando estéis preparado y ver qué pasa, nada más. No nos gusta oír que los hombres del rey matan a mujeres y niños. Eso os lo puedo jurar. Tendréis algo más que unos pocos voluntarios que buscan venganza. Y somos los mismos que abrimos brecha en la Torre, no lo olvidéis. Puede que no tengamos cotas de malla ni nada parecido, pero un hombre de Kent no la necesita. Entra y sale como el rayo.

Salisbury había escuchado sin decir palabra. Miró al cielo, vio que las estrellas iban apagándose y palmeó a su hijo en el hombro.

—Deberíamos irnos —murmuró—. Hay que atar a estos hombres y tomar el último de los barcos.

Mientras hablaban, las sombrías filas de cocas y carabelas habían ido menguando como mellas en una dentadura, y cada vez se veían más naves con los cabos sueltos, alejándose lentamente hacia mar abierto. No quedaban más de media docena, con las lámparas apagadas y las cubiertas vacías.

Warwick asintió. Había creído que tendrían que pelear en los muelles y aún esperaba que, en la ciudad, las campanas de la iglesia empezaran a sonar. Ya era hora de largarse.

—Gracias, señor Wainwright —dijo—. Recordaré lo que me habéis dicho.

—No dejéis de hacerlo, milord. Kent se levantará por una buena causa. Quién sabe si por una mala también, pero siempre es mejor que sea buena.

Sólo les llevó un instante atar a los seis vigilantes. Con sus excusas, Warwick hizo que dos de sus hombres les dejaran la cara magullada a un par de ellos, si bien a Wainwright le ahorró esa molestia. El alba llegaría en una o dos horas, y sabía que apenas amaneciera encontrarían a los vigilantes, que ahora podrían mostrar una o dos narices sangrantes para justificarse.

Warwick envió a su padre y a March a barcos diferentes, cada uno de ellos al mando de una pequeña tripulación. Apuró hasta el final antes de saltar a la última nave, y enseguida se puso al timón para conducirla fuera de puerto. La marea estaba cambiando y bastó con una media docena de hombres para izar la única vela y aprovechar la brisa de la mañana. Tras ellos, una gran parte del muelle aparecía vacío, y Warwick rió al mirar atrás mientras se alejaban.

Las olas no eran tan mansas al salir del abrigo del puerto. Los hombres de Calais estaban demasiado repartidos entre las embarcaciones capturadas y tuvieron que valerse de los botes para llevar cabos de unas a otras. De ese modo, una nave bien tripulada podía remolcar fácilmente a otra. Y así navegaron, mientras el sol se elevaba y en el horizonte asomaba Francia, perfectamente discernible al otro lado del canal.

Con las velas desplegadas, infladas por el viento, Warwick sintió deseos de cantar una saloma marinera que recordaba de su juventud. La voz resonó entre las olas y aquellos que la oyeron y la conocían cantaron con él, marineros sonrientes que se afanaban entre velas y timones mientras guiaban los trofeos ganados de vuelta a Calais.



**L**a primavera llegó a la costa francesa, y con ella las brisas suaves y unos cielos azules que se llenaban de cormoranes y gaviotas. La flota robada había resultado vital para remontar el litoral de Inglaterra y reunir soldados y lores leales a la causa de York. En junio, la fortaleza de Calais bullía de soldados ingleses que se apiñaban en cada establo y en cada espacio libre. Un número de dos mil cruzarían para la invasión y ochocientos quedarían detrás. Aquél era el último reducto inglés en tierra francesa, y ni Salisbury ni Warwick deseaban que se les recordara por perder la fortaleza, aunque ellos estuvieran ausentes. Los muros de Calais debían quedar bien guardados, sin importar qué otra empresa estuviera en juego.

Warwick no había permanecido mano sobre mano en los meses transcurridos desde su pequeño paseo hasta Kent. Las palabras del vigilante le habían interesado y rara era la noche en que alguna pequeña embarcación no cruzara por las oscuras aguas, llena de los mejores oradores que había podido encontrar. A lo largo de aquella primavera, los hombres de Warwick recorrieron cada pueblo y ciudad de Kent para convocar a todo aquel que deseara vengar a Jack Cade y pagar con idéntica moneda las brutalidades de Ludford. Diez años antes, Cade había entrado en Londres con unos quince mil hombres. Si bien algunos procedían de Essex y otros lugares, el rey y sus oficiales no eran ahora más populares en Kent de lo que lo habían sido hacía una década. Una nueva generación de muchachos había crecido bajo el yugo de crueles castigos e impuestos desorbitados. Después de la negra noticia sobre la muerte civil contra York, Salisbury y él mismo, cada informe recibido por Warwick conseguía levantar los ánimos en cierta medida.

Hacia finales de junio, ya estaban preparados. Sólo el mal tiempo los mantenía amarrados en el puerto, ya que la mar era demasiado recia para arriesgarse a cruzar. Consciente de su juramento a York, Warwick se inquietaba con cada día perdido, pero debía esperar a que el temporal amainase. La flota de cuarenta y ocho naves pequeñas podía transportar dos mil hombres de una sola vez, y la mitad de la guarnición de Calais se encargaría después de traer las naves de vuelta a Francia. Tras la deserción del capitán Trollope al bando del rey, aquellos hombres se desvivían por ayudar a los condes.

Mientras embarcaban en los botes y remaban hasta los barcos, Warwick pensaba intrigado en hombres como Julio César, que mil quinientos años antes se había visto obligado a construir una flota para transportar sus legiones hasta Kent. El objetivo era el mismo: Londres. Además de contar con una guarnición real que no osaban dejar a sus espaldas, Londres significaba el Parlamento y el único círculo de personas con poder para revocar el mandato de muerte civil. Londres era la llave que abría el cerrojo de Inglaterra, como siempre había sido.

Al zarpar la flota, soplaban un fuerte viento en dirección a la costa inglesa. El cielo

estaba cubierto de nubes bajas y grises, y una incesante llovizna atería a los hombres apelotonados en los barcos. Sin embargo, se trataba de una corta travesía y, pasada una hora, ya tenían a la vista el lugar del desembarco. Uno tras otro, los barcos fueron acercándose, con todo el velamen que se habían atrevido a desplegar. Los capitanes no podían aproximarse a la playa por miedo a embarrancar las naves. Hubo que recurrir a los botes para desembarcar a los soldados y, mientras tanto, se veía ya a la milicia local corriendo por el embarcadero y reuniendo hombres para repeler la invasión. Eran muy pocos para frenar a tal cantidad de hombres desembarcando todos a la vez. Tuvo lugar una breve escaramuza antes de que la milicia renunciara a ello. Dejaron a sus muertos tendidos en el embarcadero y huyeron a la carrera.

Warwick desembarcó un poco más allá, estableció una posición defensiva en una larga playa de guijarros y desplegó a los arqueros. Al no encontrar resistencia, marcharon hasta el puerto de Sandwich y lo ocuparon, mientras observaban cómo algunas naves viraban e izaban velas para lidiar de nuevo con el mar picado y el creciente vendaval. En ese momento, todavía se veían cientos de pequeños botes que a golpe de remo cabeceaban hacia la orilla en número tal que parecían una masa de maderos a la deriva. Algunos tenían mala suerte y la frágil embarcación volcaba ante el embate de alguna ola. Los hombres caídos en la rompiente, lastrados por las cotas de malla, no volvían a aparecer.

Cerca de donde Warwick había desembarcado en su tierra natal, dos cocas mercantes llegaron hasta los mismos guijarros de la playa. Cuando las naves quedaron varadas, los capitanes mandaron desplegar plataformas desde el punto más bajo de la cubierta para conducir a tierra a una docena de caballos con los ojos vendados. Las naves se pudrirían allí, pero hombres como Salisbury eran demasiado viejos para recorrer a pie los casi cien kilómetros que los separaban de Londres.

El sol se ponía cuando la última nave de la flota se desvaneció entre la bruma y las nubes del canal. Ahora estaban solos. Bajo una fina llovizna, los hombres se acomodaron en torno a las hogueras, en la playa y los muelles. Después de comer y beber, se protegieron lo mejor posible para tratar de robar algunas horas de sueño.

Al salir de nuevo el sol, una columna de hombres en formación entró en la ciudad. Alrededor de Warwick, empezaron a surgir soldados, listos para el ataque. Pero no se trataba de la milicia local que regresaba para combatir de nuevo, ni tampoco eran parte del ejército del rey. La noticia del desembarco se había extendido, y ahora cientos de hombres de Kent habían acudido con sus hachas, picos y cuchillos de carnicero. Cuando se detuvieron junto a los muelles, Warwick no pudo menos que sonreír al aceptar a su servicio al vigilante Jim Wainwright por cuatro peniques diarios. El ejército de los condes empezó a avanzar hacia el oeste, y aquellos primeros cientos del principio se convirtieron en millares, pues en cada ciudad se iban sumando hombres.

A caballo, Warwick y su padre saludaban a las multitudes que los vitoreaban en las ciudades y pueblos, familias de Kent que los recibían como a salvadores, no como

a enemigos de la Corona. Era un ambiente de tal euforia que Warwick apenas si podía creer en el éxito de sus reclutadores. Los hombres de Kent se habían levantado de nuevo, y esta vez era él mismo quien había hecho saltar la chispa. No podía evitar preguntarse cuántos sabrían que había luchado contra ellos en aquella última noche negra, cuando habían entrado en la capital.

No se le escapaba lo irónico de la situación. Siguiendo los mismos pasos de Jack Cade, habría de congregarlos en Southwark y cruzar el puente de Londres para encaminarse a la Torre, hacia las únicas fuerzas capaces de detener su avance.

Llegaron a la ribera meridional del río de Londres en la tarde del tercer día, después de tres jornadas de dura marcha. Warwick había ordenado un recuento que, una vez terminado, reveló que más de diez mil hombres de Kent se les habían unido. Quizá no contasen con armaduras ni adiestramiento bélico, pero Cade ya había utilizado hombres como aquéllos con bastante buen resultado. Warwick recordaba demasiado bien aquella noche de sangre y caos.

Junto con su padre y Eduardo de March, Warwick marchó directamente hacia el extremo sur del puente de Londres, haciendo caso omiso de las multitudes que los miraban como si se tratase de un día de feria.

—No veo hombres del rey —dijo Salisbury—. Los nuestros están cansados. Aunque los más débiles quedaron atrás hace un día, yo esperaré su llegada. —La cara reflejaba el orgullo que sentía por su hijo y que en sus manos dejaba la decisión final.

La extensa hueste de hombres de Kent se había podido reunir gracias a los reclutadores de Warwick. Esperaban órdenes del joven conde, no de su padre. Lo mismo hacía el hijo de York, y Salisbury había tenido una revelación al ver a los grupos desembarcando. Podía confiar en su hijo como comandante. No le era del todo fácil, pero nunca había sido tan fatuo como para arrogarse autoridad más allá del tiempo que le correspondía. Pese a toda su experiencia en la guerra, había descubierto que se haría a un lado, si no ante otro hombre, sí para dar paso a su heredero.

Warwick percibía la satisfacción de su padre y, en su fuero interno, dio gracias por los años pasados en Calais. Cada padre recuerda el momento en que su hijo ha robado o mentido, o se ha puesto en ridículo por algún amorío de juventud. Aquellos pocos años alejado habían hecho que Warwick se templara sin verse sometido a la severidad paterna.

—Según los informes más fiables, la guarnición de la Torre está formada por mil soldados —dijo Warwick—. Quizá se rindan, aunque no confío mucho en ello. Sólo sé que no podemos permitir que salgan tras nosotros cuando dejemos Londres. Hemos de entrar rompiendo sus defensas, o bien cercarlos tras sus propios muros. Los dos conocéis el plan. La rapidez es clave si queremos tener alguna oportunidad. Cada día que perdemos aquí es un día más que les damos a las fuerzas del rey para

que crezcan en número y se preparen.

No mencionó la petición de muerte civil, que había sido aprobada. En ese momento, el cinco de julio de 1460, todas sus posesiones y títulos les habían sido arrebatados. Por más que ninguno lo mencionase, aquella pérdida dolía como una herida abierta por la que se estuvieran desangrando. Con todo, después de Ludlow, lo más probable era que el ejército del rey se hubiera dispersado por las diversas haciendas y feudos. Por tanto, Warwick y su padre se lo jugaban todo en una única incursión hacia el norte, para alcanzar al rey Enrique antes de que sus lores pudieran unirse de nuevo. Después cualquier ley aprobada podría revocarse, una vez que tuviesen en su poder el sello real y al rey.

Eduardo de March había oído la conversación y observado aquel sentimiento de orgullo entre padre e hijo. Allí de pie, parecía una estatua, inmóvil en su armadura y con la cabeza descubierta. También él había montado desde la costa, con un caballo más apropiado para tirar de un arado que para sostener a un hombre. Ahora el animal pastaba algo más atrás, mientras el agitado mar que formaban los hombres de Kent pateaba el suelo y esperaba entre las filas de los que llevaban armaduras. Había como una premonición en el aire; todos podían sentirla. Una vez cruzado aquel puente, su paseo campestre habría terminado.

—No voy a pasar frío otra noche cuando podría descansar en una buena cama y disfrutar de la carne y la cerveza —dijo Eduardo—. Los hombres han podido llegar hoy hasta aquí. Cansados o no, podrán marchar un par de kilómetros más.

En comparación con Salisbury, Eduardo todavía estaba fresco. Su fuerza y resistencia parecían no tener límite. Cada mañana era el primero en levantarse. Se ponía en pie de un salto y orinaba satisfecho, antes de empezar a encajarse las piezas de la armadura y gritar a los sirvientes para que trajeran comida. Warwick no podía criticar aquel entusiasmo, aunque lo cierto es que tanta energía podía llegar a cansar cuando se pasaba demasiado tiempo con Eduardo.

—Muy bien —dijo Warwick—. Veo que ninguno de los dos estaréis satisfechos hasta que no lleguemos a la ciudad. Traed al frente a los caballeros y hombres de armas, Eduardo. Cade fue atacado con arqueros, así que quiero los escudos preparados.

—Parece bastante seguro —dijo Eduardo mientras miraba las casas y tiendas que había en aquel lado del puente—. Creo que podría cruzar ahora mismo.

Dio un paso y la expresión de Warwick se ensombreció.

—Maldita sea, Eduardo. Cuando estéis al mando podréis hacer lo que queráis. Hasta entonces, acataréis mis órdenes.

El joven conde, sosteniéndole la mirada sin turbación alguna, dejó que el silencio se alargara.

—Entonces ordenad a otro que traiga a los caballeros. Diría que voy a ser el primero en entrar en la ciudad. Por el honor de mi padre.

Warwick se había puesto en tensión con la mirada del gigante. Enrojeció

levemente, adoptó un gesto de determinación y silbó para que un mensajero llevara la orden. Se había desafiado su autoridad delante de su padre, pero, ciertamente, se necesitaban muchos hombres para detener al conde de March cuando se empeñaba en algo. No era momento de discutir y Warwick optó por la discreción, por más que la voz denotara su crispación cuando ordenó reunir las tropas.

Los hombres de armas llegaron corriendo, con escudos y lanzas preparados. Detrás, se arremolinaron los hombres de Kent. Entre ellos, los veteranos del ejército de Cade contaban sus historias a cualquiera que quisiera escucharlas. El ánimo era más bien alegre, y sólo Warwick caminaba rígido mientras sonaban los cuernos y las primeras filas entraban en la ancha calle que atravesaba el puente de Londres.

Ya estaban dentro de la ciudad y la muchedumbre seguía jaleándolos mientras cruzaban el río y alcanzaban las calles del otro lado. Warwick aulló una orden y la primera línea de hombres viró a la derecha, en dirección a la Torre, donde aguardaba la guarnición real.

**L**ord Scales, con el rostro encendido, trataba de contener su agitación mientras, a grandes zancadas, recorría los muros de la Torre de Londres y observaba lo que ocurría abajo. Desde aquellas alturas, alcanzaba a ver que se estaba congregando un ejército al otro lado del puente, a algo más de un kilómetro. Sintió un escalofrío al oír los cuernos, la señal que indicaba que habían entrado en Londres. En ese momento, habría dado cualquier cosa por disponer de mil hombres más.

El recuerdo de Jack Cade y su rebelión todavía estaba reciente, por más que hubiese transcurrido toda una década. El fracaso en la defensa de la ciudad le había obsesionado largo tiempo, sobre todo por el papel que había desempeñado entonces. Scales recordaba perfectamente los cientos de asesinatos de los que había sido testigo cuando la revuelta convirtió la ciudad en un vertedero de cadáveres. Durante aquella noche espantosa, el orden se había quebrado por completo. El mero pensamiento de asistir de nuevo a algo así hacía que el corazón le palpitara dolorosamente y que apretara los puños hasta sentir calambres. Sabía que alterarse de aquel modo terminaría por causarle una apoplejía y que se arriesgaba a sufrir un colapso. Su médico ya le había advertido acerca del enrojecimiento que sufría; lo causaba un desequilibrio de los humores que con el paso de los años se acentuaba y le iba robando el vigor. Sin embargo, sólo la ira mantenía a raya el terrible miedo que ahora mismo le provocaba sudores.

Su recompensa por aquella noche de hacía diez años había sido una pensión de cien libras y el uso de un mercante de la armada real. Ello le había convertido en un hombre rico, pues Scales se había dedicado a comerciar con cargamentos de paño y lana. El mando de la guarnición de la Torre era su último cargo antes de retirarse, una auténtica sinecura, con una generosa pensión y una casa con sirvientes para atender sus necesidades. A sus sesenta y tres años, Scales sabía que no era hombre para enfrentarse con espada y escudo a una masa enfurecida. Su debilidad se le hacía patente en el dolor de las articulaciones y en el ligero silbido que emitía con cada respiración.

A lo largo de los muros, los artilleros esperaban su orden. Se consolaba pensando que las defensas se habían reforzado mucho desde la rebelión de Cade. Si una fuerza enemiga trataba de abrir brecha en la entrada, disponía de armamento pesado para barrerla de allí y convertirla en andrajos sanguinolentos. En las almenas, había además unas catapultas de torsión cuyo diseño habría admirado a cualquier legionario romano. Aquellos ingenios estaban preparados para arrojar el más terrorífico proyectil con que contaba en lo alto de los muros, un arma mucho más mortífera que los cañones de bronce y hierro. Scales se santiguó y se besó el anillo del dedo, en el que destacaba la cimera de su familia. No permitiría que la Torre cayera. Casi sonrió al pensar en toda la fuerza que podría desencadenar esta vez contra los hombres de

Kent.

—Dejemos que vengan —murmuró al tiempo que miraba entre la tenue neblina hacia el otro lado del río, donde muchos esperaban aún para cruzar. A algo menos de dos kilómetros veía a las masas de Kent, una mancha sobre el terreno que disminuía a medida que los hombres entraban en la ciudad. La gente de Londres no hacía nada para detenerlos, pensó furioso. Cabría esperar que recordaran el terror y los estragos de la última vez, pero no. La brisa le traía el sonido de los vítores. Aquellos estúpidos ondeaban los sombreros para saludar a unos hombres capaces de prenderle fuego a la ciudad. Bien, pues aunque ardiera todo Londres, la Torre no la tomarían. Scales se lo juró a sí mismo.

Era un triste consuelo. Su trabajo consistía en defender a las buenas gentes contra la chusma, y eso no estaba a su alcance. Aparte de la guardia personal de unos pocos magistrados, sabía que los únicos soldados de la ciudad eran los que él comandaba. Apretó los dientes, con ojos fríos y serenos. Los nobles del rey estaban todos en el norte, en sus extensas heredades o en los alrededores de Coventry. Scales no disponía de suficientes hombres para aventurarse fuera de los muros, no importaba qué horrores pudiera presenciar desde allí. Su única opción era ceñirse estrictamente a la misión que le habían encomendado y defender la Torre hasta que llegaran refuerzos. Una vez más, observó la línea de cañones que apuntaban al oeste, por encima de las calles de Londres. El río discurría bordeando los muros del sur, donde no había puente que hiciera temer un ataque por ese flanco. La Torre era una fortaleza, y hablaría con lenguas de fuego a cualquiera que se le aproximara.

—¡Preparados para mis órdenes! —aulló con voz que resonó en aquellas piedras antiguas. Ochocientos de sus hombres quedaron en tensa espera. Los artilleros, ya dispuestos en su lugar los proyectiles de hierro y las bolsas de pólvora, comprobaron por última vez los braseros y la mecha lenta. La Torre Blanca se elevaba amenazadoramente sobre todos ellos, y Scales recordó la tierra salpicada de sangre y la carnicería que había presenciado en torno a aquella construcción. Negó con la cabeza. No, no volvería a ocurrir.

Warwick, Salisbury y March cabalgaban uno junto a otro por Thames Street hacia el este, en dirección a la Torre. Su lento avance servía en cierta medida para contener a la multitud que los seguía, aunque cada vez había más gente que se metía entre los caballos o incluso por debajo para tratar de pasar. Los tres llevaban las espadas desenvainadas, listas para el ataque, acompañados por una marea de londinenses vociferantes que parecían haber estado esperando una oportunidad para desatar su propia ira, con independencia de lo que los condes o los hombres de Kent se trajeran entre manos. Warwick vio a cientos correr e invadir las calles, armados con porras o largos cuchillos. Su caballo recibía los empujones de aquellos que querían abrirse paso, mientras él trataba de entender qué estaba ocurriendo. Ciertamente, Warwick

había querido ser la chispa de una rebelión, pero al prender la mecha no sabía que estaba sentado sobre un barril de pólvora.

Ni siquiera había que dirigir a aquella multitud a ningún lugar. Todos ellos ya sabían dónde estaba la guarnición del rey y, junto con el ejército de Warwick, se lanzaban en masa hacia la Torre, gesticulando e incitándolos a seguir adelante. También había mujeres y niños entre el gentío que, a cada momento, avanzaba más rápido, hasta el punto de que Warwick y su padre se encontraron cabalgando al trote para no perder de vista a Eduardo de March. Sir Robert Dalton y la corpulenta figura de Jameson corrían uno a cada lado del joven conde, atentos a cualquier peligro. Eduardo cabalgaba despreocupado y con evidente placer ante aquel caos, sin dejar de avanzar con la marea.

No se había convocado el Parlamento desde hacía más de tres años. A bastante distancia detrás de ellos, el palacio de Westminster permanecía cerrado, húmedo sin el calor de los fuegos o las palabras de los hombres. Warwick sabía que habían escondido al rey Enrique en Kenilworth, pero no cómo se las había arreglado el resto del país sin el impulso vital de un gobierno. Aparentemente, los oficiales del rey, al quedar como únicos encargados de hacer cumplir las leyes, se habían mostrado crueles. Ahora, Warwick sólo veía una furia irracional a su alrededor, y empezaba a preguntarse si podría controlar lo que había desencadenado. Cuando Cade había entrado en Londres, los ciudadanos honrados se habían atrincherado en sus hogares. Esta vez, eran ellos quienes abrían la marcha.

La multitud crecía sin cesar y cada calle lateral, patio y callejuela se llenaba de figuras que forcejeaban para avanzar, todas ellas hacia la Torre y su guarnición de odiados soldados del rey. El área que rodeaba los muros estaba despejada, un extenso espacio con enlosado de piedra que Warwick reconoció como terreno de muerte segura, por más que se viera obligado a entrar en él. La muchedumbre vomitaba su ira hacia las almenas de la Torre, con los ojos puestos en los hombres de Kent, como si esperasen que éstos marcharan hasta la misma entrada y la derribaran a patadas.

Warwick frenó el caballo junto al de su padre y consiguió abrir un hueco donde detenerse tranquilos entre el remolino de gente, a fin de evitar que los empujaran hasta la misma Torre. Aun así, los caballos piafaban y se revolvían a derecha e izquierda, nerviosos por el ruido y los empujones de la gente que los rodeaba.

Salisbury, que estaba mirando el punto más alto de los muros exteriores, entrecerró los ojos al distinguir unas figuras oscuras y varias columnas de humo. Se veían negras bocas de cañones que apuntaban amenazadoramente hacia el gentío. Con todo, seguía afluyendo gente, cada vez en mayor número y en absoluto desorden, hasta que el espacio abierto quedó inundado de tal modo que apenas podían moverse.

—¿Veis los cañones? —preguntó Salisbury a su hijo señalando hacia arriba.

Warwick asintió. Había demasiado estrépito para responder. Reinaba el más absoluto caos, y podía ver cómo algunos de sus capitanes golpeaban a la gente con palos para hacerla retroceder y conseguir un mínimo espacio. Aquellos hombres



tenían cada vez más miedo con los tirones y empujones descontrolados de la marea que se hacinaba a su alrededor. Estaban rojos y roncós de tanto gritar y apartar hombres.

—¡Démosle hachas a los hombres de Londres! —gritó Salisbury a pleno pulmón. Algunos lo oyeron y empezaron a vitorear—. ¡Dejémosles que fueren la entrada!

Warwick tan sólo podía oír una palabra de cada tres, pero hizo un gesto a sus hombres para que avanzaran hasta el punto más débil de la fortaleza. Cade había conseguido abrirse paso. Ellos también lo harían.

En lo alto de los muros, Warwick oyó una voz que gritaba una orden y varias docenas que respondían. Miró hacia arriba, repentinamente asustado.

Scales observaba con mirada venenosa mientras la multitud iba invadiendo la explanada que rodeaba la torre. Lo que veía era una auténtica chusma, hombres corrientes enloquecidos ante la ocasión de aplastar y destrozar. Toda su vida había defendido el orden y la estabilidad, y ahora topaba con aquello, una horda de locos de ojos desorbitados que llegaban dispuestos a no dejar piedra sobre piedra. Los soldados armados y en cota de malla forcejeaban entre ellos como guijarros arrojados a un río. Centenares de hombres de Kent gritaban el nombre de Cade, como si con su rabia pudiesen resucitarlo de entre los muertos.

Llegaban más y más, y Scales empezaba a sentir que el sudor le corría por las axilas, debajo de la túnica. Percibía con toda crudeza el odio de los desposeídos que aullaban en su dirección. Hombres para los que las leyes del rey no valían nada y que rehusarían cualquier autoridad en una orgía de violencia. Había temido el daño que podrían causar mientras estuviesen fuera de su alcance. Pero, en lugar de eso, habían ido hasta él.

Fuertemente agarrado al muro de piedra, se inclinó hacia delante y miró abajo. Docenas de hombres armados con hachas adoptaban una formación en cuña y avanzaban trabajosamente entre la multitud. Se encaminaban a la entrada de la Torre con una intención más que obvia. Scales maldijo al ver a dos jinetes tras ellos, pequeños islotes en la marea enloquecida. Le pareció que los jinetes le miraban. Scales negó incrédulo con la cabeza al reconocer el tabardo con los colores de Salisbury y Warwick. Todo su cuerpo se estremeció de furia ante una traición tal por parte de los condes del rey. No, recordó de pronto. Ahora eran tan sólo parte del vulgo.

Tres de los cañones se habían preparado sin munición. Cuando la masa de gente hubo ocupado el espacio abierto de debajo, Scales tomó aire y gritó:

—¡Cañones de aviso! ¡Sin proyectil! —La Torre Blanca que tenía a la espalda le devolvió el eco de su voz.

Se oyó un triple estallido, los tubos vomitaron grandes llamaradas y espirales de un humo granuloso envolvieron a los artilleros. Scales dejó de ver a la multitud, que

quedó oculta por la nube de humo. Oyó gritos, pero cuando la humareda se disipó los hombres se estaban lanzando hacia delante como posesos. Las hachas se levantaban y caían sobre el portón exterior, y Scales maldijo a voz en grito, sin importarle quién le oyera.

No. Él no perdería la Torre. Estaba pálido cuando levantó la cabeza y miró a los artilleros que esperaban la orden. Tenían miedo, y no sin razón. Si les permitían entrar, ninguno de ellos sobreviviría a aquella locura.

—Traed el fuego griego —ordenó Scales. Los hombres bajaron corriendo los anchos escalones que recorrían el muro y regresaron con paso mucho más lento. Cada uno portaba una gran vasija de arcilla que rodeaban por la panza con ambos brazos. La llevaban como si se tratara de un bebé, sudorosos y aterrorizados de que se les cayera sobre las piedras.

Scales sentía que el corazón le daba brincos en el pecho, con latidos tan rápidos que se le nublaban la visión y se mareaba. Se inclinó sobre las almenas y gritó a la muchedumbre que se retirara. Por toda respuesta recibió gruñidos e insultos. Los golpes de las hachas y los martillos continuaron, y Scales se apartó del borde, incapaz de seguir mirando.

—Cañones. Carguen y abran fuego —dijo en voz demasiado baja. Los artilleros no lo oían, así que bordeó las almenas sin dejar de repetir la orden, lo que hizo que sus hombres se lanzaran a una actividad frenética. No volvió a mirar hacia abajo cuando atronaron las primeras andanadas, seguidas inmediatamente de alaridos. Más cañones siguieron descargando proyectiles y causando estragos en el gentío.

Scales se detuvo junto a una de las pequeñas catapultas y dejó caer una mano sobre la madeja de crin de caballo que servía de resorte, más gruesa que el muslo de un hombre. Las catapultas se habían cargado con las bolas de arcilla, de cuya parte superior colgaban jirones de tela. Se habían colocado tres, espaciadas a lo largo de los muros, y Scales se santiguó y musitó una plegaria antes de asentir a los hombres que le miraban.

Se prendió fuego a cada jirón y las catapultas se dispararon de inmediato. Una vez en llamas, nadie quería tener cerca aquella sustancia nauseabunda. Incluso los artilleros se retiraron, listos para correr si alguno de los ingenios se rompía y derramaba su carga.

Entre una espesa humareda, Scales miró cómo las pesadas bolas de arcilla se elevaban y, rápidamente, caían como rayos luminosos entre la niebla. Cerró los ojos.

Durante un segundo, el griterío de la multitud pareció desvanecerse en un silencio de pura incredulidad. Después comenzaron de nuevo los alaridos, esta vez más y más fuertes, hasta convertirse en un fragor enloquecido. Llamadas de altura infernal rasgaban la humareda y quemaban a cualquier ser viviente al que tocaran. Scales se estremeció. Él mismo había supervisado la confección de la materia inflamable, una infecta mezcla de brea, nitro, azufre y cal viva. Se pegaba a todo aquello que tocara y dejaba arrasada la carne. El agua resultaba inútil, pues servía tan sólo para avivar las

llamas. Le pareció oír el chapoteo del agua. Los quemados se arrojaban al Támesis y luego aullaban dentro del río, al sentir que un fuego infernal seguía mordiéndoles la carne.

Scales levantó la barbilla. Los artilleros le observaban, esperando recibir nuevas órdenes. Sin mirarlos, volvió a su posición en los muros. Apretó el puño derecho ante la visión de la muchedumbre que huía como ratas. Algunos todavía ardían entre bramidos, mientras se tambaleaban y prendían fuego a cualquiera que los tocara, hasta que las voces quedaban ahogadas entre las llamas. El hedor era repugnante y Scales oyó vomitar a algunos de sus artilleros, conscientes de la procedencia de aquel olor. Respiró profundamente, satisfecho. Por más espantoso que fuera, la chusma sabía ahora cuál era el precio de su locura. La Torre sería defendida a fuego y hierro. La fortaleza no caería.

Warwick vio las primeras llamas, sin proyectil, escupidas por encima de la multitud. Miró de nuevo la línea de cañones apuntando hacia ellos y se volvió, pálido, hacia su padre.

—¡Haced que retrocedan! No necesitamos entrar, sólo mantener el asedio a la guarnición. Si abren fuego, no tenemos ninguna oportunidad.

Salisbury se quedó aturdido al ver cuántas mujeres y niños había en la marea humana. Miró asqueado hacia las almenas, sin poder creer que el comandante fuera capaz de masacrar al pueblo que había jurado proteger.

Empujada por la ignorancia o el terror, la enorme masa seguía acercándose a los muros de la Torre. Salisbury veía ya cómo las hachas caían sobre la puerta, y era consciente de que había que sacar a la gente de allí. Se llevó un cuerno a los labios, pero jadeaba tanto que era incapaz de hacerlo sonar. Se lo pasó entonces a su hijo y lo vio tocar una nota descendente que llamaba, una y otra vez, a la retirada.

Por encima de ellos, asomó otra vez una blanca humareda que dio paso a un retumbar de truenos. Bolas de hierro capaces de surcar el aire hasta más allá de un kilómetro cayeron sobre la multitud y, entre grandes salpicaduras de sangre, mataron a docenas de una sola vez. Los gritos de la gente se convirtieron entonces en gemidos, un sonido de animales atemorizados que retrocedían desde la Torre y buscaban cualquier vía de escape fuera de aquel espacio abierto. Pero los estallidos se sucedían y nadie estaba a salvo.

Warwick levantó bruscamente la cabeza al notar que algo le rasgaba la piel. Un reguero de sangre le manaba de la mejilla, como si la hubiese cortado el filo de un arma. Una bola de hierro había atravesado la multitud muy cerca de donde él estaba, tan rápidamente que ni siquiera la había visto. Estaba dando gracias a Dios, cuando su caballo resopló y empezó a arrojar sangre por el hocico. Warwick levantó la pierna por encima de la cabalgadura y se apartó mientras el animal caía de rodillas. Las bolas de hierro, al chocar contra el empedrado, arrancaban astillas de piedra que se

clavaban en la gente. Desesperado, Warwick tocó una vez más a retirada, y estuvo a punto de caer cuando un hombre y una mujer lo golpearon en su ciega huida.

Entre los gritos de dolor y rabia, nadie oyó las catapultas. Warwick vio las tres bolas negras que salían despedidas de las almenas mucho más lentamente que las bolas de cañón, de manera que las podía seguir con la vista, completamente desconcertado. Las vio perderse entre el gentío y sintió cómo una vaharada de calor invadía el espacio abierto. Tres grandes charcos de fuego hicieron erupción y olas de un líquido llameante rompieron sobre la agitada muchedumbre.

La marea humana huía de aquel infierno en medio del más absoluto pánico, mientras se oían los aullidos desgarradores de los quemados. Warwick permaneció junto al caballo de su padre, pero ambos fueron arrastrados hacia atrás. Divisó a Eduardo de March, derribado de su caballo en medio de la corriente de hombres. Si bien Jameson y sir Robert aún lo escoltaban, ni siquiera ellos tres podían resistir el empuje de la multitud que huía. March lanzaba golpes a su alrededor para abrirse un espacio. Quien caía al suelo en aquella desbandada enloquecida ya no volvía a levantarse y era pisoteado y aplastado por el imparable torrente que se alejaba de los muros.

Desde los bordes de la plaza, algunas voces gritaron con rabia llamando a la gente para que los siguiera. Por lo que Warwick o su padre alcanzaban a ver, se trataba de los mismos londinenses, que con sus gestos conducían a todos hacia el puente. Millares de personas se lanzaron tras ellos para alejarse de la Torre, y lo único que Warwick pudo hacer fue pegarse a un muro al lado del caballo de su padre y dejar que pasaran. El escenario de la carnicería se vació tan rápidamente como se había llenado, y atrás sólo quedaron jirones de carne, los montones de cadáveres calcinados y una negra humareda. Por encima de ellos, algunos hombres señalaban y gritaban asomados en las almenas.

Warwick vio pasar tambaleándose a Eduardo de March. El herrero, Jameson, iba tras él, pero sir Robert Dalton había desaparecido en la avalancha. Warwick alargó el brazo para agarrar el peto de Eduardo y lo arrastró hacia él, fuera de las garras de la multitud. Jameson pudo salir también, y al llegar al muro apoyó en él un brazo y comenzó a resollar.

March, con los ojos desorbitados, asintió en señal de agradecimiento a Warwick. De nada le había servido su enorme fuerza entre el gentío y, por primera vez en su vida, había sentido miedo. Las masas seguían pasando delante de ellos, y los tres condes tan sólo podían mirar y jadear. Algunos de sus hombres pudieron abrirse camino hasta ellos, de modo que ya eran unos cuarenta los que se agrupaban contra los muros. Docenas de soldados se hallaban justo al pie de la Torre cuando el fuego había comenzado a caer. Sobre los cuerpos y la piedra todavía se veían llamas parpadeantes, como si fueran criaturas vivientes.

—Deberíamos seguir retrocediendo —dijo Salisbury. Estaba pálido y parecía exhausto por el miedo y los golpes de la gente.

Había una calle lateral a tan sólo unos diez metros de la explanada que rodeaba la Torre, y los tres condes se abrieron paso hasta ella con la vista puesta en el Támesis, que asomaba al final. Sus hombres los siguieron, sin dejar de lanzar nerviosas miradas hacia atrás.

—Sigamos —dijo Salisbury al tiempo que entraba con el caballo por la calle.

Al menos, allí estaban a salvo del cañón de la Torre. La callejuela, de una longitud de tan sólo seis o siete casas, desembocaba en el río, y al llegar a él todos vieron los oscuros cuerpos que flotaban en la superficie. Algunos de los soldados señalaban a cierto punto, y Warwick levantó la vista para mirar a la corriente de hombres que avanzaban al otro lado del río. Los londinenses habían cruzado el puente y regresaban por la ribera opuesta. Al principio creyó que todavía eran presa del terror. Pero no tenía sentido, por lo que miró con más atención.

Había muchos edificios en aquella orilla del río, negocios y casas resultado de la expansión de la ciudad, construidos en los valiosos terrenos cercanos al único puente. Los almacenes y los mercados de carne prosperaban en aquel lugar. Warwick vislumbraba el torrente humano que corría entre las casas de madera y ladrillo.

—¿Qué están haciendo allí? —oyó que preguntaba March.

Warwick sólo pudo encogerse de hombros. Los londinenses conocían su ciudad mejor de lo que él nunca lo haría. Vio que los hombres se congregaban en torno a un edificio bajo y ancho de ladrillo, a la orilla del Támesis.

—Debe tratarse de armas —dijo Salisbury—. ¿Hay allí alguna armería?

De repente, uno de los soldados que estaban cerca lanzó un juramento. Warwick recordó que el hombre era de Londres y le ordenó que se adelantara.

—Sé lo que es, milord —dijo el soldado con expresión sorprendida—. Es un almacén real. Allí fabrican cañones.

Incrédulos ante las intenciones de la gente, todos volvieron entonces a mirar, justo a tiempo para ver cómo sacaban un cañón sobre su cureña y un montón de londinenses lo empujaban por el sendero de la orilla. La longitud del tubo de hierro que transportaban podía ser similar a la de aquellos que habían causado estragos entre la multitud. Con todo y su enorme peso, la masa rugiente de hombres lo hacía avanzar más y más, hasta que quedó emplazado frente al muro sur de la Torre, que no disponía de armamento.

Habían encontrado bolsas de pólvora, y algunos hombres se tambaleaban con el peso de las bolas de cañón que transportaban entre los brazos. Warwick estiró el cuello tanto como pudo y alcanzó a ver unas figuras que corrían en lo alto de la Torre. El río tendría allí una anchura de unos cuatrocientos metros, pero ahora la corriente no iba a servirles de protección.

Resonó el primer estallido y el proyectil se estrelló contra los muros e hizo saltar grandes trozos de piedra y mampostería, que fueron a caer en los senderos de debajo. Las aguas del río se encresparon, a su vez, con los miles de pedazos más pequeños que se hundieron en él. Un estruendoso grito de triunfo se elevó desde la ribera

opuesta del río, aunque no era aquél un sonido jubiloso, sino más bien un aullido de lobos que pretendía infundir terror. Transcurrió una eternidad hasta el siguiente disparo, pero habían sacado un segundo cañón de los almacenes reales y ahora éste ya apuntaba hacia el otro lado del río. Las bolas de hierro martillearon con fuerza aquellas piedras antiguas, una y otra vez, hasta que se hizo visible una gran grieta y parte de la muralla se derrumbó hacia el exterior.

Warwick observaba, atónito, mientras los hombres de Londres ajustaban la trayectoria y arrojaban otro proyectil del tamaño de un caballo. La humareda y el polvo ocultaron durante unos instantes la magnitud del destrozo, pero, al disiparse, el panorama dejó satisfechos a los que tan duramente habían trabajado para lograr aquel resultado.

Abandonaron los cañones y echaron a correr de nuevo por la orilla hacia el puente de Londres. Warwick estaba seguro de que regresaban a los muros de entrada y negó con la cabeza al imaginar la carnicería que, seguramente, iba a tener lugar.

—Lo han logrado —dijo a su padre—. Han abierto la muralla. ¿Podéis quedaros aquí y tratar de mantener el orden? Yo ya he perdido suficiente tiempo. Mi objetivo es algo mayor que una torre o que el mismo Londres.

—Id con Dios, pues —contestó Salisbury mientras miraba primero a su hijo y luego a Eduardo de March. Ciertamente, Salisbury se sintió aliviado de poder quedarse, pues lo prefería a tener que castigar sus viejos huesos con otros ciento treinta o ciento cuarenta kilómetros, hasta Coventry—. Dejadme algunos cientos de soldados y vigilaré a la multitud, aunque creo que su ira será tan peligrosa como las bolas de fuego. Por Dios santo, nunca creí que vería esa sucia ponzoña utilizada contra mi propio pueblo. Alguien pagará por ello.

El viejo conde se recostó sobre la silla, mientras su hijo y March se apresuraban junto con dos docenas de hombres y hacían sonar el cuerno para llamar al resto. Salisbury sabía que costaría mucho poner orden entre los hombres de Kent y hacer que emprendieran camino al norte. Estaba orgulloso de su hijo. En medio de todo aquel caos, Warwick no había perdido de vista el objetivo. Pese a tantos horrores, Londres era sólo un paso, el primero de todos.

Casi oscurecía cuando Warwick y March tuvieron a su ejército reunido de nuevo en la cara norte de los muros de la ciudad. Durante las horas del ocaso, se había restaurado cierta calma entre ellos, aunque algunos de los muchachos de Kent habían saqueado toda la cerveza posible y otros apestaban a humo y parecían aturdidos por lo que habían presenciado.

Los capitanes habían estado ocupados congregando a los hombres. Con algunos hubieron incluso de recurrir a los golpes para que accedieran a abandonar la ciudad. Habían sido testigos de la violencia contra gente inocente y ahora clamaban venganza. Entre los quemados al pie de la Torre había mujeres y niños, y eso exigía

sangre. Warwick había amonestado a una docena de grupos nada dóciles. Les había recordado que su objetivo era asestar un golpe al mismo rey. Para la mayoría, aquel argumento bastaba y, al verlos coger las hachas, Warwick se los imaginaba utilizándolas para pagar con la misma moneda lo que habían visto ese día. No dudaba del fervor de los hombres de Kent, tan extremado que infundía miedo.

En aquel momento, las campanas de las iglesias tañían por todo Londres, conducidas por el amortiguado sonido de la de San Eduardo, la campana del palacio de Westminster, que sonaba a más de un kilómetro de distancia. Un aire cálido flotaba en la densa oscuridad que rodeaba a los diez mil hombres. La ruta se extendía ante ellos, un camino de buena piedra romana. Warwick habría deseado tener tiempo para llevarse algunos de los cañones londinenses, pero un armamento tan pesado los habría retrasado en exceso. La rapidez era clave, lo sabía. Sus hombres habían encontrado dos caballos de tiro en un establo, junto a las murallas de la ciudad. Los animales resoplaban y relinchaban, no muy contentos de sentir sobre sus lomos el peso de hombres con armadura.

—Ciento treinta kilómetros —rugió súbitamente Warwick a sus hombres—. Sólo ciento treinta kilómetros de buenos caminos, y veréis temblar de miedo al propio ejército del rey. Hombres que me lo han arrebatado todo, y hombres que también os lo arrebatarán todo a vosotros. ¡Gritad Warwick! ¡Gritad March! ¡Gritad York y Jack Cade! ¿Marcharéis a mi lado?

Los hombres gritaron y patearon como respuesta, y Warwick abrió la marcha hacia el norte.

**T**homas, lord Egremont, prefería mirarse las botas antes que enfrentarse a la ira de la reina. Estaba de pie bajo la lona del pabellón, consciente del príncipe de seis años que tiraba de las faldas a su madre y exigía su atención con preguntas continuas, mientras la reina Margarita no dejaba de fulminar a lord Egremont con la mirada, sin hacer caso a su hijo.

—Su Alteza —intentó Thomas de nuevo—. Le he enviado mis más veloces exploradores a mi hermano. No puedo darles alas, pero os aseguro que su ejército vendrá para apoyar a vuestro esposo. Además de eso, los hombres están conmigo, y tengo también a mi propia guardia personal.

—¡No es suficiente! —gritó Margarita. Se volvió de improviso a Eduardo y le cogió el brazo. Se dio cuenta de que había sobresaltado a su hijo y bajó la voz con visible esfuerzo—. Eduardo, cariño, ¿podrías buscar algo para entretenerte y dejar de preguntarlo todo? Busca a lord Buckingham. Quería enseñarte su nueva armadura.

El pequeño salió disparado lleno de excitación, y dejó a Margarita ante el hijo menor de la casa de Percy. Thomas ya echaba de menos al niño, pues había supuesto un elemento de distracción muy útil.

—Milord Egremont, si no podéis asegurarme que podemos reunir a tantos hombres como en Ludlow, no me dejáis elección. ¡Debo conducir a mi marido de vuelta a Kenilworth y esperar a que nos ataquen! ¡El rey de Inglaterra, Thomas! ¡Obligado a huir ante una chusma de traidores!

Egremont negó con la cabeza. Sospechaba que Margarita le hablaba así para hacerlo reaccionar o para avergonzarlo, si bien no podía estar en desacuerdo con su opinión. Los exploradores reales, apenas avistado el ejército de los Neville en la ribera sur del Támesis, habían salido raudos de Londres para informar en el norte. Los exhaustos jinetes habían alcanzado el campamento del rey en Northampton dos días más tarde. Sólo Dios sabía cuánto tiempo habían ganado cambiando de caballos incluso en las tabernas y haciéndolos galopar hasta casi matarlos. Por poco tiempo que los condes yorkistas hubieran perdido en la capital, después aún tendrían que marchar al paso de los hombres de a pie. En el campamento real había cundido el pánico desde que llegara la noticia, y cada jinete disponible había salido de inmediato a los diferentes dominios para convocar a soldados y nobles.

—Milady, entiendo vuestra ira, pero si os retirarais a Kenilworth dispondríamos de más tiempo para traer a más hombres desde sus casas y granjas. Mi hermano y lord Somerset ya están en marcha. Dentro de dos días, quizá tres, doblaremos el número con que contamos ahora. Entonces ya no importará si las fuerzas de York han puesto cerco a vuestro castillo. Los asedios pueden romperse desde fuera.

—¿Entonces es ése vuestro consejo, lord Egremont? —respondió Margarita, incrédula—. ¿Después de la muerte civil contra York, Salisbury y Warwick? ¿Después del hundimiento de esas nobles casas y de que sus títulos y tierras hayan



sido repartidos? ¿Después de la gran victoria del rey en Ludlow y de ver cómo sus enemigos huían amparados en la oscuridad, me habláis de retirada?

Thomas apartó la mirada.

—Milady —respondió por fin—. No, no os hablo de retirada. Tenemos tiempo, y disponemos de cinco mil hombres. Lord Buckingham, el barón Grey y yo nos bastamos para proteger al rey en la batalla. Pero si decidís llevaros a vuestro hijo y al rey Enrique a lugar seguro, me sentiría mejor. Tal como están ahora las cosas, no puedo predecir el resultado final. Salisbury y Warwick deben estar marchando hacia el norte en estos momentos. No sabemos cuánto tiempo perdieron en Londres, o si han vuelto a sus tierras para engrosar sus filas. No sabemos cuántos son ni qué tipo de soldados forman sus fuerzas, aunque espero que sean hombres poco capaces. Me avergüenza sugerirlo, pero Kenilworth dista apenas cincuenta kilómetros. No estaría tan preocupado si supiera que la familia real se encuentra a salvo.

Antes de que Margarita pudiese responder, lord Grey entró en el pabellón por detrás de lord Egremont e hizo una gran reverencia a la reina. Mayor que el hijo de Percy, inclinó apenas la cabeza al saludarlo. Margarita no sabía si lord Egremont estaba al tanto de los desagradables apetitos de Grey. En cualquier caso, ninguno de los dos hombres sentía especial estima por el otro.

—Su Alteza, lord Egremont. Mis jinetes traen noticias de las tropas de Warwick y March. —Grey hizo una breve pausa, mientras calibraba hasta dónde habría llegado la conversación durante el tiempo que habían tardado sus exploradores en volver con las noticias—. Están cerca..., quince kilómetros al sur y avanzando rápidamente. ¿Cuáles son las órdenes del rey Enrique?

Pese a la gran alteración que le causaron aquellas palabras, Margarita miró por encima del hombro hacia donde estaba sentado Enrique, recostado en una poltrona en la parte de atrás de la tienda. Tenía los ojos abiertos y llevaba la coraza para el campo de batalla, pero no se movió ni pareció advertir el interés de los otros. Un breve espasmo de repulsión cruzó por la cara de Grey cuando la reina no lo miraba. Él venía a servir a un rey recuperado de sus males. Y, en lugar de eso, se encontraba a un niño pasmado, en absoluto consciente de lo que ocurría a su alrededor.

Margarita percibió la irritación del barón y su voz sonó más cortante de lo que pretendía.

—¿Quince kilómetros? —Miró a Egremont y vio que estaba tan consternado como ella—. ¿Cuántos hombres se acercan, lord Grey? ¿Podéis decírmelo?

—Entre ocho y doce mil, Su Alteza. Algunos con armaduras y cotas de malla, la mayoría sin ellas. Mis hombres informan de que se trata de un populacho dirigido por soldados algo más capaces.

—Entonces las órdenes son las mismas, milord. Defender al rey. Resistir en vuestra posición. ¿Está suficientemente claro?

Lord Grey apretó los músculos de la mandíbula y asintió, rígido.

Una vez más, observó la figura sentada tras ellos. La armadura del rey relucía

entre las sombras.

—Sí, milady. Absolutamente claro, gracias —respondió antes de dar media vuelta y salir de nuevo a la luz del sol.

—Sodomita asqueroso —murmuró por lo bajo Egremont. Con la mirada ausente, se mordía por dentro el labio inferior, mientras pensaba cómo resistirían ante tantos hombres.

—¿Y bien, Thomas? —preguntó Margarita—. ¿Qué debemos hacer? ¿Debo ordenar a mis sirvientes que llamen a Buckingham?

—Están mucho más cerca de lo que pensaba, milady —respondió—. Deben de haber forzado la marcha por el camino del norte y perdido muy poco tiempo en la ciudad. Estarán cansados y eso nos conviene. Sin embargo, son muchos... —Su voz se desvaneció y volvió a negar con la cabeza—. Los tenemos casi encima. No hay tiempo para que mi hermano llegue con sus hombres, ni para que lo haga Exeter, o Somerset, o cualquiera de los otros. A menos que lleguen dentro de la próxima hora, sólo contamos con los hombres que ahora están aquí... y, milady, no son suficientes. —Hubiera deseado llamar de nuevo a Grey para saber de cuántos hombres a caballo disponía el enemigo, y cerró el puño en el aire mientras pensaba con rapidez—. Debéis partir, Su Alteza. Coged a vuestro hijo y a vuestro esposo y cabalgad a Kenilworth.

—Cuando mi esposo no se encuentra bien, Thomas, no puede montar.

La respuesta de Egremont reveló su tensión, y aquella ira repentina sobresaltó a la reina.

—¡Entonces tomad a vuestro hijo, milady! ¡Salvad lo que podáis! ¡Coged una de las carretas de suministros y tended en ella al rey! ¿Es que no lo entendéis? En campo abierto nos sobrepasan en número. Podemos colocar estacas y, sí, podemos contenerlos por un tiempo, pero la pelea será dura y sangrienta, y no será posible saber el desenlace hasta que acabe. ¿Deseáis que el príncipe Eduardo presencie tal cosa? Soy vuestro servidor, Su Alteza..., y tengo mis propias cuentas que saldar con los Neville. Permitid que luche por vos y por el rey.

Margarita había empalidecido mientras Thomas hablaba, poco acostumbrada a aquel tono. Con los ojos muy abiertos observaba el temor y la tensión de Egremont.

—Muy bien, Thomas. Buscad a mi hijo y haced que me lo traigan. Necesitaremos que nos ensillen tres caballos. Yo me ocuparé de mi marido.

Como si lo hubiesen liberado de un cepo, lord Egremont salió a toda prisa. Margarita se acercó rápidamente a Enrique, que parecía mirarla. Despacio, se inclinó junto a él y lo miró fijamente a los ojos. En un impulso, le cogió el brazo y sintió cómo el frío metal le resbalaba entre los dedos.

—¿Me oís? ¿Podéis levantaros, Enrique? Este lugar ya no es seguro. Debemos irnos.

—Como digáis —susurró, apenas un suspiro que salió de entre sus labios. No se movió.

—¡Enrique! —gritó, sacudiéndolo—. Levantaos, ahora. Debéis montar. Vamos.

—Dejadme aquí —murmuró tratando de liberarse de ella. Una chispa de vida apareció en sus ojos y Margarita volvió a preguntarse hasta qué punto el rey entendía las cosas.

—De ninguna manera —dijo ella. Levantó repentinamente la cabeza, agitada al oír cuernos que sonaban a lo lejos. Una oleada de pánico la hizo temblar. ¿Cómo podían estar tan cerca? ¡Lord Grey había dicho quince kilómetros! Dejó a su marido y salió fuera de la tienda para mirar la lejana columna de hombres que se aproximaban al campamento real. O Grey se había equivocado, o los hombres de Kent habían marchado a la carrera durante los últimos kilómetros. Desconcertada y presa de un terror creciente, Margarita negó con la cabeza y volvió a mirar hacia la oscuridad de la tienda. Estaba temblando, el alma dividida entre dos tareas igualmente apremiantes.

El sonido de pezuñas y arneses le anunció que llegaba un sirviente con los caballos. Margarita sintió deseos de llorar de puro alivio al ver a su hijo, Eduardo, que con los ojos brillantes entraba en la tienda.

—¡Bucky dice que se acerca un ejército! —gritó alegremente el muchacho, saltando de peldaño en peldaño—. Dice que son todos unos mal nacidos. —Pronunció mal deliberadamente las últimas palabras, imitando el habla confusa de Buckingham, quien, tras sufrir un tajo en el paladar en San Albano, ya no podía hablar con claridad.

—¡Eduardo! —Margarita le atajó de inmediato—. Lord Buckingham no debería enseñarte esas palabras, y es un hombre demasiado bueno para que te burles de él. —Hablaba casi de manera inconsciente, distraída por el problema de cómo llevar a su marido a lugar seguro. Cerrando por un momento los ojos, Margarita notó que temblaba.

Afuera, el ruido de hombres marchando crecía, un estrépito de metales que se mezclaba con el patear de los pies en la tierra. Se oían algunos gritos en el campo, órdenes al ejército del rey para que estuviera listo. Margarita corrió hasta su marido y lo besó con fuerza en la mejilla.

—Os lo ruego, Enrique. Levantaos ahora. Vienen soldados y va a haber lucha. Por favor, venid conmigo.

Los ojos del rey se cerraron, aunque Margarita aún pensaba que podría oírla. No podía perder más tiempo. Con el corazón roto, hubo de elegir entre su marido y su hijo.

—Bien, entonces —dijo—. Lo lamento. Debo poner a Eduardo a salvo. Que Dios os proteja, Enrique.

El caballo de Warwick había sufrido con el peso de la armadura. Lo había fustigado y espoleado al máximo para alcanzar Northampton y sabía que ahora tendría que

desmontar para la lucha. El animal estaba más habituado a tirar de un carro de cebada malteada para los cerveceros de Londres. El ruido de las armas y el olor de la sangre seguramente le harían huir desbocado.

A su lado, Eduardo de March montaba un animal todavía menos afortunado. Para evitar que se derrumbara, March había tenido que quitarse la armadura. Los hombres que lo rodeaban se habían repartido el peso del hierro entre ellos y transportaban con orgullo cada pieza, mientras el joven conde montaba vestido de lana parda. Mostraba un rostro tan ruborizado que nadie se atrevía a hacer el más mínimo comentario.

Se oyó un grito en las primeras filas en cuanto el ejército del rey estuvo a la vista. Habían forzado la marcha para llegar hasta allí y, por fin, tenían la recompensa ante ellos. Los estandartes con el león del rey Enrique ondeaban en el campo, en los terrenos de una abadía. Las tropas reales parecían pequeñas comparadas con la gran columna que había marchado hasta el norte, pero Warwick podía ver que los soldados del rey vestían cotas de malla, y el corazón se le encogió al discernir cientos de caballeros y arqueros. Los hombres de Kent no disponían de picas para contener a la caballería y, a pesar de su superioridad numérica, no llegarían muy lejos ante soldados bien adiestrados. Notó de nuevo el sudor en la piel y, por una vez, deseó que su padre estuviera presente. Debía tomar decisiones que significarían la victoria o la aniquilación total. Todavía el sol no había alcanzado el mediodía, y no conseguía eludir el sentimiento de temor que le invadía.

—¿Vais a creer en la palabra del barón Grey? —preguntó Eduardo de March mientras se acercaba lentamente con su caballo.

Como lord de mayor edad, era a Warwick a quien correspondía el mando de las tropas. No había olvidado la repentina desobediencia de Eduardo en el puente de Londres, pero no había nadie más.

—Ésa es justamente la maldita cuestión, Eduardo —contestó molesto—. ¿Cómo voy a confiar en él?

Los exploradores de lord Grey los habían seguido durante toda la mañana y parte del día anterior. Uno de ellos se había acercado con las manos en alto y las palmas abiertas para mostrar que no tenía malas intenciones. Les traía la más extraordinaria de las ofertas, y Warwick todavía no estaba seguro de que no fuera una trampa para atraerlo al flanco más fuerte del ejército del rey.

—¿Qué tenemos que perder? —replicó March encogiéndose de hombros—. Quiere que alcemos un estandarte rojo, pues démosle su estandarte rojo. Si no cumple su palabra, lo cortamos en pedazos como al resto de ellos.

Warwick evitó mostrar su irritación. Eduardo era demasiado joven y aún no había visto las villanías de que es capaz un hombre.

—Si hace honor a su palabra, les atacaremos por el flanco. ¿Los veis allí? Pero si su mensajero mentía y se trata de un truco, Buckingham tendrá a sus mejores guerreros en aquel lugar, listos para acabar con nosotros.

Ante su exasperación, Eduardo rió.

—¡Que lo intenten! Dirigiré la carga cuando me haya puesto la armadura. De un modo u otro, atravesaremos sus líneas.

Warwick ordenó detenerse, desmontó y condujo su exhausto caballo aparte mientras la columna se abría hacia los lados. Había enviado a sus capitanes para que impusieran algo de disciplina entre los hombres de Kent. Ahora podía oírseles gritando órdenes con todas sus fuerzas, conscientes de que los dos condes estaban mirando. Sección a sección, la línea de hombres fue adoptando una nueva estructura en largas filas y cuadrados frente al ejército del rey, situado a menos de un kilómetro al otro lado del campo. Warwick oía los cuernos de aviso en el campamento, mientras siervos y caballeros corrían de aquí para allá sin cesar. Unos setecientos metros los separaban, distancia que permitía ver los grandes estandartes de Buckingham en el centro. No muy lejos había una abadía, y Warwick distinguía las oscuras figuras de los monjes que observaban las maniobras de las tropas.

Por detrás de las fuerzas del rey bajaba un río, crecido con las lluvias de verano. Warwick no sabía si habría algún puente, pero desde luego los hombres de Buckingham no iban a tener fácil la retirada. Las banderas del rey todavía ondeaban en su pabellón y, si su presencia no constituía motivo suficiente, entonces sería el río lo que los obligaría a resistir y pelear hasta el último hombre. Warwick se encontró preguntándose si la reina estaría cerca. El recuerdo que tenía de ella era más benévolo que cualquiera que albergara con respecto a aquel rey que había deshonrado a su familia. Negó con la cabeza al recordar lo que decía su padre, para quien no cabía duda de que la reina era la verdadera serpiente que oprimía a Enrique, mucho más que cualquiera de sus lores.

—¡Avance lento hasta cuatrocientos metros! —ordenó Warwick cuando estuvieron listos. Les había costado una eternidad adoptar la formación, pero eran hombres fuertes y estaban deseosos de acometer a las fuerzas del rey. Avanzaron, hermanos e hijos de Kent juntos en las líneas. Mil seiscientos soldados con cotas de malla integraban las dos primeras filas: un martillo de hierro y, detrás, el garrote de roble de los rebeldes de Kent. Warwick podía sentir en ellos el ansia de iniciar la carga. Comandó la maniobra con órdenes tajantes, cuidando de mantener la línea y avanzar a paso lento. Debía estar cerca para observar las posiciones enemigas.

Entonces un pensamiento le asaltó y le hizo parpadear. Marchaba contra el rey de Inglaterra, un hombre que era en cierto modo su enemigo. Sólo un año antes, se habría reído de quien hubiese imaginado tal escena. Sin embargo, la petición de muerte civil se había aprobado y, con ello, el nombre de Warwick quedaba extinguido. Sus hombres tenían buen cuidado de usar el título al dirigirse a él, pero lo había perdido todo, tanto él como Salisbury y York. Eduardo de March marchaba a su lado, agarrado a su espada e imaginándose ya en medio de la matanza.

Se detuvieron una vez más, ahora mucho más cerca de la abadía, que quedaba en su flanco derecho. Al otro lado del río, Warwick alcanzaba a ver la ciudad de Northampton, cuyas murallas e iglesias se dibujaban vagamente. Forzó la vista en

todas direcciones y distinguió un auténtico bosque de estacas alrededor de las fuerzas del rey, así como a los arqueros en los flancos. En medio del lúgubre silencio, Eduardo de March se sentó en la hierba y dejó que Jameson le encajara las últimas piezas de la armadura. Sir Robert Dalton no había aparecido desde los tumultos de Londres. March sólo recordaba haber visto cómo la multitud lo arrastraba y que, súbitamente, desaparecía sin ni siquiera gritar. El joven conde acusaba la ausencia de Dalton y estaba preocupado.

Entre los soldados del rey, Warwick avistó las columnas de humo que se elevaban de los braseros y maldijo para sí. Sus hombres ya conocían los efectos de los cañones en la multitud y las terribles imágenes seguían frescas en la memoria. Enfrentarse a tales armas sin flaquear demandaba una suerte de locura, así como el convencimiento de que siempre iba a ser el compañero que tenían al lado el que caería. Resultaba de lo más absurdo, pero podía ver cómo los muchachos de Kent se mofaban del enemigo. ¡No sentían ningún miedo! Warwick los observó con mayor detenimiento y percibió que estaban listos para lanzarse al ataque a una sola palabra suya, y que muchos lo miraban esperando que abriera la boca. Deseaban arrancar a correr y empezar la carnicería. Comprendió entonces por qué los franceses habían fracasado tantas veces ante ejércitos como aquél. Podía ver la razón en las brutales maldiciones de Eduardo, en sus movimientos nerviosos, en el modo en que los hombres de Kent asían el mango de las hachas, apretando las manos en torno a la madera como si estuvieran estrangulando a un niño. Estaban ansiosos por luchar. Querían que la pelea comenzase. Y él iba a darles esa satisfacción.

—¡Adelante! —gritó Warwick.

Sus capitanes sabían perfectamente cuál debía ser la primera maniobra contra los hombres del rey. Con los ejércitos tan cerca uno de otro, dar las órdenes a gritos para alertar a Buckingham de sus intenciones no iba a ser lo más conveniente. En lugar de ello, Warwick avanzó a buen paso hacia el centro y fue recortando rápidamente la distancia.

Se elevaron las flechas desde ambos flancos, y Warwick se dio cuenta de los terribles estragos que causarían. Sólo sus primeras filas disponían de escudos, y los arqueros del rey disparaban por encima de éstas y herían y mataban a docenas de hombres con cada oleada de flechas. Pero casi peor fue cuando los cañones escupieron fuego y atronaron el aire. Manchas borrosas barrían a sus hombres mientras las flechas se clavaban en la tierra, a sus pies. Volaban cada vez en mayor cantidad, zumbidos que acababan en un golpe seco al hundirse en la carne o golpear el acero. Por detrás se oían los gritos de miedo y agonía, pero Warwick no volvió la cabeza. A menos de doscientos metros del enemigo, cada sentido exigía arrojarse adelante y matar. Las primeras filas empezaron a trotar trabajosamente, entre jadeos.

—¡Estandarte rojo! —gritó Warwick. Esperó a que su heraldo levantara la tela escarlata enganchada en el asta de una pica, donde la mantuvo durante diez pasos, bien alta y visible, antes de bajarla. Aquello no tendría significado para Buckingham,

pero ésa era la señal que lord Grey había pedido. Warwick sabía bien pronto si Grey se había burlado de él.

A menos de cien metros, Warwick ordenó dirigirse a la izquierda. Para entonces, las flechas acribillaban a los hombres a corta distancia, rasgaban las cotas de malla y martilleaban contra los escudos. Warwick se sintió aliviado de no estar a caballo, pues habría sido un fácil blanco para los arqueros. Las primeras dos filas demostraron su experiencia mientras viraban sin perder la formación. Los muchachos de Kent siguieron sus pasos y avanzaron en brusca diagonal por el campo hacia el flanco de Buckingham. Detrás iban dejando una estela de muertos y heridos que gritaban de dolor.

Los arqueros del rey contaban con la protección de un campo de estacas que habría detenido a la caballería, pero no a hombres de a pie, que tan sólo debían evitarlas. Los arqueros no estaban preparados para recibir al grueso de un ejército de diez mil hombres que, entre aullidos, se les venían repentinamente encima para abrir brecha por el centro, mientras ellos disparaban y trataban de apartarse de su camino. El avance bajo las flechas había resultado terrorífico. Debía de haber cientos de heridos y muertos, quizá millares. Ahora, aquellos arqueros fueron engullidos por una marea rabiosa, despedazados por espadas y hachas demasiado sedientas de sangre para detenerse ante nada.

Quienquiera que comandase la caballería en aquel flanco optó por retirarse en vez de dejar que sus hombres afrontasen la carga enemiga. Mientras los arqueros eran destrozados, la intención de los oficiales era seguramente rodearlos y atacar el flanco de Warwick, para así acorralarlos entre el grueso de las fuerzas reales y los caballos acorazados. Sin sus propios guerreros a caballo, a Warwick le sería imposible detenerlos. Sus hombres tenían que desentenderse de los caballos enemigos y, en su lugar, embestir con los escudos las filas de contención enemigas para tratar de entrar por el centro.

Warwick había cumplido su palabra. Aguardó mientras sus hombres resistían, a la espera de nuevas órdenes. Durante un tiempo, se contentaron con presionar con la línea de escudos. Algunos cayeron, en ambos bandos. En el fragor del combate, los hombres estaban como enloquecidos y eran incapaces de retenerse. Pese a ello, las dos primeras filas mantenían la disciplina y el muro de escudos resistía.

Algo más adelante, Warwick vio que lord Grey giraba el caballo en medio de sus hombres, mientras hacía señas de alejarse de las fuerzas de Warwick e indicaba un ataque por el centro. Un gran rugido estalló en cada una de las gargantas del campo de batalla. Entre los hombres de Warwick era un salvaje aullido de triunfo, mientras que las fuerzas de Buckingham gritaban de espanto ante aquella traición. El centro empezó a ceder y Warwick, arrastrado hacia delante por la avalancha, estuvo a punto de caer en el vacío dejado por la línea que habían embestido sus hombres. Lord Grey también había cumplido su palabra.

Eduardo de March corrió entre una docena de filas aliadas y se arrojó en la brecha

abierta en el centro, mientras asestaba terribles espadazos que hacían saltar astillas de los escudos. Warwick casi se detuvo a admirar al imponente guerrero que se revolvía con violencia para derribar a los enemigos a su paso. Junto con Jameson, se había convertido en la punta de una cuña de soldados que estaba abriendo una profunda herida en las filas que rodeaban a Buckingham.

Warwick se volvió hacia atrás para mirar a la caballería, aún temeroso de lo que ésta pudiera hacer. Pero los caballeros permanecían apartados en un grupo compacto. Eran hombres de Grey, suspiró aliviado, y no intervendrían.

Ante la traición de lord Grey, los soldados de Buckingham se derrumbaron. Trataron de retirarse con orden, pero se obstaculizaban entre ellos y, hostigados y sufriendo heridas a cada paso, morían a montones. Warwick vio cómo los hombres de Kent se lanzaban hacia delante. Acometían a cualquiera que quedara a su alcance y aniquilaban con sus hachas a los que se daban la vuelta y huían. La escena era una carnicería delirante, pero en aquel momento nada habría podido frenar a aquellos diez mil hombres. Habían recorrido un largo camino para luchar contra las tropas del rey y ahora sabían que los tenían vencidos.

En el centro de las filas enemigas, Warwick vio que Buckingham había sido derribado del caballo. Eduardo de March corría hacia él y ya embestía con su espada y escudo a un grupo de caballeros. Con la mirada puesta en el duque caído, se los quitó de encima con potentes golpes que hicieron caer a dos o tres de espaldas. Los hombres, con mirada asesina, trataron entonces de levantarse, pero Jameson estaba junto a Eduardo con la espada lista y ninguno pudo encararse con el gigante que tan poca consideración les había mostrado. Warwick se hallaba aún a una docena de pasos cuando Buckingham se puso en pie y volvió a levantar la espada. La destrozada cara del duque quedaba oculta tras la visera, pero Warwick sí pudo advertir que mantenía el brazo izquierdo pegado al costado para protegerse algunas costillas rotas.

Eduardo de March hizo un gesto de asentimiento ante él, con ambas manos aferradas a la empuñadura de la espada.

—¿Estáis preparado, milord? —preguntó March con voz de hierro.

Buckingham inclinó la cabeza como respuesta y, un instante después, estaba muerto. March había descargado su gran espada contra las hombreras metálicas del duque y cortado profundamente la carne a través del acero. Warwick dejó a March en el momento en que éste presionaba con la bota en el pecho de Buckingham para ayudarse a extraer la espada. Algunos hombres del rey trataban de rendirse, pero Warwick había divisado los estandartes azules y amarillos de Percy y no tocó el cuerno que le colgaba de la cadera. La matanza proseguía a su alrededor cuando March se le acercó al trote, con la armadura cubierta de sangre. A su lado, su compañero mostraba una desagradable sonrisa de orgullo. Warwick los miró a ambos mientras el joven conde se quitaba el yelmo y se pasaba la mano por el cabello.

—¿Me visteis acabar con Buckingham? —preguntó March.

—Sí —contestó Warwick.



Había sentido aprecio por Humphrey Stafford y ahora pensaba que habría merecido un mejor final tras haber servido con lealtad a su rey. Sin embargo, así eran las cosas. No creía que aquel año hubiese un hombre en Inglaterra capaz de resistir a March con la espada.

—Egremont es mío —dijo Warwick.

March contestó con un gesto, como si le cediera el paso antes de cruzar una puerta, y luego se giró bruscamente, al tiempo que Jameson asestaba un espadazo a un hombre que se abalanzaba sobre ellos y le hería a través de la cota de malla. March se rió y le dio al robusto herrero una palmada en el hombro, lo que hizo que Warwick volviera a pensar en los mastines de Calais. Quizá habría dicho algo, pero acababa de atravesar casi cien metros de cadáveres y, de repente, delante de él los colores de Percy vacilaron y cayeron. Warwick maldijo y se lanzó entre los hombres de Kent.

—¡Egremont es mío! —rugió mientras avanzaba, temiendo de pronto que le fuera negada la venganza contra los enemigos de su familia.

Sus hombres se apartaron y dejaron ver a seis caballeros con armadura que rodeaban a su señor.

Thomas Percy apoyaba las manos en la empuñadura de la espada mientras trataba de descansar y recuperar el aliento. Se levantó la visera.

—¡Richard Neville! —gritó—. Quien una vez fue conde. ¿Quién es ese monstruo que os acompaña, Richard?

—Dejadme que acabe con él —tronó March.

—Si caigo yo, adelante. Pero no antes —replicó Warwick. Todavía estaba fresco, pues las filas que lo precedían le habían evitado la lucha. Se dio cuenta de que había perdido el escudo; aceptó el que le tendía alguno de sus hombres y se lo encajó en el brazo. Se sentía ligero en su armadura y pleno de confianza, si bien Thomas, lord Egremont, era bien conocido por su maestría.

El lord de los Percy salió a su encuentro. Los quebrantados caballeros que le acompañaban no parecían tener prisa por continuar la lucha, pese a estar rodeados. La inmovilidad de aquel núcleo de la batalla se extendió por el campo, de manera que los combatientes se separaron, y los hombres del rey prefirieron arrojar las armas antes de arriesgarse a morir.

—¿Os rendís, Thomas? —preguntó Warwick—. Parece que el día cae de nuestro lado.

—Si lo hiciera, ¿lo consentiríais?

Warwick sonrió y negó con la cabeza.

—No, Thomas. No lo consentiría. Sólo quería ver si lo haríais.

Como respuesta, Egremont se bajó de golpe la visera y avanzó. Su primer ataque con la espada chocó contra el escudo de Warwick, y tres más le siguieron, lo que obligó a Warwick a retroceder. Percy era rápido, aunque en la cuarta embestida pareció flaquear y quedó tambaleándose. Warwick consiguió apartar el escudo del

rival y le asestó un espadazo que le produjo una gran hendidura en el costado.

Egremont hincó una rodilla, mientras los jadeos resonaban dentro del casco. Warwick esperó. Cuando Egremont se levantó, su espada acometió velozmente desde abajo y chocó contra el borde del escudo de Warwick, lo que a punto estuvo de arrancárselo. El contraataque fue otro mandoble en el costado que consiguió romper las placas de acero.

Una vez más, Egremont cayó sobre una rodilla, resollando. Con un gruñido, se obligó a ponerse de nuevo en pie, y enseguida trató de protegerse un lateral ante el tajo al cuello que le enviaba Warwick. Thomas Percy se desplomó entonces y quedó inerte, boca abajo y con el casco hundido en la hierba. Ahora, por primera vez, Warwick podía ver que entre las junturas del espaldar sobresalía la empuñadura de cuero de una daga. Egremont no había dejado de perder sangre durante toda la lucha, lo que sin duda había ido consumiendo sus fuerzas. No volvió a levantarse, y fue March quien le desencajó el yelmo y dejó al descubierto el rostro sin vida, magullado y pálido.

Warwick miró a su alrededor, las espadas caídas en la tierra y a los cadáveres esparcidos por todas partes. Sintió palpar la sangre y él también se quitó el casco y lo arrojó al aire, mientras lanzaba un rugido de victoria. Miles de hombres de Kent respondieron como un eco, un clamor ronco audible en muchos kilómetros a la redonda.

Warwick se volvió hacia March convencido de que, por una vez, nada de lo que el joven conde dijera podría echar a perder lo que sentía.

—¿El rey? —preguntó March, risueño al ver su expresión.

—Sí. El rey —contestó Warwick.

Los dos hombres, como si fueran uno solo, se giraron a un tiempo y vieron frente a ellos la tienda del rey.

Encontraron al rey Enrique sentado en la penumbra de la tienda. Se había quitado la armadura y únicamente iba vestido de velarte negro, una larga túnica y calzas, todo del mismo color, sin anillos ni joyas, aparte de la cimera real bordada en hilo dorado sobre el pecho. Cuando March se agachó para entrar en el baldaquín, se estremeció al pensar que el rey había estado allí, sentado en silencio todo ese tiempo, mientras afuera los hombres morían a millares.

—¿Su Majestad? —dijo Warwick. Envainó la espada al ver que allí no había guardia, ni siquiera sirvientes que atendieran al rey. Todos habían huido. Enrique levantó la vista y arrugó el ceño al verlos.

—¿Vais a matarme? —dijo. Warwick podía ver cómo temblaba—. ¿Habrás sangre?

—Deberíamos —contestó March mientras se acercaba. Lanzó una ojeada a su alrededor con mirada ceñuda. Warwick lo agarró del brazo, pero era como coger un

tronco y ambos sabían que podría liberarse fácilmente.

Warwick se apresuró a hablar, en voz baja.

—Si el rey muere aquí, su hijo, Eduardo de Lancaster, heredará el trono. Un niño que no sentirá ninguna estima por nosotros.

March gruñó irritado y Warwick puso los ojos como platos al ver una daga en la mano derecha del joven conde.

—Y qué me importa a mí eso —rugió March con la mirada clavada en la delgada figura que los observaba—. Son un linaje débil. No los temo.

Warwick sintió una oleada de ira.

—¡Temed entonces por vuestro padre! No volverá a ser York hasta que la muerte civil sea revocada. Si el rey Enrique vive, su sello y el Parlamento pueden devolver a nuestras familias todo lo que hemos perdido.

Aliviado, oyó un gruñido ronco y gutural que salía del pecho de Eduardo y vio cómo éste guardaba la daga.

—Muy bien —accedió Eduardo—. Aun así, después de eso creo que ocurrirá de todos modos. No me interesa un rey capaz de arrebatarme lo que por herencia me corresponde.

Warwick dejó caer la mano, aún descompuesto por lo cerca que había estado March de asesinar a aquel hombre que, con ojos oscuros y muy abiertos, seguía observándolos. Pese a todo, con cada mirada amenazadora de March, todavía parecía posible que la violencia se desatara.

—Tenemos lo que esperábamos obtener, Eduardo —dijo Warwick con lentitud. Hablaba como si se dirigiera a un peligroso perro de caza que, de un momento a otro, pudiera volverse rabioso—. Llevaremos al rey a Londres y nos encontraremos allí con vuestro padre. Tranquilizaos. Hemos vencido.

**Y**ork pasó la mano por el cuadrado blanco y suave, listo ya para ser repintado. En otro tiempo, los paneles de aquella habitación habían mostrado una ininterrumpida sucesión de colores, las armas de todas las casas nobles de Inglaterra. Había constituido uno de los placeres de su juventud, ir al palacio de Westminster y ver la cimera de su casa orgullosamente expuesta al lado de las demás. Ya no era así. Los paneles pintados se extendían por las cuatro paredes de la habitación, emblemas e historia inscritos en los símbolos de las antiguas casas. Tres cuadrados blancos estropeaban ahora aquella cadena, tres cuadrados que se habían arrancado y vuelto a enlucir en el más pálido blanco. Las cimeras de York, Salisbury y Warwick habían sido eliminadas por los heraldos del rey. En cierta medida, era un consuelo que el condado de March siguiera allí, cuartelado en azul, amarillo, rojo y blanco. Aparentemente, los agentes de los tribunales reales habían dudado de si el título debía ser incluido en la muerte civil, dado que ésta ya se había remitido para su aprobación.

Salisbury vio cómo el duque, absorto, pasaba la mano por el yeso.

—Serán devueltos a su lugar, Ricardo —dijo—. El propio sello del rey ha revertido las mentiras de la reina. Tuve gran placer en ver cómo esos mezquinos parlamentarios corrían para cumplir nuestro mandato.

York resopló y torció el gesto.

—Fue una acción rastrera y no debería haberse emprendido. Nuestras familias son el mismo tuétano de Inglaterra. Sin embargo, he visto cómo vuestra cimera y la mía eran arrancadas de la piedra y la madera, cómo se convertían con cinceles y limas en una superficie plana. Esos malditos heraldos trabajaron a fondo mientras yo estaba en Irlanda. El castillo de Ludlow fue saqueado. ¿Os enterasteis? El castillo de Sandal poseía tapices y estatuas tan antiguos como Roma, pero todos han desaparecido, robados cuando yo no podía impedirlo. Me costará toda la vida reparar el daño causado por esta muerte civil.

—Otro tanto me ocurrió a mí, aunque fue bastante agradable arrebatarme mis tierras a aquellos que las habían comprado. Algunas están ahora en manos de Percy. ¡Imaginaos! Al menos vos pudisteis reclamar todas las vuestras. Mientras Enrique Percy viva y me odie por las muertes de su padre y hermano, nunca las recuperaré si no es con derramamiento de sangre.

Al oír aquello, York se apartó de la pared.

—Confié en vos en Ludlow. Y mantuvisteis vuestra palabra. No lo olvidaré. Vos y vuestro hijo me salvasteis del desastre y la desesperación, de un dolor tal que jamás volvería a soportar por nadie. Siempre estaré en deuda con vos. —Extendió la mano y Salisbury la aceptó, cada mano en el codo del otro, aferrando el antebrazo.

En Londres sonó entonces el toque de mediodía, un clamor de campanas que hizo que York y Salisbury se dirigieran hacia la puerta.

—¿Cómo está el rey? —preguntó Salisbury mientras se apresuraban hacia el pasillo.

—Bastante bien —respondió York—. El obispo Kempe afirma que es el invitado más agradable que nunca haya tenido. Según he oído, Enrique pasa el tiempo en la capilla o leyendo. Han de recordarle que debe comer.

—¿Habéis pensado qué vais a hacer con él, ahora que la muerte civil se ha borrado de los registros de la Cancillería?

—Muchas veces he pensado en ello —repuso York, rígido—. Todavía no he tomado una decisión.

Los dos hombres subieron unas escaleras, dejaron atrás la sala en la que se reunían los comunes y siguieron subiendo hasta entrar en una cámara situada al final. Se oían allí muchas voces, pero se hizo el silencio tan pronto como apareció York.

El Salón Blanco era poco más que una pequeña sala de debate, de tamaño mucho menor que la que albergaba a los comunes, situada más abajo. Disponía de bancos a lo largo de cada lateral y de un atril para los oradores. A un lado, dominando la sala, el asiento del rey permanecía vacío, un sencillo trono de roble con tres leones tallados y los bordes dorados.

York, con la mente aún en la pérdida de sus posesiones, apenas si saludó a la asamblea de lores. Eran bastante pocos y de bajo rango. No había allí ningún Percy, ni Somerset, ni Clifford ni ningún otro de los que habían defendido al rey. York reconoció a una docena de barones menores, Cromwell entre ellos. Se detuvo en el estrado e inclinó la cabeza en dirección a lord Grey. El barón había engordado considerablemente desde la batalla de Northampton, percibió York, y lucía papadas y carrillos más propios de un obispo. York había oído cada detalle del papel de Grey en la victoria de su hijo y de Warwick. Le gustaba imaginar a las fuerzas del rey recibiendo informes de que el enemigo estaba a kilómetros de distancia, cuando lo cierto era que lo tenían casi encima. Es más, Grey había cumplido su palabra y había lanzado a sus hombres contra Buckingham en el momento justo. Engordar con las riquezas otorgadas y ser nombrado tesorero de Inglaterra suponía poca recompensa para una traición de semejante trascendencia.

Mientras York se quedaba junto al atril, Salisbury se acercó y se unió a Warwick, Eduardo de March y una veintena más. Miraron todos al duque y los ojos de Salisbury se abrieron atentos cuando York posó la mano en el sillón real, como si lo reclamara. Hizo un rápido gesto de asentimiento y York sonrió.

La expresión duró sólo un instante, el tiempo que tardaron los otros en ver dónde tenía la mano y lo que ello podría significar. York arrugó el ceño cuando alguien murmuró y algún otro protestó con palabras de enojo. Al mirar la sala se encontró con un conjunto de rostros hostiles y vio que sólo March, Grey, Salisbury y Warwick alzaban la mano en señal de apoyo. Estaban presentes cuatro lores obispos, y York advirtió irritado cómo el obispo Kempe hacía un gesto negativo, moviendo lentamente su gran cabeza a uno y otro lado. Pensó en sentarse en el sillón real y así

manifestar a todos su desprecio por aquellos murmullos y quejas. En ese momento, el canciller William Oldhall entró por un lateral de la sala y observó horrorizado la escena.

York retiró la mano. La tensión de la sala se desvaneció al instante y el canciller se le acercó para hablar, su voz apenas un murmullo entre el parloteo de los otros.

—Milord York, el rey vive —le susurró Oldhall al oído—. Y también su heredero. Estos hombres no os aceptarán en las actuales circunstancias, pero estad seguro de que mi trabajo ha dado su fruto. La Cámara Baja del Parlamento ha discutido cuáles podrían ser ahora los pasos más convenientes. Si ocupáis vuestro lugar, milord, os prometo que el resultado será de vuestro agrado.

A regañadientes, York abandonó el estrado y el sillón real y descendió a los bancos. Salisbury se preocupó de recibirlo con mucho aspaviento, como si quisiera dejar bien claro que allí nada indecoroso había sucedido.

Oldhall condujo la plegaria de apertura y, a continuación, agradeció con un florido discurso la revocación de la muerte civil que pesaba sobre las casas de York, Salisbury y Warwick. Aquel anuncio formal provocó la exclamación aprobatoria de los lores allí reunidos, lo que en cierta medida mitigó el humor desabrido de York.

—Milores, tengo el honor de comunicar las conclusiones de la Cámara de los Comunes en este asunto. Sus miembros han buscado el modo de expresar su agradecimiento a Ricardo Plantagenet, duque de York, por los servicios prestados al rey, por poner al rey Enrique a salvo y rescatar a Su Alteza de las garras de los traidores. Se ha propuesto una ley de acuerdo por la cual se nombra a York heredero de la Corona de Inglaterra. La votación tendrá lugar al final de esta tarde. Si se aprueba, la nueva ley se redactará mañana para que sea ratificada con el sello real.

Las arrugas en el ceño de York se suavizaron y se enderezó en su asiento, apenas consciente de las felicitaciones de los que, poco antes, habían protestado. Los cobardes de ambas cámaras no permitirían que reclamase el trono, pero sí estaban dispuestos a poner en sus manos el destino de Enrique y dejar que fuera él quien gobernase. En ese momento, sólo sentía asco hacia ellos, por más que hubieran satisfecho su mayor ambición. Se giró hacia el banco que tenía detrás para mirar a su hijo. Eduardo sabía lo que aquello significaba y, con las enormes manos fuertemente agarradas a la madera, irradiaba felicidad.

York se acomodó de nuevo en su asiento. Le invadía una corriente de vitalidad y de energía renovada. En Ludlow, se había visto obligado a huir. Había presenciado cómo le arrebataban sus tierras y castillos para regalarlos o venderlos a hombres sin ningún derecho sobre ellos. Su propio nombre y sus armas se habían eliminado de tapices y sillas, arrancados a golpe de martillo de madera, hierro o piedra, por todo el país. Con todo, si al final llegaba a ser rey, aquello no pasaría de ser una temporada aciaga. Sabía que la fuerte presencia de un ejército en Londres era la principal razón por la que los miembros del Parlamento se mostraban tan dóciles y favorables. Lord Scales había sobrevivido al ataque de la Torre. Atrincherándose en el interior, había

conseguido eludir la sanguinaria venganza de la multitud londinense. Allí aguantó lo suficiente como para rendirse ante Warwick cuando el rey fue conducido de vuelta a Londres. Sin embargo, eso no lo libró de sufrir la merecida venganza. Apenas dos días después, alguien consiguió entrar en su celda de la Torre. York había visto el cadáver de aquel hombre, por el que, ciertamente, no albergaba simpatía alguna después de las órdenes que había dado. Ahora, las calles aún seguían teñidas de sangre. Es más, en ese momento las únicas fuerzas que había en Londres eran leales a York. Tenía al rey y a la ciudad en un puño, y el Parlamento lo sabía.

Cerró los ojos un instante. Volvía a sentir un dolor que venía de lejos. Había visitado a Enrique en el palacio de Fulham, algo más arriba del río, y había rezado con él durante horas mientras trataba de entender a aquel hombre y su débil naturaleza. En tantos años de disputas, York nunca había pasado con Enrique el tiempo suficiente como para conocer verdaderamente el carácter del rey. Percibió cómo se le endurecía la mirada al pensar en la posibilidad de matarlo. Se trataría del asesinato de un auténtico inocente, el más terrible de los pecados, sin importar cómo lo llevara a cabo. Sería condenado sin remisión, aunque la condena le hiciera rey. Al ahondar en las razones que le movían a hacerlo, recordó cómo la clemencia demostrada casi le había costado la vida y la pérdida de su linaje. York abrió de nuevo los ojos. La decisión estaba tomada. Para salvaguardar las formas, no actuaría durante un tiempo. El Parlamento le nombraría heredero, y antes de que acabara el año Enrique se sumergiría silenciosamente en un sueño del que ya no despertaría jamás. York sería rey, como lo había sido su bisabuelo Eduardo. Y después de él, también su hijo sería rey.

Algo más cruzó por su pensamiento y lo llenó de alegría. Su hijo no sería condenado por el asesinato de un inocente. Eduardo gobernaría la casa de York y toda Inglaterra, ¿y qué padre rehusaría hacer tal regalo, con independencia de cuál fuera el coste? York se dijo que aquel mismo día escribiría a Cecilia, que estaba en Ludlow ocupada con las reparaciones y la supervisión de cientos de artesanos. Sonrió al imaginar su reacción. Una ley parlamentaria más y tendrían todo lo que habían deseado. El mundo recuperaría su orden natural, después de tantos años con un linaje débil en el trono. Quizá incluso pudiera recobrar las tierras perdidas en Francia. ¿Quién le iba a negar su derecho a ellas una vez que fuera rey? York sintió cómo su mente se llenaba de imágenes de gloria, y fue preciso que el codo de Salisbury le pinchara con fuerza en el costado para traerle de vuelta al discurso de William Oldhall y al debate que seguía desarrollándose.

—... todavía no hay noticias de la reina Margarita y su hijo, no, lord Grey. Se me ha informado de que fueron vistos cruzando a Gales, pero en este momento se hallan en paradero desconocido. —Oldhall mostró su incomodidad al mirar hacia York—. Hoy veo algunas ausencias en los bancos, espacios vacantes que hablan por sí solos. Si milord York es nombrado heredero, estoy seguro de que tendremos noticias de los distinguidos lores que no han venido a Londres ni a esta cámara.

York bajó la mirada sin molestarse en escuchar más. Conocía de sobra los nombres de los que respaldarían a la reina: Percy, Somerset, Clifford y Exeter. Le complacía más pensar en hombres como Buckingham y Egremont, que ya no le causarían problemas.

La noticia de un nuevo heredero al trono haría que Margarita se mesase los cabellos de pura rabia. La imagen hizo que le temblaran los labios al pensar en todo lo que había sufrido con la muerte civil. Ahora constituía un verdadero placer, tan puro como un verano de la infancia, imaginar que quienes le habían atormentado pagarían con idéntico sufrimiento. Margarita había perdido a su esposo. Tras la votación, también perdería la herencia de su hijo. Rió en voz alta al pensarlo y su carcajada interrumpió a un viejo barón, que se detuvo y lo miró sorprendido. Salisbury rió a su vez. Había observado con atención a York mientras éste cavilaba, casi adivinando cada giro de sus pensamientos y disfrutando cada momento.

Margarita enrojeció, complacida por las atenciones y los cumplidos. Por más que su esposo hubiese otorgado a Jasper y Edmund Tudor el título de condes, ambos seguían guardando un respetuoso silencio en presencia de su padre.

Owen Tudor la tomó de la mano y la condujo al interior, sonriendo tan pícaramente que a Margarita no le extrañó que ya hubiera cautivado antes a una reina de Francia. Tenía treinta años más que ella, pero a pesar de la calva y el pelo blanco todavía exhibía una vitalidad desacostumbrada, y una buena salud que se revelaba en el bronceado de la piel, la claridad de los ojos y la firmeza de la mano. Parecía un campesino caballeresco, sin apenas rastro del soldado que una vez había sido.

El príncipe Eduardo pasó como un rayo por delante de ellos, entre exclamaciones de alegría por el festín que tenían delante. El muchacho brincaba y no cesaba de moverse mientras Margarita ocupaba su puesto a la cabecera de la mesa, y cuando al final hubo de sentarse, lo hizo a regañadientes. Tenía casi siete años, y se había tomado el viaje a Gales como una aventura. Por haber crecido en Kenilworth, el castillo de Pembroke no le había impresionado. Había pasado la mañana corriendo de aquí para allá y molestando a los sirvientes, a quienes ya parecía haberse ganado.

Pembroke había sido un regalo del rey Enrique a Jasper Tudor, pero éste prefirió alejarse un sitio de la cabecera y ceder afablemente su lugar a su padre. Margarita percibía que los tres hombres se estimaban, y algo se aflojó en su interior mientras probaba el vino y observaba la humeante pierna de cordero colocada en el centro de la mesa.

—Mi corazón se complace al ver una familia en la que no reina una permanente discordia —dijo—. Si no hubiese podido venir aquí, no sé qué habría hecho.

Owen Tudor la miró. Entrecerraba los ojos de puro placer por tener ante él a semejante belleza. No podía evitar sonreír a la reina, pese a las desgracias que la habían conducido a la tierra de sus hijos.



—Su Alteza... —empezó.

—Margarita, os lo ruego.

—Muy bien, Margarita. Me alegra que recordarais a vuestros amigos galeses. Mi familia tiene con vuestro esposo una gran deuda. Una deuda que no puede pagarse con vino y cordero, ni siquiera con cordero galés, que es el mejor del mundo.

La reina sonrió y pidió que le sirvieran otra gruesa loncha, que llegó a su plato chorreando salsa.

—Cuando mi esposa nos dejó, Margarita, salió a la luz nuestro matrimonio y la existencia de mis hijos. Fui capturado, ¿lo sabíais? Ah, sí. Pasé un tiempo en la prisión de Newgate, por orden de William Tresham, el presidente de la Cámara de los Comunes. Sólo fueron unos meses, pero os aseguro que nunca me he alegrado tanto de sentir el sol en la piel como cuando fui liberado.

—¿Por qué os detuvieron? —preguntó Margarita, interesada pese a sus propias preocupaciones.

Owen Tudor se encogió de hombros.

—Estaban furiosos porque me casé con la viuda del anterior rey Enrique. No necesitaron más para ordenar a los soldados que me buscaran. Podría haber desaparecido en las colinas, supongo, pero no entendía por qué habían de encarcelarme sólo por haberme casado con una reina, teniendo en cuenta que lo hice cuando su anterior marido ya estaba bajo tierra. Sin embargo, creo que aún estaría allí si vuestro esposo no hubiera firmado la orden para liberarme. Que Dios le bendiga. Se portó justamente conmigo, sin albergar agravio alguno contra un hombre que simplemente había amado a su madre tanto como él mismo. —El anciano negó con la cabeza al recordar—. Ella fue lo mejor de mi vida. Mi Catalina me dio a estos tunantes, a mis hijos, a quienes vuestro marido hizo condes. He sido bendecido más allá de lo que nunca soñé cuando era un joven insensato, aunque todavía la echo de menos.

Sorprendida, Margarita notó el brillo de las lágrimas en los ojos de Tudor, aunque éste se apresuró a enjugarlas. Resultaba difícil no estimar a aquel hombre.

—Desearía haberla conocido —dijo.

Owen Tudor asintió.

—Y yo desearía que vuestro esposo hubiera conservado sus fuerzas. Sentí mucho enterarme de su enfermedad. Cada año las noticias son peores. Es una carga cruel la que ha debido soportar, dura para cualquier hombre, pero mucho más para un rey. Sé bien, Margarita, cómo los perros acosan al ciervo herido. Y lo feroces que pueden ser.

Ahora le tocó a Margarita sentir el picor de las lágrimas en los ojos. Apartó la mirada y empezó a jugar con la copa de vino para que la pena no se convirtiera en sollozos ante la compasión que percibía en Tudor.

—Lo han sido ya —dijo con voz tenue—. Enrique fue capturado y hombres buenos murieron al tratar de salvarlo. York lo tiene ahora en su poder, escondido. Me rompe el corazón... —Hubo de detenerse para no verse sobrepasada por la pena.

—Y, sin embargo, podríais haberos quedado en Kenilworth, milady —prosiguió Owen.

Margarita notó que la conversación había avivado el interés de los hijos y que ahora inclinaban el cuerpo hacia ellos para oírlos mejor.

—Me complace y es un honor mayor del que podáis imaginar que hayáis acudido a nosotros, pero todavía no sé la razón exacta.

—La sabéis —contestó Margarita enjugándose discretamente las lágrimas—. Quedarme a salvo donde estaba habría significado renunciar. Habría sido el final. En su lugar, acudí a vos para congrega un ejército, Owen. Siento como un hierro candente al pedir esto. Pero, si os consideráis en deuda, ahora debo reclamároslo.

—Ah, ése es el fondo del asunto —murmuró Owen Tudor sin pestañear—. Sabed que no existe otra opción para mí o para mis hijos, milady. Ya hemos hablado de ello y nunca tuvimos dudas. Si lo pedíais, así se haría. ¿No es cierto, muchachos?

—No os quepa duda —contestó Jasper Tudor con voz firme.

Su hermano Edmund, a su vez, manifestó su acuerdo. La aflicción de Margarita había ensombrecido el ánimo de los tres hombres. El mismo príncipe Eduardo se había quedado callado ante la seriedad en las voces de los adultos. Uno de los sirvientes se acercó con fruta cortada para el príncipe y éste tiró de la manga a su madre, a fin de que la reina lo viera. Margarita le sonrió todavía con lágrimas en los ojos.

—Os estoy agradecida a todos —dijo—. Tenía la esperanza de que así fuera cuando vine aquí, pero debéis saber que se trata de York y Salisbury, de Warwick y March. Son todos ellos los que amenazan a mi familia. Necesitaré a cada hombre disponible en Inglaterra y Gales, o incluso más lejos, para luchar contra ellos.

—¿Más lejos, milady? —preguntó Owen Tudor.

—Si me proporcionáis un barco, he pensado en ir a Escocia y hablar con el rey Jacobo. Apoyó la causa de York en el pasado, pero creo que puedo hacerle una oferta que le será difícil rechazar.

Los hijos de Tudor aguardaron a que su padre considerara aquella información. Por fin, el hombre asintió y empezó a hablar.

—No me gustaría que los escoceses descendieran de las Highlands, milady. Son una raza feroz, desde luego, y sin duda causarían terror en la batalla. Sin embargo, debéis saber que su rey será un duro negociador y os exigirá el máximo por su ayuda. No sé lo que habéis pensado ni os preguntaré algo de naturaleza tan privada, pero el rey siempre demandará lo que le deis y algún penique más. Supongo que me entendéis.

—No hay precio que no pague por ver destruidos a los enemigos de mi marido —replicó Margarita.

—Yo no le diría eso al rey, milady, o Jacobo os pedirá el mismo Londres... y también algún penique más —contestó Owen Tudor.

Margarita vio el brillo burlón en los ojos de Tudor y, a pesar suyo, no pudo evitar

sonreírle. Estaba segura de que la reina Catalina había amado a aquel franco y sólido galés, el hombre que la había ayudado a superar la pena por la muerte de su primer marido.

—Haré que dispongan un barco para vos, milady —dijo Jasper Tudor—. A finales de año, las tormentas pueden ser terribles, pero mientras dure el verano, navegaréis sin demasiado peligro. También haré que os acompañen veinte de mis propios guardias, para impresionar a los escoceses.

—Buen muchacho —dijo su padre—. No podemos dejar que nuestra reina y nuestro príncipe desembarquen solos en la salvaje Escocia. El rey Jacobo esperará sin duda un buen espectáculo. Por lo demás, no os preocupéis. Sacaré de su guarida a todos los hombres de Gales, milady. Puede que incluso monte yo mismo con ellos para demostrarles a los jóvenes cachorros lo que es capaz de hacer un perro viejo.

Jasper resopló, divertido, y Margarita se conmovió con el visible afecto que existía entre ellos. Nunca había conocido un sentimiento así y, al percibirlo ahora, parecía que se le iban a saltar las lágrimas a cada momento, lo que hacía que se enfadara consigo misma. Ahora bien, era probable que llorar en la mesa no la hubiera perjudicado a la hora de ganarse el respaldo de los Tudor, de eso estaba segura. Algunos hombres son capaces de remover cielo y tierra para socorrer a una dama afligida.

—Me devolvéis las esperanzas, Owen —dijo la reina, con la respiración entrecortada—. Ruego a Dios que mi esposo pueda recompensaros como merecéis.

—El honor sería mío —repuso Owen Tudor—. Es un buen hombre. El mundo no necesita otro astuto diablo, Margarita. Ya hemos tenido suficientes. ¿Me oís, muchacho? —Esto último iba dirigido al príncipe Eduardo, que, con ojos muy abiertos, asintió—. Decía que necesitamos que gobiernen hombres buenos. Y, algún día, ése seréis vos, cuando seáis rey. ¿Lo sabíais?

—Claro que sí —contestó el niño despreciativamente, lo que hizo sonreír al anciano.

Margarita extendió el brazo y le retorció la oreja a Eduardo, hasta hacerlo gritar.

—Sé respetuoso, Eduardo —dijo—. Aquí eres un invitado.

—Perdonad, señor —replicó el muchacho mientras se frotaba la oreja y miraba con furia a su madre.

**D**erry Brewer se preguntaba si al conde de Northumberland no le daría una apoplejía. El viento ululaba con fuerza, un sollozo que envolvía el castillo de Alnwick en notas descendentes, como un cuerno que tocase a retirada. En el comedor, a la cabecera de la mesa, Henry Percy había ido adquiriendo un tinte cada vez más oscuro, mientras la cara se le hinchaba como la de un niño que aguanta la respiración hasta caer desmayado.

—Lord Percy, tenemos una causa común —le recordó Derry—. La reina debe buscar un ejército donde sea si queremos que alguna vez se restaure la paz.

—¡Pero los escoceses! ¡Mejor sería que tratase con el mismísimo diablo! —dijo Henry Percy. Tenía la boca abierta mientras negaba con la cabeza, lo que le daba un aspecto ridículo que a Derry casi le hacía sonreír. Estaba esperando a que el conde se tranquilizase y, para su sorpresa, fue Somerset quien habló, un hombre que apenas entendía el resentimiento ancestral de los que guardaban las fronteras.

—Milores, maese Brewer. Aceptaría tropas de cualquier clase, incluso a los franceses, si con ello tuviésemos ocasión de enmendar los errores. Acepto mi parte de culpa por lo ocurrido en Northampton. Si hubiese sabido que los partidarios de York irían al norte, habría estado allí para acabar con ellos. Todos contrajimos una deuda aquel día, todos somos responsables de la captura de Enrique.

—Mi hermano Thomas murió allí —repuso cortante Henry Percy—. ¿Creéis que no siento el dolor de esa herida? Por culpa de York, perdí a mi padre. Por culpa de traidores sin honor, perdí también a mi hermano. —Hizo una pausa—. Quizá ya he sufrido lo suficiente como para tolerar que haya escoceses en Inglaterra, maese Brewer. Sólo doy gracias de que mi padre no viva para verlo. —Negó con la cabeza, en un gesto de irónica amargura—. Creo que eso habría matado al viejo.

—No sé si de verdad vendrán —dijo Derry—. Pero trataría con el diablo en persona si pensara que...

Irritado, hubo de sufrir que el barón Clifford le interrumpiera bruscamente y replicara por encima de su voz.

—No habléis así, Brewer. Ni siquiera en broma, ni aunque se trate de una estúpida fanfarronada. El diablo escucha las jactancias y promesas, y luego obra en consecuencia.

Derry apretó la mandíbula.

—... si pensara que ello nos iba a dar la victoria. Milores, he visto cómo York, Salisbury y Warwick convertían su desgracia en un triunfo. He vivido para ver cómo el rey Enrique era capturado y mantenido prisionero. —Incluyó al barón Clifford al recorrer a todos con la mirada—. Los tres habéis perdido a un padre en San Albano y, después, también a hermanos y amigos. Durante todo este tiempo, los traidores se han hecho fuertes, la moneda siempre ha caído de su lado. La muerte civil ha sido revocada por el Parlamento. York se ha erigido en heredero a la Corona. Y ahora que

el rey Enrique no es más que una piedra en la bota de York, ¿cuánto tiempo creéis que seguirá vivo? Os aseguro, milores, que éste es el trago más amargo de todos. Necesitaremos a cada hombre leal; porque, si fracasamos, la casa de York gobernará para siempre. No habrá sitio para ningún Northumberland, ni Somerset ni Clifford. Cuando os tengan a su merced, no perdonarán la condena de muerte civil que se dictó contra ellos. La clemencia no es un rasgo de los Neville, milores, cuando tienen una posición de poder. Sabéis que es así. Por ello, recibiría con agrado a los escoceses y los galeses, incluso a los franceses... ¡Dios santo, hasta permitiría que llegasen aquí los irlandeses, si fueran capaces de devolver el trono a sus legítimos dueños! Daría mi alma y hasta el último aliento de mi cuerpo por ver a York derrotado. Sólo eso podrá satisfacerme.

Los tres lores sólo podían mirar la intensa emoción del hombre que tenían ante ellos. Derry Brewer estaba sucio, después de pasar semanas en el camino. Sabían que había viajado a Gales y por todo el país para hacer saber que se necesitaban hombres. Se había mostrado cortés y ocurrente durante la discusión, pero por un momento había revelado su ira y determinación.

—¿Sabéis ya dónde tienen al rey? —le preguntó Somerset.

—Seguro que no es en la Torre —replicó Derry—. Todavía están reparándola, después de que ese insensato de Scales dejara que la multitud destrozase uno de los muros. Lo único que me sorprende es que Salisbury le permitiera rendirse, cuando todo Londres pedía su sangre. Ahí tenéis a un hombre cuya muerte no lamentaré, aunque una vez luché a su lado. ¡Fuego griego y cañones contra la gente de Londres! Me han dicho que encontraron a Scales degollado en su celda. Invitaría a una pinta al hombre que lo hizo, si es que lo encuentran. —Sacudió la cabeza asqueado—. No, milord, deben tener al rey en algún lugar cercano. Tengo a algunos hombres investigando, pero hay un millar de casas y resulta imposible saber cuál de ellas puede ser.

Recordó entonces cómo, años atrás, había corrido por el palacio de Westminster en busca de William de la Pole. No dijo nada a los presentes, consciente de que no lo entenderían ni les importaría.

—Milores, cuántas veces no habré pensado que le he entregado toda mi vida al más inocente de los hombres, que mi única dedicación ha sido la de proteger a Enrique de sus enemigos. Ahora es como si mil abrojos me desgarraran la piel cuando pienso que lo tienen en su poder y que su vida es tan frágil como el cristal. —Cerró los ojos un instante, la frente surcada de arrugas—. Tal vez ya no podamos salvarlo. ¡Pero tarde o temprano veré a York muerto, aunque tenga que escalar una torre para acuchillarlo mientras duerma!

El conde Percy rió ante el desprecio que emanaba de Derry Brewer. Reflejaba lo que él mismo sentía y agarró el brazo del jefe de espías para mostrarle su apoyo. Al hacerlo, del brazo de Derry se levantó una nube de polvo que los envolvió a ambos.

—Disponemos de doce mil hombres, maese Brewer. Verdaderos soldados con

picas, caballería y cañones. Si la reina puede traer algunos barbudos de Escocia, no creo que necesitéis trepar por ninguna torre. Al final, la cabeza de York penderá de la muralla de la ciudad.

—Rezaré por ello, milord —contestó Derry.

Margarita se ciñó la capa alrededor de los hombros al sentir un viento de aspereza desconocida para ella. El comienzo de la travesía había resultado casi agradable bajo el sol del final del verano, una semana de navegación remontando la costa sin más entretenimiento que hacer planes y mirar cómo el príncipe corría descalzo por la cubierta. Al principio la piel de Eduardo había enrojecido por el sol, pero pronto había adquirido un tono dorado. Ella, en cambio, había tenido buen cuidado de proteger la suya. A medida que avanzaban hacia el norte, parecía hacer más frío con cada milla recorrida. Margarita se había sorprendido al ver aguanieve cayendo sobre las olas mientras entraban en el puerto.

Al desembarcar, se encontró con un país en duelo y que no demostró ningún regocijo por su llegada. Los jefes de tres clanes la recibieron en el muelle y, tras saludarla con una gran reverencia, le explicaron que el rey Jacobo había sido asesinado una semana antes. Sin más detalles, la escoltaron hacia el interior de las Lowlands, con los soldados de Jasper Tudor en la retaguardia, ataviados con sus pulidas cotas de malla. Aquellos hombres no parecían haber impresionado a los escoceses, aunque Margarita no creía que fuera una casualidad que éstos los cuadruplicaran en número. Más de un centenar de hombres los acompañaban desde la frontera con Inglaterra.

Tardaron tres días en llegar a un castillo todavía en construcción y situado junto a la costa. Negros peñascos se alzaban en uno de sus flancos, y gran número de gaviotas lo sobrevolaban e inundaban el aire de graznidos. Margarita se sentía más fuerte, aunque le dolía la espalda después de montar durante tanto tiempo. Cada noche había cenado con los jefes escoceses en las posadas del camino, entre conversaciones siempre intrascendentes que nunca aludían a los motivos de su visita. La miraban con lástima, lo que había terminado por enfadarla, casi hasta ponerla en pie de guerra. Una y otra vez había preguntado por el rey Jacobo y recibido cortesías evasivas por toda respuesta, entre suspiros y encogimientos de hombros de los señores, que guardaban silencio y pedían más whisky para brindar a la salud del amado rey desaparecido.

Margarita desmontó rígida mientras una lluvia llegada del mar empezaba a caer. Se cubrió el cabello con la caperuza de la capa y, apremiando a Eduardo, corrió tras él para ponerse a resguardo. En la entrada y en cada puerta del interior del castillo había guardias, hombres ataviados con túnicas negras y que la miraban fascinados. Ella mantenía la cabeza erguida y seguía a los jefes, que por fin la dejaron en una estancia de apariencia agradable, en las entrañas del castillo. Aquella parte había sido

amueblada, por más que todavía hubiera alas enteras y murallas por construir. El príncipe corrió a una ventana biselada en plomo y con diminutos paneles de cristal. Mientras contemplaba el mar, su madre se alisó las faldas y se sujetó en el pelo una horquilla suelta.

Ahora no sabía qué podía esperar, pero desde luego no era a la hermosa joven de negros cabellos que entró en la estancia y, sin anuncio formal, se le acercó con ligereza. Margarita se levantó rápidamente y se encontró con que la joven ya la había tomado de las manos.

María de Güeldres era portuguesa por el color de la piel, pero cuando habló lo hizo con un suave acento escocés.

—Desearía que nos hubiésemos conocido en tiempos más venturosos —dijo—. En cualquier caso, sois bienvenida aquí. ¿Es este guapo muchacho vuestro hijo?

—Eduardo —dijo Margarita, por completo desarmada. Esperaba encontrarse con feroces jefes escoceses, y no con una mujer más joven que ella misma y con los ojos aún enrojecidos por el llanto.

—¡Vaya! Pero ¡qué jovencito más encantador! —exclamó María arrodillándose y abriendo los brazos.

Eduardo se acercó de bastante mala gana y permitió que la reina lo cogiera, aunque se revolvía incómodo.

—Bueno, Eduardo, si bajas a las cocinas, allí encontrarás a mi hijo. El joven Jacobo es más o menos de tu edad y no debes pelearte con él. ¿Comprendido? La cocinera te servirá una sopa, si se la pides educadamente.

Al oír aquello, la cara de Eduardo resplandeció de alegría. Permaneció quieto mientras ella lo besaba en la mejilla y luego salió disparado de la habitación.

—Jacobó se ocupará de él —dijo María, sonriente al oír cómo los pasos de Eduardo se desvanecían—. Sentaos, Margarita. Debo escuchar todo lo que hayáis de decirme.

Margarita se sentó en un largo canapé y trató de recomponer la dispersión de sus pensamientos.

—Ya me han informado de los tristes acontecimientos, milady. Yo...

—¡Debéis llamarme María! ¿Acaso no somos las dos reinas? Mi esposo amaba demasiado sus cañones, Margarita. Le advertí muchas veces acerca de esos objetos espantosos, pero no me hizo caso. ¿Los habéis visto? Están hechos para la crueldad y la muerte. Estallan sin previo aviso y se llevan de este mundo a hombres buenos antes de tiempo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, sin pensarlo, Margarita se acercó y la abrazó. María sollozó en su hombro sin apenas poder dominarse, pero finalmente se separó y se enjugó las lágrimas.

—Tengo que mostrarme fría por los hombres de mi marido. ¿Entendéis? No puedo dejar que me vean llorar cuando todos se preguntan si soy lo bastante fuerte como para ser regente hasta que mi hijo crezca. ¡Shhh, y ya me veis ahora! ¡A las

primeras de cambio llorando como una tonta! Pero vos habéis conocido un dolor así, Margarita. ¡Vuestro pobre marido, prisionero de sus enemigos! Desde luego, no creo que yo pudiera soportar algo parecido.

Margarita parpadeó, sorprendida, al tiempo que la culpabilidad le subía por la garganta. No podía hablar del sentimiento de vergüenza que la asaltaba a cada momento, como la picadura insistente de un mosquito en verano. Había salvado a su hijo antes que a su marido. No, se había salvado ella y a él lo había abandonado. No podía consolarse con mentiras. Porque también había habido resentimiento contra aquel hombre incapaz de reaccionar, por más que ella se lo hubiese rogado de mil maneras. Sentía tal vergüenza por lo sucedido que ahora necesitaba imperiosamente librar a Enrique de las garras de sus enemigos. Sabía que haría lo que fuera, que daría lo que fuera por volverlo a ver.

Margarita sintió que sus barreras se desmoronaban al sentir que la tomaban de las manos. Había pensado mostrarse dura y fría, pero estaba indefensa ante la amabilidad de aquella extraña mujer que podía pasar de las lágrimas a la risa en un suspiro, y todo sin dejar por un segundo de hablar. María se dio cuenta de que la otra temblaba y agitó la mano, como barriendo la tristeza.

—Nos llegaron las noticias, querida. Mi marido apoyaba a York, ¡pero yo nunca estuve de acuerdo con él! Creo que Jacobo habría visto las cosas de modo diferente si uno de sus lores se hubiese revuelto contra él, ¿no os parece? Ah, no, vos y yo somos iguales. Nos trajeron a una nueva casa para ser reinas, dadas en matrimonio, vendidas por una buena dote. Recuerdo lo orgullosa que estaba cuando William Crighton vino a buscarme, mi propio guerrero escocés, para llevarme ante Jacobo. Ah, maldita sea, otra vez llorando. La herida está demasiado tierna.

—William de la Pole vino para llevarme a Inglaterra —dijo Margarita desmayadamente. Volvían las lágrimas como por simpatía al llanto de la otra. Tanto ella como María se las enjugaron con el dorso de la mano y, al verse cada una reflejada en el gesto de la otra, no pudieron evitar reírse.

—Ya lo veis, llorando las dos sin parar —dijo María—. Los hombres de mi marido se tirarían de la barba asqueados si lo supieran. Bien, no se lo diremos. Les contaremos que nos sentamos la una frente a la otra y hablamos como si tuviéramos la sangre de hielo. No lo creerán, pero lo diremos igualmente. Una reina francesa de Inglaterra, una reina portuguesa de Escocia. Somos dos flores raras, Margarita: dos ramilletes de brezo.

—En ese caso, no me avergüenza decir que espero vuestra ayuda, María —replicó Margarita—. Si quiero liberar a mi esposo, necesito hombres que vengan conmigo al sur.

María aspiró profundamente y asintió, mientras se pasaba la mano por el cabello recogido.

—Lo supe en cuanto vuestro hombre, Brewer, envió a Jacobo noticia de que veníais. Creo que mi marido os habría enviado de vuelta con las manos vacías,



Margarita, ¡pero yo no lo haré! No le daré la espalda a una hermana, aunque debo darles algo a cambio a mis nobles caballeros.

Margarita asintió, sin poder evitar preguntarse si las lágrimas y el afecto de aquella mujer no serían en parte fingidos. La duda debió de asomar en su rostro, porque María se inclinó y la agarró por el brazo.

—No regatearé con vos ni contaré las monedas. Os ayudaré del modo que pueda. Seguramente, habéis meditado las condiciones durante la travesía. Decidme cuáles son vuestras pretensiones, Margarita, y estaré de acuerdo en todo. Tendréis cuatro mil hombres, una excepcional cosecha de robustos muchachos que lucharán por vos.

Una vez más, la duda y la sospecha asaltaron a Margarita. Si se trataba de una negociación, era demasiado simple, o bien mucho más compleja de lo que había supuesto. En aquel momento, casi echaba de menos la franca rudeza de Owen Tudor, pese a toda la demostración de complicidad a la que había asistido.

—Confíaba en que vuestro marido accediera a los esponsales entre mi hijo y una de vuestras hijas. Su descendencia se sentaría en el trono de Inglaterra.

—¡Trato hecho! —contestó María mientras con el brazo barría el aire que las separaba—. ¡No se hable más! Mi hija se llama Margarita en vuestro honor. Tiene cinco años y cuando crezca será una perfecta reina para vuestro muchacho.

—¿La llamasteis así en mi honor? —preguntó Margarita abriendo mucho los ojos.

—¿La reina francesa de Inglaterra que tanto tiempo protegió a su marido contra los lobos? ¿Qué mejor nombre para una hija mía? Sólo lamento que no nos hayamos conocido antes. Podría haberos ayudado, si Jacobo me lo hubiese permitido. Era un hombre extraordinario. No veré otro como él. —Por su rostro cruzó una expresión desazonada al recordar a su marido. Ladeó la cabeza, casi como si pudiera oír su voz—. Recuerdo que solía hablar de un lugar que deseaba y no podía tener; era como una espina clavada en su manaza de león. Tal vez en honor a su memoria, debería añadir ese lugar a nuestro acuerdo. ¡Pero no, no lo haré! He dicho que os apoyaría con cuatro mil hombres, y con los esponsales ya es suficiente, más que suficiente.

—¿A qué lugar os referís? —preguntó Margarita con voz tenue.

—Berwick, junto al río Tweed. Es casi Escocia, solía decir él. Justo al otro lado. Significaría desplazar la frontera algo más de un kilómetro, pero su espíritu quedaría complacido y yo honraría su recuerdo. Sus nobles pensarán que he sido astuta si puedo decirles que he ganado ese lugar.

—Estoy segura de que ya lo piensan —murmuró Margarita.

Para entonces ya no dudaba de que la joven había manejado la conversación enteramente a su antojo; pero, aun así, el precio no era demasiado elevado. Perder a Enrique hacía que se sintiese tan culpable y avergonzada que no estaba dispuesta a soportarlo más, costase lo que costase. El solo pensamiento de que hombres como York pudieran hacer daño a Enrique le convulsionaba las entrañas como si hubiese recibido una patada. Margarita inclinó la cabeza.

—Berwick es vuestro, María. La pérdida de uno o dos kilómetros no ha de dolerle a quien posee un reino de tal magnitud.

De nuevo, María de Güeldres la tomó de las manos y se las apretó con fuerza.

—Entonces está hecho. Los mejores guerreros de Escocia os acompañarán al sur. Mi esposo era el jefe del clan, ¿sabéis lo que quiere decir? La palabra es *clanna*, que significa «hijos». Todos eran sus hijos, y él, un buen padre para ellos. Yo misma los elegiré por sus barbas y músculos y su habilidad con la espada. Habéis hecho de mí vuestra aliada, Margarita, si es que ya no lo era antes. Anunciaremos los esponsales inmediatamente. ¿Me acompañaréis ahora a la mesa? Desearía saber muchas más cosas de Londres y Francia.

York oía el repiqueteo de la lluvia en la ventana del palacio del obispo. La habitación del rey estaba iluminada por un pequeño fuego situado en uno de los muros, además de un candelero de cobre y hierro bruñido que el rey tenía junto al codo para poder leer. Aparte del sonido de la lluvia, sólo se oía el roce de la mano de Enrique sobre el papel y el tenue murmullo de su voz mientras leía las palabras escritas, sin dejar de mover los labios.

Estaban solos. Aquella noche se había enviado a los sirvientes a Londres como escolta del obispo, por lo que nadie había visto llegar a York ni cómo éste se quitaba la capa empapada. La puerta principal se había abierto con apenas tocarla, y York había recorrido los pasillos vacíos sujetando él mismo el candelero y acompañado únicamente por el sonido de sus pasos.

York se sentó junto a la silla del rey, frente al fuego, y tan cerca que cualquier observador habría pensado que mantenían una conversación privada. Pese a que los troncos apenas ardían, la habitación resultaba cálida con sus muros panelados en roble antiguo, del color del oro viejo. York se preguntó quién sería el rey en la época en que aquellos árboles se habían talado. Sin duda, las planchas de roble se habían cortado mucho antes de la invasión normanda, incluso ya entonces debían ser antiguas. ¿Quizá Athelstan? Puede que antes. Tal vez se secaron y pulieron cuando los reinos de Wessex y Mercia todavía no se habían unificado en un solo trono de Inglaterra. York pensó que en aquella habitación se sentía el peso de la historia. Aspiró los aromas de la cera y el humo como si se tratara del mejor incienso.

Entre los dos hombres había una mesita redonda con una sola copa, una frasca de vino y una botellita de madera mucho más pequeña y con tapón de cristal. La mirada de York se dirigió a aquellos objetos y a las gotas de lluvia que su capa había esparcido alrededor, centelleantes por el reflejo de las brasas, como si fueran salpicaduras de oro.

Los murmullos cesaron y York levantó lentamente la cabeza. Enrique le estaba mirando con cierto interés.

—Sé por qué estáis aquí —dijo Enrique de pronto—. He soportado esta

enfermedad, esta locura, durante tanto tiempo que siento como si me hubieran robado años de mi vida. Pero no soy estúpido. Nunca lo he sido.

York apartó la mirada y se inclinó un poco más, con los codos en las rodillas y los ojos puestos en la pulida madera del suelo. No levantó la cabeza cuando el rey volvió a hablar.

—¿Tenéis noticias de mi esposa y mi hijo, Ricardo? Los sirvientes se mueven a mi alrededor con rostros vacíos, como si yo fuera un fantasma, como si todos estuvieran sordos. Vos podéis verme, ¿no es así? ¿Me oís?

—Os oigo, Majestad, y os veo —dijo York sin pausa—. Vuestra esposa y vuestro hijo están bien. Estoy seguro.

—Margarita llamó Eduardo a nuestro hijo, igual que hicisteis vos con el vuestro, Ricardo. Es un gran chico, siempre alegre. ¿Cuántos años tiene vuestro muchacho ahora? ¿Trece? ¿Alguno más?

—Tiene dieciocho, y es más alto que la mayoría.

—Ah, perdonad. Me he perdido muchas cosas. Dicen que un hijo es el mayor orgullo de un padre, y una hija, su consuelo —prosiguió Enrique—. Me habría gustado tener hijas, Ricardo, aunque quizá todavía pueda tenerlas.

York parpadeó mirando las botellas de la mesa.

—Quizá, Majestad.

—Mi propio padre murió antes de que yo pudiera conocerlo —dijo Enrique con la mirada perdida en la penumbra dorada de la habitación—. No se sintió orgulloso de mí, no pudo hacerlo. A veces desearía haberlo conocido. Y que él me hubiera conocido a mí.

—Vuestro padre fue un gran hombre, Majestad, un gran rey. —York inclinó más la cabeza—. Si hubiese vivido una docena de años más, muchas cosas serían diferentes.

—Sí, me habría gustado conocerlo. Pero debo estar contento. Lo volveré a ver, con mi madre. Eso me consuela, Ricardo, cuando me golpea la enfermedad. Llegará el día en que me presente ante él. Le diré que fui rey durante un tiempo. Le describiré a Margarita y a mi hijo, Eduardo. ¿Creéis que estará decepcionado, Ricardo? No he ganado guerras, como hizo él. —Sus ojos parecían agrandados en aquella luz tenue; las pupilas como negros pozos de tristeza cuando se volvió hacia York—. ¿Cómo va a conocerme? Yo era sólo un niño cuando él murió.

—Os conocerá, Majestad. Y os abrazará.

Enrique bostezó. Buscó a su alrededor a los criados ausentes y frunció el ceño.

—Es tarde, Ricardo. Ahora me levanto temprano, antes de que salga el sol. He leído durante demasiado tiempo y me duele la cabeza.

—¿Os sirvo un poco de vino, Majestad?

—Sí, os lo ruego. Me ayuda a dormir sin sueños. No debo soñar, Ricardo. Veo cosas terribles.

York rompió el lacre del vino, retiró un tapón de papel y llenó la copa con el

líquido rojo oscuro, casi negro en la semioscuridad. Enrique parecía haberle olvidado y miraba atento el resplandor de las brasas, el fuego ya casi consumido. York podría haber estado solo, tan poco se hacía sentir la presencia del otro. El silencio inundó la habitación como un aire cálido, espeso y adormecedor, mientras York extendía la mano para coger la segunda botella. Retiró el tapón de cristal, unido a la botella por una diminuta juntura, y lo dejó abierto. Reflejos dorados y sombras caían en el rostro de Enrique, que miraba los rescoldos con ojos entornados.

York cerró los ojos. Se presionaba la frente con la base de la mano y aún tenía la botella abierta entre los dedos.

De repente se levantó de su asiento, lo que hizo que Enrique lo mirara sobresaltado.

—Quedad con Dios, Majestad —dijo con la voz ronca.

—¿No os quedáis conmigo? —preguntó Enrique con la vista puesta en la copa de vino.

—No puedo. Se están congregando ejércitos en el norte, ejércitos a los que debo combatir y vencer. Vuestros sirvientes habrán regresado cuando despertéis.

Enrique tomó la copa, se la llevó a los labios y bebió elevándola bien alta. Mientras bebía no dejaba de mirar a York, hasta que posó de nuevo la copa, vacía.

—Os deseo buena suerte, Ricardo. Sois mejor hombre de lo que puedan pensar.

De la garganta de York salió un sonido bronco, casi un lamento de dolor. Salió rápidamente de la habitación con la botella aún en la mano. Enrique se volvió hacia el fuego y, con la cabeza apoyada en el tapizado de la silla, pronto sintió cómo le iba invadiendo el sueño. El eco de los pasos de York pareció resonar largo rato en aquellos pasillos vacíos hasta que por fin dejaron de oírse.



l invierno desplegaba toda su crudeza mientras York cabalgaba a lo largo del río, de vuelta al palacio de Westminster. La lluvia le golpeaba la piel hasta hacerle sentir que llevaba una máscara. No había luna ni estrellas y sólo una capa de nubes bajas podía verse sobre la ciudad, lo que obligó a York a llevar el caballo al paso y recorrer así ocho kilómetros, calentado únicamente por la ira que bullía en su interior. Pero ni siquiera ésta bastaba para combatir el frío glacial, así que York llegó a los aposentos reales empapado y aterido, con los dientes castañeteando e incluso con los pensamientos reducidos a poco más que fragmentos de hielo a la deriva. Se acercó al fuego que crepitaba en la chimenea y permaneció allí, silencioso y chorreando hasta dejar charcos en la alfombra. Todavía faltaba tiempo para que amaneciera y estaba rendido de fatiga, tanto que incluso se balanceaba ligeramente mientras permanecía con los ojos cerrados y las manos extendidas hacia el fuego.

Salisbury entró en la habitación en el momento en que la capa de York empezaba a humear. Resultaba evidente que le habían sacado de la cama, pues tenía el cabello erizado de mechones entrecanos y parecía diez años mayor. Con todo, los ojos miraban con viveza cuando se posaron en la alta y oscura figura, inmóvil ante las llamas que crepitaban y silbaban. Salisbury sabía muy bien dónde había estado el duque aquella noche y ardía en deseos de preguntar. Pero cuando York se dio la vuelta, tenía los ojos enrojecidos y extraviados, y a su amigo las preguntas se le quedaron ahogadas en la garganta.

—¿Qué novedades hay? —preguntó York. Tenía las manos muy rojas y algo hinchadas por el calor del fuego. Salisbury no pudo evitar fijarse en los dedos extendidos.

—Aún sin noticias de cuántos pueden ser. Con este tiempo, muchos están cobijados en las tiendas o tras las murallas de la ciudad.

York lo miró molesto.

—Necesitamos saberlo.

—No puedo hacer milagros, Ricardo —dijo Salisbury sonrojándose—. Tengo a seis buenos hombres en Coventry y a tres en la ciudad de York, pero ahora mismo sólo dos en toda Gales, y no he sabido de ellos en un mes.

Había tardado años en situar a sus informantes en los principales feudos enemigos. Después de la batalla de San Albano, Salisbury había abordado la tarea con determinación, resuelto a igualar la capacidad de Derry Brewer para acceder a información de verdadero calado. Pasado un tiempo, Salisbury había empezado a darse cuenta de lo difícil que resultaba crear un equipo de tales características, así como de la pericia y gran experiencia de su oponente. Con demasiada frecuencia, sus hombres habían aparecido asesinados, casi siempre como si hubieran sufrido un terrible accidente. Sin embargo, algunos habían sobrevivido, se las habían ingeniado para pasar desapercibidos hasta que, por fin, informaron de que en el norte se estaba

reuniendo un ejército de gran magnitud.

Aquello no tenía mucho sentido. Nadie combatía durante el invierno, porque los ejércitos no podían aprovisionarse suficientemente mientras marchaban. La lluvia estropeaba los arcos, obligaba a los hombres a dormir sobre cúmulos de barro y reducía a la mitad la distancia que podían recorrer cada día. Las manos, entumecidas, dejaban caer las armas, y podía suceder que grandes ejércitos se cruzaran en las noches ventosas y oscuras sin enterarse de cuán cerca habían estado del enemigo.

Pese a todo, una docena de los más poderosos lores congregaban soldados en un mismo lugar y, en medio del intenso frío, plantaban sus estandartes en el barro. O peor aún: uno de sus hombres había informado de que estaban alistando hombres en Gales, y que cientos de ellos ya se reunían en torno a los empapados estandartes de los Tudor. Nunca nadie había peleado en invierno. Sólo el hecho de que Enrique estuviera prisionero podría empujarlos a marchar hacia Londres, desesperados por salvar al rey.

—¿Sabéis algo de vuestro hijo, de Warwick? —preguntó York.

Salisbury, irritado, negó con la cabeza.

—Todavía es demasiado pronto. Una cosa es llamar a los hombres de Kent en pleno verano, y otra muy distinta sacarlos de sus pueblos con la Navidad de por medio.

—Londres está demasiado al sur —murmuró York, girándose hacia el fuego—. Demasiado lejos para que pueda vigilar lo que hacen. —Vio que Salisbury enrojecía como si le hubiesen amonestado y asintió para sí mismo.

Había sido idea de Salisbury hacer de Londres su fortín en tanto se revocaba la muerte civil. Durante un tiempo, pareció una decisión acertada, puesto que muchos hombres acudían dispuestos a defender sus enseñas y recibir adiestramiento y armas. Después de la desalmada defensa de la Torre por parte de lord Scales, miles de londinenses se habían presentado voluntarios para unirse a ellos, muchachos tanto de las elegantes casas de Wych Street como de los vecindarios más miserables de Londres. Habían dedicado el otoño a marchar por los campos del sur, al otro lado del río, y a aprender cómo usar las picas y los escudos.

York apretó los puños y luego volvió a estirar los dedos. Sentía cómo el dolor se iba mitigando a medida que los dedos se calentaban y la sangre retornaba a ellos. Aparentemente, mientras tanto ellos preparaban un ejército, también la reina había estado fuera, dedicada a envenenar los oídos de hombres como los condes Tudor. Habría podido admirar a aquella mujer, si no se hubiese mostrado tan encarnizadamente en su contra desde el principio. Mientras Margarita viviera, mientras su hijo viviera, sabía que nunca estaría a salvo.

York se preguntaba dónde estaría la reina en aquel momento y si se habría enterado de que le habían proclamado heredero al trono. Era un pequeño consuelo, en medio del ánimo lúgubre en que se hallaba sumido. Su pensamiento volvía sin cesar al rey Enrique y a la habitación del palacio del obispo. Temía el momento en que

Salisbury preguntara al respecto.

—Marcharemos —dijo de pronto York en el silencio de la habitación—. No esperaré a que vengan a por mí. Nos llevaremos al norte a todos los hombres menos tres mil. Si están reuniendo tropas, quiero verlas. Quiero saber cuántos son ellos. Por lo que sabemos, están aguardando a que llegue la primavera, y podríamos cogerlos desprevenidos. Sí. Es mejor que quedarse aquí y dejar que otros decidan nuestro destino.

—Tres mil hombres son más que suficientes para mantener el orden —replicó Salisbury. Echó otro par de troncos al fuego y se entretuvo con el atizador.

—Quizá, pero tampoco podemos prescindir de ellos —contestó York—. No dejaré buenos soldados en Londres. Necesitamos una tropa numerosa para interceptar a los Tudor y disuadirlos de abandonar Gales. Mi hijo puede desplegar tres mil hombres en Ludlow para defender la frontera. Conoce el terreno. Utilizaremos jinetes como enlace para poder transmitir rápidamente los mensajes. Y otra línea de comunicación con Warwick, en Kent, mientras trae a los hombres al norte. No necesitamos ocuparnos de Londres ahora. De todos modos, las tabernas están secas. —York esbozó una sonrisa burlona, complacido al ver que la expresión del más viejo se relajaba.

—Me gustaría ir a casa —dijo York con voz tenue—. Llevo demasiado tiempo en el sur y ya he tenido suficiente. Dentro de pocos meses cumpliré cincuenta años. Estoy cansado. Quizá lo hayáis notado. Quisiera ver de nuevo mis tierras, aunque un ejército de la reina me esté esperando allí.

—Lo entiendo. Yo siento lo mismo. Han perdido a seis mil hombres este año. Demasiadas cosechas se han echado a perder por falta de muchachos que las recolectaran. El pan cuesta dos veces más ahora, ¿lo sabíais? La cerveza, a dos peniques la pinta por la escasez de cebada. Han arruinado el norte. En algunos lugares, la gente se muere de hambre, y todo por batallas que han perdido. Creo que el ejército de la reina ya sabe cuál es el precio de las bonitas promesas y del emblema plateado. No pueden permitirse otro año como éste.

Durante toda la conversación, una sola pregunta bullía en la mente de Salisbury. A juzgar por el sombrío humor de York, sospechaba ya la respuesta, pero aun así decidió expresar su pensamiento en voz alta.

—Tienen en el rey Enrique a un talismán para sumar apoyos, un nombre para arrastrar a hombres que, de otro modo, se quedarían junto al fuego de sus hogares durante el invierno. ¿Lo habéis encontrado... débil?

York chasqueó la lengua entre los incisivos mientras sondeaba con ella un hueco que le molestaba.

—Estaba bastante bien cuando lo dejé. —No apartó la vista del fuego al oír cómo Salisbury resoplaba de ira.

—¿El hombre más enfermo de Inglaterra y está «bastante bien»? Nadie se sorprendería si Enrique se durmiera para siempre, pero vos parecéis estar seguro de

que está bien. ¿No es así? ¡Por Dios, Ricardo! ¡Sois el heredero al trono! ¿Vais a esperar a que muera de viejo?

—No lo entendéis. —York le atajó en seco—. Mientras viva, hasta cierto punto podemos aparentar que actuamos en su nombre. Todavía hay algunos, o más que algunos, que lucharán a nuestro lado porque «defendemos» al rey. Estuvisteis en Ludlow. ¡Visteis cómo Trollope incorporaba sus hombres de Calais a las filas del rey tan pronto como vio los emblemas del león! Si Enrique muriera, perderíamos una parte de nuestro ejército. Sólo Enrique hace que estemos en el lado «correcto».

Salisbury miró perplejo a su amigo. Oía aquella mentira sin entenderla, y se preguntaba si el propio York comprendía lo que decía.

—Si Enrique, por... alguna razón, hubiese muerto esta noche, como ya discutimos, ahora seríais rey. Os coronarían en Londres mañana mismo, y entonces seríais vos quien portaría el emblema del león. Todos esos lores y hombres del pueblo a los que tanto impresiona Enrique se arrodillarían ante vos, ¡y lucharían por vos! Por todos los diablos, lo supe en cuanto os vi la cara.

A pesar de su ira, Salisbury no dejaba de mirar por toda la habitación, para comprobar que no había ningún criado que pudiese oírlos. Bajó la voz y habló en un ronco susurro:

—Fuisteis vos quien insistió en que no podía hacerlo otro. Dijisteis que no permitiríais que un ladrón entrara en su habitación. Dijisteis que no podía haber sangre. ¿Todavía tenéis la botella, o la dejasteis allí para que los doctores la olieran y lo descubrieran todo?

Aguijoneado por la ira de su amigo, York rebuscó bruscamente por debajo de la capa y arrojó la pequeña botella al fuego, donde, aún entera, fue poniéndose negra lentamente. Ambos oyeron un borboteo en su interior y una llama verde parpadeó alrededor del tapón.

—Es como un niño —dijo York—, un inocente. Creo que adivinó lo que iba a hacer y me perdonó por ello. Habría sido algo monstruoso, condenar mi alma por un niño.

—Seríais rey. Esta misma noche —replicó Salisbury con amargo resentimiento—. Vos y yo habríamos asegurado nuestro futuro, a nuestras familias y casas durante un siglo. Por algo así, yo condenaría a un millar de almas, la mía entre ellas, y después dormiría como un niño.

—Ahorraos vuestro desprecio —contraatacó York—. No se trata de ningún juego de tronos, sino de muertes de verdad y sangre de verdad. Me pregunto cómo es posible que me queráis hacer rey y, al mismo tiempo, seguir controlando mi mano. ¿Tan terrible es que no pudiera matar a un niño? ¿Es que no os conozco todavía?

Ante la mirada inquisitiva de York, Salisbury bajó los ojos y exhaló repetidamente, hasta quedarse vacío.

—Sí, me conocéis —respondió al fin—. Y no es tan terrible. Cuando me hubieseis comunicado la noticia de su muerte, lo habría lamentado, sobre todo por el



amor que profesé a su padre. —Levantó ambas manos con las palmas hacia fuera, vacías—. De acuerdo, Ricardo. No volveré a preguntar. Enviad a Eduardo a Gales y yo marcharé al norte con vos, aunque mis huesos se quejan de sólo pensarlo. Hallaremos otro camino, sin que Enrique haya de morir.

Margarita miró por encima del hombro y, al ver a su hijo, le brillaron los ojos. El jovencito montaba orgullosamente, rodeado de escoceses a pie. Los jefes lo habían hecho montar para que mantuviese el ritmo de la marcha, aunque ellos iban caminando. Durante los primeros kilómetros, Margarita había temido por la seguridad del muchacho. Sin embargo, en la única ocasión en que éste había resbalado, un joven lo había recogido hábilmente y vuelto a lanzar sobre la silla, sin que Eduardo dejara de reír.

En otras circunstancias, aquellos hombres la habrían asustado. Eran guerreros de los clanes, escogidos por Margarita para que la acompañaran a Inglaterra. Exceptuando a algunos, no eran hombres de gran estatura o corpulencia. Lucían espesas barbas pelirrojas, negras o de color castaño oscuro, a veces trenzadas hasta alcanzar grandes longitudes y con amuletos entretejidos en el pelo. Hablaban entre ellos una extraña lengua, si bien algunos parecían saber algo de francés. Pocos hablaban inglés, o reconocían que lo hablaban, aunque si se les preguntaba al respecto se sonreían e intercambiaban miradas, hasta que por fin prorrumpián en una carcajada cuya razón Margarita no alcanzaba a entender.

Tenían un aspecto bastante fiero, eso resultaba evidente. María de Güeldres no había mentido al asegurarle que los elegiría por su fuerza y destreza. Todos vestían una *léine*, una túnica amarilla que dejaba los brazos descubiertos y que les llegaba hasta las rodillas. Pronto se había dado cuenta, por el olor, de quiénes entre ellos se habían podido permitir el tinte de azafrán y quiénes habían usado orina de caballo. Sobre la cota, se sujetaban un paño informe —que llamaban *brat*— cerrado en el cuello a modo de capa y que también usaban como manta para dormir. Algunos eran de color azul oscuro o rojos, mientras que otros mostraban una extraña combinación de pardos y verdes.

Por debajo de esas prendas, le había sorprendido que muchos dejaran ver las piernas desnudas. Unos pocos llevaban gregüescos, como sus compatriotas franceses, amoldados a las piernas tras años de uso y untados con la mayor cantidad posible de grasa para sellarlos contra el frío. El resto caminaba mostrando casi hasta el muslo unas piernas velludas, con el *brat* fuertemente ajustado a la cintura y recogido en pliegues durante la marcha.

Cuando cruzaron la frontera, los días eran ya cortos y oscuros. Caminaban durante las horas de luz y después comían y descansaban, cuatro mil hombres sobre la tierra húmeda, enrollados en sus mantas como larvas en su capullo. La comida era muy escasa, aunque vaciaban de provisiones cualquier pueblo o ciudad que cruzaran

y situaban a algunos buenos arqueros en la vanguardia, por si aparecían conejos o ciervos. Margarita notaba que había adelgazado después de una semana, a pesar de que, paradójicamente, aquella parca dieta a base de avena y tiras de carne seca pareciera darle más energía.

Ya era bien entrado diciembre cuando avistaron la ciudad de York y el ejército congregado a sus puertas. Los escoceses parecieron ponerse alerta al ver las tiendas y los caballeros con armadura, lo que preocupó a Margarita. Había introducido a un viejo enemigo en Inglaterra, por más que éste hubiera prometido servirla con lealtad. No resultaba difícil prever alguna acción impulsiva o insultos, y entonces los jóvenes escoceses atacarían al mismo ejército que habían venido a ayudar.

Adelantándose a los cuatro mil hombres, los exploradores ya corrían para llevar las noticias. Margarita se decía a sí misma que no debía preocuparse, pero vio que el jefe escocés atravesaba la línea de hombres y se dirigía a caballo hacia ella.

Andrew Douglas hablaba francés e inglés, aunque al mismo tiempo era capaz de murmurar en gaélico, como si mantuviera una conversación consigo mismo. La reina desconocía su posición oficial en la corte escocesa, pero María le había dicho que confiaba en él. Era un hombre grande y robusto, uno de los pocos que iba a caballo, pese a que al manejar su montura hacía más un despliegue de fuerza que de elegancia o delicadeza. Parecía fulminarla cada vez que la miraba, aunque Margarita sabía que, en parte, lo que producía esa impresión era la exuberancia del pelo de Douglas: una barba que bien podía esconder el nido de un pájaro, combinada con un espeso cabello negro que le llegaba hasta los hombros y unas cejas salvajes. Sólo la nariz y un trocito de piel en los pómulos aparecían despejados, pero por lo demás Douglas miraba desde la espesura con unos ojos azules siempre sombríos. Se mostraba respetuoso en su presencia, aunque Margarita no podía saber si lo era tanto en sus murmullos gaélicos.

—Milady, será mejor detener a los hombres antes de que alboroten a los sabuesos, si comprendéis a lo que me refiero —dijo, tras lo cual añadió por lo bajo una retahíla que Margarita no entendió—. Necesitamos un buen lugar para que descansen, cerca de un río, quizá algo más arriba de donde acampan los muchachos de ahí abajo, para que así no tengan que beberse sus meados.

Margarita parpadeó pensando que quizá no había entendido bien, pero sin atreverse tampoco a pedirle que lo repitiera. Alguien que tenía el francés como lengua materna bien podría en ocasiones no entender del todo el acento escocés. En cualquier caso, accedió con una inclinación de cabeza al sentido general de lo dicho, tras lo cual Douglas gritó algo a los hombres en su lengua y estos se detuvieron y sacaron las hachas y espadas. Margarita empezó a preocuparse de nuevo.

—¿Por qué se están armando, Andrew? No hay enemigos aquí.

—Suelen hacerlo, milady. Les gusta tocar el hierro cuando los ingleses están cerca. Es sólo la costumbre, no le deis importancia.

Margarita llamó a su hijo y lo miró con cariño mientras éste se acercaba,

ruborizado ante la mirada de tantos hombres, hasta que por fin detuvo su montura junto a ella, jadeante y feliz. En la distancia, al frente del ejército que los aguardaba, unas tres docenas de hombres se habían adelantado y se acercaban al trote con los estandartes en alto.

—Es el duque de Somerset —dijo Margarita volviéndose hacia Douglas.

—Sí, y el conde Percy —replicó éste—. Conocemos bien sus enseñas.

—Agradeceré que por el respeto debido a vuestra reina y a su hijo no haya disputas entre vosotros —dijo Margarita con firmeza.

Para su sorpresa, Douglas rió.

—Entendemos lo que es una tregua, y quiénes son nuestros aliados. Si conocierais un poco mejor a los clanes, confiaríais en estos muchachos.

A pesar de todo, Margarita notaba cómo se iba poniendo más nerviosa a medida que los jinetes se acercaban. Sintió alivio al ver que Derry Brewer estaba con ellos, visiblemente contento.

Como lord de mayor edad, Somerset fue el primero en desmontar e hincar la rodilla ante Margarita. Le siguieron el conde Percy y el barón Clifford. El resto permaneció en silencio mientras sus señores saludaban a la reina y a su hijo, atentos a las filas de guerreros escoceses que los observaban con frialdad y con la mano en la empuñadura de la espada.

—Su Alteza, es un gran placer veros —dijo Somerset al levantarse—. Príncipe Eduardo, sed bienvenido.

—No puedo evitar preguntarme, milady, qué precio habréis pagado por tal número de hombres —añadió Enrique Percy arrugando el ceño—. Espero que no sea demasiado gravoso. —El joven conde tenía el pico rapaz de los Percy, pensó Margarita, esa gran nariz en cuña que dominaba el rostro y le hacía parecer una versión más joven de su padre.

—Creo que es asunto que concierne a la Corona, milord Percy —repuso con aspereza, lo que provocó el rubor de Percy—. Bien, permitid que os presente a lord Douglas, comandante de estos magníficos guerreros.

El conde Percy percibió la hostilidad de Andrew Douglas mientras éste se aproximaba. El escocés extendió la mano, de modo que se viera claramente que la palma estaba vacía, y tomó la de Percy como si estuviera haciendo una gran concesión. Una vez retirada la mano, el conde se dio la vuelta y lanzó una mirada de reprobación a la chusma escocesa, la boca retorcida como si se mordisqueara una llaga dentro del labio. Margarita podía ver que Derry Brewer observaba divertido aquel intercambio.

—He delimitado un campamento algo apartado del grueso de las fuerzas —dijo Somerset, el ceño arrugado ante la tensión del ambiente—. Lord Douglas, vos y vuestros hombres ocuparéis el flanco izquierdo si nos atacan, cerca de Clifford y de mis propios hombres.

—¿Y dónde estaréis vos, lord Percy? —preguntó Andrew Douglas en tono

inocente.

—En el flanco derecho —replicó Percy de inmediato, cada vez más encarnado—. Hay entre mis hombres y los vuestros un largo historial de agravios que no han de saldarse aquí. —Endureció sutilmente la voz y la expresión—. Espero que no haya ningún conflicto, y así se lo he dicho también a mis capitanes. Por supuesto, debo prohibir la entrada en la ciudad a vuestros hombres. Ya he asegurado a las autoridades de la ciudad que así se hará.

—Acepto vuestras condiciones, milord —replicó Douglas—. Por nada del mundo quisiéramos asustar a las buenas gentes de York. —Farfulló algo por lo bajo, lo que hizo que el rostro de Percy adquiriera una tonalidad casi púrpura.

Margarita se preguntó si el conde entendería aquella lengua fluida y extraña, después de pasar tanto tiempo protegiendo las fronteras contra hombres como sus cuatro mil escoceses. Elevó entonces una secreta plegaria para pedir que los lobos no hubiesen entrado en Inglaterra por su culpa.

—Su Alteza —dijo Somerset rompiendo su concentración—. Con vuestro permiso, lo he dispuesto todo para que podáis alojaros y descansar en la ciudad, en una buena calle. El barón Clifford ha accedido a mostrar a estos hombres el lugar que les corresponde.

Andrew Douglas rió al oír aquello, quizá por algún sobreentendido que, con intención o sin ella, pudieran esconder aquellas palabras. Antes de dejarse conducir, Margarita desmontó y abrazó al escocés, lo que dejó a todos petrificados e hizo que los hombres desviarán la mirada.

—Gracias por traerme a casa, Andrew. Sean cuales sean vuestros motivos, os estoy agradecida a vos y a vuestros hombres. Son buenos muchachos.

La reina dejó al escocés con la cara casi tan encendida como la del conde Percy, que seguía con la mirada a Margarita. Derry Brewer ayudó a montar a la reina. Sonreía mientras se encaramaba a la silla de Retribución y partían al trote, acompañados por la mitad de los nobles y estandartes allí congregados. Por encima de todos ellos, la lluvia empezó a caer de nuevo, con fuerza suficiente como para pinchar en la cara a los que, entre protestas, miraron hacia arriba.

**L**a Navidad llegó y se fue en el camino, una de las más extrañas que York y Salisbury habían pasado nunca, alejados de sus familias. Por más que marcharan al norte, a la guerra, ninguno de los dos podía ignorar el día del nacimiento de Cristo, incluso suponiendo que sus hombres hubiesen callado ante semejante proceder y no lo hubieran considerado el peor de los augurios.

La presencia de ocho mil soldados que atravesaban su diócesis había dejado atónito al obispo de Lincoln. Eran demasiados incluso para la gran catedral que se alzaba en la colina. Cantidades ingentes de soldados se habían apiñado amigablemente alrededor de la congregación de lugareños, en el interior, mientras el resto se apelotonaba fuera, asombrados ante el chapitel más alto de Inglaterra. Por una vez, la lluvia les dio un respiro. No había viento y el frío se había hecho más intenso, de tal modo que la ciudad resplandecía por la helada y los que estaban a la intemperie pronto empezaron a temblar y soplarse las manos. En aquellas horas de silencio e himnos cantados en sordina, parecía como si el mundo entero contuviese la respiración.

Habían perdido casi dos días en su camino campo a través hasta la catedral, pero York veía cómo la experiencia había revitalizado a los hombres, que ahora caminaban más ligeros, como si les hubiesen quitado un peso de encima. Sin duda, muchos habían confesado sus pecados en aquella vasta y gélida calma, y habían implorado el perdón para tener al menos, en el caso de que muriesen, una oportunidad de ir al cielo. El mismo York había hecho otro tanto y, en el momento en que se arrodillaba, había dado gracias de que la muerte del rey no pesara sobre su alma. Habría sido demasiada carga, demasiado que perdonar.

Con sorpresa, se había dado cuenta de que disfrutaba del lento viaje al norte. Las vías romanas estaban hechas de sólidas losas de piedra que atravesaban páramos y espesos bosques de robles, abedules y fresnos. Los soldados marchaban hasta la cima de las colinas y, desde allí, podían ver kilómetros de un paisaje verde oscuro antes de descender a los valles boscosos y seguir camino.

La lluvia y un viento recio los castigaban casi incesantemente, el agua se colaba entre los árboles a cada lado del camino, enfriaba el espíritu de los hombres y hacía que sus ropas pesaran como armaduras. Sin embargo, cuando York respiraba, el aire ya le era conocido, un aire que a veces aspiraba casi con violencia. La política y los problemas de Londres quedaban atrás, y además disfrutaba de la compañía de Salisbury, sin otra preocupación que dejar a la espalda una buena cantidad de kilómetros cada día. Los víveres escaseaban, de modo que, tras ocho días comiendo muy poco, York podía darse palmadas en el estómago y notar complacido la dureza de los músculos, prueba inequívoca de que había perdido una parte de la molesta grasa acumulada en años previos. Se sentía fuerte y alerta, hasta tal punto que era casi una lástima que hubiera de conducir a sus hombres contra un ejército hostil. Pese a

toda la buena voluntad que le invadía, aquel hecho envolvía el mejor de sus ánimos como una mortaja.

Salisbury y él habían sumado cuatrocientos hombres más aprovechando que pasaban cerca de sus propias tierras, generalmente señoríos aislados que habían pertenecido largo tiempo a sus familias y que ahora les habían sido devueltos, tras la revocación de la muerte civil. El segundo hijo de York, Edmundo, conde de Rutland y de sólo diecisiete años, estaba entre ellos, orgulloso como un pavo real de poder marchar y luchar al lado de su padre. Edmundo no tenía la estatura ni la enorme corpulencia de su hermano mayor, sino que, con su cabello negro y ojos oscuros, se parecía a su padre, al que aventajaba en un par de centímetros. York celebró su llegada con un grito de alegría, aunque en privado le confesó a Salisbury que era como si, a través de los ojos del muchacho, Cecilia lo estuviese vigilando.

York y Salisbury utilizaron cada caballo de repuesto como montura para los exploradores, y situaron hombres tras ellos, en los caminos de Londres, y al oeste, hacia la frontera con Gales. Otros fueron enviados unos quince kilómetros por delante, en grupos de tres cada vez, para que al menos uno sobreviviera a una posible emboscada y pudiera volver a informar. En terreno hostil, era de sentido común enviar jinetes de avanzadilla, como si fueran libélulas volando incesantemente adelante y atrás, transmitiendo órdenes o informando del terreno hacia el que avanzaban. Cada día de marcha hacía que la cadena de comunicación se alargara, de modo que cuando Warwick regresó a Londres, en el sur, la noticia llegó con seis días de retraso a Salisbury. Warwick iba ahora tras ellos hacia el norte, junto con los hombres de Kent, que arrancados de sus familias, no dejaban de perjurar en todo el camino, según se deducía de las concisas líneas que Warwick había enviado a su padre.

Eduardo de March se mostraba aún más lacónico, y eso cuando sus mensajes llegaban. No decía nada del castillo de Ludlow; tan sólo informaba de que había tomado posiciones y transmitía las manifestaciones de afecto de su madre. York había sonreído para sus adentros al leer la línea firmada «E. March», pues imaginaba a su hijo dividido entre la responsabilidad de dirigir un ejército y, al mismo tiempo, la necesidad de soportar las instrucciones de su madre. No obstante, York estaba satisfecho. Todos participaban en esto. Pese a la lluvia, la oscuridad y el frío, disponía de tres ejércitos preparados para aplastar las fuerzas que la reina Margarita pudiese haber reunido. Casi deseaba agradecer a sus enemigos que se hubieran congregado en un solo lugar, aunque lo hubieran hecho en invierno, puesto que así le sería posible acabar con todos ellos a la vez. El año tocaba a su fin y, para York, nada parecía más conveniente que aquello: cuando llegara la primavera toda Inglaterra estaría en sus manos.

Pensó entonces en aquel joven solitario que, en el palacio del obispo, estaría sin duda leyendo a la luz del candelero. York sacudió la cabeza para ahuyentar la imagen. El destino de Enrique era un cabo suelto y sabía que no había terminado con el rey.

Por el momento, sin embargo, sólo miraría hacia delante.

Tener exploradores que cubrían tanta distancia hacía imposible que el enemigo los sorprendiera. Por ello, ni York ni Salisbury vieron nada extraño en el jinete que fustigaba resueltamente a su cansado caballo para conducirlo de vuelta a las filas. Una vez llegados a la ciudad de Sheffield, feudo del conde de Shrewsbury, York entraba en un terreno que conocía particularmente bien desde que era niño. La gran ciudad de York quedaba a tan sólo dos días de camino hacia el norte, y el duque sentía que había llegado a casa. Los hombres abrieron paso al explorador, como habían hecho muchas veces antes. La mayoría no traía novedades y, quizá por eso, York recibió con una sonrisa al joven que desmontaba y se inclinaba ante él. El explorador estaba desacostumbradamente pálido y empapado de sudor, pero York sólo enarcó las cejas mientras esperaba a que el hombre se recompusiera.

—Milord, hay una gran hueste junto a la ciudad de York, algo más adelante. Un ejército como nunca he visto.

Estaban atravesando una oscura zona boscosa y el camino aparecía como una línea entrecortada a la que faltaban la mitad de las piedras. Los árboles invadían la ruta a ambos lados, en ocasiones incluso crecían entre las losas romanas. York vio que Salisbury retrocedía con su caballo para poder oír.

—Parece que este joven ha encontrado a nuestra presa —dijo York, en tono que pretendía ser desenfadado—. ¿Dónde están vuestros compañeros?

—Milord, no..., no lo sé. Vimos que tenían destacados a sus propios exploradores, así que había que salir de allí a todo galope. Yo perdí de vista a los otros. —Con gesto inconsciente, el joven palmeó con mano temblorosa el cuello del caballo, al que caían hilos de espuma por el hocico.

—¿Cuánto os acercasteis antes de daros la vuelta? —preguntó York. Ante su sorpresa, el joven se sonrojó, como si se hubiera cuestionado su valor—. Decidme tan sólo lo que visteis. —Salisbury y él se habían cuidado de elegir exploradores capaces de contar, o al menos estimar aproximadamente, un gran número de hombres. York esperó impacientemente mientras el joven se retorció los dedos y murmuraba por lo bajo.

—Se dividían en tres secciones, milord. Tres grandes batallones, acampados junto a la ciudad. Cada una de unos... seis mil hombres, si no me equivoco. Tal vez algo menos, pero diría que, en total, son unos dieciocho mil.

York tragó saliva y un estremecimiento le recorrió la espalda. En Ludlow, casi se había enfrentado a ese número, pero desde entonces los nobles del rey habían perdido a millares, además de a comandantes como Buckingham y Egremont. Le asaltó cierto sentimiento de impotencia al pensar en semejante ejército. La reina y sus nobles, allí donde fueran, parecían no tener problemas para reunir ejércitos como plagas de langostas. Los ojos de York buscaron a Salisbury y el duque vio que su amigo lo fulminaba con la mirada. El nombre del rey era una poderosa ayuda a la hora de reclutar, incluso estando ausente, o precisamente porque lo estaba. York no sostuvo

aquella mirada, reconcentrado en sus pensamientos mientras el explorador lo observaba.

—Si los exploradores se cruzaron, ya deben saber que nos acercamos —dijo de pronto Salisbury—. ¿Cuánto hace de eso?

El joven caballero pareció aliviado de poder apartar la vista de York, tal era el sufrimiento que mostraba el rostro del duque.

—Los vi ayer por la mañana, milord. Tuve que dar un gran rodeo para evitar a los jinetes que me seguían, pero no pueden estar a más de treinta y cinco o cuarenta y cinco kilómetros. Nunca me alejo más de esa distancia.

—Y han tenido todo un día para avanzar hacia el sur, si partieron nada más avistar a nuestros exploradores.

—No —dijo York—. Tenemos otros exploradores a diez y a veinte kilómetros. Ninguno de ellos ha vuelto para informar. El ejército de la reina no se ha movido o, al menos, no muy deprisa.

—Aun así, son demasiados, Ricardo —dijo Salisbury con voz tenue.

York lo miró irritado, antes de despedir al jadeante explorador y ordenar que otro partiera para cubrir su ruta. En ese momento, con semejante masa de hombres en su contra, necesitaba a sus libélulas más que nunca.

—No, no lo son —respondió York con firmeza—. Aunque el invierno haya helado el corazón de la mitad de los hombres de Kent, Warwick traerá seis mil, o muchos más. Mi hijo tiene tres mil con él. —York hablaba con voz apagada, absorto en sus cálculos.

Si hacía que Eduardo regresara, no habría nadie en la frontera galesa para detener a los Tudor. Todo dependía de cuántos hombres trajera Warwick... y de cuánto camino llevaran recorrido. York maldijo para sí mismo, y Salisbury asintió.

—Necesitamos una fortaleza —dijo Salisbury—. Algún lugar seguro mientras esperamos. Middleham está demasiado lejos y es demasiado pequeño para ocho mil hombres.

—Entonces Sandal —dijo York—. Está a sólo cuatro leguas de aquí.

—Pero quizá las tropas de la reina ya la hayan dejado atrás —replicó Salisbury—. Preferiría ir al oeste o al norte, incluso de nuevo a Ludlow.

—Nos darían caza antes de llegar allí. —York se frotó enérgicamente la cara, como si quisiera devolver algo de vida a la carne—. Y no quisiera dar al destino la ocasión de repetirse. No. Ninguno de los otros exploradores ha regresado. Podemos llegar al castillo de Sandal. Es casi una isla, una fortaleza en una colina, y fácil de defender. Servirá a nuestros propósitos.

—No me gusta correr el riesgo —dijo Salisbury firmemente—. Parece que queráis topar de frente contra un enemigo que nos dobla en número.

Se agitó sorprendido al ver que York reía y luego inspiraba profundamente, hasta llenar los pulmones.

—Esta es mi casa. Me han obligado a marchar con tormentas y lluvia, pero eso



sólo me ha hecho más fuerte. El año se acaba, y, con él, esta última y gran cacería. Sandal está sólo a unos kilómetros. No me asusta ese «riesgo» del que habláis, ni los movimientos de mis enemigos, no importa cuántos sean. —Negó con la cabeza con lúgubre regocijo—. No voy a huir. Ni hoy ni ningún otro día. Tener que escapar de Ludlow ya fue suficiente para toda una vida. Os aseguro que no volverán a verme la espalda.

Miraba fríamente mientras esperaba una respuesta. Se preguntaba si Salisbury continuaría discutiendo y desperdiciando un tiempo que necesitaban.

—¿Cuatro leguas hasta Sandal? ¿Estáis seguro? ¿Unos veinte kilómetros? —preguntó por fin Salisbury. York sonrió a su amigo.

—No estará más lejos, os lo juro. Solía montar desde York hasta el mercado de Sheffield cuando era niño, junto con vuestro padre. Conozco bien estas tierras. Estaremos a salvo entre los muros de Sandal antes incluso de que el sol empiece a ponerse.

—Entonces apretemos la marcha —repuso Salisbury—. El sol no esperará por nosotros.

El ejército acampado a las afueras de York era el mayor que Derry Brewer había visto, o casi. Pese a ello, Derry seguía inquieto y no dejaba de roerse un arañazo infectado en el dedo; apretaba la carne caliente con los dientes y escupía al notar algo amargo en la boca. Nubes de tormenta se cernían sobre el inmenso campo de tiendas y de hombres, todos en constante sufrimiento por la humedad. Habían cavado trincheras para los desperdicios, sólo para verlos aparecer flotando tras una sola noche de diluvio, lo que producía arroyos de inmundicia que se extendían por todo el campamento y se mezclaban con el agua de los charcos. También la enfermedad se propagaba entre ellos; en cualquier momento, podía haber algunos cientos de hombres que gruñían mientras vaciaban los intestinos, con las calzas o los gregüescos bajados hasta los tobillos. Por alguna razón, el mal se cebaba especialmente con los escoceses, reducidos a un estado lastimoso por la extraña purga y débiles como niños mientras aquel fuego les quemaba las entrañas.

Derry desmontó junto al pabellón de la reina, la estructura de mayor tamaño de la explanada. Cedió las riendas de Retribución a un sirviente y se entretuvo explicándole que el animal ansiaba desesperadamente una arrugada manzana de invierno, si era posible encontrar tal cosa. Derry le mostró al muchacho un penique como futura recompensa, entró en la tienda y se acercó al consejo militar que celebraban Margarita y sus lores, cuyas voces empezó a oír cuando aún se hallaba a varios pasos de distancia.

Allí dentro, el ruido de la lluvia parecía mucho más fuerte. La tienda, con filtraciones en una docena de sitios, resonaba con el gotear opaco del agua en las cazuelas, y el aire estaba cargado de humedad. Había también, sobre unas lonas

empapadas, varios braseros humeantes que añadían al ambiente el olor acre del carbón y el crepitar de la leña verde. Derry desplegó la capa en un banco para que se secara y, casi desapercibido para los otros, se acercó a escuchar.

Lord Clifford se hallaba en el centro de la discusión. Era un hombre bajo, de huesos finos y con un delicado bigote que, seguramente, se arreglaba cada día para mantenerlo siempre con su forma habitual. A pesar de que Clifford sólo era uno entre la docena de barones menores presentes en aquella multitud, había utilizado sin el menor embarazo la muerte de su padre en San Albano, al lado de hombres como Somerset y Percy. Aquella pérdida compartida le había valido el honor de sentarse junto a los otros y una autoridad que excedía en mucho los méritos de su rango.

A Derry, aquel hombre no le gustaba en absoluto. El joven barón tenía la costumbre de interrumpirle cuando hablaba, como si su opinión no valiera nada. Si ya le habría resultado difícil respetar a un hombre así, dadas las circunstancias, Derry ni siquiera se había molestado en intentarlo.

Desde los márgenes del grupo, Derry se preguntó si sería intencionado que aquellos nobles se hubiesen colocado frente a la reina, como si ella fuese el fuego que los calentaba a todos. Advirtió junto a ella, como un guardián, al enorme escocés de barba roja. El hombre permanecía impassible, pero escuchaba con bastante atención cuando alguien animaba a los otros a entrar en batalla.

Derry captó cada detalle con sólo echar un vistazo, cómodo en su lugar y ajeno al olor a enfermedad y a intestinos sueltos que reinaba en el aire, junto con el de la lana húmeda y el cuero podrido. Al menos allí se estaba caliente, pensó agradecido.

—Si York ha traído al rey al norte, será en calidad de prisionero —estaba diciendo Clifford—. He ordenado a mis capitanes que, si ven cualquier estandarte real, lo ignoren. Saben que el rey Enrique nunca marcharía contra su esposa y su hijo, así que no temo desercciones. Son hombres que prefieren instrucciones sencillas, como sabéis. Pero tienen determinación, milady. Creo que ver los leones en el campo de batalla infundirá ánimo a su espíritu, les confirmará que están rescatando al rey Enrique. ¡Roguemos para que York lo haya traído! Eso dará fuerza a los hombres.

Margarita vio que Derry Brewer se acercaba lentamente. Le hizo señas de que avanzara, sin hacer caso al gruñido furioso que soltó Clifford cuando Somerset y Percy lo dejaron pasar al frente del grupo.

—¿Qué noticias traéis, maese Brewer?

—Todavía tenemos enfermos en el campamento, milady, aunque hoy son menos que ayer. Ya asistí a algo parecido en Francia, pero hasta ahora nosotros sólo hemos perdido a unos pocos, entre los hombres más débiles. Diría que, Dios mediante, el mal se irá extinguiendo en lugar de propagarse más. A los que estaban peor, unos sesenta hombres, los he enviado a la ciudad para que descansen, y he ordenado que les den sopa y cerveza. Para ello, ha sido necesario insistir en que por cada uno que entre otro debe salir, pues si no pronto tendríamos a todo el ejército descansando en lugar seco y caliente. —Levantó la vista hacia el impassible escocés que flanqueaba a

la reina—. Los escoceses han rehusado irse, milady. Según parece, prefieren tratarse ellos mismos.

Con expresión pétrea, el grandullón asintió apenas un instante, lo que hizo que Derry esbozara una sonrisa.

—¿No tiene este hombre nada más importante de que informar? —dijo de repente lord Clifford, la voz demasiado fuerte para aquel espacio cerrado—. Ya sabemos que hay enfermedad en el campamento, Brewer. Imagino que también hay ladrones que roban a sus amigos. ¿Qué importancia tiene? Miró a los demás, como si esperara que arrojasen a Derry fuera, a la lluvia.

Somerset negó con la cabeza y decidió ignorar aquel arrebato para abordar cuestiones más urgentes.

—Esperamos la orden de marchar, milady. ¿Será hoy? Nos llevará cierto tiempo levantar el campo y la luz ya empieza a bajar. Me gustaría tener a los hombres listos para la partida.

Se hizo el silencio en la tienda, todos pendientes de la respuesta de la reina. Dos surcos idénticos aparecieron en el entrecejo de Margarita, y Derry advirtió que la reina clavaba repetidamente el índice de la mano derecha bajo la uña del pulgar. Entendía su inquietud, con tantos lores de mayor edad mirándola. Ella había insistido en que le prestaran obediencia, para lo cual les había impuesto su rango y su derecho a ello. Éste era el precio: ahora debía dar una orden que podía enviarlos a todos a la muerte. Cada hombre allí presente tenía un motivo personal para entablar batalla contra York, pero la responsabilidad era suya, por su marido y su hijo.

Margarita empezó a hablar, pero las palabras se le ahogaron en la garganta y hubo de convertirlas en un largo suspiro. Había presenciado una terrible carnicería en Blore Heath y visto cómo Warwick y March despedazaban ejércitos enteros en Northampton. Había viajado cientos de kilómetros para reunir hombres suficientes con los que marchar hacia Londres y salvar al rey. Ahora, mucho antes de que estuvieran listos, York había aparecido en el norte.

La llegada del duque había obligado a tomar una decisión. Lo único que Margarita debía hacer era arriesgarlo todo. El picoteo del pulgar se hizo más nervioso, hasta el punto de que Derry oía el clic de la uña. Su corazón estaba del todo con ella mientras el silencio se prolongaba. Margarita había negociado con los Tudor y los escoceses, y se había ganado su apoyo. Su propio hijo era parte del trato, su propio futuro dependía de una sola apuesta. Derry entendía que tuviera miedo de extender el brazo para lanzar de nuevo los dados. Si York volvía a triunfar sobre aquellos hombres, ella ya no tendría nada que ofrecerles.

—Milord Somerset me asegura que la cautela no gana guerras —dijo Margarita por fin. Algo se relajó en su expresión, como si el cuerpo se hubiera liberado de una tensión descomunal. Los dedos abandonaron su movimiento febril y cayeron flojos. Respiró profundamente, casi como en un suspiro—. Transmitid la orden de levantar el campo, milores. Entablaremos batalla contra el ejército de York y quienquiera que

esté a su lado. Recordad que lucháis para salvar al rey de Inglaterra, retenido por traidores infames. Peleáis en el bando del bien. Que Dios os bendiga. Tenéis todo mi agradecimiento.

Inclinó la cabeza al terminar. Algo de la fiera crispación anterior se había desvanecido y ahora parecía otra vez cansada y triste. Los lores hicieron una reverencia y le dieron las gracias en un coro de voces roncadas. Libres ahora para actuar, se dirigieron hacia sus hombres.

Derry se habría quedado a solas con Margarita de no ser por el escocés, que seguía mirándolo fijamente. Tras el trato de la reina más allá de la frontera, parecía evidente que los escoceses habían decidido protegerla hasta que el pacto se cumpliera. Derry guiñó un ojo al hombre, quien respondió agarrando la empuñadura de un largo cuchillo que portaba en el cinturón.

—Os preguntaría, milady, si tenéis alguna instrucción especial que darme, aunque tal vez la situación no sea lo suficientemente privada. —Inclinó teatralmente la cabeza hacia el adusto guerrero.

El hombre simplemente le devolvió la mirada.

Margarita se enroscó un mechón de pelo alrededor del dedo y lo fue apretando cada vez más. Cuando contestó, lo hizo en tono desolado.

—Siempre decís que vuestro trabajo acaba cuando la lucha comienza, Derry. Habéis sido para mí una ayuda más grande de lo que jamás imaginaríais, pero ha llegado la hora de luchar. Supongo que ahora serán los arqueros, los caballeros y los hombres de armas los que decidan la cuestión. —Cerró con fuerza los ojos durante un instante—. Derry, he visto antes a Salisbury al mando de sus tropas. Le he visto destruir un ejército tres veces mayor que el suyo en Blore Heath. No conozco tanto a York como para temerle en el campo de batalla, pero temo a Salisbury. ¿Permaneceréis cerca de mí?

—¡Por supuesto que sí! En cuanto al resto, tenéis buenos hombres en Somerset y Percy, milady. No debéis preocuparos. Somerset es un buen comandante. Su padre le enseñó bien y los hombres confían en él. Por lo que he visto, tiene un don para ello, y no es tan orgulloso como para no aceptar un consejo. Ninguno de ellos estima a York, Margarita. Saben lo que está en juego y no cederán, os lo prometo. Y los escoceses seguramente tampoco.

Junto al hombro de Margarita, el gigante escocés emitió un gruñido de ira que hizo reír a la reina.

—No le provoquéis, Derry. Podría partiros por la mitad.

—Bueno, tiene la mitad de mis años y el doble de mi altura, casi —dijo Derry—. Pero creo que antes le haría sudar un poco.

El escocés sonrió lentamente. Su expresión demostraba lo que pensaba de aquella sugerencia.

—Ahora debería ordenar que me traigan mi caballo, Derry. ¿Está cerca el vuestro?

—¿Retribución? Casi ni necesito atarlo. Hasta ese punto me ama. Es tan leal como un sabueso, milady.

Margarita sonrió. Sabía apreciar los esfuerzos de Derry por levantarle el ánimo.

—Esperemos también que su nombre sea un buen augurio.



El castillo de Sandal se elevaba en el corazón de casi cincuenta mil hectáreas, algo menos de quinientos kilómetros cuadrados de terreno. Además de granjas y bosques, ciudades enteras y una docena de parroquias quedaban dentro de sus límites, y cada iglesia, granja o comerciante pagaba diezmos al señor feudal de aquellas tierras. Ciertamente, York prefería el castillo de Ludlow como casa familiar, pero aun así sintió que su ánimo se serenaba cuando Salisbury y él entraron en sus dominios y cubrieron los últimos kilómetros hasta la fortaleza.

Al igual que con otras propiedades lejanas, en su ausencia Sandal quedaba a cargo de un mayordomo de confianza, el cual mantenía la fortaleza lista para su eventual llegada. Desde hacía tiempo, York tenía el hábito de visitar cada una de sus grandes casas al menos dos veces al año, y allí pasaba el tiempo suficiente para calcular los ingresos y evaluar los costes de personal y suministros, lo que podía incluir desde unos nuevos establos hasta el dragado del río local para prevenir inundaciones. Apenas el ejército de York y Salisbury entró en las tierras, la noticia corrió y sir William Peverill fue alertado en sus aposentos privados del castillo, tras lo cual el mayordomo salió de inmediato para hacerse cargo de todo. Peverill no era ni mucho menos joven, pero la rutina para la llegada del duque estaba fijada desde hacía tanto que no le causaba una preocupación especial. En el cercano pueblo de Sandal Magna, los sirvientes que habían vuelto a casa para la Navidad fueron convocados a toda prisa, y en ese momento podían verse grupos jadeantes volviendo rápidamente al castillo para hallarse presentes en el recibimiento a York.

Antes de que el duque llegara al pie de la alargada colina que conducía a Sandal, Peverill ya había modificado tres veces la estimación de carne que podría necesitar y, en tono de creciente incredulidad, no dejaba de preguntar a gritos a quienes traían noticias. Carniceros y mozos, pertrechados con sus cuchillos, fueron enviados a los establos situados bastante más allá de las murallas principales. Allí había cerdos en pocilgas cubiertas de paja, pollos e incluso adormilados gansos que se mantenían a resguardo del frío. Se hablaba de miles de soldados, por lo que sería necesario sacrificar todos los animales para ensartarlos en los espetones. Todavía estaban en las fiestas navideñas y sir William estaba seguro de que York querría celebrar algún banquete. El mayordomo del castillo tenía preparados los principales fuegos de la cocina, además de otros dos en los sótanos abovedados que sólo se utilizaban para las celebraciones. En toda la fortaleza, mozos y doncellas corrían en todas direcciones, quitaban el polvo, fregaban o limpiaban ventanas, encorsetados en sus mejores ropas.

York y Salisbury cabalgaban juntos al frente de la columna, aunque, incluso allí, seguían manteniendo exploradores a kilómetros de distancia y en todas las direcciones. Salisbury nunca había visitado Sandal y se sentía impresionado por la silenciosa armonía que emanaba de la propiedad vista desde el exterior. No podía sospechar la febril actividad que en ese momento tenía lugar entre sus muros. Los

caminos y campos estaban bien cuidados, y docenas de carboneros habían venido desde sus cabañas de invierno, en medio del bosque, para ver pasar la columna y descubrirse ante su señor.

Mientras las filas marchaban lentamente colina arriba, el viento parecía arreciar a cada paso; las ráfagas mordían las manos y caras de los soldados hasta dejarlos entumecidos y temblorosos. Salisbury podía ver unas figuras diminutas en el punto más alto del torreón, bastante por encima del resto de la fortaleza. Se estremeció al pensar en cómo sería pasar una noche allí, vigilando la llegada del enemigo. Alrededor de Sandal, el terreno se había despejado en casi un kilómetro a la redonda. Más allá de ese campo abierto, un tupido bosque se extendía por las colinas en todas direcciones hasta perderse de vista.

Había únicamente una entrada a la fortaleza en sí, al otro lado de un profundo foso diseñado para impedir el acceso de la caballería y la infantería. York lo observó con atención mientras se aproximaban al portón principal y advirtió que había una apreciable cantidad de agua, consecuencia de las incesantes lluvias del invierno. El puente levadizo se había bajado para que entrara la tropa, y York y Salisbury salvaron juntos la estrecha cavidad y cruzaron la puerta y los gruesos muros, de más de tres metros en su base.

Ambos condujeron sus caballos a un lado y las filas de hombres cruzaron la puerta, en un flujo que parecía infinito. Al entrar, el espacio se abría en una herradura de casi una hectárea, la cual rodeaba otro empinado desnivel hasta el resalte de una barbacana en forma de puño, construida en piedra de color gris oscuro y casi diez metros por debajo del patio principal. En tiempo de guerra, podría suponer un segundo obstáculo, repleto de soldados y accesible sólo a través de su propio puente levadizo. La barbacana protegía el único camino al torreón, que se elevaba por encima de todo el conjunto. Esta torre se había construido en la misma cresta de la colina, la última defensa en caso de que el enemigo entrara en la fortaleza. Para alcanzarla, cualquier fuerza atacante tendría que atravesar dos fosos, subir la colina y cruzar un tercer puente levadizo. Cuando éste era izado, el torreón quedaba aislado por completo del resto del castillo.

Sandal no poseía ni un ápice de la elegancia que Salisbury había visto en Ludlow, o en su propia casa de Middleham. Se había construido para la guerra, si bien jamás se había previsto que ocho mil hombres hubieran de apiñarse en su interior. En el extremo de la herradura, había una línea de construcciones de madera, cerca de la muralla exterior. Tenían las puertas abiertas y se veían filas de sirvientes que habían salido para dar la bienvenida a su señor. El río de soldados cruzó ante ellos a buen paso para ponerse a resguardo del viento y el frío, de modo que los últimos en llegar se encontraron las habitaciones y los pasillos atestados, por lo que trataron de retroceder y buscar un sitio donde descansar en el patio. Aun así, seguían llegando soldados, y pronto no hubo espacio en la fortaleza en el que no hubiera un hombre sentado y mirando a su alrededor ansiosamente, en busca de comida. Muy por encima

de sus cabezas, en el torreón, se izaron los estandartes de la casa de York, completamente desplegados en medio del fuerte viento para mostrar que su dueño se hallaba de nuevo allí. Al ver que se elevaban sus colores, York maldijo entre dientes y ordenó a un hombre que cruzara la barbacana y subiera al torreón para hacer que quitaran las enseñas.

Al caer la noche, se encendieron lámparas y candeleros a lo largo de los muros interiores y, en el patio, se dispusieron algunos braseros alrededor de los cuales se arracimaban los ateridos soldados. Además de los trozos de carne que traían de fuera los ensangrentados carniceros, se revolvió en cada sótano y almacén de invierno en busca de jamones, cerveza, enormes pedazos de beicon todavía sin secar y que mostraban la protuberancia del hueso o incluso frascos de miel y fruta en conserva, cualquier cosa que pudiera satisfacer el apetito de tan gran número de soldados hambrientos.

Salisbury fue uno de los que pudo disfrutar de habitaciones. Edmundo, el hijo de York, tomó a su cargo la tarea de guiarlo hasta ellas, y por el camino, a lo largo de un sinfín de pasillos y salas, charlaba con él educadamente y con cierta torpeza. Los acompañaban dos sirvientes que, por fin, se detuvieron a cada lado de una puerta y quedaron rígidos hasta que los hombres entraron.

—Ésta no está ocupada, milord —dijo Edmundo—. Estos dos sirvientes se ocuparán de lavar o reparar cualquier cosa que necesitéis.

—Sólo necesitaba saber dónde iba a dormir —replicó Salisbury—. Dadme un momento y me reuniré con vuestro padre. —Desapareció dentro y Edmundo esperó con impaciencia, obligado por la cortesía debida a un invitado, aunque fuera en tan inusuales circunstancias.

Los carros con los equipajes todavía se estaban descargando fuera del castillo, así que en ese momento Salisbury traía muy poca cosa. Haciendo honor a su palabra, volvió al cabo de poco. Se había quitado la espada y el tahalí, así como la cota exterior. Resultaba evidente que había dedicado un tiempo a lavarse las manos, y ahora se las pasaba por el pelo mientras Edmundo y él desandaban el camino antes recorrido.

—Me recordáis a vuestro padre cuando era joven —dijo de repente Salisbury. Edmundo sonrió.

—Aunque diría que yo soy más alto, milord.

Ambos pensaron en Eduardo en ese momento y Salisbury quedó intrigado por los surcos que aparecieron en la cara del joven.

—Vuestro hermano Eduardo es el segundo hombre más alto que yo haya visto, después de sir John de Leon, al que conocí cuando serví en Francia. Pero sir John no tenía una complexión tan perfecta, no era..., cómo diría..., apuesto.

—¿Apuesto, milord? —dijo Edmundo medio sonriendo.

Salisbury se encogió de hombros, demasiado viejo para sentir vergüenza.

—Sí, así lo definiría. Sir John era el más alto y el más feo entre los hombres que



yo nunca haya conocido. Un tipo desafortunado, después de todo. Era capaz de lanzar al aire un barril de su mismo peso a una altura el doble de la suya. Una dura prueba, y una demostración que todavía no he visto superar a nadie. Por desgracia, a pesar de tanta fuerza, apenas podía correr. Arrastraba los pies, Edmundo, y resultó ser demasiado lento, al menos para los cañones franceses.

—Ah, siento oírlo, milord. Me habría gustado presenciar cómo mi hermano se veía obligado a mirar hacia arriba. —Edmundo hablaba en tono burlón y Salisbury sintió que el muchacho le agradaba.

—Estoy seguro de que habéis oído la frase, pero ya sabéis lo que dicen: lo que importa no es cuán grande sea el perro que lucha...

—... sino cuán grande sea la lucha del perro. —Edmundo replicó complacido—. Sí, milord. Lo he oído.

—Hay verdad en esas palabras, Edmundo. Vuestro padre, por ejemplo, no es un hombre gigantesco, pero no cede, por escasas que sean las probabilidades. Es una suerte que tenga viejos amigos como yo que le aconsejen, ¿eh?

—Él siente una gran admiración por vos, milord. De eso estoy seguro.

Habían llegado a la puerta del salón principal y Edmundo la abrió. Estaba más iluminado que el pasillo y, de repente, la voz de su padre le llegó con más fuerza.

—Os dejo aquí, milord. Debo encontrar al personal de cocina y averiguar si pueden servir algo de comer.

Salisbury se detuvo en el umbral.

—Si por casualidad... os cruzáis con, por ejemplo, un pollo frío o incluso un poco de pan o pudín de arroz, recordaréis dónde estoy, ¿no es así?

Edmundo rió y asintió.

—Veré qué puedo encontrar, milord.

Salisbury entró y advirtió el calor del enorme fuego allí encendido, así como la multitud de hombres congregados en la sala. La chimenea no tiraba demasiado bien, por lo que en la habitación se acumulaba un humo espeso y los hombres más cercanos al fuego tosían. Tres perros pequeños corrían alocadamente de un lado a otro. Uno de ellos se detuvo y meó en la pierna de un hombre, lo que provocó las exclamaciones de sus compañeros y que el afectado gritara y tratara de pegarle una patada al perro. Salisbury agradecía aquel fuego, y procuró acercarse a las llamas mientras caminaba hacia York.

—Vuestro hijo es un buen muchacho —dijo Salisbury.

York levantó la vista de una mesa llena de mapas.

—¿Quién? ¿Edmundo? Sí, aunque desearía que su madre no lo hubiese enviado a mi lado. Siento deseos de ordenarle que vuelva a Ludlow hasta que todo esto pase.

—A él..., bueno, no creo que le gustara. Quiere impresionaros.

—Todos los hijos quieren hacerlo —respondió York, en tono más cortante de lo que pretendía—. Perdonad. Mi cabeza está en una docena de sitios. Permitid que os sirva vino. —Tan pronto Salisbury tuvo llena su copa, York trazó con el dedo una

línea sobre el pergamino—. Aquí. He enviado un jinete con un caballo rápido hacia el sur, al encuentro de Warwick.

—¿Y el oeste? Sea lo que sea lo que intentan los Tudor, podemos utilizar a los tres mil hombres de Eduardo.

York jugueteó nerviosamente con las copas y una jarra, antes de negar con la cabeza.

—No, todavía no. Nuestro segundo ejército se nos unirá dentro de... tres días, cuatro como mucho. Si Warwick trae seis mil hombres, entonces sí, quizá tengamos que dejar Gales al descubierto. ¡Pero podría venir con doce mil, incluso quince mil! Vuestro hijo es muy popular en Kent, Richard, y Scales les proporcionó a aquellos hombres nuevas cuentas que saldar. Yo diría que vendrán a combatir contra un ejército del rey incluso en invierno.

Los ojos de York mostraban su recelo y Salisbury se preguntó si el duque intentaba mantener a su heredero alejado del peligro. Con tantos oídos a su alrededor, Salisbury no podía preguntarlo. Cuando trataba de formular la pregunta de forma delicada, las puertas se abrieron y unos sudorosos criados hicieron su aparición con enormes bandejas de comida. Los hombres prorrumpieron en vítores que resonaron dentro y fuera del castillo, y el personal de cocina no tardó en encontrar bocas que alimentar.

Después de haber marchado durante más de trescientos kilómetros arreglándoselas con raciones escasas, los allí presentes cayeron sobre la comida como lo que eran, hombres famélicos que ahora devoraban los platos hasta dejarlos limpios y luego barrían con los dedos los bordes en busca de los restos de grasa. Salisbury observaba la escena consternado cuando sintió que alguien le tocaba en el hombro y vio a Edmundo, quien le había traído un plato trinchero de madera con carnes frías y media hogaza de pan.

—¿No había pudin de arroz? —preguntó Salisbury—. Estoy bromeando. Dios os bendiga, muchacho, por acordaros. —El estómago le rugía.

Edmundo sonrió e hizo una inclinación, antes de volver a la cocina para procurarse su propia comida.

York apenas si había oído la conversación y seguía absorto en sus mapas. Salisbury se le acercó y ambos compartieron el plato y bebieron de pie. Los dos hombres oían la lluvia repiqueteando en el tejado, cada vez más fuerte, hasta que el ruido se convirtió en un auténtico fragor.

—No envidio a los que están fuera —dijo York en tono sombrío—, pero Sandal es demasiado pequeño para tantos hombres. Cuando llegue, Warwick tendrá que acampar en el terreno abierto de fuera. No creo que podamos meter un solo soldado más entre estos muros.

—A los hombres de Kent les hará bien probar un poco de auténtico mal tiempo —dijo Salisbury alegremente—. Sólo espero que lleven comida. —Gesticuló hacia los platos antes de darse cuenta de que estaban ya vacíos—. ¡Dios santo, Ricardo! Espero

que tengáis reservas para el invierno. Estos perros hambrientos os van a dejar en la más absoluta indigencia.

Se volvió esperando ver sonreír a su amigo, pero, para su sorpresa, York parecía molesto.

—Ordené a los cocineros que dieran de comer a tantos como fuera posible. ¡Pero ocho mil hombres! Una sola comida ha arrasado despensas y almacenes. Mañana enviaré partidas de caza, si la lluvia remite un poco.

Salisbury se encontró sin querer bostezando y sonrió al mismo tiempo, lo que hizo que le crujiera la mandíbula.

—Deberíais dormir un poco, Ricardo. Hambriento o saciado, tenéis que descansar. Vos y yo no somos ya tan jóvenes.

—Vos tenéis algunos años más, abuelo —replicó York—. De todas formas, dudo que la preocupación me deje dormir.

—Bueno, yo no me tengo en pie —dijo Salisbury mientras de nuevo bostezaba exageradamente.

Su gesto de llevarse la mano a la boca fue copiado por algunos de los presentes, y muchos empezaron a acomodarse donde estaban sentados, entre empujones y maldiciones para hacerse con los mejores sitios, junto al fuego. Los perros ya se habían hecho un ovillo y el silencio envolvía ahora el castillo, de modo que la quietud de la noche de invierno se hizo sentir en los hombres.

—Voy a acostarme —dijo Salisbury—. Si mañana no me duelen demasiado los huesos, os traeré un hermoso ciervo. Haremos un asado en el patio para los que hoy no tuvieron una buena ración.

York levantó la vista de los mapas apenas un momento y sonrió al ver que el más viejo le guiñaba el ojo, antes de cruzar el suelo abarrotado de la estancia hacia la salida.

En la oscuridad, Derry Brewer maldijo entre dientes mientras avanzaba fatigosamente sobre la hojarasca y, por enésima vez, notaba que se le había enganchado la capa en la maleza de zarzas. Levantó la lámpara, pero, sin abrir los paneles, la luz apenas le iluminaba los pies. La capa le tiraba de la garganta y le ahogaba, y Derry, en un arrebató de ira, se lanzó hacia delante como un caballo de tiro hasta que la capa se rompió y él salió despedido y tambaleándose. Como resultado, una de las botas se le hundió hasta el tobillo en un charco.

El bosque resultaba bastante inquietante por la noche, sobre todo para alguien nacido y criado en la ciudad. Derry nunca había practicado la caza furtiva, a menos que robar en una carnicería contase como tal. Los árboles no es que se vieran oscuros, sino que resultaban del todo invisibles, y entre ellos había tal frondosidad de helechos y arbustos espinosos que Derry sentía como si le estuvieran arrancando la piel a tiras. Se había detenido ya una docena de veces a chuparse las heridas de las manos y, más

de una vez, se había encontrado pequeñas espinas clavadas que intentaba sacarse con los dientes. Pero lo peor era cuando espantaba a algún animal que estaba durmiendo y éste, como impulsado por un resorte, chocaba aterrado contra sus piernas, una bestia toda ojos y pelo húmedo, apenas entrevista a la luz de la lámpara antes de que aquello, fuese lo que fuese, se perdiera en el sotobosque entre bramidos de alarma. Allí, tan lejos de las tribulaciones humanas, Derry tampoco alcanzaba a comprender por qué cualquier ave tenía que dormir justamente en el suelo, sólo para escapar aleteando y darle un susto de muerte cuando él pasaba. Si hubiese podido elegir, habría preferido estar en los peores barrios de Londres.

Miró a derecha e izquierda y, una vez más, comprobó que se mantenía a la altura de la línea de lámparas. Éstas se extendían hasta perderse de vista en ambas direcciones, a medida que el ejército se internaba cada vez más en el bosque. Antes de entrar, Somerset había ordenado absoluto silencio, pero los hombres no podían evitar jurar y maldecir cada vez que las ramas, dobladas por quienes los precedían, volvían con fuerza hacia atrás y los golpeaban en la cara. Aquellos que llevaban armadura eran los únicos que podían atravesar la selva espinosa, aunque hasta ellos podían engancharse un pie, y, si caían al suelo, armaban tal estrépito que podrían haber despertado a los cielos. Derry levantó la vista indignado precisamente cuando alguien cayó a menos de cuarenta pasos, al tiempo que se oía a un caballero maldiciendo a gritos tras haberse torcido el tobillo. En una tesitura menos grave, Derry lo habría encontrado divertido; pero, en las actuales circunstancias, se limitaba a abrirse paso como los demás, con ánimo sombrío y sintiendo que cada espina y cada latigazo de las ramas, cada hoyo del camino o cada cúmulo de hojas húmedas le iba hurtando energía. Acababan de rebasar la mitad del invierno y las noches eran ahora las más largas del año; aquélla, desde luego, parecía no tener fin.

La línea de lámparas avanzaba. De los árboles caían grandes gotas que los dejaban empapados. Había dejado de llover, pero bajo la cubierta vegetal seguía oyéndose el repiqueteo del agua, lo que no hacía sino realzar lo penoso de la situación. Lo único que alegraba un poco a Derry era que hombres como aquel asno pomposo de Clifford se habían visto obligados a desmontar para abrirse paso a pie, como el resto de ellos. Tenía la esperanza de que se cayera en la madriguera de un tejón, o mejor, de que le mordiera algún bicho rabioso.

No había sido mera fortuna que hubiese exploradores cerca del castillo de Sandal, atentos a la posible llegada de York, sino que Derry Brewer los había enviado allí unos días antes. Sin embargo, cuando había sugerido tal posibilidad, Clifford sólo se había burlado y manifestado su desprecio. Cuando los exploradores regresaron para informar sobre el ejército de York, el barón no apareció por ningún lado, por lo que Derry no había podido disfrutar con la vergüenza del caballero.

Gruesas nubes ocultaban cualquier asomo de luna o estrellas, aunque quizá no hubiesen podido verlas a través de la cubierta de árboles, seguramente tan espesa como en tiempos anteriores a la llegada de los romanos. Al tiempo que aumentaba su

fatiga, Derry empezó también a temer que, en la oscuridad, erraran el camino a la fortaleza. O algo peor, que la salida del sol los sorprendiera en campo abierto. Nunca había visto el castillo de Sandal y resultaba difícil trazar planes sin conocer con detalle el terreno.

Se entretuvo un momento a comprobar la lámpara para asegurarse de que la llama no estaba a punto de agotarse. Vio que la mecha estaba en un charco de sebo y rebuscó en el morral en busca de algún cabo de vela. Resultaba mucho más sencillo encender una nueva vela con la anterior, en lugar de producir una chispa con el pedernal o abrirse paso hasta algún compañero. Sin detenerse, Derry abrió con cuidado un lateral de la caja de peltre e introdujo la nueva vela. Al hacerlo, pudo ver con mayor claridad a su alrededor y distinguir una fila de escoceses que avanzaban a grandes zancadas, al tiempo que se giraban para ver quién los iluminaba. Pero, en ese momento, se levantó el viento y su vela se apagó, lo que le arrancó una maldición.

—¡Haced menos ruido! —gritó alguien en tono áspero, unos veinte pasos por detrás.

Derry reconoció la voz de Clifford y, amparado en aquella impenetrable oscuridad, le entraron ganas de esperarlo para darle un buen estacazo. En lugar de hacerlo, apretó los dientes y, guiándose por la oscilación de la luz, avanzó hacia la lámpara más cercana. Cientos de hombres fueron tras él, pues necesitaban la referencia de su luz para mantener la dirección correcta. Sin ella, se desviarían y acabarían engullidos por la espesura para no aparecer ya nunca más.



Salisbury se despertó sintiéndose viejo. Las caderas y la parte baja de la espalda parecían un bloque sólido, y por ello, mientras el sol empezaba a asomar, el conde hubo de sentarse y estirar las piernas, gruñendo levemente al sentir aquellas punzadas, que tan pronto alcanzaban una intensidad lacerante como volvían a mitigarse. Sus pertenencias se habían descargado durante la noche, pues los sirvientes de Sandal aún seguían trabajando mucho después de que todos se hubieran retirado a dormir. No recordaba que nadie hubiera entrado en la habitación, pero allí tenía un cuenco de agua fresca, así como calzas y prendas interiores limpias. Utilizó un paño para asearse y eliminar el sudor viejo y el olor a caballo. Tanteó bajo la cama en busca de un orinal de loza y lo colocó cuidadosamente sobre el tocador para vaciar la vejiga mientras suspiraba con los ojos cerrados. Luego empezó a vestirse.

Alguien llamó con suavidad a la puerta. Salisbury gritó «adelante» y dos sirvientes entraron en la habitación.

Uno de ellos llevaba un atado de cuero con instrumentos de afeitar, y el otro, un cuenco de agua humeante, calentada en las cocinas del castillo. El conde se frotó la barbilla y sintió la dureza de las canas. Alice decía que le hacían parecer más viejo cuando se las dejaba crecer. El muchacho que suavizaba la navaja en una tira de cuero parecía tener un pulso bastante firme, pero Salisbury lamentaba no poder disponer de Rankin. Se requería una cierta confianza antes de dejar que nadie se te acercara a la garganta con una navaja. Salisbury rezongó para sus adentros y enarcó las cejas antes de sentarse, divertido ante su propia cautela. Mientras el barbero le frotaba la piel con aceite caliente, Salisbury oyó cómo su estómago se quejaba con un gemido tan parecido a una voz que le hizo reír. Ocho mil hombres se estarían despertando ahora con idénticos pinchazos de hambre, y no había nada para ellos.

El sol todavía estaba saliendo cuando Salisbury se acercó al patio principal. Se detuvo en la puerta y observó la tierra abarrotada de hombres, aún bajo la sombra de las murallas, por lo que el hielo de la noche hacía relucir cada superficie. Muchos ya se habían levantado y balanceaban los brazos, o se soplaban las manos y pateaban el suelo, cualquier cosa que devolviera la vida a los miembros entumecidos. Otros seguían acurrucados en el suelo y gruñían y roncaban en grupos apretados, como perros dormitando. Un capitán con iniciativa increpaba y trataba de hacer salir a algunos de los que habían descansado en el interior, sin hacer caso de sus adormiladas protestas, para que unos cuantos muchachos medio congelados pudieran pasar y calentarse dentro. A Salisbury le agradó aquello. Los buenos oficiales cuidaban de sus hombres.

El conde tembló de sólo pensar en cómo sería pasar la noche allí fuera. Desde luego, los soldados eran todos jóvenes, pero en ese momento, casi a finales de diciembre, el frío era simplemente atroz. Aquel pensamiento hizo que Salisbury levantara la vista hacia el torreón, ya iluminado por una luz dorada. Había tres

hombres en lo más alto. Oteaban el campo abierto que rodeaba la fortaleza mientras los azotaba un viento que, probablemente, los tenía congelados hasta los tuétanos. Ni siquiera se les permitía disponer de un brasero hasta que saliese el sol para que la luz no disminuyera su capacidad de descubrir al enemigo. Salisbury observaba cómo los hombres se giraban lentamente adelante y atrás y barrían con la vista el panorama sin mostrar ningún síntoma de alarma.

El conde agarró por el pescuezo a un capitán que pasaba y le encargó que reuniera una partida de caza. Uno de los privilegios de su rango consistía en que él sólo debía quedarse allí y esperar, soplándose las manos con grandes columnas de vaho, mientras el hombre enviaba mensajeros a los establos para reunir voluntarios, hombres dispuestos a ganarse la preferencia a la hora de elegir la carne que lograran obtener. Una treintena de hombres levantaron la mano y, en cuanto la noticia de la caza se extendió, el número no tardó en triplicarse.

Salisbury cruzó el terreno abierto cuando ya los hombres se congregaban en la entrada. El conde se ciñó bien la capa en la garganta y se envolvió en espesos pliegues. En su juventud, los que se quejaban del frío le habían parecido más débiles que él. No sentía que hubiera llegado al extremo de aquellos hombres, pero los años le habían arrebatado gran parte de su inmunidad. El viento parecía no hallar obstáculo en las murallas. Las ráfagas bramaban y arrastraban a los hombres, que sólo podían resistir tambaleándose. Al menos el cielo estaba despejado; un pequeño consuelo. Antes de que la luz del sol se hubiera extendido por el patio, Salisbury ya estaba montado junto con tres capitanes y doscientos hombres de a pie para levantar la caza. Vio con agrado que una docena llevaba arcos y aljabas. Necesitarían todo lo que pudieran encontrar para alimentar a tantos, desde aves y conejos hasta los zorros y lobos que tuvieran la mala suerte de cruzarse en su camino. Los espetones de la cocina ensartarían lo que fuera para asarlo, si bien lo que más ansiaba Salisbury era encontrar un buen gamo o un ciervo.

Los soldados congregados en la puerta silbaron a los del torreón. Entre temblores, los vigías otearon una última vez antes de gritar: «¡Despejado!». Entonces, se abrió el gigantesco portón de madera y se subió el rastrillo. Seis soldados bajaron el puente levadizo hasta hacerlo encajar en los surcos del otro lado del foso.

Salisbury observó afuera el campo empapado y lleno de charcos, relucientes bajo el sol del amanecer. Acomodado en su montura, esperó a que las primeras filas de arqueros cruzaran el puente entre conversaciones y risas. Ante ellos aparecía el bosque, tras unos ochocientos metros de campo abierto, una línea fronteriza que desde hacía siglos se había mantenido alejada de manera artificial, sin permitir nunca que los árboles se acercaran en exceso al castillo.

Con la puerta abierta, cada hombre del interior pareció ponerse alerta. Como si de repente se sintieran vulnerables, los hombres deslizaban la mano hasta la empuñadura de la espada y, entre los que estaban tumbados, hubo cientos que se levantaron. Salisbury salió con el corazón palpitante de júbilo. Sentía que el ejercicio le

revitalizaba los miembros y que la sangre volvía a correr por ellos. La cadera volvió a dolerle, pero no hizo caso y buscó en el horizonte el mejor sitio para penetrar en la línea de árboles. A su lado y detrás de él, doscientos hombres empezaron a trotar, jadeantes mientras encordaban los arcos y gritaban a los compañeros. Tras ellos, el puente levadizo fue izado de nuevo y debajo quedó el amplio vacío del foso. Volvió a bajarse el rastrillo hasta encajarlo en las ranuras de la piedra y la puerta del castillo se cerró y atrancó. Salisbury se giró hacia el castillo y vio que uno de los guardias del torreón los saludaba con la mano. Respondió con idéntico gesto mientras la tropa de cazadores cruzaba el campo abierto y se aproximaba a la linde del bosque, todavía envuelto en sombras.

York se despertó de un brusco sobresalto y, aún entre las brumas del sueño, se preguntó qué podría haberle arrancado de su reposo. Se había quedado levantado hasta tarde, ocupado con los mapas e intentando trazar planes para contrarrestar cualquier posible forma de ataque. En un principio, se dio la vuelta y empezó a adormilarse de nuevo, pero entonces, por encima de él, sonó otro cuerno.

El torreón.

Saltó del lecho, se arrancó las ropas de cama y, sin ser consciente de lo que hacía, se puso rápidamente una túnica y unas calzas, antes de empezar a maldecir al ver que, por algún motivo, una bota había desaparecido bajo la cama durante la noche. Cogió sin demora la capa que colgaba de una silla, así como la espada y el tahalí, y a trompicones salió al pasillo y empezó a caminar al tiempo que se colocaba el arma por el hombro y la ajustaba a la cintura. El cuerno volvió a sonar, y otra vez y otra más. Era la llamada a las armas, la alerta para defender la fortaleza contra una tropa enemiga. York empezó a correr mientras se apartaba el pelo suelto que le caía a la cara.

Al salir al patio, resbaló sobre las piedras heladas. En lo alto del torreón, los vigías señalaban por encima de las murallas. Los soldados empezaban a congregarse a la entrada, preparaban las armas o se ponían la cota de malla sobre la túnica. York cruzó el segundo puente levadizo, por encima del foso interior, y se apresuró por la barbacana entre los gritos de quienes transmitían la amenaza. El conde de Salisbury se hallaba fuera de Sandal, hasta ahí había entendido. Su cabeza era una niebla de confusión, y todavía se esforzaba por entender qué ocurría.

Subió enérgicamente unas escaleras de piedra, entró en el torreón y abordó las escaleras interiores hasta las almenas, a las que llegó jadeando. York oteó el campo cubierto de hierba hasta la oscura línea del bosque. Sólo veía un tranquilo panorama y, confuso, se volvió a los guardias que lo observaban.

—¿Qué habéis visto? —preguntó.

El capitán de la guardia tensó la mandíbula, mientras miraba fugazmente a un joven que no levantaba la vista de sus botas.



—Milord, yo miraba al sur. El joven Tennen, aquí presente, dice que vio algún movimiento sospechoso entre los árboles cuando los cazadores entraban en el bosque. Tal vez no fuera más que alguna pieza levantada por los ojeadores, pero mis órdenes...

—No, el joven hizo bien —replicó York—. Prefiero que me despierten por nada a que el enemigo me sorprenda en la cama. Miradme, muchacho. Decidme qué visteis.

El joven contestó atropelladamente mientras, con ojos vidriosos, miraba a todas partes menos al duque de York.

—Las primeras filas se adentraron sin un suspiro, milord. Todo tranquilo. Luego alguien gritó y me pareció oír que luchaban. Los demás corrieron todos a la vez al bosque y entonces desaparecieron y yo toqué el cuerno. Eso es todo lo que sé, milord. Fue más el ruido que lo que pude ver. Los cazadores no gritan, milord, no que yo sepa.

York se volvió hacia el espeso bosque del que de pronto parecía emanar una funesta amenaza.

—¿Cuántos hombres salieron?

El capitán de la guardia respondió.

—Los vi formar en la entrada, milord. Doscientos, al menos. Algunos con arcos.

—Entonces no pueden ser salteadores. Doscientos hombres serían demasiados para un puñado de ladrones harapientos. —York hizo crujir los nudillos y apretó los puños.

—¿No habéis oído nada desde entonces? —preguntó al joven guardia.

El hombre se limitó a negar con la cabeza.

—Bien, quedaos aquí y seguid vigilando. Alertad de cualquier cosa que veáis. Hay un ejército a un día de marcha de esta fortaleza. Si está en mi bosque, quiero...

Se interrumpió al ver que un pequeño grupo de hombres salía de los árboles y cruzaba el campo abierto a toda velocidad. No serían más de cuarenta y corrían como liebres. York, boquiabierto, vio que los hombres hacían señas al torreón y que algunos apuntaban atrás, hacia los sombríos árboles.

—¡El infierno me lleve! —escupió York mientras bajaba corriendo lo más rápidamente posible. Se las arregló para mantenerse en pie, aunque las escaleras se difuminaban ante él, y sus pasos atronaron el puente interior mientras lo atravesaba para llegar al patio principal—. ¡Formad en la entrada! —bramó en el espacio abierto—. ¡Preparados para un ataque! ¡Mi caballo! ¡Rápido!

Parecía haber transcurrido apenas un suspiro desde que estuviera caliente y dormido bajo las sábanas. York sacudió la cabeza intentando mantener la calma, consciente de que el pánico podría resultar fatal. Salisbury estaba fuera y había sufrido un ataque. La única opción era arrollar a quien estuviera entre los árboles, lanzar a cada hombre del castillo de Sandal contra ellos.

York vio a su hijo Edmundo entre los que se disponían a atravesar el portón de entrada. El corazón le palpitó con tanta violencia que se sintió desfallecer. Extendió el

brazo, agarró al joven y acercó la cabeza para hablarle.

—Edmundo, sal por la puerta de los amantes, la del lado oeste. Ya sabes dónde está. Aléjate de aquí y espera el nuevo día en otro lugar. —La diminuta puerta, con espacio para que pasara un solo hombre, estaba escondida a cierta altura, en la muralla exterior, y no era visible para los atacantes. Sin embargo, en su día York había apartado una espesa hiedra y mostrado a sus hijos por dónde escapar si llegaba el caso. Al llamarla la puerta de los amantes se disimulaba su verdadero propósito: una escapatoria secreta para cuando la fortaleza estuviera a punto de caer.

La sugerencia pareció perturbar al hijo.

—Entonces, ¿nos atacan? ¿Son las fuerzas de la reina?

—No lo sé —respondió York bruscamente—. Lo sean o no, tú no formas parte de esto, Edmundo. Llévate dos hombres contigo y utiliza la puerta. Hoy no puedo estar preocupándome por ti. —Se inclinó, besó a su hijo en la mejilla y lo abrazó durante un instante—. ¡Vete!

Edmundo habría respondido, pero su padre le dio la espalda para ocuparse del caballo y la armadura que le acababan de traer. York se sentó en un alto taburete mientras los criados le encajaban y ataban las musleras y le calzaban los escarpes con espuelas. Vio que su hijo seguía allí, observando ansiosamente el portón de entrada mientras éste se abría y dejaba paso a un grupo de hombres desesperados por volver a entrar.

—¡Vete! —bramó York, lo que sobresaltó a Edmundo y lo hizo moverse de inmediato.

York saltó del taburete precipitadamente al ver que los cazadores pasaban junto a él a toda prisa. Agarró a uno por el jubón, lo que casi hace caer al hombre, frenado bruscamente en su carrera.

—¿Quién nos ataca? —preguntó York.

—No he podido ver los colores, milord. Me pareció que gritaban «Percy», pero venían de todos lados y yo estaba...

—¿Cuántos? ¿Dónde está Salisbury? —gritó York, lo que hizo que el hombre se encogiera de miedo.

—¡No sabría decirlo, milord! ¡Había muchos hombres, pero los árboles...! Yo no...

Con un rugido, York apartó al hombre. Sus soldados ya salían por el puente levadizo y formaban fuera de la fortaleza, como una cosecha de cereal que se desparramara por el campo, abriéndose hacia los laterales para dejar que más y más hombres salieran a campo abierto.

York se acercó a ellos tan pronto terminó de ponerse la armadura y se abrió paso, en una mano las riendas del caballo y en la otra el yelmo y la espada. Fuera de los muros, sintió el viento que barría el terreno y traía un olor a hielo. Se puso el casco y lo fijó a la garganta con la correa. Asintió al soldado que le ofrecía las manos entrelazadas, apoyó el escarpe en ellas y montó con un rápido movimiento. Oyó

maldecir al hombre, a quien una espuela había cortado la yema del pulgar, pero York no miró hacia abajo. En lugar de eso, alzó la mano y luego la dejó caer con violencia hacia delante.

Los capitanes aullaron la orden de marchar, mientras la mitad de los hombres seguían todavía dentro de la fortaleza. Sandal no se había diseñado para dejar salir a miles de hombres, pero York se imaginaba a los enemigos derribando a Salisbury, como perros que cayeran sobre un oso. Cada instante que pasaba era una puñalada de miedo e ira, y no estaba dispuesto a esperar más. Condujo el caballo al paso junto a la línea de hombres, sin quitar ojo a la oscuridad de los árboles y sintiendo algo parecido al terror. Levantó la cabeza al oír que un cuerno sonaba en algún lugar de aquella espesura de sombras y tonos verdes. Era un sonido débil, muy lejano.

—¡Todos conmigo! —York clamó a lo largo de la línea. Picó espuelas y puso el caballo al trote, las riendas tirantes como barras de hierro a lo largo del cuello del animal.

Los hombres doblaron la velocidad. Ahora trotaban al lado de York y, con cada paso, se alejaban más y más de la seguridad del castillo.

Salisbury gritó de dolor cuando algo que pasó zumbando ante sus ojos le golpeó en el hombro y desapareció entre los arbustos. Su caballo retrocedió y coceó a alguien, mientras otros le sujetaban las riendas. El bosque estaba vivo, lleno de hombres que corrían silenciosos en todas direcciones. Salisbury giraba y giraba sin cesar, mientras daba gracias a Dios por haber traído la espada, con la que ahora describía grandes arcos a fin de mantener alejados a los asaltantes. Los hombres que le acompañaban peleaban salvajemente por mantenerse vivos y proteger al conde. En ese momento, ni siquiera sabía con seguridad en qué dirección estaba el castillo de Sandal, pero era consciente de que debía salir de allí si quería tener alguna oportunidad.

Apenas habían entrado en el bosque, había comenzado el asalto. Salisbury aún no sabía si el enemigo estaba ya esperándolos o si su presencia había desencadenado una emboscada antes de que estuvieran listos. Nada de eso importaría si no era capaz de regresar, por más que las probabilidades parecieran desvanecerse ante sus ojos, con tantos soldados masacrados a su alrededor. La mayoría de los hombres de la partida de caza llevaban cotas de malla, una prenda tan valiosa que nunca prescindían de ella. Pero no habían traído escudos, y muy pocas espadas grandes, tan sólo dagas y pequeñas hachas que podían sujetarse en el cinturón. Los que saltaban sobre ellos desde las sombras del bosque manejaban hachas de guerra y largas espadas, y además llevaban cascos y cotas de malla.

En uno de los extremos, los hombres de Salisbury rompieron la formación y corrieron, entre las maldiciones de aquellos que dejaban atrás. Él podía entenderlo, bien sabía Dios que entendía aquella reacción. Adondequiera que mirase, veía hombres que se le aproximaban, y ya empezaba a sentir el cansancio en el brazo que

manejaba la espada. Los enemigos brotaban súbitamente de la espesura de helechos, las caras rasgadas y arañadas y manchadas de verde, mostrando los dientes mientras atrapaban a sus hombres y los golpeaban una y otra vez hasta que éstos respiraban sangre y caían al suelo.

Uno de sus cazadores había tratado de tocar un cuerno, pero apenas iniciado el sonido una flecha se le clavó en el pecho y lo hizo caer. Otro le arrebató entonces el instrumento y echó a correr al tiempo que lo hacía sonar. Fue detenido por un brazo en cota de malla que, extendido como una barra de hierro, le hizo caer de espaldas y arrojar el cuerno a un tercer compañero. Éste tocó una larga nota y, por alguna razón, se descompuso al hacerlo y salió corriendo por el cerrado sotobosque, perseguido por tres enemigos.

Salisbury miró a su alrededor con un sentimiento de terror e impotencia. Los enemigos no se acababan nunca, y sus hombres caían muertos por todas partes. Picó espuelas y el caballo saltó por encima de unos arbustos, resoplando y relinchando entre fuertes jadeos. El conde vio que un hombre se aproximaba entre dos árboles y de un gran salto se abalanzaba sobre él. Lo golpeó con la espada y sintió como la hoja cortaba la carne, antes de verse derribado de espaldas. El caballo salió disparado y Salisbury sólo pudo observar como se alejaba con los estribos bailando en el aire.

Un hombre con barba, salido de la nada, saltó sobre él. Salisbury peleó, pero era mucho más débil. El hombre rugió en gaélico escocés al tiempo que levantaba un hacha por encima de la cabeza.

—¡Me rindo! ¡Rescate! —gritó Salisbury mientras veía cada poro y cada arañazo en la brutal cara del hombre.

Para su alivio, el atacante se detuvo, retrocedió y se apoyó jadeando en el largo mango del hacha, sin dejar de observarle. Cuando Salisbury se sentó y trató de hablar, el joven escocés se abalanzó súbitamente sobre él y de un puñetazo lo dejó inconsciente.

York oyó el caballo antes de verlo. Su propia montura trataba de adentrarse en el bosque por donde no había camino, ya que se había visto obligado a apartarse de las sinuosas trochas abiertas por los animales a fin de mantenerse en línea con sus hombres. Tiró de las riendas al oír el retumbar de pezuñas y se le encogió el corazón al reconocer el caballo de Salisbury, enloquecido en su galope y acribillado de arañazos por todas las espinas y ramas encontradas en su huida. El aterrado animal se vio sin escapatoria ante la línea de hombres, que levantaron los escudos y lo obligaron a derrapar para detenerse, tras lo cual empezó a girar sobre sí mismo y a pegar coces.

—¡Dejadlo pasar! —gritó York mientras él seguía adelante—. Ya no pueden estar muy lejos.

Descubrió parte de la senda abierta por el animal y trató de seguirla, aunque se

desviaba y giraba tantas veces que resultaba casi imposible. Le pareció oír ruido más adelante y extendió el brazo en alto, hasta que los capitanes lo vieron y repitieron su gesto, lo que hizo que las filas de hombres se detuvieran en silencio.

El bosque quedó en calma. Animales y aves habían huido mucho antes al advertir la presencia de los soldados. York estiró el cuello para buscar la dirección adecuada, y entonces oyó movimientos de hombres y las llamadas y voces de los enemigos en el bosque. En sus tierras.

Señaló hacia el origen de los ruidos y, cuando sus hombres empezaron a avanzar de nuevo, vieron cómo el bosque se movía ante ellos y aparecía una línea de soldados de tal amplitud que se perdía de vista. Sus propias filas fueron avistadas al mismo tiempo y un gran aullido se levantó en ambos bandos. York levantó el escudo, se bajó la visera de un golpe y desenvainó la espada, listo para la primera acometida.

Los ejércitos chocaron, sin espacio ya para maniobras ni formaciones. Una línea se fundió contra la otra y, entre sudor y rugidos, empezaron a darse muerte, tan cerca unos de otros como para respirar el mismo aire y recibir las salpicaduras de sangre cuando el enemigo caía. York golpeaba sin cesar a cualquiera que quedara a su alcance, aprovechando la altura del caballo y la larga espada para causar estragos. Aun así, entre golpe y golpe, podía ver los ríos de hombres que se acercaban a derecha e izquierda. Una fuerza mayor los atacaba por ambos flancos. York emitió entonces un grito de dolor por Salisbury, pero no tenía otra elección.

—¡Retirada! ¡Mantened el orden! ¡Manteneos de frente, pero retroceded hacia el castillo!

Bramó las órdenes una y otra vez y oyó cómo sus capitanes las repetían gritando a pleno pulmón al tiempo que empezaban a retroceder. Resultaba tarea difícil. Algunos hombres no eran más que muchachos de Londres mal adiestrados y sobrepasados por una carnicería que jamás habrían imaginado.

Los soldados enemigos oyeron las órdenes y los hostigaron con mayor brío. York apretó los dientes al ver que algunos iban de azul y amarillo. Hombres de Percy que venían a vengar a sus señores asesinados. Se movió hacia atrás en círculos, su montura giró y retrocedió al trote una docena de pasos antes de volverse de nuevo y encarar a quienes le atacaban. No conseguía recordar cuánto se había alejado del castillo, al menos con alguna precisión. Cada paso suponía un gran esfuerzo. Continuamente se abalanzaban sobre ellos hombres que rugían y esgrimían hachas, y él golpeaba barriendo con la espada como si fuera una guadaña recolectando la cebada. Los soldados de York caían y pasaban unos por encima de otros mientras se retiraban, todavía con intención de protegerse con un muro de escudos, pero sin dejar de mirar dónde pisaban para evitar raíces y zarzales. Sin querer, se apelotonaban en el centro, tratando de congregarse en mayor número para resistir, pero eso debilitaba y quebraba los flancos.

York se dio la vuelta de nuevo y vislumbró claridad algo más adelante. Rogó que no fuera simplemente una abertura entre el follaje. Se santiguó y luego dio la orden

que todos querían oír.

—¡Ahora, corred! ¡Formación de nuevo en campo abierto! —Los hombres ya corrían como alma que lleva el diablo mientras él seguía gritando, lo que lo obligó a avanzar a medio galope para ponerse a su altura y a saltar por encima de los arbustos, hasta que por fin salió al sol y al viento de invierno. No se había equivocado. Delante estaba el castillo de Sandal, y miles de hombres se apresuraban ya a formar en el terreno abierto, jadeando con las manos apoyadas en las rodillas y una expresión de ira en la cara.

Percibir el viento limpio y el espacio libre restauró la confianza de los soldados, que ya deseaban encararse con aquellos que los habían aterrorizado en las sombras del bosque. Levantaron las armas y aullaron en señal de desafío, al tiempo que los árboles empezaban a vomitar enemigos en toda la longitud del campo.

Los primeros fueron recibidos con golpes de escudos y espadas, pero no dejaban de afluir más y más, también por los flancos de las nutridas filas congregadas ante el castillo, de modo que ya empezaban a rodear a los hombres. York giró el caballo sobre sí mismo, mientras veía a los guerreros escoceses que cruzaban a la carrera el campo abierto, con las espadas bajas hasta el momento de embestir los escudos y las mallas de sus hombres. Se le heló el corazón al distinguir arqueros corriendo en los flancos. Estaban protegidos por una pantalla de centenares de hombres con espadas y escudos, lo que hacía imposible llegar hasta ellos.

Un momento después empezaron a volar las flechas, mientras la batalla lo mismo se acercaba que se alejaba del castillo. York tenía a todas sus fuerzas en la lucha, sin reservas, y no tenía forma de detener el flujo de soldados que seguían brotando del bosque, cada vez en mayor número. Conseguían matar a cientos de atacantes, pero siempre había más que seguían lanzándose entre rugidos y hachazos contra sus líneas. Las flechas volaban como bandadas de pájaros y hacían caer a los hombres o los obligaban a levantar los escudos, de manera que quedaban a merced de cualquier golpe bajo.

Ahora York retrocedía cada vez más junto con sus hombres, hasta que su caballo se halló en la tercera fila, a menos de cincuenta metros del portón de Sandal. No podrían retirarse por un puente levadizo tan pequeño. Del mismo modo que los había retenido al salir, la estrecha entrada quedaría obturada con los cuerpos cuando trataran de ganar la protección de los muros. Respiró profundamente, cerrando los ojos y llenándose el pecho con aquel aire que había conocido toda su vida. Cuando volvió a abrir los ojos, vio a Margarita.

La reina montaba una yegua de color castaño y la escoltaban doce barbudos escoceses: su guardia personal. Formaban un grupo en la retaguardia del campo de batalla, apenas fuera de los árboles, desde donde la reina observaba. York estaba quizá a unos trescientos pasos de ella y podía ver que la reina sonreía. Le pareció reconocer a Derry Brewer a su lado y negó con la cabeza.

Durante largo rato, York escrutó el campo con la mirada, tratando de hallar la más

mínima esperanza. La lucha continuaba a su alrededor y sus hombres caminaban inexorablemente hacia una derrota aplastante. Era el final. Se pasó la lengua por la boca para reunir la saliva suficiente para hablar. Despacio, envainó la espada y levantó la mano derecha.

—¡Paz! ¡Me rindo! En el nombre de York, bajad las espadas. —Hubo de repetir aquellas palabras con todas sus fuerzas antes de que le oyeran.

Sus hombres lo miraron paralizados, quizá más aliviados que otra cosa. Ellos también habían visto cómo se desarrollaba la batalla. Los de la retaguardia arrojaron las armas a tierra y levantaron las manos, para mostrar que lo habían hecho. York oía cómo la misma orden se repetía en el bando contrario. Los sonidos de lucha se desvanecieron lentamente y, en su lugar, se oyeron los gritos de los heridos y moribundos, de pronto atroces y terribles en medio del silencio.

**N**o era tarea fácil desarmar a un ejército. Los hombres que habían llevado espadas y hachas durante años desarrollaban cierto afecto por ellas. A sus dueños les costaba renunciar a las armas, arrojarlas a una pila para que se oxidaran o para que algún cretino se hiciera con ellas. El calor de la pelea había terminado, y ahora el viento los azotaba a todos, los golpeaba en las ropas y hacía que los hombres temblaran y se enrollaran los brazos alrededor del cuerpo.

Lord Clifford condujo un grupo de jinetes por todo el perímetro de la fortaleza de Sandal, por si quedaba algún enemigo armado que aún pudiera esperarlos emboscado. En el campo helado, los jadeantes soldados de ambos bandos revisaban sus pertrechos y su propio cuerpo en busca de heridas que les pudieran haber pasado desapercibidas. Muchos maldecían al encontrarse cortes o incluso agujeros de flecha, incrédulos mientras arrancaban tiras de los tabardos para vendarse con ellas.

Se registró a todos los hombres de York por si escondían algún arma. Cuando ya no quedaron más armas, Somerset ordenó a sus hombres que les quitaran las cotas de malla. Por supuesto, los soldados despojados gruñían y maldecían, pero sabían que no podían negarse. Debajo de los árboles, las pilas de material iban creciendo: yelmos y escudos, cotas de malla, armaduras y hachas, todo en un revoltijo. A los muertos se les arrebató cualquier cosa de valor que tuvieran, hasta las botas se iban acumulando en pilas. Al poco tiempo, todos los cadáveres yacían descalzos, y los ominosos soldados aún volvieron hacia ellos una vez más para llevarse a los muertos y colocarlos sobre la dura tierra, con los brazos cruzados sobre el pecho.

El trabajo duró horas, y el sol estaba ya bajo en el horizonte cuando se dejó ir a los primeros supervivientes. En grupos de doce cada vez, los que podían andar fueron orientados en dirección sur y se les ordenó marchar. Algunos tenían caras como máscaras de sangre congelada o mostraban nuevas muecas por los cortes sufridos en la boca. Otros presionaban con la mano agujeros que rezumaban, o se cuidaban los muñones y se mecían sentados, pálidos e incapaces de soportar aquel dolor. A los que no podían caminar se los dejó sentados, esperando la muerte en medio del viento, con la mirada perdida.

Derry Brewer insistió en hablar a algunos capitanes de York cuando éstos se disponían a marchar. Muchos de aquellos hombres vapuleados y temblorosos recorrerían a pie todo el camino a casa, robando o pasando hambre hasta hallarse bien lejos de Sandal y del recuerdo de aquella derrota. Estaba seguro de que a algunos los encontrarían muertos por los caminos durante el próximo mes, mientras que a otros los pillarían hurtando comida y los colgarían. Derry sólo les sugirió que los más fuertes y sin heridas quizá desearan esperar en los alrededores de Sheffield. Les dijo que tal vez se les diera la oportunidad de unirse al ejército de la reina cuando éste descendiera hacia el sur. Los hombres se le rieron, pero lo cierto era que les quedaba un largo camino hasta casa y no tenían comida. Derry sabía que algunos recordarían



sus palabras y esperarían. No le gustaba ver cómo se desperdiciaban buenos hombres, sobre todo mientras todavía debían ocuparse de los ejércitos de Warwick y March.

El sol descendía por las colinas del oeste y coloreaba el cielo. A York le habían quitado la espada, aunque no la armadura. Se habían llevado su caballo y le habían atado fuertemente las manos a la espalda. Dos soldados se habían colocado cerca de él y disuadían rudamente a cualquiera que pudiera acercarse quizá con intención de escupirle o golpearlo. No hablaron a York y éste hubo de esperar solo mientras sus enemigos limpiaban los desechos de la batalla.

La luz dorada del atardecer se hacía cada vez más intensa, y York miró el declinar del sol hasta que le escocieron los ojos. A su alrededor, los últimos vencidos se alejaban por el camino del sur, un largo río de figuras abatidas que le recordaba a los refugiados que viera en Francia una década antes. Mantuvo la cabeza alta, pálido y erguido mientras los hombres pasaban junto a él. Algunos lo maldecían entre dientes, aunque muchos otros susurraban una disculpa. York no respondió a ninguno de ellos. Apartó la vista del crepúsculo y se dio media vuelta para mirar a la reina y a sus lores.

Cuando el campo estuvo casi vacío, Derry Brewer se le acercó con aire tranquilo.

—Hay personas que desean hablaros. Vamos. —Tomó a York por el brazo y lo arrastró por el campo hasta la reina.

York hizo una mueca de asco al sentir su contacto.

—Soy de noble linaje, Brewer. Mostrad más respeto.

Derry rió entre dientes, aunque el sonido de su risa no era agradable. Condujo a York hasta el mismo límite del bosque, donde una docena de nobles y la propia reina se volvieron para verlos acercarse. York levantó la cabeza si cabe un poco más, decidido a no humillarse ante ellos. Distinguió entonces una figura atada con cuerdas, arrodillada en tierra y tambaleándose. Sonrió aliviado al ver que Salisbury estaba vivo, aunque el viejo tenía la cabeza ensangrentada y los ojos mortecinos.

Derry llevó al duque hasta Salisbury y le dio unas palmadas en el hombro para indicarle que debía arrodillarse. Por un instante, York no transigió, pero sentía la cuerda que le mordía en las muñecas y sabía que no tenía otra elección.

Se arrodilló en la tierra fangosa y sintió el agua fría que se filtraba en la armadura. Cuando hubo terminado de colocarse, la reina se acercó. Ladeaba la cabeza y lo observaba con desusada intensidad. Somerset y Henry Percy estaban a su lado, casi tan arañados y mugrientos como el propio York.

—Quizá debería felicitaros, milady —dijo York—. Al parecer, soy vuestro prisionero.

—No necesito que seáis vos quien me lo diga —contestó Margarita. Sus ojos centelleaban de malignidad ante el hombre que había capturado a su marido y desheredado a su hijo—. ¿Dónde está el rey, milord? Sólo eso habéis de decirme.

—Lejos... y a salvo —respondió York. Se quedó pensativo unos instantes—. Si vuestra intención es pedir rescate por nosotros, tal vez el rey Enrique pueda ser el precio.

Margarita cerró los ojos mientras apretaba el puño de una mano.

—No, milord York. No. Este año no he hecho otra cosa que hablar. No haré más tratos. Se han acabado. Si no me decís dónde retenéis a mi marido, entonces no me servís de nada. —Se volvió a Somerset, que seguía con la armadura puesta y la espada desenvainada—. Cortadle la cabeza a Salisbury, milord. Hallaré un buen sitio para ponerla.

York se puso rígido de ira y terror.

—¿Cómo serviría esta muerte a vuestra causa? ¡Alejaos de él, Somerset!

Desesperado, se volvió a Salisbury, que le miraba con los tendones del cuello marcados como alambres. Cuando sus miradas se cruzaron, Salisbury se encogió de hombros. Tenía la cara hinchada y magullada. El conde levantó la vista mientras Somerset se colocaba a su lado, con la espada preparada.

—Dios tenga piedad de mi alma —murmuró Salisbury. Temblando, cerró los ojos e inclinó la cabeza.

Somerset levantó la espada tanto como pudo y luego la descargó con enorme fuerza. La cabeza del conde se desgajó limpiamente y cayó en el barro. El cuerpo se desplomó y quedó de costado, mientras York observaba paralizado por el horror y la aflicción. Miró a Margarita y en aquellos ojos vio escrita su propia muerte.

Se oyó un grito cercano y los nobles que rodeaban a la reina se llevaron la mano a la espada, pero dejaron caer el brazo en cuanto vieron que se trataba de lord Clifford, que se acercaba a caballo. El barón sonrió al distinguir el cuerpo de Salisbury y a York atado y de rodillas. Puso la montura al trote hasta llegar al grupo y desmontó para recorrer los últimos pasos a pie, a fin de poder mirar a York.

—Me complace veros en esa posición —dijo Clifford—. Doy gracias a Dios por haber vuelto a tiempo. Descubrí a un joven junto a la muralla, acompañado de un par de muchachos. Dijo que era hijo vuestro antes de que lo matara. —York vio que Clifford, con la mano derecha levantada, le mostraba una daga de puño manchada con sangre de un vivo color rojo.

El vengativo placer de Clifford pareció amargarle el momento a Margarita.

—Ocupaos de vuestros hombres, barón —le ordenó con sequedad.

Clifford se mostró herido, pero obedeció la orden y se alejó.

Margarita negó con la cabeza, cansada y llena de asco.

—Cuánto dolor habéis causado, Ricardo —dijo—. Cuántos padres e hijos han muerto por negaros a aceptar a Enrique en el trono.

—Él no estaba a la altura de esa silla —contestó York—. ¿Creéis que habéis ganado? —Levantaba cada vez más la voz a medida que hablaba.

La muerte de Salisbury y el asesinato del pobre Edmundo lo habían dejado aturdido por unos momentos. Hubo algo en aquel odio ruin y malsano de Clifford que le hizo recobrar el orgullo, como un vino fuerte que devolviera el vigor al corazón. York enderezó la espalda mientras Somerset se situaba a su lado. Pudo sentir cómo la sangrienta espada se alzaba sobre él y vio que Margarita asentía.

—¡Tan sólo habéis logrado desencadenar contra vos a nuestros hijos! —gritó York—. ¡Que Dios me acoja en su seno!

La espada cayó y la cabeza de York rodó por tierra. Margarita dejó escapar un suspiro lento y convulso.

—Todo ha acabado —susurró—. Hombres buenos han sido vengados. —Elevó la voz para dirigirse a los lores presentes—. ¡Clavad las cabezas en estacas y exhibidlas en los muros de York!

Observó con morbosa fascinación cómo un soldado recogía las horripilantes cabezas y las sujetaba con el brazo chorreante de sangre. Margarita se acercó y extendió la mano para tocar el flácido rostro de York. Le temblaba la mano como si tuviera perlesía.

—Hacedle a ésta una corona de papel, para que la luzca quien en vida deseó una de verdad. Que el pueblo de York vea cuál es el precio de su ambición.

El soldado asintió y se alejó con las cabezas.

El conde Percy se acercó a Margarita, pálido por lo que había presenciado.

—¿Y ahora qué, milady?

—¿Ahora? —contestó, volviéndose a él—. Ahora hacia Londres, a liberar a mi esposo.

## EPÍLOGO

**E**duardo de March reflexionaba. Tenía la armadura salpicada de sangre y coágulos de tierra, y estaba cansado, aunque sentía que los doloridos brazos le habían servido bien. Caía la noche y en la oscuridad del campo se oían los gritos de los heridos, silenciados cuando los encontraban y los degollaban. Sus hombres marchaban fatigosamente en filas y columnas, entre el estrépito metálico de las cotas y armaduras. No había gritos de victoria ni risas. El humor sombrío del conde los había contagiado. Guardaban silencio mientras pasaban por donde March descansaba, en un árbol caído, con mirada concentrada y la espada atravesada sobre las rodillas.

Su padre y su hermano Edmundo habían muerto, abatidos por perros y hombres inferiores. La noticia había llegado unos días antes, con la cadena de mensajeros que habían establecido entre ellos, justo cuando un ejército galés se les había acercado lo suficiente como para atacar. Por un momento, March había perdido la cabeza. Recordaba haber ordenado a sus hombres que formaran y que éstos lo miraban con el miedo pintado en la cara. Luego se habían enfrentado a cuatro mil soldados, que además tenían a los mejores arqueros del mundo, pero eso no había impedido que Eduardo los lanzara contra ellos. El resultado lo tenía delante: un campo de cadáveres medio hundidos en el barro. En un arranque de rabia, había tirado las vidas de aquellos hombres por la borda. Había golpeado con la espada hasta dejar el filo romo, y aun así todavía seguía aplastando e hiriendo con cada espadazo. Cuando se agotó su furia, la batalla se había ganado, y los últimos enemigos huían de aquel lloroso gigante acorazado que los barría como si fueran hojas.

No sabía cuántos de sus hombres yacían entre los muertos. No le importaba aunque hubiera perdido a la mayoría. Habían matado a Owen Tudor, habían masacrado a su ejército de galeses y puesto en fuga a sus hijos. Ellos habían decidido enfrentarse a él y habían fracasado. Eso era lo único que importaba.

Eduardo se puso en pie trabajosamente. Sentía docenas de dolores y magulladuras que antes no había notado. La sangre fluía por el costado de la armadura y se tambaleó al apretar y notar que se le movían las costillas. Iba a ser una larga noche. Miró a la negrura del cielo, deseando sentir de nuevo la luz del sol. Estaba vivo, pensó asombrado. Había agotado las oscuras pasiones que le consumían, las había expulsado hasta quedarse vacío. Se había cobrado con sangre la muerte de su padre.

Respiró profundamente. Recordaba la extraña visión de la mañana anterior a la batalla. Había visto cómo el sol empezaba a salir, aunque ningún deleite había ya en ello. Al asomar las primeras franjas de color en el horizonte, habían aparecido otros dos soles, a un lado y a otro, refulgentes ojos dorados que provocaban extrañas y horribles sombras entre las tropas que esperaban. Entonces los hombres habían gritado, aterrados. Él había seguido mirando tanto rato que creyó que se quedaría ciego, sintiendo la calidez en la cara desnuda.

No sabía si la visión había sido la última bendición que su padre le otorgaba. Eduardo sentía como si hubiera renacido bajo la luz de aquella extraña trinidad. Con ella, se había renovado enteramente. Tenía dieciocho años y era el duque de York. Era el heredero al trono.

## NOTA HISTÓRICA

## Primera parte: 1454-1455

La emboscada tendida por setecientos vasallos de Percy contra los invitados a la boda de los Neville tuvo lugar en agosto de 1453, un poco antes de lo que yo he consignado aquí, más o menos por la misma época en que el rey Enrique VI se hundió en su estado de insensibilidad. Se trató de un hecho clave en los años de enfrentamientos entre ambas familias, que luchaban por controlar el norte y ampliar sus dominios.

El ataque de Thomas Percy, barón Egremont, constituyó una de las acciones más brutales de aquella guerra privada. El hecho desencadenante fue el matrimonio del hijo de Salisbury con la sobrina de Ralph Cromwell, una unión que ponía en manos de los Neville algunas propiedades reclamadas por la familia Percy.

La batalla de Heworth Moor no consiguió su principal propósito: matar a Richard Neville, conde de Salisbury. No he incluido una docena de escaramuzas, pero aquella confrontación tuvo un papel fundamental a la hora de decidir en qué bando los Neville y los Percy se alinearían en 1455, en la primera batalla de San Albano, así como en el resultado de ésta.

Por temor a introducir demasiados personajes principales, apenas me he detenido en el papel de Exeter en el norte, un poderoso y violento aliado de los Percy, aunque estaba casado con la hija mayor de York. Los acontecimientos de aquella época supusieron realmente una guerra civil, en la que miembros de una misma familia estaban divididos en bandos contrarios. Una de las primeras acciones de York como lord protector fue encarcelar a su yerno, Exeter, en el castillo de Pontefract y entregar las llaves a Salisbury. Cuando el rey Enrique se recobró en 1455, Exeter fue liberado de Pontefract. Asimismo, Somerset fue liberado de su encierro en la Torre, y pronto volvió a estar al lado del rey como su principal consejero.

No existe constancia de quiénes estuvieron presentes en el nacimiento de Eduardo de Lancaster, único hijo de Margarita y el rey Enrique. Sin embargo, hasta tiempos recientes, la costumbre habitual era que numerosos testigos asistieran a los nacimientos reales. Por ejemplo, cuando nació Alberto, el hijo de la reina Victoria, estaban presentes el arzobispo de Canterbury, dos duques y siete lores. En lo que respecta a Eduardo de Lancaster (a veces llamado Eduardo de Westminster, lugar en el que nació), ciertamente circulaban rumores de que Somerset era el padre, si bien resulta probable que se tratara de una calumnia vertida por los yorkistas. No existen demasiadas dudas de que Somerset y York se odiaban con intensa acritud.

Cuando el rey Enrique VI despertó de su estupor el día de Navidad de 1454, había permanecido en estado semiinconsciente durante casi dieciocho meses. No recordaba nada que hubiera sucedido en ese periodo, aunque no se hallaba propiamente en coma, sino que se trataba más bien de una vigilia durmiente, un estado apático y disociativo. No recordaba que le hubiesen mostrado a su hijo Eduardo, príncipe de Gales. Y, por más que, en teoría, se hallara despierto y presente durante el beso de homenaje del nuevo arzobispo de Canterbury, tampoco guardaba memoria del hecho.

En realidad, hubieron de pasar dos meses del año 1455 antes de que el rey Enrique se hallase en condiciones de viajar a Londres. Allí, depuso de sus cargos a York y Salisbury y se propuso recobrar el mando del país mediante unos tribunales itinerantes a gran escala, los cuales se desplazarían hacia el norte de Londres. Fue un periodo de energía insólito en el rey, que mostró una personalidad por completo diferente a la que tenía antes del colapso. York y Salisbury partieron al castillo de Ludlow.

York había gobernado con elegancia y buen juicio durante su época como protector y defensor del reino. Si bien no había prescindido de favorecer a sus aliados, los Neville, sí había reducido los gastos de la Casa Real mediante enormes recortes en el número de sirvientes, caballeros e incluso caballos. Es cierto que confirmó a Eduardo de Lancaster como heredero real, tal vez porque el rey enfermo todavía gozaba de las simpatías del país. En el siglo XXI, quizá resulte un tanto difícil entender el grado de lealtad que espontáneamente inspiraba el rey Enrique sólo por el privilegio de su linaje y cargo. El rey, ungido por Dios, gobernaba por derecho divino sobre las casas de menor rango. Desafiar este principio suponía una clara blasfemia y un camino que no convenía emprender demasiado a la ligera.

Nota sobre los tratamientos: si bien es cierto que «Su Majestad» no era la expresión más habitual para dirigirse a la realeza durante el reinado de Enrique VI, y que «Su Alteza» o «Su Gracia» eran más comunes, sí era un tratamiento que se usaba, como pone de manifiesto la carta enviada por York en mayo de 1455, en la que se quejaba al rey de los rumores acerca de su «fe, lealtad y cumplimiento del deber», rumores extendidos por sus enemigos «al amparo de Su Real Majestad».

Nota sobre el conde de Warwick, después conocido como el «coronador de reyes»: nada se sabe de su infancia o de su aspecto físico. Richard Neville (hijo) hizo un matrimonio de extraordinaria fortuna con Anne Beauchamp, hija del conde de



Warwick. A la muerte del conde, su hijo Enrique le sucedió en el título, pero murió con sólo veintitrés años, y su única descendencia, una niña de tres años, también falleció.

Entonces los derechos del título pasaron a Anne... y a su marido, Richard Neville. Apenas con veintiún años, se convirtió en conde de Warwick, Newburgh y Aumarle, barón de Elmley y Hanslape, lord de Glamorgan y Morgannoc. Sus nuevas propiedades eran las siguientes: tierras en Gales del Sur y Herefordshire, incluidos los castillos de Cardiff, Neath, Caerphilly, Llantrussant, Seyntweonard, Ewyas Lacy, Dinas Bran, Snodhill, Whitchurch y Maud. Entre ellos, sólo Caerphilly ya constituía una fortaleza capaz de resistir ante diez mil hombres. En Gloucestershire, otras siete prósperas heredades. En Worcestershire, tres grandes heredades, el castillo de Elmley y veinticuatro heredades más. En Warwickshire, además del increíble castillo y la propia ciudad, nueve heredades, incluido Tamworth. En Oxfordshire, cinco heredades, así como tierras en Kent, Hampshire, Sussex, Essex, Hertfordshire, Suffolk, Norfolk, Berkshire, Wiltshire, Somerset, Devon, Cornualles, Northampton, Stafford, Cambridge, Rutland y Nottingham; otras cuarenta y ocho heredades en total. En el lejano norte, sólo una posesión: el castillo de Barnard. En conjunto, doce grandes castillos y ciento cuarenta y tres heredades, desde la frontera de Escocia hasta Devon, lo que convirtió su unión con Anne Beauchamp en una de las económicamente más provechosas de la historia de Inglaterra. Quizá por ello no sorprenda que su padre le legara tan sólo dos platos de presentación (grandes platos decorativos), doce platos pequeños, un aguamanil y una jofaina de plata, una cama y cuatro caballos sin adiestrar.

La batalla de San Albano de 1455 vino precedida por una serie de cartas de Ricardo de York al rey, dos de las cuales, como mínimo, se recibieron en ruta. Si bien York no se atrevió a mencionar el nombre de la reina Margarita, le suplicaba a Enrique que resistiera la maligna influencia de «los traidores que rodean al rey», hombres como el duque de Somerset. York estaba convencido de que alrededor del rey Enrique había personas con intenciones maliciosas. Una y otra vez, manifestó su lealtad, pero sin ningún resultado.

Además de las fuerzas de Salisbury y Warwick, unos tres mil soldados acamparon en Keyfield, al este de San Albano, para esperar al rey. Las tropas del rey Enrique llegaron sobre las nueve o las diez de la mañana y cruzaron la corriente del Halywell para dirigirse colina arriba, a la plaza del mercado. Los heraldos intercambiaron mensajes y Enrique rehusó todas las condiciones de York. No se sabe con exactitud cuándo comenzó la lucha, aunque parece claro que el bando del rey tuvo tiempo de bloquear las tres vías de entrada desde el este.

La historia ofrece muchos ejemplos de fuerzas enfrentadas entre las que, con independencia de los deseos de sus jefes, se producen algunos intercambios que dan

comienzo a un sangriento conflicto. También es posible que la orden de ataque la hubiera dado Salisbury. Al menos, éste tenía evidentes deseos de que estallara el conflicto, tanto con Henry Percy, conde de Northumberland, como con Thomas, barón Egremont, a quienes por fin tenía a su alcance. A Salisbury se le presentaba la oportunidad de saldar viejas cuentas y vengar el ataque a la boda de su hijo.

Fue el conde de Warwick, entonces de veintiséis años, quien consiguió introducirse por jardines traseros con un pequeño grupo y correr colina arriba hasta la plaza del mercado. Los arqueros de Warwick dispararon en St. Peter Street y tanto el rey como el duque de Buckingham resultaron heridos al principio del ataque. En efecto, Buckingham fue alcanzado en la cara, pero sobrevivió.

La brecha abierta por Warwick puso fin al punto muerto en que se hallaba la lucha en las barricadas. York y Salisbury entraron rápidamente en la ciudad, pues aquellos que defendían las barricadas las abandonaron y corrieron a proteger al rey. En muy poco tiempo, en la plaza del mercado y las calles aledañas se apelotonaron cinco mil soldados entre los que reinaba el pánico. La descripción de esta escena por parte del abad Whethamstede resulta especialmente vívida: «... un hombre con los sesos desparramados, otro con el brazo arrancado, un tercero degollado, un cuarto al que habían atravesado el pecho, y todo el lugar sembrado con los cadáveres de los caídos».

El mismo York dio la orden de que llevaran al rey herido a la abadía. La batalla podría haber acabado en ese momento, si los únicos contendientes hubiesen sido Lancaster y York. A partir de ese punto, se desconoce la secuencia exacta de los acontecimientos. Yo he seguido la que considero la hipótesis más plausible, es decir, que una vez que el rey fue llevado a la abadía, quedó de manifiesto el verdadero motivo de la batalla, que acabó por cumplirse con las muertes de Somerset y del conde Percy.

Somerset, efectivamente, murió debajo del cartel de una taberna llamada El Castillo, lo que cumplía la profecía que le hicieran unos años antes, según la cual «moriría al pie del castillo». Durante años, había evitado el castillo de Windsor, precisamente para huir de esa profecía. Una crónica de la batalla afirma que Somerset salió de la taberna y mató cuatro hombres con un hacha, antes de que él mismo cayera.

Digamos, como nota al margen, que el conde de Wiltshire, el tesorero de Enrique, consiguió escapar de la contienda al desprenderse de la armadura y buscar refugio en la abadía, donde se disfrazó de monje. No pude resistir la tentación de darle ese papel a Derry Brewer.

El cortejo real en Londres, en el que York caminó de la mano de la reina Margarita y detrás del rey, antes de entregarle a Enrique la corona en la catedral de San Pablo, es una combinación de dos acontecimientos. Históricamente, el primer cortejo tuvo

lugar unos días después de la batalla de San Albano, en 1455, y en él Enrique cabalgó por las calles de Londres con York a su derecha, Salisbury a su izquierda y Warwick al frente, portando la espada del rey. Aquel «gozoso» acontecimiento terminó en la catedral de San Pablo, donde el rey, en apariencia, insistió en que York le entregara la corona. Suponiendo que Enrique entendiera lo que estaba ocurriendo, aquella humillación debió de resultarle sumamente dolorosa. El segundo cortejo se desarrolló más tarde, cuando York caminó tomando de la mano a Margarita, un modo de demostrar públicamente la reconciliación de ambas partes. La triste realidad era que, en ese momento, el rey no era más que un títere en manos de York. Sus lores más poderosos habían muerto en San Albano, y habrían de pasar cuatro años antes de que la casa de Lancaster de nuevo estuviera en posición de continuar la lucha.

## Segunda parte: 1459-1461

Los años que faltan en esta novela no transcurrieron enteramente sin incidencias. El rey Enrique sufrió un nuevo colapso, además de lo cual desarrolló un miedo a ver sangre del que ya nunca se libraría. York fue nombrado protector por segunda vez, y por segunda vez también el rey regresó a Londres y lo depuso de su cargo. Las repeticiones no suelen ayudar a construir una buena historia, aunque hemos de admitir que en este caso había una diferencia, pues Enrique no había recuperado completamente sus facultades mentales y volitivas. Por más que York fuera destituido, se le permitió ejercer diferentes cometidos de gobierno. En cierto momento, se le envió al norte para negociar con los escoceses, ¡sublevados para reivindicarlo a él mismo como rey! Como ya puede imaginarse, su sola presencia bastó para poner fin al conflicto.

El rey Enrique pasó una gran parte de aquellos años durmiendo o rezando, y su salud siempre fue delicada. La responsabilidad de hacer frente a la amenaza contra su familia recayó en Margarita, y de esa época procede su fama de artera manipuladora, una acusación y una interpretación histórica que siempre he considerado exageradas. También es cierto que se llevó a su marido a Kenilworth y que reforzó las defensas del castillo con veintiséis serpentines y una culebrina. Estas piezas de artillería poseían un alcance máximo (también con una máxima imprecisión) de aproximadamente kilómetro y medio, pero a menos de cuatrocientos metros sus efectos sí que podían causar estragos, por lo que el castillo debía de resultar inexpugnable en aquel momento. En cualquier caso, ¿qué podía hacer Margarita, sino luchar para proteger a su marido y a su hijo?

Las estimaciones del número de soldados reclutados para el primer ejército de Margarita varían. La hueste de Blore Heath oscila entre los seis mil y los doce mil hombres. El mismo número, aproximadamente, firmó un compromiso para defender al rey Enrique si éste se veía amenazado. Así pues, la única dificultad consistía en crear esa amenaza. La petición de muerte civil utilizada para presionar a Salisbury y York sirvió a este propósito. Se trataba de una particularidad de increíble poder dentro de la legislación inglesa, y de muy escasa aplicación. Podía significar el fin de una casa noble, pues ésta quedaba sin ninguna protección y sin ningún título. Entre los consejeros de confianza de Margarita se hallaba sir John Fortescue, el más antiguo juez de Inglaterra. Aparentemente, el juez resultó vital para la elaboración de esta petición de muerte civil. La mera posibilidad de que tal medida se pudiera aplicar fue suficiente para que York, Salisbury y Warwick salieran con las tropas, tal como Margarita deseaba.

Nota sobre Blore Heath: en esta batalla, considerada en ocasiones como el verdadero comienzo de la guerra de las Dos Rosas, el ejército de la reina fue derrotado debido al mejor uso de la táctica y el terreno por parte de Salisbury. Sus exploradores descubrieron la emboscada de lord Audley, lo que le hizo detenerse y asegurar el flanco derecho con una barrera de carros. El arroyo de Hempmill mediaba entre ambos bandos, y Salisbury fingió una retirada para incitar el avance de los caballeros de la reina. Entonces los atacó y consiguió matar a cientos de ellos. El barón Audley lanzó un contraataque, pero murió en el intento. Se piensa que murieron unos tres mil hombres de Lancaster, por un millar de los de Salisbury, aunque simplemente sobrevivir ante hueste tan numerosa no era poca hazaña. Salisbury continuó su avance hacia el sur, a Ludlow, si bien, como precaución, pagó a un fraile local para que disparara un cañón en el páramo durante toda la noche, a fin de confundir a los potenciales refuerzos de Lancaster. Circula una leyenda que cuenta que la reina Margarita presenció la batalla, y no hay razón para dudar de ella, especialmente cuando contiene el interesantísimo detalle de un herrero que, al cambiar las herraduras del caballo de Margarita, las coloca al revés para confundir a posibles perseguidores. Después de todo, aquellas tropas de la reina constituían su primer ejército, compuesto por hombres que le habían jurado lealtad sólo a ella. Resulta perfectamente plausible que deseara verlos en acción contra sus enemigos.

Nota sobre Eduardo, conde de March: en tiempos actuales, una estatura de un metro y noventa y tres centímetros no sorprende demasiado. Fácilmente se encuentran ejemplos en la mayoría de las congregaciones de cien o más personas. La altura media actual de un varón (en mi opinión, inexplicablemente baja) es más o menos de un metro sesenta y tres. En el siglo xv, en el que las estimaciones más fiables sitúan la estatura media de un hombre entre el metro sesenta y el metro setenta, el conde de March, a sus dieciocho años, debía parecer un Goliat en el campo de batalla. Hoy, el equivalente sería un guerrero que, con la armadura, midiera alrededor de dos metros y seis centímetros (la altura del escritor Michael Crichton, por cierto), y fuera capaz, pese a ello, de desarrollar una gran fuerza y velocidad. Los efectos de semejante luchador en el cuerpo a cuerpo serían, sin temor a exagerar, devastadores.

Como aspecto social interesante, cabe decir que la dieta resulta clave en la estatura. Los nobles medievales comían carne y pescado de forma bastante más habitual que el pueblo llano. En conjunto, debían ser más altos que el resto de las clases del país, y la ventaja en fuerza y potencia, presumiblemente, era todavía mayor por el constante entrenamiento desde la infancia.

Como respuesta a la amenaza de muerte civil, Eduardo de March y Warwick regresaron a Inglaterra desde Calais a finales del verano de 1459, tras lo cual marcharon rápidamente al encuentro de las tropas de York y Salisbury. Su vuelta desembocó en el completo desastre de Ludlow, que frustró todas sus esperanzas y obligó a huir a los principales protagonistas. Es cierto que el capitán Andrew Trollope se negó a luchar contra un ejército que, aparentemente, comandaba el rey. Su desertión, junto con seiscientos soldados de la guarnición de Calais, supuso un punto de inflexión en la batalla y propició la derrota de York. Más adelante, Trollope sería nombrado caballero por aquel servicio.

Tras la desertión, la «batalla» de Ludford Bridge fue prácticamente incruenta. El ejército del rey tenía rodeada a una fuerza mucho menor, y apenas si hubo algunas escaramuzas entre ambas. York, Salisbury, Warwick y March tomaron una decisión ciertamente extraordinaria al optar por huir. Tal vez valga la pena aclarar que no parecía probable que fueran a matar a la esposa de York y a sus hijos. York partió a Irlanda, y Salisbury, Warwick y March escaparon de vuelta a Calais, adonde llegaron en noviembre de 1459. Desde cualquier punto de vista, el resultado fue un completo desastre y debería haber significado el final de su causa. Por tanto, el hecho de que no fuera así deja constancia de su energía y talento.

Uno de los alicientes de investigar para crear ficción histórica consiste en que, de vez en cuando, uno se encuentra con escenas simplemente maravillosas, y la satisfacción es todavía mayor si resulta que no son demasiado conocidas. En enero de 1460, en una acción que habría encajado a la perfección en cualquier historia de Horatio Hornblower, Warwick robó la flota real amarrada en Kent, enganchó los barcos con sogas y los condujo a Francia.

El dos de julio, utilizó esa misma flota para desembarcar con su ejército en la costa inglesa de Sandwich. Junto con su padre y Eduardo de March, Warwick marchó unos ciento diez kilómetros a través de Kent y, por el camino, reunió unos diez mil hombres, algunos de los cuales, sin duda, ya debían de haber recorrido ese mismo trayecto con Jack Cade.

Está documentado históricamente que lord Scales mandaba la guarnición real de la Torre y que, cuando empezaron los desórdenes, los cañones y el fuego griego se utilizaron contra la multitud de Londres. Tras asaltar un arsenal real situado en la orilla opuesta del río, el gentío arrastró fuera un cañón que fue disparado contra la muralla exterior de la Torre y consiguió destrozarla. También es cierto que Scales pudo taponar el muro destrozado y que sobrevivió lo suficiente para rendirse. Más tarde fue asesinado mientras permanecía bajo custodia.

Tras dejar un pequeño contingente de tropas en Londres al mando de Salisbury, Warwick y March se dirigieron velozmente hacia el norte. Esa rapidez tuvo su fruto, pues interceptaron al rey Enrique cuando sólo contaba con cinco mil hombres, antes de que las fuerzas de la Corona pudieran recibir más refuerzos. El ataque se vio favorecido por la repentina traición del barón Grey de Ruthin. El barón cambió de bando en un momento vital y abandonó al rey en favor de Warwick y March al serle prometido el cargo de tesorero real.

Sólo ocho días y doscientos cuarenta kilómetros después del desembarco en Kent, Enrique fue capturado y Margarita se vio obligada a huir a Gales con su hijo, Eduardo de Lancaster. Fue una hazaña extraordinaria en cuanto a táctica, lucha y resistencia. Y, efectivamente, Warwick y March encontraron a Enrique solo en su tienda.

Ha sido muy interesante incluir a Owen Tudor en esta historia, sobre todo por la mayor notoriedad que alcanzarían sus descendientes. Había contraído matrimonio con Catalina de Valois, la viuda de Enrique V. Sus dos hijos, Jasper y Edmund, tendrían también un papel en la guerra de las Dos Rosas, así como en el posterior periodo de los Tudor.

Es verdad que el rey Jacobo II de Escocia murió en agosto de 1460 a causa de la explosión de un cañón durante un asedio. Su hijo tenía entonces diez años y, por tanto, pese a la aflicción por el reciente deceso, debió ser la reina María de Güeldres quien recibiera a Margarita y negociara con ella. Margarita se ganó su apoyo, quizá porque trataba con otra reina extranjera que había sufrido una gran pérdida.

Se desconoce el número exacto de escoceses que se desplazaron al sur, pero debieron de ser miles para que valiera la pena movilizarlos. El acuerdo establecía que el príncipe Eduardo desposaría a la princesa de Escocia y que, además, se entregaría como pago la ciudad de Berwick. Aquel invierno, Margarita disponía de su ejército y de un enorme número de soldados, todos ellos congregados junto a la ciudad de York. Ciertamente, los meses más fríos solían imposibilitar el desarrollo de las batallas. Sólo una circunstancia extrema, la cautividad de Enrique, pudo lograr que tantos hombres acudieran a la batalla al final de ese año.

A finales de diciembre de 1460, cuando York y Salisbury estuvieron ya cerca de las fuerzas de Lancaster, constataron que los sobrepasaban largamente en número. La estimación más fiable es que disponían de unos ocho mil hombres, frente a los dieciséis o dieciocho mil de Somerset, Northumberland y Clifford, los tres nobles que habían perdido a sus padres en San Albano.

York y Salisbury, en espera de refuerzos, se resguardaron en el castillo de Sandal, una pequeña fortaleza en la que los hombres debían estar completamente apiñados.

La razón de que salieran a campo abierto se desconoce. Dado el pequeño tamaño de Sandal, tal vez fuera porque se les acababan los víveres, o porque avistaran una pequeña fuerza que los incitara a salir para caer luego en una emboscada. En cualquier caso, lo cierto es que dejaron el castillo y fueron derrotados el treinta de diciembre de 1460. York murió en la batalla, Salisbury fue capturado y decapitado, y el hijo de York, Edmundo, fue asesinado por lord Clifford cuando intentaba huir.

Nadie sabe si Margarita estuvo realmente presente en la batalla de Wakefield, pero el hecho de colocar una corona de papel en la cabeza de York parece obedecer a una razón bastante personal. Shakespeare optó por situarla en la batalla, en la tercera parte de *Enrique VI*.

Margarita de Anjou había obtenido su venganza. Contra pronóstico, había sobrevivido para ver a sus dos máximos enemigos derrotados y decapitados. Sin embargo, la tragedia de York me conmovió fuertemente. Pese a la gran ambición de York, el rey Enrique permaneció a su merced durante meses, prisionero en el palacio de Fulham, la residencia del obispo de Londres. Nunca sabremos las razones íntimas de York, pero el hecho incontrovertible es que no acabó con Enrique, cuando, de haberlo hecho, habría obtenido la corona. Era un hombre complejo, no un villano de libro. Siempre tuve el fuerte presentimiento de que ni York ni la casa de Lancaster deseaban especialmente un enfrentamiento. Cada casa se vio empujada a la guerra por miedo a la otra.

Después de que York y Salisbury murieran en el castillo de Sandal, la victoria de Margarita parecía incuestionable. Con todo, al final, lo único que logró fue lanzar contra ella a los hijos de los dos nobles.

El fenómeno que en febrero de 1461 presencié Eduardo de March, en ese momento ya duque de York y heredero al trono, se conoce como «parhelio». En él se producen reflejos solares, de tal modo que parece que estén saliendo tres soles. En inglés también se los llama *sundogs* («perros de sol»). Eduardo convenció a sus hombres de que se trataba de una señal de la Sagrada Trinidad, un buen augurio para la batalla de Mortimer's Cross, en la que Owen Tudor moriría. Más adelante, Eduardo haría suyo este símbolo y rodearía la rosa blanca de York con las llamaradas del sol.

CONN IGGULDEN  
Londres, 2014



## **AGRADECIMIENTOS**

Me siento muy agradecido con el equipo de Michael Joseph, Penguin, por editar libros tan hermosos, así como por persuadir a los lectores a «atreverse con lo medieval». También te lo agradezco a ti lector, que tienes este libro en tus manos. Por último, debo mencionar a mi hijo Cameron, quien me ayudó a encontrar el título en el último minuto.

# NOTAS

[1] *Brewer*, en inglés, significa «fabricante de cerveza». (N. de T.) <<